

Del autor de *El triunfo del dinero*

NIALL
FERGUSON

LA
PLAZA
Y LA
TORRE

EL PAPEL OCULTO DE LAS REDES EN LA
HISTORIA: DE LOS MASONES A FACEBOOK

DEBATE

La plaza y la torre

El papel oculto de las redes en la historia:
de los masones a Facebook

NIALL FERGUSON

Traducción de
Inga Pellisa y Francisco J. Ramos

DEBATE

Título original: *The Square and the Tower*

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2017, Niall Ferguson

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Inga Pellisa Díaz y Francisco J. Ramos Mena, por la traducción

Diseño de la cubierta: Marc Cubillas

ISBN: 978-84-9992-880-7

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Si rompiera [mi silencio], la fuerza me abandonaría;
pero mientras conserve la paz, mantendré a mi
enemigo en una malla invisible.

GEORGE MACDONALD

PREFACIO

El historiador interconectado

Vivimos en un mundo interconectado en red, o eso se nos dice constantemente. La palabra «red», que hasta finales del siglo XIX apenas se utilizaba, hoy es objeto de un uso excesivo, y lo mismo ocurre con otros términos relacionados, como «interconectar» y sus derivados. Para el ambicioso joven metido en el mundillo moderno siempre vale la pena ir a una fiesta, por tarde que sea, con tal de seguir interconectado con los demás; puede que le apetezca más echarse a dormir, pero el temor a quedar fuera de juego resulta espantoso. Para el viejo contrariado ajeno a él, en cambio, la palabra «red» tiene connotaciones distintas; alberga la creciente sospecha de que el mundo está controlado por redes poderosas y exclusivas: los banqueros, el *establishment*, el sistema, los judíos, los masones, los Illuminati... Casi todo lo que se ha escrito sobre este tema es un puro disparate. Sin embargo, sería poco probable que las teorías de la conspiración fueran tan persistentes si tales redes no existieran en absoluto.

El problema de los teóricos de la conspiración es que, al

igual que los agraviados personajes ajenos al mundillo, malinterpretan y tergiversan invariablemente la manera como funcionan las redes. En concreto, tienden a presuponer que una serie de redes elitistas controla de manera tan fácil como encubierta las estructuras formales de poder. Mis investigaciones —además de mi propia experiencia— sugieren que ese no es el caso, sino que ocurre al revés: las redes informales suelen mantener una relación sumamente ambivalente, y a veces incluso hostil, con las instituciones establecidas. Hasta hace muy poco, por el contrario, los historiadores profesionales tendían a pasar por alto el papel de las redes o, cuando menos, a minimizarlo. Aun hoy, la mayoría de los historiadores académicos suelen centrarse en estudiar el tipo de instituciones que crean y conservan archivos, como si las que no dejan tras de sí un rastro de papel ordenado simplemente no contaran. De nuevo, mis investigaciones y mi experiencia me han enseñado a recelar de la tiranía de los archivos. A menudo los mayores cambios de la historia son logros de grupos de personas poco documentados y organizados de manera informal.

Este libro trata sobre el irregular flujo y reflujo de la historia. Distingue las largas épocas en que las estructuras jerárquicas dominaron la vida humana de aquellos otros periodos —más raros, pero a la vez más dinámicos— en que las redes llevaron las de ganar, gracias en parte a diversos cambios producidos en la tecnología. Por decirlo de una

manera sencilla: cuando la jerarquía está a la orden del día, el poder de cada uno depende del peldaño que ocupa en el escalafón organizativo de un Estado, empresa o institución similar verticalmente ordenada. En cambio, cuando las redes obtienen ventaja, el poder de cada uno deriva de su posición en uno o más grupos sociales horizontalmente estructurados. Como veremos, esta dicotomía entre jerarquía y red es una mera simplificación; pero algunas revelaciones personales pueden ilustrar su utilidad como punto de partida.

La noche de febrero de 2016 en la que escribí el primer borrador de este prefacio, asistí a la fiesta de presentación de un libro. El anfitrión era el exalcalde de Nueva York. El autor cuya obra nos había congregado allí era un columnista del *Wall Street Journal* y antiguo redactor de discursos presidenciales. Asistí por invitación del redactor jefe de Bloomberg News, al que conocía porque ambos habíamos estudiado en el mismo colegio universitario de Oxford más de un cuarto de siglo antes. En la fiesta saludé y conversé brevemente más o menos con otras diez personas, entre ellas el presidente del Consejo de Relaciones Exteriores estadounidense; el director general de Alcoa Inc., una de las mayores empresas industriales de Estados Unidos; el director de las páginas de opinión del *Journal*; un presentador de la Fox News; una miembro del Colony Club de Nueva York y su esposo, y un joven escritor de discursos que se presentó diciendo que había leído uno de mis libros

(lo que sin duda constituye la forma más acertada de entablar conversación con un profesor).

En cierto sentido, resulta evidente por qué estaba yo en aquella fiesta. El hecho de haber trabajado en una serie de conocidas universidades —Oxford, Cambridge, Nueva York, Harvard y Stanford—hace que automáticamente forme parte de múltiples redes de antiguos alumnos. A consecuencia de mi trabajo como escritor y profesor, también me he unido a toda una serie de redes económicas y políticas como el Foro Económico Mundial y las reuniones del Bilderberg. Soy miembro de tres clubes londinenses y uno neoyorquino. Además, en la actualidad pertenezco al consejo de administración de tres entidades corporativas: un gestor de activos globales, un grupo de expertos británico y un museo de Nueva York.

Sin embargo, pese a estar relativamente bien interconectado, casi no tengo poder. Un rasgo interesante de la fiesta fue que el exalcalde, en su breve discurso de bienvenida, aprovechó la oportunidad para dejar caer (aunque no con excesivo entusiasmo) que se estaba planteando presentarse como candidato independiente a las siguientes elecciones presidenciales de Estados Unidos. Pero, en calidad de ciudadano británico, yo ni siquiera podía votar en dichas elecciones. Ni mi apoyo tampoco habría mejorado en nada sus posibilidades ni las de ningún otro candidato, puesto que, dada mi condición de académico, la inmensa mayoría de los estadounidenses presuponen que me hallo

completamente alejado de las vidas reales de las personas normales y corrientes. A diferencia de mis antiguos colegas de Oxford, no controlo las admisiones de los estudiantes universitarios. Cuando enseñaba en Harvard podía poner notas buenas o mediocres a mis alumnos, pero básicamente carecía de poder para impedir que incluso los peores de ellos se graduaran. A la hora de conceder doctorados, el mío solo era uno más de los numerosos votos de los miembros de mayor rango del cuerpo docente; de nuevo, nada de poder. Sí, ejerzo cierto poder sobre las personas que trabajan para mi empresa de consultoría, pero en cinco años en total solo he despedido a un único empleado. Tengo cuatro hijos, pero mi influencia sobre tres de ellos (de poder ya ni hablamos) es mínima. Hasta el más pequeño, que tiene cinco años, está aprendiendo a desafiar mi autoridad.

En suma, pues, no soy una persona muy jerárquica: por elección propia, soy más bien un tío de redes. Cuando era estudiante disfrutaba de la falta de estratificación de la vida universitaria, en especial de la multitud de asociaciones arbitrariamente organizadas que se dan en ella. Me uní a muchas, y aparecía, aunque de manera irregular, por algunas de esas asociaciones. Mis dos experiencias favoritas en Oxford fueron tocar el contrabajo en un quinteto de jazz —un conjunto que hasta hoy se enorgullece de no tener un líder— y participar en las reuniones de un pequeño club de debate conservador llamado Canning («enlatado»). Opté por hacerme académico porque a mis veintipocos años prefería

claramente la libertad al dinero. Ver a mis contemporáneos y a sus padres trabajando en estructuras tradicionales, gestionadas de manera vertical, me daba escalofríos. En cambio, al observar a los profesores de Oxford que me enseñaban —miembros de una entidad corporativa medieval, ciudadanos de una antigua república de las letras, soberanos en sus despachos forrados de libros—, sentía el irresistible impulso de seguir sus tranquilos y seguros pasos. Cuando la vida académica resultó estar bastante menos remunerada de lo que parecían esperar las mujeres de mi vida, me esforcé en ganar más sin someterme a la indignidad de un verdadero empleo. Como periodista, me gustaba más ser *freelance*, a lo sumo un trabajador a tiempo parcial, preferiblemente un columnista con una tarifa fija. Cuando pasé a la radiotelevisión, escribía y presentaba como trabajador independiente, y más tarde creé mi propia empresa de producción. El espíritu emprendedor siempre se haavenido bien con mi amor por la libertad, aunque debo decir que he fundado empresas más para seguir siendo libre que para hacerme rico. Lo que me proporciona mayor disfrute es escribir libros sobre temas que me interesan. Los mejores proyectos —la historia de los bancos Rothschild, la carrera de Siegmund Warburg, la vida de Henry Kissinger...— me han llegado a través de mi red; solo en fecha muy reciente he logrado darme cuenta de que también eran libros sobre redes.

Algunos de mis contemporáneos buscaban la riqueza;

pocos la alcanzaban sin pasar al menos por un periodo de obligada servidumbre, por lo general trabajando en un banco. Otros buscaban el poder; asimismo, ellos tuvieron que ascender en las filas de su partido, y hoy deben de sorprenderse al recordar las indignidades que sufrieron antaño. También se sufren humillaciones en los primeros años de la vida académica, por supuesto, pero nada comparable con hacer prácticas en Goldman Sachs o trabajar como humilde voluntario en la campaña del candidato perdedor de un partido de la oposición. Formar parte de la jerarquía implica rebajarse uno mismo, por lo menos al principio. Hoy, sin embargo, algunos de mis compañeros de clase de Oxford presiden poderosas instituciones como ministros o directores ejecutivos. De sus decisiones pueden depender directamente la asignación de millones de dólares —cuando no de miles de millones— y a veces incluso el destino de las naciones. La esposa de un contemporáneo mío de Oxford que entró en política se le quejaba en cierta ocasión de sus largas horas de trabajo, su falta de privacidad, su bajo salario y sus raras vacaciones, además de la inseguridad laboral inherente en su caso al sistema democrático. «Pero el hecho de que yo soporte todo eso —replicó él— no hace sino demostrar lo maravilloso que es el poder.»

Pero ¿de verdad lo es? ¿No es mejor hoy estar en una red, que nos da influencia, que en una jerarquía, que nos da poder? ¿Qué describe mejor nuestra posición? Todos

nosotros somos, a la fuerza, miembros de más de una estructura jerárquica. Casi todos somos ciudadanos de al menos un Estado. Una parte importante de nosotros somos empleados de al menos una empresa (y un número sorprendentemente grande de empresas del mundo todavía siguen estando de modo directo o indirecto controladas por el Estado). La mayoría de las personas menores de veinte años que viven en el mundo desarrollado probablemente formen parte de uno u otro tipo de institución educativa; digan lo que digan dichas instituciones, su estructura es fundamentalmente jerárquica (es cierto que el rector de Harvard ejerce un poder muy limitado sobre un catedrático; pero, en cambio, tanto él como el escalafón de decanos que tiene por debajo ejercen un gran poder sobre todos los demás, desde el más brillante joven profesor hasta el más humilde de los alumnos de primer curso). Una parte significativa de hombres y mujeres jóvenes de todo el mundo —aunque mucho menor que en la mayoría de los últimos cuarenta siglos—realizan algún tipo de servicio militar, tradicionalmente la más jerárquica de las actividades. Si tienes que «responder» ante alguien, aunque solo sea un consejo de administración, estás en una jerarquía; y cuantas más personas respondan ante ti, más lejos te hallas de la parte inferior del montón.

Sin embargo, la mayoría de nosotros pertenecemos a más redes que a jerarquías, y con esto no me refiero solo a que estemos en Facebook, Twitter o alguna de las otras redes

informáticas que han surgido en internet en los últimos años. Tenemos redes de parientes (hoy en día pocas familias en el mundo occidental son jerárquicas), de amigos, de vecinos, de colegas entusiastas... Somos antiguos alumnos de instituciones educativas. Somos aficionados de equipos de fútbol. Somos miembros de clubes y asociaciones, o colaboramos en organizaciones benéficas. Incluso nuestra participación en las actividades de las instituciones jerárquicamente estructuradas como las iglesias o los partidos políticos se parece más a la interrelación profesional que a la actividad laboral, puesto que la realizamos de manera voluntaria y no con la expectativa de una remuneración económica.

Los mundos de las jerarquías y las redes se encuentran e interactúan. Dentro de cualquier gran empresa existen redes completamente distintas del «organigrama» oficial. Cuando algunos empleados acusan a su jefe de favoritismo, lo que implica es que está dándose prioridad a algún tipo de relación informal por encima del proceso de promoción normal gestionado por el departamento de Recursos Humanos de la quinta planta. Cuando empleados de diferentes empresas quedan para tomar unas copas después del trabajo, se trasladan de la torre vertical de la corporación a la plaza horizontal de la red social. Es significativo que cuando se reúne un grupo de personas y cada una de ellas ejerce poder en una estructura jerárquica distinta, su interrelación puede tener importantes consecuencias. En sus

novelas de Palliser, Anthony Trollope plasmaba de forma memorable la diferencia entre el poder oficial y la influencia extraoficial cuando describía a los políticos victorianos denunciándose públicamente unos a otros en la Cámara de los Comunes y luego intercambiando confidencias de manera privada en la red de clubes londinenses a la que todos pertenecían. En este libro pretendo mostrar que tales redes pueden encontrarse en casi toda la historia humana, y que son mucho más importantes de lo que la mayoría de los libros de historia hacen creer a sus lectores.

En el pasado —como he mencionado ya—, a los historiadores no se les daba demasiado bien reconstruir las redes pretéritas. Esa falta de atención a las redes se debía en parte al hecho de que la investigación histórica tradicional se basaba sobremedida, como fuente, en los documentos generados por instituciones jerárquicas como los estados. Las redes también mantienen registros documentales, pero no son tan fáciles de encontrar. Recuerdo que, siendo un inexperto estudiante de posgrado, acudí a los Archivos del Estado de Hamburgo y allí me condujeron a una desconcertante sala llena de *Findbücher*, unos enormes volúmenes encuadernados en cuero y redactados a mano en una antigua escritura alemana apenas legible, que constituían el catálogo del archivo. Estos, a su vez, remitían a los innumerables informes, libros de actas y correspondencia producidos por las diferentes «diputaciones» de la burocracia algo anticuada de la ciudad-

estado hanseática. Recuerdo muy bien que me puse a hojear los libros que correspondían al periodo que me interesaba y, para mi consternación, no encontré ni una sola página que tuviera el más mínimo interés. Imagine el lector mi gran alivio, después de varias semanas de suma amargura, cuando me vi en la pequeña sala, revestida con paneles de roble, que albergaba los documentos privados del banquero Max Warburg, a cuyo hijo Eric había conocido por pura casualidad en una recepción celebrada en el consulado británico. A las pocas horas me di cuenta de que la correspondencia de Warburg con los miembros de su propia red ofrecía una visión más clara de la historia de la hiperinflación alemana de comienzos de la década de 1920 (el tema que yo había elegido) que todos los documentos del Staatsarchiv juntos.

No obstante, durante muchos años, y como la mayoría de los historiadores, no me preocupé de pensar y escribir sobre redes más que de manera fortuita. En mi imaginación existía un vago diagrama que conectaba a Warburg con otros miembros de la élite empresarial judío-alemana a través de varios vínculos de parentesco, negocios y «afinidad electiva». Pero no se me ocurrió reflexionar sobre esa red de forma rigurosa; me contentaba con pensar, perezosamente, en sus «círculos» sociales, un término bastante imperfecto. Y me temo que tampoco fui mucho más sistemático cuando, años después, me puse a escribir la historia de los bien engranados bancos Rothschild. Me centré demasiado en la

compleja genealogía de la familia, con su sumamente inusual sistema de matrimonios entre primos, y, en cambio, demasiado poco en la red —más extensa— de agentes y bancos filiales que tuvo una importancia no menor a la hora de hacer de aquella familia la más rica del mundo decimonónico. En retrospectiva, creo que debería haber prestado mayor atención a los historiadores de mediados del siglo xx, como Lewis Namier o Ronald Syme, que fueron pioneros de la prosopografía (biografía colectiva), sobre todo como una forma de minimizar el papel de la ideología en cuanto actor histórico por derecho propio. Aun así, sus esfuerzos se habían quedado cortos con respecto a lo que sería el análisis formal de redes. Y además se habían visto superados por toda una generación de historiadores sociales/socialistas que se habían propuesto revelar el papel de las clases en auge y en decadencia como impulsoras del cambio histórico. Yo había descubierto que las élites de Vilfredo Pareto —desde los «notables» de la Francia revolucionaria hasta los *Honoratioren* de la Alemania guillermina— solían ser más importantes que las clases de Karl Marx en el proceso histórico, pero no había aprendido a analizar las estructuras elitistas.

Este libro es un intento de expiar aquellos pecados de omisión. Cuenta la historia de la interacción entre las redes y las jerarquías desde la Antigüedad hasta el pasado más reciente. Aúna teorías de múltiples disciplinas, que van desde la economía hasta la sociología, pasando por la

neurociencia y el comportamiento organizacional. La tesis fundamental es que las redes sociales siempre han sido mucho más importantes en la historia de lo que han reconocido la mayoría de los historiadores, centrados como han estado en exclusiva en organizaciones jerárquicas como los estados; pero que nunca lo han sido más que en dos periodos concretos. La primera «era reticular» siguió a la introducción de la imprenta en Europa, en las postrimerías del siglo xv, y duró hasta finales del xviii. La segunda — nuestro tiempo— se originó en la década de 1970, aunque sostengo que la revolución tecnológica que asociamos a Silicon Valley fue más una consecuencia que una causa de la crisis de las instituciones jerárquicas. El periodo intermedio, desde finales de la década de 1790 hasta finales de la de 1960, presencié la tendencia opuesta: las instituciones jerárquicas restablecieron su control y lograron clausurar o incorporar las redes. El cenit del poder jerárquicamente organizado se alcanzó de hecho a mediados del siglo xx, la era de los regímenes totalitarios y la guerra total.

Sospecho que no habría llegado a esa idea de no haberme lanzado a escribir la biografía de uno de los expertos en interrelación más hábiles de los tiempos modernos: Henry Kissinger. Cuando llegué a la fase intermedia de este proyecto —una vez acabado el primer volumen y ya finalizado todo el trabajo de investigación para el segundo—, fue cuando se me ocurrió una interesante hipótesis: ¿era posible que Kissinger debiera su éxito, fama y notoriedad, no

solo a su gran intelecto y a su formidable voluntad, sino a su excepcional habilidad para crearse una red ecléctica de relaciones, no únicamente con sus colegas de las administraciones Nixon y Ford, sino también con personas ajenas al Gobierno: periodistas, propietarios de periódicos, embajadores extranjeros y jefes de Estado, e incluso productores de Hollywood? Gran parte del presente volumen está dedicada a sintetizar (espero que sin simplificar en exceso) las investigaciones de otros estudiosos, a todos los cuales se les reconoce debidamente su labor; pero respecto a la red de Kissinger planteo aquí un primer —y espero que original— intento de abordar la cuestión.

Un libro es en sí mismo producto de una red. Ante todo, me gustaría expresar mi agradecimiento al director y los colegas de la Institución Hoover, donde se escribió este volumen, así como a los supervisores y benefactores de dicha institución. En una época en que la diversidad intelectual es la forma de diversidad que parece menos valorada en las universidades, Hoover es un raro —si no único— bastión de la libre investigación y el pensamiento independiente. También me gustaría dar las gracias a mis antiguos colegas de Harvard, que siguen contribuyendo a mi pensamiento en mis visitas al Centro Belfer de la Escuela Kennedy y al Centro de Estudios Europeos, así como a mis nuevos colegas del Centro Kissinger de la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados Paul H. Nitze de la

Universidad Johns Hopkins, y el Colegio Schwarzman de la Universidad Tsinghua de Pekín.

En mis investigaciones he contado con la inestimable ayuda de Sarah Wallington y Alice Han, además de Ravi Jacques y Olivia Ward-Jackson. Manny Rincon-Cruz y Keoni Correa contribuyeron sobremanera a mejorar la calidad de los gráficos y comentarios sobre redes. Asimismo, he recibido una serie de observaciones sumamente perspicaces sobre otros trabajos y presentaciones relacionados de Graham Allison, Pierpaolo Barbieri, Joe Barillari, Tyler Goodspeed, Micki Kaufman, Paul Schmelzing y Emile Simpson (por nombrar solo a quienes pusieron sus ideas por escrito). Varios amigos, colegas y expertos a quienes acudí en busca de consejo leyeron los primeros borradores del texto; los que se tomaron tiempo para enviarme sus observaciones fueron Ruth Ahnert, Teresita Alvarez-Bjelland, Marc Andreessen, Yaneer Bar-Yam, Joe Barillari, Alastair Buchan, Melanie Conroy, Dan Edelstein, Chloe Edmondson, Alan Fournier, Auren Hoffman, Emmanuel Roman, Suzanne Sutherland, Elaine Treharne, Calder Walton y Caroline Winterer. También recibí inestimables comentarios sobre la parte final del libro de William Burns, Henri de Castries, Mathias Döpfner, John Elkann, Evan Greenberg, John Micklethwait y Robert Rubin. Por compartir conmigo sus ideas o darme permiso para citar sus trabajos inéditos, me gustaría asimismo dar las gracias a Glenn Carroll, Peter Dolton, Paula Findlen, Francis

Fukuyama, Jason Heppler, Matthew Jackson y Franziska Keller. Por su ayuda con la historia de los Illuminati, estoy en deuda con Lorenza Castella, Reinhard Markner, Olaf Simons y Joe Wäges.

Como de costumbre, Andrew Wylie y sus colegas, en especial James Pullen, nos han representado a mí y a mi obra con gran talento. Y, una vez más, he tenido el privilegio de contar como editores con Simon Winder y Scott Moyers, que se hallan entre los más perspicaces que hoy en día trabajan en el mundo de habla inglesa. Tampoco puedo dejar de mencionar a mi corrector de estilo, Mark Handsley, a mi fiel corrector de pruebas y amigo virginiano Jim Dickson, y al responsable de gestionar las ilustraciones del libro, Fred Courtright.

Por último, doy las gracias a mis hijos, Felix, Freya, Lachlan y Thomas, que nunca se han quejado cuando la redacción del libro ha tenido prioridad sobre el tiempo dedicado a ellos, y que siguen siendo una fuente de inspiración además de orgullo y deleite. Mi esposa, Ayaan, ha tolerado con paciencia mi uso repetitivo y excesivo de las palabras «red» y «jerarquía» en nuestras conversaciones, y me ha enseñado más de lo que cree sobre ambas formas de organización. Vaya también a ella mi agradecimiento, junto con mi amor.

Dedico este libro a Campbell Ferguson, mi muy añorado padre, cuyo nombre espero y deseo que pueda llevar su

sexto nieto para cuando se publique este libro.

PRIMERA PARTE

Introducción: redes y jerarquías

El misterio de los Illuminati

Había una vez, hace casi dos siglos y medio, una red secreta que quería cambiar el mundo. Fundada en Alemania solo dos meses antes de que trece de las colonias norteamericanas de Gran Bretaña declararan su independencia, la organización llegó a ser conocida como la *Illuminatenorden*, la Orden de los Illuminati, o «Iluminados». Sus objetivos eran nobles. De hecho, originariamente su fundador la había llamado *Bund der Perfektibilisten* («Liga de los Perfectibles»). Como diría uno de los miembros de la orden, recordando las palabras del fundador, pretendía ser

[...] una asociación que, a través de los métodos más sutiles y seguros, tendrá como objetivo la victoria de la virtud y la sabiduría sobre la estupidez y la malicia; una asociación que hará los descubrimientos más importantes en todos los campos de la ciencia, que enseñará a sus miembros a llegar a ser a la vez nobles y grandes, que les asegurará cierto premio por su completa perfección en este mundo, que los protegerá de la persecución, la fatalidad y la opresión, y que atará las manos al despotismo en todas sus formas.^[1]

El propósito último de la orden era «iluminar el

entendimiento con el sol de la razón, que disipará las nubes de la superstición y el prejuicio». «Mi objetivo es hacer que venza la razón», declaraba el fundador de la orden.^[2] En cierto sentido, sus métodos eran de carácter educativo. «La única intención de la Liga» —según sus Estatutos Generales (1781)— era la «educación, no por medios retóricos, sino favoreciendo y recompensando la virtud.»^[3] Sin embargo, los Illuminati debían actuar como una fraternidad estrictamente secreta. Sus miembros adoptaron nombres clave, a menudo tomados de la Grecia o la Roma antiguas: el propio fundador se hacía llamar «Hermano Espartaco». Había tres rangos o grados de afiliación —novicio, minerval⁽¹⁾ y minerval iluminado—, pero a los integrantes de los rangos inferiores apenas se les proporcionaba una vaga idea de los objetivos y métodos de la orden. Se diseñaron elaborados ritos de iniciación; entre ellos, un juramento de secretismo, cuya violación se castigaría con la muerte más espantosa. Cada célula aislada de iniciados respondía ante un superior, cuya identidad real desconocían.

Al principio, los Illuminati contaban con un número de afiliados muy reducido. Había tan solo un puñado de miembros fundadores, la mayoría de ellos estudiantes.^[4] Dos años después de su creación, el número total de miembros de la orden era apenas de veinticinco; y en diciembre de 1779 la cifra era todavía de sesenta. Sin embargo, en unos pocos años el número de afiliados se disparó a más de mil trescientos.^[5] En sus comienzos, la

orden se había limitado a las poblaciones bávaras de Ingolstadt, Eichstätt y Frisinga, más unos pocos miembros en Múnich.[6] Pero a comienzos de la década de 1780 la red de los Illuminati se extendía por gran parte de Alemania. Asimismo, una impresionante lista de príncipes alemanes se habían unido a la asociación: Fernando, príncipe de Brunswick-Lüneburg-Wolfenbüttel; Carlos, príncipe de Hesse-Cassel; Ernesto II, duque de Sajonia-Coburgo-Altenburgo, y Carlos Augusto, gran duque de Sajonia-Weimar-Eisenach;[7] además de decenas de nobles como Franz Friedrich von Ditfurth, y la figura emergente del clero renano, Carl Theodor von Dalberg.[8] Otros miembros de la orden actuaban como consejeros de muchos de los Illuminati más exaltados.[9] También hubo intelectuales que se convirtieron en Iluminados, en particular el erudito Johann Wolfgang Goethe, los filósofos Johann Gottfried Herder y Friedrich Heinrich Jacobi, el traductor Johann Joachim Christoph Bode y el pedagogo suizo Johann Heinrich Pestalozzi.[10] Aunque él no llegó a unirse a la orden, el dramaturgo Friedrich Schiller basó su personaje Posa, el revolucionario republicano que aparece en su *Don Carlos* (1787), en un destacado miembro de la asociación.[11] Asimismo, hay quien ha detectado la influencia del iluminismo en la ópera *La flauta mágica* (1791) de Wolfgang Amadeus Mozart.[12]

Pese a ello, en junio de 1784 el Gobierno bávaro promulgó el que sería el primero de tres edictos que en la práctica

suponían la prohibición de los Illuminati, a los que condenaba por «traidores y hostiles a la religión».[13] Se creó una comisión investigadora encargada de purgar a sus miembros de la burocracia y el ámbito académico. Algunos huyeron de Baviera; otros perdieron su trabajo o fueron desterrados, y al menos a dos los encarcelaron. El propio fundador de la orden tuvo que buscar refugio en Gotha. A todos los efectos, a finales de 1787 los Illuminati habían dejado de actuar. Sin embargo, su mala fama les sobreviviría largo tiempo. Al rey Federico Guillermo II de Prusia le advirtieron de que los Illuminati seguían constituyendo una fuerza peligrosamente subversiva en toda Alemania. En 1797, el eminente físico escocés John Robison publicó una obra titulada *Pruebas de una conspiración contra todas las religiones y gobiernos de Europa, fraguada en las reuniones secretas de los francmasones, los Illuminati y los clubes de lectura*, en la que el autor afirmaba que, «en el curso de cincuenta años, con el engañoso pretexto de iluminar el mundo con la antorcha de la filosofía y disipar las nubes de la superstición religiosa y civil», una «asociación» había estado «esforzándose de manera celosa y sistemática, hasta llegar a hacerse casi irresistible», con el objetivo de «ERRADICAR TODAS LAS INSTITUCIONES RELIGIOSAS Y DERROCAR A TODOS LOS GOBIERNOS ACTUALES DE EUROPA». Para Robison, la culminación de los esfuerzos de la asociación había sido nada menos que la Revolución francesa. En su *Memoria para servir a la historia del Jacobinismo*,(2) publicada también en 1797, un exjesuita

francés llamado Augustin de Barruel formulaba la misma denuncia: «Hasta los actos más horribles perpetrados durante la Revolución francesa, todo estaba previsto y decidido, estaba acordado y premeditado [...] fruto de una villanía profundamente meditada». Los propios jacobinos — sostenía Barruel— eran los herederos de los Illuminati. Aquellas acusaciones —que se ganarían los elogios de Edmund Burke—[\[14\]](#) no tardaron en llegar a Estados Unidos, donde fueron adoptadas, entre otros, por Timothy Dwight, el entonces rector de Yale.[\[15\]](#) Durante gran parte de los siglos XIX y XX, los Illuminati desempeñaron un involuntario papel como protoconspiradores en lo que Richard Hofstadter, en una memorable expresión, denominaría el «estilo paranoico» de la política estadounidense, cuyos representantes afirmaban de manera invariable estar defendiendo a los desposeídos frente a una «red conspirativa internacional vasta, insidiosa y prodigiosamente eficaz diseñada para perpetrar actos de la más diabólica naturaleza».[\[16\]](#) Por mencionar solo dos ejemplos, los Illuminati aparecieron tanto en la literatura anticomunista de la Sociedad John Birch como en el libro *El nuevo orden mundial* (1991) del cristiano conservador Pat Robertson.[\[17\]](#)

El mito de los Illuminati ha persistido hasta la actualidad. Es cierto que algunas de las obras inspiradas en la orden han sido manifiestamente de ficción, en especial la trilogía *Illuminatus* publicada en la década de 1970 por Robert Shea y Robert Anton Wilson, la novela de Umberto Eco *El péndulo*

de Foucault (1988), la película *Lara Croft: Tomb Raider* (2001) y el *thriller* de Dan Brown *Ángeles y demonios* (2000).[\[18\]](#) Lo que resulta más difícil de explicar es la creencia generalizada de que los Illuminati existen de verdad y hoy son tan poderosos como su fundador pretendía. Desde luego, hay varias páginas web que afirman representarlos, pero ninguna presenta un aspecto demasiado profesional.[\[19\]](#) Aun así, se ha afirmado que varios presidentes estadounidenses han sido miembros de la orden, incluidos no solo John Adams y Thomas Jefferson,[\[20\]](#) sino también Barack Obama.[\[21\]](#) Un tocho bastante típico en ese sentido (la producción del género es enorme) describe a los Illuminati como una «Élite de Poder superrica que ambiciona crear una sociedad de esclavos»:

Los Illuminati son dueños de todos los bancos internacionales, las compañías petrolíferas, las empresas más poderosas de la industria y el comercio, se hallan infiltrados en la política y la educación, y son dueños de la mayoría de los gobiernos, o al menos los controlan. Incluso son dueños de Hollywood y de la industria musical [...]. Los Illuminati dirigen también el sector del tráfico de drogas [...]. Los principales candidatos a la presidencia son elegidos minuciosamente de entre los linajes ocultos de las trece familias Illuminati [...]. El principal objetivo es crear un Gobierno Mundial Único, con ellos en la cúspide para someter al mundo a la esclavitud y la dictadura [...]. Pretenden crear una «amenaza exterior», una falsa Invasión Alienígena, a fin de que los países de este mundo se muestren dispuestos a unirse como UNO.

La versión clásica de la teoría de la conspiración vincula a los Illuminati con la familia Rothschild, la Mesa Redonda, el

Grupo Bilderberg y la Comisión Trilateral, sin olvidar al gestor de fondos de cobertura, patrocinador político y filántropo George Soros.[\[22\]](#) Un número extraordinariamente elevado de personas creen en esas teorías o, cuando menos, se las toman en serio.[\[23\]](#) Algo más de la mitad (el 51 por ciento) de una muestra de mil estadounidenses encuestados en 2011 se mostraban de acuerdo con la afirmación de que «gran parte de lo que ocurre actualmente en el mundo lo decide un pequeño grupo secreto de personas».[\[24\]](#) Al menos la cuarta parte de otra muestra de mayor tamaño, esta de 1.935 estadounidenses, coincidía en que «la crisis financiera actual fue secretamente orquestada por un pequeño grupo de banqueros de Wall Street para ampliar el poder de la Reserva Federal y aumentar su control de la economía mundial».[\[25\]](#) Y casi uno de cada cinco (el 19 por ciento) estaba de acuerdo en que «el multimillonario George Soros se halla detrás de una trama oculta para desestabilizar al Gobierno estadounidense, controlar los medios de comunicación y someter el mundo a su control».[\[26\]](#) Asimismo, toda una serie de populares teóricos de la conspiración, como Alex Jones, suelen vincular al propio Soros con los Illuminati.[\[27\]](#) Puede que resulte demencial, pero esa misma demencia atrae a más de un elemento marginal. Los autores de un reciente estudio académico sobre la prevalencia de las teorías de la conspiración concluían que

la mitad de la población estadounidense apoya al menos una [teoría de la] conspiración [...]. Lejos de ser una expresión aberrante de algún extremo político o el producto de una burda desinformación, la visión conspirativa de la política es una tendencia generalizada en todo el espectro ideológico [...]. Muchos de los sistemas de creencias predominantes en Estados Unidos, ya sean los discursos cristianos sobre Dios y Satán [...] o los discursos izquierdistas sobre el neoliberalismo [...], se basan en gran medida en la idea de que unas fuerzas invisibles configuran de manera intencionada los acontecimientos contemporáneos.[28]

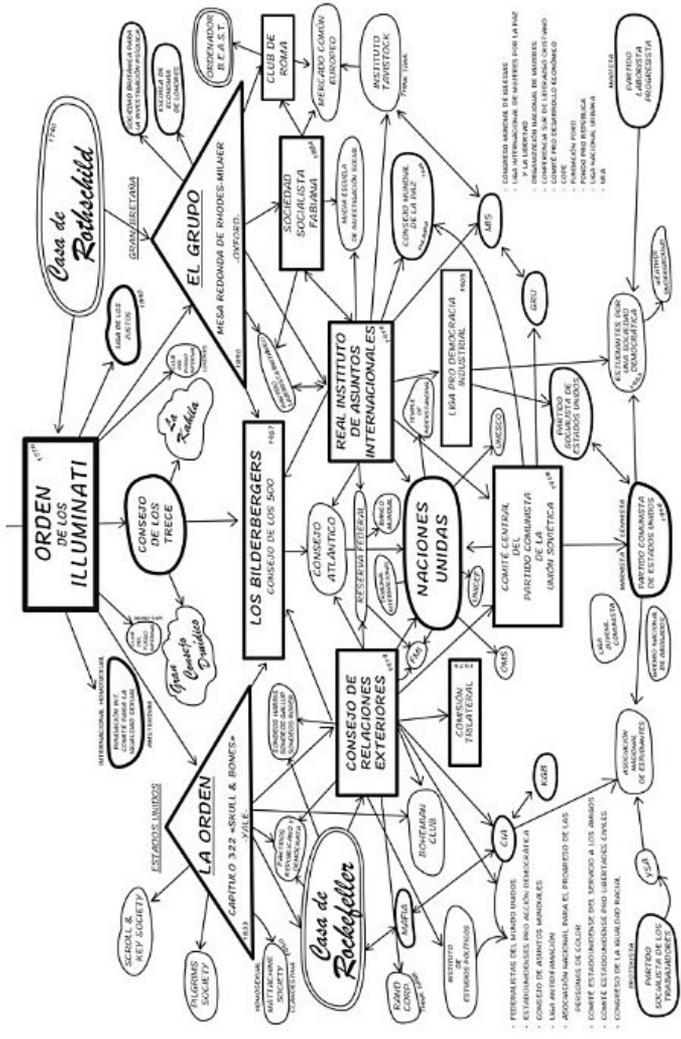


FIGURA 1. «La conspiración para dominar el mundo.»

Tampoco es que este sea un fenómeno exclusivo de Estados Unidos. En la época de la guerra de Irak, una parte significativa de la población alemana había llegado a creer que la responsabilidad de los atentados del 11-S correspondía a una serie de «redes de intereses creados

sumamente interconectadas, pero a la vez descentralizadas y desterritorializadas, que no son necesariamente el producto de la intencionalidad individual o colectiva...».[29] También en Gran Bretaña y Austria un elevado número de votantes parecen creer en las teorías de la conspiración, incluso en las inventadas por los investigadores.[30] Los escritores rusos se sienten atraídos de manera especial por las teorías que se refieren a conspiraciones lideradas por Estados Unidos,[31] aunque ninguna parte del globo puede compararse al mundo musulmán, donde el «conspiracionismo» ha aumentado de forma galopante desde el 11-S.[32] Estas creencias pueden tener consecuencias trágicas. Un teórico de la conspiración estadounidense, Milton William Cooper, murió tiroteado cuando se resistía al arresto por evasión fiscal y delito con armas de fuego; había basado su resistencia a la autoridad en la creencia de que el Gobierno federal se hallaba controlado por los Illuminati.[33] A juzgar por las estadísticas globales sobre el terrorismo y sus motivaciones, los musulmanes que creen en un complot americano-sionista contra su religión son bastante más propensos que los «conspiranoicos» estadounidenses a recurrir a la violencia.

La historia de los Illuminati ilustra el problema fundamental de escribir sobre las redes sociales,(3) sobre todo de aquellas que pretenden mantenerse en secreto. Dado que se trata de un tema que atrae a toda clase de chiflados, a los historiadores profesionales les resulta difícil tomárselo en serio; incluso a aquellos que deben afrontar el problema

de que las redes pocas veces disponen de archivos fácilmente accesibles. Los archiveros bávaros conservaron registros documentales de la campaña emprendida contra los Illuminati, incluidos los documentos originales incautados a miembros de la orden, pero solo en fecha muy reciente los investigadores han editado de manera sistemática —y extremadamente laboriosa— la correspondencia y los reglamentos que se conservan de los Illuminati, que habían terminado en toda una serie de lugares distintos, entre ellos diversos archivos de logias masónicas.^[34] Este tipo de obstáculos explica por qué un eminente historiador de Oxford insistía en que solo podía escribir «sobre lo que se ha creído y dicho acerca de las sociedades secretas, y no sobre estas propiamente dichas». ^[35] Pero ningún caso ilustra mejor la importancia histórica de las redes que el de los Illuminati. En sí mismo no fue un movimiento significativo. Obviamente, no provocó la Revolución francesa; ni siquiera llegó a causar un verdadero problema en Baviera. Pero sus miembros acabaron por ser importantes porque su reputación se hizo viral en un momento en que la perturbación política generada por la Ilustración —el logro de una red enormemente influyente de intelectuales— alcanzaba su culminación revolucionaria en ambas orillas del Atlántico.

El presente volumen pretende encontrar una vía intermedia entre la historiografía dominante, que ha tendido a subestimar la importancia de las redes, y los teóricos de la

conspiración, que por lo general la exageran. Propone un nuevo discurso histórico en que una serie de grandes cambios —que se remontan a la Era de los Descubrimientos y la Reforma, si no a una época anterior— pueden entenderse, en esencia, como retos perturbadores planteados por diversas redes a las jerarquías establecidas. También supone un reto a los confiados supuestos que hoy formulan algunos analistas acerca de que hay algo intrínsecamente benigno en la perturbación del orden jerárquico por parte de las redes. Y tiene en cuenta la experiencia de los siglos ^{XIX} y ^{XX} a la hora de identificar las diversas formas en que las energías revolucionarias transmitidas por las redes pueden verse refrenadas.

Nuestra era interconectada

Parece ser que hoy las redes están por todas partes. En la primera semana de 2017, el *New York Times* publicó 136 noticias en que aparecía la palabra «red» (o alguno de sus sinónimos): *network*, en inglés. En poco más de una tercera parte de ellas se hacía referencia a «redes» —es decir, cadenas— de televisión, luego había doce sobre redes informáticas y otras diez sobre diversos tipos de redes políticas; pero también había noticias sobre redes de transporte, redes financieras, redes terroristas y redes asistenciales, por no mencionar las redes sociales, educativas, criminales, telefónicas, radiofónicas, eléctricas y de inteligencia. Leer esto es contemplar un mundo donde, como dice el cliché, «todo está conectado». Unas redes unen a militantes, otras conectan a médicos, algunas vinculan cajeros automáticos. Hay una red oncológica, una red yihadista, una red de amigos de las orcas... Algunas de ellas —que suelen recibir el calificativo de «vastas»—[\[1\]](#) son internacionales, mientras que otras lo son de ámbito regional; algunas son etéreas, otras subterráneas. Hay redes

de corrupción, redes de túneles, redes de espionaje..., incluso existe una red de partidos de tenis amañados. Los detractores de las redes luchan contra sus defensores. Y toda esta información está incansablemente cubierta por redes de comunicaciones terrestres, por cable y por satélite.

En la novela *Casa desolada* la niebla era omnipresente. Hoy en día son las redes e interacciones las que, por tomar prestada la expresión de Dickens, están río arriba y río abajo. «La alternativa a la interrelación profesional es el fracaso», leemos en la *Harvard Business Review*.^[2] «Una de las razones clave por las que las mujeres van a la zaga en cuestión de liderazgo —se afirma en la misma revista— es que son menos propensas a disponer de extensas redes de interrelación que las apoyen y promuevan como líderes potenciales.»^[3] Otro artículo de la citada revista revela que «los gestores de carteras de fondos de inversión concentraron mayores apuestas en las empresas con las que se hallaban vinculados a través de una red educativa», y que aquellas inversiones dieron un rendimiento superior⁽⁴⁾ a la media.^[4] Sin embargo, no todo el mundo podría inferir de ello que las redes masculinas de «amiguetes» son una fuerza benéfica, digna de emulación por las chicas. En el mundo de las finanzas, algunas «redes de expertos» han resultado ser canales de transmisión de información privilegiada o de manipulación de los tipos de interés.^[5] También se ha culpado a las redes de la crisis financiera mundial de 2008: en concreto, a la red cada vez más compleja que convirtió

los bancos del mundo en un sistema global de transmisión y amplificación de las pérdidas de las denominadas hipotecas *subprime*, o «hipotecas basura».[6] A algunos el mundo descrito por Sandra Navidi en *Superhubs* puede parecerles glamuroso. En palabras de la autora, unos «pocos elegidos — la autora nombra solo a veinte personas— controlan el más exclusivo y potente de los activos: una red única de relaciones personales que se extiende por todo el globo». Esas relaciones se forjan y mantienen en un número aún más pequeño de instituciones: el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), Goldman Sachs, el Foro Económico Mundial, tres entidades filantrópicas —entre ellas la Iniciativa Global Clinton— y el restaurante neoyorquino Four Seasons.[7] Sin embargo, uno de los mensajes clave de la exitosa campaña electoral de Donald J. Trump en 2016 fue que aquellos eran los mismos «intereses especiales globales» que se ocultaban tras «la fallida y corrupta clase política» personificada por Hillary Clinton, la candidata a la que acabaría derrotando.[8]

Sin embargo, ningún análisis de las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016 sería completo sin analizar el papel desempeñado por las redes mediáticas, desde Fox News hasta Facebook y Twitter, la red preferida del candidato victorioso.[5] Una de las muchas ironías de esos comicios fue el hecho de que la campaña de Trump — basada en las redes— dirigiera gran parte de su artillería contra la red elitista de Clinton, una red de la que el propio

Trump formara parte una vez, tal como atestigua la presencia de los Clinton en su tercera boda. Solo unos años antes de las elecciones, una entidad denominada The Trump Network —creada en 2009 para vender productos tales como suplementos vitamínicos con el respaldo del magnate— había ido a la quiebra. Y en caso de haber perdido las elecciones, el empresario tenía previsto poner en marcha una cadena de televisión llamada Trump TV. Una de las numerosas razones por las que no perdió los comicios fue porque la red de inteligencia rusa hizo lo posible por deteriorar la reputación de su rival, utilizando el sitio web WikiLeaks y el canal de televisión RT como principales instrumentos. Según se lee en un informe parcialmente desclasificado de las agencias de inteligencia estadounidenses, «en 2016 el presidente ruso Vladímir Putin ordenó realizar una campaña de influencia» que pretendía «denigrar a la secretaria Clinton y mermar sus posibilidades de ser elegida presidenta», lo que reflejaba la «clara preferencia» del Kremlin por Trump. De acuerdo con el informe, en julio de 2015 «la inteligencia rusa obtuvo acceso a las redes del Comité Nacional Demócrata (CND) y mantuvo dicho acceso al menos hasta el mes de junio de 2016», mientras iba publicando sistemáticamente en WikiLeaks los correos electrónicos que obtenía. Al mismo tiempo, la «maquinaria propagandística estatal de Rusia (integrada por su aparato mediático nacional, varios medios como RT y Sputnik dirigidos a un público global y toda una

red de troles de naturaleza cuasigubernamental) colaboró en la campaña de influencia actuando como plataforma para transmitir mensajes del Kremlin tanto al público ruso como internacional». [9]

No obstante, otra de las razones por las que ganó Trump fue que la red terrorista islamista conocida como Estado Islámico llevó a cabo varios atentados en los doce meses anteriores a las elecciones, entre ellos dos en Estados Unidos (en San Bernardino y Orlando). Dichos atentados vinieron a reforzar el atractivo de las promesas de Trump de «sacar a la luz», «desarticular» y «eliminar una a una [...] las redes de apoyo al islam radical en este país» y «desmantelar por completo la red de terror global de Irán». [10]

En definitiva, pues, vivimos en la «Era de la Red». [11] Joshua Ramo la ha denominado «la era del poder en red». [12] Adrienne Lafrance prefiere «la era del entramado». [13] Parag Khanna incluso propone una nueva disciplina, la «conectografía», para cartografiar «la Revolución Global de las Redes». [14] «La sociedad red —en expresión de Manuel Castells— representa un cambio cualitativo en la experiencia humana.» [15] Las redes están transformando la esfera pública y, con ella, la propia democracia. [16] Pero ¿para bien o para mal? «La actual tecnología de redes [...] realmente favorece a los ciudadanos», escriben Jared Cohen y Eric Schmidt, de Google. «Nunca antes había habido tantas personas conectadas a través de una red que responde de manera instantánea», con consecuencias auténticamente

«innovadoras» para la política en todas partes.[\[17\]](#) Una visión alternativa es que las empresas globales como Google ejercen de manera sistemática un «dominio estructural» al explotar las redes para erosionar la soberanía nacional y la política colectivista que la hace posible.[\[18\]](#)

Cabe formularse la misma pregunta con respecto al efecto de las redes en el sistema internacional: ¿para bien o para mal? En opinión de Anne-Marie Slaughter, tiene sentido reconfigurar la política global combinando el tradicional «tablero» de la diplomacia interestatal con la nueva «red [web] [...] de redes», explotando las ventajas de este último (como la transparencia, la adaptabilidad y la escalabilidad).[\[19\]](#) Los estadistas del futuro, afirma la autora, serán «actores en red que ostentarán el poder y ejercerán el liderazgo junto con los gobiernos» mediante «estrategias de conexión».[\[20\]](#) Parag Khanna aguarda con impaciencia y fruición un «mundo de redes de suministro» donde las corporaciones globales, las megaciudades, las «aerotrópolis» y las «comunidades regionales» compitan en un constante pero esencialmente pacífico «tira y afloja» por la ventaja económica similar a un «enorme juego multinivel».[\[21\]](#) Sin embargo, resulta dudoso —no solo a Joshua Ramo, sino también a su mentor, Henry Kissinger— que tales tendencias tengan probabilidades de mejorar la estabilidad global. Este último escribía:

La omnipresencia de las comunicaciones en red en los sectores social,

financiero, industrial y militar ha [...] transformado por completo sus puntos débiles. Superando la mayoría de las normas y regulaciones (y de hecho la comprensión técnica de muchos reguladores), en algunos aspectos ha creado el estado de naturaleza [...] cuya vía de escape, para Hobbes, proporcionaba la fuerza motivadora para la creación de un orden político [...]. Las relaciones entre las ciberpotencias incorporan cierta [a]simetría y una especie de desorden mundial congénito tanto a nivel diplomático como estratégico [...]. Ante la falta de articulación de algunas normas de conducta internacional, la dinámica interna del sistema generará una crisis.[\[22\]](#)

Si es cierto que ya ha empezado la «primera ciberguerra mundial», como afirman algunos, entonces se trata de una guerra entre redes.[\[23\]](#)

La perspectiva más alarmante de todas es que en última instancia una red global única vuelva superfluo al *Homo sapiens* y, en consecuencia, provoque su extinción. En *Homo Deus*, Yuval Harari sostiene que la era de las «redes de cooperación masiva» a gran escala basadas en el lenguaje escrito, el dinero, la cultura y la ideología —productos de las redes neuronales humanas, basadas a su vez en el carbono— está dando paso a una nueva Era de la Red de ordenadores, basados en el silicio, basadas a su vez en algoritmos. En esa red global, no tardaremos en descubrir que somos prácticamente tan importantes para los algoritmos como los animales lo son en la actualidad para nosotros. Desconectarse de la red significará la muerte del individuo, puesto que será aquella la que se encargará de mantener nuestra salud las veinticuatro horas del día. Pero permanecer conectados supondrá en última instancia la

extinción de la especie: «Los cánones que nosotros mismos hemos consagrado nos condenarán a unirnos a los mamuts y los delfines de río chinos sumiéndonos como ellos en el olvido».[24] Basándose en la sombría evaluación que hace Harari del pasado humano, eso parece ser justo lo que nos merecemos.[25]

Estas páginas tratan más del pasado que del futuro; o, para ser exactos, es un libro que pretende saber del futuro sobre todo estudiando el pasado, en lugar de entregarse a las fantasías o la proyección fortuita de tendencias recientes. Hay quienes dudan (en especial en Silicon Valley) de que la historia tenga mucho que enseñarles en un momento de tan rápida innovación tecnológica como el actual.[26] De hecho, gran parte del debate que aquí acabo de resumir presupone que las redes sociales son algo nuevo y que su actual ubicuidad constituye un fenómeno sin precedentes. Eso es un error. Por más que hablemos sin parar de dichas redes, la realidad es que la mayoría de nosotros solo poseemos un conocimiento muy limitado de cómo funcionan y casi no tenemos ni idea de su origen. Ignoramos en gran medida hasta qué punto están generalizadas en el mundo natural, el papel clave que han desempeñado en nuestra evolución como especie y en qué grado forman parte integrante del pasado humano. Como resultado, tendemos a subestimar la importancia de las redes en el pasado y a suponer erróneamente que la historia no tiene nada que enseñarnos al respecto.

Es cierto que nunca ha habido redes tan grandes como las que podemos observar en el mundo actual. Ni los flujos de información —o, para el caso, las enfermedades— se han transmitido con tanta rapidez. Pero la envergadura y la velocidad no lo son todo. Nunca podremos dar sentido a las vastas y veloces redes de nuestra propia época —o, más en concreto, no tendremos ni la menor idea de si la Era de la Red será gozosamente emancipadora o espantosamente anárquica— si no estudiamos las redes, más lentas y pequeñas, del pasado. Y ello porque también estas eran ubicuas. Y a veces, de hecho, muy poderosas.

Redes, redes por todas partes

El mundo natural está hecho, en una desconcertante medida, de «redes optimizadas y ramificadas que llenan el espacio» —en palabras del físico Geoffrey West—, que van desde el sistema circulatorio humano hasta un hormiguero, todas las cuales han evolucionado para distribuir energía y materiales entre depósitos macroscópicos y sitios microscópicos separados por la sorprendente cifra de 27 órdenes de magnitud. Los sistemas circulatorio, respiratorio, renal y nervioso de los animales son todos ellos redes naturales. También lo son los sistemas vasculares de las plantas y las redes microtubulares y mitocondriales del interior de las células.[\[1\]](#) El cerebro del gusano nematodo *Caenorhabditis elegans* es la única red neuronal que ha logrado cartografiarse de manera exhaustiva hasta la fecha, pero con el tiempo otros cerebros más complejos serán objeto del mismo tratamiento.[\[2\]](#) Desde los cerebros de los gusanos hasta las cadenas tróficas (o las «redes tróficas»), la biología moderna encuentra redes en todos los niveles de la vida en la Tierra.[\[3\]](#) La secuenciación del genoma ha revelado una

«red de regulación génica» cuyos «nodos son genes y cuyos eslabones son cadenas de reacciones».[4] También el delta de un río es una red, como cartografiaban nuestros atlas de la escuela. Los tumores forman asimismo redes.

Algunos problemas solo pueden resolverse mediante el análisis de redes. Los científicos que trataron de explicar las masivas floraciones de algas que hubo en 1999 en la bahía de San Francisco tuvieron que cartografiar toda la red de la vida marina antes de poder identificar la verdadera causa. Hizo falta una cartografía similar de las redes neuronales para establecer que en el hipocampo es donde reside la memoria humana.[5] La velocidad con que se propaga una enfermedad infecciosa tiene tanto que ver con la estructura reticular de la población expuesta, como con la virulencia de la propia enfermedad, según puso de manifiesto hace veinte años una epidemia que se produjo entre adolescentes en el condado de Rockdale, en Georgia.[6] La existencia de unos cuantos núcleos estrechamente conectados hace que la propagación de la enfermedad aumente de manera exponencial después de una fase inicial de crecimiento lento. [7] En otras palabras, si el «número básico de reproducción» (cuántas personas nuevas son infectadas por un individuo infectado medio) es superior a uno, una enfermedad se convierte en endémica; si es inferior, tiende a desaparecer. Pero ese número básico de reproducción viene determinado por la estructura de la red a la que infecta no menos que por la virulencia inherente a la enfermedad.[8] Las estructuras

de la red también pueden condicionar la velocidad y la precisión con que se diagnostica una enfermedad.[9]

En la prehistoria, los *Homo sapiens* evolucionamos como un mono cooperativo, con una capacidad única de interrelación —es decir, de comunicarnos y actuar colectivamente— que nos diferenciaba de los demás animales. En palabras del biólogo evolucionista Joseph Henrich, no somos simplemente chimpancés con menos pelo y el cerebro más grande; el secreto de nuestro éxito como especie «reside [...] en los cerebros colectivos de nuestras comunidades».[10] A diferencia de los chimpancés, nosotros aprendemos en un contexto social, mediante el ejemplo y el hecho de compartir. Según el antropólogo evolucionista Robin Dunbar, nuestro mayor cerebro, con su neocórtex más desarrollado, evolucionó para permitirnos funcionar en grupos sociales relativamente grandes de alrededor de 150 individuos (frente a solo unos cincuenta en el caso de los chimpancés).[11] De hecho, nuestra especie debería conocerse en realidad como *Homo dictyous* («hombre en red»), puesto que —por citar a los sociólogos Nicholas Christakis y James Fowler— «nuestros cerebros parecen haberse construido para las redes sociales».[12] El término acuñado por el etnógrafo Edwin Hutchins a fin de expresar eso mismo era «cognición distribuida». Nuestros primeros ancestros eran «forrajeadores que colaboraban por obligación» y que llegaron a hacerse mutuamente interdependientes para encontrar alimento, refugio y calor.

[13] Es probable que el desarrollo del lenguaje hablado, así como los avances asociados a la capacidad y la estructura cerebral, formaran parte de ese mismo proceso, evolucionando a partir de prácticas propias de los monos, como la conducta de acicalamiento.[14] Lo mismo podría decirse de actividades como el arte, la danza y el ritual.[15] Como sostienen los historiadores William H. McNeill y J. R. McNeill, la primera «red mundial» surgió en realidad hace unos doce mil años. El hombre, con su incomparable red neural, nació para interrelacionarse.

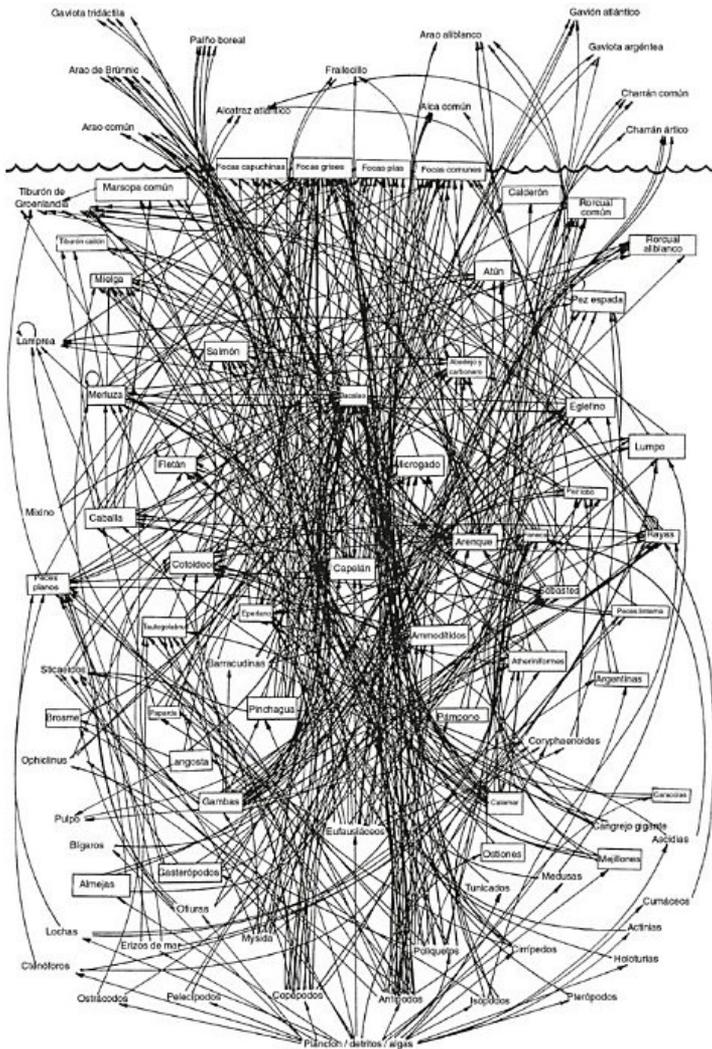


FIGURA 2. Una red trófica parcial de la «Plataforma de Nueva Escocia», en el noroeste del Atlántico. Las flechas van de las especies presa a las especies depredadoras.

Las redes sociales, pues, son las estructuras que forman los seres humanos de manera natural, empezando por el propio conocimiento y las diversas formas de representación que utilizamos para comunicarnos, además, como es obvio,

de los árboles genealógicos a que todos necesariamente pertenecemos, por más que solo algunos de nosotros poseamos un conocimiento detallado de nuestra genealogía. Las redes incluyen asimismo las pautas de asentamiento, migración y mestizaje que han distribuido a nuestra especie por toda la superficie terrestre, así como los innumerables cultos y modas que producimos de manera periódica con una mínima premeditación y liderazgo. Como veremos, las redes sociales se presentan en toda clase de formas y tamaños, desde las más exclusivas sociedades secretas hasta los movimientos en defensa del software de código abierto. Algunas tienen un carácter autoorganizado y espontáneo; otras son más sistemáticas y estructuradas. Lo que ha sucedido (a partir de la invención del lenguaje escrito) es que las nuevas tecnologías han facilitado nuestra antigua necesidad innata de interrelación.

Sin embargo, hay aquí un enigma. Durante la mayor parte de la historia escrita, las jerarquías dominaron las redes en su envergadura y alcance. Hombres y mujeres se organizaron de manera mayoritaria en estructuras jerárquicas, con el poder concentrado en la cúspide en manos de un jefe, señor, rey o emperador. En cambio, la red del individuo medio tenía un alcance raquítico. El campesino típico —que más o menos es lo que han sido la mayoría de los seres humanos durante la mayor parte de la historia escrita— se veía confinado a un pequeño grupo llamado «familia», dentro de un grupo ligeramente superior llamado

«aldea», casi sin vínculos con el resto del mundo. Así han vivido la mayoría de los seres humanos hasta hace tan solo cien años. Aún hoy, los habitantes de las aldeas indias están, en el mejor de los casos, conectados en una especie de «mosaico social [...] una unión de pequeñas camarillas donde cada una de ellas tiene justo el tamaño suficiente para sustentar la cooperación de todos sus miembros y donde todas las camarillas están ligadas entre sí».[16] En tales comunidades aisladas desempeñan un papel clave los individuos que actúan como «centros de difusión», conocidos comúnmente como «correvediles».[17]

Las redes tradicionales de ámbito reducido eran tan opresivas que algunas personas preferían retirarse a un completo aislamiento. La canción de Robert Burns «Naebody» (forma arcaica del inglés *nobody*, «nadie») celebra la autosuficiencia como una especie de desafiante desconexión:

*Tengo a mi propia esposa,
no la compartiré con nadie;
nadie me pondrá los cuernos,
ni yo se los pondré a nadie.*

*Tengo un penique para gastar,
pues no se lo debo a nadie;
no tengo nada que prestar,*

ni tomaré prestado de nadie.

*Ni de nadie soy señor,
ni seré esclavo de nadie;
tengo una buena y ancha espada,
no recibiré tajos de nadie.*

*Viviré alegre y feliz,
no me entristeceré por nadie;
no hay nadie que cuide de mí,
y yo tampoco cuido de nadie.*

Desde el Llanero Solitario hasta el Montañero Errante,⁽⁶⁾ estos individuos aislados han sido héroes recurrentes de las películas del Oeste. En el filme de los hermanos Coen *Sangre fácil* (1984), el narrador vive en un mundo de un individualismo desenfrenado y brutal. «¡Adelante, quéjate! ¡Cuéntale tus problemas a tu vecino, pídele ayuda... y lo verás salir corriendo! Ahora en Rusia se lo han montado para que todo el mundo apoye a los demás; al menos en teoría. Pero lo que yo conozco es Texas. Y aquí [...] estás completamente solo.»^[18]

Sin embargo, un individualismo tan desenfrenado es la excepción, no la regla. Como decía el poeta John Donne en un memorable párrafo de sus *Devociones*:

Ningún hombre es una isla, completo en sí mismo; todo hombre es un fragmento del continente, una parte de la tierra firme. Si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda mermada, como si fuera un promontorio, o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia. La muerte de cualquier hombre me disminuye, porque formo parte de la humanidad; por tanto, nunca preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti.

En realidad el hombre es un animal social, y el misántropo se ve rechazado a la vez que rechaza. El enigma radica en por qué y cómo nosotros, maestros de la interrelación por naturaleza, hemos sido tanto tiempo esclavos de jerarquías verticalmente estructuradas y rígidamente institucionalizadas.

La palabra «jerarquía» deriva del griego antiguo ἱεραρχία (hierarchía) —literalmente, el «mando de un sumo sacerdote»—, y en origen se utilizó para describir los órdenes celestiales de los ángeles y, de manera más general, para aludir a un orden estratificado de gobierno espiritual o temporal. En cambio, casi hasta el siglo XVI el término «red» no significó otra cosa que una malla tejida de hilo entrelazado. En inglés, Shakespeare utiliza de vez en cuando las palabras *net* y *web* en sentido metafórico —por ejemplo, el complot de Yago contra Otelo es una «red [*net*] que nos enredará a todos»—, pero el término actual, *network*, no aparece en ninguna de sus obras.^[19] Los científicos de los siglos XVII y XVIII supieron discernir que en la naturaleza había redes —desde las telas de araña hasta el sistema circulatorio

humano de venas y arterias—, pero solo en el siglo XIX empezó a utilizarse el término de forma más metafórica, por los geógrafos e ingenieros a la hora de describir vías fluviales y férreas, y por los escritores para aludir a las relaciones entre las personas. El poeta Coleridge (1817) hablaba de una «red de propiedad»; el historiador Freeman (1876), de una «red de tenencias feudales».[20] Aun así, y por seguir con el ejemplo de la lengua inglesa, más o menos hasta 1880 los libros publicados en inglés tenían más probabilidades de contener la palabra «jerarquía» que la palabra «red» (véase la figura 3). En retrospectiva, es posible someter las relaciones políticas y sociales descritas en la novela de Anthony Trollope *Phineas Finn* (1869) a un análisis de redes,[21] pero la palabra «red» no aparece ni una sola vez en ese texto. Solo a finales del siglo XX empezaron a proliferar las «redes»: primero las de transporte y eléctricas; luego las telefónicas y de televisión, y por último las informáticas y las redes sociales online. En el caso concreto del inglés hubo una ulterior evolución del término, ya que a partir de 1980 comenzó a utilizarse también la palabra *network* en función verbal (con el gerundio *networking*) para aludir a la interrelación social ejercida intencionadamente con fines profesionales.(7)

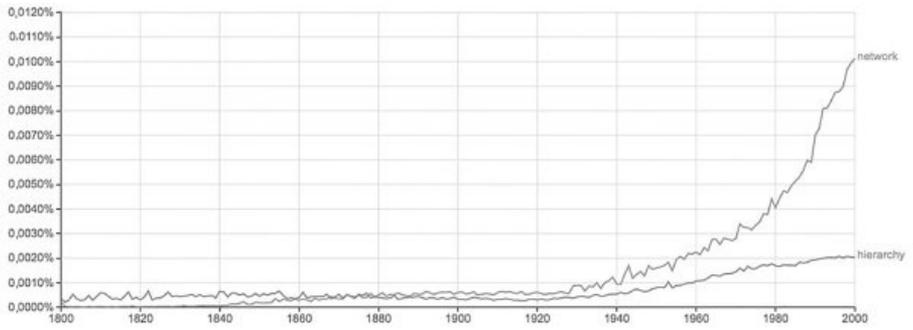


FIGURA 3. N-grama de Google de la frecuencia de aparición de las palabras *network* («red») y *hierarchy* («jerarquía») en publicaciones en lengua inglesa entre 1800 y 2000.

¿Por qué las jerarquías?

El turista que visita Venecia debería reservarse una tarde para hacer una excursión a la encantadora y lánguida isla de Torcello. Allí, en la catedral de Santa Maria Assunta, se halla un perfecto ejemplo de lo que entendemos por jerarquía (véase la lámina 1): un mosaico del siglo ^{XI} que representa el Juicio Final en cinco niveles, con Cristo en la cúspide y los fuegos del infierno en la parte inferior.

Así es más o menos como la mayoría de la gente concibe las jerarquías: a la manera de organizaciones verticalmente estructuradas caracterizadas por un mando, control y comunicación centralizados y descendentes. Desde una perspectiva histórica, empiezan con los clanes y tribus basados en la estructura familiar, a partir de los cuales (o a pesar de los cuales) evolucionaron otras instituciones más complicadas y estratificadas, con una división y una clasificación de trabajos de carácter formal.^[1] Entre las diversas variantes de jerarquía que proliferaron en el periodo premoderno figuran las ciudades-estado estrictamente reguladas y dependientes del comercio, y

otros estados de mayor tamaño, en su mayoría monárquicos, basados en la agricultura; los cultos religiosos de estructura centralizada conocidos como «iglesias»; los ejércitos y burocracias de los estados; los gremios que se encargaban de controlar el acceso a las profesiones cualificadas; las corporaciones autónomas que desde comienzos del periodo moderno tratarían de explotar las economías de gama y de escala internalizando ciertas transacciones de mercado; las corporaciones académicas como las universidades y los gigantescos estados transnacionales conocidos como «imperios».

El incentivo crucial que favoreció el orden jerárquico fue que este hacía más eficiente el ejercicio del poder: el control centralizado en manos del «gran hombre» eliminaba, o cuando menos reducía, las prolongadas discusiones en torno a qué hacer, que en cualquier momento podían avivarse y derivar en un conflicto interno.^[2] Según el filósofo Benoît Dubreuil, delegar el poder judicial y penal —el poder para castigar a los transgresores— en un individuo o una élite era la solución óptima para las sociedades predominantemente agrarias que requerían que la mayoría de la gente se limitara a callar y deslomarse en los campos.^[3] Peter Turchin, en cambio, prefiere hacer hincapié en el papel de la guerra, argumentando que las transformaciones de la tecnología militar alentaron la difusión de estados y ejércitos organizados de manera jerárquica.^[4]

Además, el absolutismo podía ser una fuente de cohesión

social. «Hay un hilo invisible, como una tela de araña, y viene directamente del corazón de su majestad imperial Alejandro III —le explicaba el policía zarista Nikiforich al joven Maksim Gorki en torno a 1890—. Y hay otro que pasa por todos los ministros, a través de su excelencia el gobernador, y desciende atravesando todos los rangos hasta alcanzarme a mí y aun al más humilde de los soldados. Todo está atado y conectado por este hilo [...] con su poder invisible.»^[5] Gorki vivió para ver cómo Stalin convertía ese hilo invisible en unos cables de acero de control social que superarían los sueños más descabellados de los zares.

Pero también el defecto de la autocracia resulta evidente. Ningún individuo, por mucho talento que posea, tiene la capacidad de afrontar por sí solo todos los retos del Gobierno imperial, y casi ninguno es capaz de resistirse a las tentaciones corruptoras del poder absoluto. Las críticas al Estado jerárquico han sido tanto de índole política como económica. Desde el siglo XVIII, el mundo occidental fue adoptando —aunque con algunos contratiempos— una visión de la democracia más positiva que la de los teóricos políticos antiguos y renacentistas, o cuando menos una perspectiva más positiva de un gobierno limitado por tribunales independientes y alguna forma de órgano de representación. Aparte del atractivo intrínseco de la libertad política, los sistemas de gobierno de carácter más abierto parecen ir asociados a un desarrollo económico más sostenido.^[6] También son más capaces de hacer frente a la complejidad

derivada del crecimiento demográfico y el avance de las tecnologías. Y asimismo son menos vulnerables a la decapitación: cuando gobierna un solo hombre, su asesinato puede hacer que todo el sistema jerárquico se venga abajo. Al mismo tiempo, desde Adam Smith diversos economistas han argumentado que el orden espontáneo del libre mercado es intrínsecamente mejor a la hora de asignar los recursos que un monopolista privado o un gobierno demasiado poderoso.

En la práctica, como es obvio, gran parte de los gobernantes autocráticos de la historia han dejado una considerable porción de poder al mercado, aunque hayan podido regular, gravar y de vez en cuando interrumpir sus operaciones. De ahí que en el arquetipo medieval de la ciudad de comienzos del periodo moderno (como en el caso, por ejemplo, de la ciudad toscana de Siena) la torre que representa al poder secular se alza justo al lado de (y, de hecho, ensombrece a) la plaza donde se realizan las transacciones mercantiles y otras formas de intercambio público (véase la lámina 6). Por tanto, sería un error estar de acuerdo con Friedrich Hayek en su concepción de una simple dicotomía entre el Estado y el mercado; no solo porque el Gobierno define el marco jurídico dentro del que opera el mercado, sino también porque —como argumentaba el malogrado Max Boisot— los mercados y las burocracias en sí mismos son solo tipos ideales de redes de intercambio de información, como los clanes o los feudos.[\[7\]](#)

En cambio, las redes informales son distintas. En tales redes, según el sociólogo organizacional Walter Powell, «las transacciones no se producen ni a través de intercambios discretos ni por sanción administrativa, sino mediante redes de individuos involucrados en acciones recíprocas preferenciales que se refuerzan mutuamente [...] [las cuales] no implican ni los criterios explícitos del mercado ni el paternalismo familiar de la jerarquía».[8] Quienes estudian el gobierno corporativo hace tiempo que son conscientes del papel que desempeñan las redes de equipos directivos interconectados en algunas economías. Los grupos de *keiretsu* japoneses son solo un ejemplo de estas numerosas redes empresariales. Tales estructuras hacen pensar en la famosa observación de Adam Smith de que «las personas del mismo oficio pocas veces se reúnen, ni siquiera para regocijo y diversión, pero [cuando lo hacen] la conversación termina en una conspiración contra los ciudadanos, o en alguna estratagema para subir los precios».(8) También algunos politólogos se han vuelto incómodamente conscientes de que las redes ocupan cierto terreno intermedio.[9] ¿Puede decirse que los integrantes de una red comercian de manera subrepticia, aunque lo que se intercambien sean regalos y no billetes de banco?[10] ¿Acaso las redes no son más que empresas muy vagamente estructuradas?[11] Los teóricos de las redes llevan muchos años buscando respuestas a estas preguntas, aunque con frecuencia se ha pasado por alto su trabajo; sobre todo, hasta

fecha muy reciente, por parte de los historiadores.

De los siete puentes a los seis grados

El estudio formal de las redes se remonta a mediados del siglo XVIII, periodo del apogeo de la ciudad prusiana oriental de Königsberg, hogar del filósofo Immanuel Kant. Uno de los lugares emblemáticos de Königsberg eran los siete puentes que atravesaban el río Pregolia uniendo sus dos orillas a las dos islas que se alzan en medio de este, además de ambas islas entre sí (véase la figura 4). Un acertijo popular entre los habitantes de la ciudad planteaba que resultaba imposible dar un paseo en que se cruzaran los siete puentes solo una vez, sin atravesar alguno de ellos una segunda.⁽⁹⁾ El problema atrajo la atención del gran matemático de origen suizo Leonhard Euler, que en 1735 inventó la teoría de redes para demostrar formalmente por qué tal paseo era imposible. En el gráfico simplificado que aquí reproducimos (véase la figura 5) hay cuatro «nodos», que representan las dos orillas principales del río y las islas menor y mayor, y siete «aristas», que representan los puentes que las conectaban. Formalmente, Euler demostró que la posibilidad de una trayectoria que atravesase cada arista una sola vez

depende de manera forzosa del «grado» de los nodos (esto es, del número de aristas que tocan cada nodo). El gráfico debe tener, o bien dos nodos con un número impar de aristas, o bien ninguno. Como el gráfico de los puentes de Königsberg tiene cuatro de tales nodos (uno con cinco aristas; los demás con tres), no admite una trayectoria euleriana. Solamente sería posible dar un paseo que cruzara cada puente una sola vez si se eliminara una arista: el puente que une las dos islas; entonces solo habría dos nodos con un grado impar. A partir de Euler, las unidades básicas de la modernamente denominada teoría de grafos —que él llamó «geometría de posición»— han sido los nodos (o vértices) y las aristas (o enlaces).

Los científicos del siglo XIX aplicaron este marco conceptual a toda clase de cosas, desde la cartografía hasta los circuitos eléctricos, pasando por los isómeros de compuestos orgánicos.^[1] Desde luego, la posibilidad de que también pudiera haber redes «sociales» no pasó inadvertida a algunos de los grandes pensadores políticos de la época, en especial John Stuart Mill, Auguste Comte y Alexis de Tocqueville, el último de los cuales comprendió que la rica vida asociativa de los primeros tiempos de Estados Unidos sería crucial para el funcionamiento de la democracia estadounidense. Pero ninguno de ellos intentó formalizar la idea. Puede decirse, pues, que el estudio de las redes sociales data de 1900, cuando el maestro de escuela y sociólogo aficionado Johannes Delitsch publicó una matriz que

representaba las amistades de los 53 chicos a quienes había dado clase en el curso 1880-1981.^[2] Delitsch observó una estrecha relación entre las afinidades sociales de los chicos y su rango académico, que en aquella época era la base sobre la que se asignaban los asientos en el aula. Tres décadas después se llevó a cabo un trabajo parecido en Nueva York, donde el idiosincrásico psiquiatra Jacob Moreno —nacido en Austria, aunque antifreudiano— empleó sociogramas para estudiar las relaciones existentes entre las chicas «delincuentes» de una escuela reformatorio de Hudson, Nueva York. Su investigación —publicada en 1933 con el título de *Who Shall Survive?* («¿Quién sobrevivirá?»)— revelaba que el aumento del número de chicas fugitivas en 1932 podía explicarse en función de las posiciones de dichas fugitivas en la red social de «atracciones y repulsiones» de la escuela, que eran a la vez de índole racial y sexual (véase la lámina 2). Allí estaban, proclamaba Moreno, «las fuerzas sociales que dominan a la humanidad». Para él, su libro era «una nueva biblia, la biblia de la conducta social, de las sociedades humanas».^[3]

Treinta años después, el lingüista y bibliógrafo Eugene Garfield ideó una técnica gráfica similar para visualizar la historia de los diferentes campos científicos creando un «historiógrafo» de citas. Desde entonces los índices de citas y los «factores de impacto» se han convertido en indicadores estándar del rendimiento académico en la ciencia. También constituyen una forma de representar el

proceso de innovación científica, revelando, por ejemplo, las «universidades invisibles» involucradas en las redes de citas, que tienen un aspecto muy distinto de las universidades reales que dan empleo a la mayoría de los científicos.[4] Sin embargo, estos indicadores pueden señalar simplemente que los científicos tienden a citar el trabajo de otros científicos de mentalidad similar. Como reza la antigua máxima, Dios los cría y ellos se juntan. Y si vale para las citas, vale también en términos más generales. Cuando dos nodos están conectados con un tercero lo más probable es que también estén conectados entre sí, puesto que, en palabras del economista James E. Rauch, «dos personas que me conocen tienen más probabilidades de conocerse entre sí que dos personas elegidas al azar».[5] Se dice que una tríada cuyos miembros se hallan conectados por sentimientos positivos está «equilibrada», y ejemplifica la vieja idea de que «los amigos de mis amigos son mis amigos». La tríada en que dos de sus miembros no se conocen pese a conocer ambos a un tercero se denomina a veces una «tríada prohibida» (una variante, donde hay dos miembros amigables pero uno hostil, representa la incómoda situación en la que «los enemigos de mis amigos también son mis amigos»).[6]

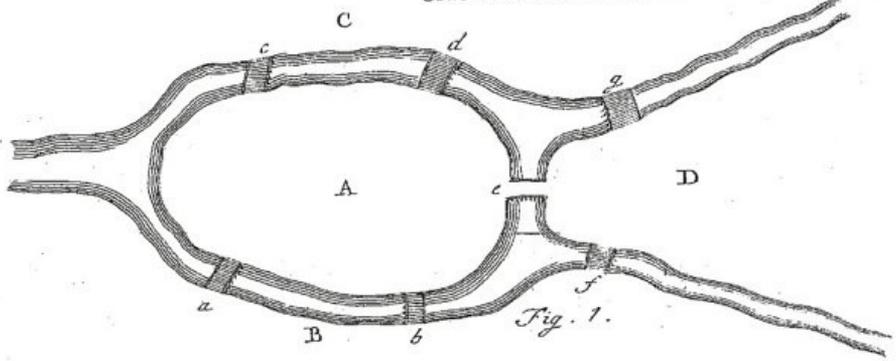


FIGURA 4. Figura 1 de la obra de Euler *Solutio problematis ad geometriam situs pertinentis* (1741). Si alguien desea comprobar literalmente el teorema de Euler, le será imposible, puesto que dos de los siete puentes originales no sobrevivieron al bombardeo de la ciudad en la Segunda Guerra Mundial, y otros dos fueron demolidos cuando Königsberg se convirtió en la Kaliningrado controlada por los soviéticos.

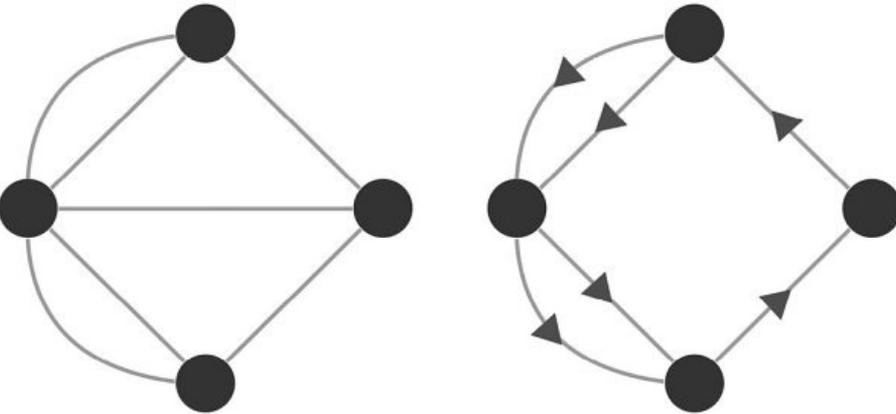


FIGURA 5. Gráfico simplificado del problema del puente de Königsberg planteado por Euler. Solo eliminando la arista central (del puente que une las dos islas en la figura 4) puede resolverse el problema.

Así pues, la «homofilia» —nuestra tendencia a sentirnos atraídos por personas similares a nosotros (también

conocida como «asortatividad»)– podría considerarse la ley fundamental de las redes sociales. Everett Rogers y Dilip Bhowmik fueron los primeros sociólogos que sugirieron que la homofilia puede resultar desventajosa por cuanto reduce el radio de acción del entorno de una persona; sugerían que había una «heterofilia óptima». ¿La homofilia era entonces una especie de autosegregación? En la década de 1970, Wayne Zachary realizó una representación gráfica de la red de amistades existente entre los miembros de un club de kárate universitario; esta reveló con claridad que en dicho club había dos grupos netamente diferenciados. La homofilia puede basarse en un estatus común (adscrito a características como la raza, la etnicidad, el sexo o la edad, o a características adquiridas, como la religión, la educación, la profesión o las pautas de comportamiento) o en valores compartidos, en la medida en que estos puedan distinguirse de los rasgos adquiridos.[\[7\]](#) Un ejemplo común es la tendencia de los escolares estadounidenses a autosegregarse en función de la raza y la etnicidad (véase la lámina 3), aunque ciertas investigaciones recientes sugieren que esa tendencia varía mucho entre distintos grupos raciales.[\[8\]](#)

¿Pueden revelarnos tales gráficos qué individuos son importantes? No fue hasta el siglo xx cuando los estudiosos y matemáticos definieron formalmente la importancia en términos de «centralidad». Los tres principales parámetros indicadores de la importancia en el análisis formal de redes son la centralidad de grado, la centralidad de intermediación

(también llamada simplemente «intermediación») y la centralidad de cercanía o de proximidad (también denominada simplemente «proximidad» o «cercanía»). La centralidad de grado —el número de aristas que irradian hacia fuera de un determinado nodo— representa lo que podría llamarse sociabilidad: el simple número de relaciones que un individuo tiene con los demás. La centralidad de intermediación, formalizada por el sociólogo Linton Freeman a finales de la década de 1970, mide la cantidad de información que pasa a través de un nodo concreto. Así como las personas que se desplazan a diario de casa al trabajo, y viceversa, al buscar de forma individual la ruta más corta hasta su destino, concentran el tráfico en unas pocas intersecciones muy congestionadas, del mismo modo las personas que forman parte de una red suelen depender de individuos clave para conectarse con otros individuos o grupos por lo demás distantes. Los individuos con una alta centralidad de intermediación no son por necesidad las personas con mayor número de contactos, sino las que tienen los contactos más importantes (en otras palabras, lo que importa no es a cuántas personas conoces, sino quiénes son). Por último, la centralidad de cercanía mide la media de «pasos» que hacen falta para llegar de un nodo a todos los demás, y a menudo se utiliza a fin de descubrir quién tiene mejor acceso a la información suponiendo que esta se halle uniformemente repartida.^[9] De diversas maneras, los individuos integrados en redes sociales con una alta

centralidad de grado, centralidad de intermediación o centralidad de cercanía actúan a modo de «núcleos» o «centros» de conexión (*hubs*).[\(10\)](#)

En las décadas centrales del siglo xx también se produjeron importantes avances en nuestra forma de entender las propiedades globales de una red, que a menudo son invisibles desde la perspectiva de cualquier nodo individual. En el Instituto de Tecnología de Massachusetts, R. Duncan Luce y Albert Perry propusieron el uso de coeficientes de «agrupamiento» para medir en qué grado se hallan conectados un grupo de nodos, calificando como «camarilla» el caso extremo en que cada nodo está conectado a todos los demás nodos de la red (técnicamente, el coeficiente de agrupamiento es la proporción de tríadas sociales que se hallan plenamente conectadas, lo que significa que cada miembro de cualquier trío está conectado con los otros dos). La «densidad» de una red es una medida similar de interconectividad.

La importancia de tales consideraciones se hizo evidente en 1967, cuando el psicólogo social Stanley Milgram realizó un experimento que se haría célebre. Envío cartas a habitantes elegidos al azar de las ciudades de Wichita (Kansas) y Omaha (Nebraska), pidiendo a los receptores que reenviaran la carta directamente a sus destinatarios finales —que eran, respectivamente, la esposa de un estudiante de teología de Harvard y un corredor de Bolsa de Boston— en caso de que los conocieran en persona, o bien, en caso

contrario, a otros individuos que creyeran que podían conocerlos a condición de que ellos conocieran a tales individuos por el nombre de pila; y también que enviaran a Milgram una postal «testimonial» explicándole lo que habían hecho. En total, según Milgram, 44 de las 160 cartas de Nebraska acabaron llegando a su destino.^[10] (Un estudio más reciente sugiere que en realidad solo fueron 21.)^[11] Las cadenas completadas permitieron a Milgram calcular el número de intermediarios necesarios para que la carta llegara a su destino: una media de cinco.^[12] Este tipo de resultados los había previsto ya el autor húngaro Frigyes Karinthy, en cuyo relato «Láncszemek» («Cadenas», publicado en 1929) uno de los personajes apuesta con sus compañeros que puede vincularse a cualquier persona del planeta que ellos elijan a través de un máximo de cinco individuos conocidos entre sí, de los cuales él solo tiene que conocer personalmente a uno. Esto se vería confirmado asimismo por varios experimentos independientes realizados por otros investigadores, en especial el politólogo Ithiel de Sola Pool y el matemático Manfred Kochen.

Una red que conecta dos nodos a través de cinco intermediarios tiene seis aristas. La expresión «seis grados de separación» no se acuñaría hasta que John Guare escribiera la obra homónima en 1990, pero, como puede verse, tenía ya una larga prehistoria. Al igual que la idea del «mundo pequeño» (que se haría sobre todo popular por el nombre de una atracción de Disneyland —*It's a Small World*

— creada en 1964), o el concepto —más técnico— de «cercanía» o «proximidad», dicha expresión resumía a la perfección la creciente sensación de interconectividad predominante a mediados del siglo xx. Desde entonces ha habido numerosas variaciones sobre el tema: seis grados de Marlon Brando, seis grados de Monica Lewinsky, seis grados de Kevin Bacon (que se convirtieron en un juego de mesa), seis grados de Lois Weisberg (la madre de uno de los amigos de Gladwell) y el equivalente académico: seis grados del matemático Paul Erdős, un pionero de la teoría de redes.[\[13\]](#) Diversas investigaciones recientes hacen pensar que en la actualidad la cifra se acerca más a cinco que a seis, lo que sugiere que los cambios tecnológicos producidos desde la década de 1970 probablemente han resultado ser menos transformadores de lo que por lo general se cree.[\[14\]](#) Sin embargo, para los directivos de las empresas de la lista *Fortune 1000* es de 4,6.[\[15\]](#) Para los usuarios de Facebook era de 3,74 en 2012,[\[16\]](#) y de solo 3,57 en 2016.[\[17\]](#)

Vínculos débiles e ideas virales

Lo que convierte este tipo de hallazgo en algo tan intrigante es que tendemos a concebir nuestras redes de amigos como agrupaciones o camarillas relativamente pequeñas de personas parecidas y de la misma mentalidad, aisladas de otros grupos cuyos miembros tienen diferentes afinidades entre sí. El hecho de que a pesar de ello estemos todos a seis grados de distancia de Monica Lewinsky se explica por lo que el sociólogo de Stanford Mark Granovetter llamaba, con una expresión paradójica, «la fuerza de los vínculos débiles(11)». [1] Si todos los vínculos fueran como los fuertes lazos homofílicos existentes entre nosotros y nuestros amigos íntimos, el mundo estaría necesariamente fragmentado. Pero son los vínculos de naturaleza más débil —con aquellos «conocidos» con quienes no tenemos gran similitud— los que tienen la clave del fenómeno del «mundo pequeño». Granovetter se fijó al inicio en el hecho de que las personas que buscaban trabajo obtenían más ayuda de sus conocidos que de sus amigos íntimos, pero más tarde formuló la idea de que, en una sociedad con relativamente

pocos vínculos débiles, «las nuevas ideas se difundirán con lentitud, las iniciativas científicas se verán menoscabadas, y los subgrupos separados por raza, etnicidad, geografía u otras características tendrán dificultades para alcanzar un *modus vivendi*». [2] En otras palabras, los vínculos débiles son los puentes vitales existentes entre clústeres dispares que de otro modo no estarían conectados en absoluto. [3]

La de Granovetter era una observación sociológica, basada en entrevistas y datos similares, que luego iría perfeccionándose mediante diversos estudios de campo. Estos últimos revelarían, por ejemplo, que para los pobres son más importantes los vínculos fuertes que los débiles, lo que sugiere que las redes estrechamente unidas del mundo proletario podrían tender a perpetuar la pobreza. [4] Solo en 1998 los matemáticos Duncan Watts y Steven Strogatz demostraron por qué un mundo caracterizado por clústeres homofílicos podía ser a la vez un «mundo pequeño». Watts y Strogatz clasificaron las redes en función de dos propiedades relativamente independientes: la centralidad de cercanía media de cada nodo y el coeficiente de agrupamiento general de la red. Partiendo de una retícula circular en que cada nodo se hallaba conectado solo con su primer y segundo vecino más cercanos, mostraron que la adición aleatoria de apenas unas aristas extra bastaba para aumentar drásticamente la cercanía de todos los nodos, sin aumentar por ello de manera significativa el coeficiente de agrupamiento global. [5] Watts había iniciado su

investigación estudiando el canto sincronizado de los grillos, pero las implicaciones de las conclusiones derivadas de su trabajo con Strogatz respecto a las poblaciones humanas eran evidentes. En palabras de Watts, «la diferencia entre un grafo de mundo grande y uno de mundo pequeño puede ser cuestión de solo unas pocas aristas requeridas de forma aleatoria, un cambio que en la práctica resulta indetectable en los vértices individuales [...]. La naturaleza altamente agrupada de los grafos de mundo pequeño puede conducir a la intuición de que una determinada enfermedad está “lejos”, cuando, por el contrario, en la práctica se encuentra muy cerca».[6]

Los avances en la ciencia de las redes también han tenido importantes consecuencias para los economistas. La economía clásica había imaginado unos mercados más o menos indiferenciados poblados por agentes individuales que aspiraban a maximizar su utilidad y dotados de una información perfecta. El problema —resuelto por el economista inglés Ronald Coase, que explicó la importancia de los costes de transacción—(12) consistía en dilucidar por qué existían de entrada las empresas (no somos todos estibadores, contratados y pagados a jornal como Marlon Brando en *La ley del silencio*, ya que tener un empleo fijo en las empresas puede reducir los costes derivados de contratar a los trabajadores por jornadas). Pero si los mercados eran redes, donde la mayoría de la gente formaba parte de clústeres más o menos interconectados, el mundo económico

parecía muy distinto, sobre todo porque los flujos de información se hallaban determinados por las estructuras de las redes.^[7] Muchos intercambios no son meras transacciones puntuales donde el precio es solo cuestión de oferta y demanda. El crédito depende de la confianza, que a su vez es mayor dentro de un clúster de personas similares (como, por ejemplo, una comunidad de inmigrantes). Esto no solo tiene consecuencias para los mercados laborales, el caso concreto estudiado por Granovetter:^[8] pueden existir redes cerradas de vendedores que conspiran contra la ciudadanía y desincentiven la innovación, mientras que otras más abiertas la fomentan en la medida en que lleguen nuevas ideas al clúster gracias a la fuerza de los vínculos débiles.^[9] Todas estas observaciones planteaban la cuestión de cómo se forman exactamente las redes, para empezar.^[10]

En la práctica parece claro cómo se forman. Desde los comerciantes mediterráneos magrebíes del siglo XI que analizaba Avner Greif ^[11] hasta los modernos empresarios y directivos estudiados por Ronald Burt, los estudiosos han generado una abundante bibliografía sobre el papel de las redes comerciales a la hora de generar capital social^[12] e incentivar —o desincentivar— la innovación. En la terminología de Burt, la competencia entre individuos y empresas viene estructurada por redes, con «huecos estructurales» —las brechas entre clústeres que se dan donde se carece de vínculos débiles— que representan «oportunidades empresariales de acceso a la información,

sincronización, remisiones y control».[13] Los intermediarios —personas capaces de «salvar los huecos»— son (o deberían ser) «recompensados por su trabajo integrador» dado que su posición los hace más propensos a tener ideas creativas (o a ser menos víctimas del pensamiento grupal). En las instituciones innovadoras siempre se valora a tales intermediarios. Sin embargo, en la mayoría de las pugnas entre un intermediario-innovador y una red tendente a la «clausura» (es decir, al aislamiento y la homogeneidad), con frecuencia suele prevalecer esta última.[14] Esta idea se aplica tanto a los filósofos académicos como a los empleados de una empresa de electrónica.[15]

Hoy en día existe una subdisciplina de «comportamiento organizacional» que ocupa un lugar fundamental en la mayoría de los programas de máster en administración de empresas. Varios de sus hallazgos más recientes son que los gerentes tienen más probabilidades de ser expertos en interrelación profesional que quienes no ocupan puestos de gerencia;[16] que una «red menos jerárquica puede ser mejor a la hora de generar solidaridad y homogeneidad en una cultura organizacional»[17] y que los intermediarios cuentan con más posibilidades de salvar los huecos estructurales si «encajan culturalmente en su grupo organizacional», mientras que a quienes están «estructuralmente incardinados» les va mejor cuando son «culturalmente diferenciados». En suma, los «intermediarios

asimilados» y los «inconformistas integrados» tienden a hacerlo mejor que sus colegas.[\[18\]](#) También aquí la teoría de redes aporta ideas que pueden ser de utilidad más allá del típico puesto de trabajo empresarial satirizado en las comedias como la serie de televisión británica de Ricky Gervais *The Office* («La oficina»); al fin y al cabo, las redes de oficina raras veces son demasiado extensas. Pero el tamaño de las redes importa debido a la ley de Metcalfe — que debe su nombre al inventor del estándar Ethernet, Robert Metcalfe—, la cual (en su forma original) declaraba que el valor de una red de telecomunicaciones es proporcional al cuadrado del número de dispositivos de comunicación compatibles conectados. Esto vale sin duda para las redes en general: en pocas palabras, cuanto mayor sea el número de nodos de una red, más valiosa será para los nodos en su conjunto. Como veremos, esto implica rendimientos espectaculares en el caso de las redes muy grandes y de acceso abierto, y, en cambio, rendimientos más bien limitados en el de las redes secretas y/o exclusivas. No obstante, hasta en las redes más grandes hay nodos que actúan como intermediarios o núcleos.

La expresión «hacerse viral» se ha convertido en un tópico cargante, en el Santo Grial de los publicistas y los responsables de marketing.[\[19\]](#) Pero la ciencia de las redes explica de la mejor forma por qué algunas ideas pueden propagarse con gran rapidez. Las ideas —y, de hecho, los estados emocionales y determinadas condiciones, como la

obesidad— logran transmitirse a través de una red social de manera no muy distinta de la de un virus contagioso. Sin embargo, en general las ideas (o *memes*, por utilizar el neologismo evolucionista) suelen resultar menos contagiosas que los virus. Por lo general, los virus biológicos como los informáticos realizan una «búsqueda a voleo» a través de una red, dado que su objetivo es propagarse en la mayor medida posible, atacando a cada vecino de cada nodo que infectan. En cambio, nosotros seleccionamos de manera instintiva a aquellos miembros de nuestra red a quienes queremos comunicar una idea o de quienes es probable que aceptemos una como creíble.[\[20\]](#) Una de las primeras aportaciones en relación con este tema fue el llamado «modelo de flujo de comunicación en dos pasos», asociado a los sociólogos Paul Lazarsfeld y Elihu Katz, que en la década de 1950 argumentaron que las ideas fluían de los medios de comunicación a la población en general a través de una serie de «líderes» de opinión.[\[21\]](#) Otros investigadores de finales del siglo xx intentaron medir la velocidad con que se transmitían las noticias, los rumores o las innovaciones. Algunas investigaciones más recientes han demostrado que incluso los estados emocionales pueden transmitirse por las redes.[\[22\]](#) Aunque no resulta nada fácil distinguir entre los efectos endógenos y exógenos de una red,[\[23\]](#) las evidencias de esta clase de contagio son manifiestas: «Los alumnos con compañeros de clase estudiosos se vuelven más estudiosos. Los comensales que se sientan junto a personas glotonas

comen más».[24] Sin embargo, según Christakis y Fowler apenas podemos transmitir ideas y comportamientos más allá de los amigos de los amigos de nuestros amigos (en otras palabras, a través de solo tres grados de separación). Ello se debe a que la transmisión y recepción de una idea o comportamiento requiere una conexión mayor que el reenvío de una carta (en el caso del experimento de Milgram) o la comunicación de que existe una determinada oportunidad de empleo. El mero hecho de conocer a gente no equivale a ser capaz de influir en ella para que estudie más o coma en exceso. La imitación es, de hecho, la forma más sincera de adulación, aun cuando sea inconsciente.

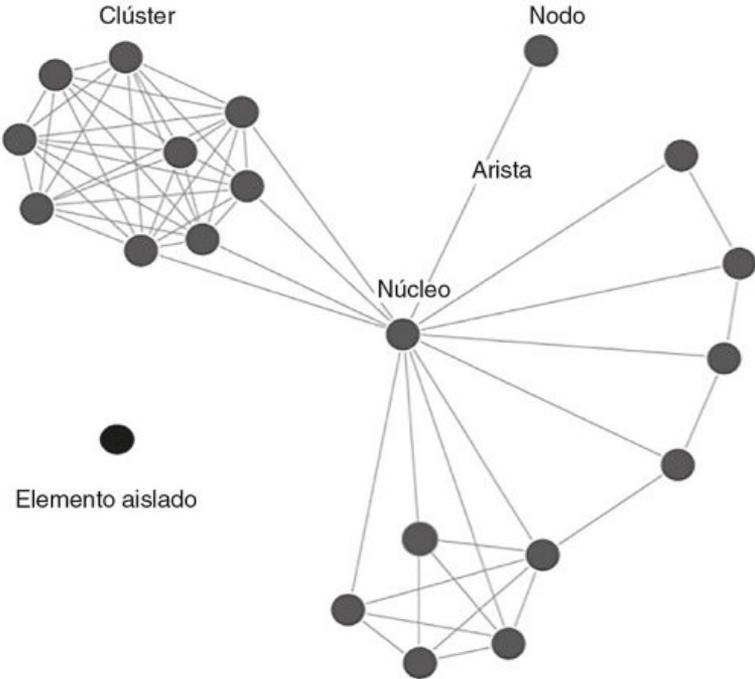


FIGURA 6. Los conceptos fundamentales de la teoría de redes. Cada punto del grafo

es un nodo; cada línea, una arista. El punto rotulado como «núcleo» es el que tiene la mayor centralidad de grado y de intermediación. Los nodos agrupados como «clúster» poseen mayor densidad o coeficiente de agrupamiento local que las otras partes del grafo.

El elemento clave, al igual que ocurre con las epidemias, es que la estructura de la red puede ser tan importante como la propia idea a la hora de determinar la velocidad y el grado de difusión.^[25] En el proceso de hacerse viral desempeñan un papel clave los nodos que no actúan meramente como núcleos o intermediarios, sino como «porteros»; esto es, las personas que deciden si transmitir o no información a su parte de la red.^[26] Su decisión se basará de alguna manera en cómo crean que dicha información revertirá en ellos. A su vez, la aceptación de una idea tal vez requiera que esta se transmita por más de una o dos fuentes. Un contagio cultural complejo, a diferencia de una simple epidemia, primero necesita alcanzar una masa crítica de innovadores con una alta centralidad de grado (una cifra relativamente importante de amigos influyentes).^[27] En palabras de Duncan Watts, la clave para evaluar la probabilidad de un contagio tipo efecto dominó es «centrarse no en el estímulo en sí, sino en la estructura de la red a la que dicho estímulo afecta».^[28] Esto ayuda a explicar por qué, por cada idea que se convierte en viral, existe un incontable número de otras que se desvanecen en la oscuridad por el simple hecho de que parten del nodo, clúster o red equivocados.

Variedades de redes

Si todas las estructuras de las redes sociales fueran iguales, habitaríamos en un mundo muy distinto. Por ejemplo, un mundo donde los nodos estuvieran conectados entre sí de manera aleatoria —de modo que el número de aristas por nodo se hallara distribuido normalmente a lo largo de una curva en forma de campana— tendría algunas propiedades de «mundo pequeño», pero no sería como el nuestro.⁽¹³⁾ Ello se debe a que muchísimas de las redes del mundo real siguen distribuciones del tipo Pareto; es decir, tienen más nodos con gran número de aristas y también más nodos con muy pocas en comparación con lo que ocurre en el caso de una red aleatoria. Esta es una versión de lo que el sociólogo Robert K. Merton denominaba «efecto Mateo», que debe su nombre a este célebre versículo del Evangelio de san Mateo: «Al que tiene se le dará más, y tendrá en abundancia. Al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene».⁽¹⁴⁾ En el ámbito de la ciencia, el éxito alimenta el éxito: al que ya tiene premios aún se le premiará más. Algo similar puede verse en «la economía de las superestrellas».^[1] De la misma forma,

cuando muchas grandes redes se expanden, los nodos adquieren nuevas aristas en proporción al número de ellas del que ya disponen (es decir, de su grado o «aptitud»). En suma, existe una «conexión preferencial». Debemos esta idea a los físicos Albert-László Barabási y Réka Albert, que fueron los primeros en sugerir que la mayoría de las redes del mundo real podrían seguir una distribución de ley potencial o ser redes «libres de escala».[\(15\)](#) Cuando tales redes evolucionan, unos cuantos nodos se convierten en «núcleos» con muchas más aristas que los demás.[\[2\]](#) Abundan los ejemplos de este tipo de redes, que van desde los equipos directivos de las empresas de la lista *Fortune 1000*, hasta las citas de autores en las revistas de física y los enlaces a y desde páginas web.[\[3\]](#) En palabras de Barabási:

Existe una jerarquía de núcleos que mantienen estas redes unidas, un nodo fuertemente conectado seguido de cerca por varios otros menos conectados, a su vez seguidos por docenas de nodos aún más pequeños. No hay ningún nodo central situado en medio de la tela de araña, controlando y supervisando todas las conexiones y nodos. No hay ningún único nodo cuya eliminación pueda romper la red. Una red libre de escala es una telaraña sin araña.[\[4\]](#)

En el caso más extremo (el modelo conocido como «el ganador se lo lleva todo»), el nodo más apto obtiene todas o casi todas las conexiones. Pero es más frecuente que se dé una pauta del tipo «los más aptos se enriquecen», donde, citando de nuevo a Barabási, a «un nodo fuertemente conectado [...] [le siguen] de cerca [...] varios otros menos

conectados, a su vez seguidos por docenas de nodos aún más pequeños». [5] También pueden encontrarse otras estructuras de redes intermedias; por ejemplo, las redes de amistades de los adolescentes estadounidenses no son ni aleatorias ni libres de escala. [6]

Según demostraron ya hace tiempo Erdős y Rényi, en una red aleatoria todos los nodos tienen aproximadamente el mismo número de conexiones con otros nodos. El mejor ejemplo del mundo real es la red viaria nacional de Estados Unidos, donde cada una de las grandes ciudades cuentan aproximadamente con el mismo número de carreteras que las unen con las demás. Un ejemplo de una red libre de escala es la red de tráfico aéreo estadounidense, donde gran número de pequeños aeropuertos están conectados con otros de tamaño medio, que a su vez conectan con un puñado de enormes y concurridos núcleos aeroportuarios. Otras redes se hallan mucho más centralizadas sin ser necesariamente libres de escala. Una forma de entender la tragedia que se desarrolla en el *Hamlet* de Shakespeare es representar la red de relaciones existentes entre los personajes, donde Hamlet y su padrastro Claudio son, con mucho, quienes tienen la mayor centralidad de grado (es decir, el mayor número de aristas; véase la figura 7).

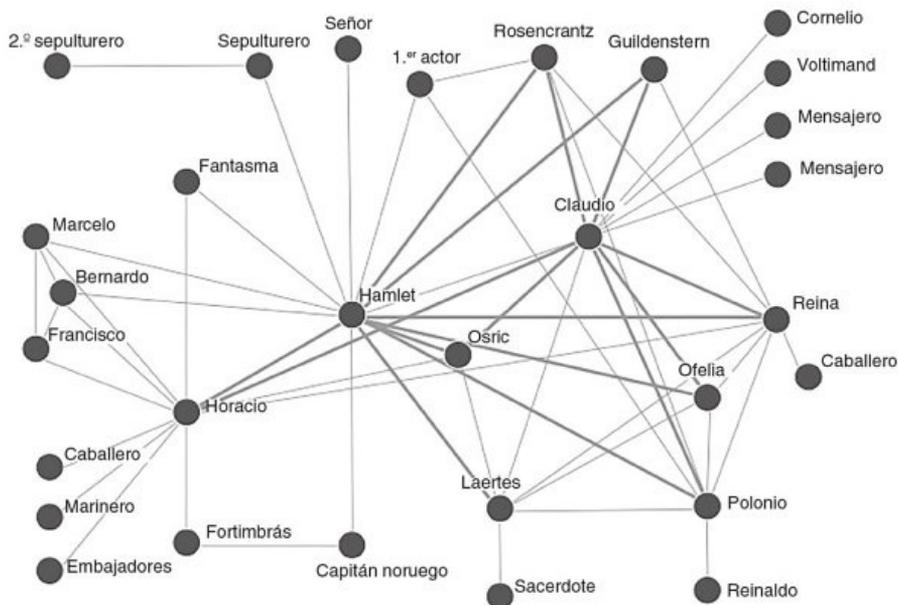


FIGURA 7. Una red simple (pero trágica): el *Hamlet* de Shakespeare. Hamlet lleva la ventaja en términos de centralidad de grado (16, frente a los 13 de Claudio). La «zona de muerte» de la obra engloba a personajes conectados tanto con Hamlet como con Claudio.

Ahora consideremos todas las formas en que una red puede diferir de la versión aleatoria (véase la figura 8). Una red puede ser altamente determinista y no aleatoria, como una celosía acristalada o una malla, donde cada nodo posee el mismo número de aristas que todos los demás (parte inferior izquierda). También puede ser modular; es decir, que puede dividirse en una serie de racimos separados, vinculados no obstante por unas pocas aristas que actúan como puentes (parte inferior derecha). Asimismo puede ser heterogénea: cada nodo difiere sobremanera de los demás en términos de centralidad, como ocurre en las redes libres de

escala que caracterizan las comunidades online (parte superior izquierda). Algunas redes son a la vez jerárquicas y modulares, como los complejos sistemas genéticos que regulan el metabolismo, sometiendo a ciertos subsistemas al control de otros (parte superior derecha). [7]

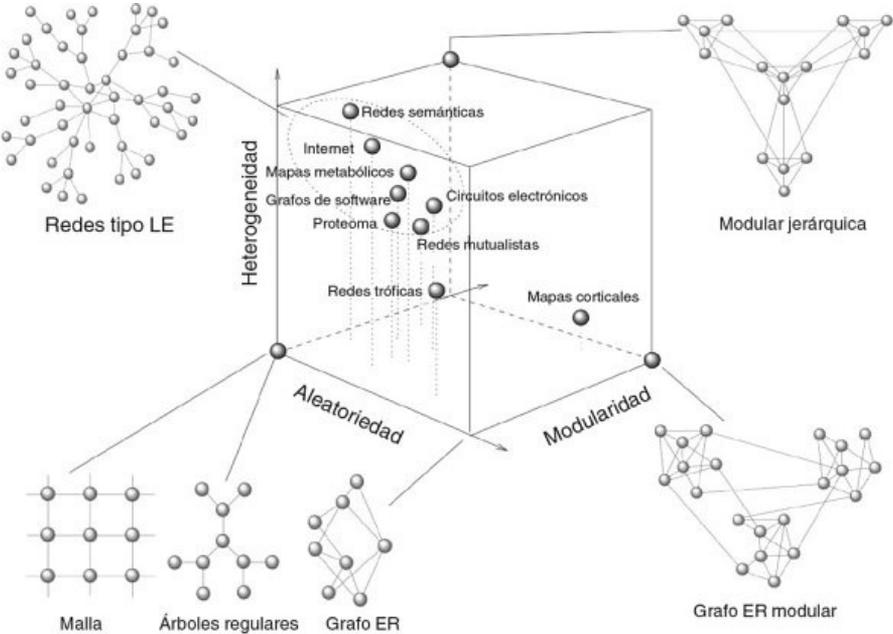


FIGURA 8. Variedades de redes (LE, libre de escala; ER, Erdős-Rényi, es decir, aleatoria).

Ahora vemos claramente que, lejos de ser lo contrario de una red, una jerarquía es solo un tipo de red especial. Como muestra la figura 9, en una red jerárquica idealizada las aristas siguen una pauta regular que recuerda a un árbol boca abajo (o a las raíces de un árbol). Para crear una red jerárquica hay que empezar por el nodo superior y añadirle

cierto número de nodos subordinados. Luego se agrega de nuevo a cada uno de estos últimos el mismo número de subordinados, y así sucesivamente. La clave estriba en añadir siempre los nodos hacia abajo, pero no conectarlos nunca lateralmente. Las redes así generadas tienen una serie de propiedades especiales. Por ejemplo, no hay ciclos; es decir, que no existe ningún camino que parta de un nodo para volver a él. Solo hay un único camino que conecta dos nodos cualesquiera, lo que clarifica las cadenas de mando y de comunicación. Y lo que es más importante: el nodo superior es el que tiene la mayor centralidad de intermediación y de cercanía; es decir, que el sistema está diseñado para maximizar la capacidad de ese nodo tanto de acceder como de controlar la información. Como veremos, pocas jerarquías logran ese control total sobre los flujos de información, aunque la Unión Soviética de Stalin estuvo muy cerca de conseguirlo. En la práctica, la mayoría de las organizaciones son solo parcialmente jerárquicas, de manera no muy distinta de las «jerarquías cooperativas» del mundo natural.^[8] Puede ser útil, no obstante, pensar en una jerarquía pura como, en cierto sentido, una red «antialeatoria», en cuanto que aquí está vetada la promiscua conectividad asociada a las redes, en especial el agrupamiento.

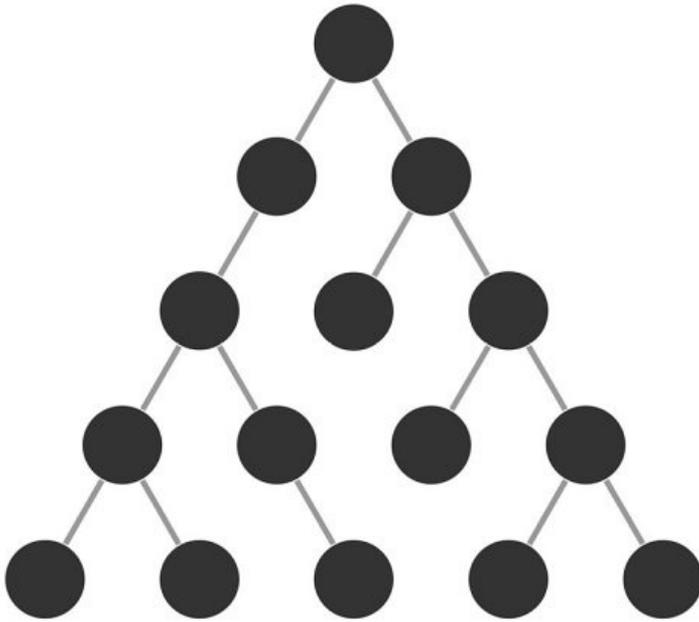


FIGURA 9. La jerarquía: un tipo especial de red. En el ejemplo que aquí se muestra, el nodo superior es el que tiene la mayor centralidad de intermediación y de cercanía. Los demás nodos solo pueden comunicarse con la mayor parte de los demás a través de ese único núcleo dirigente.

Estas variedades de redes no deben considerarse categorías estáticas, puesto que las redes rara vez permanecen fijas en el tiempo. Las grandes redes son sistemas complejos que poseen «propiedades emergentes»; esto es, la tendencia a que nuevas estructuras, pautas y propiedades se manifiesten en «transiciones de fase» que distan mucho de ser predecibles. Como veremos, una red en apariencia aleatoria puede evolucionar con asombrosa velocidad para convertirse en una jerarquía. El número de pasos que separan a la multitud revolucionaria del Estado totalitario se ha revelado más de una vez sorprendentemente

reducido. Por la misma regla de tres, las estructuras en apariencia rígidas de un orden jerárquico pueden desintegrarse con asombrosa rapidez.^[9] Esto no es nada que asombre al estudioso de las redes. Hoy sabemos que la adición aleatoria de un número muy pequeño de nuevas aristas puede reducir de manera drástica la separación media entre los nodos. En el ejemplo de la figura 9 no se requerirían demasiadas aristas adicionales para destruir el cuasimonopolio de la comunicación del nodo dominante, lo cual ayuda a explicar por qué a lo largo de la historia los emperadores y reyes han temido tanto las conspiraciones. Conciliábulos, camarillas, células, monipodios, círculos..., todos estos términos poseen connotaciones siniestras en el contexto de una corte monárquica. No sin preocupación, los jerarcas siempre han sido conscientes de que la confraternización entre sus subordinados puede ser el preludio de un golpe de Estado palaciego.

Cuando las redes se encuentran

El último reto conceptual —y el más importante para el historiador— es considerar cómo interactúan mutuamente las diferentes redes. El politólogo John Padgett y otros autores con los que ha colaborado han propuesto una analogía bioquímica, argumentando que tanto la innovación como la invención organizacional son resultado de la interacción entre redes, que adopta tres formas básicas: «transposición», «refuncionalidad» y «catálisis».[1] En sí misma, una red social resiliente tenderá a resistirse al cambio de sus reglas de producción y protocolos de comunicación. Cuando una red social y sus pautas se transponen de un contexto a otro donde se redefine su funcionalidad entonces puede darse la innovación e incluso la invención.[2]

Como veremos, Padgett ha utilizado esta idea para explicar los cambios producidos en la estructura económica y social de Florencia en la época de los Médici, cuando las sociedades bancarias se incorporaron a la política de la ciudad; pero es obvio que puede aplicarse de manera más

general. Las redes no solo son importantes como mecanismos de transmisión de nuevas ideas, sino también como fuente de nuevas ideas en sí. No todas las redes tienden a fomentar el cambio; antes al contrario: algunas de ellas, especialmente densas y agrupadas, suelen resistirse a él. Pero el punto de contacto entre diversas redes puede ser precisamente el lugar donde buscar la novedad.[\[3\]](#) La cuestión radica en cuál es la naturaleza de ese punto de contacto. Las redes pueden encontrarse y fusionarse de manera amistosa, pero también atacarse unas a otras, como ocurrió (en el ejemplo que veremos un poco más adelante) cuando el servicio de inteligencia soviético logró infiltrarse en las elitistas redes estudiantiles de Cambridge en la década de 1930. En este tipo de contiendas el resultado vendrá determinado por los correspondientes puntos fuertes y débiles de cada una de las redes en liza: ¿cuán adaptables y resilientes son?; ¿cuán vulnerables a un contagio disruptivo?; ¿en qué medida dependen de uno o más «supernúcleos» (*superhubs*) cuya destrucción o captura reduciría de manera significativa la estabilidad de toda la red? Barabási y sus colegas simularon ataques a redes libres de escala y descubrieron que estas podían soportar la pérdida de una importante proporción de nodos e incluso de una única arista. Pero un ataque simultáneo dirigido a múltiples núcleos podía desintegrar la red por completo.[\[4\]](#) Y, de manera aún más impresionante, una red libre de escala podía ser una víctima bastante fácil de un virus «mata-

nodos» contagioso.[\[5\]](#)

Pero ¿por qué una red habría de atacar a otra en lugar de conectarse pacíficamente con ella? La respuesta es que la mayoría de los ataques dirigidos a redes sociales no los inician otras redes, sino que los ordenan o al menos alientan entidades jerárquicas. La injerencia rusa en las elecciones estadounidenses de 2016 constituye un buen ejemplo de ello: según el servicio de inteligencia estadounidense —y como ya hemos señalado—, la autorizó el presidente Putin, uno de los autócratas más descarados del mundo, pero no iba dirigida únicamente al Comité Nacional Demócrata, sino al conjunto de las redes mediáticas estadounidenses. Esto ilustra la diferencia fundamental entre redes y jerarquías. Debido a su estructura relativamente descentralizada, a la forma en que combinan clústeres y vínculos débiles, y al hecho de que son capaces de adaptarse y evolucionar, las redes tienden a ser más creativas que las jerarquías. A lo largo de la historia, como veremos, las innovaciones por lo general han provenido de las redes más que de las jerarquías. El problema es que las redes no se dirigen fácilmente «hacia un objetivo común [...] [lo] que requiere una concentración de recursos en el espacio y el tiempo en el seno de grandes organizaciones, como los ejércitos, las burocracias, las grandes fábricas o las corporaciones verticalmente organizadas». [\[6\]](#) Quizá las redes sean creativas de un modo espontáneo, pero no son estratégicas. La Segunda Guerra Mundial no podía haberla ganado una red, por más que

hubiera una serie de redes de categoría superior (de científicos atómicos, de criptógrafos...) que desempeñaron un importante papel en la victoria aliada. Es más: las redes son capaces de crear y difundir malas ideas tanto como buenas. En los casos de contagio social o «cascadas» de ideas, las redes pueden propagar el pánico con tanta facilidad como transmitir el saber popular; por ejemplo, difundiendo la histeria de perseguir y quemar a las «brujas» con la misma destreza con que propagan manías inofensivas como las fotografías de gatos.

Es cierto que las redes actuales están mejor diseñadas que la red eléctrica estadounidense de la década de 1990, tan frágil que el fallo de una sola línea al oeste de Oregón provocó la caída de cientos de líneas y generadores más. Pero sabemos que incluso una red sólida puede experimentar una disfunción en la medida en que crece y evoluciona: la congestión y los retrasos normales en los aeropuertos estadounidenses son buen ejemplo de ello, ya que las líneas aéreas compiten por los grandes núcleos aeroportuarios, pero terminan por atascarlos.^[7] Dejando aparte internet, apenas puede dudarse de que un ataque dirigido contra la infraestructura eléctrica y de transporte de un país como Estados Unidos tendría consecuencias devastadoramente perturbadoras. Como ha señalado Amy Zegart, Estados Unidos es a la vez el actor más poderoso y el más vulnerable en el teatro de la guerra cibernética. «Las ciberamenazas del mañana —ha advertido— podrían

desactivar los coches que conducimos o los aviones en que volamos, podrían interrumpir el suministro eléctrico o de agua a las ciudades de todo el país durante días o semanas o periodos aún más largos, podrían incapacitar a nuestro ejército o incluso volver nuestras propias armas contra nosotros.»[\[8\]](#) Y sin embargo, Estados Unidos «no parece dispuesto a reconocer los hechos básicos relativos a las nuevas cibertecnologías o a nuestras cibervulnerabilidades, y mucho menos adoptar las medidas necesarias para atribuir, disuadir y defenderse de futuros ataques».[\[9\]](#) La epidemia de mayo de 2017, cuando el *ransomware* WannaCry infectó cientos de miles de ordenadores en ciento cincuenta países, encriptando sus discos duros y exigiendo un pago en bitcoins, puso de manifiesto la vulnerabilidad ante este tipo de ataques criminales, no solo de los países europeos, sino incluso —irónicamente— de Rusia.

La realidad es que en la práctica nos resulta muy difícil entender las implicaciones que supone el crecimiento de las redes en nuestra propia época. Por cada artículo que ensalza sus efectos positivos de cara a empoderar a los jóvenes y vivificar la democracia —por ejemplo, en las revoluciones árabes de 2010-2012—, aparece otro que advierte de sus efectos negativos al potenciar a fuerzas peligrosas como, por ejemplo, el islam político. Por cada libro que profetiza una «singularidad» en la que surge de internet un «cerebro global» o un «superorganismo planetario»[\[10\]](#) hay otro que prevé el colapso y la extinción.[\[11\]](#) Anne-Marie Slaughter

espera que «Estados Unidos y otras potencias encuentren gradualmente el justo término medio con respecto al poder de las redes: no demasiado concentrado y tampoco demasiado repartido», y confía en el surgimiento de «un sistema más llano, rápido y flexible que opere a nivel de los ciudadanos además de los estados».[12] En un texto escrito antes del 11-S, Graham Allison se mostraba relativamente confiado con respecto a la posibilidad de que Estados Unidos tuviera una ventaja inicial en un mundo de redes globales. [13] En cambio, Joshua Ramo resulta ser mucho menos optimista: «La simple idea (antaño atractiva) de que conexión equivale a liberación es falsa. Hoy en día, conectar es revestirse de una tensión potente a la vez que dinámica». La incapacidad de los viejos líderes para dar sentido a la Era de la Red es «la razón de que [su] legitimidad [...] esté fallando, la razón de que nuestra gran estrategia resulte incoherente, la razón de que nuestra época sea realmente revolucionaria». En su opinión, «la amenaza fundamental para los intereses estadounidenses no es China, ni Al Qaeda ni Irán. Es la evolución de la propia red».[14]

Solo en un aspecto parece haber consenso: pocos futurólogos esperan que a las jerarquías establecidas —en particular, las élites políticas tradicionales, pero también las corporaciones más consolidadas— les vaya muy bien en el futuro.[15] Francis Fukuyama se sale de lo habitual al sostener que la jerarquía debe prevalecer en última instancia, en cuanto que las redes por sí solas no pueden

proporcionar un marco institucional estable para el desarrollo económico o el orden político. De hecho, argumenta, «la organización jerárquica [...] puede ser la única forma de organizar un sociedad con un bajo nivel de confianza».[16] Por el contrario, el iconoclasta asesor y estratega político británico Dominic Cummings plantea la hipótesis de que el Estado del futuro tendrá que funcionar más como el sistema inmunitario humano o un hormiguero que como un Estado tradicional; en otras palabras, deberá parecerse más a una red, con propiedades emergentes y capacidad de autoorganización, sin planes o coordinación central, y basándose en cambio en la experimentación probabilística, reforzando el éxito y descartando el fracaso, y adquiriendo resiliencia en parte a través de la repetición.[17] Este planteamiento quizá subestime tanto la resiliencia de las viejas jerarquías como las vulnerabilidades de las nuevas redes, por no hablar de su capacidad de fusionarse para formar estructuras de poder aún más novedosas, con capacidades potencialmente mayores incluso que las de los estados totalitarios del siglo pasado.

Siete ideas

Así pues, las ideas de la teoría de redes, en todas sus formas, tienen profundas implicaciones para el historiador. He tratado de resumirlas aquí en siete categorías:

1. *Ningún hombre es una isla.* Si los concebimos como nodos dentro de redes, cabe entender a los individuos en función de sus relaciones con otros nodos, es decir, de las aristas que los conectan. No todos los nodos son iguales. Un individuo, situado en una red, puede evaluarse en términos no solo de su centralidad de grado —el número de sus relaciones—, sino también de su centralidad de intermediación —la probabilidad de actuar en calidad de puente entre otros nodos— (hay otros indicadores, como la centralidad de vector propio, que mide la proximidad a nodos populares o prestigiosos, aunque no los utilizaremos en este texto). [\[1\]](#) Como veremos, una medida importante —pero olvidada— de la importancia histórica de un individuo es el grado en que esa persona actuaba como «puente

de red». En ocasiones, como en la Revolución estadounidense, personas que no eran líderes han desempeñado papeles cruciales, pero actuaban como «conectores».

2. *Dios los cría y ellos se juntan.* Debido a la homofilia, las redes sociales pueden concebirse de manera parcial en términos de «atracción entre iguales». Sin embargo, no siempre resulta evidente qué atributo común o preferencia compartida lleva a la gente a agruparse. Por otra parte, debemos tener clara la naturaleza de los vínculos de red. Las conexiones entre los nodos, ¿son relaciones de amistad o de mera simpatía? ¿Estamos ante un árbol genealógico, un círculo de amigos o una sociedad secreta? ¿Está intercambiándose en la red algo distinto del conocimiento, como, por ejemplo, dinero o algún otro recurso? Ningún grafo de red puede hacer justicia a la rica complejidad de las interacciones humanas, pero a veces sabemos lo suficiente para diferenciar el sentido de las aristas (por ejemplo, A manda sobre B, pero no al revés), su modalidad (por ejemplo, A conoce a B, pero duerme con C) y su peso (por ejemplo, ocasionalmente A se encuentra con B, pero ve a C todos los días).
3. *Los vínculos débiles son fuertes.* También importa cuán densa es una red y en qué grado está conectada a otros clústeres, aunque solo sea mediante unas pocas conexiones débiles. ¿Es un componente de una red

mayor? ¿Hay elementos «aislados», nodos que están por completo «desconectados de la red» como el misántropo de Burns? ¿Existen intermediarios que tratan de explotar los huecos estructurales de la red? ¿Exhibe la red propiedades «de pequeño mundo»?; y, de ser así, ¿cuán pequeño es ese mundo? (es decir, ¿cuántos grados de separación hay entre nodos)? ¿Qué grado de modularidad tiene la estructura de la red?

4. *La estructura determina la viralidad.* Muchos historiadores todavía tienden a suponer que la propagación de una idea o una ideología se halla en función de su contenido intrínseco en relación con algún contexto vagamente especificado. Hoy, sin embargo, hemos de reconocer que algunas ideas se vuelven virales debido a determinadas características estructurales de la red a través de la que se propagan. Así, tienen menos probabilidades de hacerlo en una red jerárquica estructurada de arriba abajo, donde están prohibidas las conexiones horizontales paritarias.
5. *Las redes nunca duermen.* Las redes no son estáticas, sino dinámicas. Ya sean aleatorias o libres de escala, son propensas a las transiciones de fase. A veces evolucionan en sistemas adaptativos complejos con propiedades emergentes. Cambios muy pequeños — como la adición de apenas unas pocas aristas— pueden alterar radicalmente el comportamiento de la red.

6. *Las redes se interrelacionan.* Cuando las redes interactúan entre sí, el resultado puede ser la innovación y la invención. Cuando una red altera una jerarquía anquilosada, es capaz de derribarla con impresionante rapidez. Pero si una jerarquía ataca a una red frágil, el resultado puede ser el colapso de esta última.
7. *Al que tiene se le dará más.* Debido a la vinculación preferencial, la mayoría de las redes sociales son profundamente desigualitarias.

Cuando entendemos estas ideas clave de la ciencia de las redes, la historia de la humanidad se ve bastante distinta: ya no es tanto «una jodida cosa tras otra», en la jocosa expresión del dramaturgo Alan Bennett;[\[2\]](#) ni siquiera joder una vez tras otra, sino miles de millones de cosas vinculadas entre sí en infinidad de formas (incluidas las relaciones sexuales, pero no limitándose a ellas). Además, si la situamos en su contexto histórico apropiado, la época actual parece menos inquietantemente inédita y más familiar; es, como veremos, la segunda época en la historia en que una serie de instituciones jerárquicas obsoletas se han visto cuestionadas por redes novedosas, cuyo impacto a su vez ha sido amplificado por la nueva tecnología. Basándonos en la analogía histórica —y como se hará evidente más adelante—, probablemente debamos esperar una constante alteración,

impulsada por las redes, de aquellas jerarquías incapaces de reformarse, pero también la posibilidad de alguna restauración del orden jerárquico cuando resulte obvio que las redes por sí solas no pueden impedir que nos sumemos en la anarquía.

Los Illuminati iluminados

Teniendo en mente estas ideas procedentes de la teoría de redes, podemos ahora volver a analizar la historia de los Illuminati (prescindiendo esta vez de las teorías de la conspiración). El fundador de la orden fue, de hecho, un oscuro académico del sur de Alemania llamado Adam Weishaupt. Nacido en 1748 —y, por tanto, con solo veintiocho años cuando la fundó—, Weishaupt era huérfano de un profesor de derecho de la Universidad de Ingolstadt, en la zona central de Baviera. Gracias al mecenazgo del barón Johann Adam Ickstatt, que había sido nombrado rector por el príncipe elector Maximiliano III José con el encargo de reformar la universidad, dominada por los jesuitas, Weishaupt pudo seguir los pasos de su padre. En 1773 lo nombraron profesor de derecho canónico y un año después decano de la Facultad de Derecho.[\[1\]](#)

¿Qué indujo al joven profesor a crear, tres años más tarde, una sociedad secreta y en muchos aspectos revolucionaria? La respuesta pasa por el hecho de que, bajo la influencia de Ickstatt, Weishaupt se había convertido en un entusiasta

lector de las obras de los filósofos más radicales de la Ilustración francesa, en especial de Claude-Adrien Helvétius, cuya obra más conocida se titulaba *Del Espíritu* (1758), y Paul-Henri Thiry, barón de Holbach, autor —con seudónimo— del *Sistema de la naturaleza* (1770). De niño, Weishaupt había sido educado por los jesuitas, una experiencia que no le había gustado nada, de modo que se sintió enormemente atraído por las tendencias ateas de Helvétius y Holbach. Pero en la conservadora Baviera, donde el clero católico romano ya estaba fomentando de hecho una contra-Ilustración, tales opiniones resultaban peligrosas. Al tratarse de un joven al que se había otorgado una cátedra hasta entonces monopolizada por los jesuitas, Weishaupt se hallaba presionado. Así, la idea de una sociedad secreta, que enmascarara sus verdaderos propósitos aun a ojos de quienes lo habían contratado, tenía pleno sentido. Él mismo explicaría que había sacado la idea de un alumno protestante llamado Ernst Christoph Henninger, que le había hablado de las asociaciones de estudiantes de Jena, Erfurt, Halle y Leipzig, donde había estudiado previamente.^[2] En otros aspectos, paradójicamente, los Illuminati se basarían en el modelo jesuítico, una red tan poderosa como poco transparente que había sido disuelta por el papa Clemente XIV en 1773. El primer borrador del texto de Weishaupt, «Escuela de humanidad», preveía que cada miembro debía llevar un diario en el que registrar sus pensamientos y sensaciones, y del que debía entregar un resumen a sus

superiores; a cambio, dispondría de biblioteca, atención sanitaria, seguros y otras prestaciones.^[3] Calificar el pensamiento de Weishaupt de ecléctico sería quedarse corto: sus proyectos para la orden incluían también elementos de los antiguos misterios griegos de Eleusis y del mazdeísmo (entre ellos, el uso del antiguo calendario persa). Otra de sus fuentes de inspiración eran los llamados «Alumbrados», un movimiento espiritual español del siglo xvi.

Si los Illuminati se hubieran mantenido fieles al modelo original de Weishaupt hace mucho que habrían pasado al olvido, suponiendo que se hubiera llegado a hablar de ellos en algún momento. La clave de su crecimiento y posterior notoriedad fue su penetración en las logias masónicas alemanas. Aunque sus raíces se remontan a las cofradías de canteros medievales, en el siglo xviii la masonería ya constituía en sí misma una red en rápido crecimiento que, partiendo de Escocia e Inglaterra, ofrecía un ámbito de sociabilidad masculina exaltado por la mitología y el ritual, en un entorno en el que no se tenía en cuenta la pertenencia a la aristocracia o la burguesía.⁽¹⁶⁾ Se había extendido rápidamente por toda Alemania, incluidos los estados meridionales, pese a los esfuerzos de la Iglesia católica para prohibir a los católicos que se hicieran masones.^[4] Fue a Franz Xaver von Zwack, uno de los discípulos de Weishaupt, a quien se le ocurrió reclutar a los potenciales Illuminati en las logias alemanas, explotando el creciente descontento de muchos masones con su propio movimiento.

El final de la década de 1770 fue una época de ebullición en el seno de la francmasonería alemana, donde algunos puristas se oponían a la falta de secretismo y al menguante respeto por el mito de su descendencia de los caballeros templarios, como afirmaba el llamado «Rito de la Estricta Observancia».[5] Uno de los que estaban descontentos con la aparente degeneración de las órdenes masónicas en vacuos clubes gastronómicos era Adolph Franz Friedrich Ludwig, barón von Knigge, hijo de un funcionario de Hannover y educado en Gotinga, que era masón desde 1772. [6] Knigge deseaba algo más exclusivo y elevado de lo que se ofrecía en las logias que frecuentaba en Cassel y Frankfurt, un anhelo que en 1780 manifestó a otro masón aristocrático como él, el marqués Costanzo di Costanzo. Para sorpresa de Knigge, el marqués le reveló que ya existía una organización elitista como la que buscaba, a la que él mismo estaba afiliado con el nombre de Diomedes. Una acertada descripción de los Illuminati a partir de 1777 —fecha en que el propio Weishaupt se inició en la logia múniquesa Zur Behutsamkeit— es que se trataba de «una red clandestina incardinada en la masonería [...] algo así como una planta parásita».[7] Otro parásito similar eran los rosacruces, un movimiento más esotérico que el iluminismo, sobre el que se escribió mucho a principios del siglo XVII, pero que adquirió forma concreta como Rosa-Cruz de Oro en una serie de logias masónicas alemanas más o menos en la misma época.

El reclutamiento de Knigge marcó un punto de inflexión

por dos razones: en primer lugar, era una persona con contactos mucho mejores que Weishaupt; y en segundo, entendía lo que ansiaban otros masones aristocráticos de mentalidad similar.[8] El barón —que al unirse a los Illuminati tomó el nombre de Filón— se quedó perplejo al descubrir lo embrionaria que era todavía la organización (además de lo atrasada que estaba Baviera cuando la visitó). [9] «La orden aún no existe —le confesó Weishaupt con franqueza—; solo en mi mente [...]. ¿Perdonaréis mi pequeño fraude?» Knigge no solo perdonó a Weishaupt, sino que tomó la iniciativa con entusiasmo, concibiendo a los Illuminati como un instrumento para reformar a fondo la propia masonería.[10] Revisó y amplió radicalmente la estructura que había ideado Weishaupt, subdividiendo los tres rangos o «grados» de los Illuminati y añadiendo gran cantidad de ritual masónico. El rango «preparatorio» de minerval se dividió en dos: minerval e *illuminatus minor*. También el segundo grado, el «masónico», se dividió en dos: *illuminatus major* o «novicio escocés», e *illuminatus dirigens* o «caballero escocés». El tercer rango, el «místico», se estratificó en «misterios menores» (con el grado de «presbítero» o *princeps*) y «misterios mayores» (con los grados de *magus* o «docetista» y *rex* o «philosophus»). De los Illuminati que ostentaban este último puesto procedían los cargos superiores de la orden: los inspectores nacionales, provinciales, prefectos y decanos de los sacerdotes. Estos rangos superiores vendrían a reemplazar a la cúspide

original del sistema de Weishaupt, los «areopagitas».[11] Al mismo tiempo que se diseñaba este elaborado escalafón de grados, la estructura organizativa de la orden —en rápido crecimiento— se hacía cada vez más compleja, con numerosas «iglesias minervales», locales que respondían ante «prefecturas», «provincias» e «inspecciones».[12]

La primera paradoja del iluminismo, por tanto, es que se trataba de una red que anhelaba una elaborada estructura jerárquica a la vez que arremetía contra las jerarquías existentes. En su «Discurso a los *dirigenti* Illuminati recién ascendidos» de 1782, Weishaupt exponía su visión del mundo. En el estado de naturaleza, el hombre había sido libre, igual y feliz; la división en clases, la propiedad privada, la ambición personal y la formación del Estado habían venido después, como los «grandes motivos y causas impíos de nuestra desgracia». La humanidad había dejado de ser «una gran familia, un solo imperio», por el «deseo de los hombres de diferenciarse unos de otros». Pero la Ilustración, difundida gracias a las actividades de las sociedades secretas, podía superar esa estratificación social. Entonces «los príncipes y las naciones desaparecerían de la Tierra sin necesidad de violencia, la raza humana se convertiría en una familia y el mundo pasaría a ser la morada de los seres racionales».[13] Todo esto no se avenía demasiado con la exitosa campaña de Knigge para reclutar a nobles y príncipes masones en la orden.[14]

La segunda paradoja del iluminismo es su ambivalente

relación con el cristianismo. Parece ser que el propio Knigge era deísta (admiraba a Spinoza, aunque también publicó algunos sermones que había pronunciado). Quizá Weishaupt compartiera tal inclinación, pero este adoptó la opinión de que solo la élite de la orden —quienes tenían el título de *rex*— debía mostrar de manera explícita sus simpatías por Holbach. En algunos de los escritos de Weishaupt se presenta a Jesucristo como «el libertador de su pueblo y de toda la especie humana», y profeta de «la doctrina de la razón», cuyo objetivo primordial ha sido «introducir la libertad y la igualdad generalizadas entre los hombres sin [necesidad de] revolución alguna». Por su parte, el argumento de la «Lección en la Primera Cámara» de Knigge era que los sacerdotes Illuminati eran los portadores del auténtico mensaje —sumamente igualitario— de Jesucristo, un mensaje que había sido distorsionado durante siglos.^[15] Sin embargo, ninguno de los dos hombres creía realmente en ello; era todo un «piadoso fraude» (según admitiría Knigge en privado), que se revelaría como tal cuando un iluminado alcanzara el grado superior. El objetivo último de los Illuminati, pues, era una «Reforma Mundial» seudorreligiosa basada en los ideales de la Ilustración.^[16]

Fue contra esas rocas —a la vez organizativas y religiosas— contra las que naufragaron los Illuminati. Knigge se quejaba del «talante jesuita» de Weishaupt. Dos eminentes Illuminati de Gotinga, Johann Georg Heinrich Feder y Christoph Meiners, lo acusaron de seguir las teorías políticas

radicales de Jean-Jacques Rousseau. Otro iluminado, Franz Carl von Eckartshausen, renunció a ser miembro cuando supo de la admiración de Weishaupt hacia Helvétius y Holbach. Como archivero de Carlos Teodoro, el príncipe elector palatino que había heredado el Electorado bávaro tras la muerte de Maximiliano José, en 1777, Eckartshausen se hallaba en condiciones de presionar para que se prohibiera la orden. En 1784, tras una serie de prolongados debates en Weimar (algunos de los cuales contaron con la asistencia de Goethe), Knigge se vio obligado a dimitir.^[17] Weishaupt pasó el liderazgo al conde Johann Martin de Stolberg-Rossla, quien se cree que disolvió la orden en abril de 1785, apenas un mes después del segundo edicto bávaro contra las sociedades secretas,^[18] aunque existen algunas evidencias de que la actividad continuó hasta mediados de 1787, y Johann Joachim Christoph Bode no renunció a la idea de resucitar la orden en Weimar hasta 1788.^[19] Todo parece indicar casi con certeza que, aunque no habían sido oficialmente prohibidos, los Illuminati se disolvieron dos años antes de la Revolución francesa. El propio Weishaupt pasó el resto de su vida bajo la protección de Ernesto II, duque de Sajonia-Gotha-Altenburgo, primero en Ratisbona y luego en Gotha, produciendo una tras otra varias ampulosas obras de autojustificación con títulos como «Historia completa de las persecuciones de los Illuminati en Baviera» (1785), «Retrato del iluminismo» (1786) y «Apología de los Illuminati» (1786). Aunque se dieron ciertos elementos de

continuidad entre los Illuminati y la Unión Alemana de Karl Friedrich Bahrdt, tampoco hay que otorgarles mayor importancia. Como señalaba Knigge en su propia obra de autodefensa, *Philo's endliche Erklärung* (1788), los Illuminati fueron desde un primer momento una contradicción en sus propios términos: una organización al servicio de la Ilustración que se rodeaba a sí misma de ofuscación.

Sin embargo, tanto los partidarios de la masonería convencional como los detractores de la Revolución francesa tenían grandes incentivos para exagerar la envergadura y la malignidad de los Illuminati. En sus panfletos de 1797, no solo John Robison sino también el abate Barruel hubieron de recurrir a algunas fuentes alemanas sumamente imaginativas para que sus acusaciones contra los Illuminati —en especial la afirmación de que habían sido los causantes de la Revolución francesa— parecieran creíbles. Lo más cercano a una conexión auténtica entre los Illuminati y la Revolución es el hecho de que Honoré Gabriel Riqueti, conde de Mirabeau, se reunió con Jacob Mauvillon —que se había afiliado a la orden a instancias de Johann Joachim Christoph Bode— cuando el primero visitó Brunswick a mediados de la década de 1780. Pero la idea de que las logias masónicas francesas fueran los canales a través de los cuales las ideas revolucionarias viajaron de Ingolstadt a París no resiste ni siquiera el más somero de los análisis. Al fin y al cabo, fue en París donde se originaron las ideas revolucionarias. Las verdaderas líneas de comunicación

discurrieron de los salones de la capital francesa a Baviera, y no al revés, a través de las bibliotecas de una serie de funcionarios ilustrados como Ickstatt, mentor de Weishaupt. Como veremos, existía una red internacional que conectaba a filósofos y otros estudiosos de toda Europa y que de hecho se extendía a través del Atlántico hasta Norteamérica. Pero era sobre todo una red de publicaciones, de intercambio de libros y correspondencia. Las logias masónicas y las sociedades secretas desempeñaron cierto papel; sin embargo, fueron más importantes los salones, las editoriales y las bibliotecas.

Así pues, hay que entender los Illuminati no como una omnipotente conspiración, sostenida por medios siniestros durante más de dos siglos, sino como una reveladora nota a pie de página en la historia de la Ilustración. Al tratarse de una red insertada en las redes mucho mayores de la masonería y la filosofía francesa, la orden de Weishaupt ejemplifica una época en que resultaba peligroso expresar ideas que cuestionaran de manera fundamental el *statu quo* religioso y político. El secretismo tenía sentido. Pero al mismo tiempo, en última instancia fue el secretismo el que posibilitó que las autoridades exageraran la amenaza revolucionaria planteada por los Illuminati. Lo cierto es que era otra red de mayor envergadura, la Ilustración, la que realmente tenía el potencial revolucionario, justo porque las ideas en cuestión circulaban con libertad en libros y revistas, y se habrían propagado de manera viral en Europa y

América aunque Adam Weishaupt nunca hubiera existido.

A los historiadores les ha costado escribir esta historia porque, como ocurre con tantas redes, los Illuminati se ocultaban detrás, no de un archivo único y ordenado, sino de una serie de registros documentales dispersos; hasta que pudo accederse a los archivos de las logias masónicas, los historiadores hubieron de depender en gran medida de las memorias y los documentos confiscados y publicados por los enemigos de la orden. Entre los materiales que se afirma que estuvieron en posesión de Franz Xaver von Zwack había impresiones de sellos del Gobierno que se usaban para falsificar documentos, disertaciones en defensa del suicidio, instrucciones para fabricar gas venenoso y tinta invisible, una descripción de una caja fuerte especial para la salvaguardia de papeles secretos y recibos por la práctica de interrupciones del embarazo, junto con una fórmula para elaborar un té que también inducía el aborto. Hoy sabemos que todo esto difícilmente puede considerarse representativo de las actividades de la orden.[\[20\]](#) Más características de esta fueron las conversaciones meticulosamente registradas entre Bode y los Illuminati que reclutó en Turingia, las cuales plasman las tensiones esenciales inherentes a una sociedad secreta que pretendía fomentar la Ilustración, una red jerárquica que esperaba la autorrevelación íntima de sus novicios, pero que a cambio les ofrecía un engaño.[\[21\]](#) Confrontados al poder del Estado bávaro, personificado en el príncipe elector Carlos Teodoro, los Illuminati fueron

aplastados con facilidad. Pero el propio elector tenía los días contados. Diez años después de que prohibiera las sociedades secretas, los ejércitos de la Francia revolucionaria invadieron el Palatinado, que también gobernaba Carlos Teodoro, y prosiguieron su avance hacia Baviera. Desde 1799 hasta la víspera de la batalla de Leipzig, en 1813, Baviera sería un satélite de lo que llegaría a ser el Imperio napoleónico. Mientras tanto, en Gotha —donde lo que quedaba del iluminismo había hallado refugio—, el hijo y heredero del duque Ernesto, Augusto, se distinguiría por su adulación al tirano francés.

Los Illuminati no fueron los causantes de la Revolución francesa, y mucho menos del auge de Napoleón, aunque sin duda se beneficiaron de ello (todos menos Weishaupt fueron indultados, y algunos, en especial Dalberg, llegaron a ser muy poderosos). Lejos de proseguir con su conjura en favor del gobierno mundial hasta nuestros días, dejaron de operar en la década de 1780, y los supuestos esfuerzos por resucitar la orden en el siglo ^{xx} fueron en gran medida falsos.[\(17\)](#) Sin embargo, su historia es parte integrante del complejo proceso histórico que condujo a Europa de la Ilustración a la Revolución y luego al Imperio; un proceso en que sin duda las redes intelectuales cumplieron un papel decisivo.

Partiendo de la mejor erudición moderna, este libro pretende rescatar la historia de las redes de las garras de los teóricos de la conspiración, y mostrar que el cambio histórico con frecuencia puede y debe entenderse

precisamente en términos de este tipo de cuestionamientos de los órdenes jerárquicos fundamentados en las redes.

SEGUNDA PARTE

Emperadores y exploradores

Breve historia de la jerarquía

En el épico *spaghetti western* de Sergio Leone *El bueno, el feo y el malo*, Clint Eastwood y Eli Wallach van a la caza de un tesoro robado a los confederados. Descubren que el oro está enterrado bajo una lápida en un enorme cementerio donde yacen víctimas de la guerra de Secesión. Por desgracia, no tienen ni idea de qué lápida se trata. Eastwood, que previamente ha tenido la precaución de vaciar el revólver de Wallach, se vuelve hacia él y pronuncia una frase que se hará inmortal: «Verás, el mundo se divide en dos categorías: los que tienen revólver cargado... y los que cavan. Tú cavas».(18)

He aquí un ejemplo moderno de una antigua verdad. Durante la mayor parte de la historia la vida ha sido jerárquica. Unos pocos han gozado de los privilegios derivados de monopolizar la violencia; todos los demás han cavado.

¿Por qué las jerarquías precedieron a las redes en la historia? La respuesta obvia es que incluso en los grupos más antiguos de homínidos prehistóricos existía una

división del trabajo y una jerarquía de fuerza física y capacidad intelectual impuesta por la naturaleza. Esa es la razón de que las tribus primitivas fueran, y sigan siendo, más parecidas a jerarquías cooperativas que a redes distribuidas.[1] Hasta los «forrajeadores que colaboran por obligación» necesitan liderazgo.[2] Alguien tiene que decidir cuándo interrumpir el acicalamiento e iniciar la caza. Alguien tiene que repartir las piezas cobradas y asegurarse de que los jóvenes y ancianos indefensos reciban su parte. Y algún otro tiene que dedicarse a cavar.

Cuando empezaron a formar grupos de mayor tamaño y a adoptar formas más complejas de caza y recolección, los primitivos humanos desarrollaron los primeros marcos conceptuales —mitos explicativos de dioses con poderes sobrehumanos sobre la naturaleza—, junto con las primeras prácticas y sustancias que alteraban la conciencia.[3] También aprendieron las primeras y rudimentarias artes de la guerra, produciendo extraordinarias cantidades de armas elementales como hachas, arcos y flechas.[4] Es obvio que las primeras comunidades agrícolas del Neolítico (aproximadamente a partir de 10200 a.C.) tenían que dedicar importantes recursos a defenderse de las incursiones de otros grupos (o a organizar las suyas propias). Parece ser que la estratificación de la sociedad en amos y esclavos, guerreros y trabajadores o sacerdotes y peticionarios se habría iniciado en una época anterior. Con la evolución de la escritura simbólica a partir de la pintura rupestre surgió la

primera forma de almacenamiento de datos externa al cerebro y, con ella, una nueva clase instruida.

En otras palabras, aunque las primeras estructuras políticas variaban —unas eran más autocráticas; otras, más corporativas—, todas tenían en común una estratificación social básica. El poder de castigar a los transgresores casi siempre se delegaba en algún individuo o consejo de ancianos, mientras que la capacidad de librar una guerra con éxito se convertiría en el atributo clave de un gobernante. Se ha dicho que el Estado era un «resultado predecible de la naturaleza humana».[5] También lo fue la carrera armamentística, dado que las innovaciones en tecnología militar —puntas de flecha más duras, uso de caballos como vehículos ofensivos— ofrecían atajos para alcanzar poder y riqueza.[6] Y lo mismo cabe decir del advenimiento de «una nueva clase de jerarquía dominada por un “gran hombre” que no necesitaba ser físicamente fuerte, sino solo lo bastante rico para pagar a una pequeña camarilla de subordinados armados y de confianza».[7]

La jerarquía presenta numerosos beneficios, tanto en la economía como en el gobierno. Había buenas razones por las que la inmensa mayoría de los sistemas políticos, desde el mundo antiguo hasta comienzos de la era moderna, fueran estructuras jerárquicas. Como las empresas en una época posterior, los primeros estados trataron de explotar economías de escala y reducir los costes de transacción, en especial en el ámbito de la acción militar. También había

buenas razones por las que tantos autócratas ambiciosos intentarían aumentar su legitimidad identificándose con los dioses. La jerarquía resultaba más fácil de soportar para los ilotas si parecía obedecer a un mandato divino. Sin embargo, el gobierno de un «gran hombre» tenía —y sigue teniendo— una serie de desventajas crónicas, en especial la incorrecta asignación de recursos que por lo general se realiza para satisfacer los apetitos de ese gran hombre, así como de su descendencia y sus compinches. El problema recurrente y casi universal de la historia antigua era que los ciudadanos de los estados beligerantes solían ceder un excesivo poder a las élites guerreras hereditarias, así como a las élites sacerdotales cuya función era inculcar doctrinas religiosas y otras ideas legitimadoras. Allí donde ocurría esto, las redes sociales se hallaban fuertemente subordinadas a las prerrogativas de la jerarquía. Saber leer y escribir era todo un privilegio, y el destino normal del hombre y la mujer corrientes era deslomarse trabajando. Vivían en sus aldeas, cada una de ellas «lateralmente aislada» (en expresión de Ernest Gellner) de casi todas sus vecinas más cercanas; un estado de aislamiento representado de un modo magistral como una especie de niebla mental permanente en la novela de Kazuo Ishiguro *El gigante enterrado*.^[8] Solo la élite gobernante podía mantener vínculos de red a través de la distancia, ese era el caso, por ejemplo, de los faraones egipcios, cuyas redes se extendían en el siglo XIV a.C. desde los gobernantes locales cananeos hasta sus homólogos en

ciudades como Babilonia, Mitanni y Hattusa.[9] Pero incluso aquellas redes elitistas constituían un peligro para el orden jerárquico; ya en los registros históricos documentales más antiguos leemos acerca de conspiraciones y conjuras como las fraguadas contra Alejandro Magno (clústeres oscuros y malignos en el seno de la red).[10]

No era un mundo donde se alentara a los innovadores, sino donde se condenaba a muerte a quienes se apartaban de la norma. No era un mundo donde la información fluyera de abajo arriba o transversalmente, sino que fluía en exclusiva de arriba abajo, si es que llegaba a fluir. En consecuencia, la historia antigua arquetípica fue como la de la Tercera Dinastía de Ur (c. 2100-2000 a.C.), en la Mesopotamia meridional, que logró construir un sistema de regadío a gran escala, pero fue incapaz de responder al problema de la salinización del suelo y el menguante rendimiento de las cosechas.[11] (Más tarde sufriría un destino similar el califato abasí, que no pudo mantener la infraestructura de regadío en lo que actualmente es el sur de Irak debido a las recurrentes disputas sucesorias, una patología común de las jerarquías hereditarias.)[12]

Obviamente, se experimentó con estructuras políticas más distribuidas —el «mundo pequeño» de la democracia ateniense,[13] la República romana...—, pero, de manera significativa, dichos experimentos no duraron. En su estudio clásico *La Revolución romana*, Ronald Syme sostenía que en cualquier caso la República había estado gobernada por una

aristocracia romana cuyas disputas habían sumido a Italia en la guerra civil. «La política y los actos del pueblo romano estaban guiados por una oligarquía, sus anales se escribieron en un espíritu oligárquico —observaba Syme, un neozelandés a quien su paso por Oxford volvió escéptico—. La historia surgió de los registros documentales de consulados y triunfos de los *nobiles*, de la memoria transmitida de los orígenes, alianzas y disputas de sus familias.» Augusto llegó al poder no solo porque tuviera talento, sino porque entendía la importancia de contar con «aliados [...] [o] partidarios». Agrupando a sus seguidores en una especie de «partido cesarista», Augusto logró concentrar poco a poco el poder en sus manos mientras oficialmente restauraba la República. «En ciertos aspectos —escribía Syme—, su principado fue un sindicato.» «El viejo marco y las viejas categorías» subsistían: como la República antes que ella, la monarquía de Augusto era la fachada tras la que gobernaba la oligarquía.[\[14\]](#)

Es cierto que en la época romana existían también las Rutas de la Seda. En palabras de Peter Frankopan, era «una red que se desplegaba en todas direcciones, rutas por las que viajaban peregrinos y guerreros, nómadas y comerciantes [...] se compraban y vendían bienes y productos del campo, y se intercambiaban, adaptaban y refinaban ideas».[\[15\]](#) Sin embargo, esa red resultaba tan propicia a la propagación de la enfermedad como al intercambio comercial, mientras que los prósperos núcleos urbanos distribuidos a lo largo de

aquella ruta eran siempre vulnerables a los ataques de tribus nómadas como los xiongnu (hunos) y los escitas.[\[16\]](#) La lección clave de la teoría política clásica era que el poder debía estructurarse jerárquicamente y que de manera natural se concentraba cada vez en menos manos conforme mayor se hacía una determinada unidad política. En extraordinaria medida, los imperios romano y Qin-Han evolucionaron de forma paralela, al menos hasta el siglo VI, sobre todo porque hubieron de afrontar retos similares.[\[17\]](#) En cuanto los costes de proseguir la expansión territorial empezaron a superar a los beneficios, la razón de ser del sistema imperial se transformó en la paz y el orden proporcionados por su gran ejército y su gran burocracia, cuyos costes cubría mediante una combinación de impuestos y devaluación de la moneda.

¿Por qué, entonces, el Imperio del extremo occidental de Eurasia no sobrevivió, mientras que el del extremo oriental sí? La respuesta clásica es que Roma no pudo soportar las crecientes presiones de la inmigración —algunos dirían invasión— de las tribus germánicas. Además, y a diferencia del Imperio chino, Roma tuvo que lidiar con el impacto perturbador de una nueva religión, el cristianismo, una secta judía herética que se extendió por todo el mundo romano gracias a los esfuerzos de Saulo de Tarso (el apóstol Pablo) tras su conversión en el camino de Damasco hacia el año 31-36 de nuestra era. Las epidemias de la década de 160 y de 251 supusieron un mecanismo de apertura para esta red

religiosa, ya que el cristianismo no solo ofrecía una explicación de las catástrofes, sino que también alentaba un tipo de conductas (como practicar la caridad y cuidar de los enfermos) que se tradujeron en una desproporcionada supervivencia de los creyentes.[\[18\]](#) El Imperio romano era una auténtica jerarquía, con cuatro grandes órdenes sociales —senadores, équitos, decuriones y plebeyos—, pero al parecer el cristianismo penetró en todos los niveles.[\[19\]](#) Y esta última fue solo la de mayor éxito de entre toda una serie de fiebres religiosas que recorrieron el Imperio romano: el culto a Júpiter Doliqueno, el dios de la tormenta del norte de Siria, también se extendió desde allí hasta el sur de Escocia a partir de comienzos del siglo II d.C., sobre todo gracias a que lo adoptaron muchos oficiales del ejército romano.[\[20\]](#)

Migración, religión y contagio: en el siglo V, estas amenazas traídas por las redes —que nadie planeó ni orquestó, pero que se transmitieron de manera viral— habían desmoronado la estructura jerárquica del Gobierno imperial romano, dejando solo los vestigios de un antiguo orden que obsesionarían a los europeos durante las siguientes centurias. A partir del siglo VII surgió un nuevo culto monoteísta de sumisión —el islam— en los desiertos de Arabia, que entre La Meca y Medina se transmutaría para pasar de ser otra religión más liderada por un profeta a convertirse en una ideología política militante que se impondría por la espada.

Aunque fundados por sendos profetas carismáticos, los dos grandes movimientos monoteístas demostraron tener la naturaleza propia de las redes en su propagación viral. Y sin embargo, tras haber convulsionado por completo el dominio romano, terminaron creando jerarquías teocráticas en Bizancio y Bagdad. El cristianismo occidental —desgajado del ortodoxo por el Gran Cisma de 1054— cayó bajo su propia forma de control jerárquico con el auge del papado romano y un sistema eclesiástico estratificado. Políticamente, en cambio, la cristiandad occidental siguió pareciéndose más a una red: de las ruinas del Imperio romano de Occidente surgió una geometría fractal de estados, la mayoría diminutos y unos cuantos de gran tamaño; la mayor parte monarquías hereditarias, algunos aristocracias en la práctica y un puñado de ellos ciudades-estado gobernadas por oligarquías. En teoría, el sacro emperador romano había heredado el poder sobre la mayoría de estas entidades; en la práctica, sin embargo, tras la victoria del papa Gregorio VII frente al emperador Enrique IV en la llamada «querrela de las investiduras», era la Santa Sede la que poseía la mayor autoridad transfronteriza, al controlar, como lo hacía, los nombramientos de obispos y sacerdotes y sometiéndolo todo a su propio derecho canónico (una reinstauración del código del siglo VI de Justiniano). El poder temporal se descentralizó de manera sustancial en el sistema de títulos hereditarios vinculados a la propiedad de la tierra y a obligaciones

tributarias o militares conocido como feudalismo. También aquí la autoridad vendría definida por el derecho: continental (derivado de los códigos romanos) en el continente europeo y en Escocia; anglosajón (basado en la jurisprudencia) en Inglaterra.

En cambio, la lección que se aprendió en China de la experiencia de los reinos combatientes fue que solo podía lograrse la estabilidad en el seno de un único imperio monolítico, con una cultura (el confucianismo) centrada en la piedad filial (*xiao*). No había ninguna autoridad religiosa superior al emperador.[\[21\]](#) No había más leyes que las que redactaba el emperador.[\[22\]](#) El poder regional y local se hallaba controlado por una burocracia imperial reclutada y organizada según el mérito y la competencia, con un sistema de pruebas para ingresar en la administración pública que ofrecía movilidad ascendente a los jóvenes en función de su talento, no de su nacimiento. No obstante, tanto en el sistema occidental como en el chino el principal obstáculo a la formación estable del Estado fue la persistencia de las redes familiares, de clanes o tribales.[\[23\]](#) Las pugnas entre dichas redes por el control de las rentas generadas por el Gobierno se tradujeron en guerras civiles periódicas, la mayoría de las cuales sería más acertado calificar de duelos dinásticos.

Durante siglos, los sabios reflexionaron sobre la imposibilidad aparente de tener orden sin una autoridad más o menos absoluta. Pusieron sus pensamientos por escrito

sobre pergamino o papel, con plumas o pinceles, sabiendo con certeza que solo una pequeña minoría de sus congéneres llegarían a leerlos, y que su mayor esperanza de inmortalidad era que sus escritos se copiaran y preservaran en una o más de las grandes bibliotecas de la época. Pero la suerte de la biblioteca de Alejandría —destruida en una serie de ataques que culminaron en el año 391 de nuestra era— es un ejemplo de lo frágil que era el almacenamiento de datos en el mundo antiguo. Y la ausencia casi absoluta de intercambio intelectual entre Europa y China en los periodos antiguo y medieval implicaba que el mundo se hallaba todavía muy lejos de constituir una única red; salvo en un solo aspecto, que resultaría letal.

La primera era interconectada

En el siglo xiv, la población de toda la masa continental eurasiática se vio azotada por la peste negra, la peste bubónica causada por la bacteria *Yersinia pestis* —transmitida por las pulgas—, que se propagó a través de las redes comerciales eurasiáticas antes descritas. Dichas redes eran tan dispersas —y había tan pocos vínculos entre los diferentes clústeres de asentamiento— que la enfermedad, pese a ser sumamente infecciosa, tardó cuatro años en atravesar Asia a un ritmo de menos de mil kilómetros al año. [\[1\]](#) Pero, comparado con Asia, el impacto fue muy distinto en Europa, donde pereció más o menos la mitad de la población (incluidas probablemente las tres cuartas partes de los habitantes del sur del continente). Por ejemplo, parece que la escasez de mano de obra fue más grave en el extremo occidental de Europa, lo que se tradujo en un aumento significativo de los salarios reales, en especial en Inglaterra. Sin embargo, la principal diferencia institucional entre el este y el oeste de Eurasia a partir de 1500 fue que en la parte occidental las redes estaban relativamente más libres del

dominio jerárquico que en la oriental. En Occidente no se repitió ningún imperio monolítico; por el contrario, prevalecieron una serie de principados, a menudo débiles, con el papado y el vagamente estructurado Sacro Imperio Romano como los únicos vestigios del poder imperial romano, mientras que Bizancio se consideraba la auténtica heredera de los emperadores. En una antigua provincia romana, Inglaterra, el poder del monarca estaba tan limitado que a partir del siglo ^{xii} los mercaderes de la capital habían obtenido plena libertad para gestionar sus propios asuntos a través de una corporación autónoma. En Oriente, las redes más importantes eran las de carácter familiar: los vínculos de clan. Se ha argumentado que, en cambio, debido a su mayor individualismo, en Europa occidental pasaron a adquirir más importancia otras formas de asociación: unas fraternidades que lo eran de nombre más que de hecho.^[2]

Sin embargo, debemos tener buen cuidado de no datar antes de tiempo la «gran divergencia» que separaría a Oriente de Occidente, y que sigue siendo el rasgo más llamativo de la historia económica entre finales del siglo ^{xv} y finales del ^{xx}.^[3] Si sus habitantes se hubieran limitado a permanecer en sus propias costas —o los invasores mongoles del siglo ^{xiii} hubieran ido más allá de la Gran llanura húngara en su avance hacia el oeste—, la historia de Europa occidental habría sido completamente distinta. Un buen ejemplo de la persistencia de las redes familiares en la

Europa del siglo ^{XIV} es el auge en Florencia de la familia Médici, que llegó a ocupar una posición única como intermediaria en la red de las familias de la élite florentina, explotando los diversos huecos estructurales del sistema (véase la figura 10).^[4] El auge de los Médici se basó en parte en una serie de matrimonios estratégicos (incluso con miembros de familias tan hostiles a los Médici como los Strozzi, los Pazzi y los Pitti); aquí, igual que en la mayoría de las sociedades premodernas, la red más importante era el árbol genealógico.^[5] Aun así, en el periodo posterior a la revuelta de los Ciompi (1378-1382), la accesión de banqueros como los Médici a la élite política florentina se tradujo en una importante innovación económica: la transposición de los métodos gremiales nacionales del *Arte del Cambio* (gremio de banqueros) al plano internacional, hasta entonces dominado por el *Arte di Calimala* (gremio de comerciantes de telas), y el surgimiento de sociedades mercantiles como base de un nuevo tipo de capitalismo financiero.^[6] Con el advenimiento del dominio de los Médici, en 1434, nació el «hombre renacentista», un erudito que se dedicaba al mismo tiempo a las finanzas, el comercio, la política, el arte y la filosofía; «en parte empresario, en parte político, en parte patriarca y en parte esteta intelectual».^[7]

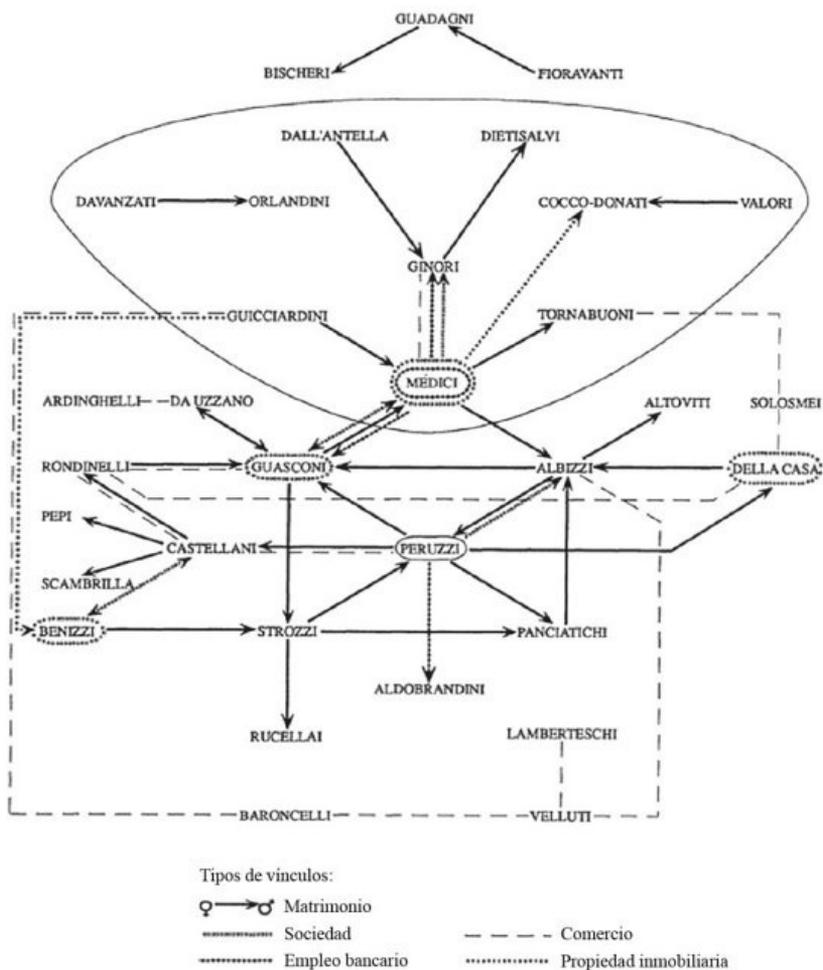


FIGURA 10. La red de los Médici: una estrategia dinástica que en el siglo XIV dio a una familia el dominio de Florencia.

El arte de la negociación renacentista

Aunque menos conocido que los Médici, Benedetto Cotrugli constituye un ejemplo perfecto de las diversas formas en que fueron evolucionando las redes europeas durante el Renacimiento; formas que crearon una nueva clase cosmopolita de individuos interconectados. Resulta tentador sugerir que la obra de Cotrugli *Libro de l'Arte de la Mercatura* [«Libro del arte del comercio»] es una especie de equivalente del siglo xv de la de Donald Trump *The Art of the Deal* [«El arte de la negociación»]. Pero Cotrugli no era Trump y, entre un montón de sabios consejos, recomienda a los comerciantes que no se metan en política. Escribe: «No es conveniente para un comerciante tener nada que ver con los tribunales, ni mucho menos involucrarse en política o en la administración pública, ya que se trata de zonas peligrosas».^[1] Lejos de regodearse en la vulgaridad verbal y las muestras ostentosas de riqueza, Cotrugli fue un humanista sumamente culto cuyo ideal de comerciante encarnaba las virtudes clásicas del ciudadano-plebeyo como las concibieran los antiguos griegos y romanos y luego

redescubrieron los eruditos italianos del Renacimiento.

De joven, Cotrugli había estudiado de hecho en la Universidad de Bolonia, pero (como él mismo observaría con pesar) «el destino y la mala suerte se las ingenieron para que, justo en mitad de los más placenteros estudios filosóficos, me viera arrancado del aprendizaje y convertido en comerciante, un oficio que estuve obligado a seguir, abandonando los dulces placeres del estudio, al que me había dedicado por completo...».[2] Tras regresar a Ragusa (la actual Dubrovnik) para dirigir el negocio familiar, Cotrugli no pudo evitar indignarse ante el bajo nivel intelectual de su nuevo entorno. En ausencia de cualquier tipo de formación empresarial oficial, lo máximo que había era un sistema de aprendizaje del oficio «insuficiente, desorganizado, arbitrario y manido [...] al punto de que se despertó en mí la compasión y me sentí afligido por el hecho de que esta actividad útil y necesaria hubiera caído en manos de gente tan indisciplinada y zafia, que la ejercía sin moderación ni orden, ignorando y pervirtiendo la ley».[3] En muchos aspectos, el «Libro del arte del comercio» fue un intento de Cotrugli no solo de aumentar el nivel de la formación empresarial, sino también de elevar el estatus de la propia profesión. Aunque entre los estudiosos se lo conoce sobre todo por ser la suya la primera obra que describe el sistema de contabilidad por partida doble —más de treinta años antes del famoso tratado de Luca Pacioli *De computis et scripturis* (1494)—, esta obra resulta más notable

por la amplitud de su temática. Cotrugli ofrece mucho más que meros consejos prácticos sobre contabilidad: ofrece una forma de vida completa. Su libro no es un árido manual, sino una exhortación a sus colegas comerciantes para que aspiren a ser auténticos empresarios renacentistas.

La obra de Cotrugli también proporciona al lector moderno una fascinante visión de un mundo que ya no existe. Benedetto y su hermano Michele, nacidos en Ragusa, importaban lana catalana además de tintes, pagaban con plata de los Balcanes, o, más habitualmente, con letras de cambio. En el curso de su carrera comercial, Benedetto pasó un tiempo en Barcelona, Florencia, Venecia y, por último, Nápoles, donde vivió de 1451 a 1469. Fue una vida auténticamente mediterránea; de hecho, Cotrugli conocía el mar lo bastante bien para escribir otro libro sobre el tema, *De navigatione*, que dedicó al Senado veneciano. También sirvió a Fernando de Aragón como embajador en Ragusa y maestro de la Casa de la Moneda de Nápoles. Pero en el siglo xv la vida era precaria incluso para un comerciante de éxito; en 1460, Cotrugli fue acusado y juzgado por exportar de manera ilegal lingotes, aunque parece que quedó absuelto. Escribió el «Libro del arte del comercio» en el municipio rural de Sorbo Serpico, donde se había refugiado huyendo de un brote de peste surgido en Nápoles. Murió en 1469, a los cincuenta y pocos años.

Aun así, Cotrugli tuvo una vida plena. Quizá se hubiera perdido las bibliotecas de Bolonia, pero se entregó en una

considerable medida a su vocación comercial. De hecho, algunas partes del «Libro del arte del comercio» pueden leerse como una defensa frente a las acusaciones —de usura, avaricia, codicia— que con frecuencia lanzaban contra ellos los fanáticos religiosos de la época. Cotrugli se declaraba «sorprendido de que el intercambio, siendo como es tan útil, fácil y enteramente necesario para el manejo de los asuntos humanos, tenga que ser condenado por tantos teólogos»^[4] (en un momento en que la usura era todavía ilegal, tuvo buen cuidado de definir a los usureros como «aquellos que, al vencimiento de una deuda, no la prorrogan sin interés a los prestatarios que no puedan pagar de inmediato»).^[5] Además de promover una contabilidad rigurosa, Cotrugli fue un temprano partidario de la diversificación como forma de gestión y reducción del riesgo. Se imagina al mercader florentino formando diversas sociedades con colegas de Venecia, Roma y Aviñón, e invirtiendo parte de su capital en lana y parte en seda. «Teniendo metida la mano de forma segura y ordenada en muchas transacciones —observa—, no obtendré sino ventaja de ellas, puesto que la mano izquierda ayudará a la derecha.»^[6] Y de nuevo: «Nunca hay que arriesgar demasiado en un solo lance, sea por tierra o por mar: por muy rico que seas, como mucho quinientos ducados por cargamento, o mil si es una galera grande.»^[7]

Cotrugli fue un nodo en una floreciente red comercial de crédito y deuda; de ahí que condenara a «los que llevan solo una columna de cuentas, que es la de cuánto se les debe y no

de cuánto esperan los demás de ellos», tildando a este como el «peor tipo de comerciante, el más vil e inicuo».[8] «El comerciante —escribe Cotrugli— debería ser el más universal de los hombres y *el que más se relaciona, más que sus compañeros, con diferentes tipos de hombres y clases sociales*» (la cursiva es mía). En consecuencia, «todo lo que podría saber un hombre puede resultar de utilidad para el comerciante», como la cosmografía, la geografía, la filosofía, la astrología, la teología y el derecho. En resumen, pues, es posible leer el «Libro del arte del comercio» también como un manifiesto en favor de una nueva sociedad de eruditos interconectados.

Descubridores

Los avances logrados en Italia y los territorios circundantes muestran que, en términos de desarrollo cultural y económico, Europa ya empezaba a divergir del resto del mundo antes de finales del siglo xv. Sin embargo, el logro decisivo que prefiguró la época del dominio europeo del mundo no fue tanto el Renacimiento italiano como la era de los descubrimientos surgida en la península Ibérica. A partir del reinado de Enrique el Navegante (1415-1460), los marineros portugueses comenzaron a aventurarse cada vez más lejos de Europa, primero hacia el sur, siguiendo la costa occidental africana, y luego a través del Atlántico, el Índico y por último el Pacífico. Estos viajes —extraordinariamente ambiciosos y arriesgados— crearon una red de nuevas rutas comerciales oceánicas que pronto transformaría la economía global, que pasaría de ser un variopinto mosaico de mercados regionales a convertirse en un único mercado mundial. Aunque contaban con el patrocinio real, los exploradores constituían en sí mismos una red social, que compartía conocimientos sobre construcción naval,

navegación, geografía y artes militares. Como tan a menudo ocurre en la historia, una serie de nuevas tecnologías contribuyeron al surgimiento de dichas redes, mientras que al mismo tiempo estas últimas aceleraron el ritmo de la innovación. Mejores barcos, mejores astrolabios, mejores mapas y mejores armas: todo ello contribuyó a los impresionantes logros de la era de los descubrimientos. Lo mismo hizo la transmisión a través del Atlántico de enfermedades eurasiáticas frente a las que los amerindios no eran inmunes; estas aseguraron que, en el Nuevo Mundo más que en Asia, aquella fuera también una era de conquista.

A partir de 1434, cuando Gil Eanes consiguió pasar el cabo Bojador —la «protuberancia» que asoma en lo que hoy es la costa norte del Sáhara Occidental—, los marineros que se habían entrenado en los acantilados de Sagres fueron ampliando progresivamente el alcance de la navegación portuguesa, aventurándose cada vez más lejos de la vista de tierra. En la primavera de 1488, Bartolomeu Dias llegó hasta Kwaaihoek, hoy provincia de Cabo Oriental, y descubrió el cabo de Buena Esperanza en su camino de regreso a Portugal. Una década más tarde, Vasco da Gama continuó el viaje hasta Mozambique y, de allí —guiado por un piloto local—, a través del océano Índico siguió hasta Calicut (Kozhikode), en Kerala. En febrero de 1500, Pedro Álvares Cabral partió siguiendo su estela, pero, tras poner rumbo al sudoeste para evitar la zona de calmas ecuatoriales del golfo

de Guinea, terminó por arribar a la costa de Brasil. No contento con su descubrimiento, prosiguió hasta Calicut y, desde allí —tras un violento altercado con comerciantes musulmanes rivales—, se dirigió más al sur hasta llegar a Cochín (Kochi). Entre 1502 y 1511 los portugueses establecieron de manera sistemática una red de enclaves comerciales fortificados entre los que se incluían la isla de Kilwa Kisiwani (Tanzania), Mombasa (Kenia), Cananor (Kerala), Goa y Malaca (Malasia).^[1] Todos ellos eran lugares de todo punto desconocidos para las anteriores generaciones de europeos.

En agosto de 1517, ocho naves portuguesas arribaron a la costa de Cantón (Guangzhou). La ocasión merecería que se recordara mejor, pues constituyó uno de los primeros contactos entre los europeos y el Imperio chino desde la época de Marco Polo, a finales del siglo ^{xiii}.⁽¹⁹⁾ El comandante de la flotilla portuguesa era Fernão Peres de Andrade; también viajaba a bordo el boticario Tomé Pires, que había de ser el emisario de la Corona portuguesa ante la corte Ming. Quizá la razón de que esta expedición haya sido tan olvidada es que a primera vista no produjo consecuencia alguna: tras comerciar en Tunmen (hoy isla de Lintin), en el estuario del río de las Perlas, los lusos se marcharon de nuevo en septiembre de 1518. Once meses después, otros tres barcos portugueses volvieron a China, esta vez bajo el mando de Simão de Andrade, hermano de Fernão. En enero de 1520, Tomé Pires partió hacia el norte con la esperanza de

conseguir una audiencia con el emperador Zhengde, pero se la postergaron de forma repetida y, tras la muerte del emperador el 19 de abril de 1521, se encontró cautivo. En algún momento poco después llegó a Tunmen otra flota portuguesa, esta vez comandada por Diogo Calvo. Los funcionarios chinos lo invitaron a marcharse. Cuando Calvo se negó, se entabló una batalla. Ni la llegada de dos naves adicionales de Malaca pudo evitar una humillante derrota a manos de una flota china dirigida por el almirante Wang Hong. Casi todos los barcos portugueses se hundieron, salvo tres. Un año más tarde, en agosto de 1522, los lusitanos lo intentaron de nuevo y enviaron otras tres naves a Tunmen bajo el mando de Martim Coutinho. Aunque llevaban consigo a una comisión real con el encargo de hacer las paces, se libró una nueva batalla, y dos de los barcos portugueses fueron hundidos. A los marineros lusitanos capturados les pusieron *cangues*⁽²⁰⁾ —una especie de pesado yugo de madera que se colocaba en el cuello de los presos—, y en septiembre de 1523 los ejecutaron. A Tomé y otros miembros de la misión diplomática original se los obligó a escribir varias cartas a Portugal transmitiendo la exigencia de las autoridades chinas de que los portugueses devolvieran Malaca a su legítimo propietario.

En definitiva, pues, la misión fue un fiasco; un recordatorio de que la expansión europea en ultramar estaba muy lejos de ser un proceso fácil e inexorable. De hecho, no cuesta nada olvidar lo peligrosos que resultaron todos los

viajes arriba descritos. En el primer viaje de Vasco da Gama a Calicut, el portugués perdió a la mitad de su tripulación, incluido a su propio hermano. En 1500 Cabral partió con doce naves; solo volvieron cinco. Entonces ¿por qué los portugueses asumieron tan grandes riesgos? La respuesta es que la recompensa que podían obtener si establecían —y luego monopolizaban— una nueva ruta comercial con Asia compensaba el riesgo con creces. Es bien sabido que en el siglo xvi la demanda europea de especias asiáticas como la pimienta, el jengibre, el clavo, la nuez moscada y la macis experimentó un rápido incremento, y al principio los diferenciales de precio entre los mercados asiático y europeo eran enormes. En cambio, es menos conocido hasta qué punto los portugueses lograron introducirse por la fuerza en las redes comerciales intrarregionales ya existentes en Asia. En la China Ming no solo entraba pimienta procedente de Sumatra, sino también opio, agallas (muy apreciadas por el tanino, utilizado en la medicina china como astringente), azafrán, coral, paño, bermellón, azogue, maderas nobles, incienso, olíbano y marfil; por su parte, el país exportaba cobre, salitre, plomo, alumbre, estopa, cables, herrajes, brea, seda y artículos de seda (como damascos, satén, brocado...), porcelana, almizcle, plata, oro, aljófares, cofres y madera dorados, saleros y abanicos pintados.^[2] Pero sin duda había otros motivos para navegar a lo largo de medio mundo. En aquella época los conocimientos médicos asiáticos eran en ciertos aspectos superiores a los europeos, y resulta evidente

que Tomé Pires esperaba aprender algo al respecto. También contaba el motivo religioso de difundir el cristianismo, que adquirió mayor importancia con la llegada a Asia de los jesuitas, una red católica fundada por el soldado español Ignacio de Loyola en la década de 1530. Por último, estaba la indudable ventaja que podía derivarse de establecer relaciones diplomáticas con el emperador chino. Sin embargo, sin el imperativo comercial parece dudoso que estas otras razones hubieran bastado para impulsar a los hombres a recorrer distancias tan inmensas y sufrir tales penalidades.

Los portugueses no llevaron consigo muchos productos propios que ofrecer a los consumidores asiáticos (aunque sí a algunos esclavos y oro de sus enclaves en África occidental). No era esa la idea. Tampoco llegaron como conquistadores, con intención de adquirir territorio o nuevos súbditos para su rey. Lo que sí tenían era una serie de ventajas tecnológicas que hacían viable su reto de establecer una nueva red comercial superior a las existentes.

[3] El estudio de diversos textos árabes, indios y abisinios les permitió enseñar de manera sistemática a utilizar el uso correcto de cuadrantes y astrolabios con textos como el *Regimento do Estrolabio e do Quadrante* (1493) y el *Almanach Perpetuum* (1496), del astrónomo sefardí Abraão Zacuto, uno de los numerosos judíos que se establecieron en Portugal tras su expulsión de España en 1492. Artesanos portugueses como Agostinho de Goes Raposo, Francisco Góis y João Dias

perfeccionaron la construcción de diversos instrumentos náuticos. La carabela portuguesa —y sus sucesores, la gran nao (1480) y el galeón (1510)— también eran significativamente mejores que otros barcos de vela de la época. Por último, con la elaboración del mapa de Cantino en 1502, los portugueses realizaron un gran avance en cartografía: la primera proyección moderna de la geografía del globo, con representaciones bastante precisas de los principales continentes del mundo, salvo Australia y la Antártida (véase la lámina 7).

Lo que sucedió cuando esta red extraordinariamente innovadora y dinámica trató de establecer un nuevo «nodo» en el sur de China ilustra lo que puede salir mal si una red choca contra una jerarquía consolidada e institucionalizada. El emperador chino gobernaba desde lo alto. «Acepté con reverencia el mandato del Cielo y gobierno sobre los chinos y el *yi* —escribía en 1419 el emperador Yongle al soberano de Ayutthaya, en Tailandia—. En mi gobierno, encarno el amor y la preocupación del Cielo y la Tierra por el bienestar de todas las cosas y considero a todos por igual, sin distinguir entre uno y otro.» El papel adecuado de los potentados de menor rango era «respetar al Cielo y servir al superior» rindiéndole tributo.^[4] El propio Yongle también había impulsado la navegación oceánica, durante su reinado el almirante Zheng He llevó a su «flota del tesoro» hasta la costa oriental de África.^[5] Sin embargo, los sucesores de Yongle se habían rendido a la preferencia de la burocracia

imperial por la autarquía, de modo que el comercio de ultramar estaba oficialmente prohibido. A ojos de la dinastía Ming, los intrusos portugueses eran *Fo-lang-chi* (adaptación del término indio y del sudeste asiático *ferengi*, a su vez derivado de la palabra con que los árabes designaban a los «francos» en las Cruzadas). No era lo que se dice, pues, un término afectuoso. Los chinos veían a los extranjeros como «personas de corazón sucio», y circulaba el rumor de que asaban y se comían a los niños.

Los portugueses no se equivocaban al pensar que China representaba una auténtica oportunidad económica. De hecho, ya florecía un comercio ilícito tanto con Siam como con Malaca a través de Yueh-kang (cerca de Zhangzhou, en Fujian). Por más que los mandarines de la administración imperial —magistrados instruidos como Qiu Dao-long y He Ao— pudieran querer minimizar las relaciones con los extranjeros, los eunucos que dominaban la corte imperial anhelaban las importaciones exóticas, así como la plata extranjera que podía ganarse con el comercio. Pero a los portugueses se les fue la mano. Simão de Andrade mostró un grosero desprecio por las sensibilidades locales. Sin el consentimiento de los funcionarios imperiales, construyó un fuerte en Tunmen, colgó a un marinero portugués, en flagrante violación de las leyes chinas, echó a los barcos no portugueses del puerto y, cuando se cuestionó su actitud, le quitó el sombrero a un mandarín de un manotazo; asimismo, sus compras de niños chinos como criados alimentaron la

sospecha de que los *Fo-lang-chi* eran realmente caníbales. Por su parte, la burocracia china trató a Tomé Pires con altivo desdén. Tras una larga expedición que los llevó a Pekín (Beijing), a Pires y sus compañeros se les ordenó postrarse ante un muro de la Ciudad Prohibida los días primero y decimoquinto de cada mes lunar. Aunque ellos lo ignoraban, el emperador Zhengde estaba demasiado entregado a su propia depravación para considerar siquiera por un momento la posibilidad de concederles la audiencia que deseaban.

Sin embargo, el mayor error de los portugueses fue subestimar el sistema tributario chino. Como elemento esencial de una estructura jerárquica, extendía la influencia del emperador chino mucho más allá de la frontera imperial. Los lusitanos habían acabado por considerar suyo el vital núcleo comercial de Malaca; pero no era esa la opinión del rajá de Bintang (Bentan), hijo del fugitivo rey de Malaca, Mahmud Shah. En Pekín, el embajador alertó a las autoridades chinas de que los portugueses estaban conspirando «para quedarnos con el país [...] de que éramos ladrones», según rezaba una carta de Christovão Vieyra, uno de los marineros lusitanos más tarde apresados por los chinos. La advertencia halló eco en los funcionarios imperiales, ya que Mahmud Shah había sido un feudatario fiable.[\[6\]](#)

Entonces ¿cómo es que al final los portugueses consiguieron prevalecer, al punto de incorporar Macao a su

red en 1557, una adquisición que lograrían mantener en su poder más de cuatrocientos años? La respuesta es que cambiaron dos cosas. Para empezar, la prohibición china sobre el comercio se reveló imposible de aplicar. Llegaron nuevos hombres de Portugal —Leonel de Sousa y Simão d’Almeida— que consiguieron introducirse en el comercio de Cantón. Con los incentivos adecuados, funcionarios como Wang Po, vicecomisario del circuito de defensa marítima de Cantón, podían pasar de ser enemigos a socios comerciales. En segundo lugar, aunque los chinos habían ganado los primeros combates navales, eran conscientes de la superioridad de los barcos y cañones portugueses. Resultó crucial que los funcionarios Ming acabaran considerando a los portugueses como un mal menor en comparación con los piratas indígenas del este de Asia. En junio de 1568, Tristam Vaz da Veiga ayudó a la armada china a defender Macao contra una flota de alrededor de un centenar de barcos piratas.^[7] A partir de 1601, las fuerzas chinas y portuguesas lucharían juntas para repeler a nuevos intrusos, esta vez holandeses.

Pizarro y los incas

Al tiempo que la red marítima portuguesa se extendía hacia el este, la española lo hacía hacia el oeste y el sur. En virtud del Tratado de Tordesillas (1494), España se adjudicó el dominio de toda América salvo Brasil. Pero hubo asimismo otra diferencia. Mientras que los descubridores portugueses se contentaban mayoritariamente con establecer una red de enclaves comerciales fortificados, sus homólogos españoles estaban dispuestos a irrumpir tierra adentro en su búsqueda de oro y plata. Un tercer factor fue que, al contrario que los imperios asiáticos con que se toparon los portugueses, que lograron resistir sus incursiones, haciendo solo pequeñas concesiones territoriales, los imperios americanos atacados por los españoles se derrumbaron con velocidad asombrosa. Ello se debió mucho más a los efectos devastadores de las enfermedades infecciosas eurasiáticas que los españoles llevaron consigo a través del Atlántico que a cualquier posible ventaja tecnológica. En otros aspectos, no obstante, lo que sucedió cuando Francisco Pizarro y sus 167 compañeros se encontraron con el inca Atahualpa en

Cajamarca, en noviembre de 1532, fue similar a lo ocurrido en Cantón un decenio antes: en esencia, una red europea atacó a una jerarquía no europea.

Los llamados «conquistadores» constituían un grupo heterogéneo. Eran duros, sin duda, puesto que su larga marcha hacia el sur había sido tan ardua como podía serlo cualquier travesía atlántica. Con sus caballos, sus armas de fuego (arcabuces) y sus espadas de acero, también estaban mejor armados que los indígenas incas del Perú, cuya arma principal era un palo de madera. Como en el caso de los descubridores portugueses, su objetivo primordial era económico, aunque no iban a comerciar, sino a saquear el abundante oro y plata del Imperio inca. Solo la primera expedición de Pizarro obtuvo unos 6.000 kilos de oro de 22,5 quilates (que en la actualidad tendría un valor aproximado de 215 millones de euros) y alrededor de 12.000 kilos de plata (unos 5,7 millones de euros). Igual que los portugueses, los españoles llevaron consigo a clérigos cristianos (seis frailes dominicos, de los que solo sobrevivió uno). Y también como los portugueses, se sirvieron de la violencia para vencer la resistencia, con tortura, violaciones masivas, incendios provocados y matanzas indiscriminadas, incluidos. Pero la característica más llamativa de los conquistadores fue su propensión a pelearse entre sí, a menudo de manera sangrienta. La animadversión del hermano de Pizarro, Hernando, hacia Diego de Almagro supuso solo una de entre numerosas pugnas. De modo que no fue la fortaleza de los

invasores españoles la que condenó al Imperio inca, sino la propia debilidad de este.

Todavía hoy en día, la arquitectura de Pachacámac, Cuzco y Machu Picchu da muestra de que los emperadores incas gobernaban una civilización importante y sofisticada, que ellos denominaban *Tahuantinsuyo*. Durante todo un siglo controlaron una extensión de más de 36.000 kilómetros cuadrados de territorio andino, con una población que, según las estimaciones actuales, oscilaba entre los cinco y los diez millones de personas. Su montañoso reino se mantenía unido por una red de calzadas, escaleras y puentes, muchos de los cuales todavía se utilizan.[1] Sus agricultura y ganadería, basadas en el cultivo del maíz y la lana de llama, tenían un elevado nivel de eficiencia. La suya era una sociedad relativamente rica, aunque usaban el oro y la plata con fines ornamentales y no como moneda, pues preferían emplear los denominados *quipus* (objetos confeccionados con cuerdas y nudos), tanto con fines contables como administrativos.[2] La filosofía del Gobierno inca era cruelmente jerárquica. El imperio, que aunaba un culto basado en la adoración al sol con sacrificios humanos y castigos severos, contaba con una aristocracia que vivía del excedente generado por una clase de ilotas. Es cierto que no era una civilización tan sofisticada como la china: carecía de lenguaje escrito, por no hablar de una literatura o un código de leyes.[3] Aun así, parece improbable que por sí solos Pizarro y sus hombres pudieran haber superado la ventaja

numérica de sus adversarios, que en Cajamarca fue aproximadamente de 240 contra 1. Pero los incas tuvieron dos puntos débiles que se revelaron fatales. El primero, y más importante, fue la viruela, que diezmó con creces a la población nativa al propagarse hacia el sur, avanzando mucho más deprisa que los españoles que la habían llevado al Nuevo Mundo. El segundo fueron las divisiones internas; en la época de la conquista española, Atahualpa libraba una guerra sucesoria contra su hermanastro, Huáscar, con quien se disputaba el título de legítimo heredero del inca Huayna Cápac. Pizarro no tuvo, pues, ninguna dificultad en reclutar a colaboradores locales.

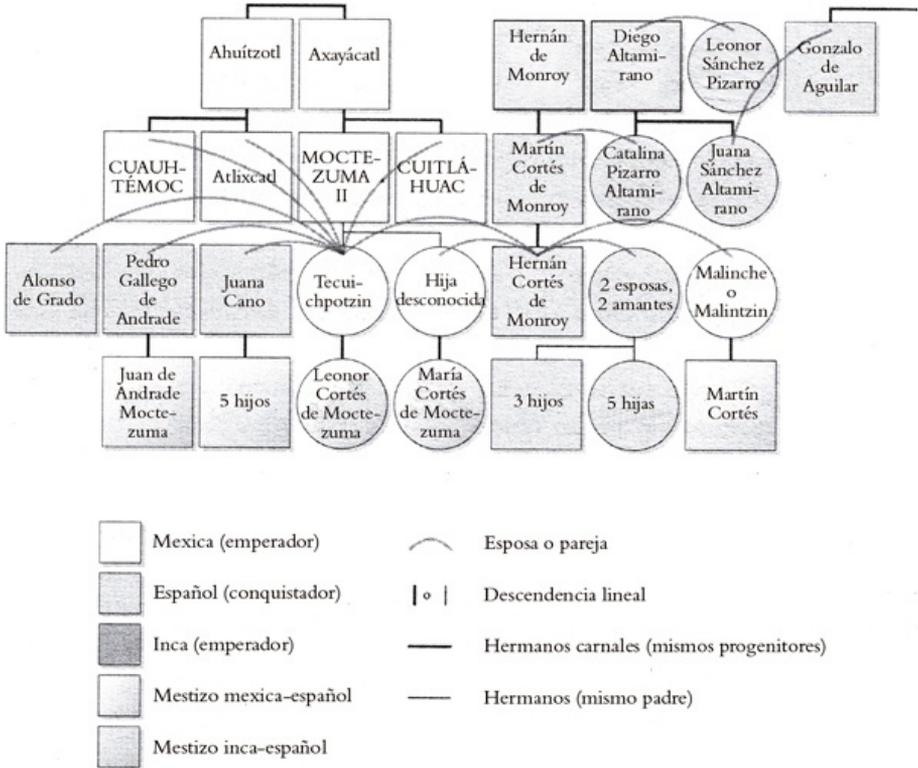
Pero ¿realmente es «conquista» el término adecuado para describir lo que sucedió a continuación? Es cierto que Pizarro logró humillar, robar y al final matar a Atahualpa, además de sofocar la revuelta de Manco Inca en 1536, una secuencia de acontecimientos vívidamente descrita por Felipe Guamán Poma de Ayala en *Nueva crónica y buen gobierno* (1600-1615). Sin embargo, los componentes quechua y español del nombre del autor del libro narra también su propia historia. A diferencia de Norteamérica, donde la población indígena era más reducida y los colonos europeos mucho más numerosos, en América del Sur la mezcla interracial estuvo a la orden del día. Por poner un solo ejemplo: Francisco Pizarro tomó como amante a la hermana favorita de Atahualpa, Quispe Sisa (bautizada como Inés Huaylas Yupanqui), que le fue entregada en matrimonio

por su propio hermano. Tras separarse de Pizarro, Inés se casó con un caballero español llamado Francisco de Ampuero y partió rumbo a España con su hija, Francisca, que más tarde sería legitimada por decreto imperial. Después, en España, Francisca Pizarro Yupanqui se casó con su tío, Hernando Pizarro, en octubre de 1537. Pizarro también tuvo un hijo que nunca sería legitimado, Francisco, de la esposa de Atahualpa, a quien había tomado como amante. Todo esto es representativo del modo como la primera generación de conquistadores estableció una nueva «red familiar multicultural» diseñada para legitimar su propia posición en la cúspide de los sistemas jerárquicos de los que se habían apoderado (véase la figura 11). Probablemente, pues, el de «mestizaje» resulte un término mucho más apropiado que el de «conquista» (el inca Garcilaso de la Vega, el más célebre cronista de la conquista española, era él mismo hijo de un conquistador español y una ñusta o princesa inca, Palla Chimpu Oollo, bautizada luego como Isabel).^[4] Otros colonos europeos del Nuevo Mundo seguirían estrategias similares; por ejemplo, los agricultores y comerciantes de pieles franceses que se establecieron en Kaskaskia, Illinois, en la década de 1700.^[5] Así pues, los «conquistadores» europeos no solo asumieron el control de los sistemas de administración y gestión del territorio existentes, sino que se fusionaron genéticamente con las sociedades autóctonas.^[6]

Sin embargo, el legado duradero de este planteamiento en

Sudamérica no sería una cultura que reconociera el hecho de la mezcla genética,^[7] sino más bien una que clasificaba a las personas en función de la «limpieza de sangre», concepto que los españoles llevaron consigo al Nuevo Mundo como herencia de la expulsión de los moros y judíos. Las clasificaciones de «castas» reproducidas en diversas pinturas del siglo XVIII del virreinato de Nueva España parten de las que hoy nos resultan más o menos familiares («De español e india nace mestizo», «De español y negra sale mulato»), pero no tardan en volverse cada vez más extrañas. Así, por ejemplo, se decía que cruzando un español con una mujer mulata se obtenía un «morisco», el término que se aplicaba a los antiguos musulmanes convertidos al cristianismo tras la Reconquista. Cruzando a un mulato con una india se engendraba a un «calpamulato». Otras variantes, que aparecían en la serie de dieciséis cuadros realizada en 1770 por el artista mexicano José Joaquín Magón, incluían «lobo», «cambuja», «sambahiga», «cuarterón», «coyote» y «albarazado»; incluso había una categoría llamada «tente en el aire».^[8] El número de fenotipos distintos incluidos en tales clasificaciones solía variar entre dieciséis y veinte, aunque algunas listas de diversas fuentes de comienzos del siglo XIX enumeran más de cien. El sistema de castas no tenía un mero interés antropológico, si bien respondía a un sincero intento de aplicar las teorías contemporáneas de la herencia. Aunque existía la posibilidad de «purificación» — un mestizo podía, casándose con una española pura,

engendrar a una «castiza», que a su vez engendraría a un español al casarse con otro español—, el sistema en su conjunto implicaba (por más que nunca se integrara oficialmente en el código jurídico colonial) la discriminación de las personas con poca o ninguna ascendencia hispana. Así se impuso un nuevo tipo de jerarquía sobre ese crisol de matrimonios mixtos que fue la América española.



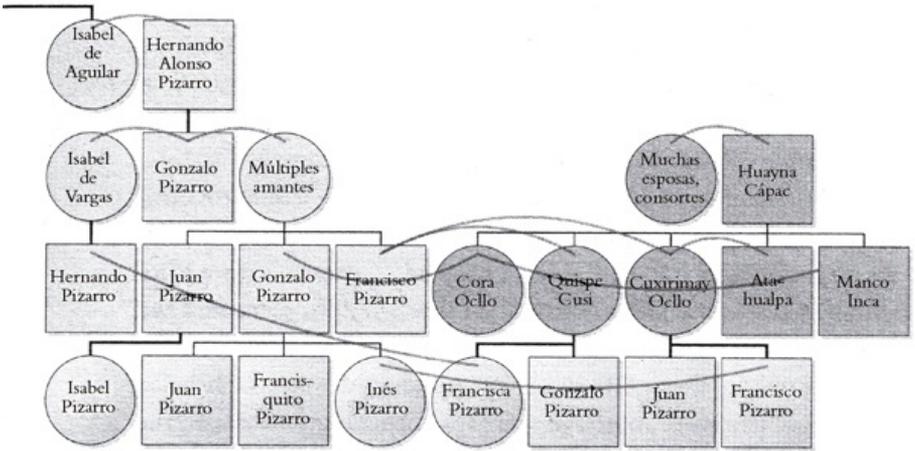


FIGURA 11. Una red de «conquista»: los matrimonios mixtos entre los conquistadores y las familias de las élites azteca e inca.

Cuando Gutenberg encontró a Lutero

La red ibérica de descubridores y conquistadores fue una de las dos redes que transformaron el periodo de comienzos de la era moderna. En Europa central, en la misma época, una nueva tecnología ayudó a desencadenar la enorme convulsión religiosa y política que hoy conocemos como la Reforma, además de sentar las bases de la revolución científica, la Ilustración y muchas otras cosas que de hecho acabaron siendo la antítesis de la intención original de la Reforma. La imprenta existía en China desde mucho antes del siglo xv, pero ningún impresor chino había logrado jamás lo que consiguió Johannes Gutenberg: crear un sector económico completamente nuevo. La primera imprenta de Gutenberg se estableció en Maguncia en algún momento entre 1446 y 1450. A partir de ahí, una serie de impresores alemanes especialmente habilidosos fueron difundiendo con rapidez la nueva tecnología de tipos móviles en un radio cada vez mayor en torno a Maguncia, debido sobre todo a que resultaba económicamente preferible tener varias imprentas locales, en lugar de una producción centralizada,

dado el elevado coste de transporte del material impreso. En 1467, Ulrich Hahn establecía la primera imprenta en Roma. Seis años después, Heinrich Botel y Georg von Holz abrían una en Barcelona. En 1475, Hans Wurster empezó a imprimir en Módena. En 1496, Hans Pegnitzer y Meinard Ungat instalaron una imprenta en Granada, apenas cuatro años después de que Boabdil (Muhammad XII), el último de los monarcas nazaríes, entregara la Alhambra a Fernando e Isabel. En 1500, alrededor de la quinta parte de las ciudades suizas, danesas, holandesas y alemanas habían adoptado ya la imprenta.^[1] En un primer momento Inglaterra quedó rezagada, pero no tardó en ponerse al día: en 1495 solo se habían impreso 18 libros en todo el país; en 1545 había 15 imprentas, y el número de títulos anuales impresos había aumentado a 119; en 1695 trabajaban alrededor de 70 impresores, que produjeron 2.092 títulos.

Sin Gutenberg, Lutero podría muy bien haber sido simplemente otro hereje más al que la Iglesia habría quemado en la hoguera, como a Jan Hus.^[2] Sus «95 tesis» originales, básicamente una crítica a determinadas prácticas corruptas como la venta de indulgencias, se enviaron en un primer momento —el 31 de octubre de 1517— al arzobispo de Maguncia en forma de carta. No está del todo claro si es verdad que Lutero clavó también una copia en la puerta de la iglesia de Todos los Santos de Wittenberg, pero lo cierto es que eso apenas importa, pues esa forma de publicación ya se había visto superada. En cuestión de meses se habían

impreso varias versiones del texto latino original en Basilea, Leipzig y Nuremberg. Para cuando Lutero fue condenado oficialmente como hereje por el Edicto de Worms, en 1521, sus escritos ya se habían difundido por toda la Europa de habla alemana. Trabajando en colaboración con el artista Lucas Cranach y el orfebre Christian Döring, Lutero no solo revolucionó el cristianismo occidental, sino también la propia comunicación en sí. En el siglo XVI, los impresores alemanes produjeron casi 5.000 ediciones (4.790, para ser exactos) de las obras de Lutero, a las que cabría añadir 3.000 más si se incluyen otros proyectos en que participó, como la denominada «Biblia de Lutero». De esas 4.790 ediciones, casi el 80 por ciento se hicieron en alemán, y no en latín, que era el idioma internacional de la élite clerical.[\[3\]](#) La imprenta, pues, resultó crucial para el éxito de la Reforma. En 1500, la probabilidad de adoptar el protestantismo era bastante mayor en las ciudades que contaban con al menos una imprenta que en las que carecían de ella; pero fueron las ciudades con múltiples impresores que competían entre sí las más propensas a convertirse en protestantes.[\[4\]](#)

Se ha calificado acertadamente la imprenta como un «decisivo punto sin retorno en la historia de la humanidad». [\[5\]](#) La Reforma desencadenó una oleada de revueltas religiosas contra la autoridad de la Iglesia católica. Al extenderse de los clérigos y eruditos reformistas a las élites urbanas, y más tarde a los campesinos analfabetos, sumió en un estado de agitación primero a Alemania y luego a Europa

noroccidental en su conjunto. En 1524 estalló una revuelta campesina en toda regla. En 1531 había un número suficiente de príncipes protestantes para formar una alianza (la Liga de Esmalcalda) contra el emperador del Sacro Imperio Romano, Carlos V. Aunque derrotados, los protestantes lograron ser bastante poderosos para preservar la Reforma en un variopinto mosaico de territorios y, en virtud de la Paz de Augsburgo (1555), establecer el principio crucial de *cuius regio, eius religio*⁽²¹⁾ (acuñado en 1582 por el jurista alemán Joachim Stephani), que en la práctica dejaba en manos de los monarcas y príncipes la capacidad de determinar si sus súbditos serían luteranos o católicos. Aun así, el conflicto religioso se mantuvo latente, y estalló de nuevo en la guerra de los Treinta Años, contienda que convirtió Europa central en un cementerio.

Solo después de un prolongado y sangriento conflicto las monarquías europeas lograron reinstaurar el control sobre los nuevos cultos protestantes, aunque dicho control nunca pudo ser tan completo como lo había sido el del Papa. Persistió la censura, pero era de naturaleza irregular, e incluso los autores más heterodoxos podían encontrar a alguien que imprimiera sus obras. Sobre todo en el noroeste de Europa —en Inglaterra, Escocia y las Provincias Unidas— resultó imposible restablecer el catolicismo, a pesar de que Roma consiguió que las tecnologías y la estrategia de red de la Reforma se volvieran contra sí misma, aparte de utilizar la tradicional variedad de crueles torturas y castigos que desde

hacía tanto tiempo constituían el punto fuerte de la Iglesia.

¿Por qué el protestantismo se reveló tan resistente a la represión? Una respuesta es que, en su proliferación por todo el norte de Europa, los cultos protestantes desarrollaron estructuras de red con una resiliencia impresionante. Los protestantes sufrieron una seria persecución en Inglaterra durante el reinado de María I, juicios y tribulaciones luego conmemorados en obras como *Acts and Monuments* («Hechos y monumentos») de John Foxe, más conocido como el «Libro de los mártires». Pese a ello, puede considerarse que los 377 protestantes comprometidos que escribieron a Foxe, o que recibieron o fueron mencionados en sus cartas y otras fuentes relacionadas, constituían una sólida red centrada en una serie de «núcleos» clave: mártires como John Bradford, John Careless, Nicholas Ridley y John Philpot.^[6] Las ejecuciones de nada menos que catorce de los veinte nodos principales (clasificados en función de la centralidad de intermediación) ⁽²²⁾ sin duda redujeron la capacidad de interconexión de los supervivientes, pero no acabaron con la red porque otras figuras también dotadas de una elevada centralidad de intermediación —incluidos los mensajeros y donantes de recursos financieros como Augustine Berner y William Punt— pasaron a asumir el control.^[7] Pocas cosas simbolizan mejor la crisis del orden jerárquico en el siglo XVI que los vanos esfuerzos de la hija mayor de Enrique VIII por anular la revolución religiosa que su padre había adoptado de

manera oportunista a fin de divorciarse de su madre.

Ha pasado medio milenio desde que los barcos portugueses llegaron a las costas de Cantón y Lutero clavó sus tesis en la puerta de la iglesia de Todos los Santos en Wittenberg. El mundo de 1517, cuando empezaron las grandes convulsiones provocadas por la exploración europea y la Reforma, era un mundo de órdenes jerárquicos. El emperador Zhengde y el inca Huayna Cápac eran tan solo dos miembros de una élite global de déspotas. Fue asimismo en 1517 cuando el sultán otomano Selim I —Selim el Severo— conquistó el sultanato mameluco, que se extendía desde la península Arábiga hasta Siria, Palestina y el propio Egipto. Al este, el sah safávida Ismail dominaba un territorio equivalente a los actuales Irán y Azerbaiyán, Daguestán meridional, Armenia, Jorasán, Anatolia oriental y Mesopotamia. Al norte, Carlos I —el heredero de las casas de Habsburgo, Valois-Borgoña y Trastámara, que gobernaba los reinos hispanos de Aragón y Castilla, además de los Países Bajos— sería elegido dos años después, como Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano, y sucedería a su abuelo Maximiliano I. En Roma estaba el papa León X, el segundo hijo de Lorenzo de Médici. En Francia reinaba Francisco I, mientras Enrique VIII gobernaba Inglaterra con un poder no menos absoluto: de hecho, el reino adoptó la reforma luterana (aunque de forma fragmentaria e inconsistente) por capricho suyo. Como hemos visto, la jerarquía es un tipo especial de red en que se maximiza la

centralidad del nodo dominante. La red social que cabe inferir de los Archivos Tudor, que contienen cartas de más de veinte mil personas, ilustra muy bien este aspecto. La persona con mayor centralidad de grado en el reinado de Enrique VIII es Thomas Cromwell (secretario principal del rey, lord del Sello Privado y ministro de Hacienda), con 2.149 corresponsales, seguido del propio rey (1.134) y del cardenal Thomas Wolsey, su lord canciller (682). Sin embargo, en términos de centralidad de intermediación es el rey quien ocupa el primer puesto.[\[8\]](#)

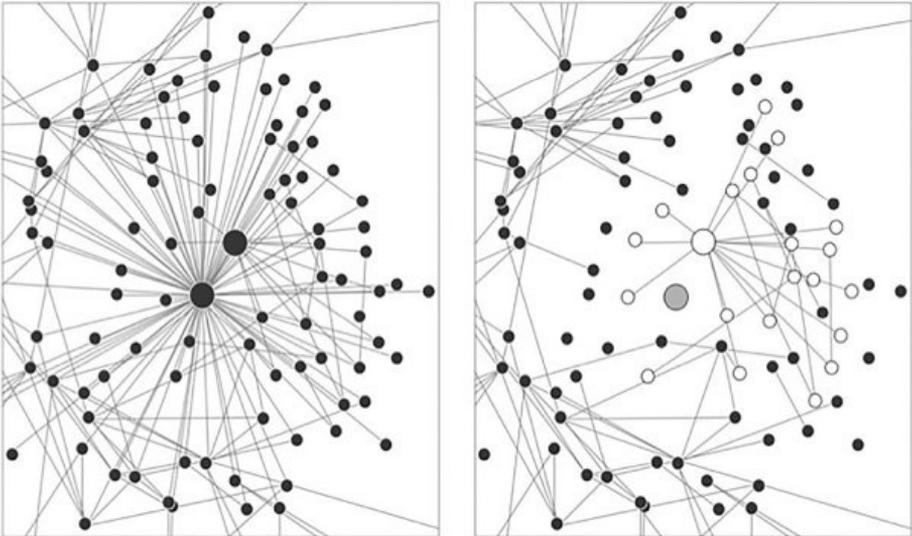


FIGURA 12. La red del protestantismo anglicano inmediatamente antes (*izquierda*) y después (*derecha*) de la ejecución de John Bradford el 1 de julio de 1555. La muerte de Bradford (el gran nodo que aparece en negro a la izquierda y en gris a la derecha) cortó en seco toda una subred centrada en su madre (los nodos blancos de la derecha).

La característica más llamativa de este mundo jerárquico era lo similar que resultaba el ejercicio del poder en todos aquellos imperios y reinos, pese a que las conexiones entre los mundos europeo y no europeo eran más bien endebles, si es que existían (fuera de Europa, donde los monarcas participaban en un torneo perpetuo de guerra y diplomacia dinástica, no había una red de déspotas). Era famosa la actitud despiadada de Selim el Severo hacia sus grandes visires, pues ejecutó a tantos que en el Imperio otomano la frase «¡Ojalá seas visir de Selim!» se convirtió en un sinónimo de maldición. Enrique VIII trató a sus ministros y esposas con no menos notoria insensibilidad, mientras que Basilio III, gran príncipe de Moscú, se mostraba igualmente dispuesto a imponer penas de muerte a sus poderosos cortesanos; y, como Enrique, se divorció de su primera esposa cuando esta no logró darle un heredero. En África oriental, el emperador de Etiopía, David II, libró una guerra contra el sultanato islámico de Adel formalmente no muy distinta a los conflictos entre gobernantes cristianos y musulmanes que durante largo tiempo habían assolado todo el litoral mediterráneo. Los historiadores actuales reconocen en el mundo de 1517 la existencia de algo más de treinta imperios, reinos y grandes ducados que por extensión y cohesión se aproximaban a las propias de un Estado. En todos ellos —e incluso en una república, Venecia— el poder se concentraba en manos de una sola persona, por lo general un hombre (ese año, Juana de Castilla fue la única mujer

gobernante del mundo). Algunos reyes heredaban su trono por nacimiento; unos eran elegidos (aunque ninguno de modo democrático); otros, como Jungjong de Joseon (Corea), ascendieron al trono sirviéndose de la violencia. Había reyes jóvenes (Jacobo V de Escocia tenía solo cinco años en 1517) y viejos (Segismundo I, rey de Polonia y gran duque de Lituania, vivió hasta los ochenta y uno). Algunos gobernantes nominales eran débiles, en particular el emperador Go-Kashiwabara de Japón, donde el poder real se hallaba en manos del sogún Ashikaga Yoshitane, mientras que el poder relativo de los terratenientes menores variaba de un lugar a otro. Algunos reinos, como Ryūkyū en el reinado de Shō Shin, eran pacíficos; otros —especialmente Escocia— estaban desgarrados por los conflictos. Sin embargo, la mayoría de los monarcas de comienzos de la era moderna disfrutaban de un poder personal ilimitado —incluido el de decidir sobre la vida y la muerte de sus súbditos— que hoy solo se da en unos cuantos estados de Asia central y oriental. Por otra parte, pese a estar separados por miles de kilómetros, los autócratas asiáticos más afianzados, como Krishna Deva Raya, el emperador vijayanagara —el más poderoso gobernante hindú en la India de principios del siglo XVI—, se comportaban de manera sumamente similar a sus contemporáneos de la Europa renacentista, enorgulleciéndose de sus hazañas marciales y judiciales, y patrocinando el arte y la literatura.

Desde comienzos del siglo XVI, este mundo de jerarquía fue

objeto de un doble ataque por parte de sendas redes revolucionarias. Aprovechando la superioridad de su tecnología de navegación en la búsqueda de nuevas oportunidades comerciales, los «descubridores» y «conquistadores» de Europa occidental navegaron a otros continentes cada vez en mayor número, derrocaron —con la ayuda de los agentes patógenos que los acompañaron— a todos los gobernantes establecidos de América y crearon una red global de centros de almacenaje y distribución fortificados que, de manera más gradual, iría corroyendo la soberanía de los estados asiáticos y africanos. Al mismo tiempo, difundido mediante la imprenta tanto como desde los púlpitos, el virus religioso que pasaría a conocerse como protestantismo convulsiónaría a una jerarquía eclesiástica cuyo linaje se remontaba nada menos que a san Pedro. Las consecuencias de la Reforma se harían sentir en Europa antes que en ninguna otra parte, y de hecho serían terribles.

[\[9\]](#)

Entre 1524 y 1648, las guerras religiosas causaron estragos de manera recurrente tanto entre los diferentes reinos como dentro de estos. Una vez cuestionada con éxito la autoridad de Roma, Europa septentrional fue testigo de una epidemia de innovación religiosa: los propios luteranos no tardaron en verse cuestionados por calvinistas y zuinglianos, que rechazaban la postura luterana de que, en el ritual de la sagrada comunión, los elementos consagrados del pan y el vino se transustanciaban en los verdaderos cuerpo y sangre

de Cristo. A diferencia de otros cismas anteriores producidos en el seno del cristianismo (como la disputa en torno al arrianismo en el siglo ^{IV}, la gran división entre la cristiandad oriental y occidental en 1054, o el periodo de los papas rivales de 1378 a 1417), las divisiones originadas en la Reforma tendían a multiplicarse; de hecho, justo este constituía uno de sus rasgos definitorios. El caso extremo fueron los anabaptistas, que sostenían que el bautismo debía ser un rito consciente y voluntario y, en consecuencia, los niños eran demasiado pequeños para someterse a él. En febrero de 1534, un grupo de anabaptistas liderados por Jan Bockelson (Juan de Leiden) y Jan Matthys tomaron el poder en la ciudad de Münster, en Westfalia, y fundaron lo que hoy podríamos denominar un «Estado cristiano»: un régimen radicalmente igualitario, iconoclasta y teocrático en teoría basado en la interpretación literal bíblica. Tras quemar todos los libros excepto la Biblia, los anabaptistas proclamaron la «Nueva Jerusalén», legalizaron la poligamia y se prepararon para emprender la guerra contra los infieles en anticipación de la segunda venida de Cristo. A mediados del siglo ^{XVII}, en el periodo de la Mancomunidad de Inglaterra, los protestantes disidentes que rechazaban la «tercera vía» anglicana entre el luteranismo y el catolicismo habían creado numerosos cultos religiosos rivales, en particular los quintomonarquistas (que debían su nombre a la profecía del Libro de Daniel de que cuatro antiguas monarquías precederían al reino de Cristo), los

muggletonianos (llamados así por Lodowicke Muggleton, uno de los dos sastres de Londres que afirmaron ser los últimos profetas anticipados en el Apocalipsis), los cuáqueros (que «temblaban ante la palabra del Señor»), y los ranters (en sentido literal, «despotricadores», llamados así por el carácter vociferante y presuntamente hedonista de su culto).

¿Fue la Reforma un desastre? En 1648, fecha de la Paz de Westfalia (véase la lámina 9),^[23] había sido sin duda responsable de un escandaloso número de muertes violentas y a menudo de una crueldad espantosa. En las islas Británicas incluso llegó a desencadenar una revolución política. Según una interpretación especialmente novedosa, esta se inició a consecuencia de las maquinaciones del conde de Bedford y el puritano (es decir, protestante acérrimo) conde de Warwick, cada uno de los cuales trataba de limitar la capacidad de acción del rey Carlos I ya fuera por razones políticas, ya fuera por religiosas. Estos aristocráticos «conspiradores» pretendían no tanto desencadenar una revolución religiosa como convertir al rey de Inglaterra en poco más que un dogo veneciano, subordinado a su oligarquía.^[10] A partir de 1642, las tensiones entre los autodenominados partidarios de la «corte» y del «país» —así como entre Inglaterra, Escocia e Irlanda— se intensificaron al punto de estallar una guerra civil, que perdió el rey. Tras su decapitación, el 30 de enero de 1649, se declaró que Inglaterra era una «Mancomunidad», una república. Pero,

fiel a las predicciones de la teoría política clásica, no duró mucho: en 1653, el Nuevo Ejército Modelo disolvió el denominado «Parlamento Remanente» y nombró a Oliver Cromwell «lord protector». Sin embargo, tampoco esta institución sobreviviría largo tiempo: en mayo de 1660, solo dos años después de la muerte de Cromwell, un nuevo Parlamento declaró que, de hecho, Carlos II había sido rey desde la ejecución de su padre. Se estima que la guerra civil costó la vida a unas cien mil personas en Inglaterra y Gales, mientras que con toda probabilidad las cifras de mortandad fueron mayores en Escocia y muy superiores en Irlanda. De hecho, posiblemente esta última sufrió una pérdida de población más grave en términos relativos que en la gran hambruna de la década de 1840 y, sin duda, equiparable a la de Alemania en la guerra de los Treinta Años.

Las guerras y persecuciones que desencadenó la Reforma sin duda estaban muy lejos de las intenciones de Lutero. Desde la perspectiva de los católicos, cuya Contrarreforma logró al menos mantener el protestantismo fuera del sur de Europa (y de los imperios de España y Portugal), la moraleja era evidente: el cuestionamiento de la jerarquía papal y episcopal por parte de una red que proclamaba el «sacerdocio de todos los creyentes» conducía enseguida a una sangrienta anarquía. Pero los aristócratas británicos aprendieron una lección distinta. Tras el infructuoso intento de Jacobo II de restaurar el catolicismo, llegaron a la conclusión de que los poderes del monarca debían verse

limitados de manera permanente por parlamentos que ellos pudieran dominar a través de redes clientelares,^[11] y que había que refrenar en lo posible el «entusiasmo» religioso mediante una Iglesia anglicana que mantuviera una *via media* entre el puritanismo y el «papismo». Estos dos puntos de vista tenían mucho de acertado, pero ambos pasaban por alto los beneficios vitales, y de igual modo involuntarios, del tumulto desencadenado por Lutero.

TERCERA PARTE

Cartas y Logias

Las consecuencias económicas de la Reforma

La incapacidad de la Contrarreforma para derrotar a la «Calvinista Internacional»[\[1\]](#) tuvo unas consecuencias económicas y culturales de amplio alcance. En los tiempos anteriores a la Reforma no había mucha diferencia entre el desarrollo económico de Europa noroccidental y el de, pongamos, los imperios chino u otomano, pero tras la revolución luterana, los estados protestantes comenzaron a dar muestras de un dinamismo económico mayor. ¿A qué se debió esto? Una posible respuesta es que, pese a los deseos de Lutero de purificar la Iglesia, la Reforma puso en marcha una reasignación de recursos a gran escala, que pasaron de actividades religiosas a actividades seculares. En los territorios protestantes de Alemania se cerraron las dos terceras partes de los monasterios, y las tierras y demás activos terminaron en su mayoría en manos de gobernantes laicos, que los vendieron a personas adineradas, como ocurrió también en Inglaterra. Un porcentaje cada vez mayor de universitarios fue abandonando la idea de entregarse a la vida monástica y centró su atención en

vocaciones más mundanas. La edificación de iglesias se vio frenada; las construcciones laicas aumentaron. Como han observado con acierto algunos autores, la Reforma trajo consigo consecuencias por completo impensadas, por cuanto que fue «un movimiento religioso que contribuyó a la secularización de Europa».[2]

Entretanto, la revolución de la imprenta que había hecho posible la Reforma estaba teniendo también consecuencias impensadas. Entre 1450 y 1500 el precio de los libros cayó en dos terceras partes, y en adelante siguió reduciéndose. En 1383, que un escriba copiara un único misal (un libro para la liturgia) para el obispo de Westminster costaba el equivalente al sueldo de 208 días. En la década de 1640, gracias a la imprenta, se vendían ya en Inglaterra más de 300.000 almanaques populares al año, cada uno de unas 45-50 páginas y a un precio de apenas 2 peniques, en una época en que el salario diario de un obrero no cualificado era de 11,5 peniques. De media, el precio real de los libros cayó un 90 por ciento en Inglaterra entre finales del siglo xv y finales del xvi.[3] Y el boom no fue solo editorial. Entre 1500 y 1600, las ciudades donde se habían fundado imprentas a finales del siglo xv crecieron al menos un 20 por ciento más rápido (y puede que hasta un 80) que otras similares en que no se había adoptado tan pronto. La difusión de la imprenta fue responsable de entre un 18 y un 80 por ciento del crecimiento urbano entre los años 1500 y 1600.[4] Dittmar

llega a afirmar incluso que «la incidencia sobre el bienestar por parte del libro impreso fue el equivalente a un 4 por ciento de los ingresos en la década de 1540 y a un 10 por ciento a mediados del siglo ^{XVII}», bastante más significativa que la incidencia que tiene en el bienestar en nuestra época el ordenador personal, que según las estimaciones no superaba el 3 por ciento de los ingresos en 2004.^[5] El descenso del precio de un PC entre 1977 y 2004 siguió una trayectoria muy similar al descenso del precio de los libros entre las décadas de 1490 y 1630; sin embargo, fue esa primera revolución de la tecnología de la información, más pausada, la que al parecer causó un mayor impacto económico. Lo que mejor explica esta diferencia es el papel de la imprenta en la difusión de unos conocimientos, hasta ese momento inaccesibles, que resultaron fundamentales para el funcionamiento de la economía moderna. El primer texto impreso conocido sobre matemáticas fue la *Aritmética de Treviso* (1478), y en 1494 se publicó en Venecia la *Summa de arithmetica, geometria, propotioni et propotionalita* de Luca Pacioli, donde se ensalzaba el método contable de partida doble. No tardaron en seguirlos libros en torno a tecnologías manufactureras, como la destilación de cerveza o el soplado de vidrio, lo que garantizó una rápida difusión del mejor sistema.

Pero tampoco acaba aquí la cosa. Antes de la Reforma, la vida cultural de Europa estaba sumamente centralizada en torno a Roma. Tras la revolución de Lutero, la red cultural

européa se transformó por completo. A tenor de los lugares de nacimiento y defunción de los pensadores europeos, podemos rastrear el surgimiento de dos redes solapadas: un régimen en que se imponía el más fuerte, con eje en París, y un régimen en el que prosperaba el más apto y donde muchos subcentros competían unos con otros en forma de clústeres diseminados por toda Europa central y el norte de Italia.[\[6\]](#) A partir de 1500 no todos los caminos siguieron llevando a Roma (véase la lámina 10).

El intercambio de ideas

Mientras unos andaban en matanzas, otros estudiaban. Pese a la agitación desatada por la Reforma —que aún fue capaz de precipitar una rebelión en Escocia a favor de la dinastía católica de los Estuardo nada menos que en 1745—, la historia intelectual europea de los siglos xvii y xviii se caracterizó por una sucesión de oleadas innovadoras impulsadas por redes, de las que la revolución científica y la Ilustración fueron los ejemplos más importantes. En ambos casos, la confluencia de ideas en las redes de estudiosos dio lugar a unos avances extraordinarios en los campos de las ciencias naturales y la filosofía. Al igual que con la difusión de la tecnología de la imprenta, en la difusión de la ciencia existe un patrón geográfico que es posible reconstruir según las trayectorias individuales de los científicos. En el siglo xvi, el núcleo principal de la red científica era Padua, que se hallaba en el centro de un clúster formado por distintas ciudades universitarias italianas. Existían a su vez vínculos entre este clúster y otras nueve ciudades europeas, en su mayoría meridionales, así como con las lejanas Oxford,

Cambridge y Londres. Dos nodos alemanes —Wittenberg y Jena— estaban interconectados solo entre ellos. Durante el siglo XVII, a Padua se le sumaron otros cuatro núcleos de actividad científica: Londres, Leiden, París y Jena. Copenhague, por su parte, se convirtió en uno de los diversos nodos que surgieron en la periferia geográfica.[1]

Las redes de correspondencia nos permiten comprender con mayor profundidad el proceso que siguió la revolución científica. Ismaël Boulliau era un astrónomo y matemático francés interesado también en la historia, la teología y los estudios clásicos. Dejó una voluminosa correspondencia: 4.200 cartas entre los años 1632 y 1693, más otras ochocientas de o para él que no están incluidas en el Archivo Boulliau. Este epistolario abarcaba además una extensa zona geográfica, pues se extendía mucho más allá de Francia hasta Holanda, Italia, Polonia, Escandinavia y Oriente Próximo.[2] De escala comparable fue la correspondencia de Henry Oldenburg, primer secretario de la Royal Society, que escribió y recibió un total de 3.100 cartas entre 1641 y 1677. Además de Inglaterra, la red de Oldenburg comprendía Francia, Holanda, Italia, Oriente Próximo y diversas colonias inglesas.[3] En términos cuantitativos, cabe decir que esto no era nada nuevo. Las figuras más destacadas del Renacimiento y la Reforma generaron al parecer una cantidad comparable de cartas; han sobrevivido más de tres mil de Erasmo, más de cuatro mil de Lutero y de Calvino, y más de seis mil de Ignacio de Loyola,

fundador de la Compañía de Jesús, y también algunos comerciantes y aristócratas escribieron un gran número de misivas.[4] La diferencia radica en que, con el surgimiento de instituciones como la Royal Society, la correspondencia científica tomó visos de esfuerzo colectivo.

Un buen ejemplo de la forma en que se difundió la ciencia por medio de estas redes es la investigación sobre el tratamiento de la gota que llevó a cabo Antoine van Leeuwenhoek, que puso de manifiesto la eficacia de un remedio observado por primera vez en la colonia holandesa de Batavia (hoy en día parte de Indonesia). El informe de Van Leeuwenhoek para la Royal Society divulgó el descubrimiento no solo entre los miembros de la sociedad, sino mucho más allá. La correspondencia con científicos ajenos a la Royal Society —los clásicos vínculos débiles— dio a estos acceso al clúster intelectual que se había formado en y en torno a Londres.[5] Los estatutos de la Royal Society garantizaban de manera explícita a su presidente, al consejo y a los miembros, así como a sus sucesores, la libertad de «disfrutar de la información y el conocimiento mutuos con todos y *con toda clase de desconocidos y extranjeros, ya fueran particulares o colegiados, del ámbito empresarial o político, sin molestia, interrupción o intromisión alguna*» (la cursiva es mía).[6] La única condición era que dicha información se compartiera para el beneficio e interés de la sociedad. Después de Oldenburg, los sucesivos secretarios desempeñaron un papel crucial (si bien con diversos grados

de éxito) en la gestión de la extensa correspondencia de la Royal Society. Con Edmond Halley, las cartas recibidas (entre ellas, las de Van Leeuwenhoek) se quedaron sin leer, mientras que con su sucesor, el físico James Jurin, la Royal Society ejerció como núcleo de una red internacional de estudiosos con intereses científicos, incluidos cirujanos y médicos, catedráticos, clérigos y farmacéuticos; una cuarta parte de ellos se hallaban instalados en Europa, y alrededor de un 5 por ciento en las colonias de Norteamérica. En diciembre de 1723, Jurin leyó su «Propuesta para la observación conjunta del tiempo», que planteaba una observación meteorológica coordinada por medio de una red de correspondencia. La premisa era que «no es posible una auténtica teoría del tiempo mediante el conocimiento de las sucesivas alteraciones en un determinado lugar, [sino que] se requiere necesariamente la asistencia conjunta de muchos observadores».[7] En los meses que siguieron, le llegaron observaciones desde Berlín, Leiden, Nápoles, Boston, Lunéville, Upsala y San Petersburgo.

Por el contrario, la Académie Royale des Sciences de París fue en su origen propiedad privada de la Corona. Cuando se reunió por primera vez el 22 de diciembre de 1666, lo hizo en la biblioteca del rey y en régimen oficial de secretismo. Todo debate y deliberación eran privados, y en las sesiones solo se permitía el acceso a los miembros.[8] Estos, por tanto, estaban en la práctica excluidos de la pujante red paneuropea que daría lugar a la revolución científica. Esta

postura se repetía en gran parte de la Europa católica. No es casualidad que a los intelectuales portugueses que tuvieron la oportunidad de sumarse a esa red científica más amplia se los conociera como los *estrangeirados*, esto es, «los extranjerizados».[9] De manera muy oportuna, fue la emergencia de una red científica cosmopolita la que dio origen en sí a la teoría de redes, a raíz del trabajo de Euler sobre el problema de los puentes de Königsberg (véase la Introducción). Nacido en Basilea, donde fue discípulo de Johann Bernoulli, Euler había alcanzado la fama tras quedar segundo en un concurso de problemas de la Academia de París con apenas veinte años. Estaba ya trabajando en la Academia de Ciencias de la Rusia imperial en San Petersburgo cuando resolvió el problema de Königsberg, tras lo cual, en 1741, se trasladó a Berlín por invitación de Federico el Grande (aunque los dos hombres no congeniaron demasiado y Euler acabaría regresando a Rusia).

Pero en el siglo XVIII no se intercambiaban solo teoremas matemáticos. Por esa época, las redes fruto del comercio transatlántico y las migraciones estaban creciendo de manera exponencial, al tiempo que los comerciantes y colonos europeos se beneficiaban del desplome de los precios del transporte y de la disponibilidad de tierras que, a todos los efectos, estaban libres en Norteamérica, así como de la barata mano de obra esclava procedente de África occidental. La economía atlántica del siglo XVIII se ha descrito como una «enorme red de comercio en que no solo todo el

mundo conocía a todo el mundo, sino que todo el mundo tenía un amigo que tenía un amigo».[10] Sería más acertado pensar en una multitud de redes interconectadas donde los puertos principales actuaban como núcleos.[11] Un buen ejemplo de ello es el papel tan preponderante que llegaron a tener los comerciantes escoceses en las exportaciones de vino de Madeira a lo largo del siglo XVIII. En 1768, un tercio de los 43 comerciantes extranjeros residentes en la isla eran escoceses, incluidos cinco de los diez exportadores más importantes de vino. Si bien algunos de estos comerciantes de vino estaban emparentados, la mayor parte de conexiones en la red se daban entre «corresponsales» y «contactos». Es cierto que la relativa laxitud de estos vínculos tenía sus inconvenientes, dado que a los jefes les costaba que sus agentes obedecieran las instrucciones. El flujo de información era muy abundante, pero a menudo quedaba contaminado por chismes infundados, y los costes de transacción eran elevados porque los comerciantes no dejaban de negociar precios unos con otros,[12] pero por otra parte se trataba de una red dinámica y sensible a las fluctuaciones del mercado.[13]

Una solución a esto consistió en combinar los beneficios de la red con algún elemento de gestión jerárquica. En teoría, los directores de la Compañía Británica de las Indias Orientales (CBIO), en Londres, controlaban una parte sustancial del comercio entre la India y Europa occidental. En la práctica, como muestran los registros de más de 4.500

viajes de comerciantes de la Compañía, los capitanes de los barcos hacían a menudo trayectos paralelos e ilícitos en los que compraban y vendían por cuenta propia.^[14] A finales del siglo XVIII, el número de puertos de la red de comercio resultante ascendía a más de un centenar, entre los cuales había desde emporios abiertos como Madrás, hasta mercados regulados como el de Cantón (Guangzhou).^[15] De hecho, era el comercio privado el que proporcionaba los vínculos débiles que unían unos clústeres regionales que de otro modo habrían carecido de toda conexión.^[16] Esta red contaba con una vida propia que escapaba, sin más, al control de los directores de la Compañía instalados en Londres. En realidad, esa fue una de las claves del éxito de la CBIO: que tenía más de red que de jerarquía. Es significativo que su rival holandesa prohibiera las operaciones privadas a sus empleados; tal vez eso ayude a explicar por qué terminó desbancada por sus competidoras.^[17] Solo cuando los comerciantes de la CBIO se topaban con puertos altamente jerarquizados, como el de Batticaloa —monopolizado por la familia real cingalesa—, esta estrategia de red fracasaba.^[18] Cuando la CBIO se retiró del comercio intraasiático para concentrarse en los intercambios entre Asia y Europa, la densidad de su red marítima resultó crucial,^[19] y únicamente cuando el modelo empresarial de la Compañía cambió del comercio a la recaudación de impuestos entre los indios adquirió una estructura más jerárquica. De hecho, en tiempos de Robert Clive, la CBIO estaba adoptando el

carácter de un gobierno colonial con un potencial bélico considerable.

Para el tipo de familia ambiciosa e intrépida que menudeaba en su día en las Tierras Bajas de Escocia, este era un mundo de oportunidades.^[20] Los Johnstone eran originarios de Westerhall, en Dumfriesshire, a la que Daniel Dafoe se refirió como «una tierra salvaje y montañosa, de la que nada que no fuese desolado y sombrío podía esperarse». De los once hijos de James y Barbara Johnstone que llegaron a adultos, casi todos pasaron una parte importante de sus vidas fuera de Escocia. Cuatro hermanos —James, William, George y John— terminaron siendo elegidos para la Cámara de los Comunes; de 1768 a 1805 hubo siempre al menos un Johnstone en el Parlamento. El segundo hijo, Alexander, compró una gran plantación de azúcar en Granada (Antillas Menores) que rebautizó como «Westerhall». Su hermano menor, sir William Johnstone Pulteney, encabezó la asociación de inversores que en 1792 adquirió las tierras de Genesee, cerca de medio millón de hectáreas al oeste del estado de Nueva York. A su muerte, había acumulado también propiedades en Dominica, Granada, Tobago y Florida. Los tres Johnstone más jóvenes —John, Patrick y Gideon— pasaron tiempo en el subcontinente indio empleados por la CBIO. John prosperó; llegó a dominar el persa y el bengalí y a amasar una fortuna considerable. Patrick tuvo la desgracia de morir en el «agujero negro de Calcuta» de 1756, a los diecinueve años. Los Johnstone

sirvieron asimismo en las colonias británicas de Norteamérica: George como gobernador de Florida occidental, Alexander como oficial del ejército en Canadá y al norte de Nueva York, y Gideon en calidad de oficial de marina en el litoral atlántico. El benjamín de los Johnstone vivió también una época en Basora, Mauricio y el cabo de Buena Esperanza. En un momento de su carrera, dirigió una empresa que vendía agua del Ganges a los peregrinos indios. [21] (Para una representación gráfica de la red de los Johnstone, véase la lámina 11.)

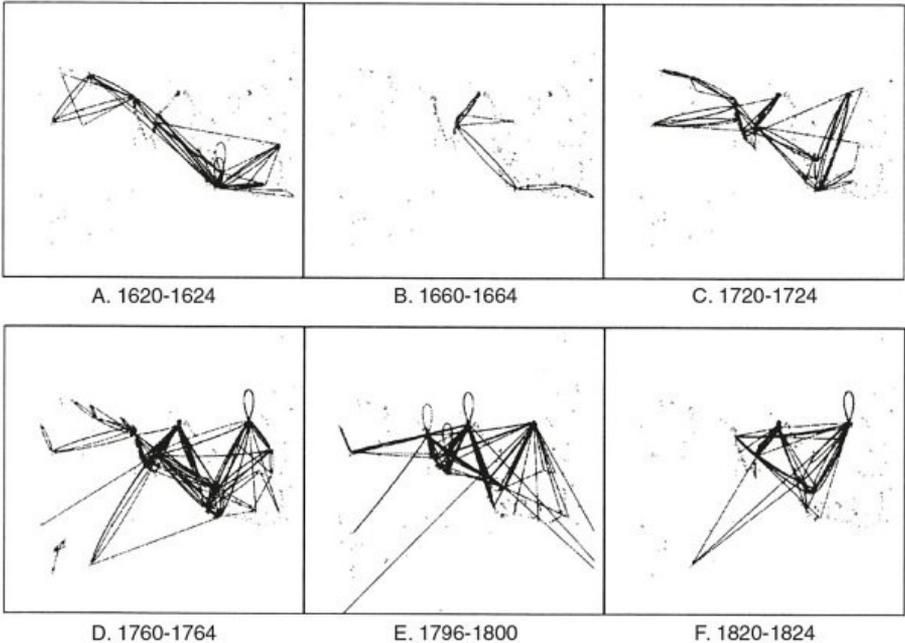


FIGURA 13. La red comercial de la Compañía Británica de las Indias Orientales, 1620-1824. Los comerciantes se beneficiaban de la infraestructura de la Compañía, pero esta lo hacía a su vez de la capacidad de los comerciantes para tejer una red entre múltiples puertos.

Los núcleos de la red mercantil global eran ciudades portuarias como Edimburgo, Londres, Kingston, Nueva York, Ciudad del Cabo, Basora, Bombay y Calcuta. Pero no solo viajaban mercancías y oro por los corredores marítimos que unían estas metrópolis, también millones de esclavos cruzaron el Atlántico. Cientos de ellos trabajaron duramente en la plantación de los Johnstone en Granada; fue un Johnstone quien perdió en los tribunales el caso que puso fin al reconocimiento legal de la esclavitud en Escocia; fue un Johnstone (John) el propietario de Belinda, la última persona a quien las leyes escocesas otorgaron el estatuto legal de esclava. Pero también las ideas —y eso incluye las ideas de emancipación— viajaron por la red comercial del siglo XVIII. Margaret Johnstone fue una ferviente jacobita que escapó de ser encarcelada en el castillo de Edimburgo y murió exiliada en Francia. William Johnstone, por su parte, fue miembro de un club de Edimburgo conocido como la Sociedad Selecta, junto con Adam Smith, David Hume y Adam Ferguson, que tenían su inteligencia en alta estima. Un hijo de William, John, contribuyó a la Sociedad de Edimburgo para la abolición del comercio de esclavos africanos. Sus tíos James y John estaban también en contra de la esclavitud; William se situó en el otro bando. George acarició la idea de apoyar la Revolución americana y fue enviado a las colonias en 1778 como parte de la frustrada comisión de paz. Los Johnstone conocían tanto a Alexander Hamilton como a su némesis,

Aaron Burr, que en una ocasión visitó la casa de Betty en Edimburgo.^[22] Los Johnstone fueron quizá un ejemplo extremo de familia globalizada, pero incluso una proporción sorprendentemente alta de habitantes de una ciudad de provincias francesa como Angulema, al norte de Burdeos, había viajado o vivido fuera de Francia en el siglo XVIII (véase la lámina 14).

Las redes de la Ilustración

La letra impresa había hecho posible la Reforma y había impulsado también la revolución científica, pero por paradójico que quizá parezca, la Ilustración estaba igualmente en deuda, si no más, con la anticuada letra escrita. Los *philosophes* publicaban obras, desde luego, muchos de ellos de manera prolífica; sin embargo, algunos de los intercambios de ideas entre ellos más importantes fueron por carta. De hecho, la supervivencia hasta nuestros días de tanta de su correspondencia —decenas de miles de misivas intercambiadas entre más de seis mil autores— es lo que permite a los investigadores modernos reconstruir la red de la Ilustración.

Nos vemos tentados a considerar la Ilustración un fenómeno cosmopolita que tendió puentes entre los *philosophes* y los *literati* de toda Europa, de Glasgow a San Petersburgo; sin embargo, tras estudiar la correspondencia de dieciocho pensadores destacados se constata cierta clusterización nacional.^[1] La red que formaban los más de 1.400 correspondientes de Voltaire, por ejemplo, era francesa

en un 70 por ciento.^[2] Conocemos la procedencia y el destino de en torno a un 12 por ciento de sus cartas, y de estas, más de la mitad (un 57 por ciento) se enviaron a o desde París. Sin duda, Voltaire intercambió misivas con Jonathan Swift y Alexander Pope, pero no demasiadas. Sus principales correspondientes ingleses fueron figuras poco conocidas: sir Everard Fawkener, comerciante de sedas, y George Keate, un poeta menor que había conocido en Ferney.

Voltaire era uno de los diversos núcleos *lumière* —otro dos fueron Jean-Jacques Rousseau y el editor de la *Encyclopédie*, Jean-Baptiste le Rond d'Alembert—, cuyas redes personales constituyeron los componentes fundamentales de una red más amplia que sus contemporáneos veían como una *société littéraire ou savante*.^[3] Se trataba de una red centrada geográficamente en París: el 12 por ciento de una muestra de unos dos mil de sus miembros murieron allí, como lo hizo también un 23 por ciento de los que contribuyeron a la *Encyclopédie*.^[4] Era además una red acotada en el plano social que incluía a 18 príncipes y princesas, 45 duques y duquesas, 127 marqueses y marquesas, 113 condes y condesas y 39 barones y baronesas.^[5] Los aristócratas representaban en torno al 0,5 por ciento de la población francesa en el siglo XVIII, pero una quinta parte de la denominada «república de las letras». Asimismo, para tratarse de una red que suele asociarse con su postura crítica hacia el orden establecido, dicha república incluía un

número sorprendentemente elevado de funcionarios reales de alto rango.[6] Por último, aunque tendemos a dar por sentada una continuidad significativa entre la revolución científica y la Ilustración, lo cierto es que había pocos científicos en activo en esa segunda red, si bien gran parte pertenecían a sociedades como la Académie Française y la Académie Royale des Sciences. Era una república de las letras más que una república de los números, una red de ensayistas más que de investigadores.

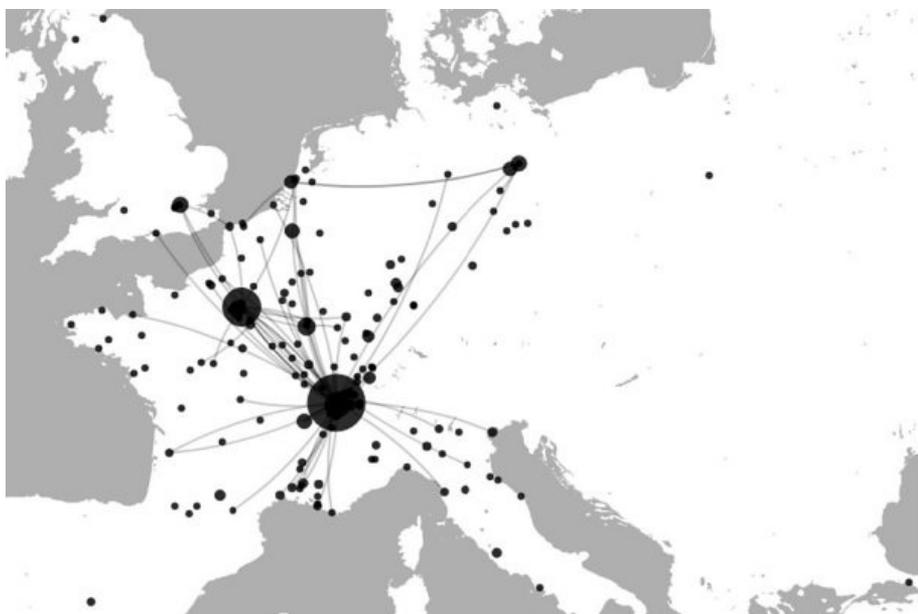


FIGURA 14. Red de corresponsales de Voltaire. Era más francocéntrica de lo que podría esperarse dada la visión tradicional de la Ilustración, que presentaba a esta como un movimiento internacional.

Las redes de correspondencia solo cuentan una parte de la historia de la Ilustración, claro. Aquellos que conociesen a

Voltaire, Rousseau o D'Alembert estarían tan deseosos de tratar con ellos como de escribirles. Esta fue también una «república de los salones», de ahí el decisivo papel de intermediación que cumplieron las *salonnières*, mujeres que convirtieron sus hogares en centros de intercambio social y cuyas invitaciones codiciaban los aspirantes a intelectuales. [7] Rara vez se invitaba a los humildes escritorzuelos de los bajos fondos literarios de París; sin embargo, existían «vínculos débiles» entre la red elevada de los *lumières* y la red modesta de la prensa amarilla: ocho miembros de este submundo literario se escribían con Voltaire, Rousseau o D'Alembert.[8]

Cada nación encontró la Ilustración a su manera. En Edimburgo, como en París, surgieron nuevas redes de librepensadores en los intersticios de las instituciones establecidas de la Corona y la Iglesia. La capital escocesa albergaba el Tribunal Supremo, el Tribunal Superior de Justicia, el Tesoro, el Tribunal eclesiástico y el marítimo, el Colegio de Abogados, la Asamblea de Burgos Reales, la Asamblea General de la Iglesia de Escocia y la Universidad de Edimburgo. De 1751 en adelante, Adam Smith ejerció allí de catedrático (aunque en Glasgow, no en la capital); y en 1752, David Hume pasó a ser el conservador de la Biblioteca de Abogados. En Escocia, igual que en Francia, el mecenazgo aristocrático era una fuente clave de soporte material para la vida intelectual. Entre 1764 y 1766, Smith fue el tutor del joven duque de Buccleuch. Los grandes pensadores de

Edimburgo tenían, como sus homólogos franceses, poco de revolucionarios. Pero, por otra parte, tampoco eran reaccionarios. La mayoría deploró el jacobinismo y abrazó el orden hannoveriano. (Uno de los trazados que se propuso para la Ciudad Nueva de Edimburgo tenía la forma de la Union Jack.)^[9] No obstante, la actividad intelectual en aquella época no se desarrollaba en las instituciones, sino en los clubes nuevos e informales de la Ciudad Vieja: la Sociedad Filosófica (fundada en 1737 con el nombre, más aparatoso, de Sociedad Edimburguesa para la Mejora de las Artes y las Ciencias y en particular los Conocimientos Naturales) y la Sociedad Selecta (1754-1762). Y del mismo modo que los *dévots* franceses deploraban y ansiaban enjuiciar a los *philosophes*, los tradicionalistas presbiterianos consideraban a los *literati* escoceses unos «impíos del infierno». En apenas unas generaciones, los agitadores herederos de la revolución calvinista del siglo XVI se habían convertido en los custodios de un adusto régimen religioso: la iglesia escocesa, «the Kirk». John Home fue sometido a juicio público por el Sínodo presbiteriano de la Iglesia de Escocia y apartado del ministerio religioso por escribir la obra de teatro *Douglas* (1757).⁽²⁴⁾ También aquí, como en el resto de la Europa protestante, la imprenta demostró ser una caja de Pandora.

Igual que los *lumières* franceses, los *literati* escoceses pensaban en clave global pero actuaban en clave nacional, a juzgar por la correspondencia de diez escoceses eminentes,

entre ellos Hume y Smith (véase la figura 15).⁽²⁵⁾ Viajaron diez veces más cartas de o a Glasgow y Edimburgo de las que viajaron de o a París. Sin embargo, Londres importaba más que Glasgow: esta era una red británica, no escocesa. En cualquier caso, la Ilustración no consistía en un curso por correspondencia, y tampoco sus mentes destacadas fueron meros amigos por correo. Como tutor del duque de Buccleuch, Adam Smith visitó París, donde conoció (entre otras luminarias) a D'Alembert, al fisiócrata François Quesnay y a Benjamin Franklin. La república de las letras era móvil. Los grandes pensadores del siglo XVIII fueron también turistas pioneros.



FIGURA 15. Parodia de la *Escuela de Atenas* de Rafael, grabado de James Scott

basado en el óleo de sir Joshua Reynolds (1751). La red de la Ilustración se asentó en el turismo tanto como en la correspondencia.

Para los intelectuales en ciernes nacidos y educados al otro lado del océano, de hecho, no había más alternativa factible que residir al menos algún tiempo en Gran Bretaña y Francia. Benjamin Franklin encarnó esta Ilustración colonial. Decimoquinto hijo de un inmigrante puritano de Northamptonshire, Franklin era autodidacta y polímata, y se sentía tan cómodo en el laboratorio como en la biblioteca. En 1727, creó el Junto, un club para que hombres como él se reunieran e intercambiaran ideas. Dos años después empezó a publicar la *Pennsylvania Gazette*. En 1731 lanzó la primera biblioteca americana por suscripción, y doce años más tarde fundó una nueva institución, la Sociedad Filosófica Americana. En 1749, Franklin se convirtió en el primer presidente de la Academia y Colegio de Filadelfia. Pero, con una población de apenas 25.000 habitantes, Filadelfia no era Edimburgo, ni mucho menos París, que contaba con una población más de veinte veces mayor. Hasta 1763, Franklin no mantuvo ninguna correspondencia más allá de las colonias americanas. No fue hasta después de su viaje a Londres ese año cuando la proporción de foráneos entre sus correspondientes se disparó de cero a cerca de una cuarta parte. Y pese a que nunca se escribió con su casi contemporáneo Voltaire, las visitas de Franklin a Europa hicieron posible que se convirtiera en una parte plenamente

integrada de la red ilustrada. Lo escogieron miembro de la Royal Society, y también de la Royal Society of Arts, en 1756. Además de sus múltiples viajes a Londres, Franklin visitó Edimburgo y París, y viajó asimismo a Irlanda y Alemania.[\[10\]](#) Todo ello antes de que se alzara como uno de los colonos rebeldes dispuestos a considerar la independencia de la madre patria y cortar con los lazos jerárquicos que subordinaban las colonias americanas a la soberanía del «Rey en Parlamento» en la lejana Londres. Paradójicamente, para la generación de intelectuales coloniales de Franklin, Londres seguía siendo «la capital de América», aun si estaban resentidos por las restricciones políticas que esta les imponía.[\[11\]](#)

Las redes de la Revolución

En las grandes revoluciones políticas de finales del siglo XVIII, así como en las revoluciones religiosas y culturales anteriores, el papel de las redes fue vital. Una vez más, la palabra escrita y la palabra impresa desempeñaron una labor crucial. A través de libros, panfletos, periódicos, pero también de incontables cartas manuscritas, se plantearon los argumentos del cambio político radical, se hicieron las críticas a la autoridad real. A ojos de los «hombres de letras», la pluma con frecuencia parecía más poderosa que la espada, y el escritor —ya fuese poeta, dramaturgo, novelista o polemista— emergió, con ayuda del intrépido editor, como uno de los héroes de su tiempo. No es de extrañar que los impuestos sobre la imprenta se convirtieran en objeto de la ira rebelde.^[1] Unidos en un verdadero entramado de redes sociales, los escribas e impresores del mundo occidental parecían determinados a escapar del régimen hereditario por medio de la escritura. De Boston a Burdeos, la revolución fue en gran medida el logro de las redes de artesanos de las letras, de los cuales los mejores eran también oradores cuyas

palabras proclamadas tenían la capacidad de congregarse a la multitud en la plaza e incitarla contra las torres del antiguo régimen.

Y sin embargo, las revoluciones, para triunfar, necesitan combatientes, no solo escritores. Es más, las redes revolucionarias deben ser muy resistentes: no pueden derrumbarse sin más ante la represión del poder jerárquico. En este contexto, el caso de Paul Revere hace mucho que se considera significativo. Los colegiales ya no aprenden de memoria el poema de Henry Wadsworth Longfellow, y tampoco nadie recuerda ya *La cabalgata nocturna de Paul Revere* de Thomas Edison, una de las primeras películas americanas, pero la historia sigue resultándonos familiar.^[2] «Una si se acercan por tierra, y dos si por mar», la señal crucial que debían mandarle a Revere desde la aguja de la Iglesia del Norte, es uno de los versos que todavía resuenan:

*Un estruendo de cascos en la calleja pueblerina,
una silueta bajo la luz lunar; una sombra en lo oscuro;
y bajo él, cuando pasa, despiden los guijarros una chispa fugaz,*

*arrancada a la piedra por el paso seguro
del corcel temerario y veloz. ¡Nada más!
Pero en el juego de sombras y penumbra
cabalgaba esa noche el destino de un pueblo;
y la chispa arrancada por el brioso corcel*

incendió todo un mundo con su pálido arder.

Esa chispa que hace prender Longfellow es una metáfora, claro está, de un proceso de transmisión de noticias que comprendemos de manera instintiva, o que creemos comprender:

*Así atravesó la noche Paul Revere;
así cruzó la noche su grito de alarma,
alcanzando los pueblos y fincas de Middlesex.
Era una voz de desafío, no de miedo.
Una voz en la oscuridad, un golpe en cada puerta,
y una palabra que siempre hallará eco.*

No obstante, como ha señalado Malcolm Gladwell, no resulta evidente de inmediato cómo fue capaz Revere de transmitir con semejante eficacia la información de que se iban a desplegar tropas regulares en los pueblos al noroeste de Boston —Lexington y Concord— para arrestar a los cabecillas coloniales John Hancock y Samuel Adams en el primero, e incautarse de las armas de la milicia colonial en el segundo. Revere cabalgó únicamente veinte kilómetros, llamando a las puertas y alertando del avance de los soldados en todos los pueblos que cruzó, pero las noticias que llevaba se propagaron mucho más lejos y más rápido de

lo que habría conseguido él a caballo, y llegaron a Lincoln hacia la una de la madrugada, a Sudbury a las tres y a Andover —a 65 kilómetros de Boston— a las cinco. Esto se logró gracias, ni más ni menos, que a la tecnología del boca a boca. En su libro acerca de la cabalgata de Revere, David Hackett afirmaba que este «tenía un don asombroso para estar en el centro de los acontecimientos [...] [e] impulsar las acciones de muchos otros».[3] Gladwell sostiene que, a diferencia de William Dawes (que emprendió una expedición similar), Revere logró desencadenar «una epidemia de las de boca en boca» a causa de «la Ley de los Especiales».[4] Él era uno de esos sujetos extraordinarios: un «conector», «una persona que disfrutaba en compañía de la gente» y de «natural sociable»,[5] pero también un «*maven*»,[26] un acumulador de conocimientos, que no solo tenía «la agenda más grande del Boston colonial, sino que se dedicaba activamente a recabar información acerca de los británicos».[6]

Esta versión de la cabalgata de Paul Revere es tentadora, pero incompleta. No tiene en cuenta que sus credenciales como mensajero rebelde estaban ya bien asentadas en abril de 1775. Sin ser miembro de los *literati* en sentido estricto, aunque sí un diestro grabador y también orfebre, había alcanzado notoriedad en Nueva Inglaterra por su exagerada representación de la Masacre de Boston.[7] El 6 de octubre de 1774 fue Paul Revere quien cabalgó de Boston a Filadelfia para entregar al Congreso Continental las incendiarias

Resoluciones de Suffolk, que incitaban a dejar de pagar los impuestos y a boicotear los productos británicos como represalia por las Leyes Intolerables y la Ley de Quebec.[\[8\]](#) El 13 de diciembre, Revere cabalgó hasta Portsmouth, New Hampshire, para alertar al Comité de Correspondencia de esa localidad de que las tropas regulares podrían incautarse en breve de las armas y la munición almacenada en la isla de New Castle, frente al puerto de Portsmouth.[\[9\]](#) Antes había estado en Concord, el 8 de abril, y alertado —con más de una semana de antelación— de que «las tropas tienen previsto subir hacia Concord el día siguiente, y si vienen [...] será una sangría».[\[10\]](#) El 16 de abril (como recordaría el propio Revere más adelante) fue hasta Lexington para avisar a Hancock y a Adams de que se avecinaban problemas y de que «se creía que ellos dos eran los objetivos» del inminente despliegue de tropas.[\[11\]](#) Además de William Dawes, había otras fuentes de información sobre los movimientos británicos, en particular porque los vecinos de Somerville, Cambridge y Menotomy habían oído hablar del avance de las tropas, pese a los enormes esfuerzos del general Thomas Gage por evitarlo.[\[12\]](#) Revere y Dawes trabajaban juntos, no competían entre ellos, y cabalgaron juntos también —acompañados por un tercer hombre, el doctor Samuel Prescott— de Lexington a Concord, haciendo turnos para llamar a las puertas de las granjas.

A Revere lo prendieron en las proximidades de Lincoln; [\[13\]](#) era el cuarto mensajero furtivo al que apresaban las

tropas regulares, y tuvo la fortuna de escapar con vida. En cierto momento, un oficial impulsivo «le clavó la pistola en la cabeza» y amenazó con «volarle los sesos» si no respondía a sus preguntas. Cuando empezaron los disparos, solo el caos creciente persuadió a sus captores de soltar a Revere, aunque sin su montura.^[14] Tras volver andando cautelosamente a Lexington, Revere se quedó atónito al encontrar todavía allí a Hancock y a Adams, que seguían intentando decidir qué hacer, tres horas después de que les hubiera avisado de que se acercaban las tropas regulares.^[15] Si Revere no hubiese logrado volver a Cambridge, y si no hubiese sobrevivido a las guerras revolucionarias para contarlo (vivió hasta los ochenta y tres años), parece poco probable que su cabalgata hubiese alcanzado una fama tan perdurable.

La red de Paul Revere merece además un examen detallado.^[16] De hecho, fue uno de los dos intermediarios clave —o vínculos débiles— entre clústeres que de otro modo habrían estado demasiado desconectados para confluir en un movimiento revolucionario. En el Massachusetts colonial había ido acentuándose la estratificación social en la era prerrevolucionaria. Boston era una sociedad cada vez más jerarquizada, con brechas significativas entre la élite patricia de «brahmanes», una clase media formada por artesanos y granjeros y los obreros pobres y siervos por contrato. La estrecha relación que existía entre Revere, un simple artesano, y el doctor Joseph Warren, médico, resultó por

tanto crucial. Había cinco asociaciones en Boston que simpatizaban en mayor o menor medida con la causa *whig*: la Logia de San Andrés, logia masónica que se reunía en la taberna Green Dragon; los Nueve Leales, que fue el núcleo de los Hijos de la Libertad; el Caucus del Norte, que se reunía en la Salutation Tavern; el club Long Room de Dasset Alley, y el Comité de Correspondencia de Boston. Un total de 137 hombres estaban en uno o más de estos grupos, pero la gran mayoría (un 86 por ciento) constaba en una única lista, mientras que no había ninguno que constara en las cinco. Solo Joseph Warren formaba parte de cuatro de estos grupos, y Paul Revere, de tres, igual que Samuel Adams y Benjamin Church. En términos de «centralidad de intermediación», sin embargo, Warren y Revere eran los hombres clave (véase la figura 16).

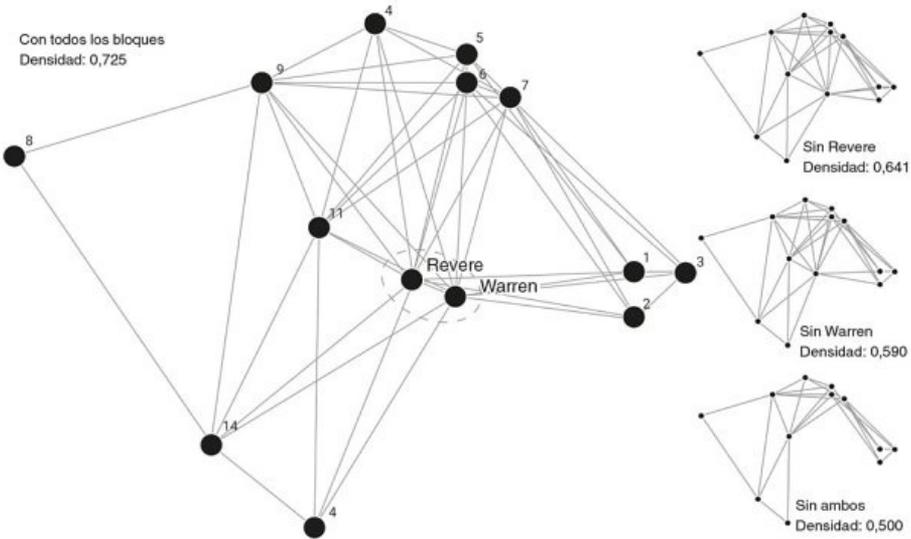


FIGURA 16. La red revolucionaria de Boston, c. 1775. Nótese la centralidad intermediaria de Paul Revere y Joseph Warren. La ausencia de ambos, o de uno de ellos, habría reducido de manera significativa la densidad de la red. Los individuos aparecen agrupados en nodos únicos de acuerdo con su afiliación compartida a los clubes. Solo Revere y Warren pertenecían a más de dos.

El análisis de la red muestra, por tanto, que Paul Revere era una de las mitades del dúo que atravesaba la división de clase entre artesanos y profesionales del Massachusetts revolucionario; pero, al mismo tiempo, por revelador que sea, no permite discernir cuál —o cuáles— de las asociaciones a las que pertenecían Revere y Warren era la más importante. Una conjetura plausible es que fue la francmasonería la red clave de la Revolución americana.

En *Freemasonry in the American Revolution* [«Francmasonería en la Revolución americana»], publicado en 1924, Sydney Morse (él mismo masón) afirmaba que la francmasonería «congregó en reunión secreta y de confianza a los líderes patriotas» en la «lucha por la libertad». Según Morse, fueron los masones quienes hundieron el *Gaspee* en 1772, quienes organizaron el Tea Party de Boston y también quienes dominaron las instituciones que guiaron la revolución, incluido el Congreso Continental.^[17] Paul Revere era uno de los nombres que Morse citaba con mayor frecuencia.^[18] Pese a que el historiador francés Bernard Faÿ recuperó esta teoría en la década de 1930, los historiadores más destacados de la Revolución americana la pasaron por alto largo tiempo.^[19]

Cuando Ronald E. Heaton indagó en la trayectoria de 241 «padres fundadores», halló que solo 68 eran masones,^[20] y que únicamente 8 de los 56 firmantes de la Declaración de Independencia pertenecían a logias masónicas.⁽²⁷⁾ Durante años, la visión dominante fue que resultaba «dudoso que los francmasones en cuanto tales desempeñasen un papel significativo en la Revolución americana».^[21] Pero también esta conclusión es dudosa. Al margen de otras cuestiones, da por hecho que todos los padres fundadores tenían la misma importancia, mientras que el análisis de la red muestra que Revere y Warren eran los revolucionarios más destacados de Boston, que fue a su vez la ciudad más importante en la revolución. Y subestima además la relevancia de la francmasonería como ideología revolucionaria. Las evidencias apuntan a que cuando menos fue tan importante como las teorías políticas laicas o las doctrinas religiosas a la hora de motivar a los hombres que hicieron la revolución.^[22]

La francmasonería dotó a la Era de la Razón de una mitología poderosa, una estructura organizativa internacional y un elaborado ritual diseñado para que los iniciados se uniesen como hermanos metafóricos. Al igual que buena parte de lo que sirvió para transformar el mundo del siglo XVIII, sus orígenes son escoceses. En Europa, los *stonemasons* («albañiles») estaban organizados en logias en la Edad Media y, como otros oficios medievales, establecían distinciones entre aprendices, oficiales y maestros; sin

embargo, estas organizaciones no tuvieron un carácter demasiado oficial hasta finales del siglo ^{xiv}. En 1598, las logias escocesas fueron objeto de un nuevo conjunto de regulaciones conocidas como los Estatutos de Schaw, en referencia a William Schaw, Maestre de Obras de Su Majestad. No obstante, fue a mediados del ^{xvii} cuando la francmasonería evolucionó hacia algo más parecido a una red laxa de gremios de artesanos cualificados, y contó con logias en Kilwinning y Edimburgo que admitían albañiles «especulativos» o «aceptados» (esto es, que no ejercían como tales). Fue un individuo originario de Aberdeen, James Anderson, quien dotó a la nueva era de una prehistoria convenientemente grandiosa con su libro *The Constitutions of the Free-Masons* (1723), conocido popularmente como *Las Constituciones* de Anderson. En relato de este, [\[28\]](#) el Arquitecto Supremo del Universo había otorgado a Adán las habilidades de la construcción —la geometría y las «artes mecánicas»—, que Adán transmitió luego a su progenie, que después a su vez las transmitieron a los profetas del Antiguo Testamento. El pueblo elegido de Dios era un pueblo de «buenos albañiles antes de poseer la tierra prometida» y Moisés, su «Gran Maestre». El logro supremo de estos constructores primigenios fue el gran templo de Salomón en Jerusalén, que construyó Hiram Abif, «el albañil más consumado sobre la Tierra». [\[23\]](#)

Como en el caso de muchas redes exitosas, la francmasonería poseía un componente jerárquico. Todos los

masones pertenecían a logias locales, la mayoría unidas al abrigo de una u otra de las grandes logias fundadas en el siglo XVIII en Londres, Edimburgo, York, Dublín y, más adelante, en Europa continental y en las colonias americanas. Cada logia tenía un maestro, vigilantes y demás cargos. Los postulantes a masón debían ser nominados, y su nominación aprobada por unanimidad; y antes incluso de ser iniciados como «aprendices» en los rituales y secretos masónicos, habían de acceder a someterse a los «Deberes» de las *Constituciones* de Anderson. Los ritos de iniciación eran muy elaborados —aún más para quienes ascendían a los rangos más altos de compañero o de maestro—, e incluían demostraciones, un juramento y vestimenta ceremonial. Sin embargo, un aspecto muy llamativo de estos «Deberes» era su falta de exigencias. Los masones debían ser «hombres buenos y honrados, libres de nacimiento y de edad madura y discreta; no pueden ser masones los esclavos, las mujeres ni los hombres de naturaleza inmoral o escandalosa, sino solo aquellos de buena reputación». Tampoco podía serlo un «estúpido ateo, ni un libertino pagano». Los masones eran iguales como hermanos en el seno de la logia, si bien la masonería no despojaba «a ningún hombre de los honores de los que gozase antes», y quienes gozaban de una posición social más alta solían ostentar los escalafones más prestigiosos.[\[24\]](#) Esto era determinante, pues parte del atractivo de las logias residía justo en que permitían que nobles y burgueses se mezclasen. Por otra parte, a los

francmasones no se les prohibía participar en rebeliones políticas. Ciertamente es que las *Constituciones* de Anderson estipulaban que «un masón debe ser un súbdito pacífico del poder civil, allí donde resida o trabaje, y no debe inmiscuirse nunca en motines o conspiraciones contra la paz y la prosperidad de la nación», pero participar en una rebelión estaba excluido de forma explícita de los motivos para ser expulsado de una logia.[25]

Pese a que el propio Anderson era pastor presbiteriano, podemos inferir de los relajados estándares religiosos de la francmasonería que esta era compatible con el deísmo. De hecho, en algunas logias coloniales se admitía a los judíos. [26] No todo el mundo estaba preparado para llevar tan lejos el escepticismo religioso ilustrado, de ahí la división, en 1751, entre «antiguos» y «modernos». Los antiguos preferían la edición de 1738 de las *Constituciones* de Anderson, que obligaba a los masones a obedecer los preceptos cristianos con independencia del lugar donde vivieran. Los modernos, paradójicamente, preferían la edición anterior, de 1723, que exhortaba a los masones a vivir conforme a la religión de su tierra natal. Este cisma llegó a Massachusetts en 1761, unos veintiocho años después de que se fundara en Boston la primera logia masónica del estado, la Logia de San Juan. Si bien su carta de constitución procedía de Londres, en el caso de la nueva gran logia «antigua» de San Andrés la autoridad llegó de Edimburgo. La división fue en un primer momento muy acre, pero no

duró mucho: ambas logias se fusionaron en 1792. Sin embargo, en tiempos de la Revolución americana, pareció reflejar una división social y política real, puesto que la Logia de San Andrés —fundada por hombres excluidos de la Logia de San Juan por su posición social— se convirtió en un hervidero de sedición, en particular después de que Joseph Warren se convirtiera en su maestro (y más tarde en el gran maestro de una nueva gran logia de «antiguos» bostonianos).[27] La taberna Green Dragon, que la Logia de San Andrés compró en 1764, se transformó en el cuartel general del movimiento revolucionario en Boston.[28] De hecho, el libro de actas de la logia de noviembre y diciembre de 1773 da indicios de la implicación de tantos miembros en el Tea Party de Boston que había que aplazar las reuniones por la baja asistencia.[29] Cuando los restos mortales de Warren —que pereció en la batalla de 1775— fueron sepultados en otro lugar, su amigo y hermano masón Perez Morton lo alabó como un virtuoso «patriota sin parangón» en la vida pública y un «modelo para la humanidad» en sus asuntos privados. Warren había caído «por la causa de la virtud y la humanidad», pero había que recordarlo como masón. «Qué brillante ejemplo nos dio [en calidad de gran maestro] —declaró Morton— de cómo vivir acorde con los límites del Compás y obrar con la rectitud de la Escuadra.» De todas las asociaciones a las que Warren había pertenecido, afirmaba Morton, «a ninguna otorgó tan alto valor» como a la masonería; de hecho, comparó la muerte de

Warren «a manos de los rufianes» con la de Hiram Abif, el constructor del templo de Salomón (que, según la tradición masónica, fue asesinado cuando se negó a divulgar los secretos del Maestro Masón).[30] Tampoco Revere era un masón cualquiera; en 1788 se convirtió en gran maestro adjunto de la Gran Logia de Massachusetts.[31]

Los teóricos de la conspiración y los autores de novelas baratas llevan largo tiempo seducidos por la idea de que la francmasonería fue la red oculta tras la Revolución americana, y quizá eso ayude a explicar las dudas de los historiadores respetables. Es evidente que convendría no exagerar la homogeneidad de la masonería colonial. Había también lealistas en las logias de Boston, como Benjamin Hallowell, el comisionado de aduanas, y su hermano Robert, ambos miembros de la Logia de San Juan, y como al menos seis hermanos de la de San Andrés. No obstante, no podemos pasar por alto sin más la concentración de cabecillas revolucionarios en esta última. Entre sus miembros se contaban no solo Warren y Revere, sino también Isaiah Thomas, editor del *Massachusetts Spy* y del *New England Almanac*; William Palfrey, secretario de los Hijos de la Libertad, y Thomas Crafts de los Nueve Leales. [32] Al amparo de la gran logia de los antiguos se fundaron diecinueve nuevas logias en los años de la guerra revolucionaria; solo en la de San Andrés se aceptaron 30 miembros en 1777, 25 en 1778 y 41 durante los dos años siguientes. En una cena en junio de 1782, la logia recibió a

los *selectmen* de Boston —la junta de concejales— y al cónsul francés en Faneuil Hall.[33] Trece años después, el 4 de julio de 1795, fue Paul Revere, ataviado con vestimentas masónicas, quien colocaría la primera piedra de la Casa del Estado de Massachusetts. Revere instó a la concurrencia a «vivir entre los brazos del compás del buen ciudadano» para mostrarle «a la humanidad [...] que queremos guiarnos por su mismo nivel, que cuando partamos de este mundo tal vez nos acojan en el templo donde reinan la paz y el silencio». Apenas unos días antes, un pastor les había dicho a Revere y a los oficiales de su logia que los masones eran «LOS HIJOS DE LA RAZÓN, LOS DISCÍPULOS DE LA SABIDURÍA Y LOS HERMANOS DE LA HUMANIDAD».[34] Esto demuestra la armonía reinante en aquel momento entre la masonería y al menos algún clérigo de la incipiente república. Un buen ejemplo de pastor-masón fue el reverendo William Bentley, un pastor de la Iglesia congregacional que vivió en Salem. En 1800, Bentley visitó Boston para asistir a la conmemoración de la muerte de George Washington, y cenó con sus hermanos masones Revere e Isaiah Thomas.[35]

Apenas treinta años después, el ambiente sería muy distinto. Una consecuencia del «Gran Despertar» religioso en Nueva Inglaterra fue una ola de encarnizada antimasonería que conllevó una caída en picado de las iniciaciones en la Logia de San Andrés y otras semejantes.[36] Aquí encontramos otra explicación para la desestimación posterior del papel de la masonería en la

Revolución americana: no era un aspecto de la fundación de la república que los norteamericanos del siglo XIX desearan recordar, así de simple. Con todo, las evidencias son innegables. Benjamin Franklin no solo se convirtió en el gran maestro de su logia en Filadelfia, también fue el editor (en 1734) de la primera edición americana de las *Constituciones* de Anderson. George Washington no solo se unió a la Logia n.º 4 de Fredericksburg, Virginia, a los veinte años, sino que en 1783 pasó a ser maestro de la recién inaugurada Logia n.º 22 de Alexandria.

En su primera investidura como presidente el 30 de abril de 1789, Washington juró su cargo sobre la Biblia de la Logia masónica de San Juan n.º 1 de Nueva York. Le tomó juramento Robert Livingston, el canciller de Nueva York (el más alto cargo judicial) y masón también, de hecho el primer gran maestro que tuvo la Gran Logia de Nueva York. En 1794, Washington posó para el pintor Joseph Williams, que lo retrató vestido con todas las insignias masónicas que había llevado el presidente un año antes para colocar la primera piedra del Capitolio de Estados Unidos.[\[37\]](#) El mandil de George Washington merece tanta fama en el folclore de la Revolución americana como la cabalgata de Paul Revere, pues no es muy factible que ni uno ni otro hubiesen ejercido la influencia que ejercieron de no haber sido por su pertenencia a la hermandad masónica. Con el tiempo, los historiadores han arrojado una sombra de duda sobre los orígenes masónicos de la iconografía del Gran

Sello de Estados Unidos, reconocible en todo el mundo desde su incorporación al billete de un dólar en 1935,[\[38\]](#) pero ese ojo omnisciente de la Providencia que corona la pirámide inacabada en el anverso del sello se asemeja mucho al ojo que nos observa desde el mandil de Washington en las litografías del XIX que muestran al primer presidente con el atuendo masón (véase la lámina 12).

Las revoluciones científicas, filosóficas y políticas del siglo XVIII estaban entrelazadas porque las redes que las transmitían también lo estaban. Los artífices de la Revolución americana fueron hombres de múltiples talentos. Y pese a que se hallaban en la periferia de las redes europeas que engendraron las revoluciones científicas y filosóficas de aquella era —por mucho que emulasen con afectación la vida asociativa de Gran Bretaña con sus logias masónicas—, los padres fundadores demostraron ser en términos políticos los hombres más innovadores de su época. En muchos aspectos, la Constitución que surgió de sus deliberaciones en la década de 1780 estaba pensada para institucionalizar un orden político antijerárquico. Con una profunda conciencia del destino que había aguardado a los experimentos republicanos en el mundo antiguo y en los primeros tiempos de la Europa moderna, los fundadores idearon un sistema que separaba y descentralizaba el poder y que circunscribía en gran medida la autoridad ejecutiva al presidente electo. En el primero de sus *The Federalist Papers*, Alexander Hamilton señalaba con claridad el peligro principal al que se

enfrentarían unos Estados Unidos por entonces embrionarios:

[Una] ambición peligrosa acecha más a menudo tras la engañosa máscara del celo por los derechos de la gente que tras la apariencia intimidante del celo por la firmeza y la eficiencia del gobierno. La historia nos mostrará que la primera ha resultado ser un camino mucho más directo a la introducción del despotismo que la segunda, y que aquellos que han derrocado las libertades de las repúblicas, emprendieron en su mayoría su carrera rindiéndole obsequiosa pleitesía al pueblo; al comienzo demagogos, al final tiranos.[39]

Fue un tema que retomó en 1795, cuando escribió: «Basta con consultar la historia de las naciones para darse cuenta de que todo país, en toda época, es maldecido por la presencia de hombres que, movidos por una ambición fuera de lo común, no sienten escrúpulos ante nada que crean que vaya a contribuir a su propio ascenso e importancia [...] en la república, demagogos melifluos o turbulentos, que adoran al ídolo (el poder) allí donde esté [...] y trafican con las debilidades, los vicios, las flaquezas y los prejuicios» de la gente.[40]

Que el sistema norteamericano funcionara tan bien dejaba atónitos a los visitantes europeos, en particular a los de Francia, donde la república creada en 1792 había durado justo doce años. El teórico social y político francés Alexis de Tocqueville consideró la vitalidad de la vida asociativa norteamericana, junto con la naturaleza descentralizada del sistema federal, las claves del éxito de la nueva democracia.

En efecto, resultaba extraordinario que semejante sistema surgiera en unas colonias pobladas por refugiados religiosos procedentes de un país que había abandonado su experimento republicano en 1660. Como señalaba Tocqueville, mientras que «la jerarquía de los rangos clasificaba aun despóticamente a los hombres en la madre patria, la colonia presentaba cada vez más el espectáculo nuevo de una sociedad homogénea en todas sus partes».^[41] Este singular carácter igualitario de la sociedad colonial había hecho posible la red excepcionalmente densa de asociaciones civiles que, según afirmaba el político francés, constituía la clave del éxito del experimento norteamericano. El país que describía en el Libro II, capítulos 5 y 6, de *La democracia en América* era, podría decirse, el primer sistema de gobierno en red. «Norteamérica es el país del mundo —declaraba— donde se ha sacado mayor partido de la asociación, y donde se ha aplicado ese poderoso medio de acción a una mayor diversidad de objetos»:

Independientemente de las asociaciones permanentes creadas por la ley bajo el nombre de comunas, ciudades y condados, hay una gran cantidad de otras más que no deben su existencia y su desarrollo sino a las voluntades individuales. El habitante de los Estados Unidos aprende desde su nacimiento que hay que apoyarse sobre sí mismo para luchar contra los males y las molestias de la vida; no arroja sobre la autoridad social sino una mirada desconfiada e inquieta, y no hace un llamamiento a su poder más que cuando no puede evitarlo [...]. En los Estados Unidos, asóciarse con fines de seguridad pública, de comercio y de industria, de moral y religión. Nada hay que la voluntad humana desespere de alcanzar por la acción libre de la potencia

colectiva de los individuos.[\[42\]](#)

Tocqueville consideraba las asociaciones políticas estadounidenses el contrapeso indispensable frente al riesgo de la tiranía inherente a la democracia moderna, aunque solo fuera la tiranía de la mayoría. Sin embargo, la fortaleza fundamental del sistema americano, afirmaba, residía en sus asociaciones no políticas:

Los norteamericanos de todas las edades, de todas condiciones y del más variado ingenio, se unen constantemente y no solo tienen asociaciones comerciales e industriales en que todos toman parte, sino otras mil diferentes: religiosas, morales, graves, fútiles, muy generales y muy particulares. Los norteamericanos se asocian para dar fiestas, fundar seminarios, establecer albergues, levantar iglesias, distribuir libros, enviar misioneros a los antípodas y también crean hospitales, prisiones y escuelas. Si se trata, en fin, de sacar a la luz pública una verdad o de desenvolver un sentimiento con el apoyo de un gran ejemplo, se asocian.[\[43\]](#)

El contraste con las estructuras políticas y sociales de su Francia natal fascinaron a Tocqueville. ¿Cómo podía ser que la revolución allí —tratándose como se trataba de uno de los núcleos cruciales de la Ilustración— hubiese producido unos resultados tan desalentadoramente distintos?

CUARTA PARTE

La restauración de la jerarquía

Rojo y negro

En la novela de Stendhal *Rojo y negro* (1830), Julien Sorel emprende la carrera religiosa porque comprende que es la mejor oportunidad de ascenso en la Francia de la restauración borbónica. Hijo de un carpintero, Sorel habría preferido el sistema meritocrático de «la carrera abierta al talento» que caracterizara el reinado de Napoleón Bonaparte. Sorel acaba mal, no tanto víctima de su propio donjuanismo como de la rígida jerarquía social de la Restauración. Stendhal se muestra más tolerante con la naturaleza impetuosa de Sorel que con el esnobismo borbónico: «No queda ya sino una nobleza, el título de *duque*; marqués es ridículo; [pero] al oír la palabra *duque* la gente vuelve la cabeza», reza uno de los epígrafes del libro (algunos de los cuales son una mera invención de Stendhal). «¡Servicios! ¡Talento! ¡Méritos! ¡Bah! —dice otro—. Haceos de una camarilla.» Y: «El prefecto, subido en su caballo, se decía: “¿Y por qué no iba a ser yo ministro, presidente del Gobierno, duque? Así es como haría yo la guerra... Así es como metería en la cárcel a los innovadores”».^[1]

La tentativa de los Borbones de restaurar las jerarquías del *ancien régime* se demostró insostenible. En 1830, una nueva revolución francesa derrocó a Carlos X, y dieciocho años después, una tercera revolución dispensó la misma suerte a su sucesor de la casa de Orleans, Luis Felipe. Por último, en 1870, la invasión germánica y otra revolución derribaron al emperador Napoleón III y allanaron el camino para la tercera y más duradera (hasta la fecha) de las cinco constituciones republicanas francesas. Gran parte de la fascinación que tiene esta época de la historia europea es, precisamente, la precariedad de cada nuevo intento de restablecer el orden monárquico. Sin embargo, a lo largo del siglo XIX, sin prisa pero sin pausa, las energías revolucionarias desatadas por la imprenta quedaron contenidas en nuevas estructuras de poder. Si no trayendo de vuelta a los Borbones, entonces ¿cómo?

Las revoluciones basadas en redes —la Reforma, la revolución científica y la Ilustración— habían transformado de modo profundo la civilización occidental. Las revoluciones políticas, no solo en Estados Unidos y Francia, sino en toda Europa y América, habían llegado con la promesa de una nueva era democrática asentada en el ideal de una hermandad universal prefigurado por la francmasonería e invocado de manera exultante en la «Oda a la alegría» de Schiller. Esa promesa no se cumplió. Para comprender por qué las redes perdieron el favor frente a las jerarquías debemos evitar imaginar una vez más una falsa

dicotomía entre ambas. Hasta la estratificación asfixiante de la Francia de la década de 1820 tenía una arquitectura interconectada distintiva. Como hemos visto, la mayoría de las redes resultan jerárquicas en algunos aspectos, aunque solo sea porque algunos nodos son más centrales que otros, mientras que por su parte las jerarquías no son más que una clase particular de red en que los flujos de información o recursos se hallan acotados dentro de ciertos límites para maximizar la centralidad del nodo dominante. Ese es justo el origen de la frustración de Julien Sorel respecto a la Francia borbónica: hay tan pocas vías para ascender en la escala social, que se ve obligado a depender en exceso de unos cuantos protectores. Además, uno de los principales *leitmotifs* de la novela de Stendhal es lo que en la teoría de redes se denomina la «tríada imposible». Para conquistar el corazón de la hija de su patrón aristócrata, Mathilde de Mole, Sorel finge preferencia por una viuda, madame de Fervaques. Pese a que Sorel corteja a ambas mujeres, ellas son incapaces de aliarse contra él. Y cuando una antigua amante, madame de Rênal, lo denuncia al padre de Mathilde, Julien trata de asesinarla. Ya en la cárcel, lo visitan por separado tanto Mathilde como madame de Rênal. En 1961, el crítico literario René Girard acuñó la expresión «deseo mimético»: Mathilde solo desea a Sorel cuando descubre que otra mujer lo desea.

Las redes son más sencillas en los órdenes jerárquicos, unas veces porque los de arriba aplican a conciencia el

principio del «divide y vencerás», otras porque en un orden jerárquico solo importan de verdad unos pocos núcleos. Mientras trataban de recomponer el orden político de Europa tras la agitación de la Revolución francesa y las guerras napoleónicas, los estadistas reunidos en el Congreso de Viena crearon una nueva clase de red sencilla: una «pentarquía» formada por cinco grandes potencias que, por su propia naturaleza, solo podían lograr el equilibrio de un número finito de modos. Su éxito se sustentó en parte en su mera simplicidad. El equilibrio de poder, según veremos, asumió como un hecho que la mayoría de los estados europeos no tenían ninguna relevancia, de manera que dependía de las relaciones entre Austria, Gran Bretaña, Francia, Prusia y Rusia, y solo de ellos cinco (véase la lámina 13).

La reafirmación del orden jerárquico que se produjo en el siglo XIX no acabó con las redes intelectuales, comerciales y políticas creadas en los tres siglos anteriores. Esas redes pervivieron. De hecho, la vida religiosa en el mundo protestante se volvió más animada y turbulenta, gracias a una sucesión de «despertares» y «resurgimientos». La revolución industrial —en muchos aspectos, la más transformadora de todas las revoluciones— podría equipararse fácilmente al resto de las revoluciones del siglo XVIII por cuanto también fue el producto de una red de innovadores; algunos con formación científica, otros manitas autodidactas. Y aun cuando la francmasonería fue

declinando a partir de 1800, su objetivo de propagar e institucionalizar la noción de hermandad (más allá del sentido estricto de hermanos de sangre varones) fue adoptada por un sinfín de movimientos nuevos, no solo por el movimiento sindical, sino también por muchas organizaciones nacionalistas, entre las que destacan las fraternidades estudiantiles alemanas. La diferencia consistió en que las jerarquías monárquicas, aristocráticas y eclesiásticas fueron haciéndose cada vez más hábiles a la hora de apropiarse de todas esas redes, de hacerse con sus energías creativas y plegarlas a su voluntad.

De la multitud a la tiranía

No todo el mundo comprendió tan pronto como Edmund Burke que la Revolución francesa iba a ser muchísimo más sangrienta que la estadounidense. Para cuando llegó el Terror, la diferencia era ya innegable. El intento de reemplazar a Luis XVI por «la voluntad del pueblo» había desatado una violencia intestina que no se conocía en Francia desde la Matanza de San Bartolomé, en 1572 (véase la lámina 8). Puede decirse que la violencia revolucionaria comenzó entre el 27 y el 28 de abril de 1789 con una revuelta en el *faubourg* Saint-Antoine en la que trescientas personas que estaban manifestándose en apoyo de la autoproclamada Asamblea Nacional fueron asesinadas por las tropas reales. Tres meses después, en un enfrentamiento más famoso, un centenar de personas más o menos perdieron la vida cuando los soldados que defendían la Bastilla abrieron fuego. Esta vez se volvieron las tornas al apoyar algunos de los defensores a la multitud revolucionaria. La decapitación del comandante de la guarnición, De Flesselles, marcó el comienzo de una importante escalada, como lo hicieron el

ahorcamiento público y la mutilación de los oficiales Foulon de Doué y su yerno, Bertier de Sauvigny, en la place de Grève el 22 de julio (la cabeza del primero y el corazón del segundo desfilaron por las calles clavados en sendas picas).

Tan pronto la multitud parisina empuñó las armas, una oleada de disturbios asoló también la campiña francesa. Temiendo un complot de la nobleza para reafirmar su poder por medio de misteriosos «bandoleros», aquel verano los campesinos de toda Francia recurrieron a la violencia en lo que se conocería como *la grande peur*: el Gran Miedo. En un primer momento consistió en el incendio de registros feudales y el saqueo de bodegas, pero en su escala y duración fue más que una revuelta campesina, o *jacquerie*, tradicional. La velocidad contagiosa con que se propagó el Gran Miedo resulta particularmente chocante y difícil de explicar, teniendo en cuenta las malas comunicaciones de la Francia provinciana de la época —un ejemplo más de hasta qué punto pueden viralizarse los rumores en ausencia de una tecnología de la información sofisticada—. [1] En comparación con lo que estaba por llegar, el Gran Miedo fue poca cosa. Aunque muchos terratenientes fueron amenazados y humillados, solo hubo tres asesinatos: el de un representante noble de los Estados Generales, el de un funcionario sospechoso de monopolio alimentario (en Ballon, al norte de Le Mans) y el de un oficial de la marina (en Le Pouzin, al norte de Aviñón). Sin embargo, la epidemia de castillos incendiados fue notable. En menos de dos

semanas, entre el 27 de julio y el 9 de agosto, nueve castillos fueron reducidos a cenizas y ochenta más sufrieron daños solo en la provincia del Delfinado, al sudeste de Francia.[\[2\]](#)

Aquí nos limitaremos a enumerar las masacres más importantes que precedieron al Terror de 1793-1794: la marcha de mujeres y el asalto al palacio real de Versalles en octubre de 1789, el tiroteo de la Guardia Nacional contra la muchedumbre en el Champ de Mars en julio de 1791, las matanzas de septiembre de 1792 (cuando los *sans-culottes* asaltaron las cárceles de París y asesinaron a cientos de reclusos) y la guerra contra los contrarrevolucionarios en la Vendée (1793-1796), sin olvidar la sanguinaria revuelta de los esclavos en Saint-Domingue (Haití). La clave es que, a diferencia de las colonias americanas de Gran Bretaña —pero como en la mayoría de las revoluciones que han venido después—, la insurrección condujo inexorablemente a la anarquía y de esta a la tiranía, cumpliendo así las predicciones de la teoría política clásica. Mientras que los colonos americanos habían desarrollado sus propias redes de asociaciones civiles, de las que surgieron naturalmente la Revolución americana y los Estados Unidos, la muchedumbre francesa tenía una estructura muy distinta. El Comité de Seguridad Pública era en sí mismo un intento de imponer el orden en el caótico baño de sangre de la *canaille*: la turba.[\[3\]](#) Así y todo, ninguno de los recursos de los jacobinos o de sus sucesores del Directorio bastaron para estabilizar ni la capital ni el país en general. Carnicerías

espantosas, como el ahogamiento deliberado de miles de personas en Nantes, dieron testimonio de una descomposición casi total del orden político y social, comparable en su naturaleza a las peores atrocidades de las revoluciones árabes de nuestros tiempos. En nombre de una falsa utopía, los sádicos se lanzaron a una jauría.

El hombre que restauró el orden en Francia (aunque hizo justo lo contrario en el resto de Europa) poseía una energía sobrenatural. El ascenso de Napoleón Bonaparte de sus oscuros orígenes corsos al mando de la artillería del ejército revolucionario en la campaña de Italia —nombramiento que se le otorgó en el momento culminante del Terror— fue posible, claro está, por el derrumbamiento del sistema aristocrático que le habría cerrado el paso antes de 1789. Como el Julien Sorel de Stendhal, Bonaparte era al mismo tiempo un arribista y un mujeriego; pero, a diferencia de este, combinó la falta de escrúpulos con el don de aparecer en el momento adecuado. Sin embargo, lo que ese hombre hizo con aquellos momentos —con cada minuto del día— fue lo realmente prodigioso. En épocas de caos, quien asciende es aquel que lo controla todo al detalle: el hombre que por instinto asume él mismo todas las tareas. «Estoy sumamente descontento por la manera como se ha llevado a cabo la carga de las dieciséis piezas [de cañón]», garabateó el recién ascendido brigadier en una de las ochocientas cartas y despachos que escribió en solo nueve meses en 1796. «Me sorprende que sea usted tan lento en la ejecución de las

órdenes —se quejaba a su *chef de bataillon*—. Siempre hay que repetirle lo mismo tres veces.» Su visión iba desde la gran estrategia —por esa época fue cuando trazó su plan para la invasión de Italia— hasta la última minucia (el encarcelamiento de un cabo que se había ausentado sin permiso en Antibes o la ubicación precisa de los tambores en la plaza de armas).[4]

Napoleón era lo que hoy llamaríamos un *workaholic*, un adicto al trabajo. Trabajaba dieciséis horas al día, todos los días. En abril de 1807 —un mes de desacostumbrada tranquilidad en su reinado—, se las apañó para escribir, a pesar de todo, 443 cartas. A esas alturas, dictaba ya toda su correspondencia, salvo las cartas de amor: «Las ideas fluyen más rápido —dijo una vez—, ¡y además se acabaron las letras y los renglones!». En una ocasión, sin echar mano de notas, le dictó a su ministro de Interior no menos de 517 artículos en los que se establecía la regulación de una nueva academia militar en Fontainebleau.[5] Como norma general, se sentaba solo diez minutos a la mesa, salvo cuando cenaba con su familia los domingos por la noche; entonces podía estar hasta media hora. Cuando se levantaba, lo hacía de un brinco, «igual que si hubiese recibido una descarga eléctrica».[6] Como recordaba uno de sus agobiados secretarios, dormía «en varias siestas cortas, de las que podía despertar a voluntad tanto de día como de noche».[7] Viajaba con el mismo vigor implacable. En julio de 1807, lo llevaron en coche de caballos desde Tilsit, en Prusia, hasta

Saint-Cloud; un trayecto de cien horas que, en su impaciencia, se negó a interrumpir. Llegó a primera hora de la mañana y convocó de inmediato a su consejo de ministros.[8] Dos años después fue a caballo desde Valladolid hasta París, «fustigando el caballo de su ayuda de campo y clavando las espuelas en el suyo al mismo tiempo». Apenas tardó seis días en recorrer casi mil kilómetros.[9] A pie, también, iba siempre apresurado, y los demás lo seguían sin aliento. Hasta cuando se bañaba o lo afeitaban, no malgastaba el tiempo: siempre había alguien cerca para leerle los últimos diarios, incluidas las traducciones de la prensa británica, invariablemente hostil.[10] Fue la combinación de energía infatigable y de atención al detalle de Napoleón la que puso fin a la anarquía de la Revolución francesa. Se codificaron las leyes, se reformó el sistema monetario, se restauró el préstamo público. Pero junto a estos logros duraderos, había infinidad de detalles diminutos: el número de sirvientes con que podrían quedarse los oficiales en el caso de una invasión de Inglaterra; el uniforme que llevarían los rebeldes irlandeses si se unieran a la causa francesa; la importancia de que el cabo Bernaudat del 13.º Regimiento no bebiese tanto; la identidad del tramoyista que le había roto el brazo a la cantante mademoiselle Aubry en la Ópera de París.[11]

Con su arrogante confianza en sí mismo, Napoleón se dispuso a dirigir no solo Francia, sino toda Europa como si fuera un vasto ejército que pudiera comandarse, domeñarse

con pura fuerza de voluntad. En muchos aspectos, fue el último absolutista ilustrado: un Federico el Grande francés. Pero también fue el primer dictador moderno. En términos tecnológicos, no había en realidad gran diferencia entre los ejércitos que mandaron Federico y Napoleón; sin embargo, cuanto hizo este fue a mayor escala^[29] y a mayor velocidad. Los dos grandes teóricos militares de la época, Carl von Clausewitz y Antoine-Henri de Jomini, extrajeron lecciones algo distintas del éxito napoleónico. Para Clausewitz, el genio de Napoleón residía en su capacidad para concentrar sus fuerzas rápidamente en el centro de gravedad del enemigo (el *Schwerpunkt*) y derrotarlo en una batalla decisiva, la *Hauptschlacht*. Para Jomini, la clave fue su capacidad de sacar partido de la superioridad de las líneas de operación interiores (*lignes d'opérations*). Jomini consideraba que Napoleón estaba aplicando los principios universales del arte de la guerra.^[12] Clausewitz creía que el estilo de las artes militares de Napoleón era específico de su momento histórico por la manera como se aprovechaba del nacionalismo popular que había desatado la Revolución francesa.^[13] En *Guerra y paz*, publicada cuarenta y ocho años después de la muerte de Napoleón en la solitaria isla de Santa Elena, en el Atlántico sur, Lev Tolstói se mofaba de las pretensiones imperiales de aquel. ¿Cómo iba una sola persona a mandar a cientos de miles de hombres desde Francia hasta Rusia, sembrando la confusión en innumerables vidas a su paso? Y sin embargo, eso fue justo

lo que había hecho Napoleón. El problema fue que por mucho que se envolviese a sí mismo en los aderezos del poder legítimo y se apropiara para ello de las insignias y la iconografía egipcias, romanas y habsburguesas, Napoleón jamás logró la única cosa en que se basan (y la única que exigen) en último término los sistemas jerárquicos: legitimidad.

El orden restaurado

Existe la creencia extendida de que nuestra época solo tiene una tendencia, una presión, hacia la disolución. Su relevancia parece consistir en poner fin a las instituciones unificadoras y vinculantes que han permanecido en pie desde la Edad Media [...]. De esta misma fuente proviene la inclinación imperiosa hacia el desarrollo de grandes ideas e instituciones democráticas, las cuales generan de manera forzosa los grandes cambios que estamos presenciando.

El ensayo de 1833 de Leopold von Ranke sobre las «grandes potencias» europeas es una obra seminal de la historiografía del siglo XIX. Mientras que muchos de sus contemporáneos siguieron convencidos de que el ímpetu revolucionario que había barrido Europa desde la Reforma alemana hasta la Revolución francesa era inexorable, Ranke se dio cuenta de que estaba cobrando forma un nuevo orden internacional que pondría freno a la tendencia aparentemente universal hacia la disolución. Este orden estaba basado en lo que él denominaba una pentarquía de cinco grandes potencias —Austria, Gran Bretaña, Francia, Prusia y Rusia— y había comenzado a surgir en el curso del siglo XVIII, pero había naufragado ante la tentativa de

Napoleón de dominar Europa. Sin embargo, con la derrota de este, pudo completarse finalmente la pentarquía:

Lejos de contentarse con simples negaciones, nuestro siglo ha generado resultados sumamente positivos. Ha llevado a término una gran liberación, no en términos de disolución, sino en un sentido constructivo y unificador. No solo ha creado, para empezar, las grandes potencias; ha renovado el principio de todos los estados, la religión y la ley, y ha revitalizado el principio de cada Estado en sí mismo [...]. En este mero hecho reside la naturaleza de nuestra época [...]. [Si hablamos de estados y naciones] la unión de todos ellos depende de la independencia de cada uno [...]. Un dominio verdaderamente decidido de uno sobre los otros llevaría a la ruina de estos; una unión de todos ellos destruiría la esencia particular de cada uno. Es del desarrollo autónomo e independiente del que surge la auténtica armonía.^[1]

Que de la mano de los estadistas que se reunieron en el Congreso de Viena nació un nuevo y estable equilibrio de poder es una verdad aceptada de manera casi universal desde los tiempos de Ranke. En su primer libro, *Un mundo restaurado*, Henry Kissinger afirmaba que el periodo de paz relativa del que disfrutó Europa entre 1815 y 1914 se debió en gran medida a la «legitimidad generalmente aceptada» del orden impuesto por estas cinco potencias.^[2] De acuerdo con Kissinger, fue un logro de dos diplomáticos con un talento inusual: el príncipe Metternich, ministro de Asuntos Exteriores austriaco, y lord Castlereagh, su homólogo británico. El objetivo de Metternich —reconstruir un orden legítimo donde el liberalismo en sí fuese ilegítimo— difería fundamentalmente del de Castlereagh, que consistía en

esencia en un equilibrio de poder en que Gran Bretaña ejercía el papel de «equilibrador».[3] Una razón crucial de su éxito y del fracaso de Napoleón fue la incapacidad de este de reconocer sus propios límites y de estabilizar su posición tras su matrimonio con la hija del emperador austríaco.[4] Un desafío de primer orden al que se enfrentaron Metternich y Castlereagh fue el ascenso del zar Alejandro I como revolucionario en potencia, pues aspiraba a ser el «árbitro de Europa» tras la derrota de Napoleón en Rusia. El resultado final fue una especie de éxito trágico. En último término, Gran Bretaña no podía comprometerse a sostener un orden europeo contrarrevolucionario de la naturaleza que Metternich aspiraba a crear, y que incitaba a que el zar creyera que era idea suya. Las crisis políticas en España, Nápoles y más adelante el Piamonte eran, a ojos de Metternich, amenazas de muerte para el nuevo orden; a los británicos les parecían pequeños conflictos locales, y pensaban que intervenir en ellos podía desequilibrar fácilmente ese mismo orden.[5] En otro congreso, celebrado en Troppau, Metternich consiguió presentar su pérdida «batalla contra el nacionalismo y el liberalismo» como una empresa europea, y no austríaca.[6] Castlereagh vio muy claro que Rusia estaría también dispuesta a intervenir en el bando del nacionalismo si, como en los Balcanes, se dirigiera contra el Imperio otomano. El 12 de agosto de 1822, Castlereagh, cansado de las críticas furibundas que le dirigían *whigs* y radicales, y desesperado por el peso

insoponible que cargaba sobre los hombros, se suicidó seccionándose la carótida con un cortaplumas. Lo único que quedó después del Congreso de Verona fue «el principio legitimador» —contrarrevolucionario y antifrancés a un tiempo— como base de la «Santa Alianza» entre Austria, Prusia y Rusia.[\[7\]](#)

Sin embargo, la idea de un equilibrio de poder no murió con Castlereagh. Si bien el «compromiso continental» de Gran Bretaña fue discontinuo durante el siglo siguiente, bastó —hasta 1914— para evitar que ninguna otra potencia de Europa continental desafiara, como lo había hecho la Francia de Napoleón, la legitimidad fundamental del orden pentárquico. En esencia, la estabilidad europea se asentaba en un equilibrio entre las cuatro potencias continentales, equilibrio que Gran Bretaña preservaba con sus esporádicas intervenciones diplomáticas o militares. En términos de Kissinger, Gran Bretaña era el equilibrador. El resultado fue un orden europeo que se mantuvo hasta finales de siglo. Solo la caída de Otto von Bismark y la no renovación del Tratado Secreto de Reaseguro entre Alemania y Rusia —«tal vez el hilo más importante en el tejido del sistema de alianzas superpuestas de Bismark»[\[8\]](#)— hicieron que el sistema se tornara rígido hasta el punto de la fragilidad y, de hecho, la combustibilidad.[\[9\]](#)

Las investigaciones posteriores, claro está, han modificado esta visión en numerosos aspectos. Algunos sostienen que se produjo una «transformación» fundamental de la política

internacional, pues las viejas normas que habían entrado en conflicto y competición dieron paso a otras nuevas que aspiraban al concierto y el equilibrio.[\[10\]](#) Otros insisten en que las viejas relaciones de rencor pervivieron, que solo un «estricto interés individual» evitó una guerra a gran escala. [\[11\]](#) La clave sigue siendo, de todos modos, que en Viena se estableció una jerarquía nueva que separaba las «grandes potencias» —primero, los cuatro vencedores de Waterloo, y luego (después de 1818), los vencedores y la Francia derrotada— de los estados inferiores.[\[12\]](#) Así, el Artículo VI de la Cuádruple Alianza (de noviembre de 1815) emplazaba a los cuatro signatarios a realizar reuniones periódicas «con la finalidad de debatir sobre sus intereses o para considerar medidas [...] que se presenten como las más convenientes para los propósitos y la prosperidad de las Naciones y para el mantenimiento de la Paz en Europa».[\[13\]](#) España podía quejarse, Baviera protestar, pero no podían hacer mucho más. Castlereagh quizá advirtiese del peligro de que las grandes potencias se convirtiesen en «un Consejo europeo para gestionar los asuntos del mundo». Friedrich Gentz, el secretario de Metternich, tal vez temiera que esta nueva «dictadura» se convirtiese en «una fuente de abusos, injusticias y vejación para los estados de menor rango», un miedo que compartía el joven lord John Russell. Poco a poco, sin embargo, los líderes de las grandes potencias fueron acostumbrándose al ejercicio de una hegemonía colectiva. [\[14\]](#) En palabras de Gentz, al echar la vista atrás, a 1815, el

sistema de congresos había unido en la práctica

al conjunto total de los estados en una federación dirigida por las potencias principales [...]. Los estados de segunda, tercera y cuarta categoría acatan en silencio y sin ninguna estipulación previa las decisiones tomadas conjuntamente por las potencias preponderantes; y Europa parece formar al fin una gran familia política, unida bajo los auspicios de un Areópago de su propia creación.^[15]

Incluso no habiendo unanimidad en algunas cuestiones — Castlereagh no podía respaldar la estrategia contrarrevolucionaria de Metternich—, existía el consenso implícito de que cualquier tentativa futura de hegemonía por parte de uno de los suyos debía ser combatida y una guerra general, evitada.^[16] Por descontado, analizado con más detalle, el sistema cada vez era más complejo y cambiante de lo previsto por la pentarquía de Ranke. El Imperio otomano no era un simple objeto pasivo de la política dominante; de ahí, precisamente, que la «Cuestión oriental» (que giraba sobre todo en torno a su futuro) resultara tan espinosa.^[17] Los nuevos estados que se crearon en el siglo XIX —no solo el Reich alemán (que agrandó de manera significativa uno de los cinco) y el reino de Italia, sino también Bélgica, Bulgaria, Grecia, Rumanía y Serbia— cambiaron la naturaleza de la red en aspectos importantes. Así y todo, es innegable que se había implantado algo nuevo, y también que funcionaba. En el siglo que transcurrió del Tratado de Utrecht (1713-1715) al Congreso de Viena, estallaron en Europa treinta y tres

guerras en las que participaron todas o alguna de las once potencias reconocidas de la época (entre las que se incluían España, Suecia, Dinamarca, Holanda y Sajonia). En el periodo de 1815-1914 hubo diecisiete así, incluso contando como potencias a España y Suecia. La probabilidad de que una potencia entrase en guerra se redujo más o menos en un tercio.^[18] En el XVIII hubo contiendas mundiales, desde luego, igual que en el siglo XX —la guerra de los Siete Años fue un auténtico conflicto global—, pero en el siglo XIX no hubo ninguna guerra mundial.

Dicho de otro modo: el orden internacional pasó a ser claramente un sistema jerárquico, pero con cinco núcleos en el papel dominante. Esos cinco nodos podían conectarse entre sí con una diversidad de combinaciones distintas —podían, de hecho, pelearse entre ellos— pero nunca, entre 1815 y 1914, entraron todos en guerra. Pese a que el sistema no resultaba tan estable para evitar por completo un enfrentamiento bélico, los conflictos entre Waterloo y el Marne fueron mucho menos destructivos que el precedente y el que estaba por venir. Incluso la guerra europea más importante del siglo XIX —la guerra de Crimea (1853-1856), que enfrentó a Gran Bretaña y Francia contra Rusia— tuvo un orden de magnitud inferior al de las guerras napoleónicas. Además, las grandes potencias deliberaban entre sí más a menudo de lo que chocaban. Entre 1814 y 1907, se celebraron entre estas siete congresos y diecinueve

conferencias.[\[19\]](#) La diplomacia, salpicada de pequeñas dosis bélicas, se convirtió en el estado habitual de las cosas, en acusado contraste con las dos décadas anteriores, en que la norma había sido justo lo contrario. Como veremos, ninguna explicación de los orígenes de la Primera Guerra Mundial es completa si no analiza por qué aquella situación tocó a su fin en 1914.

La casa de Sajonia-Coburgo-Gotha

La restauración del orden en Europa tras el paso de Napoleón, no obstante, precisaba de algo más que de una mera jerarquía diplomática nueva que situara a cinco estados por encima del resto. De igual importancia fue el modo como se relegitimizó la propia institución de la monarquía. Y en este proceso desempeñó un papel a menudo inadvertido una clase anticuada de red; a saber, la que formaban las genealogías entrelazadas de la realeza europea. Una familia en particular resultó crucial a la hora de reconciliar el principio hereditario con los nuevos ideales del gobierno constitucional que abrazaron tantos liberales del siglo XIX. Coburgo era uno de esos insignificantes estados alemanes amenazados con la extinción cuando Napoleón barrió con el Sacro Imperio Romano y creó la Confederación del Rin. Sin embargo, los hijos de la duquesa viuda Augusta lograron abrirse camino con sumo cuidado entre Francia y Rusia, y fueron debidamente recompensados cuando, por la presión de esta última, el ducado se le devolvió al hijo mayor, Ernest, en 1807. Con la excepción de una de las hijas

(Sophie, que tomó por marido al conde Mensdorff), toda la descendencia de Augusta, bien se casó con un miembro de la realeza, bien alcanzó rango real por propio derecho, bien lo dejó asegurado para sus hijos. Una de las hijas se casó con el hermano de Alejandro I de Rusia; otra, con el duque de Württemberg; una tercera, con el duque de Kent, uno de los hermanos de Jorge IV de Gran Bretaña. Pero fue el hijo menor de Augusta, Leopoldo, el auténtico fundador de la dinastía de Sajonia-Coburgo. Leopoldo sufrió un duro revés cuando su primera esposa, la princesa Carlota, hija de Jorge IV, murió de parto en noviembre de 1817, apenas dieciocho meses después de su matrimonio. Pero sus circunstancias cambiaron cuando, tras fantasear con la idea de ascender al trono de Grecia, aceptó al final el título de «Rey de los Belgas» en 1831. A partir de entonces fue tan frecuente que ofrecieran tronos a los miembros de su familia, que en 1843 a Leopoldo le hizo «mucha gracia» que «un americano muy rico e influyente de Nueva York me asegurara que están muy necesitados de un gobierno capaz de garantizar la protección de la propiedad, y que muchos se inclinaban por la monarquía antes que por un desgobierno de la turba, como el que tenían, y que deseaba enormemente que alguna rama de la familia Coburgo sintiese inclinación por cargo semejante. *Qu'en dites-vous* [le preguntaba a su sobrina], ¿no es halagador?». [\[1\]](#) La sobrina de Leopoldo era la reina Victoria.

Tal como señalaba el *Times* en 1863, la historia de la casa

de Sajonia-Coburgo ejemplificaba hasta qué punto «un éxito llevaba a otro en la vida principesca».[2] Entre los nietos de Augusta de Sajonia-Coburgo se contaban no solo la reina Victoria y su marido, Alberto, sino también Ferdinando, que se casó con la reina de Portugal, y el hijo de Leopoldo, que llevaba el nombre de su padre y era el heredero al trono belga. La familia, por añadidura, estaba emparentada con la casa de Orleans y con los Habsburgo.(30) Además, el hijo mayor de Victoria y Alberto no fue el único que se casó con un miembro de la realeza: todos salvo uno de sus nueve hijos hicieron lo propio. Así, aparte de Federico Guillermo de Prusia, entre los yernos de la reina Victoria estaban el príncipe Cristián de Schleswig-Holstein y Enrique de Battenberg —cuyo hermano Alejandro se convertiría en príncipe de Bulgaria—, y entre sus nueras, la princesa Alejandra de Dinamarca y la princesa María, hija del zar Alejandro II y hermana del zar Alejandro III. Cuando el futuro Nicolás II llegó a Londres en su primera visita a Inglaterra en 1893, una reunión familiar parecía ya una cumbre internacional:

Paramos en Charing Cross. Allí nos recibieron: el tío Bertie [el futuro Eduardo VII], la tía Alix [Alejandra de Dinamarca], Georgie [el futuro Jorge V], Louise, Victoria y Maud [sus hermanas, la última de las cuales se casaría con el príncipe Carlos de Dinamarca, más tarde conocido como Haakon VII de Noruega] [...].

Dos horas después llegaron el abuelito [Cristián IX de Dinamarca], la abuelita y el tío Valdemar [de Dinamarca]. Qué maravilla tener a tanta familia reunida [...].

A las 4.30 fui a ver a la tía Marie [la esposa de Alfredo, duque de Sajonia-Coburgo] a Clarence Haouse y tomé el té en el jardín con ella, el tío Alfred y Ducky [su hija, Victoria Melita].[\[3\]](#)

Cuando esta última se casó el año siguiente con Ernesto Luis, heredero del gran ducado de Hesse-Darmstadt (véase la figura 17), la lista de invitados incluía un emperador y una emperatriz, unos futuros emperador y emperatriz, una reina, unos futuros rey y reina, siete príncipes, diez princesas, dos duques, dos duquesas y un marqués. Todos emparentados.

Desde luego, llegados ya a la década de 1880, los Coburgo se habían hecho sus enemigos. Tras la abdicación de Alejandro de Battenberg como príncipe de Bulgaria,[\[4\]](#) Herbert von Bismark vio la oportunidad de burlarse del «clan» Coburgo: «En la familia real británica y sus colaterales más próximos —le dijo al zar— existe una especie de veneración al principio familiar puro, y a la reina Victoria la consideran una suerte de Jefa absoluta de todas las ramas del clan Coburgo. En eso tienen que ver los codicilos, que van enseñándoles de lejos a los parientes obedientes. (Aquí el zar rio de buena gana.)». [\[5\]](#) Sin embargo, el clan duró más que el poder de los Bismark. En 1894, la reina Victoria veía encantada cómo el futuro zar Nicolás II pasaba a llamarla «abuelita», después de desposar este a aún otra de las nietas de la reina, Alix de Hesse.[\[6\]](#) Por la forma en que «Willy» (su nieto Guillermo II de Alemania) cruzaba animadas cartas con sus primos «Nicky» y «George»,[\[7\]](#) por un tiempo dio

la impresión de que la visión que inspirara a Leopoldo se había hecho realidad: de Atenas a Berlín, de Bucarest a Copenhague, de Darmstadt a Londres, de Madrid a Oslo, desde Estocolmo a Sofía e incluso hasta San Petersburgo, la casa de Sajonia-Coburgo imperaba. Cuando en 1894 nació el futuro Eduardo VIII, Victoria instó a que bautizaran a su bisnieto con el nombre de Alberto, como para ponerle la guinda al logro familiar:

Este será el linaje Coburgo, como antes el Plantagenet, el Tudor (por Owen Tudor), el Estuardo y el Brunswick por Jorge I —pues era el bisnieto de Jacobo I —, y esta sería la dinastía Coburgo, que contendría la Brunswick y todas las que la precedieron, que se unirían en ella.[\[8\]](#)



FIGURA 17. La casa de Sajonia-Coburgo-Gotha. La reina Victoria con algunos miembros de su familia en Coburgo el 21 de abril de 1894, reunidos para la boda de la princesa Victoria Melita y de Ernesto Luis, gran duque de Hesse, dos de sus cuarenta nietos. Sentada a la izquierda de la reina vemos a su hija mayor, Victoria, viuda del emperador de Alemania; y a su derecha, también sentado, a su nieto el káiser Guillermo II. Detrás del káiser, con barba y bombín, está el zar Nicolás II de Rusia, cuyos esponsales con otra de las nietas de la reina Victoria, la princesa Alexandra (Alix) de Hesse (de pie al lado de su futuro marido), acababan de anunciarse. Detrás del zar, a la izquierda, se halla el hijo mayor de la reina Victoria, el príncipe de Gales, más tarde el rey Eduardo VII. Entre las personas de la fila trasera, tenemos a otra de las nietas de la soberana, la princesa María, que se convertiría en la reina de Rumanía en 1914. Entre el resto de las nietas que no aparecen retratadas aquí se incluían las futuras reinas de Grecia, Noruega y España. La fotografía es de Edward Uhlenhuth.

La casa de Rothschild

Aquel polemista francés que comparó a los Sajonia-Coburgo con los Rothschild en la década de 1840[1] acertaba más de lo que imaginaba, pues estas dos dinastías de la Alemania meridional mantenían una relación casi simbiótica que se remontaba al compromiso de Leopoldo de Sajonia-Coburgo con la princesa Carlota en 1816.[2] La casa de Sajonia-Coburgo, con suerte y habilidad, había escalado a lo más alto durante y después de los tumultos napoleónicos. Partiendo de unos orígenes mucho más humildes, los Rothschild hicieron lo mismo. Entre 1810 y 1836, los cinco hijos de Mayer Amschel Rothschild ascendieron de los confines del gueto de Frankfurt hasta una posición de poder inaudito y sin par en las finanzas internacionales. A pesar de las múltiples crisis económicas y políticas a que se enfrentaron y a los esfuerzos de sus competidores por igualarlos, seguían ocupando esa posición a la muerte del más joven de ellos en 1868; e incluso después, su dominio no acabó de la noche a la mañana. Tan extraordinario les parecía este logro a sus contemporáneos que a menudo buscaron explicarlo en clave

mística. Según un relato de la década de 1830, los Rothschild debían su fortuna a un misterioso «talismán hebreo» que obraba en su poder y que era el que había permitido a Nathan Rothschild, fundador de la casa londinense, convertirse en «el leviatán de los mercados monetarios europeos».[3] Otras historias similares circulaban por la Zona de Asentamiento judío de Rusia bien entrada la década de 1890.[4]

La hazaña de los Rothschild marcó época. Nunca antes se había dado una concentración de capitales mayor que la que llegó a acumular esta familia en las décadas centrales del siglo XIX. Ya en 1828, su patrimonio conjunto superaba al de sus rivales más directos, los Baring, en un orden de magnitud. Una explicación estrictamente económica de su éxito haría hincapié en las innovaciones que introdujeron en el mercado internacional de deuda pública y los métodos por los que ese capital que tan rápido acumularon les permitieron expandirse a los mercados de las letras de cambio, las materias primas, el oro y los seguros. Sin embargo, conviene también comprender la estructura característica que confirieron a su negocio, que era al mismo tiempo una sociedad familiar bajo una dirección estricta y una multinacional: una única «empresa general conjunta» con filiales, «casas», en Frankfurt, Londres, Viena, París y Nápoles. Los Rothschild resistieron las fuerzas centrífugas gracias, en parte, a los matrimonios entre ellos. A partir de 1824, los Rothschild acostumbraron a casarse con miembros

de su propia familia. De los veintiún matrimonios que celebraron los descendientes de Mayer Amschel entre 1824 y 1877, no menos de quince fueron entre descendientes directos. Si bien una boda entre primos no era ni mucho menos inusual en el siglo XIX —en particular en las dinastías empresariales judío-alemanas—, la cifra resultaba llamativa. «Los Rothschild armonizan unos con otros de un modo de lo más sorprendente —señalaba el poeta Heinrich Heine—. Curiosamente, hasta escogen a sus cónyuges entre ellos, y los hilos de sus relaciones mutuas forman unos complicados embrollos que a los historiadores futuros les costará desentrañar.»^[5] Las referencias afectadas a «nuestra familia real» apuntan a que los propios Rothschild eran conscientes del paralelismo con los Sajonia-Coburgo.^[6]

Igualmente crucial en todo esto fue la rapidez con que crearon su red, no solo de agentes y socios financieros por toda Europa, sino de «amigos en las altas esferas» políticas. «Ya sabes, querido Nathan —escribía Salomon en octubre de 1815—, lo que solía decir padre sobre lo de pegarse a alguien del Gobierno.»^[7] Y de nuevo: «Ya recuerdas el principio de padre: tienes que estar dispuesto a intentarlo todo para congraciarte con una figura tan importante del Gobierno». ^[8] Y tampoco los había dejado Mayer Amschel en la duda con respecto a la mejor manera de ganarse a estos políticos: «Nuestro difunto padre nos enseñó que si un hombre poderoso contrae una deuda económica con un judío, ese hombre pasa a pertenecerle al judío [*gehört er dem Juden*]».

[9] Entre los clientes más relevantes de los Rothschild en este periodo se contaban Carl Buderus, alto consejero de finanzas del elector de Hesse-Cassel; Karl Theodor von Dalberg, miembro en su día de los Illuminati y príncipe primado de la Confederación del Rin de 1806 a 1814; Leopoldo de Sajonia-Coburgo, consorte de la princesa Carlota y más adelante rey de los belgas; John Charles Herries, nombrado comisario jefe del ejército en octubre de 1811, más adelante (por poco tiempo) canciller de la Hacienda y presidente de la Junta de Comercio; Charles William Stewart, tercer marqués de Londonderry, hermano de lord Castlereagh; el duque de Orleans, futuro Luis Felipe, rey de Francia; el canciller austríaco, el príncipe Metternich, y el príncipe Esterházy, embajador de Austria en Londres.

Una de las razones por las que los Rothschild se ganaron a la élite política (y se impusieron a sus empresarios rivales) fue que poseían una red de información y comunicaciones excepcional. En aquella época, el servicio postal era lento y poco de fiar: las cartas de París a Frankfurt solían llegar en apenas 48 horas en 1814; pero el correo procedente de Londres podía tardar hasta una semana, y los envíos de París a Berlín, nueve días en 1817.[10] Escritores compulsivos como eran, los hermanos pronto prescindieron del correo y recurrieron en su lugar a mensajeros privados, incluidos agentes en Dover autorizados a fletar barcos para los negocios de los Rothschild.[11] Hace mucho que se piensa que Nathan Rothschild fue el primero en Londres en conocer

la noticia de la derrota de Napoleón en Waterloo, gracias a la velocidad con que uno de sus mensajeros logró transmitir el extraordinario quinto y definitivo boletín (emitido en Bruselas durante la noche del 18 al 19 de junio) vía Dunkerque y Deal hasta llegar a New Court unas 24 horas después; al menos 36 horas antes de que el mayor Henry Percy entregara el despacho oficial de Wellington al gabinete ministerial.^[12] En los últimos tiempos se ha planteado alguna duda sobre esta historia, pero el hecho es que Rothschild recibió la noticia lo bastante pronto —aun si fue el 21 de junio— para «sacar provecho de la primicia [...] de la victoria». El corresponsal londinense del *Caledonian Mercury* envió más tarde aquel mismo día un informe del resultado de la batalla, que citaba como fuente una «buena autoridad; alguien que ha visto una carta de Gante, recibida por Rosschild [sic], el gran corredor de Bolsa, cuya información es invariablemente la mejor».^[13] A mediados de la década de 1820, los Rothschild usaban de manera regular mensajeros privados; solo en diciembre de 1825, la casa de París mandó dieciocho de ellos hacia Calais (y de ahí a Londres), tres a Saarbrücken, uno a Bruselas y otro a Nápoles.^[14] A partir de 1824 se emplearon también palomas mensajeras, aunque por lo visto los hermanos no recurrieron a sus servicios tanto como algunos han dado por sentado.

El desarrollo de esta red de comunicación rápida y segura tenía diversas ventajas. Primera, permitía a los Rothschild ofrecer un servicio postal de la mejor calidad a la élite

europea. Estando en Londres en 1822, el vizconde de Chateaubriand recibió «un despacho importante» enviado por la duquesa de Duras por medio de su «protegido Rothschild».[15] En 1823, «recibir las noticias de Rothschild» formaba parte integral de la rutina de la condesa Nesselrode.[16] Y puede que los entusiastas más eminentes del servicio postal de Rothschild a partir de 1840 fueran la joven reina Victoria y su consorte, el príncipe Alberto.[17] Segunda, su red de mensajería colocaba también a los Rothschild en situación de proporcionar un servicio de noticias único. Los acontecimientos políticos importantes, así como la información confidencial, podían transmitirse de una ciudad a otra mucho antes de que llegasen por los canales oficiales. En 1817, James se ofreció a remitir los detalles de los despachos diplomáticos franceses de París a Londres, de modo que Nathan los recibía antes incluso de que los propios despachos llegaran a manos del embajador francés.[18] En 1818, un diplomático francés que se dirigía al Congreso de Aquisgrán quedó «impresionado en extremo» por la «correcta información» que manejaba Nathan «referente a los detalles de nuestra comitiva y por su conocimiento de las personas que probablemente la compondrían, algunos de cuyos nombres creo que no habían trascendido ni siquiera de la Oficina de Asuntos Exteriores».[19] Cuando el duque de Berry (tercer hijo del rey francés, Carlos X) murió asesinado en febrero de 1820, fueron los Rothschild quienes dieron a conocer la noticia en Frankfurt

y Viena.[20] Del mismo modo, cuando la princesa Carlota falleció en 1817, de nuevo ellos difundieron el suceso hasta París.[21] En calidad de primer ministro, a George Canning le desagradaba que los Rothschild estuviesen siempre sacando en exclusiva los informes de los embajadores británicos, pero en ningún caso podía permitirse pasar por alto las importantes aportaciones debidas a la información de esta familia, como la capitulación turca en Akkermán.[22] Los Rothschild fueron también los primeros en dar la noticia de la revolución francesa de julio de 1830 a lord Aberdeen, en Londres, y a Metternich, en Bohemia,[23] no mucho antes de que los políticos y diplomáticos empezaran asimismo a echar mano de la red de comunicación de los Rothschild, en parte porque era más veloz que los sistemas de mensajería oficiales que se usaban para entregar la correspondencia diplomática, pero también porque los mensajes de naturaleza no vinculante podían mandarse de gobierno a gobierno indirectamente mediante la correspondencia privada de los hermanos.

Por descontado, si los Rothschild solo hubiesen confiado en sus cinco casas para recopilar información, el sistema habría sido muy limitado. Pero pronto su alcance se extendía mucho más de sus bases europeas originarias. Como a ninguno de los nietos de Mayer Amschel le apeteció (o se le permitió) fundar una nueva «casa», este despliegue se consiguió reuniendo un grupo selecto de agentes a sueldo contratados para cuidar de los intereses del banco en otros

mercados, principalmente Madrid, San Petersburgo, Bruselas y, tiempo después, Nueva York, Nueva Orleans, La Habana, México y San Francisco. Las líneas de comunicación con estos agentes conformaron una nueva y compleja red de información y negocios.^[24] Hombres como August Belmont en Nueva York o Daniel Weisweiler en Madrid gozaban inevitablemente de una autonomía considerable a causa de la lejanía y de un conocimiento más profundo del terreno; sin embargo, nunca dejaban de ser por encima de todo agentes de los Rothschild, y no se les permitía olvidarlo. Y tampoco quedaba la cosa en esta red de influencia formal, de igual importancia era la red, más amplia pero más laxa, de conexiones con otros bancos, así como con corredores de Bolsa, bancos centrales y prensa financiera.

Los coetáneos no tardaron en comprender que había surgido una nueva clase de poder económico. En 1826, el liberal francés Vincent Fournier-Verneuil afirmó en la que fue la primera de muchas ocasiones que el Gobierno francés era un pelele corrupto de la «aristocracia de las finanzas, la aristocracia más insulsa y menos noble de todas», encabezada por el mismísimo «M. el barón R [...]».^[25] Dos años más tarde, el miembro del Parlamento Thomas Duncombe se quejaba en la Cámara de los Comunes británica de que

un poder nuevo y tremendo, inaudito hasta estos tiempos en Europa: dueño de una riqueza ilimitada, se jacta de ser el árbitro de la paz y la guerra, y de que el

crédito de las naciones depende de un gesto de su cabeza; intercambia cartas con innumerables destinatarios; sus mensajeros corren más rápido que los de los príncipes soberanos y los de los soberanos absolutos; los ministros del Estado cobran de él. Fundamental en los gabinetes ministeriales de Europa continental, aspira a un dominio propio.[26]

A mediados de la década de 1830, una revista estadounidense publicó una apreciación similar, solo que en términos no tan peyorativos: «Los Rothschild son los prodigios de la banca moderna [...] tienen a todo un continente en la palma de la mano [...]. Ningún gabinete ministerial da un paso sin su consejo».[27] El diarista inglés Thomas Raikes señalaba más o menos por la misma época: «Los Rothschild se han convertido en los soberanos del metálico de Europa. Desde sus distintos establecimientos en París, Londres, Viena, Frankfurt y Nápoles, se han hecho con el control del mercado de cambio europeo, algo que ningún otro habría logrado nunca. Ningún soberano puede, sin su ayuda, conseguir un préstamo».[28] Un dibujante alemán anónimo vino a decir en esencia lo mismo (solo que de un modo más vívido) al retratar a un judío caricaturizado de manera grotesca —a todas luces, un remedo de Rothschild— como *Die Generalpumpe* (un juego de palabras con el doble sentido del término alemán *Pumpen*, «bombear» o «prestar»). Rothschild, sugiere la viñeta, es una máquina monstruosa que bombea dinero por todo el mundo.[29]

En la década de 1820 solía acusarse con frecuencia a los Rothschild de estar alineados políticamente con las fuerzas

reaccionarias y restauradoras. Según cierta fuente, se habían convertido en «la haute Trésorerie de la Sainte Alliance». [30] En efecto, cuando el príncipe alemán itinerante Pückler-Muskau describió por primera vez a Nathan en una carta dirigida a su esposa, lo presentó como «el principal aliado de la Santa Alianza». [31] A Nathan lo caricaturizaban como el corredor de seguros de la «Falsa Alianza», que ayudaba a prevenir un incendio político en Europa. [32] En 1821 incluso lo amenazaron de muerte por «su vinculación con potencias extranjeras, y en particular la ayuda prestada a Austria, a cuenta de los planes de aquel país, contrarios a las libertades de Europa». [33] Ya en agosto de 1820, el delegado de Bremen en la Dieta de la Confederación germánica, en Frankfurt, señalaba que «Austria necesita la ayuda de los Rothschild para su actual demostración de fuerza frente a Nápoles, y Prusia hace mucho que habría terminado teniendo su Constitución si la casa de Rothschild no hubiese permitido posponer ese fatídico día». [34] Para el escritor liberal Ludwig Börne, los Rothschild eran «los peores enemigos de la nación. Han hecho más que ningún otro por socavar los cimientos de la libertad, y es incuestionable que la mayoría de los pueblos de Europa estarían a estas alturas en plena posesión de su libertad si hombres como los Rothschild [...] no prestaran a los autócratas el apoyo de su capital». [35]

Sin embargo, estos juicios exageraban el alcance de la lealtad política de los Rothschild respecto a la visión de

Metternich de una restauración conservadora. Como señalaba con acierto el delegado de Bremen en Frankfurt:

Esta casa, por medio de sus enormes transacciones financieras y sus conexiones bancarias y crediticias, ha logrado alcanzar la posición de un verdadero Poder; se ha hecho a tal punto con el control del mercado monetario general que se halla en disposición tanto de frenar como de promover, según se sienta inclinada, los movimientos y las operaciones de los potentados, y hasta de las mayores Potencias europeas.[36]

Si el precio era el adecuado, los Rothschild podían avalar un préstamo para Austria, pero también por estados más liberales. Cuando el emperador austríaco comentó que Amschel Rothschild era «más rico que yo», no era una simple ocurrencia.[37] En el duodécimo canto de su *Don Juan*, lord Byron preguntaba: «¿Quién tiene el equilibrio del mundo? / ¿Quién reina sobre los congresos realistas o liberales? —y respondía (con mofa)—: El judío Rothschild y Baring, su colega cristiano». Los banqueros eran «los amos auténticos de Europa».[38] La clave es que Byron veía que los Rothschild influían en los regímenes monárquicos y también liberales. En su ensayo «Rothschild y los estados europeos» (1841), Alexandre Weill lo presentaba de manera sucinta: aunque «Rothschild había necesitado a los estados para convertirse en Rothschild», ahora «ya no necesita al Estado, pero este sigue teniendo necesidad de él».[39] El año siguiente, el historiador liberal Jules Michelet anotó en su diario: «El señor Rothschild conoce Europa príncipe a

príncipe, y la Bolsa, corredor a corredor. Lleva todas sus cuentas en la cabeza, las de los corredores y las de los reyes; habla con ellos sin consultar siquiera sus libros contables. Y les dice: “Su cuenta se quedará en números rojos si nombra a tal ministro”». [\[40\]](#) He aquí otro aspecto en el que, tras 1815, el orden jerárquico no había sido tanto «restaurado» como reconfigurado. El extenso grupo familiar que constituía la casa de Sajonia-Coburgo-Gotha tal vez otorgara al nuevo orden la legitimidad de la genealogía de la realeza, pero fue la advenediza casa de Rothschild —con sus redes de crédito e información inéditas— la que avaló el sistema monárquico europeo.

Las redes industriales

Antes de alcanzar alturas semejantes, Nathan Rothschild había emprendido una humilde carrera en Gran Bretaña comprando telas manufacturadas para exportarlas al continente. Los registros que se conservan de aquellos primeros años proporcionan un vívido retrato de una economía en las fases tempranas de la primera revolución industrial. Entre 1799, cuando llegó a Inglaterra, y 1811, cuando estableció formalmente la firma de N. M. Rothschild en Londres, viajó no solo por el condado de Lancashire, sino también a Nottingham, Leeds, Stockport e incluso a Glasgow en busca de tejidos que mandar a sus clientes en Alemania. Pero no se limitó a la compra de telas. «Tan pronto llegué a Manchester —le contaría más tarde al miembro del Parlamento Thomas Fowell Buxton—, me gasté todo el dinero, las cosas estaban baratísimas; y saqué un buen rendimiento. Pronto descubrí que había tres beneficios distintos: el de la materia prima, el del teñido y el de la fabricación. Y le dije al fabricante: “Yo le suministraré los materiales y el tinte, y usted me suministrará el producto

manufacturado”. Así sacaba tres beneficios en lugar de uno, y podía vender el género más barato que nadie.»[1] Con la rápida difusión de las nuevas tecnologías de hilado y tejido por el norte de Inglaterra y el centro de Escocia, y con un sinfín de pequeños fabricantes que competían entre ellos, las oportunidades para un intermediario agresivo eran inmensas. Como explicaba en diciembre de 1802:

Los martes y los jueves, los tejedores que viven en el campo en un radio de treinta kilómetros desde Manchester traen aquí su género, unas veinte o treinta piezas, unos más, otros menos, que venden a los comerciantes de por aquí a dos, tres y seis meses vista. Pero como suele haber algunos que necesitan dinero y están dispuestos a sacrificar parte de los beneficios para procurárselo, una persona que vaya con dinero en mano puede comprar a veces un 15 o un 20 por ciento más barato.[2]

Por otra parte, a medida que su negocio se expandía y empezaba a exportar a compañías distintas a la de su padre, Rothschild pasó a ofrecer no solo precios bajos, sino también condiciones de pago razonables, pues según decía al propio comprador, consideraba que su dinero estaba «tan seguro en sus manos como si lo tuviera en el bolsillo».[3] Pero si las recompensas eran altas, también lo eran los riesgos. Los precios y las tasas de interés eran sumamente volátiles. Los proveedores fallaban en las entregas tan a menudo como los compradores con los pagos, y con el estallido de la guerra económica entre Gran Bretaña y Francia que siguió a la prohibición napoleónica de todo comercio continental con

los británicos en 1806 y 1807, Rothschild tuvo que recurrir al contrabando.

Al igual que las revoluciones intelectuales y políticas del siglo XIX, la revolución industrial fue un producto de las redes. Ningún gobernante la ordenó, si bien algunas acciones del Gobierno (en particular, las leyes que gravaban las importaciones de tela de la India) sin duda la impulsaron. Además de las redes crediticias como esa a la que pertenecía Nathan Rothschild, había otras de capital que permitían a emprendedores e inversores acumular información y recursos, y redes tecnológicas, que facilitaban el intercambio de innovaciones para la mejora de la productividad. James Watt jamás habría logrado hacer sus mejoras en la máquina de vapor de no haber pertenecido a una red que incluía también al profesor Joseph Black, de la Universidad de Glasgow, y a los miembros de la Sociedad Lunar de Birmingham.^[4] La mayoría de las empresas textiles eran pequeñas y bastante fáciles de financiar, pero las iniciativas de capital intensivo, como las sociedades para la construcción de canales o las aseguradoras dependían en extremo de las redes de inversores.^[5] Como en la era preindustrial, las exportaciones e importaciones internacionales estaban gestionadas en gran medida por redes comerciales. En todas ellas, el parentesco, las amistades y la religión compartida entraban en juego. Y lo mismo pasó cuando las nuevas tecnologías manufactureras cruzaron el Atlántico rumbo a Estados Unidos.^[6] Como

muestra la figura 18, no existía una conexión directa entre Watt y Oliver Evans, el inventor de Filadelfia que patentó una máquina de vapor de alta presión superior a la de Watt. De hecho, había cuatro grados de separación entre ellos.^[7] Pero el ímpetu innovador —la «mentalidad perfeccionadora»— se propagó casi como una fe religiosa (según un estudioso).^[8] En cada estadio de la revolución industrial, las redes desempeñaron un papel crucial, no solo a la hora de difundir nuevos procesos sino, lo que es más importante, también a la de acumular potencia intelectual y capitales. Del mismo modo que el desarrollo de unas máquinas de vapor cada vez más eficientes fue fruto del esfuerzo colectivo de una red, y no de heroicos inventores aislados, también los descubrimientos posteriores en aeronáutica son tan deudores de miembros clave de la Sociedad Americana de Ingenieros Civiles, la Asociación Americana de Ingenieros Mecánicos y la Sociedad Americana por el Desarrollo de la Ciencia como de los hermanos Wright. En ese «mundillo», Octave Chanute, autor de *Progress in Flying Machines* (1894), fue el conector más importante: el Paul Revere de la primera aeronave.^[9]

El enigma fundamental de la historia británica en la era de la industrialización es por qué la revolución económica no trajo asociada una revolución política. O por plantear la pregunta de un modo distinto: ¿cómo es que las redes que surgieron en la Inglaterra y la Escocia de finales del siglo XVIII fueron lo bastante poderosas para dar origen a la

manufactura moderna, pero no para derrocar las jerarquías monárquicas, aristocráticas y eclesiásticas del Reino Unido? En 1848, por toda Europa continental, quienes habían firmado peticiones por un agravio u otro se vieron arrastrados por una nueva ola revolucionaria, que esta vez llegó nada menos que hasta Berlín y Viena y condujo a la caída de Metternich.[\[10\]](#) No se dio nada parecido en Gran Bretaña. El célebre orador *whig* Henry Brougham fundó una Sociedad para la Divulgación del Conocimiento Útil, no una para la difusión de las ideas republicanas. Hasta los cartistas, mientras organizaban la campaña para la ampliación del derecho a voto, se reunieron en orden y acogieron a pocos elementos revolucionarios en su seno. Parte de la explicación radica en que la política del siglo XVIII se esforzó mucho por inculcar en los «escalafones más bajos» que en calidad de «británicos» tenían un interés patriótico en preservar el orden social existente.[\[11\]](#) Así, las revueltas más sonadas de la era hannoveriana fueron los disturbios anticatólicos de Gordon, que tan vívidamente imaginó Dickens en su *Barnaby Rudge*. Otra parte de dicha explicación responde a la gran habilidad con que la élite británica se adaptó a las condiciones rápidamente cambiantes de la era industrial. Victoria y Alberto eran, en sus inclinaciones políticas, liberales de un modo que no halla parangón en sus parientes de Hannover. Además, la nueva élite financiera personificada en los Rothschild tenía mayor flexibilidad política de lo que muchos de sus detractores

suponían.

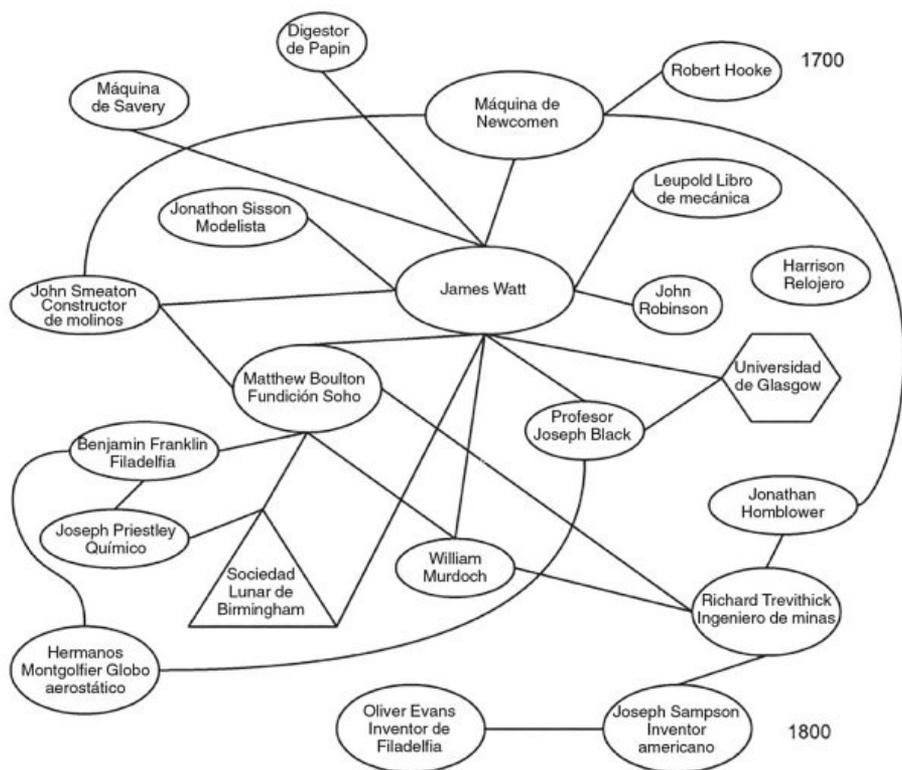


FIGURA 18. La «red del vapor»: James Watt, Matthew Boulton y la red social de la tecnología de la máquina de vapor, c. 1700-1800.

Un buen ejemplo de por qué Gran Bretaña esquivó la revolución es el caso de las campañas por la abolición del tráfico de esclavos y la esclavitud. El movimiento abolicionista nació fuera del Parlamento, entre minorías religiosas (en particular, los cuáqueros) y organizaciones nuevas, como la Sociedad para hacer Efectiva la Abolición del Tráfico de Esclavos, más tarde Sociedad por la Reducción

y la Abolición Gradual de la Esclavitud. Llegó a la Cámara de los Comunes justo al tiempo en que estallaba la Revolución francesa. William Wilberforce leyó su influyente discurso —«Sobre los horrores del tráfico de esclavos»— en la Cámara de los Comunes el 12 de mayo de 1789, apenas una semana después de que se convocaran los Estados Generales en París. Un mínimo de 400.000 personas firmaron peticiones en que se exigía la abolición en 1792, en torno a un 12 por ciento de la población adulta masculina; en el caso de Manchester, rozaban la mitad.[\[12\]](#) En 1816, el número de firmas que se oponían a la reanudación del tráfico de esclavos en Francia llegó a 1.375.000.[\[13\]](#) La agitación fue aún mayor en 1833, cuando el Parlamento recibió peticiones con casi millón y medio de rúbricas, entre ellas una firmada por 187.000 mujeres y cosida hasta formar un rollo de ochocientos metros de largo por la hija de Thomas Fowell Buxton, Priscilla.[\[14\]](#) El movimiento abolicionista fue un auténtico fenómeno de redes. Así y todo, a diferencia de lo ocurrido en las colonias americanas y en Francia, esta red jamás supuso una amenaza tal que pudiera abocar al país a la revolución. Un motivo obvio es que la cuestión concernía a los intereses de gente que estaba muy lejos de las islas Británicas: esclavos africanos y plantadores de las Indias occidentales. Un segundo motivo es que, pese a que en la década de 1790 la élite política se había dedicado a dar largas al asunto, ahora respondió con relativa rapidez a la presión extraparlamentaria: abolió el

tráfico de esclavos en 1807 y, más tarde, en 1833, emancipó a cerca de 800.000 esclavos en las posesiones británicas. El tercer y último motivo es que los plantadores de las Indias occidentales eran un grupo de interés demasiado pequeño para ejercer derecho de veto.

Hace tiempo que existe un encendido debate en torno a si los productores azucareros británicos del Caribe estaban ya en crisis en vísperas de la abolición o si esta irrumpió en pleno apogeo económico, pues los historiadores han tratado de entender cómo Gran Bretaña pasó de ser el actor principal del tráfico de esclavos en el Atlántico a su activo y declarado opositor con semejante velocidad.^[15] Lo que queda claro es que, a pesar de que su consumo se disparó en Inglaterra, los precios del azúcar descendieron de manera sostenida a lo largo del siglo XVIII. Hubo un pico significativo durante la Revolución francesa y las guerras napoleónicas — dado que el corte en el suministro causado por la revuelta de los esclavos en Saint-Domingue solo fue compensado en parte por el aumento de la producción en las plantaciones de Cuba, así como en Isla Mauricio y la India—, pero antes de 1807 volvió a caer, y cayó todavía más con la llegada de la paz. En comparación, no se dio una tendencia a la baja en el precio medio de los esclavos. No obstante, el argumento de que estas dos tendencias condenaron al fracaso las plantaciones de azúcar de las Indias occidentales —que la «abolición fue el resultado directo de los apuros» en la región—^[16] no resulta convincente. Teniendo en cuenta la

demanda creciente de azúcar en toda Europa, las circunstancias que hicieron perdurar la esclavitud en Cuba, por no hablar de Brasil, se habrían dado también en las plantaciones británicas de no ser por la abolición, que aumentó de manera irremediable los costes de la mano de obra. El verdadero problema para los plantadores británicos fue la rápida diversificación de la economía del Reino Unido a medida que las importaciones de algodón destinadas a la manufactura y la reexportación iban superando en importancia a las de azúcar. A finales de la década de 1820, los artículos de algodón constituían ya la mitad de las exportaciones británicas. Como capital de la industria textil del país, Manchester ejercía mayor influencia política en Londres que la que ejercía Jamaica, y no le costaba nada hacer la vista gorda ante la pervivencia del tráfico de esclavos y de la esclavitud en el Sur de Estados Unidos, de donde provenía una proporción cada vez mayor del algodón bruto de Lancashire. De manera muy oportuna, fue Nathan Rothschild —antiguo comerciante de algodón convertido en banquero— quien financió el préstamo público de quince millones de libras necesario para compensar a los propietarios de esclavos tras la ley de 1833.^[17] De hecho, Nathan cenó con Thomas Fowell Buxton justo después de que se aprobara la ley que liberaba a los esclavos.^[18] Más adelante, los hijos de Nathan desempeñarían un papel destacado en la campaña por la emancipación judía en Gran Bretaña, y la reina Victoria ascendería a uno de los nietos,

Nathaniel, a la Cámara de los Lores.

Gran Bretaña era, en 1815, una sociedad desigual en grado sumo. La propiedad de las tierras estaba altamente concentrada en manos de una aristocracia hereditaria, más que en la mayoría de los países europeos, incluida la Francia del *ancien régime*. El sistema tributario era regresivo en extremo: la mayor parte de la recaudación provenía de los impuestos al consumo, y la mayor parte del gasto iba al ejército, la armada y los tenedores ricos de bonos ministeriales o del Estado. Sin embargo, ninguno de los movimientos extraparlamentarios del siglo XIX —ni el abolicionismo, ni la reforma electoral que siguió— representó nunca una seria amenaza para el orden establecido. Y fue así porque, a diferencia de la francesa, la jerarquía británica supo cuándo dejarse llevar por la corriente. Los abolicionistas vieron el ascenso al trono de la joven reina Victoria en 1837 como una oportunidad de reforma, no como un obstáculo, y la joven monarca pronto sintió la presión de respaldar su campaña. Delegó la tarea en el príncipe consorte, que pronunció su primer discurso público, solo tres meses después de casados, en un encuentro de la Sociedad para la Extinción del Tráfico de Esclavos y la Civilización de África. «Lamento profundamente —dijo el príncipe Alberto— que los esfuerzos bienintencionados y perseverantes de Inglaterra para abolir ese tráfico atroz de seres humanos (que constituye al mismo tiempo la devastación de África y la mancha más oscura sobre la

civilizada Europa) no hayan llevado todavía a una resolución satisfactoria. Pero confío con toda sinceridad en que este gran país no cejará en sus esfuerzos hasta que ponga por fin, y para siempre, punto final a un estado de cosas tan repugnante para el espíritu del cristianismo y para los mejores sentimientos de nuestra naturaleza.»[\[19\]](#)

De la pentarquía a la hegemonía

En los años posteriores a 1815, el caos que se había desatado en la década de 1790 quedó controlado. El nuevo orden jerárquico de Napoleón había domeñado la anarquía reticular francesa, y el desafío revolucionario que Francia planteara al resto de los estados europeos se superó al final mediante la imposición de un nuevo «concierto» supervisado de manera colectiva por las cinco grandes potencias, entre ellas la restaurada monarquía francesa. A lo largo del siglo XIX, la monarquía siguió siendo la estructura política predominante en todo el mundo. En el seno de cada Estado europeo, no solo se restauró la legitimidad del principio hereditario, sino también un nuevo modelo de estratificación social en que la élite monárquica cosmopolita entró en relación simbiótica con una nueva élite plutócrata (ante el ingrato desdén hacia ambas de aristocracias nacionales más venerables). En ese sentido, «Restauración» es una descripción imperfecta, y aquellos que pretendieron un retorno absoluto al *ancien régime* (en particular, los Borbones en Francia) no duraron mucho.

El reloj no podía atrasarse. Y tampoco podía impedirse que avanzara. La revolución industrial incrementó tanto los ingresos como la población. Por primera vez en la historia, las ciudades del noroeste de Europa superaron en tamaño a las del este de Asia. Las nuevas tecnologías manufactureras demostraron tener otros usos al margen de la mejora de la eficiencia de la producción textil. También la guerra empezó a industrializarse, con barcos acorazados y armas más letales. Las economías nacionales siguieron sucumbiendo a la influencia de grandes corporaciones industriales, cuyos dueños y gestores, junto con los banqueros que los financiaban, comenzaron a constituirse en una nueva élite social y política, si bien íntimamente conectada con el antiguo régimen. El mapa del mundo en 1900 era un puzle imperial donde once imperios occidentales controlaban una proporción desmesurada (el 58 por ciento en total) del territorio del planeta, por no hablar de la población (el 57 por ciento) y del rendimiento económico (el 74 por ciento). [\[1\]](#) Hasta Estados Unidos se hizo con colonias en ultramar.

Este, a buen seguro, no era el futuro por el que Paul Revere había cabalgado hasta Lexington. Los casacas rojas habían ganado. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña —un reino con una población de 45,6 millones de habitantes y una superficie de algo más de 300.000 kilómetros cuadrados— gobernaba sobre 375 millones de personas y 28 millones de kilómetros cuadrados. Tal vez lo más extraordinario de este vasto imperio fuera lo exiguo de

sus guarniciones. En 1898 había 99.000 soldados regulares destinados en Gran Bretaña, 75.000 en la India y 41.000 en el resto del imperio. La armada contaba con otros 100.000 hombres, y los ejércitos nativos indios se hallaban formados por 148.000. Estas cifras representan fracciones diminutas de la población total del imperio. Y también el Gobierno era exiguu. Entre 1858 y 1947, rara vez se superaron los mil funcionarios *covenanted*[\(31\)](#) en el Servicio Civil Indio (ICS, por sus siglas en inglés), para una población total que, a finales del dominio británico, superaba los 400 millones de personas. Esta mínima dotación no era exclusiva de la India. La élite administrativa al completo del cuerpo colonial africano, repartido por más de doce colonias con una población en torno a los 43 millones de habitantes, ascendía a poco más de 1.200 funcionarios.[\[2\]](#) ¿Cómo era posible? ¿Cómo consiguió el mayor imperio en la historia ser al mismo tiempo —en esa expresión despectiva acuñada por el socialista alemán Ferdinand Lasalle en 1862— un «Estado centinela»?

QUINTA PARTE

Los caballeros de la mesa redonda

Una vida imperial

En la novela de John Buchan *Los treinta y nueve escalones*, una siniestra organización conocida como la Piedra Negra conspira a fin de hacerse con los planes británicos para «el despliegue de la Gran Flota en la movilización». Solo después de una serie de asesinatos y de una de las persecuciones más elaboradas de la literatura popular, la conspiración se ve frustrada por el infatigable héroe patriótico de Buchan, Richard Hannay. Buchan fue, después de Rudyard Kipling, el escritor que mejor captó el espíritu del imperialismo británico de comienzos del siglo xx.^[1] Como muchas de sus obras, *Los treinta y nueve escalones* organiza el mundo en una jerarquía de tipos raciales, donde los escoceses (brillantes pero, a la vez, musculosos) se sitúan en la cúspide, seguidos de los rudos sudafricanos, tras los cuales vienen los estadounidenses (insuficientemente marciales); a continuación, los alemanes (sexualmente sospechosos) ocupan la zona media, luego les siguen los judíos y, por último, más o menos los demás por debajo de estos.⁽³²⁾ Sin embargo, como ocurre casi siempre en las

novelas de Buchan, los verdaderos protagonistas de *Los treinta y nueve escalones* no son individuos, sino redes: sociedades secretas, como la Piedra Negra, y nobles pandillas de caballeros imperiales entregados a un contraespionaje improvisado; en este caso, un escocés que ha vuelto de Rodesia, un *freelance* estadounidense y un ingenuo político y terrateniente.

Nacido en Perth, en 1875, hijo de un ministro de la Iglesia libre de Escocia —perteneciente a la confesión presbiteriana—, y luego criado en Kirkcaldy, Buchan fue ascendiendo en el tipo de escalafón profesional que el Reino Unido y su imperio venían ofreciendo a los escoceses ambiciosos desde los tiempos del célebre abogado y escritor James Boswell. Tras estudiar en la escuela secundaria Hutcheson, en Glasgow, cursó la *Literae Humaniores* (licenciatura en literatura griega y romana antiguas) en Brasenose, Oxford, donde se especializó, se licenció con la nota más alta y obtuvo la presidencia de la Oxford Union, la prestigiosa sociedad de debate que aún hoy sigue preparando a los futuros ministros para la brega parlamentaria. Entre 1901 y 1903 —durante y después de la segunda guerra de los Bóeres— fue secretario político privado de lord Milner, el alto comisionado para Sudáfrica. En 1907 hizo una excelente boda, al casarse con Susan Grosvenor, prima del duque de Westminster. No contento con ser un autor prolífico, Buchan estudió derecho y se convirtió en abogado. También se hizo socio de la editorial Thomas Nelson & Sons, además

de dirigir por un tiempo la revista *The Spectator*. Durante la Primera Guerra Mundial, exento de ir al frente debido a su mala salud, dirigió el recién creado Departamento de Información, y una vez finalizado el conflicto estuvo ocho años en la Cámara de los Comunes como miembro unionista en representación de las universidades escocesas. Durante todo ese tiempo, además, fue un infatigable escritor, pues publicó una media de un *thriller* al año, junto con una historia de la Gran Guerra en varios volúmenes. Su apoteosis llegó en 1935, cuando fue incorporado a la nobleza (como lord Tweedsmuir de Elsfield) y nombrado gobernador general de Canadá.^[2]

En suma, pues, Buchan ascendió a través de la jerarquía imperial británica, progresando en el ámbito académico, social, profesional, político y luego funcional, aunque no llegara tan alto como pretendía (quería ser virrey de la India, o al menos poseer una cartera ministerial). Sin embargo, su carrera no se entiende si se la desliga de la red a la que pertenecía: el «Kindergarten» o «Mesa Redonda» asociado a lord Milner. Esta es otra de esas redes históricas que se han hecho en especial notorias, en este caso, gracias en gran parte a los escritos del influyente historiador de Georgetown Carroll Quigley,⁽³³⁾ que la describió como «una sociedad secreta que, durante más de cincuenta años, representó [...] una de las fuerzas más importantes en la formulación y ejecución de la política imperial y exterior británica».^[3] El objetivo de dicha sociedad, según Quigley, era «unir al

mundo, y sobre todo al mundo anglohablante, en una estructura federal en torno a Gran Bretaña», y sus métodos consistían en ejercer una «influencia política y económica secreta entre bastidores y [...] el control de las instituciones periodísticas, educativas y propagandísticas».[4] En un texto de finales de la década de 1940, Quigley reconocía que la Mesa Redonda había «logrado ocultar su existencia con un rotundo éxito, y [que] muchos de sus miembros más influyentes, satisfechos de poseer la realidad antes que la apariencia del poder, son desconocidos incluso para quienes estudian de cerca la historia británica». Sin embargo, esta sociedad

tramó la incursión de Jameson Raid en 1895; provocó la guerra de los Bóeres en 1899-1902; creó y controla la Fundación Rhodes; creó la Unión Sudafricana en 1906-1910; fundó el periódico sudafricano *The State* en 1908; fundó el periódico del Imperio británico *The Round Table* en 1910, que sigue siendo el órgano de difusión del grupo; ha sido la que mayor influencia ha ejercido en el All Souls College, el Balliol College y el New College de Oxford durante más de una generación; lleva más de cincuenta años controlando el *Times*, a excepción de los tres años entre 1919 y 1922; publicitó la idea y el nombre de la «Mancomunidad Británica de Naciones» en el periodo 1908-1918; ejerció una influencia determinante en la administración de guerra de Lloyd George en 1917-1919 y dominó la delegación británica en la Conferencia de Paz de 1919; tuvo mucho que ver con la formación y la gestión de la Sociedad de Naciones y el sistema de mandatos; fundó el Real Instituto de Asuntos Internacionales en 1919, y todavía lo controla; fue una de las principales influencias en la política británica con respecto a Irlanda, Palestina y la India en el periodo 1917-1945; ejerció una influencia muy importante en la política de apaciguamiento de Alemania durante los años 1920-1940, y ha controlado y sigue controlando, en una medida muy considerable, las fuentes y los escritos de la historia de la

política imperial y exterior británica desde la guerra de los Bóeres.[\[5\]](#)

Independientemente del grado de veracidad que contuvieran unas afirmaciones tan extraordinarias, la última ha dejado de ser válida. En consecuencia, hoy los estudiosos pueden escribir de manera abierta y desapasionada sobre la Mesa Redonda, aunque, sin duda, los teóricos de la conspiración seguirán repitiendo las acusaciones de Quigley.

Imperio

Aunque la Mesa Redonda no dirigiera el mundo, sí puede afirmarse de manera innegable que hubo un grupo muy reducido de hombres británicos que dirigieron buena parte de él. Repitamos la pregunta: ¿cómo fue posible?

De alguna manera, la respuesta reside en el modo como los británicos absorbieron en su imperio las estructuras existentes de poder local. En Tanganica, por ejemplo, sir Donald Cameron luchó por reforzar los vínculos del «campesino [...] con su capataz, del capataz con el subjefe, del subjefe con el jefe y del jefe con la Oficina de Distrito». En África occidental, lord Kimberley consideraba que era mejor «no tener nada que ver con los “nativos cultos” en su conjunto. Yo trataría solo con los jefes ancestrales». «Todos los orientales tienen en muy alto concepto a un lord», insistía George Lloyd antes de asumir sus funciones como recién ennoblecido alto comisionado en Egipto. El único propósito del Imperio británico —sostenía Frederick Lugard, el artífice de la expansión de Gran Bretaña por África occidental— era «mantener a las autoridades tradicionales

como un baluarte de seguridad social en un mundo cambiante [...]. La categoría realmente importante era el estatus».[1] Lugard ideó una completa teoría de «gobierno indirecto» según la cual podía mantenerse el dominio británico con un coste mínimo delegando todo el poder local en las élites existentes y manteniendo solo los elementos esenciales de la autoridad central (en especial, las finanzas) en manos británicas. En su libro *The Dual Mandate in British Tropical Africa* [«El doble mandato en el África tropical británica»], de 1922, Lugard definía el gobierno indirecto como el «uso sistemático de las instituciones habituales de la gente a modo de organismos de gobierno local».[2] Por encima de esas jerarquías de estatus tradicional, los británicos añadieron su propia metajerarquía imperial. En la India, el protocolo en su totalidad se hallaba estrictamente regulado por la denominada «Real Orden de Precedencia», que en 1881 incluía nada menos que 77 rangos distintos. A lo largo y ancho del imperio, los funcionarios se desvivían por pasar a formar parte de la Distinguidísima Orden de San Miguel y San Jorge, ya fuera como «compañero» (CMG), como «caballero comendador» o «dama comendadora» (KCMG), o por último —un título reservado en exclusiva para un nivel muy alto de gobernadores—, como «caballero gran cruz» o «dama gran cruz» (GCMG).(34) Según declaraba lord Curzon, entre «la comunidad anglohablante de todo el mundo [existía] un insaciable apetito de títulos y distinción»; de hecho, podría haber añadido también

«condecoraciones», puesto que había un afán casi similar de galones y medallas. Pese a su éxito mundano, John Buchan se sentía frustrado por sus escasos logros en la obtención de esa clase de «prebendas».

Sin embargo, el Imperio británico no habría alcanzado tan vasta extensión, ni durado tanto como lo hizo, de haber dependido solo de la jerarquía, por no hablar del esnobismo. En el siglo XIX, las redes revolucionarias no se habían evaporado; antes al contrario, con la difusión de la doctrina de Karl Marx entre los trabajadores e intelectuales nació una de las mayores redes de la era moderna: la red socialista. A finales de siglo también florecieron otros movimientos revolucionarios, que iban desde el anarquismo hasta el feminismo pasando por el nacionalismo radical. Sin embargo, las estructuras jerárquicas de la época (los imperios y los estados-nación) lograron dominarlas con facilidad, incluso cuando estas recurrieron al terrorismo. Ello se debió a que las nuevas tecnologías de comunicación creadas por la revolución industrial —el ferrocarril, el buque de vapor, el telégrafo y, más tarde, el teléfono, junto con los servicios postales nacionales y los periódicos— no solo lograron generar redes de mucha mayor envergadura que los socialistas (por más que estos aunaran la miríada de formas de organización sindical que proliferaban en las economías industriales),^[3] sino que también se prestaban muy bien a un control centralizado.

Es evidente que el vapor y los cables eléctricos aceleraron

la comunicación. En los días de la vela se tardaba entre cuatro y seis semanas en cruzar el Atlántico; con la introducción de los barcos de vapor el tiempo se redujo a dos semanas a mediados de la década de 1830 y a tan solo diez días en la de 1880. Entre las décadas de 1850 y 1890, el tiempo necesario para viajar de Inglaterra a Ciudad del Cabo era de 42 a 19 días. Por otra parte, conforme fueron haciéndose más veloces, los buques de vapor se hicieron también más grandes: en el mismo periodo, el tonelaje bruto medio casi se duplicó. En consecuencia, no solo se tardaba mucho menos en cruzar los océanos que separaban la metrópoli de los territorios del imperio, sino que se atravesaban con un coste mucho menor. Así, por ejemplo, lo que costaba transportar un *bushel* de trigo (unos 27 kilos) de Nueva York a Liverpool se redujo a la mitad entre 1830 y 1880, y de nuevo a la mitad entre 1880 y 1914. El telégrafo aún obró mayores maravillas: a partir de 1866 fue posible transmitir información a través del Atlántico a razón de ocho palabras por minuto.

La tendencia de cualquier tipo de control a devenir centralizado no siempre se manifiesta de manera inmediata. La red ferroviaria británica había empezado a desarrollarse a partir de 1826 con apenas una mínima intervención estatal, pero los ferrocarriles que los británicos construyeron en los territorios del imperio, aunque fabricados también por empresas del sector privado, dependían de generosas subvenciones públicas, lo que en la práctica garantizaba que

proporcionaran dividendos. La primera vía férrea construida en la India, la línea que unía Bombay con Thane —a unos treinta kilómetros de distancia—, se inauguró oficialmente en 1853; menos de cincuenta años después, la red ferroviaria cubría una extensión de unos 40.000 kilómetros. Dicha red tuvo, ya desde su misma concepción, tanto un propósito estratégico como económico. Lo mismo puede decirse del telégrafo, que en 1857 estaba lo bastante desarrollado en la India para desempeñar un papel decisivo a la hora de sofocar la rebelión que estalló ese año, iniciada como un motín de soldados autóctonos (cuando estaba a punto de ser ejecutado, uno de los amotinados identificó al telégrafo como «la maldita cuerda que me estrangula»). Sin embargo, el avance decisivo de cara a la centralización de las comunicaciones fue la construcción de cables submarinos duraderos. Es harto significativo que fuera un producto imperial —un tipo de caucho de Malaya llamado gutapercha— el que lo hiciera posible, al permitir que en 1851 se extendiera el primer cable submarino a través del canal de la Mancha, al que seguiría, quince años después, el primero transatlántico. El establecimiento de la línea inaugural telegráfica a través del Atlántico marcó claramente el inicio de una nueva era. El hecho de que el cable fuera de Irlanda a Terranova puso de manifiesto qué potencia tenía más probabilidades de dominar la era del telégrafo. En 1880 había en conjunto unos 160.000 kilómetros de cable tendidos a través de los océanos del mundo, que unían Gran Bretaña

con Canadá, la India, Asia oriental, África y Australia. Ahora podía transmitirse un mensaje de Bombay a Londres con un coste de cuatro chelines la palabra en cuestión de otros tantos minutos. Para Charles Bright, uno de los apóstoles de la nueva tecnología, el telégrafo era «el sistema de nervios eléctricos del mundo». En palabras de un eminente analista imperial, la revolución victoriana en las comunicaciones globales logró «aniquilar la distancia». También hizo posible aniquilar la larga distancia. «El telégrafo ha hecho desaparecer el propio tiempo», proclamaba el *Daily Telegraph*.^[4] Lo mismo les ocurrió a los rebeldes que se atrevieron a desafiar el orden imperial mundial.

Sin embargo, pese a todas las ventajas estratégicas de la red global de cable que tan rápido se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX, su propiedad seguía estando en gran parte en manos privadas. No fue la reina Victoria quien llevó a cabo el sueño de los telegramas transatlánticos, sino un escocés amante del riesgo llamado John Pender. Nacido en el valle de Leven, Plender amasó su primera fortuna comerciando con algodón en Glasgow y Manchester, y fue su experiencia como comerciante —que aguardaba constantemente noticias del otro lado del mar— la que lo convenció para invertir primero en las filiales inglesa y escocesa de la Magnetic Telegraph Company, y luego en la Atlantic Telegraph Company. La segunda inversión se fue a pique cuando el cable laboriosamente tendido por la empresa en 1858 se quemó por culpa de un «electricista

jefe» no demasiado cualificado que trató de mejorar la nitidez de la transmisión multiplicando por más de tres el voltaje. Pender volvió a intentarlo en 1865, con la fusión de la Atlantic Telegraph Company en una nueva empresa llamada Telegraph Construction and Maintenance Company. Hubo un segundo desastre cuando el nuevo cable, mejor aislado pero mucho más pesado, se rompió y hundió en el lecho oceánico en pleno Atlántico. Sin amilanarse, Pender y su socio, el ingeniero ferroviario inglés Daniel Gooch, fundaron una nueva empresa, la Anglo-American Telegraph Company Ltd., que se hizo cargo del proyecto y, al tercer intento, logró llevarlo a término. Gooch —que supervisó en persona el exitoso tendido del nuevo cable desde el impresionante *Great Eastern*, el mayor buque de vapor de la época— describe el júbilo con que fueron recibidos él y su tripulación a su llegada a Heart's Content, en Terranova:

Allí [...] se produjo la emoción más desenfadada que había visto jamás. Todos parecían locos de alegría, saltando al agua y gritando como si quisieran que el sonido se oyera en Washington. En cuanto el cable tocó tierra se emitió una señal desde la costa, y todos los barcos del puerto dispararon una salva. No sé cuántos cañones se dispararon, pero el estruendo fue tremendo, y el humo no tardó en ocultar a los barcos de nuestra vista. El eco del ruido de los cañones en las colinas que rodeaban la bahía resultó imponente [...]. En cuanto llegó [el cable] [...] a la casa de madera ahora utilizada como oficina del telégrafo [...] se produjo otra escena de emoción incontenible. Parecía que los viejos operarios del cable fueran a comerse el extremo; un hombre de hecho se lo llevó a la boca y lo chupó.^[5]

Dos días después, Gooch vio que algunos de los miembros de su tripulación leían el editorial cablegrafado del *Times* donde se celebraba su hazaña. «Después de leerlo, uno de ellos le dijo a otro: “Te digo, Bill, que seremos benefactores de nuestra raza”. “Sí —repuso Bill—, lo seremos”, y se pavoneó con la espalda erguida y la cabeza por lo menos cinco centímetros más alta.»[\[6\]](#)

En 1868, el Gobierno británico nacionalizó la red interior de telégrafos, pero no hubo ni la menor tentativa de repetir lo mismo con los cables transatlánticos. Pender no perdió el tiempo. En 1869 fundó la Falmouth, Gibraltar and Malta Telegraph Company, la British-Indian Submarine Telegraph Company y la China Submarine Telegraph. En apenas unos años, Londres estaba conectada vía telégrafo con Malta, Alejandría, Bombay, Singapur y Hong Kong. En 1872, otras dos empresas de Pender habían conectado Bombay con Adelaida a través de Singapur. Tras fusionar los elementos centrales de su floreciente imperio del cable para fundar la Eastern Telegraph Company, Pender prosiguió su expansión infatigable: conectó Lisboa con la ciudad brasileña de Pernambuco en 1874 y llegó a África en la década de 1880. En total, fundó treinta y dos compañías de telégrafos, la mayoría de las cuales terminarían como filiales de la Eastern Telegraph Company. Cuando murió, en 1896, las empresas controladas por Pender poseían una tercera parte de todo el sistema telegráfico mundial (véase la lámina 15).

Los inventores experimentaron. Los empresarios invirtieron y compitieron. Los gobiernos mostraron un interés estratégico. Y los organismos internacionales —como la Unión Telegráfica Internacional, creada en 1865— regularon o, cuando menos, armonizaron.^[7] Pero lo que terminó surgiendo en última instancia fue un duopolio privado de la telegrafía internacional: a partir de 1910, cuando adquirió Anglo-American, la compañía estadounidense Western Union se hizo con el control del tráfico transatlántico, mientras la Eastern Telegraph controlaba el resto del mundo. El núcleo del sistema se hallaba en Londres, pero el Gobierno no necesitaba ser el propietario directo de la red más de lo que podría necesitar gobernar directamente los principados indios. Pender, que fue parlamentario —primero del Partido Liberal y luego del Unionista Liberal— desde la década de 1860, al que nombraron KCMG en 1888 y GCMG en 1892, era alguien en quien se podía confiar como miembro plenamente integrado de aquella élite política británica obsesionada por el estatus tan mordazmente retratada en la obra de Trollope *El mundo en que vivimos*.

La secuencia de acontecimientos que llevaron del audaz espíritu emprendedor de Pender a la creación de una red telegráfica global fue típica del imperialismo decimonónico. Un proceso similar había conducido al desarrollo de las plantaciones de caucho de Malaya, la fuente de la gutapercha, sin la cual la red de cable oceánico habría sido

técnicamente imposible. Fue un inconformista aventurero de ultramar, Henry Wickham, quien, tras fracasar en el comercio y la plantación, adquirió semillas de una especie brasileña de árbol del caucho llamada *Hevea brasiliensis* que luego envió a Londres. Sin embargo, su iniciativa contó con el patrocinio económico de sir Clements Markham, secretario de la Real Sociedad Geográfica de Londres, mientras que el auténtico trabajo de investigación y desarrollo se realizó en los Reales Jardines Botánicos de Kew (cuyo director era Joseph Hooker, amigo de Charles Darwin) y sus equivalentes en Ceilán y Singapur. Por último, la inversión en plantaciones a gran escala en el Sudeste Asiático, sobre todo en los estados malayos, se dejó en manos del capital privado. Las autoridades coloniales malayas solo se involucraron cuando los precios se desplomaron tras la Primera Guerra Mundial.[\[8\]](#)

Así pues, una razón clave de la envergadura y duración del Imperio británico fue el papel relativamente discreto que desempeñó la autoridad central. Aunque en teoría era jerárquica —de hecho, igual que John Buchan, los teóricos raciales victorianos clasificaban a la humanidad en función de niveles hereditarios de inteligencia—, en la práctica delegaba un considerable margen de poder a los gobernantes locales y a las redes privadas. A diferencia del efímero imperio europeo de Napoleón, el Imperio británico no lo dirigía un genio que supervisaba hasta el más mínimo detalle, sino un club de señoriales aficionados cuya

superioridad aparentemente natural dependía en realidad de los esfuerzos anónimos de agentes locales y colaboradores autóctonos. Casi todos los aspectos de la expansión británica se gestionaron de esta forma, desde las finanzas[9] hasta la labor misionera.[10] La «sede central» estaba en Londres, pero el «hombre sobre el terreno» disfrutaba de una considerable autonomía siempre y cuando no mostrara signos de «adoptar las costumbres indígenas». En algunos casos, la influencia británica se extendió sin apenas dirección central. Un ejemplo fue la difusión del sistema educativo denominado de «instrucción mutua» (o «método Lancaster») en la enseñanza primaria de Latinoamérica, una región donde el imperialismo extraoficial era la norma. Este sistema educativo, desarrollado por Joseph Lancaster y Andrew Bell para su uso en Inglaterra y la India británica, fue importado a Sudamérica en el siglo XIX en parte por una serie de políticos hispanoamericanos, que lo habían descubierto en Londres, y en parte por James Thomson, el representante itinerante de dos entidades inglesas, la Sociedad Escolar Británica y Extranjera y la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, además de una española, la Real Sociedad Económica de Amigos del País.[11]

Sin embargo, la evolución económica de finales del siglo XIX se dirigió, sin duda, al incremento de los rendimientos de escala. En casi todos los sectores industriales hubo una acusada tendencia a la concentración. El número de empresas disminuyó, al tiempo que unas cuantas de ellas se

hacían enormes. Con algunas notables excepciones, como la sociedad bancaria de los Rothschild, las empresas más grandes dejaron de ser propiedad de las familias de sus fundadores y de estar gestionadas por estas. En los importantes centros de producción y comercio imperial situados a orillas del río Clyde, en Escocia —al igual que en todo el mundo industrial—, las sociedades por acciones se convirtieron en la forma dominante de empresa a gran escala.^[12] Andrew Carnegie, un escocés que emigró a Estados Unidos, fue una especie de Napoleón de la industria cuya empresa siderúrgica que llevaba su nombre se convertiría en uno de los gigantes de la edad de oro estadounidense. En un ensayo publicado en 1889, Carnegie explicaba:

El precio que paga la sociedad por la ley de la competencia, como el precio que paga por tener comodidades y lujos baratos, es [...] importante; pero las ventajas de esta ley son aún mayores, puesto que es a ella a la que debemos nuestro maravilloso desarrollo material, que trae consigo mejores condiciones. Pero, sea esta ley benigna o no, debemos hablar de ella, como hablamos del cambio en las condiciones de los hombres [...]. Está ahí; no podemos evitarla; no se le han encontrado sustitutos; y aunque a veces dicha ley pueda resultar dura para el individuo, es lo mejor para la raza, puesto que asegura la supervivencia de los más aptos en todos los sectores. Aceptamos y acogemos, pues, como condiciones a las que debemos adaptarnos, la gran desigualdad del entorno, la concentración de negocios, industriales y comerciales, en manos de unos pocos, y la ley de la competencia entre ellos, no solo como beneficiosas, sino esenciales para el futuro progreso de la raza [...]. Un estado de cosas en que se promueven los intereses que son mejores para la raza [...] inevitablemente da riqueza a unos pocos.^[13]

Pero la intención de Carnegie no era fundar una dinastía; de hecho, despreciaba la riqueza heredada, y donó casi toda su fortuna. Su Carnegie Steel Company, que ya era el resultado de una fusión producida en 1892, sería absorbida por la enorme (aunque no monopolista) United States Steel Corporation nueve años después. Pero la concentración de capital no se limitaba a los sectores de la telegrafía y el acero. El sistema financiero internacional llegó a asemejarse a una red libre de escala, con gran cantidad de riqueza concentrada en unos cuantos centros financieros, de los que Londres era *primus inter pares*.[\[14\]](#) Lo mismo podía decirse del ámbito de los medios informativos. A primera vista, el mundo estaba inundado de incontables periódicos locales; pero un análisis más detallado revelaba que la oferta de noticias nacionales e internacionales había pasado a estar dominada por un cártel de tres agencias de noticias europeas —Reuters, Havas y Wolffs Telegraphisches Bureau—, cuyos informes simplemente se limitaban a reproducir la mayoría de los periódicos.[\[15\]](#)

A partir de finales del siglo XIX, hasta el mundo académico mostró signos de centralización. La difusa red internacional de la revolución científica se transformó con el espectacular aumento en importancia de las universidades germanas.[\[16\]](#) La educación alemana pareció imitar al ejército prusiano en la rigidez de su estructura jerárquica. En los *Gymnasien*, las escuelas de secundaria de la élite, los asientos que ocupaban

los chicos en el aula dependían de la clasificación académica. [17] En las grandes universidades —Gotinga, Heidelberg, Jena, Marburgo, Tubinga—, los profesores eran auténticos déspotas que tiranizaban a sus alumnos. Si se mide por el incremento de la calidad y cantidad de las investigaciones publicadas en diversos campos, desde la literatura clásica hasta la química orgánica, hay que reconocer que el sistema funcionaba. Aunque el Imperio alemán fuera por detrás del británico en cuanto a kilómetros cuadrados de territorios de ultramar, en cambio se adelantó a él primero en la ciencia y luego en la industria.

Las élites británicas eran relativamente abiertas. Los aristócratas invertían en ferrocarriles, se incorporaban a los consejos de administración de bancos, casaban a sus hijos con «nuevas ricas» judías o estadounidenses... En cambio, una característica diferencial de la vida en el Reich alemán era que la modernidad económica parecía haberse injertado en una estructura social preindustrial, donde la clase de los *junkers* prusianos todavía parecía llevar la voz cantante. Diversos estudios realizados sobre las comunidades rurales de Europa central y oriental en el siglo XIX nos recuerdan que, para una proporción muy elevada de la población europea, la modernidad era una perspectiva distante aun en 1850; y que, cuanto más al este se viajaba, más se retrocedía también en el tiempo. Las comunidades alemanas de fuera del Reich habitaban en un mundo que los londinenses probablemente solo podían encontrar en los cuentos de

hadas de los hermanos Grimm.^[35] En el valle del Gail, en Austria, los matrimonios y la genealogía seguían estando dominados por pautas de «endogamia estructural», igual que había ocurrido desde el siglo ^{xvi}.^[18] En la hacienda de Pinkenhof, en la provincia rusa báltica de Livonia, convivían múltiples familias en casas de labranza de madera comandadas por un jefe electo que dirigía su trabajo en el campo.^[19] Pero la realidad era que la industrialización y la democratización —introducidas para la mayoría de los alemanes con la fundación del Reich en 1871— planteaban retos fundamentales al antiguo orden. En la novela de Theodor Fontane *Der Stechlin* [«Los Stechlin»], publicada en 1899, la fábrica de vidrio local de Globzow simboliza el inminente desmoronamiento del viejo orden rural en la Marca de Brandeburgo. Como se lamenta el viejo *junker* Dubslav von Stechlin:

[...] envían [los alambiques que fabrican] a otras fábricas y enseguida empiezan a destilar toda clase de cosas terribles en esos globos verdes: ácido clorhídrico, ácido sulfúrico, humeante ácido nítrico [...]. Y cada gota hace un agujero, ya sea en lino, paño o cuero; en todo; todo se quema y chamusca. Y cuando pienso que mis convecinos participan en ello, y proporcionan alegremente los instrumentos para esa conflagración mundial generalizada [*Generalwelтанbrennung*]... ¡Ay!, *meine Herren*, ¡cómo me duele!^[20]

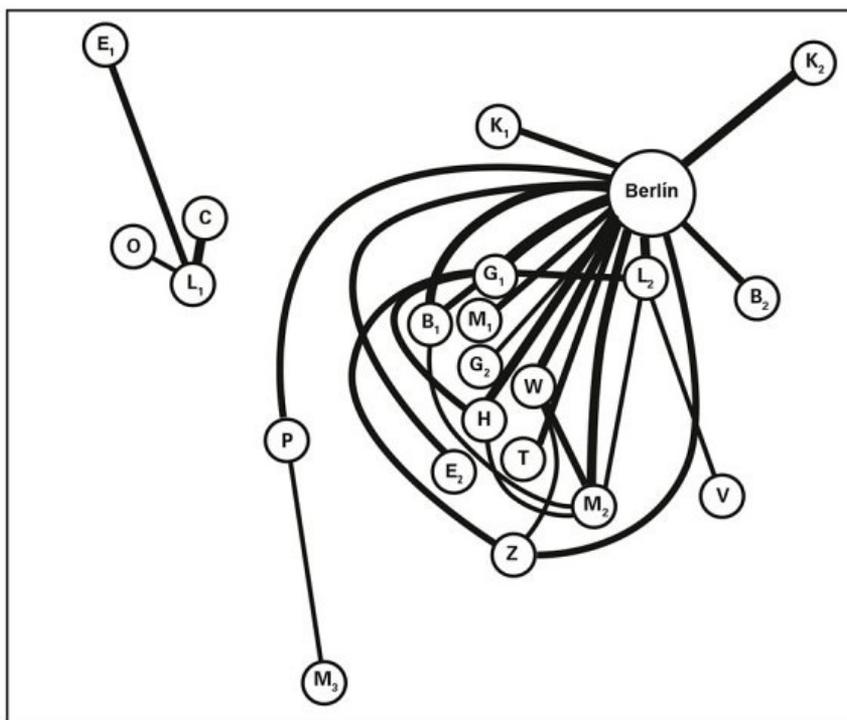


FIGURA 19. Las redes de la práctica científica en el siglo XIX: el auge de las universidades alemanas. El diagrama se basa en los lugares donde trabajaron los principales científicos del siglo.

B₁, Bonn; B₂, Breslavia; C, Cambridge; E₁, Edimburgo; E₂, Estrasburgo; G₁, Gotinga; G₂, Giessen; H, Heidelberg; K₁, Kiel; K₂, Königsberg; L₁, Londres; L₂, Leipzig; , Marburgo; M₂, Múnich; M₃, Montpellier; O, Oxford; P, París; T, Tubinga; V, Viena; W, Wurzburg; Z, Zúrich.

Las redes de notables —*Honoratioren*— cuyas familias habían dominado las estructuras de poder locales durante generaciones[21] se convirtieron en objeto de continuos ataques, no solo por parte de los nuevos partidos políticos nacionales, sino también de las crecientes burocracias de ámbito nacional, regional y local. El gran sociólogo Max Weber (cuyo afán por destacar como el tipo ideal de

profesor teutónico acabó produciéndole una crisis nerviosa) entendió este avance como una racionalización del proceso político y una «desmitificación» del mundo; pero también supo ver el poder que acabarían ejerciendo los demagogos en un panorama político cada vez más despojado de redes tradicionales.

Taiping

Mientras los imperios europeos extendían sus redes de hierro, acero y gutapercha sobre la tierra y bajo el mar, las dinastías imperiales supervivientes del mundo oriental —en particular, la otomana y la Qing— afrontaban el dilema de hasta qué punto debían imitar a aquellos. La estructura de poder del Imperio Qing era muy distinta de las de los imperios occidentales. El poder local seguía dominado por redes de parentesco, igual que había ocurrido durante muchos siglos.^[1] Sin embargo, como veíamos en el capítulo 11, los funcionarios imperiales eran seleccionados según un competitivo examen meritocrático, cuyo resultado era apartar a los funcionarios de cualesquiera otras lealtades que no fueran la fundamental lealtad al emperador.^[2]

La China Qing se ha calificado con acierto como una «monarquía burocrática», gobernada por «hombres cuyas carreras profesionales [se] medían por el prestigio y el poder, la movilidad y la seguridad, dentro de un orden jerárquico».^[3] La pesadilla de todas y cada una de las sucesivas dinastías eran las rebeliones fundamentadas en

redes que surgían de manera periódica en las provincias. De hecho, entre los funcionarios confucianos existía la tradición de imaginar la recurrente amenaza de una nebulosa «Sociedad del Loto Blanco», un grupo de budistas laicos cuyo origen se atribuía al célebre monje Huiyuan en el año 402 d.C. Durante las eras Yuan, Ming y Qing hubo cierta tendencia a identificar cualquier clase de heterodoxia como enseñanzas del Loto Blanco, «enseñanzas heréticas» (*xiejiao*) o «cristianismo» (*tianzhujiao*).^[4] Al igual que en 1789 la Francia revolucionaria se vio asolada por un «Gran Miedo», de manera similar en China —solo dos décadas antes— se desencadenó un pánico generalizado al «robo de almas» que se extendió por todo el imperio, y por el cual los aldeanos acusaban no solo a los mendigos y monjes itinerantes, sino también a los funcionarios e incluso al propio emperador, de apoderarse de las almas humanas por medios mágicos.^[5] El emperador Qianlong logró aprovechar ese pánico en beneficio propio, al reafirmar su autoridad sobre la burocracia imperial. Pero lo cierto es que ese histerismo en torno al robo de almas revelaba una grave debilidad del sistema: el hecho de que su capacidad burocrática se hallaba poco difundida en comparación con los estándares europeos, al tiempo que su legitimidad resultaba cuestionable. En el siglo XIX, el sistema era lo bastante fuerte para extender el dominio Qing hacia el norte y el oeste, más allá del territorio histórico de base de los Ming y sus predecesores,^[6] pero demasiado débil para resistir las injerencias europeas, en

especial las británicas, que comenzaron a partir de la década de 1840; y apenas lo bastante fuerte para sobrevivir a una crisis interna que eclipsaría por completo los episodios del Loto Blanco y el robo de almas: la Rebelión Taiping.

Como hemos visto, la Europa del siglo XIX era relativamente pacífica. No ocurría lo mismo en China. Desde cualquier punto de vista, la guerra civil que asoló el Imperio Qing entre 1850 y 1865 fue el mayor conflicto del siglo XIX, pues causó la muerte directa o indirectamente de entre 20 y 70 millones de personas, y casi diezmó la población china. Fue inmensamente más destructiva incluso que la guerra de la Triple Alianza (1864-1870) entre Paraguay, Argentina, Brasil y Uruguay, o la guerra de Secesión estadounidense (1861-1865), que fueron el segundo y el tercer conflicto en importancia de aquel siglo, respectivamente. Cientos de ciudades chinas resultaron destruidas. Las matanzas de civiles y ejecuciones masivas de prisioneros se convirtieron en moneda corriente. Las epidemias (sobre todo de cólera) y el hambre siguieron de cerca la estela dejada por las batallas. La Rebelión Taiping reviste una triple importancia para la historia de las redes. Para empezar, dicha rebelión surgió de un culto que al inicio solo atrajo a adeptos de grupos marginales, pero que luego se extendió de manera viral a través de una parte sustancial del núcleo territorial de la China Han. En segundo término, hubo una serie de influencias externas (una vez más, en su mayoría británicas) que precipitaron el conflicto a la vez que contribuyeron a

derrotar a los insurgentes. En tercer lugar, el efecto devastador de la guerra civil se tradujo en un auténtico éxodo chino, casi tan numeroso como la emigración de personas de las zonas más pobres de Europa en aquella época. A su vez, esto estimuló una revuelta populista menos violenta, pero de algún modo más consecuente, en Estados Unidos y otros lugares. Tales fueron las consecuencias imprevistas derivadas de la existencia de una mayor conectividad.

La revuelta estalló en la provincia de Guangxi, muy al sur de la capital Qing, a comienzos de 1851, cuando un ejército rebelde de 10.000 efectivos derrotó a las tropas gubernamentales en la población de Jintian (actual Guiping). En un primer momento desempeñó un papel clave la minoría étnica zhuang, que constituía nada menos que una cuarta parte del ejército Taiping. Desde Guangxi, los rebeldes prosiguieron su avance hasta Nankín (Nanjing), que el principal líder de la revuelta, Hong Xiuquan —que se autoproclamaba «Rey Celestial»—, convirtió en su capital. En 1853 controlaban todo el valle del Yangtsé. Los cabecillas del movimiento eran personas ajenas al poder. Hong era miembro de la comunidad hakka («personas invitadas»), un subgrupo han que habitaba en el sur de China y cultivaba tierras marginales. Había suspendido cuatro veces el examen para el escalafón provincial de la administración pública. Otro de los cabecillas, Yang Xiuqing, era un comerciante de leña de Guangxi.

La historia de la Rebelión Taiping puede contarse como una revuelta popular contra una dinastía extranjera, personificada en el emperador Xianfeng (que reinó en 1850-1861) y la emperatriz viuda Cixi (1835-1908). Debido a su negativa a llevar el cabello al estilo manchú (afeitado por delante y con una coleta trenzada detrás), los rebeldes Taiping recibieron el apodo de «Cabellos Largos» (*Chángmáo*). Eligieron Nankín como cuartel general porque antaño la ciudad había sido la capital Ming. Sus objetivos eran en ciertos aspectos revolucionarios, ya que abogaban por la «propiedad en común» y la igualdad para las mujeres (incluida la abolición del vendaje de los pies). Pero cuesta imaginar que el movimiento Taiping hubiera tenido tanto éxito de no haber sido por las influencias externas que al mismo tiempo contribuyeron a debilitar al Gobierno Qing. La primera de ellas fue la agresiva exportación de opio a China por parte de la Compañía Británica de las Indias Orientales. La segunda, el armamento que los europeos se mostraron igualmente dispuestos a vender. Es difícil justificar la crueldad de la política británica en ese sentido. «Sin que nadie nos lo pidiera, y no siempre con los métodos más sutiles —admitía lord Elgin—, hemos derribado las barreras detrás de las cuales estas antiguas naciones intentaban ocultar del mundo exterior los misterios, y quizá también, al menos en el caso de China, los harapos y la podredumbre de sus decadentes civilizaciones.»^[7]

Algo más respetuosos con la tradición china se mostraron

los misioneros protestantes; hombres como Robert Morrison, de la Sociedad Misionera de Londres, que había llegado a Cantón (Guangzhou) en 1807, y William Milne, cotraductor de la primera Biblia china, publicada en 1833. Aun así, la influencia de los misioneros resultaría exactamente tan perturbadora como la de los vendedores de estupefacientes y de armamento. Después de que Milne lo introdujera en el cristianismo, Hong Xiuquan sucumbió a los delirios religiosos a raíz de una crisis nerviosa sufrida cuando suspendió un examen. Convencido de que era el hermano menor de Jesucristo, concibió su movimiento como una «Sociedad de Adoradores de Dios» y se autoproclamó soberano del «Reino Celestial de la Gran Paz» (*Taiping Tianguo*), mientras que su colaborador Yang Xiuqing afirmaba ser la voz de Dios. Otro cabecilla Taiping, Hong Rengan, había sido bautizado en la fe luterana por el misionero sueco Theodore Hamberg, uno de los varios que publicarían la historia de la rebelión. El misionero baptista estadounidense Issachar Jacox Roberts se convirtió en asesor tanto de Hong Xiuquan como de Hong Rengan. Otro misionero simpatizante fue Charles Taylor, de la Misión Episcopal Metodista del Sur de Estados Unidos.^[8]

En suma, el movimiento Taiping fue una forma mutante de cristianismo, que adoptó no solo parte del lenguaje de este, sino incluso algunas prácticas cristianas, en especial el bautismo y la iconoclastia. Lo que los misioneros no habían previsto era la facilidad con que su rebaño oriental abrazaría

los elementos más militantes en su religión, como si se propusieran de manera consciente recrear una versión china de la guerra de los Treinta Años. Un estandarte colgado en el salón del trono Taiping lo expresaba de manera inequívoca: «Dios ordenó matar al enemigo y unir todas las montañas y ríos en un solo reino». Nada justificaba tan a las claras la decisión que tomó en 1724 el emperador Yongzheng de expulsar a la oleada anterior de cristianos, en su mayoría jesuitas, llegados en el siglo anterior. A primera vista sería fácil confundir la Rebelión Taiping con una revolución similar a las que estallaron en Europa en 1848; pero un análisis más atento revela que se parece mucho más a alguna de las anteriores guerras de religión. En cierto modo, Hong Xiuquan fue una versión china del anabaptista Jan de Leiden, aunque con mucho mayor éxito.

Es fácil olvidar lo cerca que estuvo la Rebelión Taiping de hacer realidad su reino. En 1860, las fuerzas Taiping tomaron Hangzhou y Suzhou. El que no lograran hacerse con Shangai y su posterior retirada a Nankín se debió en no pequeña medida a una nueva injerencia extranjera. En agosto de 1860, Shangai fue defendida por una fuerza de tropas imperiales Qing y oficiales occidentales comandados por el estadounidense Frederick Townsend Ward. Tras la muerte de este último, el oficial británico Charles «Chino» Gordon condujo a una serie de victorias al denominado «Ejército Siempre Victorioso». Solo en agosto de 1871 el último de los ejércitos Taiping, al mando de Li Fuzhong,

sería aniquilado por completo. Este resultado fue en cierto modo análogo a la derrota de los confederados a manos de los unionistas en la guerra de Secesión estadounidense. En ambos casos, los estadistas británicos contemplaron muy en serio la posibilidad de realizar algún tipo de intervención del lado de la rebelión, aunque solo fuera reconociendo a los rebeldes como beligerantes; y en ambos optaron al final por volver al *statu quo*. En el caso estadounidense, se trató de una decisión basada en parte en la manifiesta superioridad económica del Norte; en el caso chino, reflejaba la visión de que, tras ganar la segunda guerra del Opio (1856-1860) y humillar al Gobierno imperial en Pekín, Gran Bretaña tenía un interés especial en apoyar al Imperio Qing como una estructura débil con la que pudiera contar de cara a aceptar una subordinación económica extraoficial. La denuncia que hiciera lord Palmerston de los Taiping como «insurgentes no solo contra el emperador, sino contra todas las leyes humanas y divinas» no se basaba en un gran respeto por la dinastía Qing, sino en el reconocimiento del hecho de que incluso las jerarquías decadentes eran útiles y, a fin de cuentas, preferibles a las redes revolucionarias.

«Los chinos tienen que irse»

Dado que en gran medida seguían estando en manos privadas, las redes de viajes y comunicaciones imperialistas de finales del siglo XIX eran relativamente abiertas. En las décadas de 1860 y 1870, el acceso a los transatlánticos y a la oficina de telégrafos solo se hallaba restringido en función del precio; y, gracias a los avances tecnológicos, los precios tanto de los viajes como de las comunicaciones caían sin cesar. Mientras tanto, cualquier persona que leyera un periódico, o que oyera leerlo en voz alta, tenía acceso a las noticias del extranjero. Este hecho revestía gran importancia, puesto que implicaba que, en todo el mundo, aun las personas que vivían en la miseria contaban con opciones de las que carecían sus antepasados: podían oír hablar de lugares mejores, y llegar a ellos.

La pobreza por sí sola rara vez basta para provocar emigraciones masivas. Es necesario también que se dé un malestar político en el país de origen y la perspectiva de un hábitat más estable a una distancia asequible. El periodo comprendido más o menos entre 1840 y 1940 proporcionó

ambos elementos a los aproximadamente 150 millones de personas que vivían en los dos extremos de la masa continental eurasiática, Europa y China. Revoluciones, guerras y otras desgracias derivadas coincidieron con un gran descenso de los costes del transporte. El resultado fue el éxodo; o, para ser más exactos, tres éxodos de magnitudes similares. La migración masiva más conocida (55 millones de personas) fue de Europa a América, sobre todo a Estados Unidos. Menos conocidas fueron las grandes emigraciones de chinos e indios al Sudeste Asiático, la cuenca del Índico y Australasia (48 millones), y de rusos y otros pueblos a Manchuria, Siberia y Asia central (46 millones).^[1] Un enigma histórico es por qué no se produjo un desplazamiento mayor de chinos a Estados Unidos. Aunque el Pacífico es mucho más ancho que el Atlántico, el pasaje de Shangai a San Francisco no resultaba desorbitadamente caro, mientras que las oportunidades económicas en la floreciente California eran numerosas a la par que financieramente atractivas. No había nada que impidiera a los clústeres de emigrantes chinos desempeñar el mismo papel que los clústeres irlandeses e italianos en la Costa Este, atrayendo a un número de personas cada vez mayor para que cruzaran el mar rumbo a la tierra prometida. La respuesta a ese enigma es de naturaleza política, ya que, de no haber sido por una reacción populista contra la inmigración china a Estados Unidos, la afluencia de chinos a través del Pacífico seguramente habría sido mayor, y hoy la población chino-

estadounidense también sería en proporción más numerosa.

Pocos recuerdan hoy a Denis Kearney, líder del Partido de los Trabajadores de California y autor del eslogan «¡Los chinos tienen que irse!». Kearney, él mismo de origen irlandés y emigrante a Estados Unidos, formaba parte de un movimiento de partidos xenófobos y asociaciones «anticulis» que ansiaban acabar con la inmigración china a territorio estadounidense. El informe elaborado en 1877 por la Comisión Especial Conjunta para Investigar la Inmigración China permite hacerse una idea del ambiente de la época. «Con el tiempo la costa del Pacífico tendrá que ser o mongola o americana»: tal era la perspectiva de la Comisión. Los chinos traían consigo los hábitos de un gobierno despótico, la tendencia a mentir en los tribunales, cierta propensión a la evasión fiscal e «insuficiente espacio cerebral [...] para proporcionar [la] fuerza motriz de la autonomía». Por otra parte, a las mujeres chinas «se las compraba y vendía para ejercer la prostitución y se las trataba peor que a los perros», mientras que los chinos en general se mostraban «cruels e indiferentes con sus enfermos». Otorgar la ciudadanía a tales seres inferiores —se declaraba en el informe de la Comisión— «prácticamente destruiría las instituciones republicanas en la costa del Pacífico».^[2]

Ni que decir tiene que la realidad era muy distinta. Según las denominadas «Seis Compañías» chinas de San Francisco —organismos corporativos que representaban a la población

china de la ciudad—, había pruebas fehacientes de que este tipo de inmigración era una bendición para California. Los chinos no solo proporcionaban mano de obra a los ferrocarriles y granjas de dicho estado —ambos en rápido crecimiento—, sino que también tendían a mejorar los barrios donde se establecían. Por otra parte, tampoco había evidencias de que destacaran especialmente en el ámbito del juego y la prostitución, mientras que las estadísticas revelaban que los irlandeses representaban una carga mayor que los chinos en los hospitales y hospicios de la ciudad.^[3] Aun así, en torno a la causa de Kearney se agrupó una poderosa coalición de «trabajadores y artesanos», pequeños empresarios y «granjeros» que pretendían que la carga fiscal recayera en las grandes empresas y los ricos. Como señalaba un sagaz observador de la época, parte de su atractivo residía en el hecho de que no se limitaba a atacar a los chinos, sino también a las grandes empresas navieras y ferroviarias que obtenían beneficios dándoles empleo, por no hablar del corrupto *establishment* bipartidista que dirigía la política de San Francisco:

Ni los demócratas ni los republicanos habían hecho nada, ni parecía probable que lo hicieran, para eliminar esos males o mejorar el destino de las personas. Solo buscaban (o eso pensaba la gente) puestos o posibilidades de empleo para sí, y siempre podían ser comprados por una empresa poderosa. Los trabajadores han de ayudarse a sí mismos; debe emplearse nuevos métodos y un nuevo punto de partida [...]. Los viejos partidos, por más que denunciaran ambos la inmigración china en cada convención que organizaban y por más que proclamaran que iban a legislar contra ella, no habían logrado frenarla [...]. En

resumen, pues, era el momento propicio para un demagogo. El destino fue amable con los californianos al enviarles a un demagogo de tipo medio, vociferante y seguro de sí, pero sin visión de futuro política ni talento constructivo.[\[4\]](#)

Quizá Kearney careciera de visión de futuro y «talento constructivo», pero no puede negarse lo que él y los de su ralea consiguieron. A partir de 1875, cuando la Ley Page prohibió la inmigración de mujeres asiáticas con «propósitos obscenos o inmorales», los legisladores estadounidenses apenas descansaron hasta interrumpir por completo la inmigración china a Estados Unidos. La Ley de Exclusión China de 1882 suspendió la inmigración de chinos durante diez años, introdujo la obligatoriedad de emitir «certificados de registro» (en la práctica, permisos de reentrada) para los trabajadores que salieran del país, exigió que los funcionarios chinos investigaran a los viajeros procedentes de Asia y, por primera vez en la historia de Estados Unidos, pasó a tipificar como delito la inmigración ilegal, con la posibilidad de deportación como parte de la pena. La Ley Foran (1885) prohibió la «mano de obra extranjera contratada en origen», lo que se refería a la práctica por la que las empresas estadounidenses contrataban a culis chinos en su país y les pagaban el pasaje a Estados Unidos. Otras leyes aprobadas en 1888 prohibieron viajar al país a todos los chinos salvo «maestros, estudiantes, comerciantes o viajeros por placer». En conjunto, entre 1875 y 1924 se aprobaron más de una docena de leyes destinadas, primero,

a restringir y, por último, a interrumpir por completo la inmigración china.[5]

La lección que cabe extraer de este episodio resulta muy evidente. Al igual que las redes globales de comunicaciones y transporte habían posibilitado las migraciones masivas de finales del siglo XIX,[6] de manera similar surgieron redes políticas de populismo y xenofobia para oponerse a ellas. Pese a su gran tosquedad y grandilocuencia, Denis Kearney y sus secuaces lograron en la práctica sellar la frontera de la costa del Pacífico estadounidense; de hecho, una viñeta de la época los representa mientras construyen un muro a través de la bahía de San Francisco (véase la lámina 16). En las décadas de 1850 y 1860, hasta un 40 por ciento de los emigrantes chinos salieron de Asia, pero la cifra de los que llegaron a Estados Unidos fue relativamente reducida (entre 1870 y 1880 llegaron al país 138.941 inmigrantes chinos, solo el 4,3 por ciento del total, un porcentaje ridículo en comparación con el gran éxodo europeo a través del Atlántico en el mismo periodo).[7] Lo que hizo la exclusión fue asegurar que la inmigración china no siguiera aumentando, como seguramente habría ocurrido, sino que, por el contrario, disminuyera y finalmente cesara.

A finales del siglo XIX, los imperios europeos, encabezados por el británico, hicieron de la globalización una realidad. Con la distancia «aniquilada» gracias a las nuevas tecnologías del buque de vapor y el telégrafo, los

movimientos internacionales de bienes, personas, capital e información alcanzaron un volumen sin precedentes. Pero las redes que surgieron en la era del imperio —en particular las de migración que con tanta rapidez crearon una «Little Italy» y una «Chinatown» en tantas ciudades del mundo— tuvieron efectos imprevistos en la política autóctona. Solemos dar el nombre genérico de «populismo» a la reacción contra el libre comercio, la libre migración y el movimiento internacional de capital que han constituido un rasgo tan distintivo en las políticas estadounidenses y europeas. Pero cada país, y de hecho cada región, ha contado con sus propias variantes peculiares de populismo. Si en la década de 1870 los chinos constituían una molestia en la Costa Oeste de Estados Unidos, los irlandeses eran objeto de desprecio en el este del país, mientras que los populistas, tanto los alemanes como los franceses, dirigieron sus ataques contra los judíos que emigraban al oeste procedentes de Europa oriental. En las décadas de 1890 y 1900, con la oleada de emigración judía de la Zona de Asentamiento rusa a Estados Unidos, el antisemitismo se propagó a través del Atlántico. Paradójicamente, quienes se oponían a la inmigración despreciaban la pobreza de los recién llegados a la par que exageraban el poder de sus supuestos líderes. Así, los chinos de San Francisco eran a la vez bestialmente indigentes y monopolistas del negocio de las lavanderías, mientras que los judíos de Nueva York eran al mismo tiempo unos piojosos y quienes movían los hilos

del sistema financiero global. Pocas imágenes ilustran mejor la creciente creencia en una todopoderosa red de finanzas judía que la viñeta titulada «El pulpo inglés», publicada en 1894 en un panfleto populista llamado *Coin's Financial School* («Escuela financiera de la moneda»), obra de William H. Harvey, crítico del patrón oro y asesor del agitador populista y tres veces fallido candidato presidencial demócrata William Jennings Bryan. Ahí estaba la red imperial, reinventada de un modo que en última instancia acabaría por disparar algo más que la mera imaginación de los antisemitas (véase la figura 20).



FIGURA 20. «El pulpo inglés; ¡se alimenta exclusivamente de oro!»; viñeta anti-Rothschild, 1894.

La Unión Sudafricana

Es una malinterpretación habitual pensar que la reacción populista de finales del siglo XIX tuvo algo que ver con los orígenes de la Primera Guerra Mundial. En realidad, ambos hechos casi no guardan relación alguna. El catalizador de los movimientos populistas a ambos lados del Atlántico fue la crisis financiera de 1873. En términos de éxito electoral, a mediados de la década de 1890 la era populista había llegado en gran parte a su fin; por entonces, las diversas políticas y preocupaciones populistas —el proteccionismo, la restricción de la inmigración, el bimetalismo, el antisemitismo...— habían quedado absorbidas total o en parte por los partidos políticos establecidos (en especial, los demócratas en Estados Unidos y los conservadores en Alemania). En su forma original, los populistas no habían sido imperialistas; antes al contrario, consideraban el imperio un proyecto de las élites cosmopolitas que ellos despreciaban, e identificaron correctamente las íntimas conexiones existentes entre el imperialismo, el libre comercio, la libre migración, el libre movimiento de capitales y el patrón oro. El problema de los

populistas no era su diagnóstico; sin duda, en un mundo globalizado e interconectado, la desigualdad aumentaba porque la mano de obra inmigrante mermaba los salarios de los trabajadores autóctonos, a la par que los beneficios de las grandes concentraciones de capital industrial y financiero fluían hacia una pequeña élite. El problema radicaba en que los remedios de los populistas parecían insuficientes; igual que los aranceles impuestos a las importaciones, la exclusión de los inmigrantes chinos apenas tuvo un impacto perceptible en la vida de los estadounidenses de clase trabajadora. Paralelamente, las críticas al patrón oro perdieron gran parte de su fuerza cuando el descubrimiento de enormes minas de oro —sobre todo en Sudáfrica— alivió las presiones deflacionistas que habían impulsado el populismo al presionar a la baja los precios de los productos agrícolas y otros. A finales de siglo, la iniciativa había pasado de los populistas a los progresistas, o socialdemócratas, como se los conocía en Europa, donde los trabajadores sindicados eran mucho más susceptibles a las teorías de Karl Marx y sus discípulos. Las propuestas de los progresistas —que incluían impuestos directos más altos, pensiones públicas, mayor regulación del mercado laboral, debilitamiento de los monopolios privados y propiedad estatal de las empresas de servicios públicos— resultaron en última instancia más convincentes y políticamente vendibles que las de los populistas.

Para las élites de todo el mundo, el constante avance de la

izquierda política era más inquietante de lo que pudiera haber sido la ola populista. Especialmente alarmantes fueron las sectas utópicas extremistas que florecieron en el *fin de siècle*: no solo marxistas, sino también anarquistas y nacionalistas, que, desde Cork hasta Calcuta, desde Sarajevo hasta Saigón, amenazaron la propia integridad de los imperios. Pese a ello, los intelectuales metropolitanos de la era imperial creían tener una solución. Algunos hablaban de «imperialismo liberal»; otros, de «imperialismo social». Pero el caso es que a finales de siglo se había generalizado la idea de que los imperios podían aspirar a algo más elevado que la explotación de la empobrecida periferia. Bastaría con que fueran capaces de atender a las necesidades de las clases trabajadoras del núcleo imperial para que las diferentes amenazas subversivas se desvanecieran.

Alfred Milner fue un insólito redentor del Imperio británico. Hijo de un académico anglo-germano que había enseñado inglés en la Universidad de Tubinga, Milner se formó sobre todo en el Balliol College de Oxford, donde cursó la *Literae Humaniores* tutelado por el célebre erudito Benjamin Jowett y trabó amistad con el no menos célebre historiador de la economía Arnold Toynbee. Sus perspectivas académicas eran brillantes, pero optó por trasladarse a Londres, donde probó suerte en la abogacía, el periodismo y la política, hasta encontrar por fin su vocación como jerarca, primero en calidad de secretario privado del unionista liberal George Goschen, luego como viceministro

de Economía y Hacienda en Egipto y después como presidente de la Junta de la Agencia Tributaria del Gobierno británico, cargo que ejerció cinco años. Más tarde, Herbert Asquith se referiría a Milner como «un expansionista, hasta cierto punto un proteccionista, con cierta vena de tintes semisocialistas en temas sociales e industriales».[1] Era esta una descripción sagaz; pero, debido a una notable ironía, a partir de 1897 Milner se convertiría en agente de uno de los capitalistas más despiadados de la historia imperial británica: Cecil Rhodes, un hombre incapaz de establecer una distinción clara entre el progreso de su propio imperio empresarial y el del Imperio británico en África, y que además tendía a dejarse llevar en exceso por la imaginación a la hora de promover los intereses de ambos. Según Carroll Quigley, en 1891 Rhodes formó una «Junta de Tres» con el periodista William T. Stead y el cortesano Reginald Brett, más tarde vizconde de Esher. Este triunvirato había de dirigir «La sociedad de los Elegidos», que contaría con la asistencia de una «Asociación de Ayudantes».[2] Tales planes eran muy coherentes con el testamento redactado por Rhodes, donde se daban instrucciones a Nathaniel Rothschild —el primer miembro de la familia al que se concedería un título nobiliario— para que creara, en memoria de aquel, una versión imperialista de la orden jesuita.(36)[3]

En 1897, Milner fue nombrado alto comisionado en Sudáfrica tras la crisis que siguió a la fallida «incursión de

Jameson» contra la República afrikáner del Transvaal. Según Quigley, el equipo de dieciocho hombres que reclutó Milner —el que pasaría a conocerse como su «Kindergarten»— se convertiría en el núcleo de una de las redes más poderosas del siglo xx.[\[4\]](#)

La realidad era algo menos emocionante. Los miembros iniciales del grupo de Milner eran Robert Brand, Lionel Curtis, John Dove, Patrick Duncan, Richard Feetham, Lionel Hitchens, J. F. (Peter) Perry y Geoffrey Robinson (después Dawson). A partir de 1905 se les unieron Philip Kerr, después marqués de Lothian, y Dougal Malcolm; el resto de los miembros eran Leo Amery, Herbert Baker, John Buchan, George Craik, William Marris, James Meston, Basil Williams y Hugh Wyndham, más tarde cuarto barón de Leconfield.[\[5\]](#) Milner reclutó a Perry y Robinson en la Oficina Colonial, donde trabajaran antes con él; a su vez, Perry reclutó a Brand; Duncan había sido secretario privado de Milner en la Agencia Tributaria, y muchos de los demás se incorporaron como resultado de diversos contactos de Oxford. De hecho, Brand, Curtis, Dove, Feetham, Hitchens, Kerr, Malcolm, Williams y Wyndham habían estudiado en el New College, el *alma mater* de Milner. A primera vista, el grupo, cuyos miembros trabajaban, se relacionaban y convivían juntos —a partir de 1906 en Moot House, un edificio situado en el barrio de Parktown, en Johannesburgo, y diseñado por Herbert Baker—, no parecía más siniestro que una pandilla de jóvenes universitarios de un *college* de Oxford en un

periodo prolongado de preparación de exámenes.[6] Fueron los críticos de Milner en el Parlamento de El Cabo quienes lo acusaron de «montar una especie de *Kindergarten* [...] para gobernar el país».[7] Aunque el apelativo cuajó, sus miembros preferían la expresión, más romántica, de «mesa redonda», que se convertiría en la cabecera de su revista cuando la mayoría de ellos regresaran a Londres.

Para tratarse de un grupo de funcionarios con inclinaciones académicas, el círculo de Milner se mostraba sumamente dispuesto a recurrir a la fuerza en pos de sus objetivos. Existen pruebas fehacientes de que fue Milner quien forzó el paso hacia la contienda tras su llegada a Sudáfrica. Ya en febrero de 1898, sacó la conclusión de que «no hay otra solución a los problemas políticos [...] que la reforma en el Transvaal, o la guerra».[8] En una carta escrita en 1899 establecía sus objetivos del siguiente modo: «El fin último es una Comunidad blanca autónoma, apoyada por mano de obra negra bien tratada y gobernada con justicia desde Ciudad de El Cabo hasta el Zambeze. Debe haber una sola bandera, la Union Jack, pero, bajo esta, igualdad de razas y de lenguas».[9] Si lo analizamos con atención, veremos que el objetivo de Milner era superar a los afrikáners con inmigración procedente del Reino Unido y sus dominios blancos («Si dentro de diez años —escribía en 1900— hay tres hombres de raza británica por dos de holandesa, el país será próspero y seguro. Si hay tres de holandesa por dos de británica, tendremos dificultades

perpetuas»).^[10] Las promesas de Milner relativas al buen trato y el gobierno justo para la población negra implicaban de hecho el sometimiento de esta. En su diario correspondiente a 1901, Curtis señalaba que «sería una bendición que los negros, como los pieles rojas, tendieran a extinguirse antes que nosotros». Dove consideraba que «el desprecio y la aversión casi brutales de la mayoría de los hombres blancos» hacia los negros constituía un «signo saludable, [pues] marca la determinación de los sudafricanos blancos a no permitir que su raza se convierta en mestiza». ^[11] En cierta ocasión, el propio Milner declaró que su objetivo era hacer de Sudáfrica «un país del hombre blanco [...] no un país lleno de blancos pobres, sino uno donde una población blanca cada vez mayor pueda vivir con decencia y comodidad». ^[12]



FIGURA 21. El mito de la red de lord Milner. Esta exagerada visión de la influencia de Milner se vio alentada sobremanera por el historiador Carroll Quigley, de la Universidad de Georgetown. La elección de una estrella de seis puntas no es casual, puesto que las asociaciones religiosas del hexagrama (por ejemplo, con la Estrella de David o el Sello de Salomón) añaden el vital ingrediente de la mística a la teoría de la conspiración.

Queda claro, pues, hasta qué punto el régimen de Milner sentó las bases de lo que en última instancia sería el odioso sistema del *apartheid*. Pero Milner no lo veía así. A sus ojos, la subordinación de los africanos negros era el menos controvertido de sus objetivos. El premio consistía en una dilución del poder afrikáner y «el establecimiento en

Sudáfrica —como diría en 1904— de una comunidad grande, civilizada y progresista, desde Ciudad de El Cabo hasta el Zambeze, independiente en la gestión de sus propios asuntos, pero todavía, por su propio firme deseo, miembro de la gran comunidad aunada en torno a la bandera británica. Ese ha sido el objeto de todos mis esfuerzos». Una Sudáfrica unida y dominada por los británicos contribuiría a su vez a «la gran idea de la Unidad Imperial [...] un grupo de estados, todos ellos independientes en sus asuntos locales, pero todos unidos en defensa de sus intereses comunes y el desarrollo de una civilización común».[13] Tras haber derrotado a los bóeres en una guerra atroz y metido a sus mujeres e hijos en letales campos de concentración, Milner y sus jóvenes trabajaron incansablemente para hacer realidad su visión. Crearon un Consejo Intercolonial que vinculaba el Transvaal y la Colonia del río Orange; fusionaron los ferrocarriles; instauraron una unión aduanera; organizaron sociedades en favor de una unión más estrecha en cada colonia; exaltaron los beneficios de una Unión Sudafricana en publicaciones como *The Estate* y redactaron los primeros borradores de lo que a la larga sería la Constitución de la Unión Sudafricana de 1910.[14]

Sin embargo, como ha observado con acierto un destacado historiador del Imperio británico, la visión de Milner de una Sudáfrica gobernada por los británicos no dejaba de ser una «fantasía imperial».[15] El estilo dictatorial de Milner no supo prever el resurgimiento de la política afrikáner liderada

por Louis Botha y Jan Smuts.^[16] No había forma alguna de que funcionara un asentamiento inglés a gran escala; dada la abundancia de mano de obra africana barata, existía un problema de «blancos pobres» ya antes de la guerra de los Bóeres.^[17] Las contradicciones internas del «proyecto Imperio» se pusieron de manifiesto cuando, a instancias de los denominados *randlords*,⁽³⁷⁾ Milner se trajo a 50.000 culis chinos para trabajar en las minas de oro. Eso desató una auténtica oleada de protestas contra la «esclavitud china» tanto en Sudáfrica como en Gran Bretaña. De hecho, el tema se convirtió en un arma arrojadiza con que los liberales lograron derrotar a los unionistas en las elecciones de 1906, y aseguró asimismo la desaparición de Milner.^[18] Su sucesor, lord Selborne, aceptó que la unión liderada por Smuts constituía el único modo viable de salir adelante, sobre todo como forma de minimizar la interferencia liberal de Londres. Se había forjado así la moderna Sudáfrica, pero no como la nueva Canadá o Australia que imaginara Milner.

En la mayor parte de la historia los éxitos se hallan excesivamente representados, pues el relato de los vencedores se superpone siempre al de los vencidos. En la historia de las redes, en cambio, suele ocurrir lo contrario: las redes de éxito escapan a la atención pública, mientras que las que fracasan la atraen, y es su notoriedad, en lugar de sus logros, la que se traduce en una representación excesiva. Así ocurrió con los Illuminati en la Alemania de finales del siglo XVIII. Y así también con el «Kindergarten» y

la Mesa Redonda de Milner. El político radical francés Joseph Caillaux acusó al círculo de Milner de tramar «la restauración del vacilante poder de la casta a la que pertenecen y el fortalecimiento de la supremacía de Gran Bretaña en el mundo». Wilfrid Laurier, primer ministro canadiense, se quejaba de que Canadá estaba siendo «gobernada por una junta asentada en Londres y conocida como la “Mesa Redonda”». Hasta el llamado «canciller del pueblo», Lloyd George, se refirió a «una combinación muy poderosa; a su manera quizá la más poderosa del país».^[19] Pero nada de todo esto prueba el poder del Kindergarten, sino más bien lo contrario. Incluso los imperialistas más típicos albergaban sus dudas sobre Milner. La conservadora *National Review* denunció la existencia de una «camarilla que alienta todas las fuerzas centrífugas del Imperio británico». El *Morning Post*, igualmente derechista, no mostraba mayores simpatías hacia lo que calificaba como «una falange o guardia palaciega de idealistas, que, por una especie de perversión espiritual, podría esperarse que adopte una postura perjudicial para los intereses británicos en todos los asuntos». El primer ministro liberal, sir Henry Campbell-Bannerman, estuvo más cerca de dar en el blanco cuando aludió, medio en broma, a una *religio milneriana*. Quigley y sus seguidores estadounidenses cometieron el error de interpretar al pie de la letra las grandes ambiciones de Milner y su círculo y tomarse en serio la condena de sus críticos, pasando por alto que una de las principales críticas

de estos últimos fue justo la de que Milner había fracasado casi por completo.

Apóstoles

Las universidades de Oxford y Cambridge son muy similares; al turista, de hecho, le resultan casi indistinguibles. A los extraños quizá les parezca que su antigua rivalidad no tiene otro fundamento más firme que un narcisismo basado en pequeñas diferencias. Oxford llama al segundo trimestre de sus cursos «Hilary», mientras que Cambridge lo denomina «Lent». Los estudiantes de Oxford tienen «tutoriales»; sus colegas de Cambridge, «supervisiones». Los oxonienses reman erguidos en sus bateas, con la «caja» apuntando hacia delante, mientras que los cantabrigenses se alzan en el «cajón» de sus barcas, que tienen un diseño distinto. Este tipo de diferencias triviales son innumerables. A menudo, no obstante, también han surgido profundas discrepancias filosóficas entre ambas universidades, aunque es probable que la distancia entre «Isis» y «Cam» (como se las conoce popularmente) nunca haya sido mayor que en los años inmediatamente anteriores y posteriores a la Primera Guerra Mundial. Mientras la red de Milner en Oxford concebía un futuro viril, marcial,

imperial y heterosexual, sus homólogos de Cambridge aspiraban casi justo a lo contrario: la red que evolucionó allí en torno a los denominados «Apóstoles» era amanerada, pacifista, liberal y homosexual.

La llamada «Conversazione Society» había sido fundada en 1820 por alumnos del St. John's College, aunque su sede institucional no tardaría en trasladarse al Trinity College, con mucho el mayor y más rico de todos los colegios universitarios de Oxbridge. Entre los fundadores de dicha sociedad figuraban el poeta Alfred Tennyson y el escritor Oscar Browning,^[1] además del «filósofo moral» Henry Sidgwick y de Frederick Denison Maurice, teólogo y creador del movimiento Socialismo Cristiano.^[2] En ciertos aspectos, la sociedad tenía sus raíces en la «aristocracia intelectual» de Cambridge (según la llamaría más tarde Noel Annan): apellidos como Keynes, Strachey y Trevelyan parecían pertenecer automáticamente a ella;^[3] en otros, con su elaborado sistema de elecciones y sus rituales algo tontos, semejava simplemente una más de tantas fraternidades masculinas como las que podían encontrarse también en Harvard, Princeton y Yale en la misma época. Pero dos cosas diferenciaban a la Conversazione Society. Para empezar, por entonces no existía ninguna sociedad comparable que fuera tan exclusiva desde un punto de vista intelectual, ya que a los Apóstoles se los reclutaba básicamente en función de sus aptitudes filosóficas. Y en segundo término, en ninguna otra sociedad el sentimiento de superioridad dio lugar a un

distanciamiento tan marcado con respecto al orden establecido, a la larga en casi todos sus aspectos: «¿Acaso — le preguntaba un apóstol a otro a comienzos de la década de 1900— esta colosal superioridad moral que sentimos es una monomanía?». [4] A los Apóstoles les gustaba decir medio en broma que su sociedad era «real», mientras que el resto del mundo era «fenoménico». Cuando el filósofo J. Ellis McTaggart se casó, ya a una edad madura, bromeó asimismo diciendo que se limitaba a tomar a una «esposa fenoménica». En dos palabras: eran insufribles.

En total, entre 1820 y 1914 hubo unos 255 apóstoles. Los criterios de pertenencia eran tan elevados que algunos años no hubo nadie que llegara a cumplirlos todos. Entre 1909 y 1912, por ejemplo, solo se presentó un candidato. [5] A los nuevos miembros potenciales se los conocía como «embriones», y se los evaluaba en una serie de sesiones notoriamente embarazosas celebradas a la hora del té. En las raras ocasiones en que se consideraba digno a un estudiante, este «nacía» para la sociedad, lo que implicaba llevar a cabo el terrible e inevitable juramento de guardar el secreto. A partir de entonces se esperaba que asistiera a sus reuniones semanales todos los sábados por la noche durante el trimestre, donde los miembros, situándose sobre la «alfombrilla de la chimenea», leían en voz alta trabajos con títulos como «La belleza» o «La ética en relación con la conducta», y sometían a votación una serie de cuestiones (que no solían guardar ninguna relación con lo expuesto).

Cuando un apóstol hablaba a otro, la forma correcta de dirigirse a él era llamándolo «hermano». También asistían a las reuniones, compartiendo las obligatorias tostadas con anchoas (o «ballenas»), los llamados «ángeles», antiguos miembros que habían renunciado («alzado el vuelo») al graduarse. La posibilidad de que surgieran intensas y «helenísticas» amistades entre miembros de diferentes generaciones era justo una de las cosas de que más se enorgullecían los Apóstoles.[6] Los «ángeles» que se habían quedado en Cambridge en calidad de académicos —como, por ejemplo, los filósofos Bertrand Russell y A. N. Whitehead— asistían regularmente a tales reuniones.

Las tendencias de aquellos Apóstoles decimonónicos no eran muy distintas de las de sus coetáneos de Oxford. En 1864 se decía que eran «*tories* en materia de política y evangélicos en materia de religión».[7] Varios de ellos acabaron siendo miembros conservadores del Parlamento británico; de hecho, alrededor del 14 por ciento de los Apóstoles se hicieron diputados o funcionarios, mientras que entre una cuarta y una tercera parte se dedicaron al derecho.[8] Antes de 1900, el posterior antiimperialismo de la sociedad tampoco resultaba demasiado evidente, y las principales figuras de los Apóstoles competían entre sí por ocupar altos cargos en el Servicio Civil Indio (ICS), obtenidos tras superar un angustioso examen.[9] Por otra parte, los Apóstoles se hallaban divididos en torno a la cuestión de la Home Rule irlandesa (el estatuto que dotó a

Irlanda de cierto grado de autonomía), como sucedía en gran medida con la élite británica en general.[\[10\]](#) Pero desde sus primeros años —debido en gran parte a su secretismo—, la sociedad se ganó la fama de radical. Ya en 1830, Richard Chevenix Trench tuvo que refutar la acusación de que los Apóstoles eran una «sociedad secreta creada con el propósito de derrocar a todos los gobiernos establecidos». [\[11\]](#) Ese espíritu subversivo se volvería más acusado a partir de 1900 con el advenimiento de una nueva generación centrada en torno al filósofo G. E. Moore, el Sócrates del nuevo siglo.

No es que Moore tuviera inclinaciones políticas; antes al contrario, instaba a sus discípulos a considerar la política con desdén.[\[12\]](#) La pasión de Moore eran las virtudes privadas. Las consignas clave de su obra *Principia Ethica*, publicada en 1903, eran la sensibilidad, las relaciones personales, la liberación de las emociones, los instintos creadores y una implacable honestidad hacia uno mismo. [\[13\]](#) Esas ideas —que hallarían su expresión literaria en las novelas de otro apóstol, E. M. Forster— cautivarían a tres jóvenes brillantes: Lytton Strachey, Leonard Woolf y, por último, John Maynard Keynes, que el 28 de febrero de 1903 se convertiría en el apóstol número 243.[\[14\]](#) Strachey era el octavo de los diez hijos del general sir Richard Strachey, que había servido en la India, y su segunda esposa, una escocesa llamada Jane Maria Grant. De complexión menuda y voz atiplada, Lytton era el menos militar de todos los hijos que

había engendrado el general. Woolf, menos extravagante y con cierto aire de tristeza perenne, era el tercero de los diez hijos de Sidney Woolf, un abogado judío. Por su parte, Keynes era un auténtico aristócrata en el sentido de Cambridge; su padre, profesor de dicha universidad, solo anhelaba que su hijo mayor ganara todos los premios matemáticos que la universidad pudiera ofrecer. Sin embargo, no eran las matemáticas lo que de verdad importaba al joven Maynard. Eran los hombres.

Strachey y Keynes no eran simplemente gays, eran homosexuales militantes que consideraban su preferencia sexual superior a la heterosexualidad ordinaria y se entregaban a una activa crítica misógina cada vez que una mujer entraba en su elevado círculo social. Era esta una tradición «apostólica» que se remontaba a Browning, de quien el célebre *Dictionary of National Biography* [«Diccionario de la Biografía Nacional»] se atrevía a escribir que, cuando estuvo «en Roma, encaminó a jóvenes italianos, como había hecho con jóvenes ingleses, hacia las oportunidades que deseaban». En 1903, esta cultura había pasado a ser algo más que una broma. Strachey y Keynes se pelearon por el hermoso pero en última instancia vacío Arthur Housman, asegurando su «nacimiento» como apóstol por motivos sobre todo estéticos. Se jactaban de su dedicación a «la Más Alta Sodomía», que no excluía encuentros con miembros de las clases inferiores si se presentaba la ocasión. En 1909, sus manifestaciones públicas

se ganaron una atención desfavorable.^[15] A juzgar por la correspondencia inicial entre Rupert Brooke y James Strachey, entonces el principal interés de la *Conversazione Society* había pasado a ser el intercambio sexual antes que el intelectual.^[16] Los Apóstoles de la generación anterior —en palabras de Sidgwick— habían creído en «la búsqueda de la verdad sin reservas y con devoción absoluta por parte de un grupo de íntimos amigos».^[17] Keynes y Strachey se dedicaban simplemente a la búsqueda de amigos íntimos.

No todos los Apóstoles eran gays, es cierto. Pero sí una proporción cada vez mayor; e incluso algunos que (como Woolf) nunca se adhirieron, sin embargo, a los ideales algo solipsistas de los «hermanos» gays. La generación anterior —sostenía Desmond MacCarthy en un artículo que leyó a los miembros de la sociedad en diciembre de 1900— había sido esclava de las viejas instituciones: «la familia, el Estado, las leyes del honor, etcétera»; pero estas habían sido «incapaces de dar pruebas convincentes de su autoridad» a la generación más joven, la cual se lo tomaba «todo más personalmente».^[18] «Solo conecta» era el nuevo imperativo categórico, y sería la frase clave de la mejor novela de Forster, *Regreso a Howards End* (1910). Sin duda, la enrarecida red de la *Conversazione Society* era tan embriagadora como aburridas resultaban las jerarquías burocráticas de Whitehall. Tras haber obtenido su plaza en el ICS, Keynes no tardó en «quedar harto». «Ahora la novedad ha pasado», se quejaba:

Estoy aburrido las nueve décimas partes del tiempo y más bien estúpidamente irritado la otra décima cada vez que no puedo salirme con la mía. Es enloquecedor tener a treinta personas que pueden reducirte a la impotencia cuando estás completamente seguro de llevar razón. Entonces la preocupación de salvar su propio pellejo que parece característica de los funcionarios resulta fatal.[\[19\]](#)

Sin embargo, era hipócrita que Keynes condenara a sus colegas del ICS por sentir «terror a asumir responsabilidades». Recordando sus «antiguas creencias» en 1938, Keynes iba más allá:

Rechazábamos por completo asumir la responsabilidad personal de obedecer las normas generales. Reivindicábamos el derecho a juzgar cada caso individual según sus méritos, y la sabiduría de hacerlo con éxito. Esta era una parte muy importante de nuestra fe, sostenida de forma violenta y agresiva, y para el mundo exterior constituía nuestra característica más evidente y peligrosa. Rechazábamos por completo la moral establecida, las convenciones y el saber tradicional. Es decir, que éramos, en el sentido estricto del término, immoralistas. Por supuesto, había que considerar las consecuencias de que nos descubrieran en lo que valían. Pero no reconocíamos en nosotros ninguna obligación moral, ninguna sanción interna, que cumplir u obedecer.[\[20\]](#)

Un año más tarde, Forster plasmaba por escrito las peligrosas implicaciones de la filosofía de Moore cuando se llevaba a tales extremos: «Si tuviera que elegir entre traicionar a mi país y traicionar a mi amigo, espero tener agallas para traicionar a mi país [...]. El amor y la lealtad a una persona pueden ir contra las exigencias de un Estado. Y

cuando lo hacen... yo digo: ¡abajo el Estado!». [21]

Aun antes de que llegara la hora de la verdad, en 1914, algunos de los miembros de la sociedad ya se habían cansado de todo eso. Puede que Rupert Brooke fuera una especie de Adonis, pero no era gay, y no tardaron en verlo en compañía de mujeres fabianistas. [22] Tras haber «nacido» para la sociedad, el filósofo de origen vienés Ludwig Wittgenstein echó un vistazo a los Apóstoles y salió huyendo: renunció tras asistir a una sola reunión. Aunque Strachey lo convenció de que retirara la renuncia, no volvió a acudir a más encuentros. [23] Cuando estalló la guerra, el hechizo se rompió. La mayoría de los Apóstoles no se alistaron. En cambio, Brooke se enroló con entusiasmo y — en un barco hospital francés, frente a las costas de Esciros, el día de San Jorge de 1915— sufrió una de las muertes más famosas de la historia inglesa. [24] Las cosas llegaron a su punto crítico con la introducción del reclutamiento obligatorio. Keynes, que trabajaba en Hacienda, no necesitaba exención, pero aun así la solicitó formalmente alegando objeción de conciencia. «Trabajo para un Gobierno al que desprecio por sus fines, que me parecen criminales», se quejaba amargamente a Duncan Grant. [25] En privado, Keynes utilizó su influencia y sus recursos para apoyar a otros Apóstoles que también se declararon objetores de conciencia, en especial a James Strachey y Gerald Shove, [26] aunque eso no impidió que Lytton Strachey, una noche de febrero de 1916, dejara un patriotero recorte de periódico en

el plato de Keynes, con una sencilla nota: «Estimado Maynard, ¿por qué sigues todavía en Hacienda?». [27]

Pero la red de los Apóstoles no fue la única que se vio alterada por la guerra. Coincidiendo con esta red en numerosos puntos —Forster, Keynes, Strachey y Woolf, por nombrar solo a cuatro de sus diez integrantes—, [28] había otra intelectualmente afín: el denominado Círculo o Grupo de Bloomsbury. A diferencia de la *Conversazione Society*, Bloomsbury admitía a mujeres —entre las más conocidas, las hermanas Stephen, Vanessa y Virginia—, y de hecho llegó a girar en torno a parejas casadas: Vanessa y Clive Bell (que vivían en el número 46 de Gordon Square) y Virginia y Leonard Woolf (que en 1915 se trasladaron a Richmond). La contienda tuvo el efecto de empujar a un componente central de Bloomsbury —sobre todo a sus escritores y artistas— fuera de Londres, a la gran casa de campo situada en Charleston, en el condado de Sussex, adonde Vanessa Bell y Duncan Grant se habían mudado en 1916. Un nuevo análisis de la red de Bloomsbury realizado por Peter Dolton deja claro que Lytton Strachey era quien poseía la mayor centralidad de grado y la mayor centralidad de intermediación tanto en 1905 como en 1925. En el último periodo, Duncan Grant, Maynard Keynes y Virginia Woolf ocupaban respectivamente el segundo, tercer y cuarto puesto después de Strachey. [29] Sin embargo, la característica más llamativa de Bloomsbury no era cuánto les gustaba a sus miembros caminar por los South Downs;

como en el caso de los Apóstoles, una vez más eran las relaciones sexuales las que definían la red. Grant no solo se acostaba con Keynes, Lytton Strachey, Adrian Stephen y Vanessa Bell, sino también con David Garnett. Vanessa Bell no solo se acostaba con Grant, sino también con Roger Fry, y a veces incluso con su propio marido, Clive. Keynes se acostaba con Grant, Garnett, Strachey y, más tarde, con la bailarina rusa Lidia Lopokova. Las complicaciones de las vidas amorosas de Bloomsbury eran innumerables. Garnett estaba enamorado de Vanessa Bell, pero esta no le correspondía. Ottoline Morrell tenía el mismo problema con Virginia Woolf; Dora Carrington con Lytton Strachey; Lytton Strachey con Mark Gertler, y este con Dora Carrington. Como señala Dolton: «Vanessa Bell estaba casada con Clive Bell, pero vivía con Duncan Grant. Leonard Woolf estaba casado con Virginia Woolf, y Harold Nicolson lo estaba con Vita Sackville-West, pero Vita y Virginia se enamoraron la una de la otra».[\[30\]](#)

En *Regreso a Howards End*, la espléndida Margaret intenta explicar los principios de Bloomsbury a su marido, algo prosaico, Henry. «¡Solo conecta! Ese fue todo su sermón. Solo conecta la prosa y la pasión, y ambas serán ensalzadas, y el amor humano lucirá en todo su esplendor. Deja de vivir en fragmentos. Solo conecta, y la bestia y el monje, despojados del aislamiento que es la vida para cualquiera de los dos, morirán.» Pero —como dice Forster— Margaret «fracasa», puesto que el lema de Henry no es «Solo

conecta», sino «Céntrate»; y Henry le responde rotundamente: «No tengo la menor intención de malgastar mis fuerzas en esa clase de cosas».[31] Cuando uno reflexiona sobre las relaciones sexuales del Grupo de Bloomsbury, entiende este punto de vista.

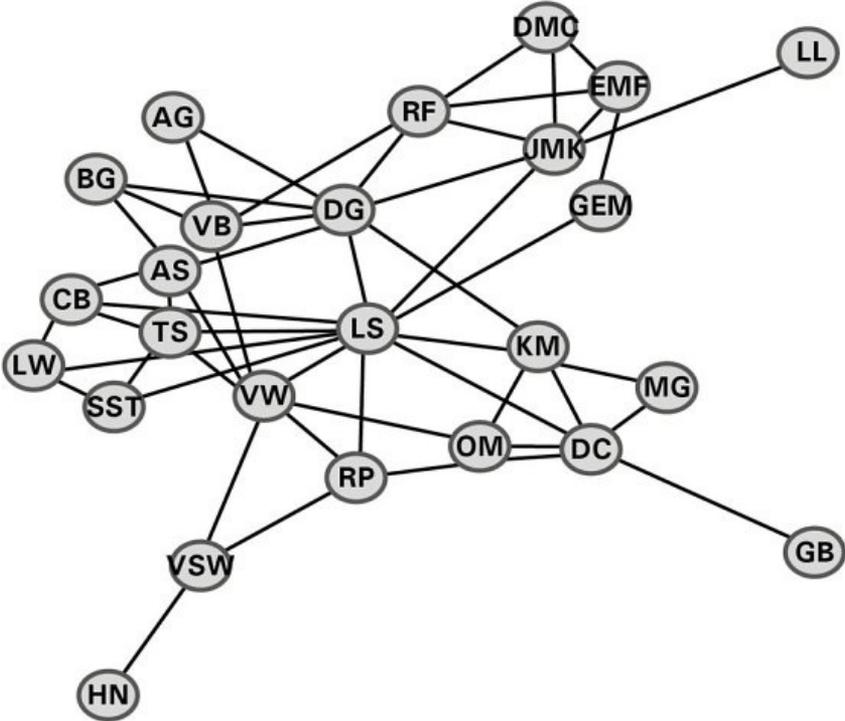


FIGURA 22. El Grupo de Bloomsbury, c. 1925. En el corazón de la red: Clive Bell (CB), Vanessa Bell (VB), E. M. Forster (EMF), Roger Fry (RF), David *Bunny* Garnett (BG), Duncan Grant (DG), John Maynard Keynes (JMK), Desmond McCarthy (DMC), Lytton Strachey (LS), Leonard Woolf (LW) y Virginia Woolf (VW). El «grupo exterior»: Thoby Stephen (TS), Saxon Sydney-Turner (SST), Adrian Stephen (AS), Gerald Brenan (GB), Dora Carrington (DC), Angelica Garnett (AG), Ottoline Morrell (OM), Ralph Partridge (RP), Harold Nicolson (HN), Vita Sackville-West (VSW), Mark Gertler (MG), Katherine Mansfield (KM), Lidia Lopokova (LL) y G. E. More (GEM).

Apocalipsis

El fracaso del «Kindergarten» de Milner en Sudáfrica había revelado los límites de la expansión imperial británica. La fractura de los Apóstoles y de Bloomsbury mostró que Cambridge, si no Oxford, había perdido toda simpatía hacia el propio proyecto del imperio. Y sin embargo, en 1914 los británicos —por no hablar de sus súbditos imperiales— fueron a la guerra en respuesta al desafío planteado por el creciente poder económico y la ambición geopolítica del Reich alemán. La victoria final de Gran Bretaña en aquella guerra debe mucho a la unidad entre los pueblos de habla inglesa que habían alentado Milner y sus acólitos. Australia, Canadá, Nueva Zelanda y, de hecho, Sudáfrica realizaron importantes aportaciones económicas y militares al esfuerzo bélico británico entre 1914 y 1918, como hicieron el imperio en general y la India en particular.^[1] Los lamentos de Bloomsbury solo se harían audibles tras el final de la guerra, con la publicación de dos polémicas devastadoras: *Victorians eminentes*, de Strachey, y *Las consecuencias económicas de la paz*, de Keynes.

No es necesario volver a meterse aquí en el abarrotado tribunal que es la historiografía de la Primera Guerra Mundial.^[2] Como los abogados de la obra de Dickens *Casa desolada*, los historiadores no dejan de estudiar polvorientos legajos en un caso que en ocasiones ha merecido el dickensoniano nombre de «Alemania contra Alemania». Sin embargo, en este caso no habrá veredicto final, ya que la búsqueda secular de la «culpa de la guerra» resulta del todo fútil. En 1914 estalló una contienda generalizada en toda Europa por la sencilla razón de que se había roto el orden establecido en Viena en 1815. La pregunta histórica correcta que hay que formular es por qué ocurrió, no de quién fue la culpa.

A comienzos de la década de 1900, lo que el historiador Leopold von Ranke denominara la «pentarquía» de las cinco grandes potencias se había convertido en un conjunto de cinco grandes imperios, cada uno de los cuales extraía unas modestas rentas de las redes internacionales de comercio, migración, inversión e información antes descritas. Durante un tiempo, tras la guerra de Crimea, dio la impresión de que se había establecido un *modus vivendi* entre las viejas jerarquías dominantes hereditarias y las nuevas redes de la globalización. Los gobiernos de los grandes imperios europeos eran, en una extraordinaria medida, estados centinelas, que apenas formulaban unas mínimas exigencias a las economías de mercado con las que convivían. Puede que insistieran en controlar algunos servicios postales, de

telégrafos y ferrocarriles, además del ejército y la armada, pero dejaban casi todo lo demás en manos privadas. En las grandes ciudades europeas, las jerarquías regias e imperiales vivían en estrecha proximidad social con las nuevas élites del crédito, el comercio y los mentideros; de hecho, los condes se casaban con las hijas de banqueros judíos. Los más optimistas, desde Andrew Carnegie hasta Norman Angell, estaban seguros de que los emperadores no serían tan necios para poner en peligro todo eso.^[3]

Dicha creencia resultó ilusoria. Según el clásico análisis de Henry Kissinger, la pentarquía dejó de ser estable porque «con Alemania unificada y Francia convertida en un adversario fijo, el sistema perdió su flexibilidad».^[4] A partir de 1871, el sistema empezó a depender de la virtuosa diplomacia de Bismarck para mantener su equilibrio. La estrategia clave fue un pacto secreto, el llamado Tratado de Reaseguro que Bismarck firmó con el ministro de Exteriores ruso, Nikolái Girs, en junio de 1887, y por el que Alemania y Rusia acordaban mantener cada una de ellas la neutralidad en caso de que la otra se viera envuelta en una guerra con un tercer país, a menos que Alemania atacara Francia o que Rusia atacara Austria-Hungría. Esto comprometía a Alemania a mantenerse neutral si Rusia intentaba reafirmar el control sobre los estrechos del mar Negro, pero el verdadero objetivo era que los rusos desistieran de establecer un tratado de defensa mutua con Francia, que fue justo lo que sucedió cuando la caída de

Bismarck condujo a la no renovación del Tratado de Reaseguro. «Paradójicamente —en palabras de Kissinger—, era precisamente esa ambigüedad la que [había] preservado la flexibilidad del equilibrio europeo. Y al renunciar a ella [...] se inició una secuencia de crecientes confrontaciones que culminó en la Primera Guerra Mundial.»^[5] Cuando Bismarck desapareció de la escena —argumentaba Kissinger—, el sistema de las grandes potencias «agravó» las disputas en lugar de «amortiguarlas». Con el tiempo, los «dirigentes políticos perdieron el control de sus propias tácticas» y «al final la planificación militar ganó a la diplomacia».^[6] En otras palabras, a partir de 1890 existía una alta probabilidad de que estallara un conflicto que enfrentara a Alemania y Austria-Hungría contra Francia y Rusia. Lo sorprendente no es que en 1914 se produjera tal contienda, sino que no hubiera estallado antes.

Aunque no esté de moda entre los historiadores, el planteamiento de Kissinger halla un considerable apoyo entre los politólogos y teóricos de redes. No cabe duda de que el acusado incremento del número de disputas militarizadas a partir de 1890 apoya su argumento de que en torno a esa época algo cambió.^[7] Y esto lo secunda un elegante artículo del matemático Tibor Antal y los físicos Paul Krapivsky y Sidney Redner, quienes muestran que —en términos de teoría de redes— la evolución del sistema de las grandes potencias a partir de 1890 fue, paradójicamente, hacia un mayor «equilibrio social», en cuanto que surgieron

dos alianzas más o menos iguales. El equilibrio en este caso era «un resultado natural», pero no un buen resultado si ninguno de los dos bandos se dejaba disuadir por el otro (véase la figura 23).[\[8\]](#)

Obviamente, hay interpretaciones alternativas. Una hipótesis es que el sistema falló porque las grandes potencias permitieron que otras potencias menores las arrastraran a un conflicto en los Balcanes;[\[9\]](#) fue el conjunto de alianzas menores lo que lo desestabilizó.[\[10\]](#) No obstante, simplemente no resulta verosímil que fueran sus vínculos con Rumanía o Japón, y mucho menos con España o Portugal, los que condujeran a las grandes potencias al apocalipsis de 1914.[\[11\]](#) Los países de menor calado importaban solo en la medida en que aumentaban la probabilidad de un conflicto entre las grandes potencias. La anexión austro-húngara de Bosnia en 1908 y el asesinato orquestado por Serbia del heredero al trono de Austria-Hungría seis años después crearon una coyuntura única en la medida en que —a diferencia de las crisis previas en torno a Marruecos o las anteriores guerras en los Balcanes— tres de las grandes potencias vieron en la contienda la única alternativa a un aplastante hachazo diplomático.[\[12\]](#) La perspectiva de Viena y Berlín no carecía de razón: Rusia parecía tener la intención de explotar la crisis bosnia con miras al debilitamiento permanente, si no la desintegración, de Austria-Hungría.[\[13\]](#) Dado que el heredero del trono Habsburgo había sido víctima de lo que parecía

sospechosamente un acto de terrorismo con patrocinio estatal, los austríacos estaban en su derecho «metternichiano» de exigir una satisfacción por parte de Serbia. El célebre ultimátum austríaco a Belgrado no fue demasiado distinto del tipo de demandas que se formularan a estados de segunda fila en la década de 1820.^[38] Al mismo tiempo, ninguna de las otras dos potencias, Francia y Gran Bretaña, podía concebir argumentos lo bastante sólidos para disuadir a las demás de emprender una guerra en torno a los Balcanes: los franceses porque se habían atado acriticamente mediante su alianza con Rusia y los ingleses porque no veían forma alguna de disuadir a Alemania de que incitara a Rusia y Francia.^[14] Si hay algún individuo que merece que se le haga culpable en persona del fallo sistémico que se produjo, es el ministro de Exteriores británico, sir Edward Grey. Se suponía que en una crisis como aquella Gran Bretaña sería la potencia equilibradora. El 29 de julio de 1914, Grey advirtió al embajador alemán de que, si estallaba una guerra en el continente europeo, Gran Bretaña probablemente intervendría, pero que, si se aceptaba una mediación, «él podría conseguir todas las satisfacciones posibles para Austria; ya no se trataba de una retirada humillante para dicho país, puesto que en cualquier caso los serbios serían castigados y obligados, con el consentimiento de Rusia, a subordinarse a los deseos austríacos».^[15] Dos días después les dijo a los alemanes que, si le hacían una propuesta razonable, la apoyaría e informaría a Francia y Rusia de que,

si no la aceptaban, Gran Bretaña se «desentendería de las consecuencias».[16] Pero para entonces ya era demasiado tarde, pues los alemanes habían recibido la noticia de la movilización general rusa, tras lo cual el tiempo de la diplomacia tocó a su fin. Es posible pensar en un ministro de Exteriores más eficaz —quizá alguien de la talla de lord Castlereagh— que hubiera enviado esos mensajes una semana antes y evitado la conflagración. Pero la verdad es que en privado Grey estaba demasiado comprometido con Francia y Rusia para haber podido desempeñar ese papel.

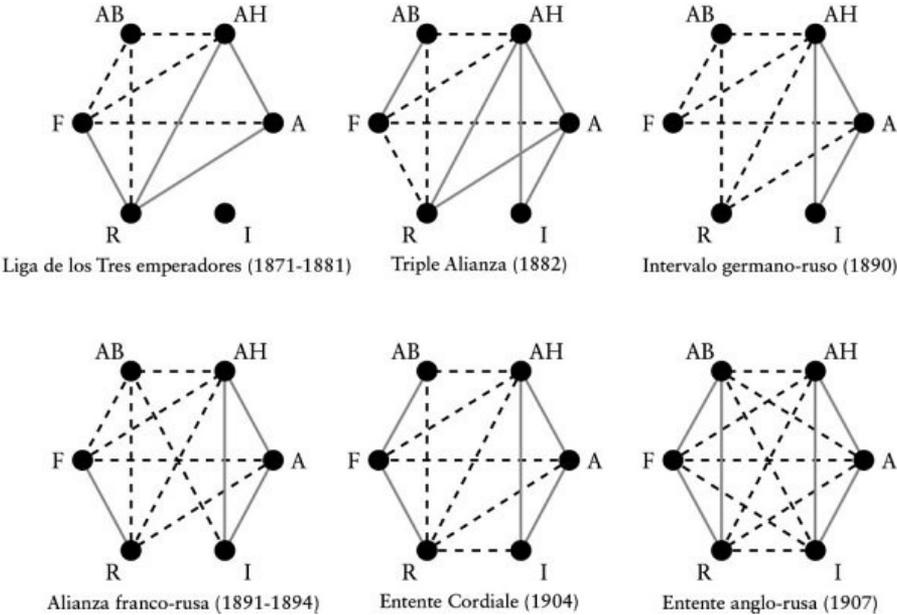


FIGURA 23. Evolución de los principales cambios en las relaciones entre los que luego serían los contendientes en la Primera Guerra Mundial, 1872-1907. GB, Gran Bretaña; AH, Austria-Hungría; A, Alemania; I, Italia; R, Rusia; F, Francia.

Tan eficaz resultó el sistema imperial de mando, control y

comunicación en 1914 que, cuando los emperadores (o, mejor dicho, sus ministros) decidieron declarar la guerra por dos oscuras cuestiones —la soberanía de Bosnia-Herzegovina y la neutralidad de Bélgica—, lograron movilizar, durante más de cuatro años, a más de setenta millones de hombres como soldados o marineros. En Francia y Alemania, alrededor de una quinta parte de la población de preguerra —cerca del 80 por ciento de los varones adultos— terminó vistiendo uniforme. Un símbolo del triunfo de la jerarquía sobre las redes fue el absoluto fracaso de la Segunda Internacional Socialista en su intento de evitar la Primera Guerra Mundial. Cuando los dirigentes del socialismo europeo se reunieron en Bruselas a finales de julio de 1914, apenas pudieron hacer más que admitir su propia impotencia. La observación del escritor satírico vienés Karl Kraus de que 1914 había sido posible por la coexistencia de tronos y teléfonos resultó de lo más atinada: [\[17\]](#) potenciados por la tecnología, los monarcas europeos lograron que sus jóvenes súbditos masculinos desfilaran hacia el apocalipsis simplemente enviándoles telegramas. Y los numerosos analistas —Keynes entre ellos— que creyeron que aquella contienda no duraría mucho subestimaron gravemente la capacidad del Estado imperial de sustentar una matanza industrializada.

En una guerra global contra el Imperio británico, el Reich alemán se hallaba en seria desventaja, simbolizada por la facilidad con que, en la madrugada del 5 de agosto de 1914,

un buque cablero británico cortó los cinco cables submarinos que discurrían de Emden a Vigo, Tenerife, las Azores y Estados Unidos. A partir de entonces los telegramas que mandaban los alemanes a su embajada en Washington tuvieron que enviarse a través de los cables transatlánticos estadounidenses que partían de Suecia o Dinamarca, los cuales pasaban ambos por la estación repetidora de la Eastern Telegraph Company de Porthcurno, en Cornualles, donde los interceptaban y enviaban a la Sala 49 del Almirantazgo británico para descifrarlos. Como hemos visto, Gran Bretaña dominaba las redes internacionales de comunicaciones: no solo el telégrafo, sino también los sistemas monetarios y financieros, de los que Londres era el núcleo indiscutible, y la marina mercante (aunque en menor medida). Tampoco en términos de potencia naval Alemania había logrado salvar distancias. En consecuencia, los alemanes solo podían aspirar a ganar la Gran Guerra si se daba alguna de estas opciones: que infligieran una derrota decisiva a los ejércitos británico, francés y ruso en tierra, que interrumpieran sus importaciones mediante ataques submarinos en el mar, o que convulsionaran sus imperios fomentando revoluciones en ellos (de hecho, activando redes antiimperialistas para trastocar las estructuras jerárquicas del imperio). Como veremos, estuvieron a punto de tener éxito en los tres aspectos. Pero la más audaz de sus estratagemas fue la trama idealizada en la novela *Greenmantle*, de John Buchan, la

secuela de *Los treinta y nueve escalones*.

«Está preparándose una yehad [sic] —le dice a Hannay sir Walter Bullivant, el jefe de la inteligencia británica, al principio de *Greenmantle*—. Oriente aguarda una revelación. Se le ha prometido. Una estrella (sea hombre, profecía o fruslería) está surgiendo en Occidente. Los alemanes lo saben, y esa es la carta con que van a asombrar al mundo.»[\[18\]](#) Sin duda, al lector moderno la idea de un llamamiento a los musulmanes orquestado por Alemania para alzarse en una guerra santa contra el Imperio británico le parecerá descabellada. Por ello, no deja de resultar sorprendente descubrir que Buchan basó su novela *Greenmantle* en hechos reales.

SEXTA PARTE

Plagas y flautistas

Greenmantle

En el cuento de *El flautista de Hamelín*, un cazador de ratas de exótica vestimenta es contratado por una ciudad para llevarse a los roedores que infestan la población tocando su flauta mágica. Las ratas siguen la música del flautista, que las conduce al cercano río Weser, donde se ahogan. Pero cuando los lugareños se niegan a pagar al flautista lo que les pide, este realiza el mismo truco con sus hijos, a los que conduce al interior de una cueva. A excepción de tres de ellos, jamás vuelven a verlos. La historia, que data del siglo XIII, podría basarse perfectamente en hechos reales, aunque no está muy claro qué pudo causar la desaparición de tantos niños. Una hipótesis plausible es que el relato guarde relación con un brote de peste bubónica, que se sabía que transmitían las ratas, si bien en la versión original de la historia no se menciona en absoluto a estos animales, que son un añadido de finales del siglo XVI.

También el siglo XX fue una época de plagas... y de flautistas. Como es bien sabido, la fase final de la Primera

Guerra Mundial coincidió con una pandemia global, cuando una versión letal del virus de la gripe asoló el planeta, lo que causó la muerte a decenas de millones de personas, especialmente jóvenes.⁽³⁹⁾ No fue esta la única plaga del periodo comprendido entre 1917 y 1923, una cepa mutante del marxismo desarrollada por los bolcheviques rusos arrasó asimismo la masa continental eurasiática, al tiempo que nuevas formas extremas de nacionalismo generaban virulentos movimientos fascistas en casi todos los países europeos. Tan contagiosas fueron estas ideologías que hasta los afortunados ingleses recluidos en los aislados patios de Cambridge pudieron infectarse. También hubo una plaga económica, la de la hiperinflación, que causó estragos no solo en Alemania, sino asimismo en Austria, Polonia y Rusia. Frente a estas plagas, la gente recurrió a diversos flautistas: hombres que ofrecían un liderazgo carismático y soluciones drásticas. Sin embargo, como la población de la Hamelín medieval, quienes dieron el poder a aquellos flautistas lo pagaron con la vida de sus hijos.

El mundo anterior a todo esto había sido un mundo de imperios. El conflicto que estalló entre los imperios europeos en el verano de 1914 fue, como hemos visto, resultado de una ruptura del orden internacional nacido tras las guerras napoleónicas, que había alzado a una red de cinco nodos de grandes potencias por encima de todos los demás estados. Por reducir al mínimo esencial las causas del conflicto, digamos que Gran Bretaña fue incapaz de desempeñar el

papel de equilibradora mientras dos combinaciones rivales — Rusia y Francia, por una parte, y Alemania y Austria-Hungría, por la otra— entraban en la guerra por un asesinato perpetrado a mano de terroristas serbios en el recién adquirido y aparentemente insignificante territorio Habsburgo de Bosnia-Herzegovina. Cuando se hizo evidente que la ofensiva planeada por Alemania contra Francia requería la violación de la neutralidad belga, Gran Bretaña intervino en el otro bando, no tanto para defender el tratado que en 1839 había convertido a Bélgica en neutral, como para evitar una victoria alemana frente a Francia y Rusia. Puede que en términos militares los alemanes tuvieran la capacidad de ganar una guerra continental pese a la debilidad de sus aliados. Es cierto que lograron infligir un impresionante número de bajas al ejército francés en los primeros seis meses del conflicto, mucho más de lo que había bastado para producir el desmoronamiento de Francia en 1870 y 1940. Sin embargo, los incomparables recursos de Gran Bretaña en términos financieros, de producción, transporte y mano de obra fueron suficientes para mantener viva la guerra en Europa occidental pese al implacable desgaste de la capacidad bélica francesa; mantenerla viva, sí, pero no ponerle fin. La guerra en sí misma resultaba contagiosa. Las vastas posesiones de ultramar de los imperios beligerantes aseguraron su rápida globalización. También se unieron otros estados. Antes de que terminara 1914, Montenegro, Japón y el Imperio otomano entraron en

la contienda. En mayo de 1915, Italia eligió tardíamente el lado de la Entente, mientras Bulgaria se unía a las Potencias Centrales (Alemania y Austria-Hungría). Portugal y Rumanía se alzaron en armas con la Entente en el transcurso de 1916. En 1917, Estados Unidos era solo uno más de los doce nuevos beligerantes; los otros son Bolivia, Brasil, China, Cuba, Ecuador, Grecia, Liberia, Panamá, Perú, Siam (hoy Tailandia) y Uruguay. Todos se alinearon contra las Potencias Centrales.^[1] En el último año de guerra siguieron su ejemplo Costa Rica, Guatemala, Haití, Honduras y Nicaragua. En Europa, solo los Países Bajos, España, Suiza y los países escandinavos permanecieron neutrales (véase la lámina 17).

Aun antes de que se evidenciara el estancamiento militar en el Frente Occidental, el Gobierno alemán había empezado a experimentar con la que sería el arma decisiva que ganaría la guerra. La idea era desestabilizar a los imperios del otro bando liberando un «virus» ideológico. Con la ayuda de sus aliados otomanos, los alemanes intentaron desencadenar una yihad en todo el Imperio británico, así como en el francés.^[2] La trama de la novela de John Buchan *Greenmantle* —que a primera vista puede chocar al lector moderno por ser una de las más inverosímiles del autor— se basaba, pues, en hechos reales.^[3] Los alemanes acertaban al pensar que podría funcionar; pero su primer intento de desencadenar una revolución fracasó. La clave fue que solo algunas de las ideas revolucionarias de 1914-1918 se hicieron

virales, en el sentido de que se propagaron lo suficiente y lo bastante rápido para desestabilizar y derribar una jerarquía imperial. El llamamiento a la yihad no socavó el dominio británico ni francés en aquellas partes del mundo musulmán que estos imperios controlaban, pero el contraataque británico en forma de patrocinio del nacionalismo árabe sí minó, en cambio, al Imperio otomano, igual que la campaña alemana para propagar el bolchevismo destruyó al Imperio ruso, antes de extenderse hacia el oeste para acabar con el propio Imperio alemán. Para entender por qué la primera de estas iniciativas fracasó mientras que la segunda se vio coronada por el éxito, al tiempo que la tercera triunfó en un primer momento y luego se volvió contra sus impulsores, debemos recordar que las estructuras de red son tan importantes como los virus a la hora de determinar la velocidad y el alcance de un contagio.[\[4\]](#)

Las ideas descabelladas tienen más probabilidades de éxito si cuentan con la aprobación real. El káiser alemán, Guillermo II, poseía cierta vena orientalista que lo llevaba a idealizar fuertemente el islam. Tras una visita a Oriente Próximo en 1898, quedó tan impresionado, que se imaginó a sí mismo como «Hayy Guillermo»,[\(40\)](#) confesándole a su primo el zar Nicolás II que se había sentido «profundamente avergonzado ante los musulmanes, y que, de haber llegado allí sin ninguna religión en absoluto, ¡sin duda me habría hecho mahometano!». [\[5\]](#) Este tipo de islamofilia también estaba de moda entre los estudiosos alemanes, en particular

Carl Heinrich Becker.^[6] Además, había razones estratégicas para arrastrar al Imperio otomano a la esfera de influencia alemana. Aunque no pertenecía a la pentarquía de Ranke, en la práctica la «Sublime Puerta»⁽⁴¹⁾ era parte integrante de la red de grandes potencias europeas. De hecho, su futuro había sido el tema central de la diplomacia del siglo XIX: la llamada «Cuestión Oriental». «O la bandera alemana acabará ondeando sobre las fortificaciones del Bósforo — declaraba Guillermo II en 1913—, o sufriré el mismo triste destino que el gran exiliado en la isla de Santa Elena» (en alusión a su héroe, Napoleón).^[7] Turquía también parecía presentar oportunidades económicas; de ahí el plan alemán para el trazado de un ferrocarril que uniera Berlín con Bagdad, cuya construcción se hallaba ya bastante avanzada (aunque con algunas dificultades tanto técnicas como financieras) en el verano de 1914.^[8]

Para Guillermo, no obstante, era la idea del islam como aliado la que resultaba especialmente atractiva. Alentado por Max von Oppenheim —el *Legationsrat* del consulado alemán en El Cairo—, al káiser le fascinó imaginar que los súbditos musulmanes del Imperio británico pudieran volverse contra este a través de un llamamiento a la yihad.^[9] De hecho, ese fue el primer pensamiento de Guillermo al enterarse de que Inglaterra no permanecería neutral en la guerra que acababa de estallar en el continente. Enfurecido ante la perspectiva de un «cerco a Alemania», garabateó lo que vendría a ser la trama de *Greenmantle*: «Nuestros cónsules en Turquía y la

India, agentes, etcétera, deben desencadenar en todo el mundo mahometano una feroz rebelión contra esa odiada, mentirosa y desalmada nación de tenderos; porque si nosotros vamos a morir desangrados, Inglaterra al menos perderá la India».[10] Más tarde, en agosto, recogió la idea Helmuth von Moltke, jefe del Estado Mayor, que redactó un memorándum sobre la necesidad de «despertar el fanatismo del islam» en las poblaciones musulmanas de los imperios que combatían en el otro bando. En octubre de 1914, Oppenheim respondió con un documento de alto secreto de 136 páginas titulado «Memorándum sobre la revolución de los territorios islámicos de nuestros enemigos», donde describía el islam como «una de nuestras armas más importantes». Preveía revueltas religiosas en la India y Egipto, así como en el Cáucaso ruso.[11] Becker, por su parte, se sumó con un panfleto titulado *Deutschland und der Islam* («Alemania y el islam»).

Considerada en retrospectiva, esta idea era mucho menos fantástica de lo que parece. Es cierto que no resultaba del todo imposible que el Imperio otomano acabara uniéndose a las Potencias Centrales.[12] De hecho, Hans Freiherr von Wangenheim, el embajador alemán en Turquía, y el general Liman von Sanders, jefe de la misión militar alemana, albergaban sus dudas acerca de los beneficios de una alianza otomana. Pero los Jóvenes Turcos —que controlaban el imperio desde la forzada restauración del Gobierno constitucional a manos del sultán Abdul Hamid II en 1908—

tenían buenas razones para aliarse con Berlín. Los líderes de los Jóvenes Turcos, Ismail Enver y Mehmet Talat, argumentaban que las potencias de la Entente —Gran Bretaña, Francia y Rusia— tenían designios letales para los territorios otomanos, mientras que los alemanes y austriacos eran honestos intermediarios que podían respaldar la restauración de al menos algunas de las posesiones perdidas desde la década de 1870.[\[13\]](#) De modo que, con el apoyo del káiser, el 2 de agosto se forjó una alianza precipitada.[\[14\]](#) Además, Enver y sus colegas estaban muy persuadidos de que el sentimiento religioso podía explotarse en cuanto a fuente de poder otomano. Por un lado, lo veían como el vínculo crucial entre turcos y árabes;[\[15\]](#) y, asimismo, consideraban que legitimaba su campaña genocida contra los cristianos en los territorios del imperio, en especial contra los armenios. Según informaba Wangenheim a mediados de agosto, «la revolución del mundo islámico deseada por Su Majestad está preparada ya desde hace algún tiempo. Estas medidas se han adoptado en un secreto estricto».[\[16\]](#) Su única preocupación era que se culpara a los alemanes de cualquier posible matanza de armenios.[\[17\]](#)

El 14 de noviembre de 1914, en la mezquita de Fatih, en Estambul, Ürgüplü Hayri Bey, *shayj al-islam* («jeque del islam») del Imperio otomano, hizo entrega al sultán Mehmed Reşad V de la espada del Profeta en una ceremonia que iniciaba oficialmente la yihad contra la Entente.[\[18\]](#) Ante una «inmensa multitud» congregada frente a la

mezquita, se leyó en voz alta una fetua que adoptó la forma de una serie de preguntas:

Los súbditos musulmanes de Rusia, Francia, Inglaterra y todos los países que se alinean con ellos en sus ataques por tierra y mar lanzados contra el Califato con el fin de aniquilar el islam, ¿deben, dichos súbditos, tomar parte también en la guerra santa contra los respectivos gobiernos de que dependen?

Sí.

Los musulmanes que en la guerra actual están con Inglaterra, Francia, Rusia, Serbia, Montenegro, y los que prestan ayuda a estos países librando la guerra contra Alemania y Austria, aliados de Turquía, ¿merecen ser castigados por la ira de Dios como causa de perjuicio y daño al Califato y al islam?

Sí.[19]

Sin duda, era un tipo insólito de yihad, puesto que se aplicaba solo a los infieles que vivían en determinados imperios europeos, pero no a los de Alemania ni Austria. También implicaba atacar a los musulmanes que luchaban del lado de la Entente.[20] Los ciudadanos belgas constituían objetivos legítimos, pero no los estadounidenses que vivían en Turquía.[21] Por otra parte, resulta innegable el esfuerzo que dedicaron las autoridades otomanas a difundir el llamamiento a las armas.[22] Asimismo, la Oficina de Inteligencia para Oriente del Ministerio de Exteriores alemán había logrado reclutar a un impresionante número de colaboradores musulmanes, incluido el clérigo tunecino Salih al-Sharif al-Tunisi y el erudito egipcio Abd al-Aziz Shawish.[23]

Para Max von Oppenheim, las perspectivas de una yihad global resultaban asombrosamente prometedoras. Oppenheim, que parecía una versión de carne y hueso de uno de los villanos de Buchan, era nieto del banquero judío Simon Oppenheim. Tras haberse hecho un nombre como autor de libros de viajes y arqueólogo aficionado,^[42] había aprovechado con éxito su conocimiento del mundo musulmán para llevar una glamurosa doble vida: en Berlín era el intelectual favorito del káiser, mientras que en El Cairo se entregaba a los placeres del exótico Oriente, con harén propio incluido. Lamentando «la fase de degradación a la que ha llegado el mundo del islam», en 1915 Oppenheim se dedicó a lanzar una serie de invectivas contra los imperios de la Entente en un panfleto sin duda concebido para obtener una amplia difusión. En la India, Egipto y Sudán, «cientos de millones de musulmanes» habían caído «en las garras de los enemigos de Dios, los infieles ingleses»; la población del Magreb había sido subyugada por los franceses, los «enemigos de Dios y su Apóstol»; los musulmanes de Crimea, el Cáucaso y Asia central vivían penosamente bajo el látigo zarista; los italianos oprimían a los sanusíes, una tribu y orden sufi de Trípoli;^[24] había llegado, pues, el momento de que todos esos musulmanes se defendieran. Oppenheim y sus colaboradores redactaron numerosos panfletos por el estilo en varios idiomas.^[25]

Tampoco es que los alemanes se contentaran con generar textos propagandísticos. En 1915, vestido de beduino,

Oppenheim partió de Damasco a difundir su mensaje por la Siria rural, y llegó hasta la península del Sinaí y las inmediaciones de Medina.[26] Su protegido Carl Prüfer intentó avivar el sentimiento antibritánico en Egipto. El comandante Friedrich Klein viajó al sur de Irak para reunirse con los mujtahids chiíes de Kerbala y Náyaf. El cónsul Wilhelm Wassmuss hizo un esfuerzo similar en Irán. [27] A Edgar Pröbster, cónsul alemán en la ciudad marroquí de Fez, lo enviaron en un submarino a convencer al jeque sanusí de que se alzara en armas contra la Entente y, en una segunda expedición, para que lograra la misma hazaña con las tribus marroquíes hiba y suss. Hubo incluso misiones alemanas en Sudán y el Cuerno de África.[28] Pero la más ambiciosa de todas fue la expedición a Afganistán encabezada por Oskar Ritter von Niedermayer, un oficial de artillería bávaro que había viajado por todo Oriente, y Werner Otto von Hentig, un diplomático que había servido en Pekín, Constantinopla y Teherán. Su objetivo era persuadir al rey afgano, el emir Habibullah, de que se declarara plenamente independiente de la influencia británica y entrara en la guerra del lado de las Potencias Centrales.[29] Acompañados por un grupo de turcos encabezados por el capitán Kázim Orbay, tres revolucionarios indios y varios miembros de tribus pastunes, Niedermayer y Hentig llegaron a Kabul el 7 de septiembre de 1915. El recurso final de la estrategia alemana fue un esfuerzo sostenido para ganarse a los musulmanes

prisioneros de guerra de los ejércitos de la Entente, agrupados en un campo especial llamado Halbmondlager («campo de la media luna roja»), situado en Wünsdorf, el emplazamiento de la primera mezquita en Alemania, una elaborada estructura de madera inspirada en la Cúpula de la Roca de Jerusalén.[30] También se lanzaron panfletos, como el escrito por un desertor argelino llamado teniente Boukabouya, sobre trincheras donde se sabía que luchaban tropas coloniales francesas. Asimismo, se instruyó a los soldados alemanes de primera línea para que gritaran en árabe a quienes estaban al otro lado: «¿Por qué lucháis contra nosotros? ¡Somos vuestros hermanos, somos musulmanes como vosotros!».[31]

Tampoco es que estos esfuerzos estuvieran condenados al fracaso. Es cierto que Wangenheim sospechaba que el llamamiento del sultán-califa atraería «solo a unos cuantos musulmanes alejados del calor de la estufa».[32] Pero los planes de Oppenheim no pueden descartarse tildándolos de mera «fantasía».[33] Como instrumento de movilización de diversos grupos dentro del Imperio otomano, la llamada a la yihad fue un éxito en muchos aspectos. «Si nuestros enemigos quieren hollar nuestra tierra con sus sucios pies — le escribía Enver a Nakibzade Talib, bey de Basora, el 10 de agosto de 1914—, estoy convencido de que el honor y la fuerza islámicos y otomanos los destruirán.»[34] Su afirmación resultaría profética. Es posible que la malograda invasión británica de Galípoli hubiera tenido éxito si el

Imperio otomano hubiera sido todavía «el enfermo de Europa»; pero, sin duda, la religión fue uno de los acicates de la moral turca en aquella sangrienta campaña. El llamamiento a la yihad también generó una enorme respuesta positiva de las tribus chiíes del medio Éufrates (los al-Fatla, los Beni Hassan, los Beni Huchaim y los Jazail), además de las tribus del bajo Éufrates dominadas por la confederación Muntafik. El 19 de noviembre de 1914, el gran mujtahid Muhammad Kadhin Yazdi escribió al jeque Jazal de Muhammara instándole explícitamente a «hacer todo lo posible para repeler a los infieles».[35]

Aun así, lo cierto es que la visión alemana de una revuelta musulmana generalizada contra la Entente no llegó a materializarse. ¿Por qué? Parte de la respuesta reside en una mezcla de incompetencia alemana y eficacia del contraespionaje británico y francés. El explorador Leo Frobenius estuvo a punto de dejarse capturar cuando se dirigía a Eritrea, y más tarde fue deportado a Europa por las autoridades italianas.[36] Alois Musil, un orientalista austríaco enviado a ganarse el apoyo de los líderes árabes rivales Ibn Saud e Ibn Rashid, no solo no lo logró, sino que malinterpretó por completo las intenciones de aquellos.[37] En Irán, el libro de cifrados de Wassmuss cayó en manos británicas, junto con una caja que contenía «miles de panfletos violentamente inflamatorios impresos en inglés, urdu, hindú, panyabí y sij, y dirigidos al ejército indio», con un «llamamiento especial a los mahometanos de dicho

ejército, instándolos a unirse en una Guerra Santa contra los infieles ingleses». [\[38\]](#)

Pero hubo un problema más de fondo. La realidad es que la llamada a la yihad simplemente no halló eco mucho más allá de las provincias centrales del Imperio otomano. [\[39\]](#) Así, por ejemplo, tras arrendar Abadán a la Anglo-Persian Oil Company, el jeque Jazal optó por no hacer caso del llamamiento del gran mujtahid a la unidad musulmana y probar suerte con los británicos. Aunque en un primer momento a algunos funcionarios franceses les preocupó la posibilidad de que sus súbditos norteafricanos se dejaran influir por la propaganda alemana, pronto se hizo evidente que estaban igualmente dispuestos a creer —en palabras del teniente Si Brahim, en una arenga a los soldados del norte de África pronunciada en Arlés— que, «al tomar las armas por nuestro país», estaban «defendiendo los intereses de su fe, el honor de sus hogares y la integridad de las tierras del islam». [\[40\]](#) En Libia, a la larga se consiguió convencer a los sanusíes de que se alzaran en armas, pero solo a cambio de dinero, y no tardaron en desbandarse cuando chocaron con la eficaz resistencia británica. En Afganistán, la misión alemana tuvo que esperar durante semanas después de que el emir convocara la Loya Yirga —o asamblea de líderes tribales—, que votó a favor de permanecer neutral en la guerra. [\[41\]](#) En cuanto a la India, los británicos no tuvieron la menor dificultad en persuadir a los diversos cabecillas y organizaciones musulmanes —en particular al agá jan, al

nabab bahadur de Dacca y al Consejo de la Liga Musulmana Panindia— de que denunciaran el llamamiento a la yihad como una cínica estratagema alemana.^[42]

En resumen, pues, los «panislamistas» que en teoría se habían dejado captar antes de la guerra por hombres como Oppenheim resultaron ser un espejismo en el desierto. Ningún panfleto podía activar una red que simplemente solo existía en la imaginación de los orientalistas. De manera similar a Oppenheim, a quien en cierto modo se parecía, la viajera británica Gertrude Bell describía el islam como «la corriente eléctrica por la que se pasa la transmisión del sentimiento», y sostenía que «su potencia se ve incrementada por el hecho de que apenas existe, o no existe en absoluto, un sentimiento de nacionalidad territorial que lo contrarreste». Aun así, los administradores coloniales más experimentados se mostraban escépticos. «Como factor de la política británica —declaraba Ronald Storrs, secretario para asuntos orientales del cónsul general británico en Egipto—, la doctrina del califato (de la teocracia panislámica) era mayoritariamente una creación de la Oficina de la India.»^[43] Pero eso tampoco hacía justicia a los británicos del subcontinente. En un memorándum escrito en junio de 1916, T. W. Holderness —el subsecretario de la Oficina de la India— sostenía que «a juzgar tanto por la historia del mahometismo como por los acontecimientos de la guerra actual [...] es fácil sobrevalorar el papel del panislamismo como fuerza motriz». Con astucia, Holderness apuntaba a la

«falta de cohesión del mundo musulmán, y sus divisiones y animosidades sectarias», afirmando que, en general, a los musulmanes les «movía la nacionalidad antes que el credo». [44] Eso resultaría especialmente cierto en la importantísima región del Hiyaz, el emplazamiento de los santos lugares islámicos de La Meca y Medina.

Los alemanes habían tratado de incitar a los súbditos musulmanes de sus tres imperios enemigos a una insurrección religiosa. Fracasaron, y en ningún lugar de forma tan estrepitosa como en La Meca. Los británicos, en cambio, se plantearon un objetivo más limitado, el de persuadir a los súbditos árabes del Imperio otomano de que desertaran. Eso sí funcionó. Ya antes de que estallara la guerra, el jerife de La Meca, Husáin ibn Alí —que por entonces contaba sesenta años—, había encargado a su segundo hijo, Abdullah, que transmitiera a los británicos el mensaje de que quizá se planteara la posibilidad de rebelarse contra sus amos otomanos. Husáin, socialmente conservador, sentía una profunda desconfianza hacia los Jóvenes Turcos de Estambul y sus planes de modernización. De hecho, sospechaba que estos conspiraban para derrocarlo y poner fin a la soberanía de la familia hachemí sobre el Hiyaz. [45] El 24 de septiembre de 1914, el secretario de Estado británico para la Guerra, lord Kitchener, envió una carta secreta a Abdullah a través de Storrs, en El Cairo, pidiéndole que le preguntara a Husáin si «él, su padre y los árabes del Hiyaz estarían con nosotros o contra nosotros»

en el caso de que Turquía se uniera a las Potencias Centrales. La misiva concluía con una osada sugerencia: «Es posible que un árabe de pura raza asuma el califato en La Meca o en Medina, y así, con la ayuda de Dios, puede salir un bien de todo el mal que ahora está ocurriendo».[46]

Probablemente la idea de Kitchener era imponer a Husáin la misma clase de relación subordinada al Imperio británico tan común en Asia meridional y en África subsahariana en el siglo XIX. Sin embargo, no era eso lo que tenía en mente. El dominio otomano sobre los árabes estaba lejos de desaparecer,[47] pero la alternativa no era el dominio británico, sino la independencia árabe. Esa fue la opción de la que se habló cuando Faisal, el hijo mayor de Husáin, se reunió en secreto con representantes de la clandestina sociedad militar nacionalista árabe Al-Ahd y el movimiento civil Al-Fatat. La propuesta de los otomanos era, esencialmente, obediencia o destitución. Los arabistas ofrecían más: si Husáin lograba persuadir a los británicos de que aceptaran el vasto estado árabe independiente definido en su Protocolo de Damasco (que incluía no solo toda la península Arábiga, sino también Mesopotamia y gran parte de Siria), ellos se unirían a su rebelión contra el sultán y le nombrarían «rey de los árabes» cuando terminara la guerra. [48] La trascendental decisión de sir Henry McMahon, el alto comisionado en Egipto, de forjar ese acuerdo con Husáin —aunque solo después de una prolongada disputa sobre las fronteras exactas del «Califato Árabe»— fue en

parte una respuesta al llamamiento germano-otomano a la yihad, así como al pánico inducido por las sucesivas derrotas británicas en Galípoli y Kut al-Amara.[\[49\]](#) En palabras de Gilbert Clayton, director de inteligencia de la legación de El Cairo, «si tenemos éxito en esto, habremos despojado a los alemanes y los turcos del apoyo árabe, y excluido cualquier posibilidad de un posible alzamiento contra nosotros y contra los franceses e italianos, una auténtica yehad [sic], engendrada en los santos lugares del islam [...]. Creo más bien que se ha hecho demasiado hincapié en lo que yo llamaría las ventajas “positivas” de una alianza con los árabes, y que se han pasado por alto las enormes ventajas “negativas” de privar de ellos a los alemanes y a los turcos». [\[50\]](#) El acuerdo británico con los hachemíes, junto con los acuerdos independientes con Francia en torno a Mesopotamia y Siria,[\(43\)](#) y con el movimiento sionista para crear una patria nacional judía en Palestina, sentaron las nuevas bases políticas de la región que hoy conocemos como «Oriente Próximo». [\[51\]](#) Dichos acuerdos perdurarían un siglo.

La revuelta árabe iniciada el 5 de junio de 1916 derrotó a los alemanes en su propio campo y cambió el curso de la guerra contra los otomanos.[\[52\]](#) Pero para entender por qué Gran Bretaña triunfó (con ayuda francesa) donde los alemanes y otomanos fracasaron, debemos considerar algo más que los meros éxitos militares que haría famosos T. E. Lawrence, el más acérrimo partidario británico de la

independencia árabe.[53] Y tenemos que considerar asimismo el hecho de que Lawrence trabajaba con una red activa —la de los nacionalistas árabes—, mientras que Oppenheim y sus compinches intentaban activar otra en gran parte letárgica y desconectada: la Umma o comunidad de todos los musulmanes. El error fatal de los alemanes fue subestimar hasta qué punto la conciencia árabe había socavado las estructuras formales del Gobierno otomano aun antes de que estallara la guerra.[54] Oppenheim se jactaba de conocer el mundo musulmán, pero malinterpretó por completo las intenciones de los hachemíes. Proclamar una guerra santa global sin asegurar primero los lugares santos del islam era una metedura de pata elemental digna de uno de los personajes con que Buchan caricaturizaba a los teutones; del mismo modo que era necesario un héroe buchanesco capaz de «meterse en la piel de los árabes e imitar su mentalidad», como lograría hacer Lawrence.

La peste

Todos los complots alemanes para ganar la Primera Guerra Mundial mediante subterfugios fracasaron, salvo uno. La llamada «Conspiración indo-alemana» para mandar armas a los nacionalistas indios fue un fracaso, igual que la invasión de la India desde Siam financiada por Alemania. El envío teutón a Irlanda de 25.000 fusiles requisados a los rusos no logró convertir en una revolución el frustrado Alzamiento de Pascua. La más desesperada de todas las tentativas fue el torpe intento de hacer que México participara en la contienda proponiéndole la reconquista de Nuevo México, Texas y Arizona, un plan cuyos detalles interceptó la inteligencia británica y reenvió a Estados Unidos gracias a que, como hemos visto, todos los telegramas transatlánticos alemanes tenían que pasar por una estación repetidora británica. Sin embargo, el único complot alemán que funcionó resultó ser tan fructífero que estuvo a punto de revolucionar el mundo entero. Fue la trama para enviar de regreso a Rusia al líder bolchevique Vladímir Ilich Lenin, que por entonces se hallaba exiliado en Suiza, tras la

revolución que en febrero de 1917 había derrocado al zar Nicolás II.

Habiendo sido alertado de las posibilidades que ofrecía el «derrotismo revolucionario» de la doctrina de Lenin por parte de dos revolucionarios profesionales llamados Aleksandr Guélfand (Parvus) y Aleksandr Kesküla, el Gobierno alemán no solo proporcionó a Lenin un billete de tren desde Zúrich hasta Petrogrado —pasando por Frankfurt, Berlín, Sassnitz y Estocolmo—, sino que también le proveyó de generosos fondos para subvertir el nuevo Gobierno provisional.^[44] En lugar de detener a Lenin y a las diecinueve personas que lo acompañaban, un acción más que de sobra justificada, el nuevo Gobierno provisional ruso vaciló. Los bolcheviques se pusieron manos a la obra: adquirieron una nueva sede situada en pleno centro urbano (la antigua residencia de la bailarina Mathilde Kschessínskaya, una célebre cortesana real) y una imprenta privada, y repartieron literalmente billetes de banco para que la gente se uniera a sus manifestaciones. En buena medida, aunque la mayoría de los estudios todavía la subestiman, la Revolución bolchevique fue, pues, una operación financiada por los alemanes, aunque facilitada sobremanera por la incompetencia de los liberales rusos.^[1] La suerte de Lenin ya estaba echada tras el fracaso del primer intento de golpe de Estado bolchevique, a principios de julio, y la acusación de que era un agente alemán publicada en el periódico *Zhivoe Slovo*, que llevó a una

acusación formal de traición contra él y otros diez líderes bolcheviques. Pero Aleksandr Kérenski, el social-revolucionario y ministro de Justicia que tomó el control del Gobierno provisional el 7 de julio, carecía de instinto asesino. Convencido por un intermediario nada fiable de que el nuevo comandante en jefe, el general Lavr Kornílov, planeaba un golpe militar, Kérenski lo relevó de su puesto y permitió que el Comité Ejecutivo provisional (Ispolkom) del sóviet (consejo obrero) de Petrogrado otorgara a los bolcheviques lo que equivalía a una amnistía. León Trotski, un perspicaz periodista menchevique que había unido su destino al de Lenin, salió de la cárcel. En la segunda semana de octubre, ya seguro de que se habían retirado los cargos de traición contra él, Lenin regresó de Finlandia, adonde había huido tras las Jornadas de Julio. A partir de entonces, el complot de Lenin y sus aliados para derrocar al Gobierno provisional y entregar «todo el poder a los sóviets» apenas se disimuló. En la madrugada del 25 de octubre de 1917, tras un nuevo y chapucero intento por parte de Kérenski de adoptar medidas drásticas contra ellos, los bolcheviques orquestaron su propio golpe de Estado. Cada uno de los dos bandos intentó cortar las líneas telefónicas del otro, pero el número de partidarios armados fue lo que acabó decidiendo la cuestión. El Gobierno provisional contaba con el llamado Batallón de la Muerte de Mujeres, sin embargo los bolcheviques disponían de más hombres y la ventaja añadida de los cañones de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, que

probaron disparando contra el Palacio de Invierno.[2]

Hoy sabemos muy bien que en la Revolución de Octubre murió menos gente de la que falleció en la película de Serguéi Eisenstein rodada para conmemorar el décimo aniversario de aquella.[45] Pero sería un error minimizar la importancia del hecho original. Lo primero que llama la atención de la Revolución bolchevique es la rapidez con que se propagó. En el Ejército del Norte empezaron a aparecer pancartas y eslóganes bolcheviques ya tan temprano como el 18 de abril. Cuando el Gobierno provisional se preparaba para una ofensiva en Galitzia, los oficiales informaron de los primeros brotes de *shkurnyi bol'shevizm* («bolchevismo de piel», es decir, el que adoptaban los hombres que querían salvar el pellejo). El comandante del XII Ejército se quejaba de «la agitación reforzada de los bolcheviques, que se han construido un sólido nido [...]», lo que resulta una imagen reveladora.[3] Los refuerzos desde Petrogrado llegaron a primera línea con pancartas bolcheviques que rezaban: «¡Abajo la guerra y el Gobierno provisional!». [4] Un solo desertor, llamado A. Y. Semashko, fue capaz de reclutar a quinientos hombres del 1.er Regimiento de Ametralladoras para la causa bolchevique.[5] Aunque la epidemia se vio momentáneamente frenada por el fiasco de las Jornadas de Julio, la detención de Kornílov a manos de Kérenski reestableció la credibilidad de los bolcheviques en los escalafones inferiores. El V Ejército sufrió una auténtica oleada de deserciones, y los «comisarios» bolcheviques

tomaron el control de su equipamiento de telégrafo. Para los oficiales de la inteligencia militar, parecía como si una «ola bolchevique» se llevara consigo todo asomo de disciplina.^[6] A finales de septiembre, el apoyo al partido de Lenin había aumentado lo bastante en las principales ciudades de Rusia para darle el control de los sóviets de Moscú y Petrogrado. También se había fortalecido en la base naval de Kronstadt y la Flota del Báltico. Los bolcheviques solo carecían de partidarios entre el vasto campesinado y los cosacos, lo que ayuda a explicar la rapidez con que Rusia se vio abocada a una guerra civil rural-urbana en el transcurso de 1918.⁽⁴⁶⁾ El virus bolchevique viajó sobre todo por tren y telégrafo, y los soldados, marineros y trabajadores que sabían leer y escribir fueron los más sensibles a él. El problema para los alemanes era que, como el gas mostaza —que se propaga en el sentido equivocado si cambia el viento—, la peste bolchevique también podía infectar a sus propios soldados, marineros y trabajadores. Cuando en el verano de 1918 se hizo evidente que ni siquiera un colapso ruso absoluto podía evitar la derrota de las Potencias Centrales, se proclamaron también gobiernos de estilo soviético en Budapest, Múnich y Hamburgo. Incluso en el Ayuntamiento de Glasgow se izó la bandera roja. Enardecido, Lenin soñaba con una «Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia». Trotski declaró, con cierta exageración, que «el camino a París y Londres pasa por las ciudades de Afganistán, el Panyab y Bengala».

^[7] Hasta las distantes Seattle y Buenos Aires se vieron

sacudidas por huelgas. Era una pandemia proletaria.

El segundo elemento sorprendente de la Revolución rusa es la manera implacable como los bolcheviques convirtieron su red revolucionaria en un nuevo sistema jerárquico, en tantos aspectos mucho más riguroso que el antiguo régimen zarista. El Partido Bolchevique creció exponencialmente en tamaño a partir de 1917, pero a la vez que se expandía fue haciéndose más centralizado, algo que Lenin había previsto en su panfleto prebélico *¿Qué hacer?* Los reveses sufridos en 1918 legitimaron el deseo de Lenin de desempeñar el papel de Robespierre, asumiendo poderes dictatoriales justificados por «la Revolución en peligro». El 17 de julio de 1918 depuso al zar y mandó fusilar a los miembros de su familia en el sótano de la casa donde estaban retenidos en Ekaterimburgo. Cuatro días después hubo una ejecución masiva de 428 social-revolucionarios en Yaroslavl.^[8] Lenin insistió en que la única forma de garantizar que los campesinos entregaran sus cereales para alimentar al Ejército Rojo era ordenar ejecuciones ejemplares de los denominados «kulaks», los campesinos (y supuestamente capitalistas voraces) que a los bolcheviques convenía demonizar. «¿Cómo se puede hacer una revolución sin pelotones de ejecución? —preguntaba Lenin—.^[9] Si no somos capaces de disparar a un saboteador de la Guardia Blanca, ¿qué clase de gran revolución es esta? Solo palabrería y agua de borrajas.» Convencido de que los bolcheviques no «saldrían victoriosos» si no empleaban «el

más riguroso terror revolucionario», llamaba explícitamente a practicar un «terror masivo contra los kulaks, sacerdotes y miembros de la Guardia Blanca». A los «operadores del mercado negro» había que «dispararles en el acto». El 10 de agosto de 1918 envió un telegrama a los líderes bolcheviques de Penza que resulta muy elocuente:

Debe aplastarse sin piedad la rebelión kulak en [sus] cinco distritos [...]. Hay que dar ejemplo. 1) Colgar (y me refiero a colgar de manera que la gente lo vea) a no menos de cien kulaks, ricos y chupasangres conocidos. 2) Hacer públicos sus nombres. 3) Quedarse todo su cereal. 4) Identificar a rehenes [...]. Hacerlo de manera que en cientos de kilómetros a la redonda la gente lo vea, tiemble, lo sepa y llore: matan y seguirán matando a los kulaks chupasangres [...]. P. D. Buscar a gente más dura.[\[10\]](#)

Los kulaks —afirmaba Lenin— eran «chupasangres, arañas, sanguijuelas y vampiros». Pero la situación no haría sino empeorar tras el fallido intento de asesinato de Lenin perpetrado el 30 de agosto por una social-revolucionaria llamada Fanni Kaplán.

En el centro de la nueva tiranía se hallaba la Comisión Extraordinaria Panrusa para la lucha con la Contrarrevolución y el Sabotaje, más conocida como la «Checa». Dirigida por Félix Dzerzhinski, los bolcheviques crearon un nuevo tipo de policía política que no tenía el menor escrúpulo a la hora de ejecutar a simples sospechosos. «La Checa —explicaba uno de sus fundadores— no es una comisión de investigación, una corte o un

tribunal. Es un órgano de combate en el frente interno de la guerra civil [...]. No juzga; ataca. No perdona; destruye a cuantos atrapa al otro lado de la barricada.»^[11] El periódico bolchevique *Krásnaya Gazeta* declaraba: «Sin misericordia, sin compasión, mataremos a nuestros enemigos a centenares. Que sean miles, que se ahogan en su propia sangre. Por la sangre de Lenin [...] que corran ríos de sangre de la burguesía; más sangre, toda la posible».^[12] Dzerzhinski obedeció gustoso. El 23 de septiembre de 1919, por poner solo un ejemplo, se fusiló sumariamente a 67 presuntos contrarrevolucionarios. El primero de la lista era Nikolái Shchepkin, un miembro liberal de la Duma, la asamblea constituida a partir de 1905. El anuncio de su ejecución, redactado en un estilo muy vehemente, acusaba a Shchepkin y sus supuestos cómplices de «ocultarse como arañas sedientas de sangre [y] tejer sus telarañas por todas partes, desde el Ejército Rojo hasta las escuelas y universidades».^[13] Entre 1918 y 1920 hubo hasta 300.000 ejecuciones políticas de este tipo,^[14] que incluyeron no solo a miembros de partidos rivales, sino también a otros bolcheviques lo bastante imprudentes para cuestionar la nueva dictadura de los líderes del partido. En 1920 existía ya más de un centenar de *kontsentratsionnye lageri* para la «rehabilitación» de los «elementos poco fiables». Sus emplazamientos fueron elegidos con sumo cuidado a fin de exponer a los prisioneros a las condiciones más rigurosas posibles; lugares como el antiguo monasterio de Jolmogori,

en los helados eriales de la costa del mar Blanco. Así nació el gulag.

Iósif Vissariónovich Dzhughashvili —Stalin («hombre de acero») para sus compañeros revolucionarios— no era el heredero de Lenin previsto como líder (*vozhd*) del sistema soviético, ya que carecía del carisma y las aptitudes de otros dirigentes bolcheviques. Sin embargo, cuando Lenin lo nombró «secretario general» del Comité Central, en abril de 1922, subestimó gravemente el talento de Stalin como burócrata. Dado que era la única persona que tenía un puesto en las tres instituciones más poderosas del partido — el Politburó, el Orgburó y la Secretaría—, y dado que era asimismo el *apparátchik* que disponía, con mucho, del mayor número de personal a su servicio, Stalin se dispuso a hacerse con el control mediante una combinación de rigor administrativo y maquiavelismo personal. No tardó en situar a sus leales en distintas localidades y, de manera crucial, en la policía secreta. Redactó la lista de altos funcionarios conocida como *nomenklatura* de modo que —según declararía en el XII Congreso del partido, en abril de 1923— las «personas que ocupan estos puestos puedan implementar directivas, abarcar dichas directivas, aceptarlas como propias y darles vida».[15] La dirección administrativa le confirió poder sobre mucho más que los gastos de los funcionarios; su «departamento secreto», oculto tras unas puertas de acero, se convirtió en un organismo de denuncias e investigaciones internas del partido. Y el sistema telefónico

del Gobierno —*vertutshka*—, junto con la unidad de cifrado de telegramas, le dieron el control de las comunicaciones, incluida la posibilidad de poner escuchas a los demás.

Igual que Lenin, Stalin era el producto de una red revolucionaria clandestina, y había sufrido sus propias penalidades como joven conspirador contra el régimen zarista. Un rasgo distintivo de los dictadores del siglo xx, quizá debido a que provenían de la clandestinidad, era que veían conspiraciones contra ellos por todas partes. Los supuestos espías y saboteadores condenados en juicios que eran meras farsas con fines propagandísticos como el Escándalo Shajty (1928), el Juicio del Partido Industrial (1930) y el Asunto Metro-Vickers (1933) fueron solo las víctimas de los más espectaculares de entre los innumerables procedimientos seudojudiciales y extrajudiciales. Al considerar el más leve murmullo de descontento como traición o contrarrevolución, el sistema estalinista se hallaba en condiciones de enviar a ejércitos enteros de ciudadanos soviéticos al gulag. Los documentos de que disponemos hoy en el Archivo Estatal Ruso muestran con toda exactitud cómo funcionaba el sistema. Berna Klauda era una anciana menuda de Leningrado; difícilmente podría hallarse a alguien con un aspecto menos subversivo. Sin embargo, en 1937 la condenaron a diez años en el gulag de Perm por expresar sentimientos antigubernamentales.^[16] La «agitación antisoviética» era el menos grave de los delitos políticos por los que podían condenarle a uno. Peor era la

«actividad contrarrevolucionaria»; más aún la «actividad terrorista contrarrevolucionaria», y la peor de todas, la «actividad terrorista trotskista». En realidad, la inmensa mayoría de las personas condenadas por tales delitos eran culpables, en caso de serlo, de meras faltas sin importancia: una palabra fuera de lugar dirigida a un superior, un chiste sobre Stalin oído por casualidad, una queja sobre algún aspecto del omnipresente sistema, o, en el peor de los casos, alguna leve infracción económica como la «especulación» (compra y reventa de bienes). Solo una proporción diminuta de los presos políticos eran verdaderos opositores al régimen; de manera harto reveladora, en 1938 poco más del 1 por ciento de los presos de los campos tenían una educación superior, mientras que una tercera parte eran analfabetos. En 1937 había cupos de detenciones igual que los había para la producción de acero. Simplemente se inventaban los delitos a fin de adaptarlos a las penas. Los presos se convertían en meros productos, que el NKVD(47) clasificaba con términos como «Cuentas» (presos varones) o «Libros» (reclusas embarazadas). En el apogeo del sistema del gulag, había 476 grupos de campos dispersos por toda la Unión Soviética, cada uno de ellos integrado por cientos de campos individuales. En total, durante el gobierno de Stalin pasaron por el Gulag unos dieciocho millones de hombres, mujeres y niños. Teniendo en cuenta los seis o siete millones de ciudadanos soviéticos que se envió al exilio, la proporción de la población que experimentó algún tipo de servidumbre

penal bajo el dominio de Stalin se acercó al 15 por ciento del total.[\[17\]](#)

Nadie estaba a salvo. Lenin había sido el primero en introducir la práctica de las «purgas» periódicas del partido a fin de deshacerse de «vagos, gamberros, aventureros, borrachos y ladrones».[\[18\]](#) Stalin, que sentía una desconfianza compulsiva hacia sus compañeros comunistas, fue mucho más allá. A pocos grupos se les persiguió más despiadadamente en la década de 1930 que a los «viejos bolcheviques» que habían sido camaradas del propio Stalin en los días decisivos de la revolución y la guerra civil. Los altos funcionarios del partido vivían en un estado de inseguridad perpetua, sin saber cuándo podían ser víctimas de la paranoia de Stalin. Quienes se habían mostrado más leales al partido tenían las mismas probabilidades de que los detuvieran y encarcelaran que los delincuentes más notorios. A los leninistas más fieles se les acusaba de ser «saboteadores» vendidos a las potencias imperialistas, o «trotskistas» confabulados con el deshonorado y exiliado enemigo número uno de Stalin (a quien este por fin lograría que asesinaran en 1940). Lo que había empezado en 1933 como una drástica medida contra los funcionarios corruptos o ineficientes se intensificó tras el asesinato del jefe del partido en Leningrado, Serguéi Kírov, en diciembre de 1934, hasta convertirse en una sangrienta purga que se perpetuaba a sí misma. Uno tras otro, los hombres y las mujeres que habían formado la vanguardia de la revolución fueron

detenidos, torturados e interrogados hasta inducirles a confesar algún «crimen» y denunciar a más camaradas suyos, y finalmente fusilados. Entre enero de 1935 y junio de 1941 hubo en la Unión Soviética casi veinte millones de detenciones y al menos siete de ejecuciones. Solo en el periodo 1937-1938 la cuota de «enemigos del pueblo» a los que ejecutar se fijó en 356.105, aunque el número real de quienes perdieron la vida fue más del doble.^[19] De los 394 miembros que en enero de 1936 formaban el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, 223 habían caído víctimas del Terror en abril de 1938, como ocurrió con 41 de los 68 líderes comunistas alemanes que habían huido a la Unión Soviética a partir de 1933.

En el apogeo del Terror estalinista, la expresión «bienestar público» equivalía a una absoluta inseguridad privada. En realidad, nadie podía sentirse seguro. Y menos aún los hombres que dirigían el NKVD: Guénrij Yagoda fue fusilado por trotskista en 1938; Nikolái Yezhov, su sucesor, sufrió la misma suerte cuando lo acusaron de ser un espía británico en 1940; a Lavrenti Beria lo fusilaron poco después de la muerte del propio Stalin. Los que sobrevivían a aquella vida «bajo el cañón de la pistola» no eran necesariamente los más conformistas, sino solo los más afortunados. Entre las personas detenidas hubo 53 miembros de la Asociación de Sordomudos de Leningrado. La acusación contra esa presunta «organización fascista» fue que había conspirado con los servicios secretos alemanes para, mediante una

bomba casera, hacer saltar por los aires a Stalin y otros miembros del Politburó durante el desfile del Día de la Revolución en la Plaza Roja. Se fusiló a treinta y cuatro de sus integrantes; al resto los enviaron a los campos por un periodo de diez años o más. Lo que en realidad había ocurrido era que el presidente de dicha asociación había informado de que algunos miembros habían estado vendiendo baratijas en los trenes de cercanías para llegar a fin de mes. La denuncia generó la intervención del NKVD. Más tarde, el propio presidente fue implicado en la supuesta conspiración y fusilado. Al año siguiente, el NKVD decidió que la misma investigación original en sí resultaba sospechosa, de modo que se detuvo a los policías locales.[\[20\]](#)

A finales de la década de 1930, Stalin había convertido la Unión Soviética en un inmenso campo de esclavos, con él de comandante. Podía sentarse en el porche de su dacha en Sochi y dictar una orden que se enviaba de inmediato por telegrama a Moscú, donde se convertía en un decreto oficial, que luego se distribuía a través de la jerarquía piramidal del Partido Comunista soviético y, en caso necesario, a los partidos comunistas del extranjero. Los funcionarios locales no se atrevían a pasar por alto dicha orden por temor a que más tarde se descubriera que no la habían ejecutado, lo que sin duda provocaría que los investigaran, procesaran, condenaran y, muy posiblemente, ejecutaran.[\[21\]](#) El poder de Stalin se componía de tres elementos: un control absoluto de la burocracia del partido, un control total de los medios

de comunicación —con la red telefónica del Kremlin como eje central— y un control también completo de una policía secreta integrada por hombres que vivían ellos mismos atemorizados. Ningún déspota oriental había ejercido jamás un poder personal absoluto sobre un imperio, porque hasta entonces ninguna jerarquía había logrado que participar en redes extraoficiales —incluso la sospecha de participación— resultara tan terriblemente peligrosa.

El principio del líder

También el fascismo empezó como una red, sobre todo en Alemania, donde el apoyo popular a Hitler creció de forma exponencial durante la Depresión. La mayoría de los regímenes fascistas, empezando por el de Benito Mussolini en Italia, se instauraron por designación real o aristocrática y luego centralizaron con rapidez el poder. Pero el nacionalsocialismo fue distinto. Ningún otro partido fascista se aproximó ni de lejos al éxito electoral de los nazis. En términos de votos, el fascismo fue un fenómeno mayoritariamente alemán: si se suman todos los votos individuales depositados en Europa en favor de partidos fascistas u otros partidos nacionalistas extremistas entre 1930 y 1935, resulta que nada menos que el 96 por ciento fueron consignados por ciudadanos de habla alemana.^[1] A raíz de la hiperinflación de 1923, muchos votantes se habían alejado de los partidos de centro-derecha y centro-izquierda típicos de la clase media, desilusionados por el chaloneo entre empresas y trabajadores que parecía dominar la política de Weimar. Hubo una proliferación de partidos

escindidos y grupos de intereses específicos, un lento proceso de fisión que fue el preludio de la explosión política de 1930, cuando la proporción de votos nazis se multiplicó por siete con respecto a la cifra alcanzada en 1928. El aumento del número de afiliados al partido tuvo un carácter exponencial similar. En 1928, el Partido Nacionalsozialista Obrero Alemán (NSDAP) contaba con 96.918 miembros. En enero de 1933, la afiliación se había multiplicado por ocho, hasta los 849.009 miembros, cifra que casi se triplicó en los dos años siguientes en la medida en que oportunistas de toda laya se apresuraron a apuntarse al partido ganador. Seguiría creciendo hasta casi el final del Tercer Reich, pasando de 2,5 millones de afiliados en 1935 a 5,3 en 1939, 7,1 en 1941, 7,3 en 1943 y más de 8 millones en mayo de 1945. El número de lectores del periódico del partido, el *Völkische Beobachter*, siguió una trayectoria parecida: tras llegar a los 330.000 en 1933, pasó a superar el millón en 1940, y en 1944 vendía alrededor de 1,7 millones de ejemplares diarios.[2]

Aunque se había considerado un partido del ámbito rural, o del norte, o de la clase media, lo cierto es que el NSDAP consiguió apoyos de toda Alemania y de todo el espectro social. Los estudios basados en los distritos electorales más grandes pasan por alto este hecho y exageran las diferencias entre regiones. Pero otras investigaciones más recientes, centradas en la unidad electoral más pequeña (*Kreis*), han puesto de manifiesto el extraordinario alcance del voto nazi.

[3] La imagen que surge de estos estudios tiene un carácter casi fractal, donde cada distrito electoral reproduce de algún modo al mapa nacional, y con puntos álgidos de apoyo (como Oldenburgo, en la Baja Sajonia; la Alta y Media Franconia, en Baviera; la zona norte de Baden, o la región este de Prusia Oriental) repartidos por todo el país. Es cierto que la probabilidad de encontrar puntos con un número relativamente alto de votantes nazis es mayor en las zonas central, septentrional y oriental de Alemania, mientras que aquellos con un número de votantes comparativamente más bajo se concentran en el sur y el oeste.[4] Pero lo más importante es que los nazis lograron cierto éxito en los comicios en casi cualquier tipo de entorno político local, abarcando todo el espectro electoral alemán de una manera nunca vista hasta entonces ni después. El voto nazi no variaba en función de la tasa de paro o la proporción de trabajadores de la población. Para consternación de los dirigentes comunistas, en algunos distritos hasta las dos quintas partes de los votantes nazis eran de clase obrera. La única restricción significativa al crecimiento del voto nazi fue la resiliencia relativamente mayor del Partido de Centro —de ideología católica— en comparación con los partidos que hasta el momento habían contado con el respaldo de los protestantes alemanes.[5]

En definitiva, el nacionalsocialismo fue un movimiento, y puede afirmarse que entre 1930 y 1933 Hitler, su carismático líder, se convirtió en viral. Para muchos observadores, fue

como una especie de despertar religioso. En palabras de un sargento de las *Sturmabteilung* (las SA): «Nuestros adversarios [...] cometieron un error fundamental al compararnos como partido con el Partido Económico [Partido del Reich de las Clases Medias Alemanas], los demócratas o los partidos marxistas. Todos esos eran solo grupos de intereses, carecían de alma, de lazos espirituales. Adolf Hitler emergió como el portador de una nueva religión política».[6] Los nazis pusieron buen cuidado en desarrollar toda una liturgia, con el 9 de noviembre (la fecha de la Revolución de 1918 y del fallido Putsch de la Cervecería en 1923) como Día de Luto, con sus hogueras, guirnaldas, altares, reliquias manchadas de sangre y hasta un libro de mártires nazis. Los iniciados de la élite de las *Schutzstaffel* (las SS) tenían que salmodiar un catecismo con frases como «Creemos en Dios, creemos en la Alemania que Él creó [...] y en el Führer [...] a quien Él nos ha enviado».[7] No se trataba solo de sustituir a Jesucristo más o menos abiertamente por Hitler en la iconografía y la liturgia del «culto pardo». Como argumentaba la revista de las SS *Das Schwarze Korps*, también había que eliminar el propio fundamento ético del cristianismo: «La abstrusa doctrina del Pecado Original [...] de hecho la propia noción de pecado como la establece la Iglesia [...] resulta intolerable para el hombre nórdico, ya que es incompatible con la ideología “heroica” de nuestra sangre».[8] También los adversarios de los nazis reconocían el carácter seudoreligioso del

movimiento. En palabras del exiliado católico Eric Voegelin, el nazismo era «una ideología similar a las herejías cristianas de la redención aquí y ahora [...] fusionada con doctrinas postilustradas de transformación social». El periodista Konrad Heiden describía a Hitler como un «mero fragmento de la moderna alma de las masas» cuyos discursos siempre terminaban «en una regocijada redención». Un socialdemócrata anónimo calificaba el régimen nazi de «contra-Iglesia».[9] Pero el nazismo no era en realidad religioso, pues el semillero institucional del que brotaba era la red ya existente del tejido asociativo secular alemán: cuanto más denso era este en una población determinada, más rápido crecía el Partido Nazi.[10]

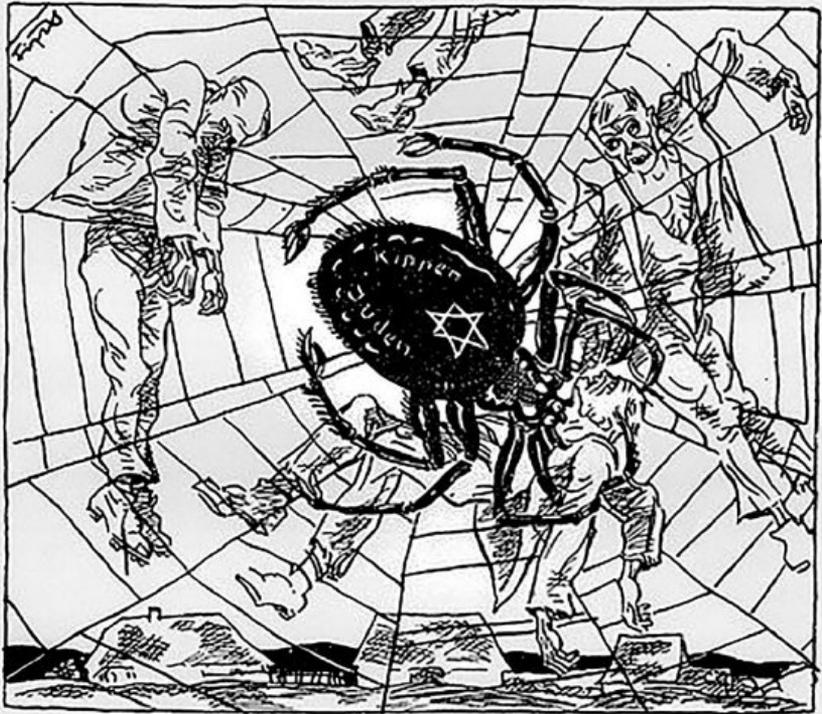
Igual que una iglesia, y como el Partido Bolchevique antes que él, el Partido Nazi fue volviéndose más jerárquico a medida que crecía. Desde *Mein Kampf*, Hitler había creído firmemente en el *Führerprinzip* —el «principio del líder»—, y sus seguidores aprendieron a «esforzarse por el Führer». En la cúspide del Tercer Reich se hallaba el propio Hitler. Luego venía una élite de lugartenientes de confianza: hombres como Martin Bormann, Joseph Goebbels y Heinrich Himmler. Por debajo de los dirigentes nacionales se encontraban los *Gauleiter*, o líderes regionales, responsables de territorios que coincidían con los estados alemanes; los *Kreisleiter* eran responsables de ciudades o áreas metropolitanas enteras, y los *Ortsgruppenleiter* y *Stützpunktleiter*, los líderes locales. Aún más abajo en el

escalafón se hallaban los *Zellenleiter* (responsables de células) y los *Blockleiter*, los líderes de barrio. En 1936 había 33 *Gaue*, 772 *Kreise* y 21.041 *Ortsgruppen* y *Stützpunkten*. En 1943, en parte como resultado de la expansión del Reich, las cifras habían aumentado a 43 *Gaue*, 869 *Kreise*, 26.103 *Ortsgruppen*, 106.168 *Zellen* y casi 600.000 grupos de barrio. [11] Sin embargo, sería un error concebir la Alemania de Hitler como una simple pirámide de partido similar a la de la Unión Soviética de Stalin. Mientras que este propugnaba un control obsesivo-compulsivo, Hitler prefería un estilo de mando más caótico, donde la antigua jerarquía del Gobierno del Reich competía con la nueva jerarquía del partido y, después, con la jerarquía aún más reciente del Servicio de Seguridad (*Sicherheitsdienst*). A veces los historiadores han descrito el sistema como un «caos policrático», en que la ambigüedad de las órdenes y el solapamiento de jurisdicciones dieron lugar a una «radicalización acumulativa» en la medida en que diversos individuos y organismos rivales competían por cumplir lo que ellos interpretaban como los deseos del Führer. El resultado fue una mezcla de ineficacia, corrupción galopante y violencia creciente contra todos los grupos considerados ajenos a la «comunidad étnica» —o *Volksgemeinschaft*—, sobre todo los judíos.

La caída de la «Internacional del Oro»

El antisemitismo de Hitler no tenía nada de original. El nazismo floreció con especial facilidad en pequeñas ciudades con una tradición de antisemitismo violento que en algunos casos se remontaba al siglo xiv.^[1] Más tarde, como hemos visto, los populistas tanto de izquierdas como de derechas dirigieron regularmente sus ataques contra el poder en teoría excesivo de las finanzas judías durante todo el siglo xix, y no solo en Alemania. Las teorías raciales sobre la inferioridad o la vileza judías abundaban en ambas orillas del Atlántico desde mucho antes de 1933. La novedad estribó en la crueldad con que Hitler llevó su odio por los judíos hasta el extremo último e implacable del genocidio.^[2] Sin embargo, mucho antes de que se mencionara siquiera el asesinato masivo como una posibilidad entre los dirigentes nazis, el régimen había revelado una paradoja: pese a las reiteradas afirmaciones de su propaganda en el sentido de que Alemania había sufrido los estragos de una «Internacional del Oro» de banqueros judíos, que de alguna forma oscura se habían aliado con el «bolchevismo judío» de

la Internacional Comunista,^[3] el nazismo pudo debilitar y expropiar a la élite judío-alemana con suma facilidad. La gigantesca araña que los nazis plagaron de los populistas estadounidenses de la década de 1890 se veía amenazadora en la portada de *Der Stürmer*, sangrando a los indefensos trabajadores alemanes atrapados en su red hasta dejarlos «exprimidos» (véase la figura 24). Aun así, Hitler fue capaz de aplastarla con su bota. Uno de los triunfos de la propaganda nazi consistió en que los alemanes de a pie no dejaran de creer en la existencia de una poderosa conspiración judía, capaz de iniciar una guerra mundial,^[4] pese a verse constantemente de frente a la realidad de la debilidad judía.



Die Ausgeaugten

FIGURA 24. *Die Ausgeaugten* («Los exprimidos»). Una viñeta nacionalsocialista representa a una gigantesca araña judía «exprimiendo» al pueblo alemán.

Publicada en la portada de *Der Stürmer*, n.º 8, febrero de 1930.

Argumentar que los judíos desempeñaron un papel destacado en la economía alemana entre las décadas de 1830 y 1930 dista mucho de ser una teoría conspiranoica; en realidad fue así. En el exclusivo mundo de la banca privada, apellidos como Warburg, Arnhold, Friedländer-Fulds, Simon y Weinberg figuraban entre los más destacados. De entre los bancos por acciones, el Deutsche Bank y el Dresdner Bank estaban dirigidos por Oskar Wassermann y Herbert Gutman,

respectivamente, mientras que el Berliner Handelsgesellschaft lo controló Carl Fürstenberg hasta su muerte, en 1933. El Darmstädter und Nationalbank (Danat-Bank), que quebró en 1931, lo dirigió Jakob Goldschmidt durante toda la década de 1920. Pero la influencia judía tampoco se limitaba al mundo de las finanzas. Dos de los principales grandes almacenes de Alemania llevaban los nombres judíos de Wertheim y Tietz,[5] mientras que la empresa líder en ingeniería eléctrica, la Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft, había sido fundada por Emil Rathenau. Había muchos otros judíos alemanes ricos menos conocidos. Antes de la Primera Guerra Mundial, en una época en que la proporción de judíos en la población alemana era de menos del 1 por ciento, estos suponían más de una quinta parte de los millonarios prusianos.[6] Por otro lado, los judíos se hallaban sobrerrepresentados en los órganos de gobierno corporativos. En 1914, alrededor del 16 por ciento de los miembros de los consejos de administración de las empresas públicas germanas eran de origen judío y llegaban a constituir una cuarta parte en el centro de la red empresarial, donde una misma persona podía ostentar tres o más cargos; y más de las dos terceras partes de las grandes corporaciones alemanas contaban al menos con un directivo judío.[7] Lo mismo cabe decir respecto a lo más granado de la intelectualidad del ámbito académico y cultural alemán, donde los judíos eran igual de prominentes, si no más. La excepción manifiesta se daba en la vida política, en la cual

seguían desempeñando un papel mínimo. Como señalaba Hugo Valentin en 1936:

En los veinte gabinetes en funciones que ha habido [entre 1818 y 1933], en conjunto ha habido dos ministros judíos [...] y cuatro de ascendencia judía [...] de un total de unos doscientos cincuenta [...]. De los aproximadamente doscientos cincuenta altos funcionarios de los ministerios del Reich, incluidos secretarios de Estado y miembros de juntas de gobierno, antes de la victoria de Hitler había a lo sumo quince judíos o de origen judío. El número de secretarios de Estado judíos en la administración entre 1918 y 1933 fue solo de dos. De los casi trescientos altos funcionarios de los ministerios prusianos, unos diez eran judíos o de origen judío. Entre los doce *Oberpräsidenten*, los treinta y cinco *Regierungspräsidenten* y los más de cuatrocientos *Landräte* de Prusia [...] no había un solo judío [...]. De todos los funcionarios gubernamentales de Alemania [en 1925], el 0,16 por ciento eran judíos; de los altos funcionarios, el 0,29 por ciento, y de los funcionarios de rango medio y bajo, el 0,17 por ciento.^[8]

¿Por qué los judíos cumplían un papel tan prominente en la vida económica alemana? ¿Era simplemente porque, como media, gozaban de una educación superior? ¿Quizá su evidente centralidad en la densa red empresarial alemana de cargos directivos interconectados era solo un reflejo de su sobrerrepresentación en la banca, que a su vez los llevaba a ostentar múltiples cargos en los consejos de administración? ¿O pertenecer a una comunidad anclada en la religión y la tradición, lo que se traducía en mayores niveles de confianza y «arraigo social», era ventajoso de algún modo? En un fascinante análisis de la red empresarial alemana en el siglo XX, Paul Windolf argumenta:

Tanto los gerentes judíos como los no judíos pertenecían a esta institución de capitalismo cooperativo («Alemania S. A.»). Los miembros judíos no crearon una red propia independiente de la red corporativa global. Lejos de ello, los miembros judíos y no judíos mantenían el contacto a través de sus asientos en las juntas directivas de las grandes empresas. Ambos grupos pertenecían a esta red [...]. Aunque se daba una clara tendencia a la homofilia, los judíos tenían, como media, más contactos con no judíos que con miembros de su propio grupo.[9]

Los datos nos obligan a recurrir a explicaciones más intangibles, como la genética, o los beneficios educativos de la vida familiar judía, o algún tipo de «ética judía» weberiana aún más acorde con el espíritu del capitalismo que la ética protestante. Pero también esos argumentos resultan problemáticos, sobre todo porque en la Alemania de Weimar la probabilidad de que los judíos se casaran entre sí fue disminuyendo sin cesar. En el conjunto del país, el porcentaje de judíos que se casaban con personas ajenas a su fe pasó del 7 por ciento en 1902 al 28 por ciento en 1933, alcanzando un máximo de más de una tercera parte en 1915[10] (los porcentajes equivalentes en Estados Unidos fueron más o menos del 20 por ciento en la década de 1950 y el 52 por ciento en 1990).[11] Aunque Hamburgo y Múnich fueron las poblaciones donde se dieron las tasas más altas de matrimonios mixtos, las cifras también superaron con creces la media en Berlín, Colonia y las ciudades sajonas de Dresde y Leipzig, además de Breslavia, en Silesia.[12] Cuando

Arthur Ruppin recopiló datos de otras ciudades europeas, descubrió que solo Trieste contaba con una tasa de matrimonios mixtos más elevada. Aunque bastante altas, las tasas de Leningrado, Budapest, Amsterdam y Viena eran todas ellas inferiores a las de las grandes ciudades alemanas. [13] De los 164.000 judíos que quedaban en Alemania en 1939, 15.000 formaban parte de parejas mixtas. [14] Cuando los nazis pasaron a definir a los hijos de los matrimonios mixtos como *Mischlinge* («mestizos»), calcularon que había cerca de 300.000 de ellos, aunque la cifra real podía oscilar más bien entre los 60.000 y los 125.000. [15] Pocas minorías sometidas a persecución habían sido tan socialmente (y, de hecho, sexualmente) asimiladas como los judíos alemanes en 1933.

Aunque en ocasiones, tras el ascenso de Hitler al poder, algunos judíos alemanes se sintieron atrapados en una red de persecución, en realidad fueron víctimas de múltiples organismos burocráticos jerárquicamente estructurados, pero a veces rivales. [16] Todo empezó con el boicot a las empresas judías instigado por la Organización Nacionalsocialista de Células de las Empresas (*Nationalsozialistische Betriebszellenorganisation*), la Liga de Empleados y Artesanos de Clase Media (*Kampfbund für den gewerblichen Mittelstand*) y diversas secciones de las SA. [17] En esta primera fase, para evitar trastornos económicos, se perdonó a las empresas de mayor envergadura, como los grandes almacenes Tietz. [18] También el proceso de

«arianización» de las empresas judías procedió con lentitud en un primer momento.[\[19\]](#) La experiencia del banquero hamburgués Max Warburg ilustra el dilema de la élite a que pertenecía. Ellos creían que formaban una parte plenamente integrada de la élite empresarial alemana; cuando los miembros gentiles de dicha élite consintieron en su exclusión, no pudieron hacer nada. En la última reunión de Warburg como director de la naviera Hamburg-Amerika — una empresa fundada por otro judío, Albert Ballin— se produjo un embarazoso silencio, después del cual Warburg, irónico, pronunció un discurso en nombre del consejo de administración agradeciéndose a sí mismo sus años de servicio y deseándose «una vejez tranquila, buena suerte y muchas bendiciones» a su familia.[\[20\]](#) Solo tras los pogromos del 11 de noviembre de 1938 se inició en serio el proceso de expropiación, con la prohibición formal por parte de Hermann Göring de toda actividad empresarial judía en el Reich.[\[21\]](#) Los judíos alemanes a quienes se les permitió emigrar fueron despojados de manera sistemática por parte de las autoridades de casi todos sus bienes antes de recibir los visados de salida.[\[22\]](#) A partir del 1 de enero de 1939 se exigió a todos los judíos que añadieran la palabra «Israel» (en el caso de los hombres) o «Sara» (en el de las mujeres) a sus nombres propios si estos no aparecían en la lista oficial de nombres «típicamente judíos» publicada por el Ministerio del Interior. Los judíos se hallaban cada vez más a merced de la Gestapo, que empezó a agruparlos en las llamadas

El 30 de enero de 1939, siete meses antes de que estallara la guerra, Hitler dejó terriblemente claro cuál sería el destino de los judíos en el discurso que dio ante el Reichstag donde exponía con toda nitidez la teoría en que se basaba su antisemitismo:

Durante cientos de años Alemania ha sido lo bastante buena para recibir a estos elementos, aunque nada poseían salvo enfermedades políticas y físicas infecciosas. Lo que hoy poseen, lo han obtenido en muy buena medida a costa de la menos astuta nación alemana mediante las más reprobables manipulaciones.

Hoy solo estamos dando a este pueblo lo que merece [...]. La nación alemana, gracias a la inflación instigada y materializada por los judíos, se vio desprovista de todos los ahorros acumulados en años de honesto trabajo [...]. Estamos decididos a impedir que se asienten en nuestro país unos extraños que han sido capaces de hacerse con todas las posiciones prominentes en la tierra, y a expulsarlos [...]. La cultura alemana, como su propio nombre indica, es alemana, y no judía, y, por tanto, su gestión y cuidado se confiará a los miembros de nuestra propia nación [...].

En el mundo hay suficiente espacio para que se asienten en otros sitios, pero debemos descartar de una vez por todas la opinión de que la raza judía solo fue creada por Dios con el propósito de ser, en un determinado porcentaje, un parásito que vive en el cuerpo y del trabajo productivo de otras naciones. La raza judía tendrá que adaptarse a una sólida actividad constructiva como hacen otras naciones, o tarde o temprano sucumbirá a una crisis de magnitud inconcebible.

Una cosa me gustaría decir en este día que tal vez resulte memorable para otros además de para nosotros, los alemanes: en el curso de mi vida he sido muy a menudo un profeta, y por lo general me han ridiculizado por ello. Durante el tiempo de mi lucha por el poder, fue en primera instancia la raza judía la que solo recibió mis profecías con carcajadas cuando dije que un día asumiría el liderazgo del Estado y, con él, el de toda la nación, y que luego, entre muchas

otras cosas, solucionaría el problema judío. Sus risas fueron estruendosas, pero creo que de un tiempo a esta parte se les han quitado las ganas de reír. Hoy volveré a ser un profeta: si los financieros judíos internacionales de dentro y fuera de Europa logran sumergir de nuevo a las naciones en una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la tierra y, por ende, la victoria del judaísmo, ¡sino la aniquilación de la raza judía en Europa![\[24\]](#)

Hasta hacía poco los Rothschild eran la familia más rica del mundo, y aún seguían siendo la más célebre de las dinastías judías; lo bastante para que el Ministerio de Propaganda de Joseph Goebbels les dedicara una película entera. Pero el poder que les atribuían los nazis resultaría más bien frágil. En Alemania (donde hacía tiempo que el banco había dejado de tener una filial), sus fundaciones se arianizaron.[\[25\]](#) Se expropiaron los bienes privados de los pocos miembros de la familia que todavía residían en el país, incluida la histórica casa de Bockenheimer Landstrasse, el primer inmueble adquirido por un Rothschild tras la emancipación de los judíos más de un siglo antes. Inmediatamente después de la anexión de Austria, en 1938, Louis von Rothschild —el jefe de la casa de Viena— fue detenido y conducido al cuartel general de la Gestapo en el hotel Metropol. Tras su detención, casi de inmediato se vio cómo varios hombres de las SS saqueaban las obras de arte de su residencia palaciega.[\[26\]](#) La empresa de S. M. von Rothschild quedó bajo la administración estatal, y más tarde se vendió al banco alemán Merck, Finck & Co. Algo más difícil fue apoderarse de la enorme fundición Witkowitz,

también constituida por la dinastía, dado que se hallaba en territorio checo y su propiedad se había transferido a la empresa British Alliance Assurance; pero ese obstáculo se apartó tras la partición de Checoslovaquia en 1939, que dejó la fundición bajo el control directo alemán.^[27] Mientras las legiones de Hitler conquistaban la Europa continental Estado a Estado, la legalidad ficticia de la expropiación en tiempos de paz dio paso a una expoliación desenfrenada. Las colecciones de arte de los Rothschild fueron saqueadas una tras otra, al tiempo que también se confiscaban todos sus castillos. Fue Alfred Rosenberg —el preeminente teórico racial nazi— quien tomó la iniciativa a la hora de localizar y saquear dichas colecciones, argumentando que «los Rothschild son un familia judía enemiga, y todas sus maquinaciones para salvar sus posesiones deben dejarnos indiferentes».^[28] Es cierto que solo dos miembros de la dinastía murieron a resultas de la política de genocidio nazi, pero fue porque la mayoría habían podido huir del alcance del imperio hitleriano: a Inglaterra, Canadá y Estados Unidos.

Pese a cuanto se había escrito sobre la telaraña del poder judío, al final las únicas redes que importaron fueron las que permitieron la emigración, y a menudo se trató de simples vínculos familiares. De estos últimos, los Rothschild tenían en abundancia, pero para las familias más modestas a este respecto, un solo pariente bien situado podía bastar. Así, por ejemplo, en el caso de Louis Kissinger, un maestro de

escuela de Fürth, fue la tía de su esposa, que vivía en el condado de Westchester, en Nueva York, la que dio a sus hijos Heinz (luego Henry) y Walter la posibilidad de vivir en Estados Unidos; la alternativa habría sido la muerte en Alemania, como lo fue para más de una docena de sus parientes que no pudieron o no quisieron marcharse. Dado que la inmigración a Estados Unidos se hallaba limitada de manera muy estricta por un sistema de cuotas, solo los judíos alemanes con parientes dispuestos a responder financieramente de ellos tenían una oportunidad.[29] En el caso de las familias menos afortunadas, la única esperanza de supervivencia era la ayuda de extraños, así como la de amigos de amigos. Según sus detalladas memorias de la vida en el Berlín del periodo bélico, Erna Segel y sus hijos se acercaron a un total de veinte desconocidos en busca de ayuda; en tres ocasiones, estos se ofrecieron a socorrerlos por iniciativa propia. Por otra parte, de los diecisiete viejos conocidos a los que la familia pidió ayuda, solo tres accedieron a darles refugio más de una noche. Sin embargo, los viejos conocidos actuaron como intermediarios, presentándoles a otras personas dispuestas a proporcionarles alojamiento a largo plazo. De los doce contactos que acabaron facilitando una ayuda duradera, seis se consiguieron gracias a la intermediación de viejos conocidos.[30] Por desgracia, los Segel fueron una excepción; solo sobrevivieron menos de uno de cada diez de los 214.000 judíos alemanes que quedaban en el Reich

cuando estalló la guerra. Mucho más habitual era el caso descrito en la novela de 1947 de Hans Fallada *Jeder stirbt für sich allein* (literalmente, «Todo el mundo muere por sí solo», pero luego traducida como *Solo en Berlín*), donde a una viuda judía la protege uno de los vecinos de su bloque de pisos, un juez antinazi, pero se ve acosada por una familia de fervientes nazis cuya brutalidad termina llevándola al suicidio.

Merece la pena leer la novela de Fallada (la última que escribió) por su penetrante visión de la vida bajo el totalitarismo. El libro se basa en la historia real de Otto Hampel, un obrero sencillo y apolítico que se propuso resistir al régimen nazi tras la muerte de su hijo durante la invasión de Francia. Hampel pensó que, si dejaba postales manuscritas denunciando el régimen en edificios y buzones muy bien seleccionados por todo Berlín, conseguiría catalizar el descontento popular. Durante más de un año, Hampel y su esposa, Elise, escribieron cientos de esas postales con mensajes sencillos como: «Madre: El Führer ha matado a mi hijo. Madre: El Führer también asesinará a tus hijos, no se detendrá ni siquiera cuando haya llevado el luto a todos los hogares de la Tierra». Sin embargo, tan temerosas se mostraron las personas que encontraron las postales que casi todas fueron entregadas de inmediato a las autoridades, lo que permitió que a la larga la Gestapo localizara y detuviera a sus autores. Los Hampel fueron juzgados en el *Volksgerichtshof* —«Tribunal del Pueblo»— y

condenados a muerte por el odioso juez nazi Roland Freisler. [31] Como escritor del que recelaba el régimen, pero que, sin embargo, permaneció en Alemania todo el periodo nazi, Fallada transmite de manera inolvidable cómo el dominio nazi había aislado a las personas, convirtiendo incluso la confianza entre vecinos en algo sumamente peligroso y haciendo imposible el intento de los Hampel de propagar la oposición de forma viral. En otras palabras, el secreto del éxito totalitario fue deslegitimar, paralizar o aniquilar de forma directa casi todas las redes sociales ajenas a las instituciones jerárquicas del partido y el Estado, y en especial aquellas redes que aspiraban a una acción política independiente. *Solo en Berlín* resume muy bien la atomización que haría tan resiliente al Tercer Reich, aun después de que fuera evidente que Hitler estaba llevando a Alemania a una derrota catastrófica.



FIGURA 25. Solos en Berlín: Otto Hampel y su esposa, Elise, fueron ejecutados el 8 de abril de 1943 por «socavar la moral militar» (*Wehrkraftzersetzung*) y «disponerse a cometer alta traición». Su delito fue escribir postales como la que aquí se reproduce, donde se lee: «¡Libertad de prensa! ¡Fuera el sistema hitleriano de destrucción! El soldado raso Hitler y su banda están sumiéndonos en el abismo. Lo único que se le puede dar a esta banda de Hitler Göring Himmler Goebbels en nuestra Alemania es espacio mortal» (un juego de palabras que se mofa del concepto nazi de *Lebensraum*, o «espacio vital»).

El Círculo de los Cinco

Tan horribles fueron los dos regímenes totalitarios —el de Hitler y el de Stalin— que todavía cuesta entender por qué cualquier persona que viviera en una sociedad libre habría de sentirse atraída por uno u otro. Pero hubo gente a la que le ocurrió. Y aún resulta más extraordinario que en algunas de las redes más exclusivas de Inglaterra dejaran que se infiltraran agentes del fascismo y el comunismo. Como es bien sabido, a ciertos sectores de la aristocracia inglesa les gustaba Hitler, y sin duda favorecieron una política de apaciguamiento en lugar de hacerle frente. Según Duff Cooper, el duque de Westminster «despotricaba contra los judíos y [...] decía que al fin y al cabo Hitler sabía que éramos sus mejores amigos».[\[1\]](#) El marqués de Lothian, que se había curtido en el «Kindergarten» sudafricano de lord Milner, fue otro de los aristócratas que simpatizaron con el régimen nazi, como era también el caso del conde anglo-alemán de Athlone (que había renunciado al título alemán de príncipe de Teck durante la guerra), por no hablar de la heredera naviera Nancy Cunard y las hermanas Mitford,

Unity y Diana, la primera de las cuales describió a Hitler como «el hombre más grande de todos los tiempos», mientras que la segunda se casó con el dirigente fascista británico sir Oswald Mosley en una ceremonia privada celebrada en la sala de estar de la residencia de Goebbels.[\[2\]](#) En febrero de 1935, Lothian declaró a los lectores del *Times* que Hitler en persona le había asegurado «que lo que quiere Alemania es igualdad, no la guerra; que está del todo dispuesta a renunciar a la guerra». En cualquier caso, lo que preocupaba a Hitler no era Europa occidental, sino la Unión Soviética. «Considera el comunismo básicamente una religión militante», explicaba Lothian. Si un día este «intenta repetir los triunfos militares del islam —proseguía—, ¿se verá a Alemania como un potencial enemigo o como el baluarte de Europa?»[\[3\]](#) Oxford (y en especial el All Souls College) contaba con una cantidad más que suficiente de esta clase de apaciguadores. Pero nada de lo allí ocurrido podía compararse con el triste destino de la más exclusiva e iconoclasta de las redes de Cambridge, en la que acabaría infiltrándose el KGB.[\(48\)](#)

En la historia de las redes, pocos episodios resultan más instructivos que el de los espías de Cambridge: los «Cinco Magníficos», como los conocían sus superiores en la central del KGB en Moscú, o el «Homintern», ingenioso apodo acuñado por Maurice Bowra, el decano del Wadham College de Oxford, para referirse a esa especie de «Komintern casero». Los cinco pertenecían a una red que se enorgullecía

de su carácter exclusivo; y, sin embargo, en dicha red elitista acabó infiltrándose la inteligencia rusa tan profundamente que durante más de una década cinco de sus miembros llegaron a ser los activos más valiosos del servicio soviético de inteligencia exterior, revelando secretos incontables —y nombres de agentes occidentales— a Stalin.

Ya hemos visto en un capítulo anterior cómo los miembros de la *Conversazione Society* se distanciaron política y sexualmente de los valores victorianos más o menos a partir de 1900. Para cuando estalló la Primera Guerra Mundial, un número significativo de los Apóstoles coincidían con la postura de E. M. Forster de que la amistad estaba por encima de la lealtad al rey y a la patria. La nueva generación llevó aún más lejos ese distanciamiento, pasando de la objeción de conciencia a la traición. Anthony Blunt «nació» para la *Society* en 1928, y a su vez patrocinó a Guy Burgess cuatro años después. Ambos estudiaron en el Trinity College; ambos eran académicamente brillantes, y ambos eran homosexuales (aunque Burgess podía ser tan extravagante como Blunt serio y formal, se ha afirmado que por un tiempo fueron amantes).^[4] Sin embargo, lo históricamente significativo en relación con Blunt y Burgess es que ambos eran comunistas y ambos ofrecieron de modo voluntario sus servicios a Stalin.

Es cierto que los Apóstoles no constituían en sí una organización comunista, ni siquiera socialista. En la década de 1930, el marxismo se hallaba muy presente en el ambiente

de Cambridge, en una serie de órganos estudiantiles de cariz explícitamente político —en especial, la denominada Sociedad Socialista de la Universidad de Cambridge, donde el Partido Comunista de Gran Bretaña tenía gran calado—, y contaba con el apoyo de profesores marxistas como el economista Maurice Dobb, del Pembroke College. Pero los Apóstoles eran algo más que meros representantes del espíritu de la época. De los 31 apóstoles «nacidos» entre 1927 y 1939, no menos de quince eran marxistas, entre ellos John Cornford, James Klugmann, Leo Long, Michael Straight y Alister Watson.[5] Los temas de conversación de los sábados por la noche reflejaban esta politización: uno de los planteados por Burgess, el del 28 de enero de 1933, era: «¿Es el pasado una señal?».[6] Burgess era activista en más de un aspecto. Siendo estudiante universitario, ayudó a organizar una huelga del personal de comedor del Trinity y otra de conductores de autobús de Cambridge. Los «ángeles» de la generación anterior apenas eran conscientes de lo que le ocurría a su sociedad, antaño tan apolítica. En cualquier caso, si protestaron por ello no ha quedado constancia.

Sin duda, no todos los espías de Cambridge eran Apóstoles. Burgess soñaba con organizar un «círculo de los cinco» a imitación de las células comunistas antinazis que se decía que operaban en la Alemania hitleriana.[7] Aunque los soviéticos eran demasiado listos para reclutar a cinco agentes de una misma organización, sí se mostraron dispuestos a hacerlo de la red —más extensa— de la que

Blunt y Burgess formaban parte. Los agentes soviéticos Willi Münzenberg y Ernst Henri ya habían iniciado una «caza de talentos» en Cambridge a principios de la década de 1930, pero sería otro agente, llamado Arnold Deutsch,^[49] quien llevaría a la práctica el sueño de Burgess.^[8] Deutsch (cuyo nombre clave en el KGB era «Otto») no empezó con un apóstol, sino con Kim Philby, un hombre del Trinity, aunque no destacaba demasiado en lo académico. Nacido en la India y bautizado como «Kim» en homenaje a la gran obra homónima de Rudyard Kipling, Philby era hijo de un antiguo miembro del Servicio Civil Indio que luego llegó a ser asesor del rey Ibn Saúd de Arabia Saudí, donde se había «integrado» convirtiéndose al islam. Tal vez los soviéticos vieran en él la posibilidad de otra conversión. Después de estudiar en Cambridge, y a instancias de Maurice Dobb, viajó a Viena para trabajar en la organización Ayuda Internacional de los Trabajadores, adjunta a la Internacional Comunista. Allí conoció y se casó con Litzi Friedmann, que sería la primera de sus cuatro esposas. Fue esta quien le presentó a Deutsch, que lo reclutó para la causa y le dio el nombre clave de «Söhnchen» («hijito»).^[9] Luego Philby propuso a su amigo de Cambridge, Donald Maclean, que se convirtió en «Waise» («huérfano»). La red de espionaje de Deutsch, que tan rápido crecía, también contaba con la presencia de un amigo de Maclean, James Klugmann («Mer»), aunque este era un comunista demasiado conocido para hacer mucho más que espiar a los otros espías. Burgess

dedujo de algún modo que Maclean trabajaba para los soviéticos, y, según alguna versión, Deutsch tuvo que reclutarlo para que guardara silencio. Al promiscuo insaciable Burgess se le dio el nombre clave de «Mädchen» («chica»).[10] Luego este reclutó a su colega apóstol Blunt, que por entonces ejercía la docencia en el Trinity (y a quien se adjudicaría el poco imaginativo nombre clave de «Tony»).[11] A su vez, Blunt reclutó a Michael Straight («Nigel»), un estadounidense que también era apóstol y presidente electo del Union College.[12] Blunt propuso asimismo a su alumno John Cairncross, un estudiante del Trinity de origen escocés, que se convertiría en «Molière» (extraña elección para un nombre secreto, ya que Cairncross había publicado artículos académicos sobre el dramaturgo francés).[13] Hubo otra recluta más que se incorporó casi al mismo tiempo a los Apóstoles y al KGB: Leo Long, que entró bajo el mando de Blunt como subagente.[14] Al final, el último en añadirse a la nómina del KGB fue Alister Watson. El lector atento habrá observado que había más de cinco espías de Cambridge. De hecho, había al menos nueve.

La estrategia de Deutsch consistía en que todos los miembros del «Círculo de los Cinco» abjuraran del marxismo y trataran de conseguir puestos en o cerca de instituciones gubernamentales. Un rasgo extraordinario del caso de los espías de Cambridge es la facilidad con que todo el mundo se creyó dichas abjuraciones. En 1937, Philby, haciéndose pasar por simpatizante fascista, cubrió

informativamente la Guerra Civil española desde el bando nacional, primero como *freelance* y después para el *Times*. [15] Hoy sabemos que en realidad lo enviaron a España como parte de un complot soviético para matar a Franco. [16] A Maclean se le dieron instrucciones de que abandonara sus planes de escribir una tesis marxista y, en su lugar, presentara una solicitud para trabajar en la Oficina de Asuntos Exteriores británica (o Foreign Office). Lo aceptaron en 1935, pese a admitir que no se había «despojado del todo» de sus opiniones comunistas. [17] Cairncross era comunista desde su época en la Sorbona, antes incluso de que estudiara en Cambridge; pero aun así, la Oficina de Asuntos Exteriores también lo aceptó sin pensárselo dos veces. Por su parte, Burgess había viajado (en 1934) a Berlín y a Moscú, donde había conocido a Ósip Piátnitski, jefe del Departamento de Relaciones Internacionales de la Internacional Comunista; [18] sin embargo, siguiendo órdenes de Deutsch, fingió renunciar al comunismo y abrazar el conservadurismo, buscó empleo en la sede central del Partido Conservador, y terminó como ayudante personal del parlamentario *tory* John «Jack» Macnamara, que compartió con él sus inclinaciones sexuales. Gracias a este puesto, Burgess ayudó a reclutar a Tom Wylie, secretario privado del subsecretario permanente de Guerra, sir Herbert Cready. [19] Desde finales de 1936, Burgess trabajó como productor de programas de actualidad para la BBC; su mayor logro fue que el agente del KGB

Ernest Henri pudiera dar una charla en favor de un segundo frente aliado.[20] El 11 de enero de 1939, Burgess se unió a la «Sección D»(50) perteneciente al Servicio de Inteligencia Secreto (SIS, más conocido como MI6), aunque oficialmente trabajaba en la Dirección de la División Extranjera del Ministerio de Información.[21] A Michael Straight se le ordenó que abandonara Cambridge y regresara a Estados Unidos, fingiendo sentir compasión por la muerte de su amigo y compañero apóstol John Cornford, caído en la Guerra Civil española. Lo contrataron como redactor de discursos para el presidente Franklin D. Roosevelt y ocupó diversos puestos en el Departamento de Interior y el Departamento de Estado.

¿Por qué lo hicieron? La respuesta ingenua es que todos ellos eran hombres de principios, horrorizados ante el auge del fascismo y decepcionados por la política de apaciguamiento, que veían a Stalin como el único contrapeso creíble a Hitler. Sin embargo, ninguno de ellos manifestó sus dudas cuando el 23 de agosto de 1939 se anunció el Pacto Ribbentrop-Mólotov (solo Goronwy Rees, un galés que había estudiado en Oxford a quien Burgess había añadido a la lista de Deutsch, llegó a la conclusión correcta). Antes el contrario, los espías de Cambridge se mostraron en especial activos en el periodo en que Hitler y Stalin estuvieron en el mismo bando y, como es obvio, en el bando opuesto a Gran Bretaña. Después de trabajar como corresponsal del *Times* en Francia en 1940, Philby presentó

una solicitud para ingresar en la Escuela de Codificación y Cifrado de Bletchley Park, que fue rechazada; no obstante, gracias a Burgess le ofrecieron un puesto en la sección D del SIS. Cuando la Sección D se incorporó a la nueva Dirección de Operaciones Especiales (SOE, por sus siglas en inglés), a Burgess lo despidieron, pero Philby permaneció como instructor, puesto desde el que siguió enviando a Moscú informes de las políticas del Reino Unido. Más tarde lo trasladaron a la Sección V del SIS. Klugmann también entró en el SOE (en la sección yugoslava), mientras que John Cairncross fue a Bletchley Park. Tras haber sido en un principio rechazado por el Cuerpo de Inteligencia debido a sus inclinaciones comunistas en el periodo prebélico, Blunt se las arregló para entrar en el MI5 (el Servicio de Seguridad británico) gracias al apoyo de su amigo Victor Rothschild — también apóstol, además de antiguo alumno del Trinity y par del reino—, que aceptó el endeble argumento de Blunt de que solo le interesaba el marxismo en lo relativo a la historia del arte.[\[22\]](#) Blunt no tardó en empezar a filtrar documentos del MI5, así como información secreta sobre el orden de batalla alemán que recibía de Leo Long, quien ahora trabajaba en la sección MI14 de la Oficina de Guerra. A finales de 1940, Blunt reclutó a Burgess en el SIS, aunque allí decidieron no convertirlo en agente.[\[23\]](#)

La magnitud de la contribución de los espías de Cambridge al esfuerzo bélico soviético fue impresionante. Puede afirmarse que en 1941 la de Londres era la filial más

productiva del KGB: suministraba cerca de 9.000 documentos clasificados. Entre 1941 y 1945, solo Blunt proporcionó 1.771 documentos a la central del KGB en Moscú.[\[24\]](#) El 26 de mayo, once días antes de la invasión aliada de Normandía, pasó íntegramente a los soviéticos el plan ficticio concebido como señuelo en el marco de la denominada «Operación Overlord» (el Día D), así como (o al menos es probable) los análisis de las operaciones anti-Eje de la inteligencia británica que se enviaban todos los meses a Churchill.[\[25\]](#) Philby (cuyo nombre clave era ahora «Stanley») también suministró a sus contactos los «libros-fuente» con la lista de todos los agentes del SIS, y trató de satisfacer el ansia de Moscú de obtener pruebas de que Londres planeaba sellar un tratado de paz por su cuenta con los alemanes.[\[26\]](#) Burgess contó a los rusos detalles de las conversaciones que Roosevelt y Churchill mantuvieron en Casablanca en enero de 1943, incluida su decisión de posponer la invasión de Francia hasta 1944, además de pasarles información secreta sobre los planes aliados para la Polonia de posguerra. En los seis primeros meses de 1945 suministró no menos de 289 documentos de «alto secreto» de la Oficina de Asuntos Exteriores.[\[27\]](#) Cuando acabó la guerra y tras celebrarse elecciones generales en Gran Bretaña, se nombró a Burgess ayudante personal del joven político laborista Hector McNeil, ministro de Estado en la Oficina de Asuntos Exteriores, puesto que le daba acceso a un material aún de más alto nivel, en particular los

documentos políticos preparados para la conferencia que habían de celebrar las cuatro potencias aliadas en Moscú, todo lo cual entregó a sus contactos soviéticos. Tan fructífera fue la labor de los espías de Cambridge que por un tiempo —lo que no deja de ser irónico— sus superiores soviéticos dejaron de confiar en ellos, convencidos, con la característica paranoia estalinista, de que toda la operación de Cambridge no era sino un engaño brillante.[\[28\]](#)

¿Por qué a los soviéticos les resultó tan fácil infiltrarse en la inteligencia británica? La respuesta sencilla es que había un déficit crónico de contraespionaje. Como los jefes de los espías soviéticos sabían muy bien, antes de la guerra las investigaciones a las que se sometía en Gran Bretaña a los aspirantes a la administración pública no bastaban para detectar a quienes se distanciaban a propósito de las formas más descaradas de comunismo, como hicieron los integrantes del Círculo de los Cinco. En la inteligencia inglesa existía, como es obvio, un departamento de contraespionaje, la Sección V del SIS; pero cuando Victor Rothschild presionó para que incorporaran a Anthony Blunt, los efectos fueron peores que si se hubiera carecido de contraespionaje en absoluto.[\[29\]](#) Todavía en 1939, el senescente jefe del MI5, sir Vernon Kell, insistía en que la actividad soviética en el Reino Unido era «inexistente tanto en términos de inteligencia como de subversión política». [\[30\]](#) Roger Hollis —que más tarde (1956-1965) sería director general del MI5— criticaría la incapacidad del SIS para

controlar la amenaza soviética, y no sin buenas razones: en 1944 (de manera increíble) Philby logró convertirse en el jefe de una nueva sección, la IX, dedicada al contraespionaje soviético y comunista.[\[31\]](#) Pero Hollis estaba tan ciego a los pecados de acción y omisión de su propio servicio, que durante un tiempo se sospechó que él mismo podía ser el «quinto hombre» (como ocurrió también con Rothschild). Aún en diciembre de 1946, el A4 —el departamento encargado de vigilar al personal diplomático soviético— contaba con solo quince hombres, y ningún coche.[\[32\]](#) Sin embargo, como observaría más tarde el propio Philby, él y los demás traidores también se vieron protegidos por «el auténtico bloqueo mental derivado de la terca creencia de que los respetados miembros del *establishment* no podían hacer esa clase de cosas».[\[33\]](#) En este sentido puede afirmarse que la red que sufrió la infiltración soviética fue en realidad una de mayor envergadura: la de exalumnos de las escuelas elitistas inglesas y de las universidades de Oxford y Cambridge.

A partir de 1945 empezaron a acumularse pruebas que a la larga conducirían al descubrimiento de los espías de Cambridge. La desertión en Ottawa, en septiembre de 1945, de Ígor Gouzenko, un experto en cifrado de la inteligencia militar soviética, dio inicio al proceso de descubrimiento. Gouzenko reveló que los soviéticos se habían infiltrado en varias instituciones canadienses e incluso habían obtenido muestras del uranio utilizado en las bombas atómicas

estadounidenses gracias a Alan Nunn May, un físico que había coincidido con Maclean en el Trinity Hall.[34] Pero Philby, ahora en la Sección IX del SIS, se hallaba en situación de despistar a la agente de contraespionaje Jane Archer después de que trasladaran a esta allí procedente del MI5. Cuando otro agente soviético —Konstantín Volkov, un oficial del KGB destinado en Estambul— intentó desertar con la clara intención de delatar a Burgess y a Maclean, Philby intervino, asegurándose de que interceptaran y llevaran a Volkov de regreso a Moscú; también avisó a May de que había sido descubierto.[35] Ignorante de este sabotaje sistemático, el SIS volvió a ascender a Philby, que esta vez se convirtió en el representante del organismo en la que por entonces era la capital más importante del mundo, Washington. Y lo que resulta aún más estrambótico: Maclean fue nombrado jefe de la delegación de la Oficina de Asuntos Exteriores en Estados Unidos. Le dieron el ascenso después de sufrir una grave crisis nerviosa cuando era asesor legal y jefe de cancillería en la embajada británica en El Cairo, donde él y su compañero de juergas, Philip Toynbee, habían destrozado el apartamento de dos chicas que trabajaban para la embajada estadounidense y les habían desgarrado la ropa interior hasta convertirla en harapos en medio un alcohólico frenesí. En Londres nadie podía imaginar que el comportamiento cada vez más irresponsable de Maclean se debía a un creciente estrés generado tras dos fallidos intentos de romper sus vínculos

con Moscú. Ni nadie prestó la menor atención cuando, en estado de embriaguez, se describió a sí mismo como «la versión inglesa de [Alger] Hiss», el célebre topo comunista infiltrado en el Departamento de Estado norteamericano.

[\[36\]](#)

Pero el caso más desconcertante sigue siendo el de Burgess. Aunque no hubiera sido un espía soviético, su alcoholismo, su toxicomanía y su conducta desordenada — por no hablar de sus delictuosas payasadas sexuales— deberían haber bastado para que lo despidieran. Lejos de ello, se le ofrecían nuevos empleos, uno tras otro: en 1947 en el Departamento de Investigación sobre Información de la Oficina de Asuntos Exteriores; luego en el Departamento de Extremo Oriente, y más tarde, en agosto de 1950, en la embajada británica en Washington como segundo secretario. Fue más o menos por entonces cuando un amigo de Burgess, Guy Liddell, director general adjunto del MI5, manifestó confiado que Burgess no era «la clase de persona que pasaría información confidencial a partes no autorizadas». En realidad, cuando más útiles fueron los Cinco para los soviéticos fue seguramente cuando estalló la guerra de Corea. Burgess vivía con Philby en Washington, y era el correo entre este y Valeri Makayev, que estaba en Nueva York. Entretanto, Cairncross, desde su puesto en la División de Defensa del Tesoro, proporcionaba a Moscú detalles sobre el programa nuclear británico.[\[37\]](#) Philby incluso tuvo el descaro de sugerirle a Liddell que podía encargarse él

mismo de la representación del SIS y el SS (MI5) en Washington.^[38] Sin embargo, eso no era más que una táctica defensiva. Philby sabía que el cerco iba estrechándose poco a poco. Además de obtener nueva información secreta de los desertores, los estadounidenses iban extrayendo laboriosamente cada vez más datos de los mensajes de la inteligencia soviética interceptados y descifrados por su programa Venona. Al descubrir que Maclean era el espía identificado como «Homero» en las transcripciones de los mensajes descifrados, Philby le avisó por medio de Burgess aprovechando que a este último lo habían enviado de regreso a Londres tras un enésimo episodio de conducta escandalosa. Burgess también informó a Blunt.^[39] En la medianoche del viernes 25 de mayo de 1951, en una operación de exfiltración organizada por Yuri Modin, su agente de enlace en Londres, Maclean y Burgess abandonaron la casa del primero, situada en la pequeña población de Tatsfield, para dirigirse a Southampton, donde embarcaron en el barco de recreo *Falaise* rumbo a Saint-Malo —un trayecto que no requería pasaporte—, y a continuación viajaron en tren de Rennes a París y luego a Berna, donde la embajada soviética les entregó pasaportes falsos. En Zúrich, los dos hombres cogieron un avión para Estocolmo con escala en Praga, pero en la capital checa cambiaron de avión y se dirigieron a Moscú. Dos de los cinco pájaros habían volado simplemente porque el departamento de contraespionaje del MI5 carecía de

recursos para mantener la vigilancia los fines de semana.[\[40\]](#)

Ahora el MI5 (por no hablar del FBI y la CIA) tenía a Philby en su punto de mira. A instancias de los estadounidenses, se le ordenó regresar de Washington y pasó a estar oficialmente retirado. Lo entrevistaron e interrogaron, pero aguantó, en parte gracias al aliento de sus partidarios dentro del SIS. En 1955, a partir de cierta información de la inteligencia estadounidense, fue acusado de ser el «tercer hombre», primero en el *Sunday Times* de Nueva York y luego en la Cámara de los Comunes del Reino Unido. Pese a ello, contó con la protección del Gobierno de Anthony Eden, además de la de Nicholas Elliott en el MI6 y la de James Angleton en la CIA. Philby incluso tuvo la desfachatez de dar una rueda de prensa en la sala de estar de casa de su madre, donde declaró: «La última vez que hablé con un comunista sabiendo que lo era fue en 1934».[\[41\]](#) Aunque parezca mentira, la mayoría de sus antiguos compañeros le creyeron, pese a existir nuevas pruebas circunstanciales (recabadas gracias al programa Venona) de que era el agente soviético conocido como «Stanley», aparte de los testimonios del desertor del KGB Anatoli Golitsin y de la amiga de Philby Flora Solomon, a quien Philby había intentado reclutar para el bando soviético antes de la guerra. Ahora hasta su segunda esposa, Aileen, sospechaba de él (según uno de los amigos de la pareja, una noche le espetó durante la cena: «¡Sé que tú eres el tercer hombre!»). La sistemática crueldad mental de Philby, junto con el

alcoholismo de Aileen, acabarían llevando a esta a la muerte en diciembre de 1957.[\[42\]](#) Aun así, a Philby se le permitió trasladarse a Beirut, donde trabajó como periodista e informante extraoficial para el MI6. Sin dejarse amilanar, aprovechó la menor oportunidad para volver a trabajar para los soviéticos. Cuando el MI6 por fin descubrió a Philby a raíz de nueva información obtenida en 1961-1962, este «confesó» ante Elliott, alegando que había roto todo contacto con los rusos en 1946. En enero de 1963 prácticamente le dejaron escapar a Moscú.[\[43\]](#)

Quizá el mayor enigma de todos en relación con los espías de Cambridge —aún más misterioso que el hecho de que pasara tanto tiempo y no los descubrieran— fue su poco entusiasmo respecto al régimen al que servían. En Moscú, Burgess continuó con su comportamiento habitual: bebiendo, fumando un cigarrillo tras otro y poniéndolo todo patas arriba, además de gritar de vez en cuando «¡Odio Rusia!» a los micrófonos ocultos en su apartamento. Su opinión sobre Moscú era la siguiente: «[Es] como Glasgow un sábado por la noche en la época victoriana».[\[44\]](#) Philby escribió unas memorias prosoviéticas con el patrocinio del KGB, tuvo una aventura con Melinda Maclean, en 1970 intentó suicidarse, y más tarde se casó con la que sería su cuarta esposa, una mujer de origen ruso. Cuando recibió la Orden de Lenin la comparó con los títulos de caballero del Reino Unido —«uno de los mejores»—,[\[45\]](#) pero le dolía no haber llegado nunca a ser más que un mero «agente» en el

KGB. Burgess murió en agosto de 1963 debido a una insuficiencia hepática; Maclean también se mató con la bebida, mientras que el hígado de Philby logró aguantar de algún modo hasta 1988. Los demás declinaron la opción de huir al paraíso de los trabajadores. «Sé muy bien cómo vive su gente —le dijo Blunt a Modin después de que Burgess y Maclean escaparan—, y puedo asegurarle que para mí resultaría muy difícil, casi insoportable, hacer lo mismo.»[\[46\]](#) En 1964, después de que Michael Straight admitiera que Blunt lo había reclutado cuando estudiaba en el Trinity, este último confesó ante el MI5, aunque no se le desenmascararía públicamente hasta noviembre de 1979 (en sus memorias, que solo verían la luz en 2009, Blunt decía que lamentaba haber trabajado siquiera para la inteligencia soviética, lo que calificaba como «el mayor error de mi vida»). Por último, Cairncross fue descubierto al encontrársele documentos que Blunt no había podido llevarse del piso de Burgess, pero las pruebas contra él no bastaban para su detención, de modo que se le permitió retirarse discretamente y hacer carrera académica en Estados Unidos. En 1964 confesó al MI5 que había espiado para los soviéticos, pero se negó a volver al Reino Unido, aceptando un trabajo en la sede de la FAO en Roma. En 1970 se le garantizó la inmunidad ante un posible procesamiento, pero hasta 1982 no se confirmaría que él era el «quinto hombre», lo cual, a su vez, no se haría público hasta 1990, después de años de descabelladas especulaciones que

llevaron a acusar erróneamente al menos a otros diez graduados de Cambridge con conexiones con los servicios de inteligencia, entre ellos a Hollis y a Rothschild.[\[47\]](#) Así pues, a ninguno de los espías de Cambridge los procesaron o condenaron jamás, y mucho menos los encarcelaron, a diferencia de George Blake, un espía soviético que carecía de los contactos adecuados en el *establishment* y que fue condenado a cuarenta y dos años de cárcel por sus delitos.

Breve encuentro

Hubo un tiempo en que la consigna de los Apóstoles fue «Solo conecta» (y no «Solo deserta»); pero aun la más breve de las conexiones podía resultar fatal, o casi, en la Unión Soviética de Stalin, a la que con tanta lealtad habían servido los espías de Cambridge. Una noche de noviembre, en Leningrado, apenas unos meses después del final de la guerra, el filósofo de Oxford Isaiah Berlin conoció a la poetisa rusa Anna Ajmátova. Para ambos fue un encuentro inolvidable, una especie de comunión espiritual e intelectual, tan casta como desprovista de contenido político. Pese a ello, aquel encuentro estuvo a punto de destruir la vida de Ajmátova. Sería difícil encontrar un ejemplo más perfecto que este del totalitarismo, el sistema jerárquico por excelencia. Dos intelectuales no podían hablar de literatura en un apartamento privado sin que el propio Stalin se tomara un interés personal y perverso en ello y lo utilizara como evidencia para justificar una persecución ulterior.

Ajmátova vivía desde hacía tiempo bajo una nube de sospecha. Anna Andréyevna Górenko, su nombre de soltera,

ya era una poetisa consolidada antes de la revolución. Su primer marido, el escritor nacionalista romántico Nikolái Gumiliov, había sido ejecutado por actividades antisoviéticas en 1921.^[1] La nube se oscureció a raíz de las críticas que recibió su cuarto poemario, *Anno Domini MCMXXI*. Un crítico hizo referencia a la imagen «contradictoria» o «doble imagen» de su heroína: «medio “ramera” ardiente de pasión, y medio “monja” capaz de rezar pidiendo perdón a Dios». Otro escribió que toda Rusia se dividía entre Mayakovskis y Ajmátovas, lo que implicaba de manera irrefutable que ella tenía de conservadora cuanto Vladímir Mayakovski de revolucionario.^[2] A partir de 1925 su obra dejó de publicarse.^[3] Una década después su hijo, Lev Gumiliov, y su tercer marido, Nikolái Punin, fueron detenidos. Por consejo de un amigo, el escritor Borís Pasternak, Ajmátova escribió una desesperada súplica dirigida directamente a Stalin, pidiendo la liberación de «las únicas dos personas que tengo a mi lado». De puro milagro, Stalin atendió su petición, garabateando en su propia carta la orden de que se liberara a ambos hombres.^[4] Sin embargo, Gumiliov fue detenido de nuevo en marzo de 1938 y condenado a diez años en un campo de trabajo ártico situado en Norilsk, el asentamiento más septentrional del mundo.^[5] Aunque Ajmátova fue rehabilitada por un breve periodo en 1939, tras la publicación de una selección de sus poemas (*De seis libros*, 1940) la reacción contraria no se hizo esperar: el jefe del partido en Leningrado, Andréi Zhdánov, ordenó la

incautación del libro y condenó «esa lujuria de Ajmátova». [6] Durante esa época, entre 1935 y 1940, fue cuando la poetisa escribió la mayor parte de su ciclo de poemas sobre el Terror, *Réquiem*, que expresa de manera punzante la agonía de los millones de personas que perdieron a seres queridos en la tiranía despiadada de Stalin.[7]

No sorprende demasiado que se produjera una intensa conexión emocional entre Ajmátova y el joven y brillante filósofo inglés. Aunque educado en el Saint Paul College y el Corpus Christi College de Oxford, Berlin había nacido en Riga (en 1909), en el seno de una próspera familia judía, y, siendo todavía un niño, había sido testigo de la Revolución rusa. No obstante, en 1920 los Berlin optaron por abandonar la Unión Soviética, y al año siguiente se instalaron en Londres. Aunque era un joven académico inmerso en la filosofía, Berlin nunca perdió el contacto con sus raíces rusas. Sus aptitudes lingüísticas le valieron un puesto temporal como primer secretario de la embajada británica en Moscú en el verano de 1945. Fue en una visita a Leningrado, acompañado de Brenda Tripp, del British Council, cuando Berlin conoció a Ajmátova en una librería de viejo propiedad de Gennady Rajlin.[8] El 14 de noviembre de 1945, ella lo invitó a su apartamento en Fontanny Dom, el antaño magnífico palacio de los Sheremetev a orillas del Fontanka. Este primer encuentro resultó de una brevedad absurda, pero Berlin hizo una segunda visita nocturna a Ajmátova en algún momento antes de regresar a Moscú el

día 20. Después de la medianoche, estando los dos solos, fue cuando se produjo la conexión transformadora. Él le habló de sus amigos perdidos desde hacía tiempo, que, como su familia, habían huido de la revolución: el compositor Artur Lurié, el poeta Gueorgui Adamóvich, el mosaiquista Borís Anrep, la bella aristócrata Salomea Andronikova... Ella le describió su infancia a orillas del mar Negro, sus matrimonios, su amor por el poeta Ósip Mandelshtam (que había muerto en el gulag en 1938), y luego le recitó algunos cantos del *Don Juan* de Byron (en un inglés ininteligible) seguidos de una selección de sus propios poemas, incluidos los todavía inacabados «Poema sin héroe» y «Réquiem», que leyó de un manuscrito. Sus discusiones literarias —sobre Chéjov, Tolstói, Dostoyevski, Kafka, Pushkin, Aleksandr Blok, Marina Tsvetáyeva, Pasternak y otros poetas menores— se prolongaron hasta bien avanzada la mañana siguiente y causaron una impresión indeleble en ambos. También tocaron música. Pocas cosas ilustran mejor hasta qué punto el régimen soviético había destruido las redes literarias y artísticas de la Europa anterior a 1920 que el hecho de que Ajmátova —como Pasternak, a quien Berlin también tuvo ocasión de conocer— apenas supiera nada del trabajo más reciente de varios escritores y artistas a quienes ya conocía, y aún menos sobre la obra de los recién llegados. Ser poeta en la Rusia de Stalin equivalía a ser un elemento aislado de la red. Por su parte, a Berlin le había sorprendido descubrir que Ajmátova todavía existía: «Era como si de repente me

hubieran invitado a conocer a miss Christina Rossetti», escribiría más tarde, aludiendo a la célebre poetisa británica del siglo XIX;^[9] de hecho, era solo el segundo visitante extranjero que iba a verla desde la Primera Guerra Mundial. De haber abandonado Rusia antes del ascenso de Stalin, Ajmátova no se habría encontrado fuera de lugar en Bloomsbury. Como ella misma confesó a Berlin, era «propensa a enamorarse con facilidad», también compartía con Bloomsbury un excesivo interés por «la personalidad y los actos de los demás [...] combinado con una aguda percepción del centro moral tanto de los personajes como de las situaciones [...] junto con una dogmática obstinación en atribuir motivos e intenciones». Toda su vida —reflexionaría Berlin— «ponía sin cesar en tela de juicio la realidad rusa». Pero, aun así, ella «no se movería: estaba dispuesta a morir en su propio país, sin importarle qué horrores le aguardaran; nunca lo abandonaría», a pesar de que «la Leningrado de la posguerra no era para ella más que un vasto cementerio, el camposanto de sus amigos: como lo que queda después de un incendio forestal; los pocos árboles carbonizados hacían que la desolación resultara aún más desoladora».

Ambos volvieron a encontrarse, brevemente, el 5 de enero de 1946, antes de que Berlin se marchara de Rusia. Este no se sorprendió demasiado cuando ella le dio, escrito a mano en un volumen de su trabajo anterior, «el poema que más tarde pasaría a ser el segundo del ciclo titulado *Cinque* [...] [que] en su primera versión se había inspirado en nuestro anterior

encuentro». Dicho encuentro no había resultado menos emotivo para Berlin, que más adelante escribiría que «me afectó profundamente y cambió mi perspectiva para siempre». Juzgaba a Ajmátova majestuosa, y su poesía, «la obra de un genio». Después incluso diría que el encuentro le había devuelto a su «patria». Bien pudo haber sido aquel el estímulo que apartó a Berlin de la filosofía y lo acercó a la historia del pensamiento político, donde con posterioridad realizaría su mejor obra en defensa de la libertad individual y contra el determinismo histórico. La suya «no había sido una relación amorosa normal —ha escrito un estudioso—. No hubo contacto físico. Sin duda debe de ser uno de los encuentros más puros entre dos personalidades humanas de los que se tiene constancia. Dos mentes extraordinarias parecen por un momento haberse acoplado a la perfección una con otra para impulsarse recíprocamente hasta alturas cada vez mayores de amor y comprensión mutuos. De hecho, puede representar una especie de *non plus ultra*, la muy platónica idea de la comunicación humana».[10] En realidad —como Pasternak escribiría a Berlin al año siguiente—, Ajmátova sentía cierto encaprichamiento amoroso por este: «Una de cada tres [palabras] tuyas era... usted. ¡Y de una forma tan dramática y misteriosa...! De noche, por ejemplo, en un taxi de regreso de alguna velada o recepción, inspirada y fatigada, y un poco en las nubes (o embriagada), [decía] en francés: *Notre ami* (es decir, usted) *a dit, ou a promis*, etcétera».[11] No cabe duda de que *Cinque*

se inspiraba en Berlin.^[12] Hay quien ha deducido asimismo que ella veía en el filósofo al héroe que brillaba por su ausencia en *Réquiem*,^[13] aunque es posible que la «Tercera y última dedicatoria» de la obra maestra de Ajmátova —«Poema sin héroe»— no se escribiera pensando solo en Berlin:

Mas basta... Me hiela la sangre este pavor...

La Chacona de Bach evocar es mejor

y tras ella un hombre entrará...

No será para mí un tierno esposo,

pero ambos lograremos algo glorioso

y el Siglo Veinte se estremecerá.

La casualidad me llevó a verlo

como destinatario de un misterio

y predestinado a lo más acerbo.

Esa noche vendrá a la Casa del Fontanka,

habrá niebla y llegará con tardanza

a beber el vino de Año Nuevo.

Evocará la noche de Epifanía, el arce

en la ventana, los cirios nupciales

y el poema con su vuelo mortal...

Pero no los dulces rezos ni plegarias,

ni el primer ramo de lilas ni la alianza,

sino la perdición a mí me traerá.[\(51\)](#)[\[14\]](#)

Como sugiere el último verso, las consecuencias que tendrían para Ajmátova sus encuentros con aquel «huésped del futuro» (en la expresión que la poetisa utiliza en su poema «El año 1913») serían desastrosas, lo cual apenas sorprende dada la trayectoria de ella y el estatus oficial de Berlín, que se haría aún más patente tras la inesperada e incongruente aparición de Randolph Churchill, el disoluto hijo del primer ministro, delante del apartamento de Ajmátova con ocasión de la primera visita de Berlín.[\[15\]](#) Puede que en realidad Stalin no pronunciara las palabras «¡Así que nuestra monja ha estado recibiendo a espías británicos!», pero con toda probabilidad esa suposición no habría resultado descabellada en la angustiosa atmósfera de posguerra.[\[16\]](#) Pocos días después, la policía secreta había instalado toscamente micrófonos en el techo de la casa de Ajmátova, además de obligar a la mujer polaca que traducía su obra a darle detalles sobre las visitas de Berlín.[\[17\]](#) Lo peligroso de su situación no hizo sino empeorar el siguiente abril, cuando Ajmátova aceptó una invitación para realizar una lectura de poemas en la Casa de los Sindicatos de Moscú. La acogida exultante de la audiencia, acogida que se repetiría en Leningrado cuatro meses después, la alarmó, y había razones para ello.[\[18\]](#) La vigilancia a la que estaban sometidos tanto ella como sus amigos se intensificó. Stalin intervino de nuevo, esta vez no para salvarla, sino para

dedicarse a la crítica literaria, observando que los buenos poemas posrevolucionarios de Ajmátova podían contarse «con los dedos de una mano».[19] El 14 de agosto, el Comité Central promulgó una resolución «sobre las revistas *Zvezda* y *Leningrad*» donde se atacaba a sus directores por imprimir obras «ideológicamente nocivas» de Ajmátova y del escritor satírico Mijaíl Zóshchenko. Luego el antiguo azote de Ajmátova, Zhdánov, denunció de manera injuriosa a ambos autores en una reunión del sindicato de escritores de Leningrado; en esta ocasión, Zhdánov actuó a instancias de Georgui Aleksándrov, jefe del departamento de *agitprop* del Comité Central, que a su vez procedía motivado por una denuncia de un empleado de su propio departamento.[20] Los términos del ataque de Zhdánov son reveladores:

[La obra de Ajmátova] es la poesía de una consentida mujer aristócrata que oscila de un modo frenético entre el *boudoir* y la capilla [...]. Sería difícil decir si es una monja o una mujer perdida; mejor decir quizá que es un poco de cada cosa, y que sus deseos y sus plegarias se entrecruzan [...]. Esta atmósfera de soledad y desesperanza, que es ajena al espíritu de la literatura soviética, recorre todo el trabajo de Ajmátova [...]. La obra de Ajmátova pertenece al pasado distante; es ajena a la vida soviética y no puede tolerarse en las páginas de nuestras revistas [...]. Esas obras no pueden sembrar más que oscuridad, depresión, pesimismo, un deseo de escapar de los problemas vitales de la vida y la actividad social a un mundo pequeño y estrecho de experiencias personales. [21]

En el Estado totalitario, pues, hasta las vivencias personales estaban prohibidas.

Ajmátova fue humillada en público, pero —para alivio de Berlin— no llegaron a detenerla, y solo le suspendieron su modesta pensión y ración alimentaria por un tiempo.^[22] Sin embargo, la comunicación entre ambos quedó interrumpida. Debido a ello, Berlin no supo que el hijo de Ajmátova, Lev —liberado del gulag para luchar como artillero antiaéreo en la «Gran Guerra Patriótica»—, fue detenido de nuevo en 1949 y condenado a otra década en un campo de Kazajistán. Ni se enteró de la nueva detención de su tercer marido, Punin, y su posterior fallecimiento en el gulag.⁽⁵²⁾ En 1954, en el breve periodo de deshielo que siguió a la muerte de Stalin, un grupo de estudiantes británicos, entre los que estaba el joven poeta Harry Shukman, fueron a ver a Ajmátova a la Casa de Escritores de Leningrado. Ella creyó que los enviaba Berlin, pero en realidad este nada sabía de la visita.^[23] Cuando la revista *New Republic* publicó un artículo sensacionalista sobre su encuentro con Ajmátova, Berlin se puso hecho una furia.^[24] Todavía se habría enfurecido más si hubiera sabido que el autor del artículo, Michael Straight, era uno de los estudiantes de Cambridge a los que Anthony Blunt había persuadido para ser espías de los soviéticos. Tres años después, en agosto de 1956, cuando Berlin volvió a Rusia, Ajmátova le hizo llegar el mensaje, a través de Pasternak, de que no quería reunirse con él por miedo a que su hijo —recién liberado— sufriera las consecuencias, aunque (de manera un tanto ilógica) sí llegaron a hablar una vez por teléfono. Tampoco contribuía en nada que Berlin se hubiera

casado hacía poco, lo que sin duda supuso un golpe para la inveterada romántica poetisa.^[25] Su visita a Oxford nueve años después, para recibir un doctorado *honoris causa*, fue muy emotiva. En esa ocasión Ajmátova le aseguró muy en serio a Berlin que, puesto que había enfadado tanto a Stalin, su encuentro había «iniciado la guerra fría y, en consecuencia, cambiado la historia de la humanidad». Berlin, que no era amigo de la confrontación, no quiso discutir con aquella mujer ahora de edad avanzada y medio destrozada.^[26] Hay que decir en su favor que él siempre se mantuvo fiel al espíritu original —incluso cuando lo traicionaban una odiosa camarilla de contemporáneos suyos de Cambridge— tanto de la *Conversazione Society* como del Grupo de Bloomsbury, pese a nunca haber formado parte de ninguna de las dos redes.

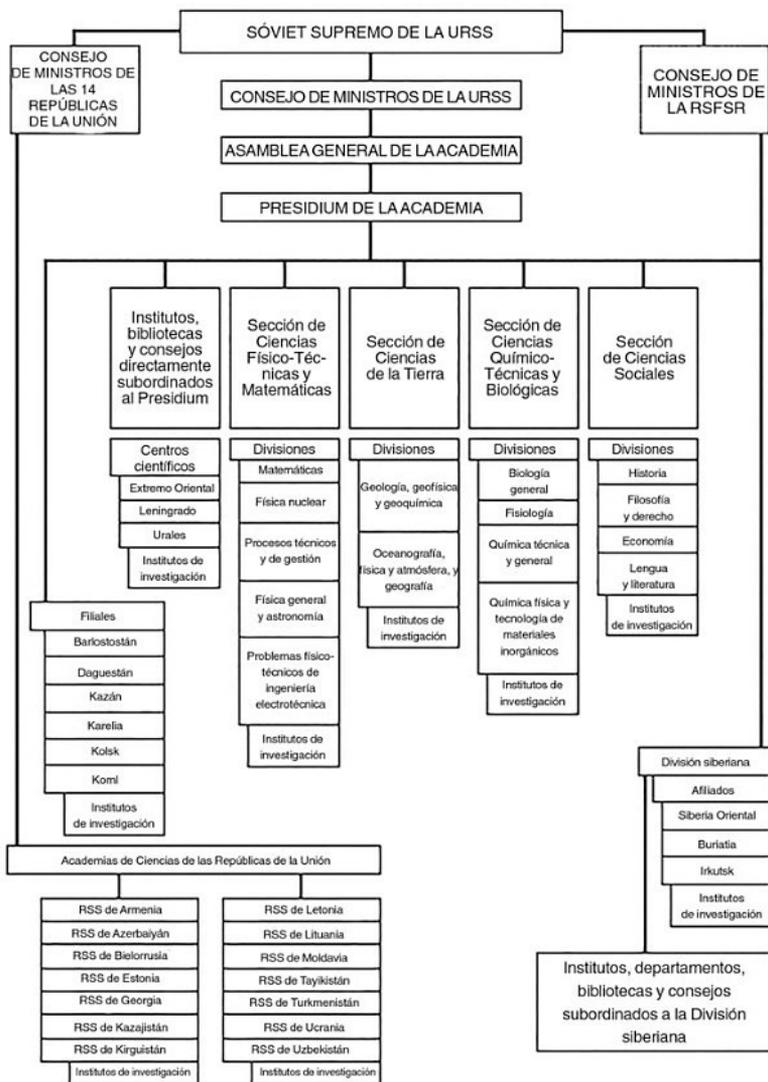


FIGURA 26. La organización soviética de la ciencia bajo el régimen de Stalin («Sistema de investigación de la Academia de Ciencias de las Repúblicas de la Unión Soviética»).

Ella en el reformatorio

El periodo de mediados del siglo xx supuso el apogeo de la jerarquía. Aunque al acabar la Primera Guerra Mundial se habían desplomado nada menos que cuatro de los grandes imperios dinásticos —el Romanov, el Habsburgo, el Hohenzollern y el otomano—, todos fueron sustituidos con asombrosa rapidez por nuevos y más fuertes «imperios-estado» que combinaban la envergadura del imperio con el empeño en la homogeneidad etnolingüística y la autocracia. No solo durante las décadas de 1930 y 1940 se asistió al auge de los estados con un mayor control central de todos los tiempos (la Unión Soviética de Stalin, el Tercer Reich de Hitler y la República Popular de Mao Zedong), sino que además, como reacción a la Depresión y ante la cercanía de otra contienda mundial, los principales estados democráticos también centralizaron más sus estructuras administrativas. Entre 1939 y 1945, el conjunto de conflictos que conocemos como Segunda Guerra Mundial generó una movilización sin precedentes de varones jóvenes. En la masa continental eurasiática, Norteamérica y Australasia, gran número de

hombres que se hallaban entre la adolescencia y los cuarenta años recibieron instrucciones de presentarse ante las fuerzas armadas para su incorporación a filas. Más de 110 millones de personas, en su mayoría varones, sirvieron en las fuerzas militares de los estados combatientes. Hacia el final de la contienda, una cuarta parte de la población activa británica llevaba uniforme, mientras que en Estados Unidos el porcentaje era del 18 por ciento, y en la Unión Soviética del 16 por ciento. Una proporción enorme de estos vastos ejércitos nunca regresó; el total de víctimas militares de la Segunda Guerra Mundial asciende a unos 30 millones de personas (si bien la cifra de víctimas civiles es aún mayor). Más o menos uno de cada cuatro soldados alemanes perdieron la vida, una tasa de mortalidad que fue casi igual de elevada en el Ejército Rojo. De este modo, los flautistas de Europa llevaron a toda una generación de jóvenes a la muerte.

Pero los ejércitos eran tan solo la mayor de las pirámides organizacionales de mediados de siglo. También en las esferas económica, social y cultural predominaban las jerarquías. Mandaban los planificadores centrales, tanto si trabajaban para gobiernos como si lo hacían para grandes empresas, ya tuvieran por misión destruir o producir. En Estados Unidos, la General Motors de Alfred Sloan definió la denominada estructura corporativa multidivisional, que no tardaría en convertirse en el modelo de organización empresarial en todo el mundo desarrollado (véase la figura

27).

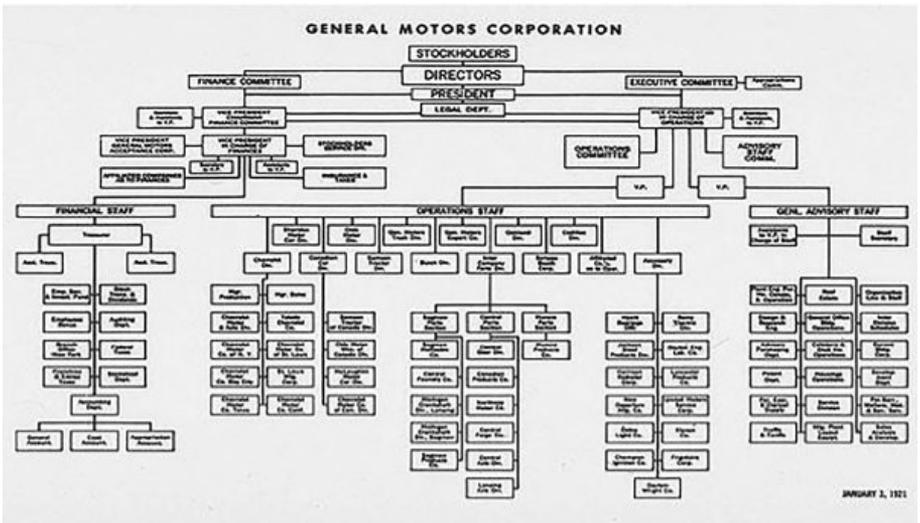


FIGURA 27. «Estudio de organización» de Alfred Sloan para General Motors (1921).

A raíz de la Segunda Guerra Mundial, también el sistema internacional se reconfiguró de manera jerárquica. En teoría, todos los estados-nación disfrutaban de igual representación en el seno de las Naciones Unidas; en la práctica, no tardaron en surgir dos sistemas de alianzas fuertemente armados, siendo Estados Unidos y la Unión Soviética sus respectivos miembros dominantes. Junto a ellos, en el Consejo de Seguridad de la ONU, se sentaban otros tres vencedores de la guerra: Gran Bretaña, China y (de manera inverosímil) Francia, que había sido una de las primeras conquistas de las potencias del Eje. Aunque la guerra fría no tardaría en convertir al Consejo de Seguridad en un callejón sin salida —«una habitación sin vistas», según la memorable

expresión de un diplomático venezolano—, en principio se había aplicado el modelo de Viena y creado una nueva pentarquía de cinco grandes potencias.

Para los hombres que lucharon en las dos guerras mundiales, sin duda debía de parecer natural trasladar a la vida civil al menos algunas de las pautas operativas aprendidas mientras vestían el uniforme. Sin embargo, la experiencia de la guerra convencional a gran escala no basta para explicar las estructuras descendentes de tantas organizaciones de mediados del siglo xx; también se produjo una coyuntura tecnológica que favoreció el control desde arriba. El escritor satírico vienés Karl Kraus estaba en lo cierto: la tecnología de la comunicación de mediados del siglo xx benefició de forma abrumadora a las jerarquías. Aunque el teléfono y la radio sin duda crearon nuevas redes de gran envergadura, se trataba de redes con una estructura centróradial que se podían cortar, explotar o controlar con bastante facilidad. Igual que el periódico, el cine y la televisión, la radio no era una auténtica tecnología de red, ya que en general implicaba una forma de comunicación unidireccional desde el emisor de contenidos hasta el oyente. A quienes utilizaban tecnología inalámbrica para conversar por lo general se les consideraba unos tipos raros («radio-aficionados», dando un matiz peyorativo al segundo término), y dicha tecnología nunca llegó a comercializarse con éxito. Joseph Goebbels tenía buenas razones para describir la radio como «el arma espiritual del Estado

totalitario». Stalin podría haber añadido que el teléfono era una bendición del cielo para las escuchas ilegales.

Es importante señalar que estas tecnologías también se prestaban al control social en las sociedades más libres. En Estados Unidos —donde el 25 de enero de 1915 empezó a funcionar la telefonía transcontinental—,[1] el sistema telefónico no tardó en quedar sometido a la autoridad de un monopolio nacional en la forma de la AT&T de Theodore Vail.[2] Aunque la red estadounidense (conocida como «Sistema Bell» en honor al inventor edimburgués Alexander Graham Bell) seguía muy descentralizada en términos de uso (en 1935, menos del 1,5 por ciento de las llamadas telefónicas cruzaban siquiera una línea estatal), en términos de propiedad, así como de estandarización tecnológica, no dejaba de ser un sistema único.[3] «La competencia —declaraba Vail—, implica conflicto, guerra industrial; implica enfrentamiento.»[4] Imaginaba «un sistema de cableado universal para la transmisión eléctrica de inteligencia (comunicación escrita o privada), desde cualquiera en cualquier lugar hasta cualquiera en cualquier otro lugar, un sistema universal y tan extenso como el sistema de carreteras del país que se extiende desde la puerta de cualquier hombre hasta la puerta de cualquier otro hombre».[5] Vail se mostraba tan abierto a la supervisión gubernamental de la red como hostil a cualquier innovación que viniera de fuera de su monopolio.[6] La intervención de líneas telefónicas —algo sencillo con cualquier sistema de

circuitos conmutados— se inició en la década de 1890 y el Tribunal Supremo la declaró constitucional en el caso del contrabandista de Seattle Roy Olmstead, que fue condenado gracias a las pruebas obtenidas pinchando una línea telefónica. Había precedentes. En 1865 se autorizó al Servicio Postal de Estados Unidos a confiscar material obsceno, que, por supuesto, solo podía descubrirse abriendo el correo privado. En la década de 1920, la inteligencia militar estadounidense llegó a un acuerdo con la Western Union para interceptar telegramas sospechosos, aunque en 1929 el entonces secretario de Estado, Henry L. Stimson, se negó a leer los cables militares japoneses interceptados aduciendo la razón, exquisitamente obsoleta, de que —según sus propias palabras— «un caballero no lee los correos de otro caballero». Pearl Harbor y lo que vino después dio al traste con tales escrúpulos. La Agencia de Seguridad Nacional, creada en 1952, realizó barridos a gran escala del tráfico telegráfico estadounidense en un intento de atrapar a espías soviéticos. De modo simultáneo, el FBI de J. Edgar Hoover pinchaba líneas telefónicas a discreción. Por ejemplo, el 19 de octubre de 1963, el fiscal general Robert F. Kennedy autorizó al FBI a intervenir los teléfonos del hogar y la oficina del reverendo Martin Luther King, en un programa de vigilancia que se mantendría hasta junio de 1966.^[7]

La radio no estaba en absoluto tan centralizada, gracias en parte a la oposición de Herbert Hoover al control federal de

las ondas durante su mandato como secretario de Comercio. La Ley de Radio de 1927 dio a la Comisión Federal de Radio (FRC, por sus siglas en inglés) el poder de dividir el espectro y de decidir a qué solicitantes se otorgaban licencias para gestionar emisoras en determinadas longitudes de onda, niveles de potencia, ubicaciones y horas concretas.^[8] Siete años después, la nueva Comisión Federal de Comunicaciones (FCC, por sus siglas en inglés) asumió esa función. A partir de entonces las licencias se concederían por periodos de tres años a aquellos organismos de radiodifusión que convencieran a la FCC de que su emisora iba a servir a la «conveniencia, interés o necesidad públicos», criterios que en ningún momento se aplicaron a los periódicos. Como consecuencia, la libertad de expresión en las ondas se vería seriamente restringida tanto por los reguladores como (debido a la importancia de la publicidad en cuanto fuente de ingresos) por los intereses comerciales.^[9]

Aunque en los primeros tiempos de la guerra fría muchos intelectuales temieron que Estados Unidos estuviera desarrollando tendencias totalitarias, sin duda existía una diferencia profunda entre la vida en este país y la de la Unión Soviética. Los ciudadanos estadounidenses blancos disfrutaban de toda la gama de derechos civiles y políticos garantizados por la Constitución, y, si así lo decidían, podían cuestionar las injerencias del Gobierno en los tribunales. Para muchos afroamericanos, en cambio, los beneficios de la

vida en Estados Unidos en comparación con la vida en la URSS no resultaban tan evidentes, un aspecto a menudo recalcado —aunque de manera hipócrita— por la propaganda soviética. Un corolario del conformismo social del periodo comprendido entre finales de la década de 1940 y principios de la 1960 fue la institucionalización de la discriminación racial. Entonces, como ahora, los afroamericanos tenían muchas más probabilidades que los blancos de acabar viéndoselas con el sistema penal. Bastará un ejemplo para ilustrar este hecho. El 10 de abril de 1933, el juez del condado de Westchester George W. Smyth condenó a una adolescente de «color» de quince años llamada Ella Fitzgerald a ser internada en la Escuela de Formación para Niñas del estado de Nueva York, situada en la ciudad de Hudson, porque era «ingobernable y no obedecía las órdenes justas y legítimas de su madre». No es que aquella institución fuera muy alegre. Cuando Jacob Moreno ideó los primeros «sociogramas», en 1933, justo lo hizo para ayudar a explicar la oleada de fugas de chicas producida en aquel reformatorio (véase la primera parte). En la década de 1930, pues, hasta la teoría de redes servía al panóptico.⁽⁵³⁾ Por fortuna, Fitzgerald escapó a Manhattan para iniciar una carrera estelar como cantante. Sus equivalentes rusas, en cambio, recibieron un trato más brutal.

En el siglo XIX, la sociedad estadounidense se había ganado una justa fama por la riqueza de su vida asociativa. De hecho —como hemos visto—, Alexis de Tocqueville consideraba

que este era sin duda una de las bases del éxito del país como democracia. Sin embargo, la propia facilidad con que podían formarse redes sociales en Estados Unidos creaba una vulnerabilidad que sería explotada de manera despiadada por una red extranjera que se importó en el país durante la gran afluencia de inmigrantes del sur de Italia de finales del siglo XIX y principios del XX: la Mafia. Este proceso quedaría plasmado, de forma idealizada, en la novela de Mario Puzo *El padrino* y las películas basadas en ella, aunque, a decir verdad, lo que reflejaban estas no era del todo ficción.⁽⁵⁴⁾ En verdad había «cinco familias» que controlaban gran parte del juego, los préstamos con usura, la extorsión y (durante la Ley Seca) el contrabando de alcohol en el área metropolitana de Nueva York. Sus orígenes se hallaban en las comunidades de inmigrantes del sur de Italia como Little Italy, en los barrios del Lower East Side y el East Harlem de Manhattan. El personaje de Vito Corleone se basaba en parte en Frank Costello (cuyo verdadero nombre era Francesco Castiglia), de la familia Luciano/Genovese, y en parte en Carlo Gambino, de la familia homónima. El cantante Johnny Fontane era claramente Frank Sinatra. Y también los gánsteres judíos se basaban en personajes reales: el brutal gerente del casino de Las Vegas Moe Greene en Benjamin «Bugsy» Siegel, y el más cerebral Hyman Roth en Meyer Lansky. Puzo tampoco exageró demasiado el grado de influencia de la Mafia en Estados Unidos. Antes de la Segunda Guerra Mundial, Lansky y Siegel habían creado

«La Comisión» con Salvatore «Lucky» Luciano en un intento de imponer algún tipo de gobierno central no solo a las cinco familias de Nueva York, sino al conjunto del crimen organizado de todo el territorio estadounidense. El reinado de Luciano terminó de hecho en 1936, cuando fue arrestado y luego procesado por el fiscal especial (y más tarde gobernador) Thomas E. Dewey por dirigir una red de prostitución. Sin embargo, Costello no tardó en ocupar su lugar. Tampoco hay ninguna duda de que en la década de 1950 las diversas familias de la Mafia estaban muy involucradas en negocios legítimos —que iban desde la industria del espectáculo hasta los casinos en la Cuba prerrevolucionaria—, además de los sindicatos y la política. Así, por ejemplo, es posible que la organización de campaña de John F. Kennedy pidiera ayuda a la Mafia para derrotar a Richard Nixon en 1960, y se sabe con certeza que Kennedy compartió una amante, Judith Campbell Exner, con el gángster de Chicago Sam Giancana. Entre agosto de 1960 y abril de 1961, la CIA incluso intentó asesinar a Fidel Castro contratando a sicarios de la Mafia (no parece probable, en cambio, que esta fuera responsable del asesinato de Kennedy, una teoría conspiratoria que se ha revelado sumamente resistente tanto a la investigación oficial como al escrutinio académico; por suerte, también Puzo se resistió a la tentación de incluirla en su novela).

En cualquier caso, ha habido cierta tendencia a exagerar la sofisticación organizativa de la Mafia, precisamente

porque apenas existe documentación fiable sobre sus operaciones aparte de los testimonios de los escasos mafiosos que han violado la *omertà* (término que significa más o menos «virilidad»), el código de silencio que prohíbe a los iniciados —so pena de muerte— delatar a sus camaradas ante las autoridades. Fue Joseph Valachi quien reveló que a los iniciados no les gustaba emplear el término «Mafia», sino el de *Cosa Nostra* («lo nuestro»), cuando declaró en 1963 ante la Subcomisión Permanente sobre Investigaciones de la Comisión sobre Operaciones Gubernamentales del Senado. Veintiún años después, el informador ítalo-brasileño Tommaso Buscetta describió a los fiscales estadounidenses la estructura jerárquica de una típica familia mafiosa: en la cúspide, un jefe (*capofamiglia* o *rappresentante*); por debajo de este, un *capo bastone* o *sotto capo* (subjefe), y luego uno o más consejeros (*consigliere*) que asesoraban al jefe. Los rangos inferiores se organizaban en grupos (*decine*) de unos diez «soldados» (*soldati*, *operai* o *picciotti*), cada uno liderado por un *capodecina*. En la declaración que siguió a su detención en 1996, Giovanni Brusca —el mafioso siciliano, apodado *Il Porco* («el Cerdo»), que había asesinado al juez antimafia Giovanni Falcone en 1992— describió los ritos de iniciación por los que había pasado él mismo en 1976. Invitado a un «banquete» en una casa de campo, se había encontrado cara a cara con varios mafiosos sentados en torno a una mesa donde habían colocado una pistola, un puñal y un trozo de papel con la imagen de un santo.

Después de que Brusca reafirmara su compromiso con una vida dedicada al crimen, el mafioso de mayor edad le pinchó en el dedo con una aguja y le dijo que untara con su sangre la imagen del santo, a la que luego prendió fuego: «Si traicionas a la Cosa Nostra —le dijeron—, tu carne se quemará como este santo». No cabe duda de que estas historias resultan fascinantes; pero ¿qué grado de credibilidad otorgarles? Se puede pensar que esas estructuras y esos rituales tienen un origen relativamente reciente, si es que alguna vez han existido.

En su origen, el término «Mafia» hacía referencia a una cultura o forma de vida que surgió de la idiosincrasia de la historia siciliana. La palabra deriva el adjetivo *mafiusu* («arrogancia» o «bravuconería»), palabra sobre cuya etimología (quizá árabe, un remanente del dominio musulmán) se ha debatido mucho sin llegar a ninguna conclusión sólida. El término empezó a circular en 1865 a partir de una oscura obra teatral, *I mafiusi de la Vicaria* («Los mafiosos de la Vicaria», la cárcel de Palermo), y dos años después un aristócrata toscano, el conde Filippo Gualterio, lo utilizaría por primera vez en un ambiente oficial. Pero la expresión preferida por los sicilianos era en realidad «la honorable sociedad» (*Onorata Società*). El historiador Diego Gambetta ha definido dicha sociedad como, básicamente, un «cártel de empresas de extorsión privadas».[10] Surgió a finales del siglo XIX tras la integración de Sicilia en el Reino de Italia —en la práctica, un

imperio piemontés—, en una época en que casi no existía la fuerza policial y los terratenientes dependían de ejércitos privados para proteger sus propiedades y lo que estas producían. Luego evolucionó, pasando a convertirse en un sistema general de ejecución de contratos, con el homicidio como sanción ante posibles infracciones. En otras partes del sur de Italia surgieron «sociedades» similares: la Camorra, que operaba en la región de Campania; la 'Ndrangheta, en Calabria, o la Sacra Corona Unita, en Apulia. La pobreza persistente de estas regiones deja patente que este tipo de organizaciones no constituyen precisamente una base óptima para el orden social. Sin embargo, llamarlas «organizaciones» puede llevar a engaño. En sus *Lettere Meridionali*, publicadas a mediados de la década de 1870, el historiador y político napolitano Pasquale Villari declaraba: «La Mafia carece de leyes escritas, no es una sociedad secreta, apenas una asociación. Se forma por generación espontánea».[11] Tan difusa era la Mafia siciliana que resultó bastante fácil librarse de ella durante el periodo fascista, cuando Cesare Mori fue el «Prefecto de Hierro» de Palermo (1925-1929).[12]

En ocasiones se ha afirmado que, tras la caída de Sicilia en manos de los Aliados en el verano de 1943, el Gobierno Militar Aliado de los Territorios Ocupados (AMG, por sus siglas en inglés) conspiró de algún modo con la Mafia para restaurar el antiguo poder en la isla, y que Lucky Luciano desempeñó el papel de mediador en ese acuerdo. Tales

afirmaciones carecen de fundamento. La realidad fue simplemente que los oficiales aliados realizaron una serie de evaluaciones en extremo perspicaces de la cultura de la criminalidad con que se encontraron, y que había resurgido allí donde se había mantenido oculta durante el reinado de Mussolini. En octubre de 1943, por ejemplo, el vicecónsul estadounidense en Palermo, capitán W. E. Scotten, argumentaba que la Mafia no era una entidad dotada de una organización centralizada, sino algo más parecido a una red, que se mantenía unida mediante un código de honor y secretismo. «Apenas puede describirse la Mafia como una organización formal con una jerarquía de jefes reconocida», escribía Scotten, y añadía:

Sea o no una organización, tiene un carácter más horizontal que vertical. Se trata de una asociación de delincuentes, cuyo vínculo común es su interés mutuo en frustrar la injerencia de las autoridades. Es una conspiración contra las fuerzas de la ley que se concreta sobre todo en la conspiración del silencio conocida como *omertà*, un código impuesto a sus víctimas, así como a los ciudadanos en general, que de ese modo se ven obligados a convertirse en cómplices involuntarios. La Mafia es, en cierto sentido, más que una asociación; es también un sistema social, una forma de vida, una profesión. De modo que, desde un punto de vista policial, la dificultad radica en la naturaleza peculiar de la propia Mafia. Si fuera una organización propiamente dicha, la eliminación progresiva de sus líderes de arriba abajo causaría su desmoronamiento.[\[13\]](#)

Mientras las fuerzas de ocupación se esforzaban en abordar los enormes problemas administrativos que acarrearba la gestión de la Sicilia posfascista tras el conflicto,

los funcionarios como Scotten afrontaban una realidad dolorosa: carecían de los recursos necesarios para acabar con aquella extraña y violenta cultura. De hecho, en mayor o menor grado tenían que convivir con ella para restaurar algún tipo de orden en la isla. El escritor británico Norman Lewis se formó impresiones similares.[\[14\]](#)

Esta era la Mafia que operó en las ciudades de Estados Unidos entre las décadas de 1920 y 1960. Pese a la cobertura entusiasta que dio la prensa a la versión estadounidense de la organización, la denominada «Murder Inc.» («Asesinato S. A.»), en la práctica las familias retratadas en *El padrino* se hallaban más cerca de sus orígenes sicilianos, en el sentido de que sus negocios estaban bastante descentralizados. No existía nada parecido a un *capo di tutti capi*. En el momento en que las familias intentaron ese tipo de formalización de su sistema la fastidieron, como supo intuir Scotten. En ese sentido, la época retratada en *El padrino* fue de arrogancia, una época en que el crimen organizado trató de ser a la vez más organizado y menos criminal. Cuando en 1970 se aprobó la Ley RICO (por las siglas de «Racketeer Influenced and Corrupt Organizations»), la Mafia estadounidense se vio desbaratada con suma facilidad. A lo largo de la década de 1980 fueron condenados 23 jefes de todo el país, junto con 13 subjefes y 43 capitanes. La red había cometido el error fatal de convertirse en la jerarquía representada en las películas.

Mientras las redes ilegales florecían y se infiltraban en la élite política estadounidense, otras, de todo punto legales,

eran objeto de acoso por parte de las autoridades. Cuando los afroamericanos iniciaron su campaña por la igualdad de derechos civiles, hubieron de afrontar unos niveles tremendos de opresión, tanto legal como ilegal. El movimiento en defensa de los derechos civiles tenía su origen en las iglesias negras, las escuelas negras y las secciones meridionales de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, fundada en 1909.^[15] Justo esas profundas raíces institucionales hicieron que el movimiento resultara tan difícil de contener, ya que se trataba de redes que se mantenían y renovaban todos los domingos. En palabras de Martin Luther King: «Los momentos de invitación de las reuniones masivas, cuando pedíamos voluntarios, eran muy similares a los momentos de invitación que se producen los domingos por la mañana en las iglesias negras, cuando el pastor hace un llamamiento a los presentes para unirse a la iglesia. La gente se ofrecía a unirse a nuestro ejército a veintenas, a treintenas, a cuarentenas».^[16] La intervención del teléfono de su casa era solo un detalle de la constante campaña para entorpecer y derrotar al movimiento en defensa de los derechos civiles. Pero en última instancia dicha campaña fracasó. En cambio, en ese mismo periodo los estadounidenses blancos experimentaban grandes dificultades para organizar protestas, como por ejemplo fue el caso de las manifestaciones de 1957 contra el impuesto sobre la propiedad en el condado de Los Ángeles. Aunque reinaba

una indignación generalizada por la subida de los impuestos tributados aquel año, la campaña de la oposición quedó en nada porque los barrios residenciales de Los Ángeles carecían del tipo de redes sociales y del liderazgo surgidos en las iglesias negras del sur del país.[\[17\]](#)

Los estadounidenses, claro está, no habían perdido su propensión a las redes. De hecho, la etapa de mediados de siglo fue testigo del surgimiento de una de las redes sociales de mayor éxito en toda la historia de Estados Unidos, la red de autoayuda para personas con problemas de alcoholismo: Alcohólicos Anónimos. Fundada en Akron, Ohio, en 1935 por un corredor de Bolsa de Nueva York llamado William Wilson («Bill W.») y un médico de Akron llamado Robert Smith («Dr. Bob»), AA ofrecía a los alcohólicos un camino basado en doce pasos para recuperar la sobriedad, pero su verdadera fuerza residía en los terapéuticos efectos de red de las reuniones regulares en que se confesaban y compartían las experiencias personales de la adicción.[\[18\]](#) Aunque en el plano intelectual no resultara tan significativo como el de Isaiah Berlin y Anna Ajmátova, el encuentro, que fue anterior, de Wilson con Ebby Thacher, otro bebedor crónico, supuso la primera arista de la que en última instancia acabaría convirtiéndose en una red global.[\(55\)](#) «Mis pensamientos empezaron a precipitarse —recordaría más tarde Wilson— mientras imaginaba una reacción en cadena entre alcohólicos, donde cada uno de ellos transmitiría este mensaje y estos principios al siguiente.»[\[19\]](#) Una

característica llamativa de AA era (y sigue siendo) su carácter cuasirreligioso y absolutamente apolítico (de hecho, era una extensión de un movimiento cristiano evangélico denominado Grupo de Oxford). No obstante, si alguien hubiera informado a J. Edgar Hoover de que el alcoholismo estaba vinculado de algún modo al comunismo, sin duda las reuniones de AA habrían sido sometidas enseguida a vigilancia. En realidad, los primeros grupos de AA tenían tendencia a excluir a las personas que —aparte de su alcoholismo— no eran socialmente respetables, incluidos (como señalaba con ironía Wilson) «mendigos, vagabundos, pacientes internados en manicomios, presos, homosexuales, chalados perdidos y mujeres de mala vida». Solo en 1949 la organización decidió admitir a cualquier persona que, con independencia de otros factores, manifestara su «deseo de dejar de beber».[\[20\]](#)

Las patologías de los estados totalitarios, como los sesgos autoritarios —mucho más moderados— que surgieron en las democracias en esa misma época, sin duda constituían un incentivo para darse a la bebida. Los espías de Cambridge no eran los únicos que bebían como esponjas. Atrapado en cadenas de mando intolerantes y jerárquicas, y temeroso de unirse a redes sociales que podrían considerarse subversivas, el hombre corriente de mediados del siglo xx buscó consuelo en la botella. En la Rusia soviética, la droga preferida era el vodka. En la Alemania nazi, donde se sacrificó la producción de alcohol en aras del rearme, se favorecieron otras drogas

más exóticas, como el Pervitin (metanfetamina) y el Eudokal (un derivado de la morfina).[\[21\]](#) En Estados Unidos, una vez derogada la Ley Seca, se consumían licores en cantidades que hoy nos parecen asombrosas. Las generaciones que vivieron las dos guerras mundiales también fumaban tabaco con una frecuencia suicida. En cualquier caso, el alivio que brindaban esos estimulantes era fugaz. En la obra de Aldous Huxley *Un mundo feliz* (1932), hasta los narcóticos están controlados por el fordista Estado Mundial, junto con todo lo demás, de la eugenesia a la eutanasia; el destino del inconformista Bernard Marx es el destierro. En *1984* de Orwell (1949) no existe la más mínima posibilidad de que Winston Smith tenga éxito en su desafío al control del Gran Hermano sobre la Franja Aérea 1; su destino será la tortura y el lavado de cerebro. Así fueron aplastados un insólito número de héroes literarios de mediados del siglo xx, desde el John Yossarian de Joseph Heller hasta el Iván Denísovich de Aleksandr Solzhenitsyn, pasando por el Alec Leamas de John le Carré, retratado de forma memorable como un borrachín por el actor alcohólico Richard Burton. De manera hartamente apropiada, lo que había empezado como una oleada de plagas ideológicas de origen humano terminó con una pandemia de disfunciones hepáticas y pulmonares autoinducidas.

SÉPTIMA PARTE

Los amos de la jungla

La larga paz

Los grandes imperios jerarquizados que entablaron la guerra fría no dejaron apenas margen para la creación de redes ciudadanas, a no ser que estas tuviesen un carácter apolítico. Sin embargo, cuanto más se alejaba uno de la metrópolis imperial, menos absoluto era el control que ejercía el planificador central. La Tercera Guerra Mundial no se libró con misiles nucleares en la estratosfera, sino con armas semiautomáticas en las junglas de lo que pasó a conocerse como Tercer Mundo. Allí, lejos del alcance de las redes de ferrocarril, carreteras, telégrafos y telefonía, las superpotencias quedaron despojadas del mando, el control y las comunicaciones de que dependían. La demostración de sus limitaciones en estos países pobres y remotos obró de un modo dialéctico para generar una crisis en sus propias estructuras políticas nacionales. Las décadas de 1970 y 1980 fueron testigos de un resurgimiento de las redes y de un derrumbe de las jerarquías, movimiento que culminó en la rápida desintegración de la Unión Soviética y de su imperio en Europa del Este. El hecho de que en esa misma época

naciera internet insinúa la tentadora posibilidad de que, una vez más, la tecnología inclinara la balanza del poder, en esta ocasión en detrimento del Estado totalitario y de sus vástagos autoritarios. Pero, como veremos, el proceso histórico no fue tan ordenado. Más que la causa de la crisis de finales del siglo xx, internet parece ser una consecuencia del desmoronamiento del poder jerárquico.

Los historiadores de la guerra fría llevan largo tiempo debatiendo por qué se mantuvo fría; o, en otras palabras, por qué Estados Unidos y la Unión Soviética no se enfrentaron en una contienda como hicieron el Reino Unido y el Reich alemán en dos ocasiones. La respuesta más extendida es que el surgimiento de las armas nucleares incrementó hasta tal punto los riesgos que los políticos de Washington y Moscú eran más reacios a aventurarse que sus homólogos del Londres y el Berlín de 1914 y 1939. Otra hipótesis sostiene que las redes de alianzas fueron más estables a partir de 1945 de lo que lo habían sido nunca. Ambas superpotencias construyeron redes de aliados amplias, densas y bastante estables que combinaban los compromisos de defensa mutua con la integración comercial. Entre 1816 y 1950, la media de alianzas por país era de poco más de 2,5. Por el contrario, en el periodo comprendido entre 1951 y 2003, esta media se cuadruplicó con creces (10,5).^[1] Otro planteamiento más hace hincapié en el papel del crecimiento del comercio en la reducción de conflictos;^[2] es curioso que el desarrollo de alianzas de seguridad con fines estratégicos parece haber

prefigurado el desarrollo del comercio en su seno.^[3] No cabe duda de que estos efectos derivados de la red tuvieron cierta influencia, pero la característica definitoria de casi todos los acuerdos de la guerra fría —militares y económicos— fue su estructura jerárquica. Aun si las grandes potencias del Consejo de Seguridad de la ONU jamás lograban ponerse de acuerdo, eran posibles otros clústeres de poder: los seis firmantes originales del Tratado de Roma de 1957, por ejemplo, o los miembros originales del «grupo de los siete», que arrancó en 1974 como un encuentro informal de los altos funcionarios de finanzas de las cinco mayores economías del mundo: Estados Unidos, Reino Unido, Alemania Occidental, Japón y Francia.

La idea de la guerra fría como una «larga paz», no obstante, solo tiene sentido si nos fijamos exclusivamente en estos países desarrollados. Considerando el mundo en conjunto, el periodo comprendido entre la década de 1950 y la de 1980 fue de todo menos pacífico en África, Asia y Latinoamérica. En estas regiones, las guerras civiles resultaron endémicas, y muy a menudo se encontraron justo porque los bandos enfrentados recibieron apoyo militar de las superpotencias y actuaron como sus representantes.^[4] La guerra fría constituyó asimismo una época de revoluciones y golpes de Estado que acompañaron la desintegración de los imperios europeos de ultramar. La percepción de que estas crisis políticas eran contagiosas dio origen a la idea de un «efecto dominó».^[5] Como afirmó el

presidente Dwight Eisenhower tras la derrota francesa de Dien Bien Phu a manos del Viet Minh en la guerra de Indochina: «Tenemos aquí una hilera de fichas de dominó. Si tumbamos la primera, lo que le ocurrirá a la última será con toda certeza que caerá también rapidísimamente». Si, por un lado, las alianzas de la guerra fría creaban redes centrorradiales, por el otro el efecto dominó amenazaba contagiar a los nodos exteriores de esas redes. Impedir que las fichas de dominó se desplomaran requería un conjunto particular de habilidades militares que pasaría a conocerse como «contrainsurgencia», pero que tal vez describa con mayor viveza el nombre de una de sus precursoras: la «guerra de la jungla».

s

El General

En su novela *The General* (1936), C. S. Forester pintaba el retrato escabroso de un arquetípico general británico de la Primera Guerra Mundial: la personificación de la rígida jerarquía de principios del siglo xx. Su personalidad era

notoria [incluso] en la selección de sus subordinados, y a través de ellos, hasta en los mandos de menor rango. Lo que se buscaba aquí eran hombres sin miedo a la responsabilidad, hombres de energía infatigable y voluntad de hierro, hombres en quienes se pudiera confiar para que llevaran a cabo su parte del plan de batalla hasta allí donde permitieran su sangre y sus entrañas, las suyas y las de sus hombres. Se precisaban hombres sin imaginación para ejecutar una política militar carente de imaginación ideada por un hombre sin imaginación. Cualquier cosa que pudiera parecer extravagancia u originalidad resultaba sospechosa a la vista del plan de campaña. Todo general deseaba como subordinados a oficiales que cumplieran meticulosamente las órdenes, impávidos ante las dificultades, las pérdidas o los miedos respecto al futuro; todo general sabía lo que se esperaba de él (y lo aprobaba), por lo que procuraba contar por debajo con otros generales de los que cupiese esperar lo mismo. Cuando llegaba el momento de aplicar de manera sistemática la fuerza bruta, solo eran bienvenidos los hombres capaces de encajar en el sistema sin que hubiera que hacer por ellos concesión alguna.^[1]

Sería difícil encontrar mejor descripción del régimen jerárquico. Llegada la década de 1940, no obstante, el ejército británico ya había descubierto, gracias a una serie de amargas experiencias, que se necesitaba una nueva clase de liderazgo, distinta, más dinámica. Había comprobado, en el curso de dos guerras mundiales, que la efectividad excepcional del ejército alemán no se basaba en una rígida implementación de los planes de batalla, sino más bien en la descentralización de la toma de decisiones y en la flexibilidad que mostraba en el fragor de la guerra.^[2] En 1940, por ejemplo, los Panzers alemanes que deambulaban a su antojo habían aprovechado las comunicaciones inalámbricas y la red de carreteras francesas para penetrar más allá del frente del enemigo, que terminó sumido en la confusión. Cuanto más inaccesible el campo de batalla, más importante era liberar a los oficiales (y a los suboficiales) de las restricciones de un mando y un control centralizados. Ninguna campaña lo dejó tan claro como las que se libraron en Asia contra los japoneses. En la batalla de Birmania había surgido un nuevo tipo de general británico: la perfecta antítesis de ese patriotero cuadrulado y con voluntad de hierro de Forester. En la jungla, la «extravagancia y la originalidad» se cotizaban muy alto.

Nacido en 1912 e hijo de un plantador de té de Assam, Walter Colyear Walker aún no tenía edad para presenciar en su día la matanza del Somme y la de Ypres. Toda su vida, Walker fue belicoso a más no poder. En el colegio, en

Inglaterra, decidió que la mejor manera de hacer frente a un matón era «un izquierdazo en la nariz o un gancho en la barbilla». En la academia militar de Sandhurst no soportaba la instrucción y se moría por disparar el rifle en vez de limitarse a limpiarlo. Como oficial del 1.er Batallón del 8.º Regimiento de los Gurjas, sirvió con honores en las operaciones contra el faquir de Ipi en Waziristán,⁽⁵⁶⁾ donde se convirtió en un experto en técnicas de emboscada. En 1944, Walker asumió el mando del 4.º Batallón del 8.º Regimiento de los Gurjas, que transformó —tras dos meses de readiestramiento— en una fuerza de combate admirable, y por lo que recibió la Orden del Servicio Distinguido. Los británicos estaban aprendiendo una nueva forma de hacer la guerra. «La experiencia muestra —se decía en el manual titulado *Libro de la selva*, en 1943— que debe descentralizarse el mando para que los cabecillas más jóvenes se enfrenten a situaciones en que han de tomar decisiones y actuar sin dilación bajo su propia responsabilidad.»^[3] Esto para Walker era ley. Después de la contienda, como oficial del Estado Mayor en Kuala Lumpur, le encomendaron la tarea de entrenar lo que se conocería como la «Ferret Force», una mezcla de soldados británicos, gurjas, chinos e indígenas dayak. En 1948-1949, cuando los terroristas comunistas sumieron Malasia en el estado de emergencia, Walker estuvo al mando del Centro de Adiestramiento de las Fuerzas de Tierra del Extremo Oriente, donde estableció lo que más tarde se convertiría en la Escuela de Guerra de la

Jungla de Kota Tinggi.[4] La doctrina surgida de dicha escuela quedó consagrada en «La Dirección de las Operaciones Antiterroristas en Malasia», que se convirtió en la práctica en el manual de contrainsurgencia del ejército británico.[5] La idea clave era que el objetivo de la acción militar debería ser el de asegurar que «los ataques de la guerrilla no alteraran el curso del Gobierno político legítimo».[6] Esto se traducía en la eliminación implacable de los comunistas por medio de la recogida coordinada de información (tanto de la policía como de las fuerzas militares), en la creación de patrullas violentas por parte de pequeñas unidades y en emboscadas planeadas con toda meticulosidad.[7] En 1958, Walker fue el responsable de la «Operación Tigre», en la que la 99.ª Brigada Gurja eliminó a los últimos comunistas activos en el estado de Johor. «Mi hombre del servicio de seguridad me había asegurado que los TC [los terroristas comunistas] vendrían —declaró más adelante Walker—, y después de veintiocho días vinieron y murieron en la ciénaga.» Hombres capaces de aguantar con paciencia a la espera bajo un calor sofocante durante nada menos que cuatro semanas eran un activo de valor incalculable para Walker. Se puso como una furia cuando se enteró de que Londres estaba planeando reducir el cuerpo de los Gurjas de su fuerza oficial de más de 10.000 hombres a 4.000.[8] «Malasia es el último baluarte contra el comunismo que queda en esta parte del mundo —sostuvo, recurriendo a la analogía del dominó—. Si Malasia cae, la situación en el

Sudeste Asiático será irrecuperable». [9]

Fue en las espesas junglas de Borneo —la tercera isla más grande del mundo— donde Walker demostró su tesis. Sin red ferroviaria, sin apenas carreteras y con unas valiosas y contadas pistas de aterrizaje, Borneo era un lugar donde la toma de decisiones descentralizada era la única factible. Dado que la isla había quedado dividida de forma algo arbitraria entre el Imperio británico y el holandés, una gran frontera interior separaba los territorios británicos de Sarawak, Brunei y Borneo Septentrional del Borneo Indonesio (anteriormente Borneo Holandés), conocido como Kalimantan. El plan británico para una salida airosa consistía en unir Sarawak, Brunei y Borneo Septentrional con Malasia y Singapur para formar una Federación de Malasia. Pero antes de que pudiera llevarse a cabo, estalló en Brunei una revuelta respaldada por Indonesia en contra del plan de unificación, y en abril de 1963 el comienzo de lo que se conocería como la *Konfrontasi* («Confrontación»), cuando tropas indonesias cruzaron la frontera por el este de Sarawak y destruyeron la comisaría de policía de Tebedu, cerca de Kuching.



FIGURA 28. El general sir Walter Walker, héroe de la *Konfrontasi* de Borneo y pionero de la contrainsurgencia. Su máxima era: «Hazte el amo de la jungla».

El presidente indonesio Sukarno soñaba con construir una Gran Indonesia que incluiría, como poco, todo Borneo. La tarea de Walter Walker en cuanto comandante de las fuerzas armadas británicas en Borneo (y, más adelante, director de operaciones) era disipar ese sueño con el mínimo coste. De camino a su nuevo cargo, Walker escribió una directiva basada en su experiencia en la Emergencia Malaya y en la que exponía lo que denominaba los «Seis ingredientes del éxito»:

operaciones unificadas; información puntual y precisa, lo que implica una maquinaria de inteligencia de primera clase; velocidad, movilidad y flexibilidad; seguridad de nuestras bases, dondequiera que estuviesen y del tipo que fuesen (campo de aviación, base de patrullas, etcétera); [...] hacerse el amo de la jungla [y] ganarse los corazones y las mentes de la gente, y en especial de los indígenas.[10]

Esto era un manifiesto a favor de la guerra en red, la antítesis del modo rígido y jerárquico de operar del antiguo ejército británico. Una de las palabras favoritas de Walker era «cooperatividad». Unas de las lecciones clave aprendidas en Malasia era la importancia de la «unidad: entre las propias fuerzas armadas, entre las fuerzas armadas y la policía, y entre el conjunto de las fuerzas de seguridad y la administración pública» y de «una planificación y unas operaciones conjuntas en todo momento y en todos los niveles».[11] Los cuarteles generales del ejército, las fuerzas aéreas y la marina se unieron y se les obligó a trabajar hombro con hombro con las autoridades públicas y la policía.[12] Walker comparó aquella nueva estructura de mando con «un triunvirato (civil, policía y soldado), todo ello bajo la dirección única de un director de Operaciones “militar”», cuya labor consistía en «asegurarse de que el sistema funciona como unas tijeras, ninguna hoja subordinada a la otra, sino haciendo posible que cada una logre su fin».[13] Y también las comunicaciones estaban integradas hasta donde permitía la tecnología de radio de la época.[14]

Sobre el terreno, Walker insistía en una «movilidad y flexibilidad completas».[15] En la zona de avanzada, al menos dos terceras partes de toda guarnición estaban siempre «fuera desempeñando una acción ofensiva, adueñándose de la jungla y tendiendo emboscadas en los caminos día y noche, para que el enemigo no supiera nunca dónde estábamos, y siempre fuera susceptible de ser localizado y atacado». La clave, como dijo memorablemente, era hacerse el amo de la jungla:

Los resultados no podían lograrse limitándose a atacar y disparar al enemigo y a volver luego a la base. Había que batirlo en su propio campo, vivir en la jungla semanas seguidas, ganarse los corazones y las mentes de la gente y colocar a nuestros propios agentes en los pueblos que se sabía que eran hostiles. En tales condiciones, tienes que llevar tu base a la espalda, y esa base consiste en una sábana de plástico ligera como una pluma, un calcetín lleno de arroz y un puñado de balas. Debes hacerte el amo de la jungla; la jungla ha de ser tuya; tienes que controlarla y dominarla.[16]

Tres innovaciones de Walker de particular eficacia fueron el uso de exploradores en las fronteras, de fuerzas especiales y de helicópteros. Los hombres de las zonas fronterizas resultaron cruciales. En palabras de J. P. Cross, el oficial que tenía encomendado adiestrarlos: «Si conseguimos mantener a la gente de la frontera allí quieta haciéndoles sentir que estaban desempeñando un papel activo y positivo en su propia defensa y que el Gobierno lo respaldaba, la Confrontación seguramente fracasaría. Los exploradores

fronterizos, por tanto, eran esenciales para la victoria».[17] Según la perspectiva de Walker, «los exploradores iban un paso por delante, rondando como una pantalla, y eran los ojos y los oídos de las fuerzas convencionales, provistos de aguijón. Para ello había que conseguir que se fundieran con el entorno, que se quitaran el símbolo de estatus que sus botas eran para la jungla y dejaran ese rifle que les subía la moral hasta parecer granjeros, pescadores, comerciantes, leñadores, etcétera». Cross entrenaba a sus hombres no solo para que se mezclasen, sino también para que memorizaran cualquier indicio de actividad hostil que encontrasen y siguieran el rastro del enemigo «usando tácticas de hostigamiento psicológico, ocultos en la espesura, siguiéndolos de cerca, eliminando a los rezagados y dejando señales para que los que vienen detrás entiendan de inmediato lo que ocurre».[18] Trabajando hombro con hombro con los exploradores fronterizos había alrededor de setenta hombres del 22.º Regimiento del SAS, cuya función era «vivir entre la gente, ganarse su confianza y prestar su ayuda en aspectos médicos y demás asuntos» al tiempo que «detectaban incursiones».[19] Por último, Walker sacó todo el partido de los helicópteros de que disponía (nunca más de ochenta) para trasladar con suma rapidez el armamento más pesado de un punto caliente a otro, de modo que daba la impresión de que había artillería en cada puesto de avanzada.[20]

Poca gente recuerda hoy en día la derrota de la

Konfrontasi en lo más remoto de Borneo. Y eso se debe a que fue una derrota total. En palabras de Walker, «dominar y hacernos los amos de la jungla a lo largo de más de 1.500 kilómetros, internándonos hasta 150 kilómetros, contra este enemigo, y aplastarlo cada vez que intentaba una incursión no constituyó un logro menor por parte de los trece batallones implicados».[21] Las bajas fueron limitadas (en las tropas británicas y de la Commonwealth hubo 114 muertos y 181 heridos), en comparación con las bajas indonesias confirmadas (590 muertos, 222 heridos y 771 prisioneros). Estas cifras tan bajas son relevantes en contraste con lo que estaba sucediendo simultáneamente 1.100 kilómetros al norte, en Vietnam, donde las fuerzas estadounidenses se encontraban en las primeras fases de lo que se revelaría un esfuerzo de costes desastrosos y, en último término, inútil por preservar la independencia de Vietnam del Sur. Como señalaba Walker en un artículo publicado en 1969, su objetivo en Borneo había sido «evitar que el conflicto adquiriera las dimensiones de una guerra abierta, similar a la de Vietnam del Sur hoy». Lo había conseguido ganando no solo «los primeros asaltos de la batalla de la jungla», sino también la «batalla psicológica en los kampongs y los poblados de las tribus del interior».[22] Y, por encima de todo, lo había logrado haciéndose el amo de la jungla, porque

a un ejército que se mueve en secreto, en su mayor parte en pequeños grupos,

reuniéndose solo en el momento preciso de la batalla, no puede tenderse una emboscada. Así es como acostumbra a desplazarse el Viet Cong. Así es como aprendieron a moverse nuestros soldados, y lo hicieron mejor que el enemigo. Derrotaron con guerrilla a la guerrilla en cada apartado del juego mediante puro adiestramiento y gracias a la experiencia adquirida en las operaciones.[\[23\]](#)

Como veremos (en el capítulo 50), a los militares estadounidenses les llevó una generación entera aprender este arte de la guerra en red, aunque acabarían librándola en junglas de asfalto, y no en las selvas tropicales que un día tuvo en su mano Walter Walker.

La crisis de la complejidad

«¿Qué sabrán ellos de Inglaterra, que solo Inglaterra conocen?», preguntaba Kipling, de manera inolvidable, en «La bandera inglesa». Para guerreros imperiales como Walter Walker, que apenas conocían Inglaterra, el problema era otro. Walker conocía la jungla. El país al que regresó en 1965, donde lo nombraron jefe adjunto del Estado Mayor de las Fuerzas Aliadas en Centroeuropa, era *terra incognita*. Las temporadas destinado en París, Brunssum, en los Países Bajos y, por último, Kolsås, en Noruega, fueron decepcionantes y burocráticas. Como comandante jefe de las Fuerzas Aliadas en Europa del Norte (desde 1969 hasta que se retiró, en 1972) consideró que su misión era la de alertar de una inminente *Konfrontasi* soviética en Escandinavia. (Más tarde publicaría dos libros sobre el tema, con los ambiguos títulos de *The Bear at the Back Door* [«El oso en la puerta de atrás»] y *The Next Domino* [«El próximo dominó»]). Esto no le granjeó lo que se dice las simpatías de los políticos londinenses, que a esas alturas habían descubierto ya las ventajas de la *détente* con los soviéticos,

entre las cuales, y no era poco importante, estaba la excusa que les daba para seguir recortando el presupuesto de defensa.

El general de la novela de C. S. Forester se pasaba la jubilación jugando patéticamente al bridge en una silla de ruedas, pero Walter Walker no era el típico viejo soldado que va apagándose sin más. En julio de 1974 escribió una carta al *Daily Telegraph* en la que alertaba en tono pesimista del «caballo de la Troya comunista que hay entre nosotros, con sus simpatizantes retorciéndose como gusanos bien adentro de su tripa» y reclamaba «un liderazgo dinámico, inspirador y revitalizante [...] por encima de las políticas de partido» para «salvar» el país. A su parecer, el Ejército Republicano Irlandés —que por entonces estaba haciendo estragos con coches bomba y atentados en suelo británico— era una tapadera comunista. «Irlanda del Norte debería declararse ya área de operaciones, o incluso zona de guerra —sostenía—, donde cualquier potencial asesino que se detuviera llevando o usando un arma sería sometido a juicio sumario y ejecutado.» Cuando el *Evening News* le preguntó si el ejército debería tomar el mando del país, Walker contestó: «Quizá el país escogiera que lo gobierne la pistola antes que la anarquía». Afirmando que contaba con el respaldo del almirante de flota sir Varyl Begg y del mariscal de la RAF sir John Slessor, fundó una organización «anticaos», conocida primero como Unison y más tarde como Civil Assistance, que declaraba como objetivo crear

una fuerza de «hombres de confianza, leales y sensatos» que se encargase de los servicios básicos en caso de una huelga general. Movido por la sospecha de que el propio primer ministro, Harold Wilson, era comunista —a fin de cuentas, aún no se conocían los nombres del cuarto y el quinto hombre del Círculo de los Cinco—, Walker fue uno de tantos conservadores atraídos por la combinación de antiinmigración y antiintegración europea de Enoch Powell. Sin dudar, se puso de lado del líder rodesiano Ian Smith, hizo seis visitas a la Sudáfrica del apartheid y condenó a los homosexuales por «usar la principal cloaca del cuerpo humano como patio de recreo». (En la guía *Who's Who* definía sus propios esparcimientos como «normales.»)[1]

Era todo demasiado ridículo. La casa de Walker en Somerset se convirtió en «Lambrook-les-Deux-Églises» (en alusión al retiro rural del antiguo presidente francés Charles de Gaulle, Colombey-les-Deux-Églises). No mejoró la cosa que uno de los partidarios declarados de Walker fuese el cómico Michael Bentine, actor en su día de *The Goon Show* («El show de los gansos») y presentador por aquel entonces de un programa infantil de Thames Television llamado *Potty Time* («La hora de hacer caca»). En la serie televisiva *The Fall and Rise of Reginald Perrin* («El auge y caída de Reginald Perrin»), que se emitió entre 1976 y 1979, el personaje del hermano de Reggie, Jimmy (el mayor jubilado James Anderson), era una parodia despiadadamente divertida de los hombres como Walker:

REGGIE: ¿Contra quién vas a combatir cuando este globo que dices empieza a subir?

JIMMY: Contra las fuerzas de la anarquía. Los destructores de la ley y el orden. Comunistas, maoístas, trotskistas, neotrotskistas, criptotrotskistas, líderes sindicales, líderes sindicales comunistas, ateos, agnósticos, fantoches de pelo largo, fantoches de pelo corto, vándalos, hooligans, hinchas de fútbol, pacatos agentes de la condicional, violadores, papistas, violadores papistas, cirujanos extranjeros, loqueros, que tendrían que estar encerrados, Wedgwood Benn, la cerveza de barril, los punkis, los esnifapegamento, la teleserie *Play for Today*, los okupas, Clive Jenkins, Roy Jenkins, Carajo Jenkins, al carajo todos, los restaurantes chinos... ¿Por qué crees que el castillo de Windsor está rodeado de restaurantes chinos?

REGGIE: ¿Ya está?

JIMMY: Sí.

REGGIE: Entiendo. ¿Y te das cuenta de la gente que vas a atraer, Jimmy? Gorilas, matones, psicópatas, policías expulsados del cuerpo, guardas de seguridad, guardas de seguridad expulsados, racistas, apaleadores de paquis, apaleadores de maricas, apaleadores de chinos, apaleadores de apaleadores, apaleadores de todo lo que se menee, contraalmirantes, homoalmirantes, vicealmirantes, fascistas, neofascistas, criptofascistas, lealistas, neolealistas, criptolealistas.

JIMMY: ¿De verdad lo crees? Creía que iba a ser difícil encontrar apoyos.

Así fue como el maestro del arte de la guerra de la jungla acabó convertido en carnaza para los guionistas de *sitcoms*. El verdadero Walker se apagó de un modo más trágico, víctima de dos operaciones de cadera chapuceras que lo dejaron incapacitado.

Sin embargo, a pesar de todos esos disparates, la gente como Walter Walker tenía razón cuando decía que había

algo podrido en el Estado de Inglaterra, aun si no era el complot comunista de sus elucubraciones febriles, y mucho menos la liberación social y sexual que tanto deploraban. A mediados de los años 1970, Gran Bretaña estaba en efecto hecha un desastre. La tasa de inflación era una de las más altas del mundo desarrollado. Los disturbios en la industria eran constantes. El mismo cinismo frívolo que hacía que la comedia televisiva fuese tan buena en aquella época hacía también que la vida cotidiana en el Reino Unido resultase bastante pésima. El problema no eran las «fuerzas de la anarquía», sino el desplome de un Estado británico centralizado que se había construido en la era de las guerras mundiales.

Para la mayoría de la élite civil británica —no solo los funcionarios de Whitehall, sino también los catedráticos de Oxford y Cambridge y los miembros nobiliarios de «la flor y nata»—, la lección de las victorias de 1918 y 1945 estaba clara: la planificación centralizada funcionaba. En el periodo de posguerra, cualquier burócrata, al parecer, había concebido un plan que podía idearse y gestionarse desde el centro político e implementarse sin más en cada localidad. [2] De la vivienda a la sanidad, de la leche del menú escolar a la energía hidráulica escocesa, todo requería de un plan. La confianza en sí mismos de que hacían gala los tecnócratas por aquel entonces queda muy bien ilustrada en el MONIAC (acrónimo en inglés de Computadora Analógica de Ingresos Nacionales Monetarios), un dispositivo hidráulico diseñado

por el neozelandés Bill Phillips que se suponía que era capaz de simular los efectos de la política económica keynesiana en la economía británica. Solo en la década de 1970 empezó a hacerse evidente que, en tiempos de paz, hasta los planes mejor pensados eran susceptibles de quedar sumidos en un cenagal de estanflación y corrupción. La planificación del alto modernismo causó toda clase de estragos en su punto culminante, desde la colectivización de la agricultura soviética hasta la construcción de Brasilia y los *ujamaa*, los poblados obligatorios de Tanzania. Sin embargo, este sistema siempre lograba sobrevivir a estas catástrofes, aunque solo fuera porque tenía el efecto de anular cualquier oposición. Fue ya en su decrepitud cuando el sistema planificado pudo al fin ponerse en tela de juicio.[\[3\]](#)

El problema con que se topaban los planificadores era que un sistema jerárquico que se había adaptado a la perfección a la actividad de la guerra total —una actividad caracterizada por el monopsonio, dado que el Estado es el único comprador, y por la estandarización, pues la destrucción es mucho más sencilla que la producción— era de todo punto inadecuado para una sociedad de consumo. A quienes habían combatido en las guerras mundiales se les había prometido prosperidad además de la victoria. En realidad, eso solo podía conseguirse dando a millones de hogares libertad para hacer billones de elecciones a las que cientos de miles de empresas pudiesen responder. El resultado fue una complejidad creciente, en la que «las interacciones

laterales se hicieron mucho más importantes, y los límites entre subsistemas dentro de [cualquier] organización [...] más fluidos».[4] Como sostiene el físico Yaneer Bar-Yam, «un grupo de individuos cuyo comportamiento colectivo viene controlado por un único individuo no puede comportarse de un modo más complejo que el individuo que ejerce el control». Quizá los planes quinquenales hubiesen funcionado en la Unión Soviética de Stalin, donde el individuo era poco más que una pieza del engranaje en el sistema de agricultura colectivizada, industria pesada, guerra total y trabajos forzados, pero estaban destinados a irse al traste en la Gran Bretaña de Harold Wilson. Como principio general, una vez que la «complejidad de las demandas sobre un sistema humano colectivo [...] pasa a ser mayor que un ser humano individual [...] la jerarquía pierde la capacidad de imponer las correlaciones necesarias sobre los individuos. En su lugar, las interacciones y los mecanismos propios de las redes en sistemas complejos como el cerebro se vuelven indispensables».[5]

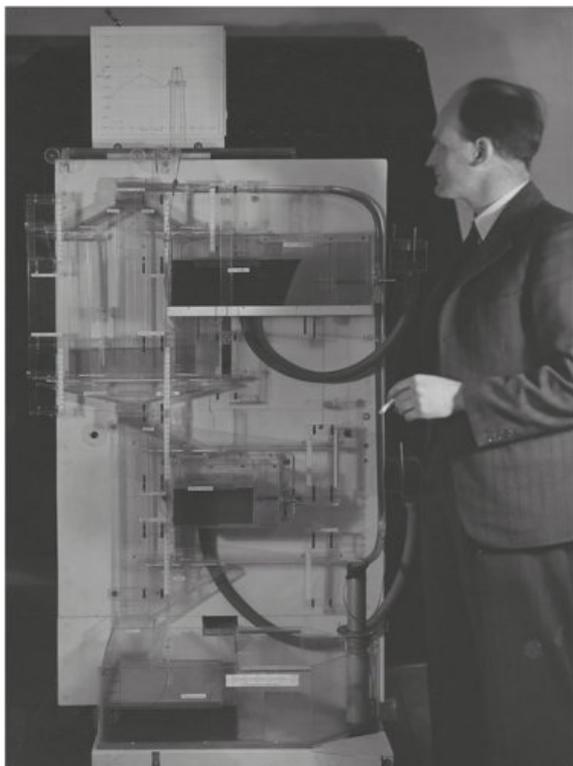


FIGURA 29. William Phillips con la MONIAC (la Computadora Analógica de Ingresos Nacionales Monetarios), un modelo hidráulico de la economía británica construido en Inglaterra en 1949.

La transición a un mundo más interconectado se manifestó en infinidad de formas en la década de 1970, y el impulsor no fue tanto tecnológico como organizativo. Friedrich Hayek fue uno de los primeros en redescubrir la antigua noción de Adam Smith de que el orden espontáneo del mercado estaba destinado a demostrarse superior a «cualquier otro que pudiese alcanzar una organización deliberada». Como señalaba Hayek: «Sostener que debemos planificar de forma deliberada la sociedad moderna porque

se ha vuelto demasiado compleja es, por tanto, paradójico, y el resultado de un malentendido total [...]. Lo cierto es, más bien, que podemos preservar un orden de semejante complejidad [...] solo de manera indirecta reforzando y mejorando las reglas que conducen a la formación de un orden espontáneo».[6] Otros lo descubrieron a las malas. En la Ford Motor Company, los altos ejecutivos empezaron a darse cuenta de que el volumen de información que debían manejar era apabullante, al tiempo que las cadenas de montaje se habían optimizado tanto que cambios pequeños en el diseño de un coche obligaban a interrupciones prolongadas de la producción. Se habían vuelto «demasiado buenos».[7] Los conglomerados verticales de empresas se hallaban en peligro de descomponerse en lo que los historiadores económicos han denominado «la segunda revolución del mercado»,[8] porque no podían competir con rivales más ágiles que tenían externalizadas sus cadenas de suministro.[9] El abandono de la jerarquía se aceleró pues las élites políticas occidentales cada vez fueron más conscientes de que la prosperidad también se beneficiaría de un incremento del comercio internacional. Los sueños de autarquía de mediados de siglo dieron paso a una era alegre y segura en la que de nuevo podía explotarse la ventaja comparativa. El término «globalización» —definido como «universalización del espacio de aplicación»— apareció por vez primera en el diccionario Merriam-Webster en 1951,[10] y en 1983, Theodore Levitt publicó su ensayo seminal sobre

«The Globalization of Markets» [«La globalización de los mercados»] en la *Harvard Business Review*.[\[11\]](#)

Sin embargo, no era del todo cierto que el plan nacional estuviese cediendo el paso a un mercado global. Como señaló Walter Powell en un revelador artículo de 1990, el crecimiento de las redes empresariales tanto a nivel nacional como internacional suponía algo más que un simple triunfo de los mercados sobre la corporación jerárquica. «En los mercados —afirmaba— la estrategia habitual es forzar el trato más ventajoso en el intercambio inmediato. En las redes, la opción preferida es a menudo la de crear endeudamiento y dependencia a largo plazo.»[\[12\]](#)

En las formas interconectadas de asignación de recursos, las transacciones no se producen ni por medio de intercambios específicos ni de un mandato administrativo, sino a través de redes de individuos involucrados en acciones recíprocas, preferentes y de apoyo mutuo. Las redes pueden ser complejas: no implican ni los criterios explícitos del mercado ni el paternalismo familiar de la jerarquía. Una premisa básica de las relaciones en red es que una parte depende de los recursos que controla otra, y que se da una ganancia asociada a la acumulación de recursos. En esencia, las partes de una red acceden a renunciar al derecho de perseguir sus propios intereses a expensas de otras.[\[13\]](#)

Esto conlleva beneficios obvios y, sin duda, una disposición más flexible que la jerárquica. Pero implica también una dosis de confabulación entre los miembros de la red contra los nuevos integrantes.[\[14\]](#) Esta idea tuvo efectos importantes cuando se intentó adaptar el sector público al

nuevo entorno en los años setenta. Saltaba a la vista que la jerarquía centralizada encarnada en ese omnisciente y sin embargo incompetente «hombre de Whitehall» ya no funcionaba. Lo que no estaba tan claro era cómo debían introducirse las fuerzas del mercado en los monopolios — naturales o impuestos— creados en los tiempos felices de la «nacionalización». Comenzando por el Chile de Augusto Pinochet y por la Gran Bretaña de Margaret Thatcher, la palabra técnica fue «privatización». En la práctica, sin embargo, las jerarquías tendieron a ser sustituidas por las redes de los que poseían los mejores contactos y no por mercados en verdad competitivos.[15] Es probable que fuese una fantasía desde el principio que las «fuerzas del mercado» pudiesen aplicarse de algún modo en instituciones tan indomeñables como el Servicio Nacional de Salud británico o el British Rail. La realidad fue que los planes grandiosos dieron paso a redes unidas por lazos de confianza y dádivas.[16] Los resultados en general mejoraron, en el sentido de que varios servicios privatizados se volvieron más eficientes, pero los *quangos* y «círculos mágicos» responsables no podían aspirar nunca a gozar de legitimidad popular.

La red de poder de Henry Kissinger

Nada ilustra mejor la simultánea eficiencia e ilegitimidad de este incipiente orden interconectado que la carrera de Henry Kissinger. Refugiado de la Alemania nazi que encontró su oficio como académico de historia, filosofía y geopolítica mientras servía en el ejército estadounidense, Kissinger fue uno de los muchos profesores de Harvard que tuvieron funciones de gobierno durante la guerra fría. Aun así, que Richard Nixon lo nombrara consejero de Seguridad Nacional en diciembre de 1968 sorprendió a mucha gente (si bien no al propio Kissinger), pues a lo largo de gran parte de la década anterior se le había asociado estrechamente con Nelson Rockefeller, el rival patricio de Nixon en el Partido Republicano. El expresidente Eisenhower, convaleciente en cama, expresó su escepticismo respecto al nombramiento. «Pero ¡si Kissinger es un académico! —exclamó cuando se enteró de la elección de Nixon—. A los académicos se les pide que estudien cosas, pero no hay que ponerlos nunca al cargo de nada.»^[1] Sin duda, subestimaba al académico en cuestión.

Cuando Kissinger llegó a la Casa Blanca, su intolerancia frente a la burocracia —que el nuevo presidente compartía— era ya bastante acusada. (Esta alergia tenía su origen en el ejército, donde había disfrutado en su mayor parte del puesto, sin rango pero influyente, de agente de la contrainteligencia, y persistido en su paso por Harvard, donde propendió más a crear nuevas instituciones que a plegarse a los profesores y decanos más veteranos.) «El espíritu de la política y el de la burocracia son diametralmente opuestos —escribió en su tesis doctoral—. La esencia de la política es la contingencia; su éxito depende del acierto de una apreciación que es en parte conjetural. La esencia de la burocracia es la búsqueda de la seguridad; su éxito es la previsibilidad [...]. La pretensión de conducir de manera burocrática la política desemboca en una búsqueda de la previsibilidad que tiende a convertirse en prisionera de los acontecimientos.»^[2] En las décadas de 1950 y 1960, Kissinger se lamentó de la tendencia de todos los presidentes a «considerar los *faits accomplis* de la burocracia, que puede ratificar o modificar, pero que impiden un análisis verdadero de las alternativas».^[3] En un artículo de 1966 titulado «Domestic Structure and Foreign Policy» («Estructura nacional y política exterior»), comentaba que la burocracia gubernamental hacía «un esfuerzo deliberado por reducir los elementos relevantes de un problema a un patrón de comportamiento regular». Eso perjudicaba cuando «lo que [la burocracia] define como rutina no aborda el espectro más

importante de cuestiones, o cuando el modo de actuación prescrito demuestra su ineficacia para un problema determinado». Al mismo tiempo, existía una tendencia a las «competiciones burocráticas» entre departamentos para convertirse en el único medio de generar decisiones, así como a que los diversos componentes burocráticos hiciesen «pactos de no agresión entre ellos, con lo que reducían al encargado de tomar las decisiones a la categoría de un benévolo monarca constitucional». Lo que la mayoría de la gente no entendía de los discursos presidenciales sobre política exterior, afirmaba Kissinger, era que a menudo pretendían «zanjar un debate interno en Washington».^[4] En la primavera de 1968, meses antes de que le ofreciesen el puesto de consejero de Seguridad Nacional, llegó nada menos que a afirmar que «no existe una política exterior americana; [solo] una serie de movimientos que dan lugar a cierto resultado [que] puede que no estuviera planeado conseguir», y al que «las organizaciones de investigación e inteligencia, ya sean extranjeras o nacionales, buscan dotar de una racionalidad y una consistencia [...] de las que sencillamente carece». El «nivel más alto en que la gente puede seguir pensando» dentro de un departamento gubernamental, sostenía, era «el nivel medio de burocracia; el del subsecretario de Estado y sus asesores inmediatos [...]». Por encima de eso, el funcionamiento cotidiano de la maquinaria absorbe la mayor parte de la energía». En tales circunstancias, «no se toman las decisiones hasta que

adquieren la forma de un problema administrativo».[\[5\]](#)

El mejor ejemplo de la tesis de Kissinger fue el fracaso lamentable de la estrategia estadounidense en Vietnam. No había, escribió tras varias visitas a Vietnam del Sur, «nada parecido [...] a una política para Vietnam; lo que hay es una serie de programas de organismos independientes implicados en el país. Estos programas a veces concuerdan y otras veces no, como quizá sea el caso si se da un conflicto entre los organismos que operan allí». Esto generaba tres problemas. En primer lugar, el sistema solo funcionaba cuando había dos organismos opuestos, uno en cada extremo de la cuestión; y se torcía si entraba en escena un grupo pequeño, comprometido y sin oposición. En segundo lugar, no podía existir planificación alguna porque nadie tenía tiempo para ello. («Planificar implica hacer conjeturas sobre el futuro y casos hipotéticos, y están tan ocupados con los casos reales que son reacios a considerar los teóricos.») En tercer lugar, los legisladores sufrían de «inseguridad congénita» porque carecían de la experiencia de sus asesores; de ahí que se pusieran al amparo en una «búsqueda de consenso administrativo». Todo ello dio resultados desastrosos cuando Estados Unidos trató de negociar el final del conflicto frente a la intransigencia tremenda de los norvietnamitas. En Washington siempre estaban tentados a evitar cualquier toma de decisión y a limitarse a ver, una vez iniciada la negociación, «qué tenía que ofrecer el otro bando».

En consecuencia, en periodos de diplomacia preliminar, nuestra posición es muy dura y rígida, pero esto cambia muy rápido cuando se nombra a un negociador, dado que este pasa a ejercer de portavoz del otro bando. Preocuparse por el panorama general no es problema suyo. A él le preocupa el éxito de las negociaciones, y ese éxito se consigue tomando en seria consideración lo que el otro bando tenga que decir.[\[6\]](#)

«El pragmatismo y la burocracia —como decía Kissinger— se han combinado para crear un estilo diplomático marcado por la rigidez en el progreso de las negociaciones formales y una dependencia excesiva de las consideraciones tácticas una vez aquellas arrancan.»[\[7\]](#)

Esta visión crítica de la burocracia fue la que llevó a Kissinger y a un grupo de colegas afines de Harvard a desaconsejar al nuevo presidente electo que nombrara a un jefe de gabinete poderoso, capaz de controlar el acceso al presidente. El jefe idóneo, afirmaban, debía combinar «elementos jerárquicos y elementos de acceso difuso». Sería mucho mejor nombrar a un consejero estratégico clave con el rango más amplio posible de responsabilidades.[\[8\]](#) ¿Pensaba Kissinger en él mismo al hacer esta recomendación? Seguramente no; en el momento en que escribía eso a lo más que podía aspirar era al puesto de secretario adjunto si Nixon le ofrecía a Rockefeller el Departamento de Defensa. No obstante, muy pronto desempeñaría a todos los efectos ese papel de estrategia clave, si bien con un mandato restringido estrictamente a la

política exterior.

La mayoría de los autores que han estudiado la carrera posterior de Kissinger en Washington han tendido a explicar el rápido aumento de su influencia, para bien o para mal, en términos de su estrecha relación con Nixon o de su talento para esa misma lucha interna burocrática que condenara como académico. Sin embargo, eso supone pasar por alto uno de los rasgos más característicos del modo de proceder de Kissinger: mientras que quienes lo rodeaban siguieron sujetos a las normas de la burocracia jerárquica para la que trabajaban, él dedicó desde el principio buena parte de sus esfuerzos a crear una red que se extendiera horizontalmente en todas las direcciones más allá del Cinturón de Washington: hasta la prensa y la industria del espectáculo en el interior del país y, quizá lo que es más importante, hasta gobiernos extranjeros clave, por medio de una diversidad de «canales alternos». Kissinger plasmó en dicha tarea una capacidad innata para establecer relaciones afectivas e intelectuales hasta con el interlocutor más distante, habilidad que había perfeccionado mucho antes de su nombramiento.

Como hemos visto (en el capítulo 40), un rasgo característico del régimen soviético, que perduró hasta mucho después de la muerte de Stalin, fue la destrucción sistemática de las redes privadas y el aislamiento de los individuos. Los contados encuentros de Anna Ajmátova con Isaiah Berlin le costaron muy caros. Aún a finales de los

años sesenta, cuando un ciudadano soviético se reunía con estadounidenses —algo que, por supuesto, ocurría muy pocas veces— no debía bajar la guardia. Las Conferencias Pugwash de ciencias eran una rara excepción. Tras recibir el Premio Nobel de la Paz de 1995, hoy en día Pugwash se ha convertido casi en sinónimo de desarme y resolución de conflictos por medio de la denominada «diplomacia de segunda vía»,^[9] pero en los tiempos de la guerra fría esos congresos tenían un carácter mucho más ambiguo, dado que los académicos soviéticos que asistían a ellos debían contar con la aprobación previa del Comité Central del Partido Comunista, y a veces incluso del Politburó.^[10] En ese sentido, en palabras del físico Victor Weisskopf, «a través de la Pugwash [los científicos estadounidenses] tuvimos una línea de comunicación bastante directa con el Gobierno soviético».^[11] Una opinión menos positiva fue que la conferencia «sirvió de caja de resonancia para la propaganda antiamericana y prosoviética».^[12]

Cuando Kissinger asistió a su primera Conferencia Pugwash en Stowe, Vermont, en 1961, recibió tanto la propaganda como el intercambio valioso. En un primer momento, los delegados soviéticos se ciñeron a la línea del partido, pero él logró desarmar al menos a algunos de ellos con el humor mordaz que lo caracterizaba. Justo antes de salir hacia el aeropuerto, el historiador Vladímir Khvostov y el físico Ígor Tamm, ambos rusos, lo abordaron y le formularon una serie de preguntas de cariz oficial acerca de

la política estadounidense respecto a Berlín. ¿Aceptarían una garantía de los derechos estadounidenses en Berlín Occidental por parte de la ONU? Kissinger les respondió que Estados Unidos «no accedería a ninguna situación que pudiera modificarse anualmente mediante una mayoría de la Asamblea General. Tamm me preguntó qué tal una garantía de cinco años. Le dije que era demasiado poco. Me preguntó entonces qué tal diez. Le respondí que si seguíamos por ahí, yo proponía ciento cincuenta años y tal vez podíamos encontrarnos a medio camino. Él se rio y me dijo que ya estábamos entendiéndonos». El *Homo sovieticus* gustaba de esa clase de réplicas ingeniosas.^[13] En momentos como aquel, Pugwash era casi la única red que cruzaba el Telón de Acero.

Un lustro después, en la Conferencia Pugwash que se celebró en el resort polaco de Sopot, a Kissinger le sorprendió la violencia de las invectivas soviéticas contra China. «China ya no era comunista sino fascista —le dijo el matemático soviético Stanislav Emelyanov durante una excursión en barco al puerto de Gdansk—. Los Guardias Rojos le recordaban más que a ninguna otra cosa a las Juventudes Hitlerianas. A Estados Unidos y la URSS los unía el interés común de impedir la expansión china.» Con toda franqueza, Emelyanov admitió que no veía al Gobierno soviético tan confundido desde el discurso desestalinizador de Jruschov.^[14] Por medio de la Pugwash, Kissinger recibió una invitación para ir de Polonia a Praga, donde conoció a

Antonín Šnejdárek, antiguo jefe de las operaciones de la inteligencia checa en Alemania y por entonces director del Instituto de Política y Economía Internacional del país. Volverían a encontrarse en Viena, en el congreso anual del Instituto de Estudios Estratégicos, con sede en Londres. El checo le advirtió sin ambages que los soviéticos en realidad no tenían ninguna intención de ayudar a los estadounidenses a salir del embrollo de Vietnam. De hecho, le dijo, la crisis en el Sudeste Asiático tal vez acabara siendo para Moscú «un pretexto oportuno para extremar el control en Europa del Este». (Poco imaginaba Kissinger que estas sinceras conversaciones con Šnejdárek eran en sí mismas una insinuación de la inminente Primavera de Praga, un deshielo político que Chequia sospechaba que resultaría inaceptable para el Kremlin.)[\[15\]](#)

El encuentro más relevador de todos tendría lugar en enero de 1967, en una nueva visita de Kissinger a Praga. Šnejdárek volvió a advertirle que Moscú «estaba cada vez más molesto con la creciente libertad de movimiento de los países de Europa del Este, y en particular con el esfuerzo checo por reducir su dependencia económica de la capital soviética». Pero esta vez sobresaltó a Kissinger con una cuestión que este tuvo que reconocer que «nunca se me había ocurrido»: si creía que «se estaba fraguando un acuerdo entre Estados Unidos y China». Al notar la sorpresa del americano, Šnejdárek le explicó:

Los soviéticos se tomaban muy en serio la ofensiva china contra ellos [un elemento clave de la Revolución Cultural de Mao]. Les costaba aceptar la idea del fin de la unidad socialista, y aún menos que se desafiara su posición como principales intérpretes del leninismo. Sus intentos por influir en los acontecimientos internos chinos, por tanto, no siempre se comprende. Prestaron apoyo al aparato del partido contra Mao [...].

Los maoístas, a su vez, estaban desesperados por «expulsar a los soviéticos físicamente de China. Solo una ruptura completa con la Unión Soviética haría que se sintieran seguros». Ciertamente, la Revolución Cultural parecía un cisma ideológico en que los chinos eran los marxistas más radicales, pero

cualquiera que sea el fervor ideológico de Mao, el material humano con que cuenta lo forzará a ir en una dirección nacionalista, eso sí sigue al frente de su movimiento. A pesar de su discurso descabellado, los maoístas podrían ser más flexibles hacia Estados Unidos que sus oponentes. En cualquier caso, tendrían que aislar China para reconstituir la autoridad gubernamental, y puede que un tratado de no agresión con Estados Unidos encajase muy bien en el plan. Por descontado, ellos también odian a Estados Unidos, pero [...] ningún comunista puede olvidar el pacto Hitler-Stalin.

Desde la perspectiva checa, semejante «pacto Johnson-Mao» era una situación hipotética alarmante, porque «si Estados Unidos llegaba a un acuerdo con China, eso intensificaría la presión [soviética] en Europa». Temerosos del aislamiento, los soviéticos reprimirían lo que Šnejdársek llamó con evasivas «las perspectivas de desarrollo nacional de Europa del Este». Kissinger se hallaba asombrado, sin

embargo; el miedo de su anfitrión checo a «un acuerdo Estados Unidos-Mao» era «profundo y sincero».[16] Los académicos llevan mucho tiempo conjeturando sobre qué estrategia estadounidense concibió la apertura hacia China que transformó de tal modo el panorama político en 1972, pero no fue a los estadounidenses a los que primero se les ocurrió: fueron los pensadores estratégicos del bloque soviético los que previeron, cuando faltaban todavía más de cuatro años para la histórica visita de Nixon a China, el nuevo mundo que nacería de la división sino-soviética.

A partir de enero de 1969, Kissinger comenzó a aplicar algunas de las lecciones que había aprendido como académico e intelectual conocido; en particular, la de que las redes informales podían proporcionar canales diplomáticos mejores que los ministerios de Asuntos Exteriores y las embajadas. A modo de prelude para la escritura del segundo volumen de su biografía, he intentado trazar la red de Kissinger basándome en todas las memorias publicadas que hablan de su etapa en el Gobierno. Esto sirve de trazado preliminar de su red y de las redes de otros según las recuerdan el propio Kissinger y sus contemporáneos en el Gobierno. Los grafos de las páginas siguientes reproducen las redes personales de Richard Nixon y Henry Kissinger, según sus memorias; la red personal de los gobiernos de Nixon y Ford, basada en todas las memorias de sus miembros, y la red dirigida de los gobiernos de Nixon y Ford, que muestra el puesto tan prominente que ocupan sus

miembros en las memorias de cada uno de los demás.^[17] En los tres primeros grafos (véanse las figuras 30 a 32), la importancia relativa queda representada tanto por la proximidad al nodo personal central (que en el tercer caso es la identidad combinada de todos los miembros que escribieron sus memorias) como por el área del nodo. En el cuarto grafo (véase la figura 33) vemos quién mencionaba a quién y con cuánta frecuencia lo hacía en términos de proximidad, longitud de arista y dirección de la flecha.

Este ejercicio es un punto de partida para un análisis más exhaustivo, y es de manera inherente un estudio sobre la retrospectión y la representación; lo que vemos aquí, en esencia, es la importancia relativa de los individuos en la época de Nixon y Ford según los miembros de ambos gobiernos recordaban sus relaciones recíprocas y —en la misma medida, sobre todo en el periodo marcado por el escándalo Watergate— según querían ser recordados. Sin duda, obtendríamos un panorama algo distinto si usáramos grafos basados en fuentes diferentes;⁽⁵⁷⁾ sin embargo, estos sirven para ilustrar algunas de las ventajas metodológicas que ofrece al historiador el análisis de redes sociales.

Para empezar, tenemos aquí un valioso correctivo ante la tentación de hacer suposiciones acerca de quién «importaba» en la era de Nixon-Ford. Kissinger prevalece; era tan importante como la esposa de Nixon para este, y el segundo miembro más destacado de ambos gobiernos, por encima de Ford, que se convertiría en presidente. El

siguiente en términos de centralidad de intermediación (véase la figura 33) era el jefe de gabinete de Nixon, H. R. Haldeman, seguido por Ford y por el asesor de la Casa Blanca John Dean. También en un puesto prominente estaba John Ehrlichman (asistente de Nixon para asuntos internos), el secretario del Tesoro John Connally, el futuro presidente George H. W. Bush y Alexander Haig (asistente de Kissinger, luego subsecretario y sucesor de Haldeman tras el Watergate).

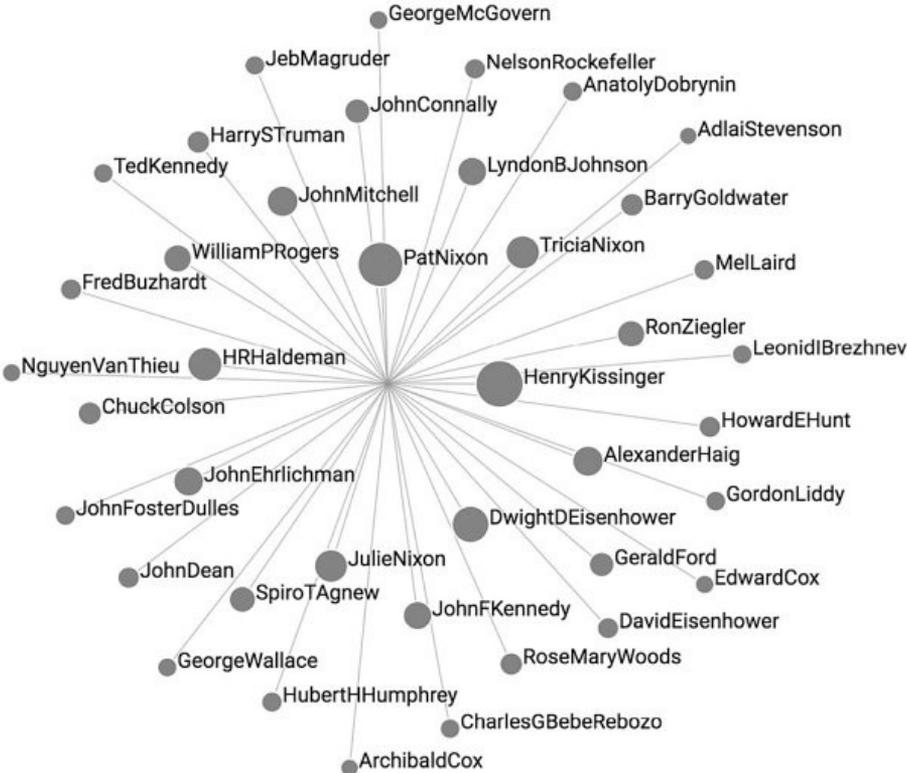


FIGURA 30. Red personal de Richard Nixon, basada en sus memorias.

Sorprende comprobar también cuán larga era la sombra de los muertos en las mentes de los memorialistas. Después de Nixon y de Kissinger, Lyndon Johnson (que murió en enero de 1973) era la tercera figura más mencionada en todas las memorias, y John F. Kennedy, la séptima (véase la figura 32). Los expresidentes Dwight Eisenhower (fallecido en marzo de 1969), Franklin D. Roosevelt y Harry S. Truman (fallecido en diciembre de 1972), por su parte, ocupaban el décimo, el decimosexto y el vigesimoprimer puesto. Churchill era el quincuagésimo tercero; Stalin, el quincuagésimo cuarto. Puede que al historiador lo tranquilice descubrir que los escritores de autobiografías rememoran muy a menudo los años anteriores a su entrada en el Gobierno aunque solo sea para aludir a las personalidades predominantes de su juventud.

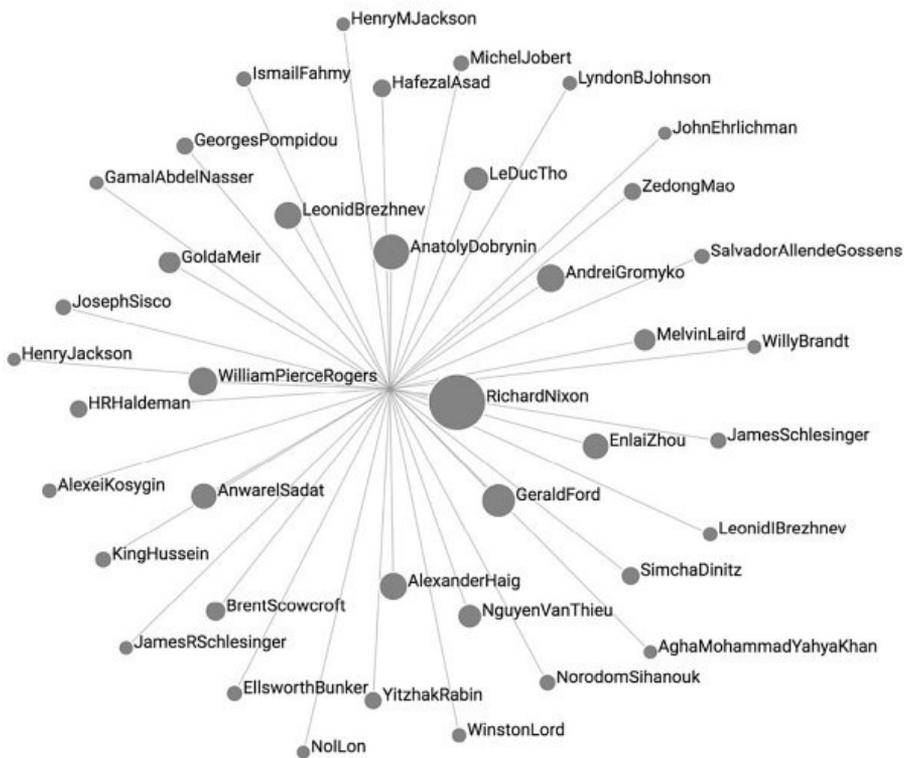


FIGURA 31. Red personal de Henry Kissinger basada en sus memorias.

En tercer lugar, podemos constatar la diferencia entre «el mundo según Nixon» y «el mundo según Kissinger». El círculo íntimo de Nixon (véase la figura 30) era el de un hombre cuya experiencia presidencial se restringía hasta extremos considerables a las paredes de la Casa Blanca. Al margen de su esposa y sus hijas, quienes aparecen citados más a menudo en sus memorias son Kissinger, Eisenhower (en cuyo mandato fue vicepresidente), Haldeman, Ehrlichman y Haig. Kissinger, por el contrario, menciona a líderes extranjeros clave casi tanto como a los presidentes a

los que sirvió, y más a menudo que al secretario de Estado que lo había precedido en el puesto, William Rogers (véase la figura 31). Lo más sorprendente es que los dirigentes extranjeros son la presencia más importante en las memorias de Kissinger: los soviéticos (el embajador en Washington, Anatoli Dobrynin; su ministro de Asuntos Exteriores, Andréi Gromyko, y su presidente, Leonid Brézhnev) iban primeros, seguidos de Zhou Enlai, primer ministro chino, y de Anwar el-Sadat, el presidente egipcio. Aparte de Brézhnev y de Dobrynin, solo había un extranjero más entre los cuarenta individuos que Nixon mencionaba con mayor asiduidad: Nguyễn Văn Thiệu, el presidente de Vietnam del Sur. Por el contrario, solo dieciséis de los cuarenta nombres más mencionados por Kissinger eran estadounidenses. Por supuesto, cabe esperar que el asesor de Seguridad Nacional y el secretario de Estado pasen más tiempo con extranjeros que el presidente, va en la naturaleza de su tarea; pero cuesta creer que alguno de los que ocuparon con anterioridad esos puestos fuese un viajero y negociador tan infatigable como Kissinger.

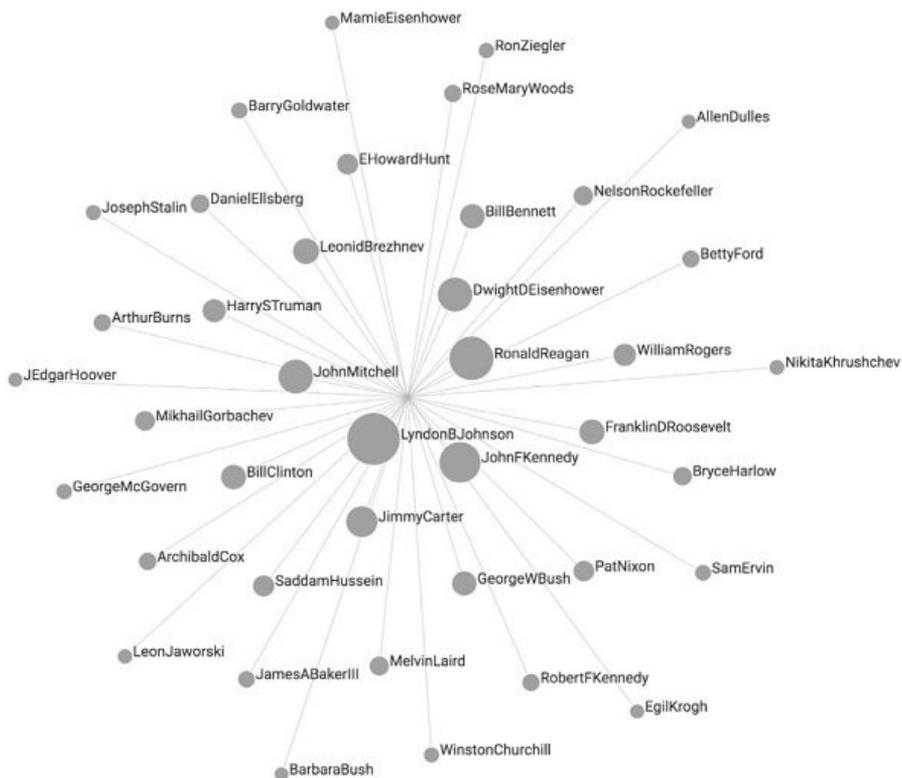


FIGURA 32. Red personal de los gobiernos de Nixon y Ford basada en todas las memorias de sus miembros.

Mientras ocupó el cargo, Kissinger apareció no menos de quince veces en la portada de la revista *Time*. Según uno de los perfiles que le dedicó la revista, publicado en 1974, era «el hombre indispensable de este mundo [...] el hombre indicado, en el lugar indicado, en el momento indicado», si bien uno al que sus críticos acusaban de dedicar más «atención a los mandamases que a los principios».[18] La hipótesis sería que la influencia y la reputación de Kissinger eran producto no solo de su intelecto y laboriosidad, sino

también de una interconectividad fuera de lo normal. La diplomacia itinerante formaba parte de eso. Como chismorrear con periodistas, algo en lo que Kissinger destacaba. Es curioso que apenas los mencione en sus memorias, pese a la estrecha amistad que lo unía con los hermanos Alsop, Stewart y Joseph, y con el columnista Tom Braden. Según el *Time*, Kissinger «preservó con cuidado el ritual requerido de un subordinado que recibe órdenes de un comandante en jefe», aun cuando la presidencia de Nixon estuviese desmoronándose. La relación con Nixon, «formal y correcta, más que personal», continuó siendo institucionalmente vital hasta el momento de su dimisión. Como señalaba la revista, Kissinger poseía «un sentido afinadísimo de la jerarquía»,^[19] pero lo que importaba más era el conjunto de relaciones —incluida la «red de exalumnos» formada por los antiguos participantes en los seminarios de verano de Kissinger en Harvard— de una red que daba la vuelta al mundo. «Busca siempre al tipo que pueda cumplir», contaba un asistente anónimo de Kissinger a *Time*. «Se le abren muchas puertas», decía un «amigo y admirador de Washington». La red era el prerrequisito para esa «reacción en cadena» diplomática, en expresión empleada por el primer ministro interino de Israel, Yigal Alón; era lo que legitimaba la afirmación de que Kissinger «seguramente ejercía más influencia que cualquier otra persona en el mundo».^[20]

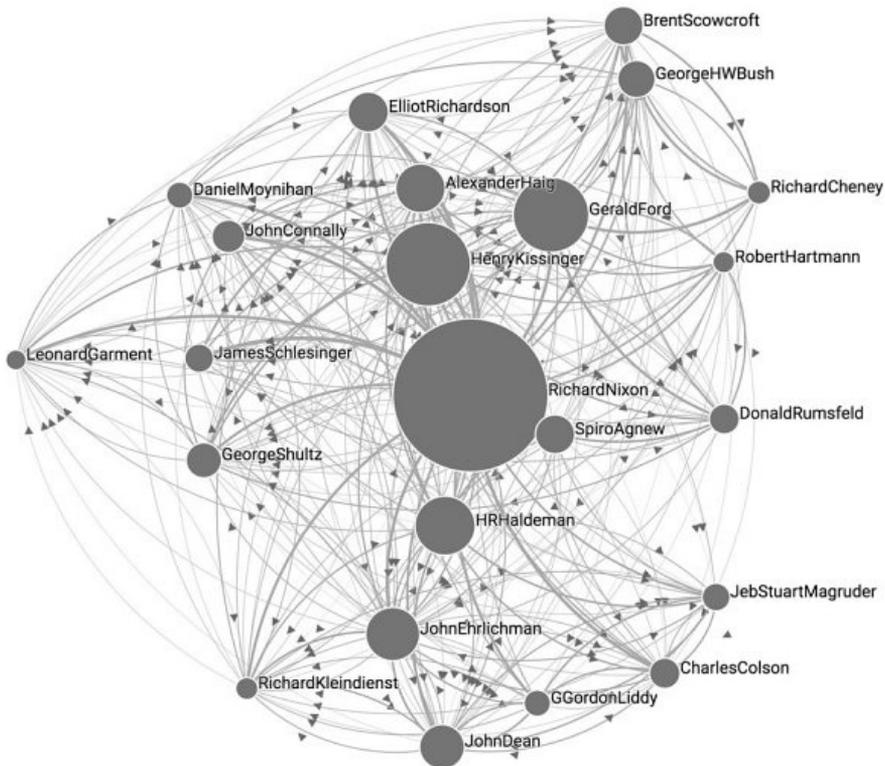


FIGURA 33. Red dirigida de los gobiernos de Nixon y Ford, en la que se muestra la dirección y la frecuencia de las menciones en sus memorias de unos miembros a otros.

El debilitamiento de la jerarquía y el fortalecimiento de las redes que caracterizaron la década de 1970 conllevaron grandes ventajas. Desde la perspectiva de Kissinger, ambas tendencias redujeron el riesgo de una Tercera Guerra Mundial; esa era, en definitiva, la razón de fondo para potenciar el diálogo con la Unión Soviética (así como del inicio de las conversaciones con la República Popular de China). Sus contemporáneos a menudo resumían la política exterior de Kissinger como una *détente*; él prefería hablar de

«interdependencia». Un «nuevo sistema internacional» había sustituido «la estructura de la posguerra inmediata», declaró en Londres en diciembre de 1973: un sistema basado en «la paradoja de una dependencia mutua creciente y unas identidades nacionales y regionales en aumento».[21] «La crisis energética», apuntó tres meses después, era uno de «los dolores de parto de la interdependencia global».[22] En abril de 1974, «El desafío de la interdependencia» era el título de un discurso, y en 1975 la interdependencia se estaba transformando ya en «el elemento central de nuestra diplomacia». «Si no somos conscientes de nuestra interdependencia —alertaba Kissinger en octubre de 1974—, la civilización occidental que tenemos ahora acabará casi con toda seguridad desintegrándose.»[23] Algunos académicos de su *alma mater*, como Richard Cooper y Joseph Nye, tuvieron la deferencia de escribir libros sobre el tema.[24] Esta interdependencia halló expresión institucional con el primer encuentro de la Comisión Trilateral(58) en la finca de Rockefeller en Pocantico Hills en 1972, y en el primero del Grupo de los Seis (Gran Bretaña, Francia, Italia, Japón, Estados Unidos y Alemania Occidental) en Rambouillet en 1975. El *New York Times* decidió reseñar el bicentenario de la Declaración de Independencia con un editorial titulado «El día de la Interdependencia».[25] El concepto, además, fue adoptado con entusiasmo por el presidente Jimmy Carter y por su consejero de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski.

No obstante, habitar en un mundo más interdependiente tenía sus costes además de sus ventajas. Como afirmaba Brzezinski en su libro *Between Two Ages* [«Entre dos eras»], la nueva «ciudad global», en cuanto creación de la «era tecnológica», era «una red nerviosa, agitada, tensa y fragmentada de relaciones interdependientes».[26] Esto era cierto en más de un aspecto. Durante la primera mitad de la guerra fría, las superpotencias habían podido controlar los flujos de información elaborando o promoviendo propaganda y censurando o clasificando como confidencial todo lo que consideraran pernicioso. Cada escándalo de espionaje y cada desertión provocaba un gran revuelo, pero la mayoría de las veces lo único que ocurría era que la información clasificada pasaba de un estado a otro dentro del sistema de seguridad nacional. También esto cambió en la década de 1970. Los documentos oficiales empezaron a filtrarse al público en Occidente a través de la prensa libre — lo que comenzó en 1971 con los denominados «archivos del Pentágono», que Daniel Ellsberg entregó al *New York Times* —, y también (en mucha menor medida) en el bloque soviético, por medio de la literatura *samizdat*, en particular el *Archipiélago Gulag* de Aleksandr Solzhenitsyn. Las filtraciones a la prensa alimentaron a su vez la escalada espectacular de protestas sociales en los campus universitarios y en los barrios pobres de las ciudades, de tal modo que el principio de la década parecía febril en comparación con el tranquilo cuarto de siglo que había

seguido a 1945. Un total de cerca de cuatrocientos grupos distintos estuvieron involucrados en algún tipo de protesta en Estados Unidos entre 1960 y 1980; lo que había empezado con la campaña por los derechos civiles de los afroamericanos pronto abarcó sendas campañas por los derechos de las mujeres, los derechos de los nativos americanos, los derechos de gais y lesbianas, y otras tantas en contra de la guerra de Vietnam, las armas nucleares, la pobreza y la contaminación industrial.[27] Como la mayoría de los miembros de la generación que había combatido en la Segunda Guerra Mundial, Nixon y Kissinger eran poco pacientes con estos grupos: este último, de hecho, comparó a los estudiantes radicales que se encontró en Harvard a finales de la década de 1960 con los estudiantes alemanes que asistían a los congresos de Nuremberg a principios la década de 1930.[28] Con todo, en la madrugada del 9 de mayo de 1970, Nixon se aventuró fuera de la Casa Blanca para dialogar con un grupo de estudiantes que protestaban acampados en el monumento a Lincoln. Fue un intento de conexión inusitado en un hombre famoso por su introversión y misantropía. Como les dijo a los jóvenes:

Lamentaba que se la hubiesen perdido [su conferencia de prensa del día anterior] porque había intentado explicar que [...] mis objetivos en Vietnam eran los mismos que los suyos: frenar las matanzas, poner fin a la guerra, llevar la paz. Nuestra meta no era entrar en Camboya, sino salir de Vietnam.

No parecía que..., no respondieron. Esperaba que su odio a la guerra, que entendía muy bien, no se convirtiera en un odio resentido hacia todo nuestro

sistema, nuestro país y cuanto este representaba.

Les dije, sé que creéis, que seguramente la mayoría creéis que soy un HDP, pero quiero que sepáis que entiendo cómo os sentís.[\[29\]](#)

Puede que Nixon entendiera de verdad los sentimientos de los manifestantes, pero los manifestantes, como se encargaron de dejar claro a los reporteros que se abalanzaron sobre ellos, no tenían ni la más remota idea de cómo se sentía Nixon, y les traía sin cuidado.

Mucho antes de que Nixon cayera víctima del descubrimiento de sus embustes por parte del *Washington Post* —así como de las consecuencias de su propia vulnerabilidad como elemento aislado de la red, al contar con un número demasiado limitado de amigos en las instituciones que tal vez pudieran haberlo salvado—, Kissinger había comprendido ya que las redes eran más poderosas que las jerarquías del Gobierno federal. A los estudiantes que protestaban los conocía demasiado bien para malgastar el tiempo con ellos, pero lo que sí hizo durante la presidencia de Ford fue recorrer el país dando discursos a la gente del Medio Oeste en un esfuerzo por explicar su concepto estratégico al grueso de la población, aunque solo obtuvo un éxito limitado. En algunos aspectos, su mayor logro fue mantenerse al margen del único componente de la red de Nixon que podría haber resultado fatal para Kissinger: el que tramó el robo en el edificio Watergate. Solo un genio de las redes podía conocer con toda exactitud qué

nodos debía evitar. El poder de Kissinger, asentado sobre una red que cruzaba no solo fronteras sino ámbitos profesionales, perduró hasta mucho después de abandonar el Gobierno en 1977; se institucionalizó en la asesoría Kissinger Associates y se mantuvo a través de un desfile incesante de vuelos, reuniones, actos sociales y cenas. Por el contrario, después de Nixon, el brazo ejecutivo vio cómo su poder se reducía significativamente a causa del control del Congreso y del tremendo envalentonamiento de los medios. Ninguno de los asesores de Seguridad Nacional ni ningún secretario de Estado posterior, por mucho talento que tuviera, lograría nunca igualar lo que Kissinger había conseguido.

Nos adentramos en el Valle

¿Qué hizo que las estructuras jerárquicas de poder entraran en crisis en la década de 1970? Cabría suponer que, como creía Brzezinski, la respuesta a esta pregunta es tecnológica. Sin duda, en los años setenta tuvo lugar la génesis tanto del ordenador personal como de internet. Sin embargo, la crisis del poder jerárquico precedió a la difusión de las redes electrónicas en Estados Unidos. De hecho, la causalidad operó a la inversa: justo la relajación del control central hizo posible la revolución estadounidense de las tecnologías de la información.

En la actualidad, para todos los estados del mundo es evidente que las nuevas redes comerciales, sociales y de la información que la Era de la Red lleva aparejadas plantean un enorme desafío, pero las dimensiones de este se hicieron patentes solo de un modo gradual. Para empezar, la creación de las tecnologías de red tenía el propósito de mejorar la seguridad nacional. La tarea encomendada al investigador de la RAND(59) Paul Baran en 1964 era desarrollar un sistema de comunicaciones capaz de resistir un ataque nuclear de los

soviéticos. Baran propuso tres estructuras posibles para tal sistema. Podía ser «centralizado», con un núcleo central y múltiples radios; «descentralizado», con múltiples componentes conectados de manera laxa por medio de vínculos débiles, o «distribuida», como un enrejado o una malla. En teoría, esta última opción era la más resistente, en el sentido de que podría soportar la destrucción de numerosos nodos, y era también el modelo preferido de Baran para lo que se convirtió en la Advanced Research Projects Agency Network («Red de la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada», o Arpanet).^[1] En la práctica, una estructura semejante solo podría haberse mantenido, paradójicamente, por medio de una planificación centralizada. Como señaló Melvin Conway en 1968 —en un influyente artículo titulado «How Do Committees Invent?» («¿Cómo inventan los comités?»)—, una especie de ley regía el diseño de los sistemas de comunicaciones: «Las organizaciones que diseñan sistemas (en el sentido amplio que usamos aquí) se hallan sujetas a producir diseños que son copias de las estructuras de comunicación de esas propias organizaciones».^[2] Igual que Kissinger había visto con sus propios ojos cómo la burocracia gubernamental resultaba disfuncional cuando debía afrontar desafíos estratégicos de primer orden, también Conway —analista de sistemas con experiencia en contratos de defensa del Gobierno— había observado:

Las estructuras de los sistemas grandes tienden a desintegrarse durante su desarrollo, en una medida significativamente mayor que los sistemas pequeños. Esta observación se hace patente de manera llamativa cuando se aplica a los grandes sistemas de información militar de los últimos doce años [...] algunos de los objetos más complejos ideados por la mente humana [...]

¿Por qué se desintegran los sistemas grandes? El proceso parece darse en tres pasos [...]

- Primero, la toma de conciencia por parte de los diseñadores iniciales de que el sistema será grande, junto con ciertas presiones en el seno de la organización, hacen que la tentación de destinar demasiada gente a la tarea de diseño resulte imperiosa.
- Segundo, la aplicación de los conocimientos convencionales de gestión a un equipo de diseño de gran envergadura hace que su estructura de comunicaciones se desintegre.
- Tercero, el homomorfismo garantiza que la estructura del sistema refleje la desintegración que ha tenido lugar en el equipo de diseño.^[3]

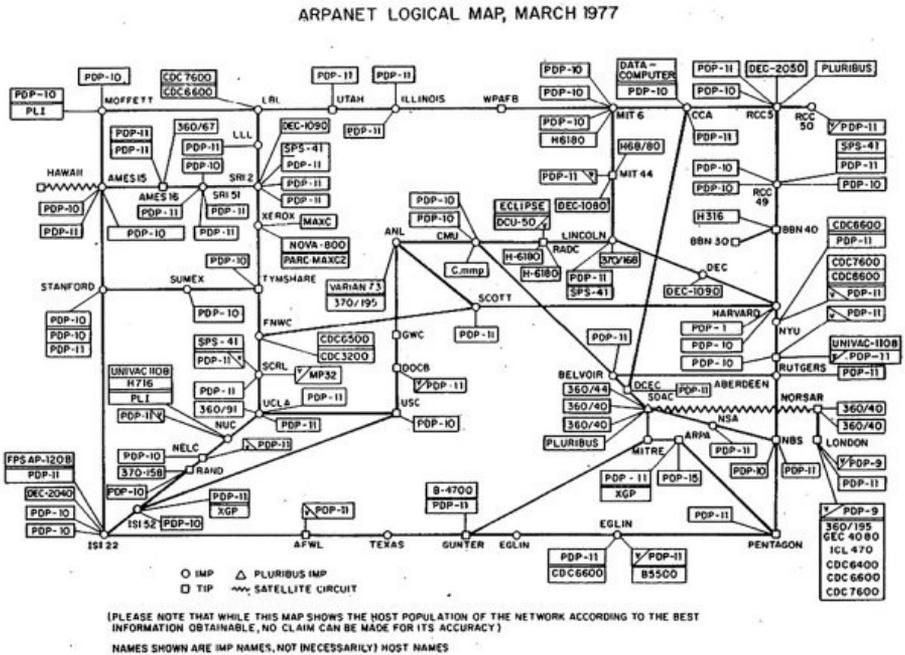


FIGURA 34. Diseño de red para Arpanet, 1969.

Era fundamental, por consiguiente, que lo que terminaría siendo internet no se diseñara de esa forma, sino que surgiera de modo más o menos orgánico y espontáneo, y de la mano de académicos e informáticos del sector privado en lugar de estrategias militares.

El 29 de octubre de 1969, una computadora se comunicó por primera vez con otra mediante un mensaje incompleto enviado a través de Arpanet entre el Instituto de Investigación de Stanford y la Universidad de California-Los Ángeles.^[4] Al cabo de dos años, el número de nodos de la red llegaba ya a cuarenta, que conectaban tanto universidades como empresas privadas. Redes similares brotaron en otros lugares (como Hepnet, Span, Telenet y demás), de manera que en 1974 el reto había pasado a ser el de enlazar estas redes en una única «inter-network» («interred»). La década de 1970 fue un periodo de innovación frenética pero sumamente descentralizada, y cada nuevo avance contribuía al proceso de integración: el sistema operativo Unix, en el que más tarde se inspirarían Linux y FreeBSD; la idea de un correo electrónico en que nombres y direcciones viniesen separados por el símbolo @; el primer programa de gestión de correo (MSG) con opción de «responder» y «reenviar»; el primer módem. Estos adelantos, claro está, coincidieron con el crecimiento exponencial (y, al parecer, imparable) del poder de procesamiento de los ordenadores, de acuerdo con la «Ley»

de Moore.[\(60\)](#) El avance más determinante, sin embargo, fue la estipulación, por parte de Vinton (Vint) Cerf y Robert Kahn de que la red de redes no se hallase bajo ningún control central y tampoco optimizada para ninguna aplicación o formato de paquete de datos en particular.[\[5\]](#) Su protocolo de software TCP/IP contemplaba que todas las redes informáticas pudiesen comunicarse entre sí, al margen de las diferencias en su estructura interna. Esto se hizo realidad el 1 de enero de 1983, cuando Arpanet se pasó al TCP/IP.[\[6\]](#) Un año después llegaron los primeros servidores de nombre de dominio (DNS), que permitieron que las direcciones IP numéricas tuviesen nombres más fáciles de recordar. En 1987 había cerca de treinta mil servidores en lo que ahora se llamaba «internet».

Internet no se planificó: creció. Esta vasta infraestructura global que usamos hoy, con sus tendidos internacionales de fibra óptica; sus proveedores nacionales de *backbone* o red troncal (operada por empresas como AT&T), su sinfín de proveedores de servicios de internet y sus miles de millones de usuarios finales, empezó modestamente. No la proyectó ninguna autoridad central, lo que explica por qué consiguió evitar los escollos de la Ley de Conway. No se requería ni se requiere ningún permiso para añadir un ramal nuevo o retirar uno antiguo.[\[7\]](#) No hay ningún almacén central donde quede registrada la estructura general de internet. De hecho, no hay manera de cartografiarla. Brinton y Chiang definen los tres conceptos fundamentales que subyacen a

internet:

- El intercambio de paquetes, con el que los recursos son compartidos en lugar de especializados.
- La jerarquía distribuida, en la que el control se reparte geográficamente entre segmentos distintos de la red.
- La modularización, en la que las tareas se dividen en diferentes capas funcionales y se gestionan de manera independiente.[\[8\]](#)

Nosotros, los usuarios, damos por hecho el gran poder que nos proporciona internet, que guía los paquetes de información que queremos mandar o recibir por las rutas más cortas, sin que se note, y recurre a mensajes de control para sondear las condiciones de la red y evitar aglomeraciones.[\[9\]](#) Un sistema de esta complejidad no podría haberlo proyectado un solo organismo, sencillamente.

La World Wide Web («Red de Extensión Mundial»), que se desarrollaría en la década de 1980 hasta convertirse en la principal forma de tráfico de internet, creció de un modo similar.[\[10\]](#) Comenzó de la mano de un académico de la Organización Europea para la Investigación Nuclear (el CERN) que ideó un programa llamado ENQUIRE para ayudar a los físicos de partículas a gestionar sus investigaciones. En marzo de 1989, Berners-Lee publicó una

propuesta para una versión global del programa, que en un primer momento quiso llamar «Mesh» («malla»), hasta que se le ocurrió el nombre de World Wide Web. Fue Berners-Lee quien ideó las herramientas, hoy en día universales, de la comunicación web: el lenguaje de marcas de hipertexto (HTML), el protocolo de transferencia de hipertexto (HTTP) y el localizador de recursos uniforme (URL). En cuestión de pocos años, este código abierto permitió la rápida proliferación de navegadores web con una interfaz accesible para el usuario, como Mosaic y Netscape Navigator. Como la red de internet en que se ejecutaba, la World Wide Web fue el producto de un crecimiento orgánico, no de un control central. Se trata de una red en que los nodos son páginas web creadas por los usuarios, y las aristas, hipervínculos que nos permiten navegar de una página a otra, por lo general solo en una dirección (es decir, la página de destino no tiene por qué tener un hipervínculo que nos lleve de vuelta a la página de origen).[\[11\]](#) Como internet, es la obra de muchas manos: las cookies, los plug-ins, las sesiones y los scripts son todos ellos parches creados para gestionar la complejidad creciente del sistema. Y al igual que internet, la World Wide Web posee unas dimensiones insondables, pues ninguno de los motores de búsqueda que nos permiten explorar la web no puede ni de lejos archivar todas las páginas existentes; aunque sí sabemos que su núcleo estructural es un componente gigantesco y densamente interconectado de nodos con acceso mutuo.[\[12\]](#)

En su discurso de despedida a la nación en 1960, Eisenhower había alertado del poder excesivo del «complejo industrial-militar». No tenía de que preocuparse. Si hubiese sido tan poderoso, a buen seguro habría evitado, o como mínimo entorpecido, el crecimiento exponencial de internet y de la World Wide Web. Tal vez lo más llamativo de Estados Unidos de la década de 1970 sea, sencillamente, que se diera una innovación tan descentralizada a pesar de los problemas económicos, sociales y políticos que asociamos al periodo. Los hombres jóvenes que llegaron a «Silicon Valley» —como se llamó el valle de Santa Clara en 1971— llevaron consigo la actitud antiautoritaria de su generación.

Cuando el Congreso aprobó la Ley de Decencia en las Comunicaciones de 1996 —el primer intento de regular las comunicaciones en internet mediante multas por el uso online de lenguaje obsceno— resultó muy apropiado que la respuesta de Silicon Valley la escribiese (en forma de correo electrónico) John Perry Barlow, el antiguo letrista de Grateful Dead.[\[13\]](#) Su «Declaración de Independencia del Ciberespacio» iba dirigida a los «Gobiernos del Mundo Industrial, gigantes fatigados de carne y acero»:

Vengo del Ciberespacio, el nuevo hogar de la Mente. En nombre del futuro, os pido a vosotros, del pasado, que nos dejéis en paz. No sois bienvenidos entre nosotros. No tenéis soberanía alguna en el lugar donde nos reunimos.

No hemos elegido ningún gobierno, y no es probable que lo hagamos, así que me dirijo a vosotros sin más autoridad que aquella con la que habla siempre la libertad. Declaro el espacio social global que estamos construyendo libre por

naturaleza de las tiranías que queréis imponernos. No tenéis ningún derecho moral a gobernarnos ni poseéis ningún método de coerción que debamos temer de verdad. [...]

El Ciberespacio no se halla dentro de vuestras fronteras. No penséis que podéis construirlo, como si fuera un proyecto de obra pública. No podéis. Es un fenómeno de la naturaleza que crece por medio de nuestras acciones colectivas. [...]

El Ciberespacio consiste en intercambios, relaciones y pensamiento mismo, que forman una onda estacionaria en la red de nuestras comunicaciones [...]. Estamos creando un mundo en que todos pueden entrar, sin privilegios o prejuicios por causa de raza, poder económico, fuerza militar o lugar de nacimiento.

Estamos creando un mundo donde cualquiera, en cualquier sitio, puede expresar sus creencias, sin importar lo particulares que sean, y sin miedo a que se le someta al silencio o la conformidad.

Vuestros conceptos legales de propiedad, expresión, identidad, movimiento y contexto no se aplican a nosotros [...]. Estas medidas [vuestras] cada vez más hostiles y colonialistas nos colocan en el mismo lugar que ocuparon antes otros amantes de la libertad y la autodeterminación que tuvieron que repeler a las autoridades de poderes lejanos y mal informados. [14]

A pesar de las febriles visiones de los estudiantes radicales de la década de 1970, en Estados Unidos no iba a producirse ninguna revolución. Como dejaba claro el famoso email de Barlow, internet era la revolución. O eso parecía. La Fundación Frontera Electrónica que habían creado Barlow y otros ciberlibertarios obtuvo su primera victoria importante en 1997 cuando el Tribunal Supremo tumbó la Ley de Decencia en las Comunicaciones por constituir una violación de la Primera Enmienda.[15] El Gobierno estadounidense apenas estaba implicado en la labor del

Grupo de Trabajo de Ingeniería de Internet, que sus creadores consideraban el único gobierno que internet necesitaba. En palabras de David D. Clark, el principal artífice de protocolos de internet: «No queremos reyes, ni presidentes ni votaciones. Creemos en el consenso general y en todo código que funcione».[16] En aquel amanecer brillante y esperanzado, pocos científicos informáticos o ingenieros de software se pararon a pensar qué harían exactamente si internet se convertía en el escenario de un crimen.

Sin embargo, por entonces resultaba ya obvio que, como el Jardín del Edén, la Utopía del Ciberespacio tenía su serpiente y sus pecadores: jugadores maliciosos que invadían las «mazmorras multiusuario»(61) para cometer violaciones virtuales contra los avatares de otros jugadores, al tiempo que les seguían los pasos los criminales del mundo real, que aprovecharon muy rápido las oportunidades que se presentaban para el fraude en cuanto el dinero comenzó a cambiar de manos online.[17] Y el Ciberespacio tampoco consiguió evitar al Gobierno mucho tiempo. En enero de 1998, Jon Postel, el primer director de la IANA (la Autoridad de Asignación de Números de Internet), remitió sendos correos electrónicos a ocho de los doce operadores de los servidores de nombres raíz de internet indicándoles que redireccionaran sus consultas al servidor de zona raíz de la IANA, en lugar de enviarlas al servidor de Network Solutions, Inc., el registro de DNS original fundado por la

Agencia de Sistemas de Información de Defensa (DISA) en septiembre de 1991. En cuestión de días, la Administración Nacional de Telecomunicaciones e Información del Departamento de Comercio publicó una «Propuesta para la mejora de la gestión técnica de nombres y direcciones de internet».[\[18\]](#) Se creó una nueva entidad sin ánimo de lucro llamada Corporación de Internet para la Asignación de Nombres y Números (ICANN) —gobernada por una junta de dirección con representación global y funcional— para gestionar la IANA, pero contratada —y supervisada— por el Departamento de Comercio. Lo que en su origen había sido Arpanet no podía escapar tan fácil de la jurisdicción de su creador: el Tío Sam en persona. En este aspecto, la Declaración de Independencia de Barlow había quedado en papel mojado apenas dos años después de su publicación.

La caída del Imperio soviético

El Instituto de Cibernética se encontraba a las afueras de Kiev. Fue allí, a comienzos de 1972, donde Víktor Glushkov trató de idear el internet soviético; o, por dar al proyecto su nombre completo, «El Sistema Nacional Automatizado de Recogida y Procesamiento de Datos para la Contabilidad, Planificación y Dirección de la Economía de la URSS». Allí, en una Ucrania controlada por los comunistas, había algo del espíritu que animaba Silicon Valley. Glushkov y sus colegas imaginaron una tierra llamada «Cybertonia», que estaría gobernada por un consejo de robots cuyo jefe supremo sería un robot saxofonista. Glushkov sabía que, para que el Kremlin lo aceptase, su Sistema Automatizado habría de concordar con la estructura piramidal en tres niveles de la economía planificada soviética. Era inevitable que tuviera un núcleo informático central en Moscú, que conectaría con hasta doscientos nodos de nivel medio en las principales ciudades soviéticas, los cuales enlazarían a su vez con veinte mil terminales repartidas entre centros de producción clave. Sin embargo, pese a que Moscú controlaría el acceso a la red,

la idea de Glushkov era que cualquier usuario autorizado pudiese contactar con cualquier otro a través de la red sin permiso directo del nodo madre.

¿Podría haber funcionado un internet soviético de tales características? Parece dudoso. En cualquier caso, el experimento nunca se llevó a cabo; no porque los miembros del Politburó moscovita detectaran la amenaza potencial para su autoridad del proyecto de Glushkov, sino por el simple motivo de que el ministro de Economía, Vasili Garbuzov, se lo cargó debido a su alto coste.[\[1\]](#)

Sabiendo todo lo que sabemos hoy sobre las patologías que restaban valor a la economía soviética de la década de 1970, cuesta recordar que la idea dominante en Washington era que el comunismo acabaría prevaleciendo sobre el capitalismo. En la edición de 1961 de su vendidísimo libro de texto, el economista Paul Samuelson había vaticinado que la economía soviética superaría la estadounidense en algún momento entre 1984 y 1997. «La economía soviética — continuaba afirmando en la edición de 1989— es la prueba de que, en contra de lo que creían muchos economistas, una economía planificada socialista puede funcionar e incluso prosperar.» Y como reconocía un informe posterior de la Agencia Nacional de Seguridad (NSA, por sus siglas en inglés): «Ninguna estimación oficial mencionaba siquiera que el hundimiento del comunismo fuese una clara posibilidad hasta el golpe de 1989».[\[2\]](#) Sin embargo, resultaba obvio para cualquier visitante atento de paso por

la Unión Soviética que algo iba mal en la economía planificada. Los bienes de consumo eran de una calidad pésima y había una escasez crónica. En unas fábricas anticuadas, los hurtos, el alcoholismo y el absentismo eran moneda corriente. Cuesta creer que la potencia informática, en la medida que fuese, pudiera haber salvado un sistema tan fallido de partida.

En el caso de la mayoría de los ciudadanos soviéticos, la desmoralización resultante no se tradujo en activismo político, sino solo en fatalismo y en un humor aún más negro. Sin embargo, era distinto en aquellas regiones de Europa del Este que tras la Segunda Guerra Mundial habían caído bajo control soviético directo o indirecto. Animados por los compromisos de respetar los derechos humanos que (con poca sinceridad) habían hecho los líderes soviéticos en el Acta Final de Helsinki, los disidentes empezaron a tratar de organizarse. Por primera vez desde la década de los años treinta, la gente que vivía bajo un Gobierno comunista se dio cuenta de que podía crear redes sin poner en riesgo automático su vida y las vidas de los suyos. En ningún otro lugar proliferaron tanto las asociaciones independientes de voluntarios como en Polonia. El reto era construir una red de redes —una especie de internet político— que permitiera a los liberales laicos de las universidades aunar fuerzas con los opositores católicos y de clase obrera del régimen.^[3] Entre 1969 y 1977, la red de la oposición creció en torno a un 40 por ciento en tamaño al añadirse seis nuevos grupos —

entre ellos el grupo de los Sindicatos Libres (WZZ)—, así como en densidad, a medida que los grupos civiles, liberales, católicos, nacionalistas y radicales iban conectando de un modo cada vez más estrecho. En 1980, gracias al estímulo de la emocionante experiencia que supuso la visita del papa Juan Pablo II el año anterior, la red había vuelto a crecer, y el nuevo sindicato Solidaridad se había convertido en el núcleo dominante.[\[4\]](#) Sin duda, la imposición de la ley marcial en diciembre de 1981 trastocó la red, pues muchos nodos clave fueron arrestados o huyeron al extranjero; pero el general Wojciech Jaruzelski no era Stalin. Cuando el Gobierno accedió a entrar en negociaciones con Solidaridad, en febrero de 1989, la red se rehízo a sí misma y creció a una velocidad vertiginosa.

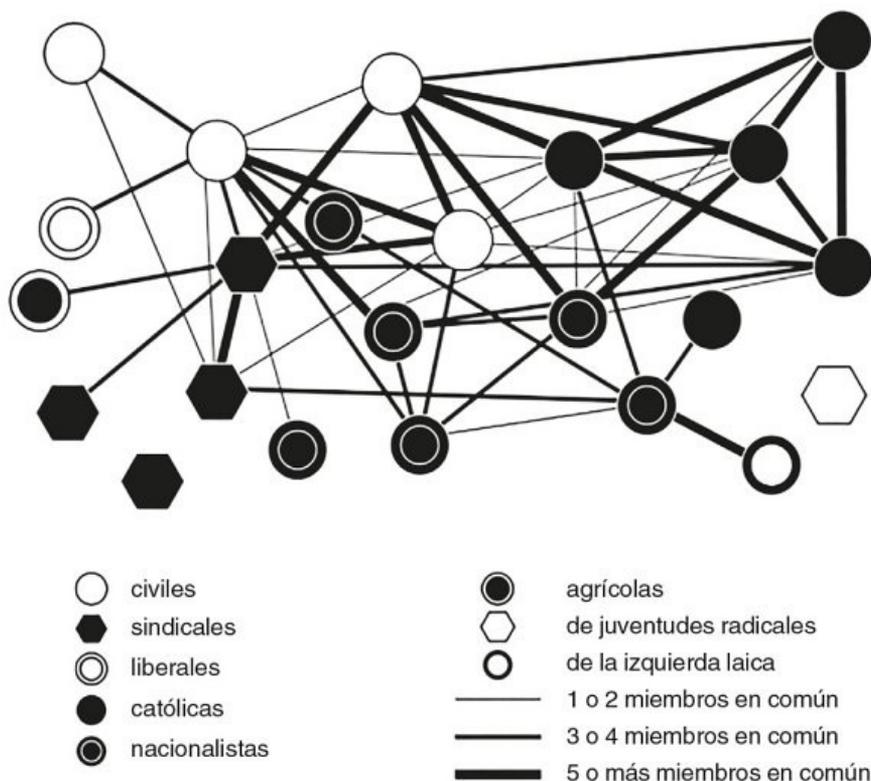


FIGURA 35. Las redes de la oposición polaca, 1980-1981. El éxito del sindicato libre Solidaridad (representado por el hexágono negro en el centro-izquierda) se debió en parte a su conectividad con gran número de asociaciones políticas.

Las revoluciones, como hemos visto, son fenómenos de red. Cada día de 1989 que pasaba sin que se aplicasen medidas enérgicas hacía que la determinación de los regímenes de Europa del Este se debilitara y aumentara el número de ciudadanos dispuestos a correr el riesgo de protestar abiertamente. En mayo, en Budapest, los comunistas húngaros decidieron abrir la frontera con Austria. Aprovechando la ocasión, alrededor de 15.000 alemanes del Este partieron vía Checoslovaquia de

«vacaciones» a Hungría, en lo que era en realidad un viaje sin retorno hacia Occidente. En junio, Solidaridad ganó las elecciones polacas y se dispuso a formar un Gobierno democrático. En septiembre, los comunistas húngaros siguieron el ejemplo de Polonia y accedieron a celebrar elecciones libres. El mes siguiente, mientras Erich Honecker ultimaba los detalles de la celebración del cuadragésimo aniversario de la República Democrática Alemana (RDA), cientos, y luego miles, y luego decenas de miles, y luego cientos de miles de personas se echaron a las calles de Leipzig, primero cantando «Wir sind das Volk» («Nosotros somos el pueblo»), y después cambiándola a «Wir sind ein Volk» («Nosotros somos un pueblo»). También en este caso, las redes localizadas de oposición —algunas con sede en iglesias— conectaron muy rápido, a pesar de que los componentes de izquierdas y de derechas de la revolución estaban mucho menos vinculados que en Polonia.^[5] El 9 de noviembre de 1989, se informó a los perplejos reporteros de Berlín Este de que se había tomado «la decisión de permitir a todos los ciudadanos abandonar el país a través de los puestos de control de la frontera [...] con efectos inmediatos». La noticia provocó una avalancha de berlineses del Este hasta los puestos fronterizos. A falta de órdenes claras, los guardias optaron por no oponer resistencia. Cuando llegó la medianoche, se había forzado a todos los puestos a abrir el paso. Las fichas de dominó estaban cayendo, pero esta vez en la dirección contraria a la que

había temido Eisenhower, y siguieron cayendo durante buena parte de los dos años siguientes. Tras el golpe frustrado de Moscú en agosto de 1991, la propia Unión Soviética se rompió en pedazos, y dejó tras de sí una Federación Rusa mermada, desprovista de los estados bálticos, Ucrania y Bielorrusia, las tres grandes repúblicas caucásicas y los cinco «stans» de Asia central. En el mismo periodo, Yugoslavia se desintegró y la multiétnica Bosnia-Herzegovina quedó prácticamente destrozada. Solo en Pekín los gobernantes comunistas se ciñeron al guion de 1956 y 1968 y mandaron los tanques para aplastar las protestas populares de la ciudad en junio de 1989.

La colosal reacción en cadena euroasiática no fue solo obra de las redes de opositores políticos; también se vio impulsada por las emisoras de televisión. En la primera fase de la revolución de Alemania del Este, la participación en las protestas sin duda se vio acuciada por la cobertura que hizo la televisión de Alemania Occidental, que la mayor parte de ciudadanos de la RDA podían ver en sus pantallas. Solo en el ignorante «valle de los despistados» (*Tal der Ahnungslosen*) —la zona sudeste de los alrededores de Dresde y la región nordeste del país próxima a Greifswald— era imposible sintonizar los canales occidentales.[\[6\]](#)

Igual de peligrosas para el sistema soviético eran, sin embargo, las redes financieras occidentales que habían crecido de un modo exponencial a lo largo de la década de 1980 como resultado de la liberalización del mercado de

capitales y de la introducción de la tecnología informática. No es casual que los regímenes de Europa del Este (a excepción de Rumanía) agonizaran pocos años después de comenzar a recibir préstamos cuantiosos de los bancos occidentales, pues estos fueron de los primeros en explotar de forma sistemática y a gran escala las nuevas tecnologías de la información que estaban creándose en Silicon Valley. Esto suele pasarse por alto cuando se explica la historia de la década de 1980, pues se tiende a otorgar un mérito desproporcionado del hundimiento del comunismo a unos cuantos dirigentes heroicos: Gorbachov, Reagan, Thatcher, el Papa. Estas personas desempeñaron un papel importante, sin duda, pero tenían mayores posibilidades de alcanzar sus objetivos cuando se alineaban con la red, en rápido crecimiento, de las finanzas internacionales. El núcleo más importante de esa red no era Washington, ni Londres ni mucho menos Roma; era un pequeño resort de esquí en el cantón suizo de los Grisones: Davos.

El triunfo del hombre de Davos

Cuando John Perry Barlow envió por correo electrónico su «Declaración de Independencia del Ciberespacio» a la red de su agenda de contactos, fue muy apropiado que se encontrara físicamente en Davos. Como participante en el Foro Económico Mundial (WEF, por sus siglas en inglés), Barlow estaba tendiendo simultáneamente redes electrónicas y sociales. El WEF lo fundó en 1971 un académico alemán con gafas y que estudió en Harvard llamado Klaus Schwab, con la idea de que una conferencia periódica de dirigentes empresariales de todo el mundo podría hacer realidad su sueño de las «corporaciones como accionistas de la sociedad global, junto con el gobierno y la sociedad civil».^[1] El resultado se ha descrito en alguna ocasión como «el paraíso del arribista social», poblado no solo por ejecutivos destacados de multinacionales y políticos selectos, sino también por «banqueros centrales, magnates industriales, titanes de fondos de inversión, agoreros, astrofísicos, monjes, rabinos, magos de la tecnología, conservadores de museo, rectores de universidades, blogueros de economía [y]

herederos virtuosos»: «Davos es como el Congreso, la Factory, el Tabernáculo Mormón, el Bohemian Grove, la “mejor reunión social del mundo”, Facebook, el Burning Man, un campamento militar, el instituto, Los Ángeles, Quogue. Davos es una cebolla, un pastel en capas, una muñeca rusa». Gracias a Schwab, la localidad de Davos merece hoy en verdad el nombre que Thomas Mann otorgara en su día a la montaña que se alza sobre ella: *der Zauberberg*, la Montaña Mágica. Gracias a Davos, Schwab puede afirmar hoy (en directa sucesión de Kissinger) que es «el hombre más [y tal vez mejor] conectado del planeta». [2]

Los que se burlan del WEF subestiman el poder de las redes. Pocos discursos en la historia del Foro han tenido más honda relevancia histórica que el que dio en enero de 1992 un prisionero político recién liberado llegado de la otra punta de la Tierra. «Nuestra interdependencia —les dijo a los delegados de la conferencia, mientras Schwab escuchaba muy atento con gesto de aprobación— nos exige que aunamos fuerzas para lanzar una ofensiva global por el desarrollo, la prosperidad y la supervivencia humana.» Era necesario «un traspaso enorme de recursos del Norte al Sur», sostenía el orador, pero no «como un acto de caridad, o como un intento de mejorar las vidas de los que no tienen nada empobreciendo a los que sí». A continuación, procedió a enumerar los cuatro pasos que debía dar su propio país:

[...] hacer frente [...] al problema de la deuda, la caída continua del precio de

las materias primas que exportan los países más pobres y el acceso a los mercados de sus productos manufacturados.

garantizar el crecimiento de nuestra economía [lo que] requerirá un crecimiento rápido y sostenido en términos de creación de capital o de inversión fija, recurriendo a fuentes de dentro y fuera del país para financiar esta inversión.

[implantar] un sector público tal vez no muy distinto al de países como Alemania, Francia e Italia.

ofrecer óptimas perspectivas a los inversores presentes en esta sala, tanto de Sudáfrica como del resto del mundo.[3]

Quien hablaba era Nelson Mandela, y la esencia de su discurso era tan clara como sorprendente: a fin de atraer al país capitales extranjeros estaba listo para tomar el mando; la figura más destacada del Congreso Nacional Africano (CNA) faltaba a uno de los compromisos troncales de su Carta de la Libertad de 1955: la nacionalización de las industrias sudafricanas fundamentales.[4]

Pese a que en el momento de su encarcelación en 1962 era miembro del Partido Comunista de Sudáfrica, Mandela no era un comunista cualquiera. «Debemos realizar un estudio a fondo de todas las revoluciones, incluidas las que fracasaron», había escrito una vez en su diario, en referencia a los libros del líder israelí Menájem Beguín y el guerrillero bóer Deneys Reitz, así como a los del Che Guevara y Mao Zedong. La teoría revolucionaria del ala armada del CNA (Umkonktho we Sizwe), fundada en 1961, era más castrista que leninista.[5] Durante los largos años de prisionero en Robben Island, Mandela transformó su filosofía en muchos

aspectos, pero se aferró a la idea de nacionalizar los «puestos de mando»(62) de la economía. Cuando en 1990 el embajador británico, Robin Renwick, trató de disuadirlo, Mandela respondió: «Fue idea vuestra», en referencia a la Cláusula IV de la constitución del Partido Laborista británico, por la que este se comprometía a «la propiedad común de los medios de producción, distribución y cambio, y al mejor sistema obtenible de administración y control públicos de cada industria o servicio».[6]

¿Por qué renunció Mandela a este último vestigio de socialismo al cabo de tan solo dos años? Él mismo reconocía la influencia de su viaje a Davos. Como explicaría tiempo después: «Volví a casa y dije: “Amigos, tenemos que escoger. O mantenemos la nacionalización y nos quedamos sin inversiones, o cambiamos nuestra actitud y conseguimos inversiones”».[7] Más adelante, en 2000, recordaría que cuando «viajé por el mundo y escuché las opiniones de empresarios y economistas destacados sobre cómo hacer crecer una economía, me persuadí y convencí acerca del libre mercado».[8] Sin embargo, se han barajado otras hipótesis. Para los situados a su izquierda en el CNA, como Ronnie Kasrils, «la decisión en contra de la nacionalización fue un “pacto fáustico” con el mundo blanco que traicionó a los pobres de Sudáfrica».[9] El periodista Anthony Monteiro afirma que Mandela, de hecho, «había entrado en negociaciones secretas con el régimen blanco antes de su liberación» y accedido ya en ese primer momento a

desestimar la nacionalización.^[10] Una forma más amable de presentar una teoría similar consiste en decir que Mandela (y Thabo Mbeki, que lo sucedería como presidente) obedecieron a los jefes empresariales sudafricanos, en particular a Harry Oppenheimer, al que había conocido por medio de la dirigente blanca antiapartheid Helen Suzman.

^[11] Una explicación alternativa es que fueron en realidad las presiones del Fondo Monetario Internacional (FMI) las que condujeron a ese giro: «A cambio de un préstamo de 850 millones de dólares [...], Sudáfrica se comprometió a la austeridad, la liberalización y la privatización».^[12] En opinión de Naomi Klein, al CNA se lo «alimentó con una dieta sistemática de ideas neoliberales», no solo por parte del FMI, sino también de «escuelas [extranjeras] de administración de empresas, bancos de inversiones, *think tanks* especializados en política económica y el Banco Mundial», por no hablar de «los abogados, los economistas y los trabajadores sociales que componían la “industria de la transición”», en pleno auge.^[13] Según otras versiones, fueron Margaret Thatcher y el secretario de Estado estadounidense, James Baker, quienes apartaron a Mandela de sus principios socialistas. (Se cuenta que Baker, hablando de la nacionalización, le comentó a Mandela que «todo eso está pasado de moda».)^[14]



FIGURA 36. Nelson Mandela con Klaus Schwab en Davos en enero de 1992, por la época en que el dirigente sudafricano retiró la nacionalización de la economía del programa del CNA.

El viaje de Mandela a Davos se produjo en un momento decisivo para la historia de Sudáfrica. A Mandela lo habían liberado en febrero de 1990, y en seis meses el Partido Comunista sudafricano fue legalizado y la lucha armada del CNA, suspendida. Sin embargo, hacia finales de 1991, el país se hallaba todavía muy lejos de contar con un gobierno elegido democráticamente. El proceso de negociación multipartidista con el que se llegaría a una constitución democrática no se produjo hasta 1993; y las primeras

elecciones libres no tuvieron lugar hasta abril de 1994. Muchos observadores seguían considerando que era más probable que el final del apartheid desembocara en una guerra civil que en unas elecciones libres. Aun así, no fueron políticos ni plutócratas occidentales quienes convencieron a Mandela de modificar su postura respecto a la nacionalización. En palabras del que sería el ministro de Trabajo Tito Mboweni (que acompañó a Mandela a Davos), en realidad fue obra de los delegados chinos y vietnamitas del WEF. «Actualmente, estamos esforzándonos en privatizar las empresas estatales y en invitar a las empresas privadas a invertir en nuestras economías —le explicaron a Mandela—. Nosotros somos gobiernos comunistas, y usted es el líder de un movimiento de liberación nacional. ¿Por qué se plantea la nacionalización?»[\[15\]](#) Tiene lógica. ¿Por qué iba a sentirse Mandela inclinado a seguir los consejos del ministro de Industria holandés, otro de los delegados presentes en Davos que le desaconsejó incrementar la propiedad estatal? Acababa de pasar casi treinta años encerrado por afrikáners de habla holandesa,[\[16\]](#) y la red a la que había pertenecido a lo largo de ese tiempo era una de las más exitosas del siglo xx: la red internacional comunista. Lo que hizo de Davos un evento crucial fue la integración de esa antigua red en la nueva red internacional capitalista diseñada por Klaus Schwab, una integración que resultó posible gracias a la adopción por parte de los gobiernos chino y vietnamita de reformas económicas basadas en el

mercado.

Cómo llevar a la quiebra al Banco de Inglaterra

Las explicaciones sobre el colapso del comunismo, el declive del socialismo y el auge de la globalización como una conspiración siniestra de las multinacionales capitalistas y los organismos multilaterales en contra de los movimientos de liberación del Tercer Mundo presentan un defecto grave. Y es que la red de las finanzas globales no contaba con nada tan coherente políticamente como una «doctrina del shock». Tan pronto podía dirigir sus esfuerzos especulativos contra un Gobierno británico conservador como contra los revolucionarios socialistas de Sudáfrica; siempre y cuando ganara dinero con ello. Nada ilustra mejor este aspecto que los sucesos que tuvieron lugar en Londres apenas ocho meses después de renunciar Nelson Mandela a la nacionalización en Davos. Aquel año no se hallaba en el Foro Económico Mundial —no empezó a asistir de manera regular hasta 1995— el gestor de fondos de cobertura George Soros. Aunque iba ya camino de convertirse en uno de los hombres más ricos del planeta, este supuesto «especulador» seguía siendo una figura bastante desconocida. En

septiembre de 1992, no obstante, saltó a la fama como el hombre que había llevado «a la quiebra al Banco de Inglaterra», y con él, al Mecanismo Europeo de Cambio (MEC).[\[1\]](#)

No solo el socialismo estaba en peligro a medida que los mercados financieros globales pasaban a ser cada vez mayores y más integrados en las décadas de 1980 y 1990. La combinación de desregulación (en particular, la abolición de los controles de cambio y capitales) y la informatización (en particular, la creación de flujos más rápidos de información y transacciones entre países) convirtió en vulnerable cualquier iniciativa política que se basara en el control jerárquico.

La idea de una unidad paneuropea, al igual que la de una fraternidad obrera universal, hundía sus raíces en el siglo XIX. Tras las duras experiencias de mediados del siglo XX, sin embargo, había dejado de ser un sueño utópico para transformarse en un programa práctico de integración económica.[\[2\]](#) El primer paso fue la creación de una «Comunidad» que regulara la producción y el precio del carbón y el acero en seis estados europeos: Alemania Occidental, Francia, Italia, Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo. El Tratado de Roma de 1957 creó a continuación una Comunidad Económica Europea (CEE) que conllevó la reducción de los aranceles y el establecimiento de una unión aduanera que englobaba a esos países. El

comercio entre ellos había ido creciendo mucho antes de la formación de esta CEE y siguió haciéndolo después, como acostumbra a ocurrir con el comercio mundial. Pero en otros aspectos, la integración económica avanzó a paso lento. En la agricultura, el desarrollo de un mercado integrado se vio dificultada por la persistencia de subvenciones nacionales hasta que la Política Agrícola Común las sustituyó. También en las manufacturas los gobiernos nacionales siguieron resistiéndose a la competencia paneuropea mediante la subvención de los sectores políticamente sensibles o la imposición de barreras no arancelarias. Estas prácticas eran menos frecuentes en el caso de los servicios, pero solo porque resultaba más difícil comerciar con ellos más allá de las fronteras nacionales que con los bienes. La excepción a esta regla eran los servicios financieros, uno de los cuales — la venta a inversores ricos de bonos públicos y corporativos a largo plazo— quedó integrado de una manera bastante novedosa durante la década de 1960.[3]

El auge del denominado mercado del «eurobono» fue un primer paso hacia la globalización financiera,[4] pero también un avance fundamental en la historia de la integración europea, aunque pocos de los estadistas y tecnócratas retratados como los «santos» o los «padres fundadores» de los años formativos de la Unión Europea lo anticiparan.[5] Fue el resultado espontáneo de la innovación de agentes del sector privado, con algo de ayuda por parte de las permisivas autoridades monetarias británicas. En

cuestión de pocos años, la génesis y expansión de este mercado transformaron el mercado de capitales europeo y forjaron redes y vínculos institucionales inéditos nuevos entre los países, y fueron los banqueros, no los políticos, quienes tomaron la iniciativa. En cierta medida, no cabe duda, su objetivo primordial era el del beneficio económico. Sin embargo, los artífices del mercado de eurobonos no lo veían solo como un medio de ganar dinero, sino como una herramienta poderosa para avanzar en el camino de la integración política europea. En concreto, entendían que la integración del mercado de capitales europeo podía reforzar los argumentos a favor de la entrada de los británicos en la CEE. Los franceses temían acabar respaldando la libra esterlina si Gran Bretaña se unía a la CEE, dado que se esperaba que la incorporación empeorase todavía más la precaria balanza de pagos del Reino Unido; esta fue la razón fundamental de los dos vetos de Charles de Gaulle a la incorporación británica en 1963 y 1967. El contraargumento que arguyeron los pioneros del mercado de eurobonos fue que los franceses no podrían excluir a los británicos de forma indefinida si Londres se convertía de nuevo en el centro financiero de Europa para transacciones en monedas distintas a la libra esterlina.[\[6\]](#)

Tan pronto como Gran Bretaña se unió con éxito a la CEE, banqueros como Siegmund Warburg —uno de los artífices del mercado de eurobonos— empezaron a plantearse la posibilidad de una integración monetaria,

comenzando con la creación de una unidad de cuenta (para la que proponía el nombre de «euro moneda») basada en una cesta formada por distintas monedas nacionales.^[7] El esfuerzo económico británico en la posguerra se había visto salpicado por crisis recurrentes de la libra esterlina. Los partidarios de la integración de Europa para el comercio y los servicios financieros consideraban esta necesidad frecuente de reajustar la moneda algo más que una mera inconveniencia. Las fluctuaciones en los tipos de cambio parecían un obstáculo añadido en el camino de la unión europea.

La idea de una unión monetaria fue en sí misma producto de una red formada sobre todo por pensadores holandeses, franceses y alemanes.⁽⁶³⁾ Sin embargo, hay cierta ironía en el hecho de que una red de intelectuales —algunos economistas del ámbito académico, algunos burócratas— concibiesen un proyecto tan sumamente jerárquico como la creación de un único banco central dado lo heterogéneo de los estados-nación que habían compuesto la CEE. Una explicación importante es la estructura particularmente tupida de la élite gobernante francesa: casi toda ella había estudiado en las *grandes écoles* (sobre todo en la *École Polytechnique* y en la *École Nationale d'Administration*) y trabajaba en los *grands corps* (Inspection des Finances, Conseil d'État, Cour des Comptes, Corps des Mines). Los que elegían un trabajo en el sector privado mantenían conexiones muy estrechas en una densa red de amistades,

matrimonios endogámicos y pertenencia a clubes como Le Siècle y las logias masónicas, muchas de ellas creadas antes de la Revolución francesa. Desde la década de 1970, entre un tercio y la mitad de todos los ministros franceses, al margen del partido al que estuviesen afiliados, han sido miembros de Le Siècle, con un pico del 72 por ciento durante el mandato de Édouard Balladur (1993-1995). El sistema conocido como *pantouflage* garantizaba la existencia de «puertas giratorias» por las que los cargos públicos entraban y salían de la industria y la banca en circulación constante. Las cuarenta empresas más importantes, a su vez, estaban conectadas por un denso sistema de direcciones entrelazadas en que una mayoría de directivos formaban parte de más de una junta. [8] Para estos *énarques*, la idea de una moneda única europea era muy atractiva, en particular porque la creación de un banco central europeo les parecía una forma de contener por la vía institucional el auge del predominio económico de Alemania. Este fue el argumento fundamental que impulsó el Tratado de Maastricht. Desde la posición ventajosa de Alemania, la unión monetaria era el precio que había que pagar a cambio de que Francia aceptase la reunificación alemana; la prueba de que ahora, como afirmó repetidas veces el canciller alemán Helmut Kohl, los dirigentes alemanes ponían a Europa en primer lugar y a Alemania después.

Por descontado, también Gran Bretaña contaba con su élite gobernante. En la década de 1960, los periodistas Henry

Fairlie y Anthony Sampson popularizaron el nombre despectivo que le había dado el historiador A. J. P. Taylor: «el Establishment». Aun así, a pesar de que los unían antiguos lazos escolares y las bufandas de Oxbridge, la clase dirigente británica era mucho más heterogénea que su homóloga francesa. Nada ilustra mejor esto que la composición de los gobiernos de Thatcher en la década de 1980; no solo la primera ministra era una mujer de la provincia de Lincolnshire (si bien con un título de Oxford), sino que había suficientes ministros de origen judío en su gabinete para inspirar bromas sobre los «antiguos estonios».

(64) En opinión de Siegmund Warburg, cuyo banco comercial, S. G. Warburg (junto con la antigua casa de N. M. Rothschild) fue el caldo de cultivo de algunos de los thatcheristas más brillantes, era evidente que, como afirmó en 1972, «no puede concebirse una unión económica y monetaria sin una unión política. Creo que era Bismarck quien hablaba siempre de “das primat der politik ueber die wirtschaft”,(65) y es tan cierto hoy como lo fue en su día».

[9] Los conservadores fueron quienes, en la década de 1980, liberalizaron la City de Londres y propiciaron un resurgimiento del capitalismo británico. Estaban a favor de la integración comercial de Europa —de hecho, fueron los artífices del Acta Única Europea de 1986—, pero ni mucho menos existía unanimidad en su apoyo a la unión monetaria. Incluso el MEC, un acuerdo de transición, iba en contra de la máxima de Thatcher según la cual los gobiernos no podían

«poner trabas al mercado».(66) Además de objeciones económicas, había una política: ni los políticos laboristas ni los conservadores querían unirse a un sistema que les obligara a subordinar su política macroeconómica al Banco Federal Alemán. A pesar de que la Segunda Guerra Mundial había terminado treinta y cuatro años antes de que Thatcher se trasladase al número 10 de Downing Street, el recuerdo de «la guerra» persistía todavía. El ministro conservador Nicholas Ridley se vio obligado a dimitir en julio de 1990 por decir en voz alta lo que muchos pensaban: que el proyecto de una unión monetaria era «un chanchullo alemán pensado para apoderarse de toda Europa». La revista *Spectator* ilustraba la entrevista en que aparecía esta cita con una caricatura de Ridley pintando un bigote hitleriano a un retrato de Kohl.

En cualquier caso, a mediados de los años ochenta, tanto el gobernador del Banco de Inglaterra como la Confederación de la Industria Británica estaban presionando para que el país se uniera al MEC. Según la opinión general, de hecho, el canciller de Hacienda, Nigel Lawson, estaba «copiando» al marco alemán, persiguiendo de manera tácita un objetivo de tipo de cambio. En junio de 1989, cuando Lawson y Geoffrey Howe, el secretario de Asuntos Exteriores, amenazaron con dimitir si Gran Bretaña no se sumaba al MEC, Thatcher accedió, pero pospuso cualquier actuación al respecto hasta octubre de 1990. A esas alturas, los partidarios del MEC estaban tan impacientes por avanzar

—por si a Thatcher se le ocurría cambiar de idea— que no se sopesó seriamente el tipo de cambio central al que el país entraría en el MEC, un tipo (2,95 marcos alemanes por libra) que algunos «euroescépticos» consideraban sobrevalorado. Esta concesión de Thatcher no bastó para salvarla. El 28 de noviembre de 1990, tras un golpe interno de los conservadores impulsado por el sector proeuropeo, la sustituyó su canciller, John Major.

Major y sus partidarios habían subestimado la determinación de sus homólogos europeos para continuar con la unión monetaria, y con la política. Ahora proponían rebautizar a la entidad como «Unión Europea» mediante la redacción y firma de un nuevo tratado fundacional. «Durante las negociaciones del Tratado de Maastricht —rememoraba tiempo después el canciller británico Norman Lamont con indisimulado horror— oí por primera vez a políticos europeos defendiendo con franqueza y entusiasmo la creación de un Estado europeo.»[\[10\]](#) Major no andaba mucho más contento: «Yo no quería una moneda única — escribiría más adelante—. Y tampoco me gustaban las implicaciones de una unión monetaria.»[\[11\]](#) Major decidió que Gran Bretaña firmase el Tratado de Maastricht —pues de otro modo se habría puesto en contra, no solo la Europa continental, sino la facción proeuropea en el seno de su propio partido—, pero a fin de apaciguar a los euroescépticos insistiría en las exenciones (*opt-outs*) de la moneda única y del Capítulo Social.[\[12\]](#) El riesgo político era altísimo. Major

iba a enfrentarse a unas elecciones generales en abril de 1992. El resto de los negociadores de Maastricht lo comprendieron, pero aun así quedaron consternados cuando Lamont y él redactaron, según lo definió el primero, «un documento largo, detallado y preciso con plena forma jurídica que especificaba todos los artículos del tratado que no se aplicarían al Reino Unido, y cerramos la puerta a cualquier interpretación alternativa».[13] Lamont y Major, sencillamente, se negaron a negociar: o el resto de las naciones aceptaban las exenciones británicas, o Gran Bretaña no firmaría. Tal dureza les dio buenos resultados en casa. El titular del *Daily Telegraph* proclamaba: «Los parlamentarios *tories* aplauden el éxito de Major en Maastricht».[14] El nuevo tratado se firmó el 7 de febrero de 1992. Los franceses habían obtenido la promesa de una moneda común; podían vivir sin que los británicos formasen parte de ella —y sin los daneses, que se aseguraron también su exención—, siempre y cuando la posición de la nueva Alemania unificada quedase bien trabada. Major arañó una estrecha (y muy inesperada) victoria en las elecciones británicas que se celebraron apenas dos meses después.

El MEC fue, por tanto, un acuerdo intermedio entre unos tipos de cambio flotantes y una moneda única a la que no todos los países participantes se sumarían cuando se lanzase al cabo de siete años. Mientras tanto, correspondía a los doce bancos nacionales mantener sus monedas respectivas dentro de las bandas de cambio acordadas. En agosto de 1992, sin

embargo, los apuros de varios miembros del MEC suscitaron dudas en torno a su capacidad de lograrlo. A esas alturas, las consecuencias económicas de la reunificación alemana comenzaban a notarse. Como regalo único a los alemanes orientales, sus «marcos del Este» se habían convertido a marcos alemanes occidentales, una moneda mucho más fuerte, con una ratio de 1 a 1. En consecuencia, aumentó el poder adquisitivo en Alemania del Este a la vez que la masa monetaria alemana, al tiempo que la mayor parte de la industria de la RDA perdía competitividad de un modo irremediable.^[15] Fueron necesarias unas inversiones enormes para poner la infraestructura industrial del Este a la altura de los estándares occidentales, así como subsidios por desempleo importantes y demás transferencias de Oeste a Este. Como resultado, se produjo un crecimiento vertiginoso de las inversiones y el gasto público, financiados en gran parte mediante préstamos, lo que incrementó a su vez los precios y salarios alemanes.

La amenaza de la inflación alemana puso de relieve el conflicto entre las funciones nacionales y europeas del Bundesbank. Por un lado —en su responsabilidad estatutaria—, era el protector del poder adquisitivo del marco alemán; por el otro, el pilar *de facto* del MEC. Dado que estaba obligado por ley a contrarrestar la inflación del país, el Bundesbank respondió al boom de la reunificación subiendo los tipos de interés clave a los que prestaban los bancos alemanes. De un mínimo preunificación del 2,5 por ciento, la

tasa de descuento fue subiendo a pasos medidos hasta llegar a un máximo del 8,75 por ciento en agosto de 1992. Al Bundesbank, sin duda, no le preocupaba tanto su otra función como pilar del MEC, lo que no era una buena cosa para el resto de los miembros. Llegados a 1990, la mayoría de ellos, incluidos el Reino Unido, Francia e Italia, habían eliminado ya todas las restricciones a los flujos financieros en sus fronteras. A no ser que también aumentasen los tipos de interés, los capitales móviles se trasladarían a Alemania en busca de mayor rendimiento. El problema era que el Reino Unido, Francia e Italia no gozaban de una expansión comparable a la alemana. Más bien al contrario, estaban en plena desaceleración económica y el desempleo iba al alza. De hecho, Gran Bretaña sufrió una recesión en 1991.

El detonante de la crisis se dio el 2 de junio de 1992, cuando en un referéndum los votantes daneses rechazaron de forma inesperada el Tratado de Maastricht.[\[16\]](#) El 1 de julio, el presidente François Mitterrand anunció que se celebraría un referéndum francés el 20 de septiembre.[\[17\]](#) Si los franceses también se oponían a Maastricht, el nuevo tratado estaría muerto,[\[18\]](#) y las encuestas pronto indicaron que era muy posible que eso sucediera.[\[19\]](#) Tal incertidumbre política fue un problema para Gran Bretaña; puede que John Major hubiera optado porque Gran Bretaña quedara fuera de la moneda única, pero había invertido una buena cantidad de capital político en Maastricht. Además, él era canciller cuando el país se incorporó al MEC, y lo último

que quería era que se sembrasen dudas en torno a su compromiso con la vinculación monetaria. Tanto él como Lamont pronunciaron discursos en los que negaban la más remota posibilidad de devaluar la libra.^[20] Para su consternación, su posición recibió pocos apoyos de Frankfurt. En cuatro ocasiones a lo largo del verano de 1992, algunos cargos del Bundesbank hicieron comentarios despectivos sobre otras monedas del MEC que aparecieron en la prensa.^[21] El 10 de junio, el presidente del Bundesbank, Helmut Schlesinger, dio una entrevista en la que habló a las claras de un posible reajuste entre las monedas del MEC antes de dar el paso definitivo hacia la unión monetaria.^[22] Major y Lamont hicieron llegar sus protestas al canciller Kohl, pero fue en vano.^[23] El 16 de julio, en una recepción veraniega en el número 10 de Downing Street, y más tarde en una cena organizada por el *Sunday Times*, Major, entre la «quimera y la fanfarronada», aseguró que en cuestión de cinco o diez años «la libra esterlina estaría entre las monedas más fuertes del mundo; más fuerte quizá que el marco alemán».^[24] El día siguiente, el Bundesbank subió su tasa de descuento —un paso legítimo para frenar la inflación alemana—, pero al mismo tiempo («increíblemente», en palabras de Lamont) un portavoz de la institución declaró que «es posible que las fuerzas del mercado acaben por abocar a las monedas más débiles a una devaluación».^[25] El 26 de agosto, desde la escalera del edificio del Tesoro en Whitehall, Lamont quiso acabar con

cualquier «atisbo de duda sobre la libra» comprometiéndose a «hacer lo que sea necesario» para mantener la posición de la moneda en o por encima de su suelo de 2,778 marcos por libra.[26] Esa tarde, Ian Plenderleith, el director del Banco de Inglaterra responsable de los mercados monetarios, invitó a altos cargos de los cuatro grandes bancos comerciales a Threadneedle Street y les expuso un plan para apuntalar la libra mediante un préstamo de más de 7.250 millones de libras en moneda extranjera, sobre todo marcos alemanes (un plan que se hizo público ocho días después).[27] Más tarde ese misma jornada, Lamont leyó consternado que un miembro de la junta del Bundesbank creía que había «posibilidades para un reajuste en el seno del MEC».[28] Al cabo de cuatro días, Reuters consiguió una copia del discurso de un funcionario del Bundesbank en que afirmaba que el reajuste del MEC había ido conteniéndose durante años por «cuestión de prestigio», dando a entender que no podía posponerse mucho más.[29]

Para los políticos británicos, imbuidos de la memoria popular de la década de 1940, estaba claro quién era el enemigo: los alemanes.[30] La primera semana de septiembre, Lamont ejerció de anfitrión en un encuentro de ministros de Economía europeos que se celebró en Bath. Quizá alentado por aquel paraje, quintaesencia de lo inglés, decidió ejercer sobre Schlesinger una presión máxima, al cual enfurecieron a tal punto los «lloriqueos» de Lamont que amenazó con irse, y tuvo que impedirselo físicamente

Theo Waigel, el ministro de Economía alemán.^[31] «Nunca en la historia del Bundesbank nos hemos visto sometidos a tanta presión como la que está usted ejerciendo ahora», se quejó Schlesinger en un momento dado.^[32] («Bueno — reflexionaba Lamont con sarcasmo—, a lo mejor no había vivido la vida muy intensamente.»)^[33] Al final del encuentro, mientras los ministros ya se marchaban, Schlesinger se vengó regalándole a la esposa de Lamont un estuche con treinta marcos de plata. («Debo confesar — recordaría Lamont después— que en mi mente resonaron algunas frases poco agradables sobre treinta monedas de plata.»)^[34] La guerra verbal continuó la semana siguiente, cuando Schlesinger contradujo de plano la insinuación de Lamont de que la rebaja del tipo alemán era inminente.^[35] El 15 de septiembre, el presidente del Bundesbank concedió una entrevista al periódico financiero alemán *Handelsblatt* en la que «no descartaba la posibilidad de que, aun después del reajuste y de la rebaja de los tipos de interés alemanes, una o dos monedas pudieran verse presionadas antes del referéndum francés».^[36] El comentario —publicado como discurso indirecto, porque Schlesinger insistió en dar su aprobación solo a las citas entrecomilladas— pronto circuló en internet. Major insistió en que Schlesinger interrumpiera su cena y desautorizara el reportaje de inmediato, pero lo único que consiguió fue un comunicado oficial del Bundesbank en que se declaraba que el texto no había sido «autorizado».^[37]

Lamont, sin embargo, se equivocaba de enemigo cuando culpaba a los alemanes. El 10 de septiembre, de hecho, estos ya habían asumido la necesidad de un reajuste general en el MEC, combinado con una rebaja de los tipos de interés alemanes. Pero este mensaje no llegó al Gobierno británico, sobre todo (se diría) porque el ministro de Economía francés, Jean-Claude Trichet, estaba decidido a evitar que tal reajuste se produjese tan poco tiempo antes del referéndum sobre Maastricht en su país. Sobre la mesa, parecía que la mejor opción era que Gran Bretaña llevase a cabo una devaluación junto con Italia, opción que Major desechó, pese a que cuando los italianos dieron tal paso por su cuenta eso no hiciera más que incrementar la presión sobre la libra.[\[38\]](#) Pero las monedas del MEC no fueron las únicas que se vieron presionadas ese verano. El 8 de septiembre, Finlandia dejó flotar su moneda, que se hundió de inmediato un 14 por ciento. El día siguiente, el Banco Central Sueco elevó su tasa *overnight* al 75 por ciento para eludir la devaluación, y más adelante la elevaría al 500 por ciento antes de darse por vencido.[\[39\]](#) Dado que en Estados Unidos las tasas de interés a corto plazo estaban en sus niveles más bajos de los últimos treinta años, el dólar caía también en relación con el rentable marco alemán. Pero el alto cargo de la Casa Blanca que comentó la situación se acercó más a la verdad que sus homólogos de Downing Street: «Estamos en una posición desesperada, a merced de los mercados».[\[40\]](#) Esta era la clave: lo importante no era lo que dijese Schlesinger, sino

cómo los mercados reaccionaban a sus palabras. «Esta generación del Banco jamás había visto nada parecido — afirmaba un funcionario del Banco de Inglaterra—. Era como si una avalancha viniera hacia nosotros.»[\[41\]](#)

Después de la crisis, los medios británicos se empeñaron en creer que un hombre había llevado a la quiebra al Banco de Inglaterra: George Soros. Pero dicha idea iba casi tan desencaminada como Major y Lamont cuando culparon a otro hombre, a Helmut Schlesinger.[\(67\)](#) Las crisis financieras no las desencadenan los individuos. Las causan las manadas, como entendía bien Soros. Nacido en Hungría, refugiado del nazismo y graduado en la Escuela de Economía de Londres, Soros había logrado que su Quantum Fund y otros fondos asociados crecieran de unos 5 millones de dólares en 1969 a alrededor de 5.000 millones en 1992 realizando importantes apuestas financieras con unos beneficios acordes. Soros sabía muy bien que un sistema de tipos de cambio fijos sufriría tensiones si se daban diferencias significativas y persistentes en el desempeño económico de los estados miembros. Pero también sabía que si su Quantum Fund y los fondos de cobertura asociados apostaban con fuerza contra una moneda, podían debilitarla sin importar los «fundamentos» económicos. Orgulloso de su visión heterodoxa de la economía, Soros creía que la «reflexividad» cumplía un papel crucial en los mercados financieros. Como dijo en una charla en el Instituto de Tecnología de Massachusetts en 1994: «La reflexividad es, en la práctica,

un mecanismo retroalimentario en el doble sentido en que la realidad ayuda a moldear el razonamiento de los participantes y el razonamiento de los participantes ayuda a moldear la realidad». [42]

La clave era que Soros no podía provocar algo semejante solo. «La mayor parte del tiempo sigo la corriente —comentó en una ocasión—, pero soy consciente todo el tiempo de que formo parte de una manada y estoy atento a cualquier punto de inflexión [...]. La corriente acostumbra a prevalecer casi siempre; solo de vez en cuando se corrigen los errores. Es únicamente entonces cuando uno debe ir contra la corriente [...] para ponerse por delante.» [43] Como hemos visto, los activos gestionados por Quantum eran de unos 5.000 millones de dólares en 1992. Las reservas internacionales del Banco de Inglaterra eran de 44.000 millones —casi nueve veces más—, a las que podían añadirse las del banco central de cualquier otro de los miembros del MEC que optara por ponerse del lado de los británicos. Si Soros se hubiese enfrentado sin ayuda al Banco de Inglaterra, habría perdido. Por otra parte, la Reserva Federal calculaba que el movimiento diario en los mercados de divisas del mundo había pasado de 58.000 millones de dólares en 1986 a 167.000 en 1992. [44] Según el *Economist*: «Las reservas aparentemente holgadas del Tesoro británico no eran nada comparadas con la poderosa capacidad de los especuladores». [45] El secreto de la operación de Soros fue, por tanto, conseguir que una masa crítica de inversores se

sumara a la misma operación que él tenía en mente. Y eso no resultó difícil porque Soros formaba ya parte de una red de inversores de mentalidad similar.

De hecho, Robert Johnson, de Bankers Trust, fue quien ayudó a Soros y a su socio Stan Druckenmiller a planear la operación.[\[46\]](#) Como explicó Johnson, la clave era que las monedas del MEC se mantenían entre bandas relativamente estrechas; pasara lo que pasase, los valores de las monedas no podían subir mucho respecto al marco, de modo que si los especuladores vendían la libra en corto[\(68\)](#) y perdían, no podrían perder demasiado. Pero si apostaban y ganaban, tenían la posibilidad de obtener un buen tanto; Johnson calculaba que la depreciación podía llegar a un 20 por ciento.[\[47\]](#) Ese era un argumento para poner toda la carne en el asador. Druckenmiller estaba convencido de que la libra se devaluaría, pero dudaba sobre cuánto apostar. «Bueno, si tanto la quieres...», le espetó Soros, sarcástico, y le dijo a Druckenmiller que fuesen «a la yugular», que tomasen prestado cuanto pudieran para vender en corto la libra.[\[48\]](#) A fin de cuentas, como dijo Soros, «la relación de riesgo/recompensa de la operación [era] sumamente favorable», así que ¿por qué contenerse?[\[49\]](#) Con entusiasmo creciente, Druckenmiller y Soros empezaron a tomar en préstamo tantas libras como les cabían en las manos y a hacer la mayor apuesta de sus carreras. Pero lo fundamental, como recuerda Johnson, era que no apostaban solos: «Salí de allí sin la más mínima duda de que íbamos a

ir a por ello [y] *sabía que otra gente en los bancos y otras entidades financieras nos imitarían*». [50]

Dado que los comentarios «no autorizados» de Schlesinger de la tarde del martes se hicieron públicos el miércoles 16 de septiembre, la venta en corto de la libra se disparó. Mientras esperaba ansioso a hablar con el primer ministro, Lamont se lamentaba de que iban «a perder cientos de millones de dólares cada pocos minutos». El Banco de Inglaterra intentó en vano contener la pérdida. [51] A las once de la mañana, anunció que iban a subir la tasa de interés mínima al 12 por ciento. Al cabo de poco más de tres horas, la subieron a un 15 por ciento, pero aplicable a partir del día siguiente. Tales medidas desesperadas no hicieron más que alentar a Soros. [52] Y cuando Lamont anunció que tomaría prestados 15.000 millones de dólares extra para defender la libra, a Soros le hizo «muchacha gracia, porque esa era más o menos la cantidad que nosotros queríamos vender». [53] No llegaron a ese extremo, sin embargo; su posición había alcanzado más o menos los 10.000 millones de dólares cuando cerraron los mercados. Esa noche, mientras los asistentes al teatro de la Ópera Nacional (entre ellos el autor de estas páginas) disfrutaban de *La fuerza del destino* de Verdi, Lamont convocó una rueda de prensa improvisada en el patio central del Tesoro para anunciar que el Reino Unido «suspendía» su participación en el MEC. [54] Y a pesar de su devaluación previa, todavía en el seno del MEC, también la lira quedó fuera ese mismo día. [55]

Los teóricos de la conspiración han afirmado muy a menudo que George Soros es el núcleo de una red amplia y poderosa. Según una explicación fascinante, «es la cara visible de una enorme y despreciable red secreta de intereses financieros privados, controlados por los principales aristócratas y familias reales europeas, con su centro en la casa británica de Windsor [...] y erigida sobre los escombros del Imperio británico tras la Segunda Guerra Mundial». Se supone que esta red se extiende desde la reina y los Rothschild hasta el mismísimo «especulador de metales y materias primas, condenado y fugitivo de la justicia, Marc Rich, de Zug, Suiza, y Tel Aviv; el misterioso tratante en armas y materias primas israelí Shaul Eisenberg y «Dirty Rafi» Eytan».[56] Esto es un disparate. La auténtica red a que pertenece Soros, esa «red económica más grande y compleja» a la que él mismo aludía en una entrevista, es una red de fondos de cobertura que buscan hacer dinero de modo similar.[57] Como recordaría Druckenmiller: «Nos lanzamos a por ello y seguimos y seguimos y seguimos como el conejito de las pilas Energizer [...]. Así que cualquiera con dos dedos de frente le va a preguntar a su agente: “¿Qué demonios está pasando?”. Y sé que la gente habla de ello. Se trata de Quantum». En algunos casos (en particular el de Louis Bacon), Soros y Druckenmiller compartieron información por teléfono, y entre el resto de los gestores de fondos de cobertura implicados en la operación estaban Bruce Kovner, de Caxton, y Paul Tudor

Jones. No hizo falta telepatía.

Los bancos que estaban prestando el dinero de los fondos de cobertura ayudaron a ampliar la escala de la venta en corto.^[58] Duncan Balsbaugh llevaba la mesa de operaciones de renta fija para Morgan Stanley en Londres. Como rememoró tiempo después, la solicitud de financiación de Soros significó que lo habían «reclutado para ayudar a tramar un asalto contra una anciana: la vieja señora de Threadneedle Street; esto es, el Banco de Inglaterra». Soros «almacenó» casi todas sus reservas de bonos europeos como garantía de pago de los préstamos que estaba adquiriendo para vender la libra en corto en el mercado al contado. Pero además de financiarlo, en palabras de Balsbaugh, «copiamos a Soros». «Tras las ventas de libra de Quantum (y a menudo adelantándolos) venía la caballería: fondos de cobertura como los de Tudor, Bacon y Kovner, por no mencionar una legión de bancos apalancados [...] todos ellos machacando la libra».^[59] Otros bancos que siguieron el ejemplo de los fondos de cobertura fueron Citicorp, J. P. Morgan, Chemical Banking, Bankers Trust, Chase Manhattan, First Chicago y BankAmerica.^[60] La señora no tenía salvación. Fue una violación financiera en grupo.

La brusca devaluación del 15 por ciento de la libra que siguió a la rendición británica del «Miércoles Negro» reportó a Soros una ingente cantidad de dinero.⁽⁶⁹⁾ En una entrevista con el periodista del *Times* Anatole Kaletsky, reconoció —«con un ademán avergonzado que no conseguía

disimular del todo cierta jactancia»— que sus cuatro fondos habían ganado alrededor de mil millones de dólares vendiendo libra en corto; sus beneficios procedentes de una diversidad de posiciones adicionales, como futuros sobre tasas de interés o la venta en corto de lira italiana, sumaban otros mil.[\[61\]](#) Tiempo después, Soros afirmaba que el fin de la libra esterlina «habría tenido más o menos el mismo desarrollo aunque yo ni siquiera hubiese nacido».[\[62\]](#) Ciertamente: de las pérdidas totales de reservas británicas —27.000 millones de dólares—, en teoría solo podían atribuírsele 10.000 millones.[\[63\]](#) Pero la realidad es que fue el esfuerzo colectivo de la red de Soros el que hizo pedazos la vinculación monetaria. Como le dijo a Kaletsky, había sido el «factor más importante del mercado», pero no todo el mercado. Soros había liderado la corriente,[\[64\]](#) pero muy bien podría haber ocurrido sin él, «porque de no haber sido yo el que ocupara ese lugar, lo habría hecho otro».[\[65\]](#)

La red de Soros había ganado. Pero ¿quién había perdido? En 1997, el Tesoro británico estimó que el coste del Miércoles Negro había sido de 3.400 millones de libras, si bien ocho años después la cifra se revisó a la baja y se dejó en 3.300 millones. Las pérdidas del Banco de Inglaterra en las operaciones de agosto y septiembre eran del orden de los 800 millones de libras, pero la principal pérdida para los contribuyentes radicaba en que la devaluación, llevada de otro modo, podría haberles beneficiado.[\[66\]](#) Más duradero fue el daño a la reputación del banco, aun si no era más que

la última de la lista de organizaciones jerárquicas a la que le bajaba los humos la que el periodista estadounidense Tom Friedman había acuñado como «la manada electrónica». Por otra parte, romper la vinculación con el marco alemán alivió a la economía británica. Las tasas de interés a corto plazo se rebajaron enseguida, de modo que en enero de 1993 estaban ya por debajo del 6 por ciento, un respiro de agradecer en un país muy expuesto a hipotecas de interés variable. La economía se recuperó.[\[67\]](#) El desastre no fue económico, sino político: las vueltas que había dado el Gobierno antes de decidir, ya para empezar, si unirse o no al MEC; las rotundas declaraciones a lo largo del verano de 1992 de que defendería la libra hasta el final, y su lamentable rendición final el 16 de septiembre, todo ello dañó de manera permanente la reputación de los conservadores en cuanto a su competencia económica.[\[68\]](#) La posición del Gobierno de Major en las encuestas nunca se recuperó, y el 1 de mayo de 1997 —pese a cuatro años de crecimiento boyante— los *tories* sucumbieron a manos de un rejuvenecido Partido Laborista, liderado por Tony Blair, quien, siguiendo el ejemplo de Nelson Mandela, había renunciado a «la propiedad común de los medios de producción» como uno de sus objetivos políticos troncales.

En cuanto al proyecto de integración europea, ocurrió algo sorprendente. Tras la debacle del MEC, algunos economistas estadounidenses concluyeron que seguir avanzando —hacia una unión monetaria plena— sería la

receta de un desastre económico y tal vez incluso de un conflicto europeo. Pero George Soros no lo veía así. «La única salida», afirmaba,

es no tener ningún sistema de tipos de cambio, sino una única moneda en Europa, como en Estados Unidos. Eso dejaría fuera de juego a los especuladores como yo, pero estaría encantado de sacrificarme [...]. Preveo un periodo muy turbulento en Europa del Este, y esa agitación al otro lado de las compuertas generará el impulso necesario para una unión europea. El nacionalismo en el Este es tan fuerte ahora mismo que solo una Europa unida puede contrarrestarlo. Si Europa no se mantiene unida, la guerra se tragará a la mayor parte de la antigua Unión Soviética.

Cuando le preguntaban por la devoción que sentían los alemanes por su marco, respondía: «Si Maastricht se ratifica, a lo mejor hasta apuesto contra el Banco Federal Alemán». [69] El *Economist* llegó también a la conclusión de que la crisis del MEC era un argumento a favor, y no en contra, de la unión monetaria. [70] Así fue como el que salió ganando de la crisis de 1992 extrajo justo la lección equivocada. Los líderes de la Europa continental siguieron esforzándose en avanzar hacia la unión monetaria, de modo que a comienzos de 1999, el euro —una moneda única europea gestionada por un Banco Central Europeo verdaderamente federal— era ya una realidad. Con ello revelaron su fe indestructible en el poder de las estructuras jerárquicas, incluso en una época de crecimiento exponencial de las redes. En 1992, George Soros se había hecho el amo de la jungla, pero esta se había

adueñado de los políticos. En los años que siguieron a 1999, el único cambio que hubo fue que la jungla se volvió muchísimo más grande, más espesa y más inhóspita para los anticuados constructores de pirámides.

OCTAVA PARTE

La biblioteca de Babel

11 de septiembre de 2001

El siglo ^{xxi} se parece cada vez más al relato de Jorge Luis Borges «La biblioteca de Babel». En él, imaginaba una biblioteca que contenía, no solo todos los libros que se han escrito, sino cuantos podrían escribirse jamás. Con tal infinidad de información a su alcance, los hombres pasan muy rápido de la euforia a la locura. Algunos son presa de un «furor higiénico, ascético» de «eliminar las obras inútiles» que desemboca en «la insensata perdición de millones de libros». Otros buscan ese volumen «que sea la cifra y el compendio perfecto de todos los demás», o van tras los pasos del bibliotecario que lo ha leído y que es, por tanto, «análogo a un dios». En algunos rincones de la vasta biblioteca, los hombres «se prosternan ante los libros y besan con barbarie las páginas, pero no saben descifrar una sola letra». En otros, «las epidemias, las discordias heréticas, las peregrinaciones que inevitablemente degeneran en bandolerismo, han diezmando la población».[1] El mundo del siglo ^{xxi} a menudo parece una colosal materialización de la visión de Borges.

El suceso determinante con que empezó el siglo fue el atentado contra las redes de finanzas y transportes de Estados Unidos cometido por una banda islamista que sería más apropiado definir como una red antisocial. Aunque actuaban en nombre de Al Qaeda, la conexión de los artífices del 11-S con la red del islam político era muy débil, lo que ayuda a explicar cómo pudieron pasar inadvertidos.

Una mente diabólica estuvo detrás de lo que hicieron estos terroristas el 11 de septiembre de 2001. En esencia, apuntaron a los núcleos principales de una sociedad cada vez más interconectada y, aprovechando los puntos débiles de los mecanismos de seguridad, introdujeron armas primitivas (cúteres) a bordo de cuatro aviones de pasajeros con destino a Nueva York y Washington, que eran, respectivamente, los nodos centrales de los sistemas financiero y político de Estados Unidos. Los agentes de Al Qaeda secuestraron los aviones, tomaron el mando y los estrellaron contra las Torres Gemelas y el Pentágono en lo que fue el mayor golpe de la historia del terrorismo. No solo generaron en el país una atmósfera de miedo que persistió meses, sino que, lo que es más importante, precipitaron una respuesta asimétrica por parte del Gobierno del presidente George W. Bush que casi con toda seguridad acabó por reforzar, más que debilitar, la causa del salafismo en los años posteriores.

La complejidad tanto del transporte aéreo como de los sistemas financieros había aumentado de manera

significativa en los años anteriores, de modo que parecían los blancos perfectos para unos atentados de tales características. Ambos desempeñaban un papel crucial en el proceso de globalización que, en 2001, no solo gran parte de la izquierda sino también los islamistas consideraban una nueva encarnación del imperialismo estadounidense.^[2] Los terroristas tenían asimismo motivos para confiar en que, al dañar nodos tan importantes a la vez que creaban pánico social, quizá consiguieran generar una agitación en cascada que se propagaría por el resto de las redes.^[3]

Los terroristas formaban en sí mismos una red. Justo después de los atentados, un consultor de Cleveland, Valdis Krebs, trabajando por su cuenta y usando el software InFlow (creado para analizar redes corporativas) demostró que Mohamed Atta había sido el nodo crucial de la red del 11-S (véase la lámina 24). Era Atta quien se hallaba en contacto con dieciséis de los diecinueve encargados de secuestrar los aviones, así como con otras quince personas conectadas con ellos. De cuantos formaban la red, Atta era el que poseía una centralidad de intermediación más alta y también una mayor actividad (a partir del número de veces que se puso en contacto con otros) y proximidad (por la capacidad de conectar de manera directa, sin intermediarios). Sin embargo, Nawaf Alhazmi, uno de los secuestradores del vuelo 77 de American Airlines, lo seguía en términos de centralidad de intermediación, lo que indicaba que quizá fuera otro de los cerebros de la operación. Y si por algún

motivo hubiesen arrestado a Atta antes del 11-S, Marwan al-Shehhi podría haber ocupado con toda facilidad el puesto de mando.^[4] Como señalaba Krebs, no obstante, el rasgo característico de la red del 11-S era su falta de vínculos sociales con el mundo exterior. Los organizadores, muchos de los cuales se habían entrenado juntos en Afganistán, formaban un grupo muy cerrado que carecía casi por entero de los vínculos débiles que caracterizan una red social típica. Es más, ni siquiera tuvieron mucha relación unos con otros tras su llegada a Estados Unidos; la suya era una red dispersa en que las comunicaciones se reducían al mínimo indispensable. En ese sentido, era en verdad una red antisocial, casi invisible, como deben serlo las redes secretas para evitar que las detecten.^[5]

En un análisis retrospectivo, para Krebs era obvio lo que ocurría. No obstante, ¿podría haberse detectado de antemano? «Para ganar la lucha contra el terrorismo — escribía Krebs—, parece que los buenos tendrán que construir una red compartida de información y conocimientos mejor que la de los malos.»^[6] Se suponía que ya existía semejante red en 2001, en la forma de un proyecto del ejército conocido como Able Danger («Peligro potencial») que pretendía cartografiar la estructura de Al Qaeda «identificando conexiones y patrones en grandes cantidades de datos». El inconveniente era que, debido al problema de «Kevin Bacon» —el hecho de que hoy en día haya menos de seis grados de separación entre cualquier

persona de Estados Unidos—, el número de gente identificada como posible terrorista era del orden de cientos de miles, si no millones.[\[7\]](#) Algunos de los grafos de red que salieron de Able Danger medían seis metros de largo y tenían una letra tan pequeña que resultaban casi ininteligibles.[\[8\]](#) El propio Krebs llegó a la conclusión de que nada podía sustituir la inteligencia humana en la guerra contra el terrorismo; la alternativa era ahogarse en macrodatos.[\[9\]](#)

A raíz de los atentados del 11-S, y mientras el pánico remitía poco a poco, algunos especialistas en redes empezaron a sostener que Al Qaeda era, en realidad, bastante débil. Justo por su carácter secreto y antisocial, le costaba reclutar y entrenar a nuevos miembros.[\[10\]](#) Eso de que la fuerza de Al Qaeda residía en parte en su descentralización[\[11\]](#) estaba muy bien, pero si Osama bin Laden no podía ordenar un segundo atentado importante en Estados Unidos, ¿qué sentido tenía usar semejante estructura de red?[\[12\]](#) Si tras la invasión estadounidense de Afganistán y el derrocamiento del régimen talibán, la plana mayor de Al Qaeda se hallaba aislada en algún punto de Pakistán, lo único que había que hacer era localizarla y descabezar la organización.[\[13\]](#) Algunos estudiosos trazaron analogías con redes criminales secretas, como la red Caviar, una banda de tráfico de cannabis y cocaína de Montreal de la década de 1990, si bien señalaban que dichas redes criminales presentaban mayor centralización que la red

terrorista.[14] Otra diferencia más importante era que a los miembros de las bandas criminales no los unía una ideología común, al contrario sin duda que a los miembros de Al Qaeda. Aunque las conexiones que mantenían con el conjunto de la red salafista no eran visibles, todos los terroristas del 11-S pertenecían a ella intelectualmente y estaban dispuestos a morir por su fe religiosa. En otras palabras, existía una red yihadista mucho más extensa de la que Al Qaeda era un componente con conexiones muy débiles. Esa red se hallaba formada por hombres que habían coincidido y establecido vínculos como muyahidines en la guerra ruso-afgana; por miembros de la Jemaah Islamiya del Sudeste Asiático, y por adeptos a las comunidades árabes de Europa y Oriente Próximo.[15] Lo que descolocaba tanto a los dirigentes occidentales era que su guerra revanchista contra el terrorismo requería centrarse solo en aquellos islamistas que abrazasen la violencia, pero esto pasaba por alto a las pequeñas redes de terroristas activos encajadas en redes mucho mayores de gente que simpatizaba con los terroristas, pero no practicaba la violencia.[16] Los jóvenes no se vuelven terroristas por un impulso; necesitan estar expuestos de manera constante a las prédicas extremistas y envueltos en una red de actividad salafista.[17]

Cuando una red que se halla repartida ataca una jerarquía, esta reacciona de la manera que le es propia. Poco después del 11-S, el presidente George W. Bush y los miembros clave del Gobierno responsables de la seguridad nacional tomaron

una serie de decisiones que difícilmente podrían haber favorecido más el crecimiento de la red islamista. El presidente acertó cuando instó a que se improvisara un plan para derrocar el régimen afgano por dar refugio a Al Qaeda. Pero fue un error dejarse persuadir por el vicepresidente, Dick Cheney, y el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, de que los atentados eran el pretexto para una segunda intervención militar, esta vez para derrocar a Sadam Husein en Irak, aun cuando las pruebas de una relación causal entre Irak(70) y los atentados del 11-S rayaban en lo inexistente. Al mismo tiempo, a fin de combatir futuros atentados contra Estados Unidos, Bush creó un nuevo Departamento de Seguridad Nacional. En un artículo de *Los Angeles Times*, ya en agosto de 2002, antes incluso de que se hubiese decidido invadir Irak, un clarividente John Arquilla señalaba los fallos de esta perspectiva:

[E]n una guerra en red como esta en que nos hallamos ahora envueltos, los bombardeos estratégicos no sirven de mucho, y la mayoría de las redes no dependen de un solo gran jefe —ni siquiera de varios— que las mantengan y guíen [...]. [Crear] un Departamento de Seguridad Nacional a nivel ministerial [...] es un segundo error importante. Una jerarquía es una herramienta demasiado tosca para enfrentarse a una red ágil: se requieren redes para luchar contra las redes, igual que en las guerras anteriores se requirieron tanques para luchar contra los tanques [...]. La red que necesitamos no puede crearse ni mantenerse por medio de mensajes coercitivos del tipo «con nosotros» o «contra nosotros».[18]

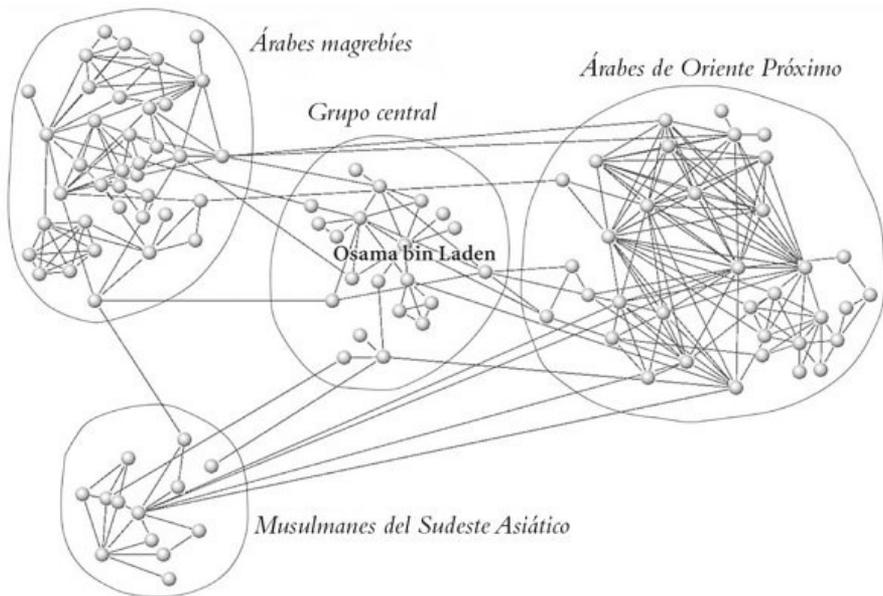


FIGURA 37. La red salafista global, a grandes trazos, c. 2004.

Tal vez Arquilla era demasiado pesimista sobre lo que conseguiría el estado de seguridad nacional. De los 109 planes yihadistas para atacar territorio nacional estadounidense de los que se tuvo conocimiento entre enero de 1993 y febrero de 2016, solo trece se llevaron a cabo, gracias a una combinación de vigilancia e informantes.^[19] Aun así, tenía razón en un aspecto. A finales de 2001, Al Qaeda parecía una anticuada sociedad secreta que se había visto obligada a actuar como una red antisocial, capaz solo de actos violentos esporádicos, aunque espectaculares. Tras la invasión encabezada por Estados Unidos, sin embargo, su filial en Irak evolucionó hasta convertirse en una red mucho más extensa y efectiva, al tiempo que aprovechaba el caos

que siguió al derrocamiento de la brutal jerarquía de Sadam para atizar el conflicto sectario. El resultado fue una sangrienta insurrección más que previsible para cualquiera que estuviese familiarizado con la historia iraquí. (Algo muy parecido les había sucedido a los ocupantes británicos en 1920.) A los estadounidenses les costó unos cuantos años de frustraciones asumir a destiempo las lecciones que Walter Walker y sus contemporáneos habían aprendido mucho antes en las junglas del Sudeste Asiático.

John Nagl era un oficial del ejército estadounidense que, en su época de estudiante en Oxford gracias a una beca Rhodes, había escrito una tesis doctoral comparando los conflictos de Malasia y Vietnam; es ella la que argumentaba que los británicos se habían adaptado a las exigencias de la guerra en la jungla, no así los estadounidenses.[\[20\]](#) Fue uno de los autores de lo que se convertiría en el FM 3-24 («Manual de campo de la contrainsurgencia») del ejército, dirigido por dos generales visionarios que habían comprendido la necesidad urgente de contar con un manual sobre el tema: el teniente general David Petraeus y el teniente general James Mattis. Comenzaron a trabajar en el FM 3-24 en octubre de 2005, a la vuelta de Petraeus de su segundo periodo de servicio en Irak, y se publicó en diciembre de 2006.[\[21\]](#) Lo más llamativo del manual era el análisis reiterado del carácter reticular de una insurgencia. Por ejemplo, los autores se esforzaban por mostrar la diferencia entre insurgencias con una «estructura formal y

jerárquica» y otras con «estructura en red». Cada modelo tenía sus puntos fuertes y puntos flacos, pero las insurgencias en red tendían a «recuperarse, adaptarse y aprender con rapidez» y también era muy difícil que acabaran aceptando un acuerdo negociado «porque no hay una única persona o un grupo pequeño que esté al mando».

[22] El FM 3-24 tenía como objetivo instruir —hasta extremos sorprendentes— a los militares estadounidenses en teoría de redes mediante conceptos como densidad de red, centralidad de grado o intermediación.[23] En la primera edición, incluso había un apéndice titulado «Análisis de redes sociales».[24]

El FM 3-24 le debía no poco al trabajo de un coronel del ejército australiano llamado David Kilcullen, destinado en el Pentágono en 2004. En los Veintiocho Artículos de Kilcullen —«Fundamentos de contrainsurgencia a nivel de compañía»— se afirmaba que «crear redes de confianza» era el «significado verdadero de la expresión “ganarse los corazones y las mentes”»:

Con el tiempo, si uno consigue generar redes de confianza, estas se hundirán como raíces entre la población y, al hacerlo, desplazarán a las redes del enemigo y lo obligarán a salir al exterior a combatirte, tomando la iniciativa. Estas redes incluyen aliados locales, jefes comunitarios, fuerzas de seguridad local, ONGs y otros actores no estatales aliados o neutrales de la zona, y también los medios [...]. Toda acción que ayude a construir redes de confianza sirve a la causa. Toda acción que socave la confianza o perturbe tus redes —incluso eliminar objetivos de alto nivel— ayuda al enemigo.[25]

Una idea fundamental era que la yihad global que estaban librando Estados Unidos y sus enemigos se basaba en una red social preexistente de «uniones matrimoniales, flujos de dinero, relaciones de exalumnos y lazos de patronazgo». El terrorismo era «simplemente una más de las actividades compartidas en que la red se implica, si bien el centro lo ocupan las redes clientelares».[26] Al mismo tiempo, sin embargo, dada la importancia creciente de la violencia organizada, la yihad global estaba adquiriendo ya tintes estatales:

En una insurgencia globalizada, la jerarquía paralela de los insurgentes es un estado virtual: no controla ningún territorio y tampoco a ninguna población, pero ejerce su control sobre sistemas repartidos que, si los valoramos en conjunto, representan muchos elementos del poder estatal tradicional. Se trata también de un seudoestado: un Estado falso, una entidad de gobierno que actúa como un Estado pero que no lo es en términos de legitimidad jurídica o política. Además, no existe una jerarquía única, sino una red federada de sistemas vinculados que funciona como un «Estado insurgente» y compite con los gobiernos mundiales.[27]

Entre las tácticas que recomendaba Kilcullen para derrotar ese Estado incipiente estaban la «captación de mujeres aliadas o neutrales», por su importancia en las redes de apoyo de los insurgentes; la puesta en marcha de operaciones de alta frecuencia de inteligencia «contrarred» capaces de «generar un empuje letal que lleve a las redes

insurgentes a derrumbarse de manera catastrófica»; «asfixiar la red aislando a los insurgentes del resto de la población», e interceptar las conexiones vulnerables de la red insurgente.[28] Esta sería la base de la «Estrategia Anaconda» de Petraeus, que consistía en rodear y asfixiar a Al Qaeda en la red iraquí.[29]

El ejército de Estados Unidos, aunque tarde, se aprendió bien la lección. Durante la fase decisiva de la «Oleada de tropas» en Irak de 2007, el general Stanley McChrystal resumió lo aprendido allí: «Para enfrentarse a la red en expansión de [el líder de Al Qaeda en Irak, Abu Musab al-] Zarqawi, teníamos que copiar su dispersión, flexibilidad y velocidad. Con el tiempo, lo de “hacen falta redes para luchar contra las redes” se convirtió en un mantra en el comando, un resumen en ocho palabras de la esencia de nuestro concepto operativo».[30] De este modo, los soldados estadounidenses dieron con la manera de adueñarse de las junglas de asfalto del Irak post-Sadam. Y también en Afganistán estaba produciéndose un proceso de aprendizaje igual de doloroso. La experiencia de Emile Simpson como oficial gurja lo convenció de que, si bien quizá siguiera habiendo guerras bilaterales, la tendencia general era hacia conflictos con múltiples actores en que el ideal clausewitziano de una victoria decisiva en el campo de batalla resultaba inalcanzable. La victoria en esa clase de conflictos equivalía a lograr estabilidad política.[31] Y la contrainsurgencia era una actividad tan política que tal vez

hubiera casos en que asegurarse cierto grado de acuerdo por parte de una red insurgente fuera preferible a destruirla.

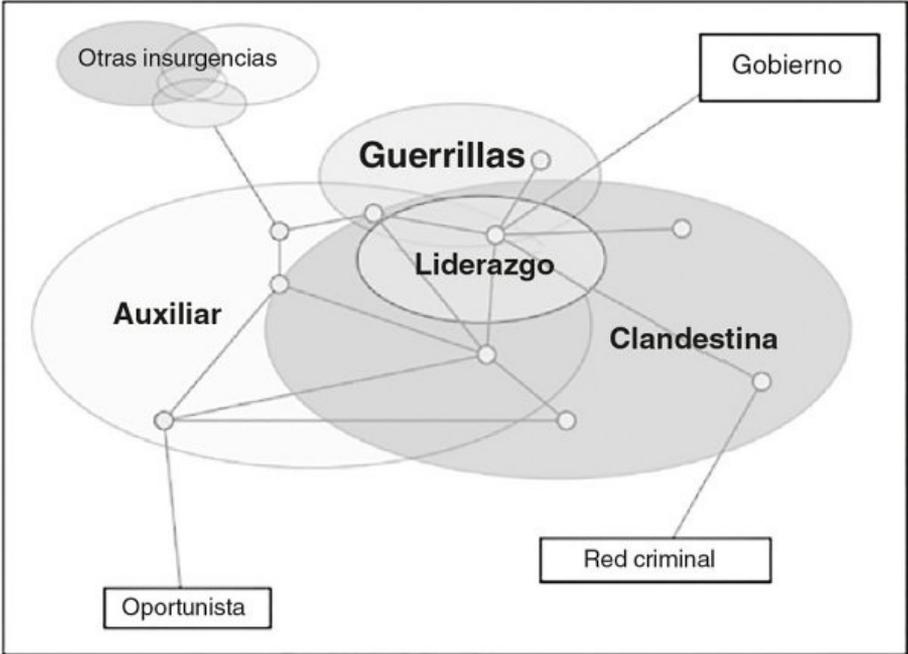


FIGURA 38. Insurgencias en red: diagrama tomado del «Manual de contrainsurgencia del ejército» (edición de 2014).

15 de septiembre de 2008

En muchos aspectos, los efectos del 11-S alteraron el sistema financiero y político estadounidense en mucha menor medida de lo que Al Qaeda esperaba. Es verdad que se interrumpió el sistema de pagos, el Mercado de Divisas de Nueva York estuvo una semana cerrado, hubo un desplome en los precios de las acciones y se disparó la volatilidad financiera. La suspensión del transporte aéreo ralentizó también la compensación bancaria y demás formas no electrónicas de transacción. Sin embargo, el impacto económico de los atentados fue limitado, pues las instituciones más importantes estaban preparadísimas para tal eventualidad y la Reserva Federal intervino sin vacilar a fin de mantener la liquidez del mercado. En cuestión de semanas, la crisis financiera se había superado.^[1] El coste total de los atentados en términos de daños a la propiedad, limpieza y pérdidas salariales se ha calculado en unos 33.000-36.000 millones de dólares.^[2] Fue la decisión del Gobierno de Bush de invadir Irak —que los líderes de Al Qaeda no pudieron haber previsto en modo alguno— lo que

incrementó esos costes hasta en dos órdenes de magnitud, si damos por válidos los cálculos más altos de los costes de la «guerra contra el terrorismo».[3] Sin embargo, parece que lo que pretendía Bin Laden era más bien una reacción en cadena en que el impacto inicial de los atentados tendría un efecto cascada que se transmitiría a todo el sistema económico estadounidense. El hecho de que esto no sucediera indica que la red capitalista del país era más resiliente de lo que los yihadistas esperaban.

Los cortes en la red eran ya un concepto familiar en 2001. En 1996 se había producido un apagón general en el oeste de Estados Unidos debido a una avería en un solo tendido eléctrico de Oregón que hizo caer cientos de líneas y generadores, por lo que 7,5 millones de personas quedaron sin servicio. Al año siguiente, Toyota tuvo que parar en seco su cadena de producción porque un incendio había destruido la fábrica del único proveedor de un componente crucial de sus frenos, parón que puso en peligro el negocio de aproximadamente otros doscientos proveedores.[4] Tan solo unos meses antes del 11-S, el 18 de julio de 2001, un incendio en un túnel ferroviario de Baltimore, donde ardieron los cables de fibra óptica de diversos proveedores de servicios de internet, había provocado una ralentización generalizada de la velocidad de conexión a la red. Algo similar sucedió en septiembre de 2003, cuando cayó toda la red eléctrica italiana (salvo en la isla de Cerdeña) por el derrumbe de un árbol sobre una línea de alta tensión entre Italia y Suiza. Y

un efecto cascada aún mayor se produjo en noviembre de 2006, cuando la avería de un cable eléctrico al noroeste de Alemania provocó apagones nada menos que hasta en Portugal.[\[5\]](#) El sistema financiero, al parecer, formaba una red más resiliente que la red eléctrica europea, si no el mismo internet.

Pero resultó ser un espejismo. La quiebra de Lehman Brothers el 15 de septiembre de 2008 desencadenó una de las mayores crisis financieras de la historia y estuvo más cerca que nunca desde el Crack de 1929 de provocar un corte mundial del sistema internacional de crédito. Los costes macroeconómicos de la crisis financiera mundial, además, fueron mucho mayores a los de la guerra contra el terrorismo, sobre todo si imaginamos el rendimiento que podría haberse generado si la economía mundial hubiese seguido su tendencia sin interrupciones. (Algunas estimaciones plausibles, solo en el caso de Estados Unidos, oscilan entre los 5,7 y los 13 billones de dólares, en comparación con la estimación máxima de los costes de la guerra contra el terrorismo, que es de 4 billones de dólares.) [\[6\]](#) En resumen, la perturbación que conllevó el 15-S superó la generada siete años antes por el 11-S.

Las causas de la crisis financiera pueden condensarse en seis puntos. Los bancos importantes quedaron peligrosamente descapitalizados, pues aprovechaban las lagunas reguladoras para aumentar su ratio de apalancamiento. Los mercados se vieron inundados de

valores respaldados con activos, como por ejemplo obligaciones de deuda garantizada, cuyo riesgo las agencias de calificación subestimaron de manera clamorosa. La Reserva Federal había permitido una política monetaria demasiado laxa entre 2002 y 2004. Los políticos crearon incentivos estúpidos desde el punto de vista económico a fin de que los estadounidenses pobres comprasen una vivienda. Derivados como las permutas de incumplimiento crediticio se vendieron a gran escala basándose en modelos de riesgo poco realistas. Por último, la llegada al país de flujos de capital de los mercados emergentes, en particular de China, ayudó a inflar la burbuja inmobiliaria estadounidense.[\[7\]](#) Puede decirse que la crisis se desencadenó al estallar esa burbuja; la caída del precio de la vivienda y la acumulación de impagos en las hipotecas *subprime* venían dando signos de zozobra financiera ya desde finales de 2006. Sin embargo fue la quiebra de Lehman Brothers —a las 13.45 horas del lunes 15 de septiembre— la que convirtió el peligro en un pánico global. A la declaración de bancarrota de la empresa matriz la siguieron unas ochenta declaraciones de insolvencia que afectaban a empresas subsidiarias en dieciocho países extranjeros. En el principal concurso de acreedores, se presentaron alrededor de 66.000 demandas —por un total superior a los 873.000 millones de dólares— contra Lehman Brothers. Fue el «procedimiento de quiebra de mayor envergadura, complejidad, diversidad y alcance jamás ejecutado en Estados Unidos».[\[8\]](#) Por increíble que

parezca, no obstante, los economistas de la Reserva Federal no vieron motivo para prever una recesión. «No creo que se haya producido ningún cambio significativo en las perspectivas generales —informaba el economista jefe David J. Stockton ante el Comité Federal de Mercado Abierto (FOMC, por sus siglas en inglés) el 16 de septiembre—, y desde luego la base de nuestras previsiones es [...] que seguimos esperando un repunte muy gradual en el crecimiento del PIB a lo largo del próximo año.» Los acontecimientos dejarían esta y otras afirmaciones similares en ridículo.[\[9\]](#) Solo unos pocos percibieron en esta fase temprana la verdadera naturaleza de la postura de la Reserva Federal. En las palabras reveladoras de Eric S. Rosengren, de la Reserva Federal de Boston:

Creo que es demasiado pronto para saber si lo que hicimos con Lehman Brothers fue lo correcto. Dado que el Tesoro no quiso inyectar dinero, no tuvimos elección. Pero hicimos una apuesta calculada. Si se produce una estampida en los fondos del mercado monetario o el [...] mercado de repos cierra, quizá esa apuesta no parezca ni mucho menos tan buena. Creo que hicimos lo correcto dadas las limitaciones que teníamos. Espero que superemos esta semana [...] no deberíamos encontrarnos en una posición en que nos juguemos la economía en una o dos instituciones.[\[10\]](#)

No fue hasta el 29 de octubre cuando Ben Bernanke, el presidente de la Reserva Federal, aludió por primera vez a la posibilidad de que se tratara de una crisis análoga a la de los años 1930.[\[11\]](#) Y hubo que esperar a mediados de diciembre

para que otro miembro del FOMC llegase a sugerir de un modo explícito «que podríamos tener unos índices de impago más altos que los de la Gran Depresión».[12]

Lo que no había comprendido la Reserva era que, pese a que el director de Lehman Brothers, Dick Fuld, era una especie de elemento aislado en Wall Street, poco estimado por sus pares (incluido el secretario del Tesoro, Henry Paulson, antiguo director ejecutivo de Goldman Sachs), el banco en sí era un núcleo vital en una red financiera internacional que en apenas veinte años se había hecho más grande y densa que nunca, gracias a la combinación de globalización e internet. Uno de los pocos banqueros centrales que sí advirtió la importancia de este cambio estructural fue Andrew Haldane, del Banco de Inglaterra, que sostenía que había surgido un sistema adaptativo complejo que tendía a amplificar las fluctuaciones cíclicas. [13] La idea de Haldane se inspiraba en los trabajos de John Holland y otros sobre los sistemas complejos, los cuales, a diferencia de los sistemas meramente complicados, tienden a cambiar de maneras impredecibles. Estas «propiedades emergentes» fueron el elemento que faltó en el modelo de los economistas de la Reserva Federal.[14] Simple y llanamente, la macroeconomía convencional omitía la estructura de redes. Nadie había acabado de reparar en que la red financiera global estaba ya lo bastante conectada para que la zozobra se propagara con rapidez de una institución a otras, pero lo bastante dispersa para que las instituciones no

tuviesen diversidad suficiente ni salvaguardas adecuadas frente a la quiebra de una entidad financiera homóloga.[\[15\]](#)

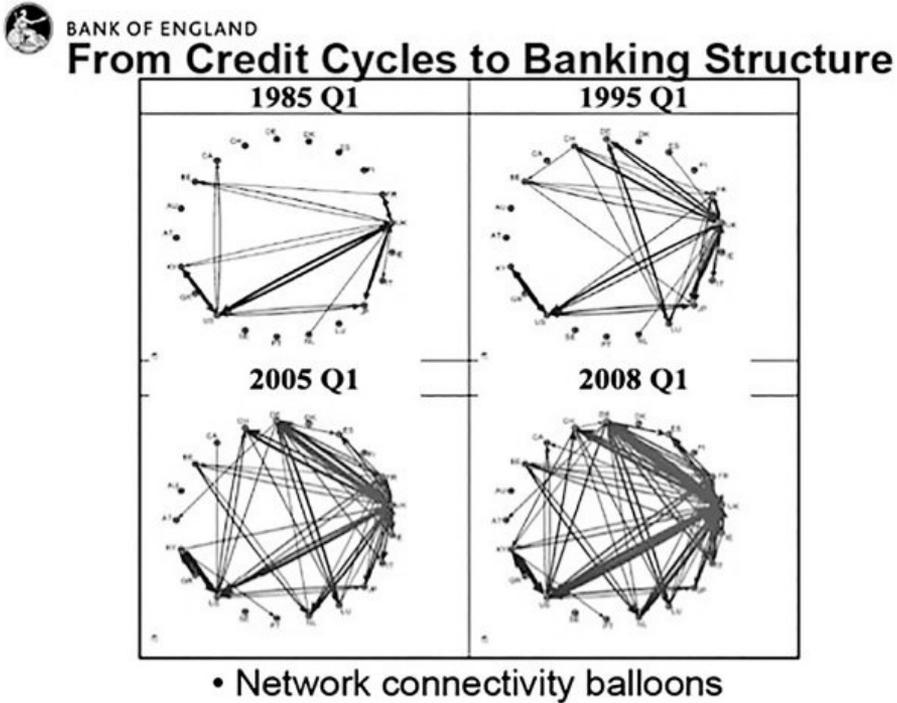


FIGURA 39. Globos de la conectividad de red del sistema financiero internacional, tomados de una presentación de Andrew Haldane (2011).

La Reserva Federal, con su delirante vanagloria por la «gran moderación» que había alcanzado justo pocos años antes de que el desastre azotara, había sido una de las artífices de la crisis financiera mundial, si bien hay que decir en honor del presidente Bernanke que la celeridad con que aplicó las lecciones de la Gran Depresión aseguró que las consecuencias económicas fuesen mucho menos graves que

en la década de 1930. Mediante la compra de toda clase de activos en una primera fase de «flexibilización cuantitativa» y de numerosos bonos del Estado después, en la segunda y la tercera fases, la Reserva ayudó a contener la crisis. Esto supuso un triunfo del sistema jerárquico de gobernanza monetaria, una constatación de que, sin ayuda, la red financiera internacional no habría podido repararse a sí misma. Sin embargo, no hubo una segunda Gran Depresión sobre todo porque, tras dejar caer a Lehman Brothers, el Tesoro estadounidense intervino para evitar más quiebras financieras de primer orden. Los rescates de entidades como el gigante de los seguros AIG y el resto de los grandes bancos, que percibieron más de 400.000 millones de dólares de la mano del Programa de Rescate de Activos en Apuros, resultaron determinantes a la hora de frenar la reacción de insolvencia en cadena que comenzara el 15 de septiembre. Que esas mismas entidades siguieran pagando a sus altos ejecutivos bonos de siete dígitos desató críticas generalizadas.[\[16\]](#) La opinión pública no debería haberse sorprendido, pues el sistema financiero era una red en más de un sentido.

La élite empresarial estadounidense es desde hace mucho un grupo muy cohesionado en el que los bancos ejercen como fuente principal de conexiones entre los distintos sectores de la economía, incluido el ámbito político.[\[17\]](#) Un buen ejemplo de cómo funciona este sistema es la carrera de Vernon Jordan Jr., distinguido abogado afroamericano que

se labró su reputación como profesional de la abogacía por los derechos civiles en Georgia en los últimos años de la segregación. En 1972 lo invitaron a unirse a la junta de Celanese, una empresa de fabricación diversificada cuyo presidente, John W. Brooks, lo propuso a su vez para la junta del Bankers Trust de Nueva York. A través de otro director del Bankers Trust, William M. Ellinghaus, Jordan fue seleccionado para formar parte de la junta directiva de los almacenes J. C. Penney en 1973. Un año después, se unió a la junta de Xerox, donde trabajó con Archie R. McCardell, el presidente de Xerox, y Howard L. Clark, director ejecutivo de American Express, en cuya junta estaba también McCardell. Con el respaldo de ambos, Jordan entró en la junta de American Express en 1977. En 1980, en la de la tabacalera R. J. Reynolds, y al cabo de un año dejó su cargo en la Liga Urbana Nacional para incorporarse a la sede en Washington del bufete de Dallas Akin Gump Strauss Hauer & Feld.^[18] La estrecha amistad de Jordan con Bill Clinton, al que conoció por medio de la Liga Urbana Nacional en 1973, cobró trascendencia política cuando Clinton salió elegido presidente en 1992, ya que Jordan se convirtió en su «arreglado» en una sucesión de escándalos, en particular el de Monica Lewinsky. En 1999, Jordan abandonó Akin Gump Strauss Hauer & Feld para incorporarse a la sucursal neoyorquina de Lazard, banco de inversiones y gestor de activos.^[19]

En comparación, la carrera de Timothy Geithner siguió un

camino distinto. Su madre, Deborah Moore, era una descendiente del *Mayflower*. Geithner estudió en Dartmouth College, y antes de trabajar en el Gobierno lo hizo en Kissinger Associates. Como presidente del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, no obstante, Geithner estableció conexiones sociales así como profesionales con miembros de la élite financiera. De modo que, por su pertenencia a instituciones sin ánimo de lucro como el Club Económico de Nueva York o el Consejo de Relaciones Exteriores, Geithner mantenía un vínculo personal con altos cargos o directores de unas veintiún entidades financieras. Según un estudio econométrico, dichas conexiones eran valiosas, pues las empresas vinculadas a Geithner vieron cómo subía el precio de sus acciones tan pronto como se anunció, el 21 de noviembre de 2008, que sería el secretario del Tesoro de Barack Obama.[\[20\]](#) No pretendemos insinuar que haya en ello algo inapropiado, tan solo que la cercanía con el poder se percibe como una cosa importante, especialmente en tiempos de crisis. Después de ejercer un papel crucial en la Reserva en la fase inicial de la crisis, Geithner cogió las riendas del Tesoro en un momento en que la economía no había tocado todavía su punto más bajo. Habría sido muy ingenuo por parte de los inversores no otorgar ninguna importancia a la diferencia de conectividad política que percibían entre entidades financieras. La caída de Dick Fuld se había producido justo porque era un elemento relativamente aislado de la red.

El Estado administrativo

La crisis sacó a la luz otra peculiaridad del sistema financiero. En teoría, los bancos eran las entidades más sumamente reguladas del sistema. Sin embargo, las numerosas instituciones encargadas de regularlos y regular sus actividades no habían sabido prever la posibilidad de que cayeran como fichas de dominó en caso de una crisis de liquidez. Una explicación posible es que el Gobierno federal había degenerado en lo que se denomina un Estado «administrativo» o «gestor», jerárquico y burocrático en su funcionamiento, dedicado a la tarea de producir una regulación cada vez más complicada que acaba por conseguir justo el efecto contrario al deseado.

Podemos situar el origen del Estado administrativo a principios de la década de 1970, cuando el Congreso empezó a crear nuevos organismos reguladores, como la Agencia de Protección del Medio Ambiente y la Comisión de Seguridad de Productos de Consumo. El Código de Regulaciones Federales de Estados Unidos (CFR, por sus siglas en inglés), que tenía unas 23.000 páginas en 1950, se incrementó en

21.000 entre 1951 y 1970; en 62.000 entre 1971 y 1990, y en otras 40.000 entre 1991 y 2010.[\[1\]](#) En el mandato de George W. Bush, el Congreso amplió la regulación federal con respecto a la escolarización en primaria y secundaria (la Ley No Child Left Behind [«Ningún niño se queda fuera»], de 2001), la financiación electoral (la Ley McCain-Feingold de Reforma de la Campaña Electoral, de 2002), la gobernanza corporativa (la Ley Sarbanes-Oxley, de 2002) y la reserva de energía (la Ley de Independencia y Seguridad Energética, de 2007). Pero ningún gobierno ha generado mayor volumen de legislación y regulación que el del presidente Obama en su primer mandato.[\[2\]](#) La historia de su presidencia puede resumirse como una sucesión de promesas de aumentar el empleo (el «paquete de estímulo»), reducir el riesgo de una crisis financiera y proporcionar una atención sanitaria universal, cada una de las cuales generó una expansión enorme del Estado administrativo. La Ley de Wall Street y de Protección al Consumidor (Ley Dodd-Frank) tenía 848 páginas y dio lugar a dos nuevos organismos: el Consejo de Supervisión de la Estabilidad Financiera y la Oficina de Protección Financiera del Consumidor.[\[3\]](#) La Ley de Protección al Paciente y de Atención Sanitaria Asequible (ACA, para resumir) contaba con un total de 961 páginas (junto con la Ley de Enmienda de Atención Sanitaria y Educación) y procedía a crear la Junta Asesora Independiente de Pagos. Y aún más voluminoso resultó el borrador para el Acuerdo Transpacífico de Cooperación

Económica, un pacto comercial entre doce países en la costa del Pacífico de 5.554 páginas, más de dos millones de palabras y, una vez impreso, de casi un metro de alto.

Además, tanto la Obamacare como la Ley Dodd-Frank generaron un arsenal de regulación. Una vez aprobada la ACA, los organismos gubernamentales elaboraron más de un centenar de disposiciones finales que explicaban al detalle cómo implementar las nuevas leyes. La Dodd-Frank en concreto obligó a los reguladores a crear más de cuatrocientas normas nuevas. De acuerdo con una estimación, la ley podría llegar a aumentar en casi un tercio las restricciones reguladoras sobre la industria financiera si algún día se culmina el proceso.^[4] Para hacerse una idea del alcance de esta epidemia reguladora, pensemos que cada una de las 10.535 páginas de las regulaciones de la reforma sanitaria en el Registro Federal contiene 1.100 palabras. Eso equivale a un total de más de 11 millones de palabras. A modo de comparación, la Carta Magna era una sola hoja de pergamino de menos de 4.000 palabras; el borrador original de la Constitución de Estados Unidos era solo un poquito más largo (4.543 palabras, para ser exactos) y la Declaración de Independencia constaba de 1.458 palabras.

¿Qué fuerzas son responsables de este auge del Estado administrativo? ¿Por qué ha degenerado Washington en una versión de aquel Estado burocrático hipertrófico que imaginó en su día Franz Kafka? Una respuesta fácil sería que es todo culpa de los abogados y los burócratas, pero esta

gente existe desde hace mucho, como bien sabrán los lectores de Dickens. Una explicación más plausible quizá sea que se trata del precio que tenemos que pagar por todos los errores del pasado. Puede que lo que haya acabado con el gobierno representativo y el imperio de la ley en tantos países durante el último siglo sea la falta de atención a los detalles. Tal vez esos «terribles simplificadores» como Hitler triunfaran justo porque instrumentos como la Constitución de la República de Weimar —pese a que no era ni mucho menos breve, con sus 181 artículos y sus alrededor de 10.000 palabras— no prohibían de manera explícita que un hombre llegado de Austria, con bigote de cepillo, antecedentes delictivos y tendencias genocidas se convirtiese en canciller. Sin embargo, quizá una explicación más convincente resida en el deterioro fundamental de los patrones democráticos, tanto en la legislación como en la gobernanza, que vemos en casi todas las democracias, sea cual sea su historia en el siglo xx.[\(71\)](#) El torrente de verborrea se genera porque a los políticos profesionales les interesa más la apariencia que el fondo; después de cualquier incidente, los medios no paran de vociferar para que se haga «algo»; los lobbies se aseguran de que la letra pequeña proteja los intereses particulares a los que sirven, y los abogados se aprovechan de todo ese triste desastre.[\[5\]](#) Las consecuencias deberían preocuparnos más de lo que lo hacen, pues van mucho más allá de estatutos tediosos e ilegibles. Primero, se otorga ventaja a los empleados de las grandes corporaciones, que son las

únicas que pueden permitirse los enormes departamentos de «cumplimiento» necesarios para navegar por ese mar de circunloquios. Segundo, existe el riesgo de una inestabilidad sistémica, que aumenta cada vez que se incrementa la complejidad total. El que crea que el sistema financiero global ya es más estable gracias a leyes como la Dodd-Frank es un optimista. Quizá lo cierto sea justo lo contrario, dado que es posible que las nuevas regulaciones hayan reducido la capacidad de las autoridades de enfrentarse al problema del contagio (por ejemplo, una estampida en las obligaciones a corto plazo sin garantías).^[6] Mientras tanto, como sostenía Francis Fukuyama, la legitimidad misma de la política democrática está erosionándose porque «los grupos de interés [...] tienen la capacidad de comprar a los políticos con sus lobbies y sus donaciones a las campañas», un proceso que denomina «repatrimonialización».^[7] Y al mismo tiempo, las instituciones políticas son rígidas y en apariencia irreformables: el Colegio Electoral, el mecanismo de las primarias, las reglas arcanas del Senado, etcétera. Los tribunales están demasiado involucrados en la legislación y administración. Sin embargo, nadie tiene un plan coherente para resolver esto.^[8]

La complejidad no es barata; al contrario, sale muy cara. El Estado administrativo ha encontrado una solución fácil al problema de incrementar el volumen de «bienes» públicos sin llevar a cabo subidas de impuestos acordes, que consiste en financiar el consumo del Gobierno por medio del

endeudamiento. Al mismo tiempo que casi doblaba la deuda federal, el gobierno de Obama usó su capacidad reguladora para recaudar dinero de maneras nuevas: más de 100.000 millones de dólares en «acuerdos» extrajudiciales por investigaciones de las prácticas hipotecarias de los bancos, por ejemplo, y 20.000 del programa de compensación por el vertido de petróleo de BP Horizon. (E intervino también en las «bancarrotas gestionadas» de General Motors y Chrysler en representación de aliados políticos.)[\[9\]](#) Sin embargo, todos estos recursos del Estado administrativo imponen sobre el sector privado unas cargas que acaban por reducir la tasa de crecimiento y la creación de empleo.[\[10\]](#) La desigualdad intergeneracional en las finanzas públicas, el crecimiento hipertrófico de la regulación, el deterioro del imperio de la ley y la erosión de las instituciones educativas; todo ello, en conjunto, llevó a la «gran degeneración» del desempeño económico y (como veremos) también de la cohesión social.[\[11\]](#) En resumen, el Estado administrativo representa la última versión de la jerarquía política: un sistema que escupe normas, genera complejidad y socava la prosperidad y la estabilidad.

La Web 2.0

Mientras el Estado administrativo teclaba y archivaba sin cesar en su camino hacia la crisis definitiva del orden jerárquico, el mundo interconectado experimentaba una fase de transición radical. Los profesionales de las tecnologías de la información (TI) se referían a ella como la «Web 2.0», nombre tomado del título de un congreso organizado por el pionero editor de internet Tim O'Reilly en 2004. El ideal de O'Reilly era preservar el sistema de «código abierto» de la World Wide Web original. Wikipedia, con sus entradas enciclopédicas de autoría colectiva, mantuvo este espíritu. Y también cualquier página web basada en un contenido generado por los usuarios. En opinión de O'Reilly, innovaciones como la RSS o la API tuvieron el efecto de «redifundir los datos al exterior, sin controlar lo que ocurre cuanto estos llegan al otro extremo de la conexión [...] un reflejo del [...] principio punto a punto».^[1] Todo software, por tanto, debería estar en un estado de «beta perpetuo», no solo código abierto, sino abierto al rediseño por parte de los usuarios.^[2] El paradigma era Linux: un «sistema operativo

de talla mundial» elaborado «a base del hackeo(72) a tiempo parcial de varios miles de desarrolladores», en palabras de un programador libertario, Eric Raymond, autor del manifiesto del código abierto, *The Cathedral and the Bazaar*. [3] En el «bazar», un gran grupo global de programadores voluntarios trabajaba de manera colectiva para identificar y solucionar los *bugs* o fallos, mejorando así el software de manera constante.[4] Raymond formuló la Ley de Linus, llamada así por Linus Torvalds, el desarrollador principal (aunque nunca propietario) de Linux, según la cual «dada una base lo bastante amplia de probadores beta y codesarrolladores, casi cualquier problema será rápidamente descrito, y su solución, obvia para alguien». (O, de manera más coloquial: «Cuando hay bastantes ojos, todos los fallos son sencillos».)[5] En la comuna virtual de los hackers, «el único indicador disponible del éxito competitivo es la reputación entre pares», y no hay ninguna tragedia de los comunes(73) porque, en lo que se refiere a software de código abierto, «la hierba crece más alta cuando pastan en ella».[6] Confiado, Raymond vaticinó que el movimiento de código libre habría «ganado la batalla del software en cuestión de entre tres y cinco años (esto es, hacia 2003-2005)».[7] Le esperaba una decepción.

Tras la innovación y la anarquía creativa vienen la comercialización y la regulación. Ese había sido, al menos, el patrón de las revoluciones tecnológicas anteriores.[8] En el caso de internet, sin embargo, la comercialización había

llegado; la regulación, en grado ínfimo. El sueño del código abierto se extinguió con el auge de los monopolios y duopolios que lograron eludir las injerencias del Estado administrativo. Microsoft y Apple implantaron algo parecido a un duopolio del software en que el primero se hizo con una cuota enorme del mercado de ordenadores personales. Fundadas en la primera fase de la revolución de las redes, en 1975 y 1976, ambas empresas respondieron de manera distinta a las oportunidades que les presentó internet. Microsoft quiso acoplar a su sistema operativo Windows su propio explorador web, Internet Explorer, estrategia que estuvo a punto de provocar la ruptura de la compañía.⁽⁷⁴⁾ Pese a que su sistema operativo era en muchos aspectos superior al de Bill Gates, la Apple de Steve Jobs prefirió competir mediante la diversificación del hardware que vendía la empresa, para lo que añadió al ordenador de sobremesa Mac un reproductor de música (iPod, 2001), un ordenador portátil (Macbook, 2006), un *smartphone* (iPhone, 2007), una *tablet* (iPad, 2010) y un reloj (Apple Watch, 2014). La genialidad de Jobs fue combinar un diseño de producto seductor con un sistema cerrado de software y el lanzamiento en exclusiva de contenidos digitales a través de Apple Store e iTunes Store.

La segunda fase de la revolución de la TI llegó veinte años después de la oleada de innovación aparejada al MS-DOS y el Mac OS. Las empresas más importantes que se fundaron a mediados de la década de 1990 fueron Amazon, eBay y

Google. La primera era una librería online con sede en Seattle. La segunda, que se llamó en un primer momento «Auction Web», era un mercado de subastas online de San José. La tercera, cuyo nombre hacía referencia al número gúgol (10100), era una herramienta de búsqueda montada en un garaje de Menlo Park. Cada uno de sus fundadores era en cierto modo foráneo: Jeff Bezos, hijo de una madre texana adolescente, adoptado por su padrastro cubano; Pierre Omidyar, nacido en París de padres inmigrantes iraníes; Sergey Brin, moscovita hijo de judíos que habían emigrado desde la Unión Soviética en 1979. Solo Larry Page comenzó desde dentro: sus padres eran profesores en el ámbito informático. Sin embargo, todos esos hombres orientaron sus pasos hacia la Costa Oeste de Estados Unidos, donde la Universidad de Stanford y Silicon Valley se habían constituido como el núcleo mundial de la innovación TI. ¿Se propusieron hacerse millonarios? Seguramente no. El éxito de sus empresas fue una sorpresa. (Page y Brin estuvieron a punto de vender Google a Excite por 750.000 dólares en 1999.) Después de capear la caída en Bolsa de las puntocom, sin embargo, las tres obtuvieron enseguida tasaciones asombrosas. La oferta pública de venta (OPV) de Google, el 19 de agosto de 2004, le aportó una capitalización de mercado de más de 23.000 millones de dólares. La explicación de este increíble aumento de valor es muy sencilla. En 2000 Google comenzó a vender espacios publicitarios asociados a claves de búsqueda basándose en

una combinación de subasta de tarifas y ratios de cliqueo. En 2011 esta era la fuente del 96 por ciento de sus ingresos. Semejante entrada de dinero de los anunciantes permitió a Google expandirse en múltiples direcciones: lanzó un servicio de correo electrónico (Gmail, 2004), un sistema operativo (Android, 2007) y un explorador web (Chrome, 2008), y empezó a adquirir un sinfín de empresas, comenzando con Keyhole (que se convertiría en Google Earth) y más tarde Urchin (Google Analytics) y Grand Central (Google Voice). YouTube se añadió en 2006, Motorola Mobility en 2012 (aunque la vendió más adelante) y DeepMind en 2014. El objetivo original de Google era «organizar la información del mundo y hacer que sea útil y accesible para todos». Su eslogan oficioso: «No seas malo». Una descripción más ajustada de su modo de operar a partir de 1999 sería: «Gana una fortuna con la publicidad e inviértela con espíritu intrépido».

Las discrepancias entre el ideal y la realidad fueron todavía más acusadas en el caso de la red social de mayor éxito de las que surgieron en la tercera oleada de innovación de mediados de los 2000. La ganadora debería haber sido «sixdegrees» («seis grados»); sus propietarios tenían la patente original, en que se describía una red social online basada en invitaciones por email y una base de datos de miembros conectados. Pero Reid Hoffman, de Friendster y LinkedIn, y Mark Pincus, de Tribe.net, compraron esa patente (por 700.000 dólares) para asegurarse de que nadie

monopolizará las redes sociales.[\[9\]](#) No habían contado con Mark Zuckerberg.

Este universitario de Harvard no iba escaso de retórica idealista. En la declaración de intenciones para los fichajes de Facebook, conocida (en homenaje al presidente Mao) como «El pequeño libro rojo», se afirma: «Facebook no se creó para ser una empresa. Se construyó para desempeñar una labor social: hacer del mundo un lugar más abierto y conectado».[\[10\]](#) En 2004, en una entrevista con la *Harvard Crimson*, solo cinco días después del lanzamiento de Thefacebook, Zuckerberg declaraba sin ambages que no había creado la página web con intención de ganar dinero: «No me voy a poner a vender las direcciones de email de nadie». «Los últimos cien años los han definido los medios de comunicación de masas —decía en 2007—. En los próximos cien, la información ya no va a arrojarse encima de la gente sin más, va a compartirse entre los millones de conexiones que tiene esta.»[\[11\]](#)

Así pues, ¿por qué derrotó Facebook al resto de los pretendientes a la corona de las redes sociales? En primer lugar, Zuckerberg sacó partido de la marca Harvard. Los primeros usuarios dieron sus nombres y correos electrónicos reales porque no tenía ninguna ventaja inventarse un seudónimo si uno estaba en Harvard. Y fue por medio de la red de exalumnos de la universidad como le presentaron a Don Graham, de la Washington Post Company, que ofreció invertir en la empresa y luego fue miembro de la junta.[\[12\]](#)

En segundo lugar, Zuckerberg no hizo caso a quienes pensaban equivocadamente que el sitio perdería su atractivo si se abría a gente que no estaba en la universidad, y más tarde presionó para que fuera accesible a usuarios de habla no inglesa por medio de una herramienta de traducción incorporada.[13] En tercer lugar, enseguida se dio cuenta del potencial de las *add-ons*, o funcionalidades adicionales, como el etiquetado de fotos, las notificaciones cuando etiquetaban a un usuario y el concepto mucho más complejo de una sección de noticias basada en compartir información sobre las actividades de amigos.[14] En cuarto lugar, a diferencia de MySpace, Facebook permitía que los usuarios construyesen aplicaciones dentro de la plataforma, decisión que se demostró de enorme popularidad a medida que proliferaban juegos basados en Facebook como Farmville.[15] Era un código abierto con una vuelta de tuerca: la nueva política permitía a los usuarios vender sus propios anuncios patrocinados.[16]

La búsqueda de ingresos publicitarios de Zuckerberg estuvo a punto de volverse contra él con la introducción de Beacon, que permitía a las empresas el acceso a la plataforma.[17] Fue tarea de Sheryl Sandberg que la transición a un modelo de ingresos publicitarios resultase un éxito; esa había sido en definitiva su misión principal en Google entre 2001 y 2008, fecha en que se convirtió en la directora operativa de Facebook. La diferencia crucial era que «mientras que Google [...] ayudaba a la gente a

encontrar cosas que ya había decidido que quería comprar, Facebook los ayudaría a decidir lo que querían», permitiendo que los anunciantes enviaran mensajes dirigidos a los usuarios, personalizados para encajar con las preferencias que habían mostrado a través de su actividad en Facebook.[18] En un primer momento, la monetización fue escasa en términos de «coste por mil» (el precio de cada mil visualizaciones de un anuncio),[19] pero tan pronto como la publicidad quedó integrada sin fisuras en la sección de noticias de la aplicación móvil de Facebook, la empresa entró en la senda de unos enormes beneficios.[20] El *deus ex machina* que convirtió a Zuckerberg en millonario fue el gran auge, en gran medida inesperado, del uso de teléfonos móviles, impulsado por el iPhone, el innovador y adictivo teléfono de Apple.

Facebook no inventó las redes sociales. Como hemos visto, son una especie tan antigua como el *Homo sapiens*. Lo que sí hizo, al crear un servicio gratuito para el usuario, sin restricciones geográficas ni lingüísticas, fue construir la mayor red social de la historia. Mientras escribo este libro, Facebook cuenta con 1.170 millones de usuarios diarios activos y con 1.790 millones de usuarios que abren la sesión al menos una vez al mes. Estas cifras no incluyen las de Instagram, la aplicación de fotografía y mensajería de Facebook.[21] En Estados Unidos, la penetración del uso de internet alcanza el 82 por ciento de adultos entre los dieciocho y los veintinueve años; el 79 por ciento de los que

tienen entre treinta y cuarenta y nueve; el 64 por ciento entre los cincuenta y los sesenta y cuatro, y un 48 por ciento de los sesenta y cinco años en adelante. Si en la humanidad hay, en conjunto, seis grados de separación, para los usuarios de Facebook la cifra media es hoy en día 3,57.[\[22\]](#) Como cabe esperar, la red muestra cierto coeficiente de agrupamiento de naturaleza geográfica, dado que el círculo de amigos de la mayoría de la gente tiene un componente local significativo,[\[23\]](#) pero en numerosos aspectos Facebook se impone de manera sorprendente a las distancias. La mera proximidad con otros usuarios no es el mejor indicador de las probabilidades de que alguien se una a Facebook: la «conversión» viene determinada por su posición en numerosas redes sociales existentes.[\[24\]](#) Los usuarios se caracterizan por la homofilia: en lo que respecta a intereses compartidos y a tipos de personalidad, como siempre, Dios los cría y ellos se juntan, y quizá haya un bucle de retroalimentación que haga que usuarios similares vayan estando cada vez más interconectados a medida que usan esta red.[\[25\]](#) Las comunidades de inmigrantes de Estados Unidos también pueden identificarse como componentes diferenciados de la red;[\[26\]](#) curiosamente, existe una variación significativa en el uso de Facebook realizado por los grupos étnicos.[\[27\]](#) En Europa, a pesar de la preocupación creciente por el resurgimiento del nacionalismo, Facebook ha hecho que aumente de manera notable la integración: cada verano, cuando los europeos

viajan a otros países europeos de vacaciones, crece el número de amistades entre países. El porcentaje de nuevas amistades internacionales dentro de Europa ha subido desde menos del 2 por ciento en enero de 2009 hasta más del 4 por ciento en agosto de 2016.[\[28\]](#) Y también llama la atención la capacidad de esta red para propagar de manera contagiosa ideas, «memes» e incluso emociones entre clústeres por medio de vínculos débiles.[\[29\]](#)

Como todo lo que es muy popular, Facebook tiene sus detractores. «Facebook vende la información sobre lo que llama la atención de los usuarios a anunciantes de todo el mundo —escribía Jonathan Tepper, poco después de cerrar su cuenta—, y lo sabe casi todo de sus vidas, sus familias y sus amigos [...]. Es además una plataforma basada en el exhibicionismo y el voyerismo en que los usuarios se retocan a sí mismos para mostrar un lado más favorecedor y espían con total tranquilidad a sus amigos.» Lejos de promover la amistad, afirmaba Tepper, lo que hace en realidad es devaluar y desplazar la amistad genuina.[\[30\]](#) Sin duda, los aspectos económicos de Facebook están a años luz de su ideología utópica. Se lo ha comparado con un sistema de *aparcería*, «que proporciona a la mayoría las herramientas de producción, pero concentra las recompensas en manos de una minoría».[\[31\]](#) Hablando claro: en Facebook «el usuario es el producto».

Facebook prometía crear un mundo interconectado de *netizens* («ciudadanos de la red»), pero su estructura era

muy desigualitaria. La plataforma cuenta con 15.724 empleados y con cerca de 2.000 millones de usuarios, aunque solo la porción más diminuta de estos grupos tiene participaciones en Facebook. El propio Zuckerberg posee apenas un poco más del 14 por ciento de las acciones de clase B de la empresa. Sus cofundadores, Dustin Moskovitz, Eduardo Saverin y Chris Hughes, menos del 13 por ciento, en conjunto. Sean Parker y Peter Thiel, que invirtieron en los comienzos, tienen un 6,5 por ciento en total, y otros dos inversores —Accel Partners, el fondo de riesgo de Silicon Valley, y la empresa rusa de internet Digital Sky Technologies— poseen, respectivamente, el 10 y el 5,4 por ciento. Solo cinco entidades más —tres fondos de capital riesgo de Silicon Valley, Microsoft y Goldman Sachs— cuentan con un porcentaje superior al 1 por ciento.[\[32\]](#) En palabras de Antonio García Martínez: «Quien afirme que el Valle es meritocrático es alguien que ha sacado enorme provecho de él por medios no meritocráticos, como la casualidad, la pertenencia a algún grupo privilegiado o algún acto solapado de trampería absoluta».[\[33\]](#) La red social global, en otras palabras, es ella misma propiedad de una exclusiva red de escogidos de Silicon Valley.

Las consecuencias sociales de esta tendencia poscódigo abierto hacia los duopolios (Microsoft y Apple) y los cuasimonopolios (Facebook, Amazon y Google) eran tan predecibles como en apariencia paradójicas. El mundo está más conectado que nunca, como no se cansan de repetir los

portavoces de estas empresas, pero (en algunos aspectos) nunca en el último siglo había sido más desigual. Seis de los ocho hombres más ricos del mundo son Bill Gates (con una fortuna personal estimada en 76.000 millones de dólares), Carlos Slim (50.000), Jeff Bezos (45.000), Mark Zuckerberg (45.000), Larry Ellison (44.000) y Michael Bloomberg (40.000). Dichas fortunas se cimentan, respectivamente, sobre el software, las telecomunicaciones, la venta online, las redes sociales, el software empresarial y la información financiera.[\[34\]](#) No es que se hayan hecho tan ricos porque son los empresarios «superestrella» del mundo, sino que cada uno de ellos ha fundado algo similar a un monopolio. Como en el caso de Facebook, más de 1.000 millones de personas utilizan Microsoft Windows, YouTube y Android, y no olvidemos la aplicación de mensajería WhatsApp, que Facebook adquirió en 2014. Estos cuasimonopolios sin duda generarán unas rentas enormes a sus principales accionistas en un futuro próximo.[\[35\]](#) Por citar un único ejemplo: en 2017 se prevé que Google y Facebook aumenten su cuota combinada del mercado total de publicidad digital hasta un 60 por ciento. Google posee un 78 por ciento de la publicidad en buscadores y Facebook, casi dos quintas partes de la publicidad display.[\[36\]](#) Este dominio se traduce en ingresos ingentes. Se calcula que Facebook habrá ganado 16.000 millones de dólares en publicidad display en 2017. La empresa está valorada hoy en día en torno a los 500.000 millones de dólares, incluida una pila colosal de efectivo que

permite a Zuckerberg adquirir cualquier competidor potencial en sus fases iniciales (como fue el caso de Instagram, que cuenta en la actualidad con 600 millones de usuarios, y WhatsApp, con más de 1.000 millones).[\[37\]](#) El dominio publicitario posee además otra ventaja. En 25.000 búsquedas aleatorias en Google, los anuncios de productos de Google aparecieron en el espacio más destacado por encima del 90 por ciento de las veces.[\[38\]](#)

Esta coyuntura resulta increíble cuando uno se para a pensar en las funciones que desempeñan estas empresas. Google es en esencia una gigantesca biblioteca global, el lugar al que vamos a buscar cosas. Amazon es un gigantesco bazar global, donde cada vez somos mas (y con mayor frecuencia) los que compramos. Y Facebook es un gigantesco club global. Las diversas funciones de interconexión que cumplen estas empresas no son nuevas; lo único que ocurre es que la tecnología ha hecho que las redes sean enormes y velocísimas. La diferencia más interesante, sin embargo, es que en el pasado las bibliotecas y los clubes sociales no ganaban dinero con la publicidad; eran organizaciones sin ánimo de lucro, financiadas por medio de donaciones, suscripciones o impuestos. En realidad lo revolucionario es que ahora nuestra biblioteca global y nuestro club global están adornados con carteles publicitarios, y cuanto más les contamos de nosotros mismos, más efectiva resulta esa publicidad y más a menudo nos manda al bazar de Bezos. No por casualidad el acrónimo con que los inversores se

refieren a Facebook, Amazon, Netflix (la empresa de cine online) y Google es FANG («colmillo»). Gracias al efecto del modelo «los más aptos se hacen ricos» por el que la TI global es libre de escala —dominada por unos pocos núcleos superconectados—, los ingresos de estas empresas no disminuirán.[39]

Y no es solo en su búsqueda descarada del dominio del mercado en lo que las prácticas de Facebook parecen reñidas con su propaganda. La evolución seguida por Zuckerberg —de hacker de residencia universitaria a presidente Zuck— fue de una rapidez notoria. «En muchos aspectos —decía en 2008—, Facebook se parece más a un gobierno que a una empresa tradicional. Contamos con una gran comunidad de gente, y más que otras empresas tecnológicas, implantamos políticas.»[40] «El pequeño libro rojo» le debía a Mao algo más que el título; su tono era, de manera intencionada, propio de una vanguardia revolucionaria: «Los rápidos heredarán la Tierra», «Grandeza y comodidad rara vez van juntas» y «Cambiar el modo como la gente se comunica siempre hará que cambie el mundo».[41] A partir de 2008, los carteles en las paredes de la oficina empezaron a sonar a propaganda totalitaria: «¡ADELANTE Y SÉ ATREVIDO! ¡TÍRATE DE CABEZA! ¡DEJA HUELLA!».[42] Alguien ha dicho de Zuckerberg que «quiere gobernar no solo Facebook sino, en cierto sentido, la infraestructura de comunicaciones del planeta que está en desarrollo».[43] Se ha especulado incluso con que podría considerar presentar su candidatura a presidente de Estados

Unidos.[\[44\]](#) Sin embargo, la mentalidad del fundador de Facebook parece al mismo tiempo más global y menos democrática de lo que cabría esperar del candidato al cargo. Como señalaba un ex empleado suyo, recordando cuántos en la empresa elegían llevar las camisetas azules de Facebook al trabajo, «las camisas pardas se volvieron camisas azules; éramos todos parte de una nueva *Sturmabteilung* de los medios sociales». [\[45\]](#) Sin duda, la analogía no es acertada, pues el sueño de Zuckerberg de una «comunidad global» interconectada parece sincero. En febrero de 2017 publicó un ensayo en que defendía que el papel de su empresa debía ser el de promover comunidades locales «significativas», mejorar la «seguridad» (filtrando todo contenido incitador del odio), promover la diversidad de ideas y fomentar el compromiso cívico, incluso a nivel global. «Como la mayor comunidad del mundo que es —decía—, Facebook puede ser un ejemplo de cómo podría funcionar la gestión comunitaria a escala.» [\[46\]](#)

La pregunta decisiva es hasta qué punto esta visión de comunidad global es realista y hasta qué punto las consecuencias involuntarias de Facebook y de otras redes similares conducen en la dirección contraria. [\[47\]](#)

Una sociedad desmembrada

En 2010 el mundo estaba al borde de dos revoluciones, ambas generadas en buena medida por los efectos de la tecnología de la información. La primera era una revolución motivada por un aumento de las expectativas en el mundo en vías de desarrollo. La segunda, por una mengua de las expectativas en el mundo desarrollado. La primera era resultado de la reducción de la desigualdad en el mundo en conjunto. La segunda, resultado de la creciente desigualdad en el seno de diversos países importantes, en particular Estados Unidos. Sería un error atribuir todos los cambios a la tecnología, como también atribuirlos todos a la globalización, dado que ambos procesos, lo que es significativo, no pueden disociarse. Un análisis más preciso sería que el rápido crecimiento de una superred global fue el impulsor principal de la revolución, pues este fenómeno — síntesis de cambio tecnológico e integración global— hizo que el mundo estuviese mucho más igualado y, al mismo tiempo, provocó que la sociedad estadounidense (en palabras de Charles Murray) se «desmembrase».

Según un estudio muy citado realizado por la organización benéfica Oxfam, el 1 por ciento más rico de la población posee ahora más riqueza que el resto del planeta. En 2015, de acuerdo con Oxfam, apenas 62 personas poseían la misma riqueza que otros 3.600 millones de personas: la mitad inferior de la humanidad. Desde el cambio de siglo, esa mitad inferior ha percibido solo un 1 por ciento del incremento total de la riqueza mundial, mientras que el 50 por ciento de ese incremento ha ido a parar al 1 por ciento superior.[\[1\]](#) Crédit Suisse baraja cifras similares: el banco calcula que la proporción de riqueza mundial en manos del 1 por ciento superior alcanzó el 50 por ciento en 2015. En torno a 35 millones de millonarios poseen hoy en día el 45 por ciento de toda la riqueza del mundo; 123.800 personas tienen más de 50 millones de dólares, 44.900 más de 100 millones y 4.500 más de 500 millones.[\[2\]](#) Casi la mitad de los millonarios viven en Estados Unidos, donde la ganancia acumulada en ingresos reales del 0,01 por ciento superior desde 1980 ha sido del 542 por ciento (de acuerdo con los cálculos de los economistas Emmanuel Saez y Thomas Piketty). Para todos los estadounidenses del percentil 90 para abajo, los ingresos reales han disminuido un poco en ese mismo periodo.[\[3\]](#) La media de ingresos en los hogares del país en 1999 fue de 57.909 dólares (en dólares de 2015), y en 2015, de 56.516.[\[4\]](#) Esa es la jerarquía fundamental del mundo en la actualidad: una jerarquía de la riqueza y los ingresos que posee la forma de un edificio con una base muy

ancha y una aguja sumamente alta y afilada.

Hay tres salvedades importantes, no obstante. En primer lugar, según los datos de la Encuesta de Finanzas del Consumidor estadounidense, el incremento en las cuotas de riqueza e ingresos del 1 por ciento y el 0,1 por ciento superiores no ha sido tan alto como afirman Piketty y Saez. [5] En segundo lugar, el número de personas que aparece en la lista Forbes 400 que ocupan un lugar en ella por mor de la riqueza heredada ha venido decayendo de manera constante en nuestros días: de 159 en 1985 a apenas 18 en 2009. [6] La renovación en los puestos más altos de la jerarquía nunca había sido tan notable. En tercer lugar, el crecimiento de la clase media global —lo que los marxistas preferían llamar «burguesía»— conlleva un cambio social tan profundo como la acumulación de riqueza del 1 por ciento. Entre 2000 y 2015, la clase media china aumentó en 38 millones de personas; partiendo de la misma categorización, la clase media estadounidense creció también, en 13 millones. En el mundo en su conjunto, 178 millones de personas se han incorporado a la clase media; un incremento del 31 por ciento desde 2000. [7] A partir de ciertas estimaciones, el coeficiente de Gini de desigualdad global ha pasado del 69 en 2003 al 65 en 2013, y seguirá bajando hasta el 61 en 2035. [8] En resumen, hay pruebas convincentes de que el reparto de ingresos en términos mundiales ha ido igualándose de manera considerable desde 1970, y es de esperar que la tendencia continúe. [9] El factor impulsor más decisivo ha

sido el *embourgeoisement* de China, pero eso solo es una quinta parte de la historia global.[\[10\]](#)

La explicación más aceptada es que la globalización ha reducido la desigualdad global, pues el rápido crecimiento de China y de otras economías emergentes no habría sido posible sin el aumento de los flujos de comercio y capitales que se ha producido desde la década de 1970. El incremento en las migraciones internacionales en ese mismo periodo ha debido de contribuir también a reducir la desigualdad, ya que la gente ha pasado de economías menos productivas a otras que lo son más. Sin embargo, resulta inverosímil pensar que todo este comercio, estas inversiones internacionales y estas migraciones se hubiesen producido sin las innovaciones tecnológicas que hemos visto, del mismo modo que los avances tecnológicos habrían sido más escasos y espaciados sin los baratos componentes de fabricación asiática y las cadenas de suministro globales. Fue el aumento enormemente mayor en los flujos internacionales de información lo que hizo posible una redistribución global más eficiente del capital y la mano de obra. La clave es que la mayor parte de la gente del planeta ha experimentado una mejora significativa de sus condiciones de vida los últimos treinta o cuarenta años, en términos tanto relativos como absolutos. Si queremos explicar las revoluciones del mundo en vías de desarrollo, el análisis tal vez debería incluir los efectos de unas expectativas cada vez mayores.

Sin embargo, la globalización ha tenido consecuencias muy distintas en los ingresos y la distribución de la riqueza dentro de muchos países. Antes solía considerarse que esto quedaba reflejado en la denominada «gráfica del elefante», ideada por Branko Milanovic y Christoph Lakner, que mostraba que la clase obrera y la clase media de las economías desarrolladas habían salido perdiendo con la globalización.^[75] Pero lo cierto es que el voluminoso elefante en la cacharrería se esfuma por completo si en la gráfica se consideran las variaciones relativas al tamaño del país y omitimos los datos de Japón, la antigua Unión Soviética y China.^[11] Aun así, en efecto, algo ha pasado con la clase obrera y la clase media de Estados Unidos, y puede que también con la clase media de algunos países europeos.^[12] La competencia asiática ha acabado sin duda alguna con un número considerable de puestos de trabajo en el sector manufacturero.^[13] Los estadounidenses que se han visto en aprietos durante y después de la crisis financiera son muy proclives al pesimismo respecto a su futuro, a pesar del éxito, que en gran medida ha pasado inadvertido, de los programas de bienestar social a la hora de mitigar los efectos de la «gran recesión» entre aquellos cuyos ingresos eran más bajos. Cerca de las dos quintas partes de los estadounidenses encuestados por el McKinsey Global Institute en 2016 se mostraban rotundamente de acuerdo con una de las dos afirmaciones siguientes: «Mi situación económica es peor que la de hace cinco años» y/o «Mi

situación económica es peor que la de mis padres cuando tenían mi edad». Estas personas tendían más al pesimismo respecto a su futuro financiero y el de sus hijos. Y los pesimistas solían echarles la culpa mucho más a la inmigración, a los productos extranjeros y a la «mano de obra barata» por «acabar con la cultura y la cohesión de nuestra sociedad», «generar una competencia desleal frente a las empresas nacionales» y «ocasionar la pérdida de puestos de trabajo nacionales», respectivamente.[\[14\]](#)

Tal pesimismo nace de algo más que de unos ingresos reales estancados. Y no está claro que la movilidad social en Estados Unidos haya declinado o no.[\[15\]](#) Pero es evidente que ocurre algo. En todo el mundo desarrollado se han reducido los índices de mortalidad y se ha prolongado la esperanza de vida, pero eso no ha sucedido entre los estadounidenses blancos (no hispanos), y en especial entre los estadounidenses blancos de mediana edad que solo llegaron a cursar secundaria. Para este grupo, con edades comprendidas entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y cuatro años, el índice de mortalidad por envenenamiento (sobre todo por sobredosis de drogas) se ha más que cuadruplicado entre 1999 y 2013, y ha pasado de 14 a 58 por 100.000, mientras que la mortalidad derivada de enfermedades hepáticas crónicas y cirrosis ha aumentado en un 50 por ciento y el descenso de la mortalidad por enfermedades coronarias se ha frenado. Si los índices de mortalidad entre los blancos hubiesen continuado

reduciéndose al ritmo previo a 1999 —un 1,8 por ciento al año—, se habrían evitado cerca de medio millón de muertes entre 1999 y 2013. Uno de cada tres blancos no hispanos de entre cuarenta y cinco y cincuenta y cuatro años se queja de un dolor crónico en las articulaciones, uno de cada cinco de dolores cervicales y uno de cada siete de ciática.[16] Estas tendencias, que continuaron a lo largo de 2015, no pueden explicarse en simples términos económicos: el perfil de ingresos de estadounidenses no blancos en una situación similar no es mejor, pero ellos no han sufrido estos efectos en la salud y la mortalidad. La explicación más convincente de que disponemos es que «la desventaja acumulada a lo largo de la vida, en el mercado de trabajo, en los resultados de matrimonio e hijos y en la salud, viene desencadenada por el empeoramiento progresivo de las oportunidades en el mercado laboral».[17] En teoría, los estadounidenses blancos de mediana edad más miserables son los que cavan su prematura tumba a base de drogas y alcohol. Quienes no tienen tendencias suicidas se limitan a quedar al margen de la población activa y a optar a alguna pensión de invalidez de la Seguridad Social, lo que ayuda a explicar por qué la mano de obra masculina en edad óptima ha caído de manera más abrupta en Estados Unidos que en ningún otro lugar. [18] Desde esta perspectiva, la agitación política en que el país se vería envuelto en 2016 ha sido una revolución de expectativas menguadas.

Quizá la manera apropiada de comprender la relación

entre redes y desigualdad radique en darse cuenta de que, en palabras de los autores de un artículo revolucionario sobre el tema, «la desigualdad en las redes sociales se ve reforzada por los mercados en el caso de que estos se complementen, pero mermada en el caso de que se sustituyan».[19] Cuando la liberalización económica llegó a las redes de la clase obrera de Bombay, la red y el mercado eran sustitutos, en el sentido de que el mercado desplazó a la red por cuanto ofrecía oportunidades nuevas a los individuos con pocas conexiones. Como resultado, la desigualdad se redujo. Pero cuando los pescadores de Kerala adquirieron teléfonos móviles, las redes y el mercado se complementaron, pues los pescadores mejor conectados fueron más capaces de aprovechar las oportunidades del mercado. En este caso, aumentó la desigualdad.[20] Este marco de trabajo se aplica también en un plano global. La globalización llevó el mercado a los obreros y campesinos de China, que hasta ese momento habían vivido desconectados del mundo y atrapados en la rígida jerarquía maoísta; eso redujo la desigualdad. Pero en Estados Unidos, redes y mercados eran complementarios, ya que los estadounidenses mejor conectados se llevaban la mayoría de los beneficios de la globalización, punto este reconocido en un informe de 2017 del Banco Mundial.[21] Quizá haya motivos para dudar de la evidencia de una contracción radical de las redes sociales tradicionales que aportaba la Encuesta Social General de Estados Unidos, contracción que algunos han atribuido al

auge de las redes electrónicas y de los dispositivos móviles que fomentan su uso.[\[22\]](#) De hecho, no hay pruebas concluyentes de que un uso mayor de internet conlleve un menor compromiso social local; podría incluso ocurrir al contrario.[\[23\]](#) En todo caso, cuesta negar que una característica de las últimas dos o tres décadas ha sido el aumento de la polarización política y social. Un proceso cuyos rasgos destacados son una marcada contracción de las redes centrales de debate de los estadounidenses, que contienen menos miembros ajenos a la familia que en el pasado,[\[24\]](#) y un debilitamiento de las instituciones tradicionales de red, como las centradas en las iglesias y las asociaciones locales de voluntarios.[\[25\]](#)

La revolución en tuits

Como muestra el caso de los pescadores de Kerala, la variable crucial que hizo tan convulsivos los cambios sociales de principios del siglo xx fue el crecimiento exponencial de la telefonía móvil. Las innovaciones en este ámbito supusieron un regalo del cielo para empresas de telecomunicaciones tradicionales como AT&T y Verizon (con anterioridad, Bell Atlantic y NYNEX) y sus equivalentes en todo el mundo.^[1] Si bien había competencia entre los fabricantes de teléfonos (gracias en gran medida a la creación de Android por parte de Google para rivalizar con el iOS de Apple), no había tanta entre los proveedores de internet, por lo que las suscripciones siguieron siendo bastante altas. La demanda se mantuvo. Como muestra la figura 40, sociedades tan diversas desde el punto de vista económico como las de Estados Unidos, China y Egipto tenían ya índices muy elevados de propiedad de teléfonos móviles el 2010, y aunque Egipto iba un poco a la zaga en cuanto a *smartphones*, el uso de la telefonía en las redes personales y la difusión de noticias políticas había avanzado

más allí.[\[2\]](#) Con los teléfonos móviles, y aún más con los *smartphones*, las redes sociales podían estar siempre online.

Si Facebook satisfizo en un primer momento la necesidad humana de chismorrear, fue Twitter —fundada en marzo de 2006— la red que vino a colmar la necesidad más específica de intercambiar noticias, a menudo (aunque no siempre) políticas. En 2012, había ya más de 100 millones de usuarios que publicaban 340 millones de tuits al día. Pero ¿la revolución sería tuiteada? Considerando el fracaso de la «Revolución verde» iraní de 2009, Malcolm Gladwell opina que no. A su parecer, los medios sociales no sirvieron a modo de sustitutos de unas redes clásicas de activismo como las que derrocaran el comunismo en Europa del Este.[\[3\]](#) Desde Google, Eric Schmidt y Jared Cohen discrepaban. En un artículo clarividente publicado en noviembre de 2010, afirmaban que a los gobiernos los «pillaría desprevenidos el que un gran número de ciudadanos, armados con casi nada más que teléfonos móviles, se sumaran a minirrebeliones que desafiarían su autoridad».[\[4\]](#) La «acción real» en lo que denominaban «el Estado interconectado» podía encontrarse en las «oficinas atestadas de El Cairo» así como «en las calles de Teherán. Desde estos y otros lugares, los activistas y entusiastas de la tecnología están lanzando «protestas relámpago» políticas que hacen temblar los gobiernos represivos, están construyendo nuevas herramientas con que esquivar cortafuegos y censuras, están informando y tuiteando en un nuevo periodismo online y redactando la

carta de derechos humanos de la Era de la Red».[5] Google le ganó la mano a Gladwell, y quizá no deba sorprendernos, ya que los teléfonos móviles y los medios sociales habían desempeñado un papel importante en las crisis políticas de países tan diversos como Moldavia, Filipinas, España y hasta la provincia china de Sinkiang, y las pruebas que respaldaban la tesis de Schmidt-Cohen, por tanto, llevaban años acumulándose.[6]

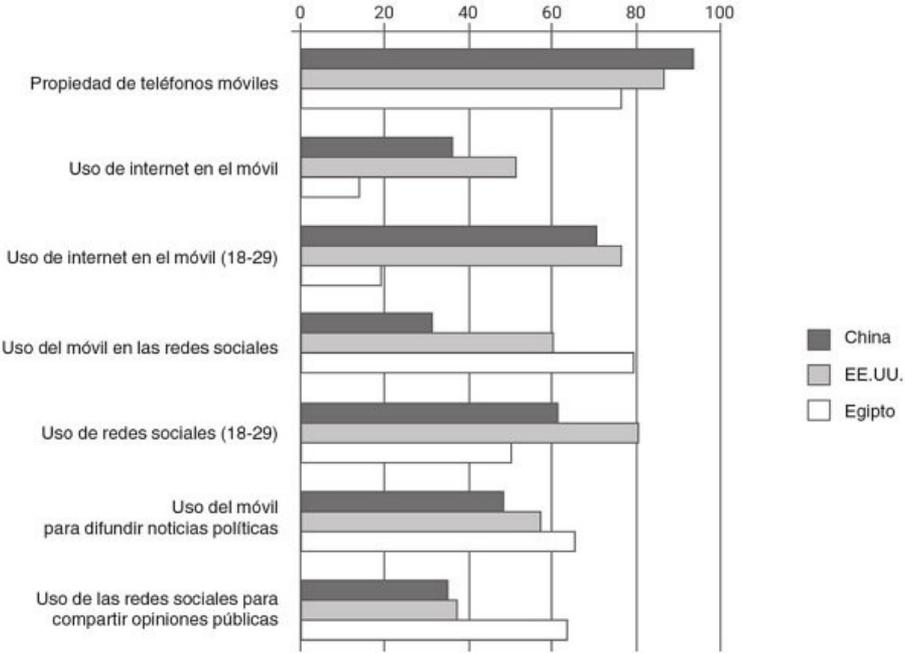


FIGURA 40. Uso de los teléfonos móviles y las redes sociales en China, Estados Unidos y Egipto, 2010.

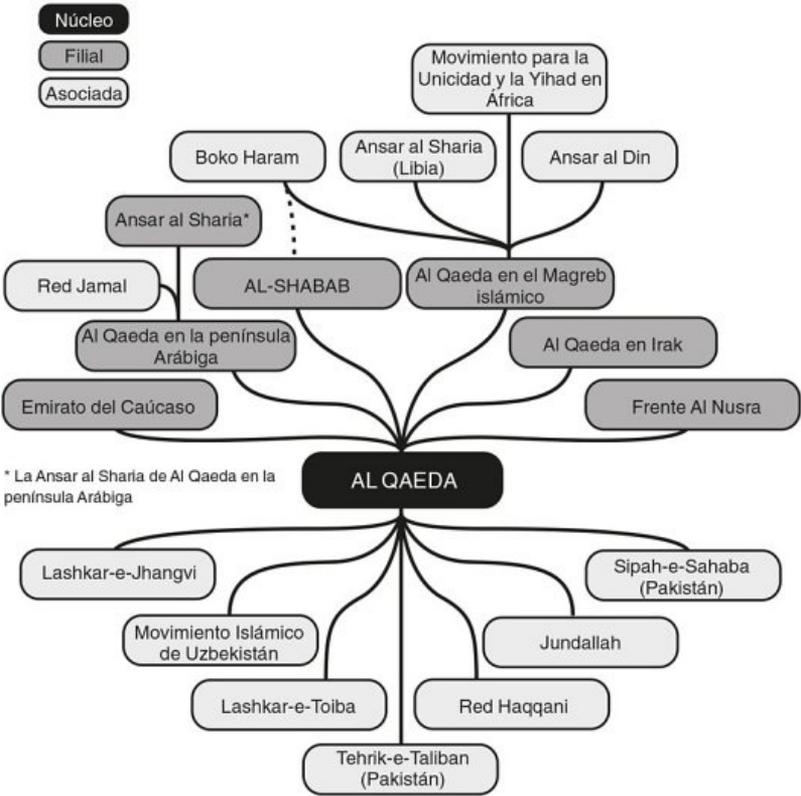
La crisis financiera y las recesiones que desató dañaron la legitimidad de gobiernos de todo el mundo. Sin embargo, no

fue en Estados Unidos, ni siquiera en Europa, donde quedó expuesta por primera vez la verdadera vulnerabilidad del orden jerárquico establecido. Los sucesos revolucionarios que empezaron en Túnez en diciembre de 2010 y que azotaron Oriente Próximo y África del Norte —la mal llamada «Primavera árabe»— sin duda se vieron favorecidos por los diversos tipos de TI, aun si lo más probable es que fuera la cadena de televisión Al Jazeera —y no Facebook o Twitter— la que transmitió las noticias de las revoluciones a la mayoría de los árabes. Como ocurrió en Europa después de 1917, la revolución se propagó igual que una epidemia, aprovechando las redes existentes. «Esto es un virus, no es parte de nuestro patrimonio ni de la cultura del pueblo yemení —declaró el presidente del Yemen a los periodistas antes de que lo echaran del poder—. Es un virus que ha pasado de Túnez a Egipto. Y en algunas regiones, los efluvios de la fiebre son como la gripe. En cuanto te sientas al lado de alguien infectado, te contagias.»[\[7\]](#) Hacer un seguimiento de los *hashtags* de Twitter se convirtió en una manera de anticipar manifestaciones durante los sucesos revolucionarios que derrocaron a Hosni Mubarak en Egipto. [\[8\]](#) De un modo similar, los revolucionarios de Kiev que en 2014 echaron al presidente ucraniano, Víktor Yanukóvich, recurrieron a las redes sociales para organizar sus protestas en el Maidán y difundir sus críticas hacia Yanukóvich y sus compinches. Desde el parque Taksim Gezi de Estambul hasta las calles de São Paulo, las protestas recorrieron el planeta.

Daba igual cuál fuese el objeto de la ira de los que protestaban: sus métodos siguieron el manual de Schmidt-Cohen.[\[9\]](#) El filósofo español Manuel Castells se apresuró a celebrar el poder revolucionario de la «sociedad red», que generaba movimientos populares tan multitudinarios que era sencillamente imposible «rodear a los sospechosos habituales».[\[10\]](#) Lo que muchos dedujeron fue que, con semejante presión, cada vez más y más estados autoritarios corruptos se verían obligados a convertirse en «gobiernos inteligentes», transparentes y receptivos, que emplearían la tecnología para mejorar su nivel de eficiencia y responsabilidad. Al final, todos los estados acabarían como Estonia, pionera de la e-democracia.[\[11\]](#)

Pero era una ingenuidad dar por hecho que estábamos presenciando el amanecer de una nueva era de *netizens* libres e iguales, a quienes la tecnología da recursos y permite decir la verdad al poder. Como hemos visto, internet tuvo su origen en el complejo industrial-militar. Siempre había muchas probabilidades de que la seguridad nacional pasara por delante del empoderamiento de los ciudadanos cuando se trataba de explotar el potencial de la red social para servir al Gobierno. Los atentados del 11-S y los apuros del Gobierno estadounidense en Irak supusieron un claro incentivo tanto para la administración Bush como para sus sucesores. Stan McChrystal había aprendido en Irak que, en la contrainsurgencia, se necesitaban redes para luchar contra las redes.[\[12\]](#) Lo mismo se aplicaba al

contraterrorismo. Los analistas de inteligencia concebían Al Qaeda como una «red de redes» que contaba con unas siete franquicias regionales o nacionales.^[13] Una red «adaptativa, compleja y resiliente» cuyo propósito era seguir infligiendo terror y destrucción en la «patria» estadounidense.^[14] Los políticos del país tenían buenos motivos para querer vengarse de la organización, descabezarla y desmantelarla, no solo a fin de prevenir futuros ataques, sino como demostración de poder. A partir de 2007, la Agencia de Seguridad Nacional se propuso aplicar el principio de McChrystal a escala global.



Era de esperar que el Estado jerárquico tratara de ponerse de su lado a los propietarios del sector privado de las redes alojadas en internet. Como también lo era que esa tentativa quedara al descubierto. La división de Operaciones de Fuentes Especiales (SSO, en inglés) de la NSA empezó a solicitar comunicaciones online al menos a nueve de las empresas estadounidenses más importantes como parte de un programa de vigilancia de macrodatos cuyo nombre en clave era PRISM. Las labores de interceptación, de hecho, las realizaba la Unidad Tecnológica de Interceptación de Datos del FBI, aprovechando la circunstancia de que gran parte de la infraestructura física de internet se encuentra en Estados Unidos. Bajo la Ley de Protección de América y la sección 702 de las Enmiendas a la Ley de Vigilancia de la Inteligencia Extranjera de 2008 esto era legal, y las empresas poco podían hacer más que obedecer. En el plano oficial, dicha vigilancia se centraba en los residentes extranjeros que pudieran suponer una amenaza para la seguridad de Estados Unidos, pero cualquier ciudadano estadounidense que se comunicara con alguno de estos residentes podía acabar también atrapado en la red de la NSA, siempre y cuando una de las partes, en un cruce de emails, una llamada vía Skype, una transferencia de archivos o una interacción en Facebook, se hallase en suelo extranjero. Entre los participantes del programa PRISM estaban Facebook,

YouTube, AOL, Skype y Apple, pero el grueso de información se obtuvo de Yahoo, Google y Microsoft. En 2012, el total de peticiones de datos de usuario que recibió Facebook por parte de todas las entidades gubernamentales fue de entre 9.000 y 10.000, y atañían a más o menos el doble de cuentas de usuario. Un programa paralelo, MUSCULAR, pinchó directamente los datos no encriptados alojados en las «nubes» privadas de Google y Yahoo. Y también fueron cómplices de la vigilancia de la NSA las compañías de telefonía AT&T y Verizon.[\[15\]](#)

Para el «estado de seguridad nacional» (en la práctica, una red bastante reservada de burócratas),[\[16\]](#) el PRISM era la respuesta lógica a una amenaza en red, no muy distinta de las escuchas telefónicas de las décadas de 1960 y 1970 o el espionaje rutinario que practicaba la CIA contra gobiernos tanto hostiles como afines. No obstante, era un disparate creer que una intrusión gubernamental de semejante envergadura pasaría inadvertida en la Era de la Red, y que no recibiría represalias mediante el uso de sus mismas herramientas. En diciembre de 2006, una web llamada WikiLeaks había empezado ya a publicar online documentos clasificados, sobre todo relacionados con la dirección (la mala dirección, en opinión de su fundador, Julian Assange) de las guerras en Afganistán e Irak. Dado que el objetivo principal de estas primeras filtraciones fue la administración Bush, los periódicos liberales, como el *Guardian*, no dudaron en promocionar WikiLeaks en calidad de fuente legítima.

Entre los «soplones» que suministraron documentos a WikiLeaks estaba el soldado Bradley (más tarde, Chelsea) Manning. En junio de 2013 se abrió una brecha todavía mayor cuando un contratista de la NSA, Edward Snowden, empezó a publicar una cantidad ingente de documentos, incluidos detalles de PRISM, al *Guardian* y al *Washington Post*. Los intentos del Cuartel General de Comunicaciones del Gobierno del Reino Unido (GCHQ, en inglés) de destruir los discos duros que guardaba el *Guardian* en sus oficinas fueron inútiles y solo hicieron que aumentara el escándalo. Daba la impresión de que la hazaña de Daniel Ellsberg con su filtración de los archivos del Pentágono había quedado eclipsada. Los liberales se regodearon de que la NSA hubiera quedado expuesta y desdeñaron a quienes afirmaban que la inteligencia basada en PRISM había prevenido atentados terroristas. Sin embargo, que empresas tan conocidas como Yahoo, Google o Microsoft —por no hablar de Facebook— estuviesen compinchadas con el temido «estado de seguridad nacional» era fuente de profunda vergüenza, como también que toda la operación hubiese proseguido sin alteraciones a pesar de que fuera elegido el ojito derecho de los liberales, Barack Obama, como presidente. Durante el mandato de Obama, la NSA recopiló no solo los macrodatos de las llamadas de teléfono de 120 millones de abonados de Verizon, sino también —mediante PRISM— el contenido de las conversaciones de email, voz, texto y vídeo de un número desconocido de estadounidenses. Entre abril de 2011

y marzo de 2012, según una auditoría interna de la NSA filtrada por Snowden, se produjeron 2.776 infracciones de las normas que en teoría regían la vigilancia de ciudadanos.^[17] Está muy bien que Mark Zuckerberg afirmara sentirse «muy confuso y defraudado ante las continuadas informaciones sobre el comportamiento del Gobierno de Estados Unidos» y que declarara con mojigatería que «cuando nuestros ingenieros trabajan sin descanso para mejorar la seguridad, imaginamos que estamos protegiéndoos frente a delincuentes, no frente a nuestro propio Gobierno»,^[18] pero la posibilidad de que no supiera nada de lo que venía sucediendo es muy remota.

Tampoco ayudó al Gobierno de Obama que las revelaciones de Snowden coincidiesen con la prueba humillante de su incapacidad para usar la tecnología de manera eficaz en un programa diseñado para beneficiar a los ciudadanos estadounidenses. Como constataron las elecciones de 2008, los políticos y votantes seguían siendo presa de un vocabulario posbélico en que los primeros prometían no solo un aumento de los bienes públicos, sino «crear empleo» sin incrementar significativamente el gasto público en lo relativo a impuestos. La popularidad del presidente Obama declinó muy rápido cuando se hizo evidente la imposibilidad del Gobierno federal de cumplir esta promesa de manera eficaz. Los defectos de la página www.HealthCare.gov son en muchos aspectos el paradigma del problema fundamental: en la era de las FANG, los

consumidores esperan que los sitios web tengan una funcionalidad básica. Se dice que crear esa web inoperante supuso entre dos y cuatro veces el coste de fabricar el iPhone original. El presentador del *Daily Show*, Jon Stewart, hablaba en nombre de cientos de miles de usuarios frustrados cuando le dijo con mofa a la secretaria de Salud y Servicios Sociales, Kathleen Sebelius: «Yo intento descargarme de internet todas las películas habidas y por haber, y usted intenta darse de alta en Obamacare, a ver quién lo consigue antes».[19]

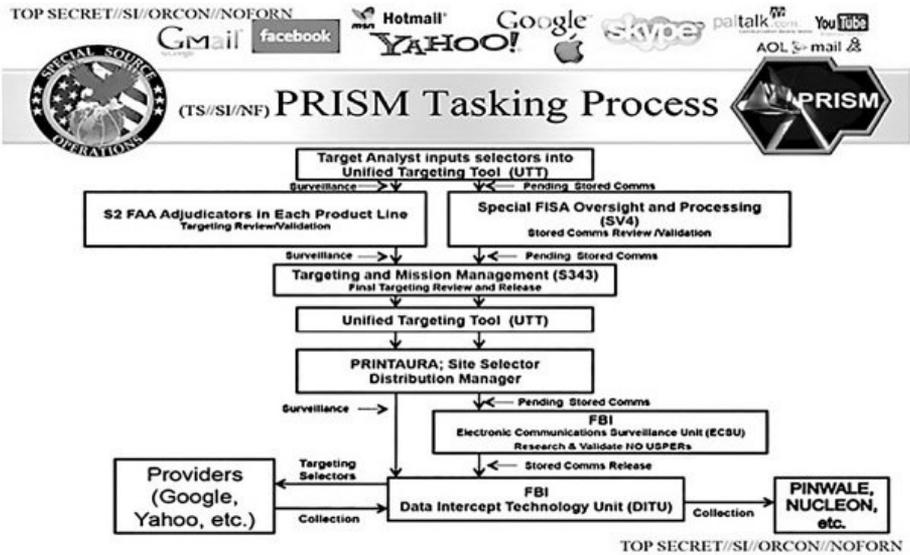


FIGURA 42. Diapositiva clasificada publicada por WikiLeaks donde se describe el programa de vigilancia PRISM de la Agencia de Seguridad Nacional. Obsérvese la estructura jerárquica del diagrama.

Estas calamidades plantearon una disyuntiva a las empresas tecnológicas: ¿debían distanciarse de la jerarquía

de Washington? Tim Cook, el director ejecutivo de Apple, adoptó esa actitud cuando se negó a acatar una petición del FBI y una orden judicial para que desbloqueara el iPhone propiedad de los terroristas Syed Rizwan Farook y Tashfeen Malik, que habían asesinado a catorce personas en San Bernardino en diciembre de 2015. Google, por su parte, adoptó la postura alternativa, afirmando su compromiso simultáneo por «la defensa de la libertad de expresión online y la protección de la privacidad»,[\[20\]](#) al tiempo que se acercaba más que ninguna otra empresa tecnológica al poder ejecutivo. Durante la presidencia de Obama hubo 427 visitas de empleados de Google y de otras entidades vinculadas a este a la Casa Blanca, y los altos ejecutivos de la empresa se reunieron con el presidente al menos en una veintena de ocasiones. Solo en 2016, Google se gastó 15.400 millones de dólares en lobbies.[\[21\]](#)

Pero aún había otro problema en la estrategia de la NSA. Es muy posible que su plan de vigilancia ayudara en efecto a prevenir más atentados de Al Qaeda. Las pruebas aportadas por Snowden no bastan para concluir que PRISM no sirviera de nada. Pero el daño causado a la reputación de Estados Unidos —sobre todo, a ojos de sus aliados— sin duda superó cualquier beneficio que pudiese haber. Fue en pleno escándalo tras las filtraciones de Snowden cuando Estados Unidos cedió a las presiones extranjeras y puso fin a la supervisión de la ICANN por parte del Departamento de Comercio, de la que se encarga ahora una «comunidad

multiaccionarial global». [22] En cualquier caso, las redes se reajustan más rápido que las jerarquías. Como vaticinaron algunos analistas, los yihadistas se adaptaron a una estrategia contraterrorista vertical mutando de la red bastante cerrada de Al Qaeda a algo cuya descripción encaja mejor con «enjambre». [23] Lo que nadie vaticinó en el primer embate de la «guerra contra el terrorismo» fue que los más acérrimos oponentes a la visión occidental de la modernidad podían aprender a usar las tecnologías de Silicon Valley para servir a su causa.

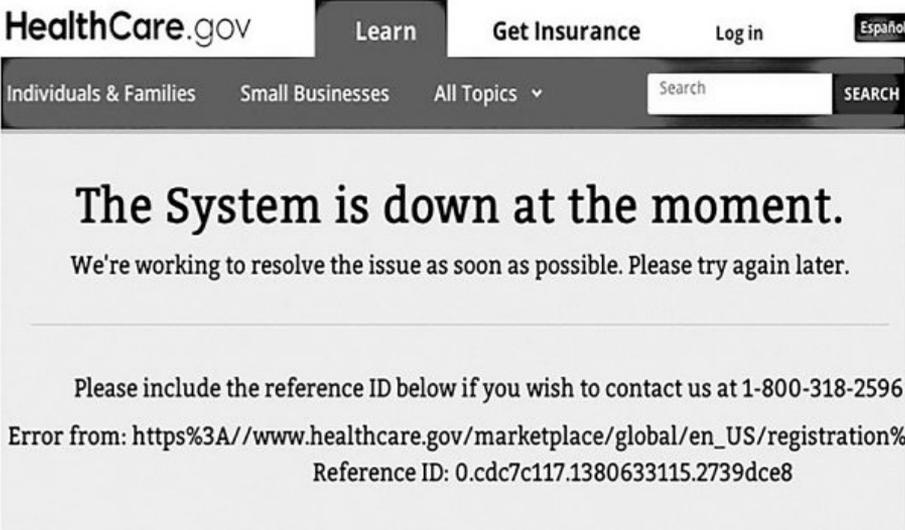


FIGURA 43. «El sistema no funciona en estos momentos. Trataremos de solucionarlo lo antes posible. Por favor, vuelva a intentarlo más tarde.» Un gran gobierno con un pequeño problema: la caída de HealthCare.gov en 2013.

El Gobierno de Obama celebró la ejecución de Osama bin Laden en mayo de 2011 como un avance enorme. En

realidad, solo vino a confirmar la obsolescencia de Al Qaeda. A esas alturas, los líderes de la organización habían perdido la iniciativa frente a sus filiales de Irak, que habían pasado de los atentados directos contra objetivos estadounidenses a atentar contra chiíes iraquíes y hacían de la barbarie (*tawahoush*) una virtud.[\[24\]](#) Sin duda el ejército de Estados Unidos había infligido daños enormes a la red de Zarquai durante la «Oleada de tropas». Sin embargo, antes de que pudiera acabar la tarea, el Gobierno de Obama puso fin a la presencia militar estadounidense en Irak; fue la primera de una serie de meteduras de pata desastrosas. Empezó por apoyar un gobierno de mayoría chií, aun si esto avivaba el resentimiento suní. El presidente despidió sin vacilar a McChrystal a raíz de los comentarios indiscretos de un subordinado que terminaron en la revista *Rolling Stone*. Cuando le preguntaron por un nuevo grupo llamado Estado Islámico de Irak y el Levante (ISIS), Obama despachó el tema afirmando que era una mera división juvenil de Al Qaeda. Por último, al negarse a intervenir cuando Siria se sumió en una guerra civil, Obama generó un vacío aún mayor en el que ISIS pudo expandirse.[\[25\]](#)

ISIS se diferenciaba de Al Qaeda sobre todo en cuatro aspectos. Su ideología se basaba en la reinstauración del Califato proclamada por su cabecilla, Abu Bakr al-Baghdadi, el 29 de junio de 2014. En el lenguaje de esta proclamación online resonaba en cierto modo el de la llamada a la yihad que hiciera el Imperio otomano en la fase inicial de la

Primera Guerra Mundial cien años atrás: «No es permisible que nadie que crea en Alá duerma sin considerar como a su líder a aquel que los conquiste por la espada hasta convertirse en califa y sea llamado Amir al-Mu'minin [príncipe de los creyentes]». Esto era una llamada a las armas dirigida a todos los musulmanes:

Así pues, apresuraos, oh, musulmanes, y uníos en torno a vuestro califa, para que podáis volver a ser los que fuisteis durante siglos, reyes de la Tierra y caballeros de la guerra. Venid para que os honren y estimen, y podáis vivir dignamente como amos. Sabéis que luchamos por una religión que Alá prometió proteger. Luchamos por una umma a la que Alá ha concedido honor, estima y liderazgo, y a la que ha prometido [...] poder y fuerza sobre la Tierra. Venid, oh, musulmanes, aquí está vuestro honor y vuestra victoria. Por Alá, si no creéis en la democracia, el laicismo, el nacionalismo y toda esa basura y esas ideas de Occidente, y os apresuráis a uniros a vuestra religión y vuestro credo, entonces, Alá mediante, vuestra será la Tierra, y Oriente y Occidente se rendirán a vosotros. Esta es la promesa que os hace Alá [...].

Nosotros, por Alá, no encontramos ningún pretexto sharia que justifique no apoyar este Estado [...] si renegáis del Estado o libráis batalla contra él, no lo dañarán, solo os dañarán a vosotros mismos [...].

Oh, soldados del Estado Islámico, Alá, alabado sea, nos ordenó hacer la yihad y nos prometió [...] la victoria [...]. Y si alguien quiere romper filas, partidle la cabeza con balazos y vacíadle las entrañas, quienquiera que sea.^[26]

La diferencia con 1914, sin embargo, es que entonces no había aliados infieles a quienes perdonar la vida como parte de una estrategia regional calculada. Para ISIS, el objetivo último era el apocalipsis: su ambición no era una victoria convencional, sino cumplir la profecía de un Armagedón

islamista en Dabiq.

En segundo lugar, ISIS practicaba lo que predicaba con una exactitud atroz. En palabras de Graeme Wood, su ideología constituía «un sincero y meditado compromiso de hacer que la civilización vuelva a la situación legal del siglo VII, y por último desencadenar el apocalipsis». La realidad, escribía Wood en marzo de 2015, era «que el Estado Islámico es islámico. Muy islámico [...]. Nadie se había esforzado tanto por implementar una sharia estricta por medio de la violencia. En eso consiste». Es decir, en esclavizaciones, amputaciones, decapitaciones, lapidaciones y crucifixiones. [27] En tercer lugar, ISIS era una red de código abierto que divulgaba de un modo sistemático, no solo su ideología, si no las más espantosas muestras de violencia ejemplar a través de decenas de miles de cuentas de Twitter unidas unas a otras, así como por Facebook y YouTube. [28] En cierto modo, su actividad en los medios se convirtió en la mayor fuente de resiliencia frente a la campaña sostenida para asesinar a sus líderes. [29] Por último, ISIS contaba con una organización bastante diferente de la de Al Qaeda. En Oriente Próximo aspiraba a convertirse en un verdadero Estado territorial y a borrar las fronteras del centenario Acuerdo Sykes-Picot. [30] En el resto de la franja de países de mayoría musulmana que va de África del Norte a Asia del Sur, creó una confederación de filiales. En Occidente quiso construir una red nueva y mucho más laxa de yihadistas, y logró atraer a 15.000 de los más fervientes a Mosul y Raqqa,

[31] mientras animaba al resto a cometer atentados rudimentarios e indiscriminados en las ciudades occidentales. La llamada del jeque Abu Mohamed al-Adnani a los musulmanes de los países occidentales para que buscasen un infiel y le «partiesen la cabeza con una piedra» resume su primitivo modo de acción sobre el terreno.[32] Pero los grafos de la red pro ISIS online revelaron un grado muy alto de sofisticación en el ciberespacio.[33] Un clúster de «muyahidines de los medios» que usaba múltiples cuentas y se reconfiguraba sin cesar a sí mismo como un enjambre de abejas o una bandada de pájaros para evitar el cierre de las cuentas.[34] De manera algo sorprendente, el análisis de la centralidad de intermediación de los nodos de la red ISIS ha revelado el papel central que las mujeres desempeñan en la organización.[35]

La reacción del Gobierno de Obama frente a ISIS fue tratar de descabezarla, como había descabezado Al Qaeda. Nadie quería plantearse la posibilidad de que el enemigo al que se enfrentaban ahora era «acéfalo», una red sin jefes a la que era tan difícil de matar como a la Hidra, el monstruo de muchas cabezas de la mitología griega.[36] Al mismo tiempo, el presidente se tomó mil molestias para desechar la ideología del ISIS, e insistió mucho en que «no tenía nada que ver con el islam». Convencido de que reconocer la literalidad de la lectura del Corán que hacía el grupo equivaldría a legitimizar la «islamofobia», Obama indicó a los miembros de su Gobierno que no aludiesen en ningún

momento al islam y que se centrasen en «combatir el extremismo violento». Solo con la mayor reticencia accedió a ordenar ataques aéreos contra las plazas fuertes del ISIS, en respuesta al clamor popular ante las sádicas ejecuciones de rehenes estadounidenses y británicos en 2014.[\[37\]](#)

Como consecuencia de estos errores, el mundo se encuentra ahora en las garras de una epidemia de terror islamista. En los últimos dieciséis años, el peor en cuanto a terrorismo fue 2014, en el que 93 países sufrieron atentados y murieron cerca de 33.000 personas. El segundo peor fue 2015, con 29.000 muertes. Ese año, cuatro grupos radicales islámicos fueron los responsables de tres cuartas partes del total de muertes a causa del terrorismo: el Estado Islámico, Boko Haram, los talibanes y Al Qaeda.[\[38\]](#) ISIS llevó a cabo más de cien atentados en solo un mes.[\[39\]](#) Aunque los países de mayoría musulmana son los que más padecen la violencia yihadista, Occidente está sufriendo cada vez más atentados. En 2015 hubo 64 atentados vinculados a ISIS en los países occidentales, incluidas las masacres de París (130 muertos) y Orlando (49 muertos).[\[40\]](#) En una sola semana, mientras escribía este capítulo, hubo atentados en Antwerp, Londres y París. Únicamente la vigilancia constante de los servicios de seguridad occidentales ha evitado que murieran muchas más personas en los últimos doce años. En 2014-2015 se produjeron en el Reino Unido más detenciones relacionadas con el terrorismo que en ningún otro año desde 2000.[\[41\]](#) En total, ha habido 135 causas terroristas en ese país desde

1998, con 264 penas de cárcel, y la frecuencia de los delitos terroristas se ha doblado desde 2010.[\[42\]](#) Sin embargo, ni siquiera intensificando esfuerzos es posible adelantarse a cada yihadista.

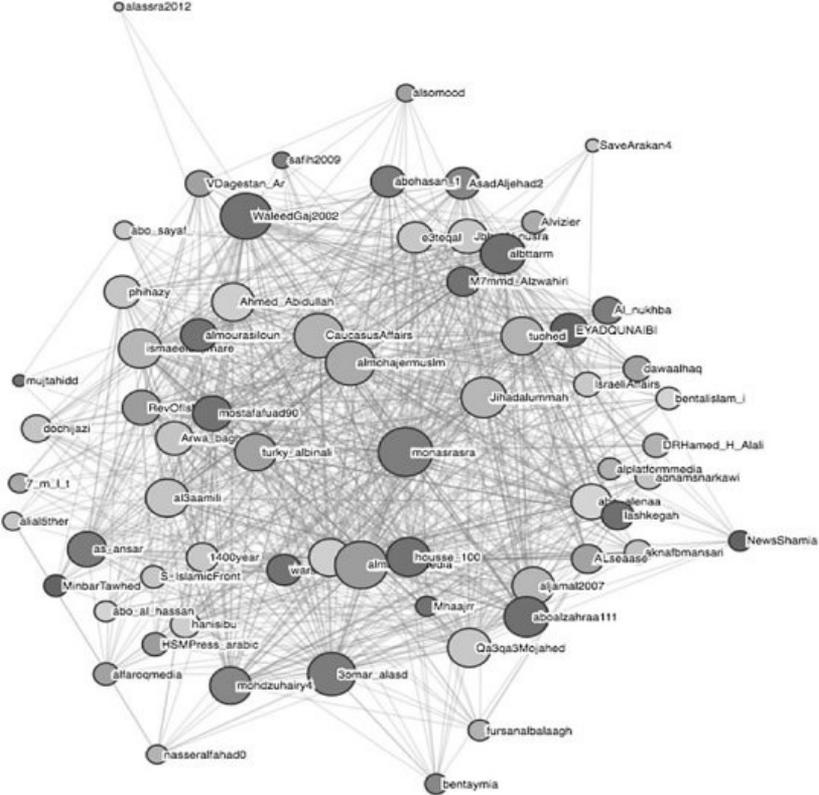


FIGURA 44. Los 66 «sitios yihadistas y de apoyo a la yihad y a los muyahidines más importantes de Twitter», según recomendaba el bloguero yihadista Ahmad Abdallah en febrero de 2013. La densidad de red del grafo es de más o menos 0,2, lo que significa que en torno al 20 por ciento de todas las conexiones que en teoría podrían existir, en efecto existen. Este fue el sistema de transmisión para los vídeos horripilantes publicados por ISIS en 2014.

El problema es que la red de ISIS desafía las tácticas

convencionales de contraterrorismo. Al contrario de lo que suele pensarse, no es porque recurra a «lobos solitarios», que por su propia naturaleza son difíciles de detectar. Los atentados de París de noviembre de 2015 fueron una operación bien planeada que involucró a dieciocho personas además de los nueve atacantes.[\[43\]](#) En todo caso, pocas personas se vuelven yihadistas sin ayuda, tan solo navegando por internet. A la yihad la precede siempre la *dawa*: el proceso de radicalización, no violento pero tóxico, que convierte al pequeño delincuente en un fanático.[\[44\]](#) La red de la *dawa* adopta múltiples formas. En el Reino Unido, la organización conocida como Al Muhajiroun («Los Emigrantes») ha desempeñado un papel fundamental en ello, pero hay muchas organizaciones no tan visibles — centros islámicos con misteriosos imanes— que se afanan por difundir el veneno mental.[\[45\]](#) Las encuestas sobre la postura de los musulmanes británicos parecen a simple vista tranquilizadoras. Un total del 90 por ciento de los encuestados por Policy Exchange en 2016 condenaban el terrorismo. Menos de uno de cada diez consideraba la islamofobia «un gran problema» y solo el 7 por ciento decía no sentir un intenso sentimiento de pertenencia al Reino Unido. Sin embargo, casi la mitad de los encuestados afirmaban que no querían integrarse por completo entre los no musulmanes en todos los aspectos de la vida, y que preferían mantener cierta distancia con respecto «a las leyes y la escolarización». Cuando les preguntaban si apoyarían la

introducción de la sharia, el 43 por ciento respondió con un «Sí». Dos quintas partes estaban a favor de la educación separada por sexos, una clara mayoría de los encuestados en el sur del país era partidaria de que el hiyab o la niqab formasen parte del uniforme escolar de las niñas y uno de cada diez estaba en contra de prohibir toda labor de tutoría que «fomente posturas extremas o se considere incompatible con los valores británicos fundamentales». Y lo más alarmante: alrededor de un tercio (el 31 por ciento) de los encuestados afirmaban creer que el Gobierno estadounidense estaba detrás de los atentados del 11-S; eran más los que culpaban a «los judíos» de ello (un 7 por ciento) que los que lo atribuían a Al Qaeda (un 4 por ciento).[\[46\]](#)

Ningún estudioso serio del islamismo cree que tales actitudes sean consecuencia de una marginación social que pueda revertirse por medio de la creación de empleo o un presupuesto social más generoso.[\[47\]](#) Y tampoco nadie implicado en la lucha online contra ISIS piensa que con presionar a Twitter para que elimine las cuentas pro ISIS se obtengan resultados importantes.[\[48\]](#) Gran parte de la cháchara yihadista se ha trasladado ya a Telegram, justpaste.it y Vkontake, la red social rusa.[\[49\]](#) Tras los atentados de Londres del 7 de julio de 2005, la estrategia antiterrorista del Gobierno británico, CONTEST, se ha centrado de manera activa en «Prevenir» que la gente se convierta en terrorista o apoye el terrorismo. La Ley de Seguridad y Contraterrorismo de 2015 asignaba incluso el

deber —a policía, prisiones, autoridades locales, escuelas y universidades— de «impedir que las personas se vean atraídas hacia el terrorismo». Como ministra de Interior, Theresa May prometió «hacer frente y desafiar sistemáticamente la ideología extremista».[50] Por este motivo, la denunciaron el Consejo Musulmán Británico, Hizb ut-Tahrir, CAGE y la Comisión Islámica de Derechos Humanos, ayudados e instigados por los simpatizantes del Sindicato Nacional de Maestros.[51] Pero la realidad es que Prevenir no ha hecho suficiente, porque el problema es que resulta muy difícil impedir que prospere una red como esa, que puede operar hasta dentro de las prisiones. Las cifras publicadas en febrero por el Ministerio de Justicia mostraban que el número de musulmanes encarcelados (por toda clase de delitos) se había más que doblado entre 2004 y 2014, y llegaba ahora a 12.255. Uno de cada siete reclusos en Inglaterra y Gales es musulmán.[52]

El problema no desaparecerá, como bien demuestran los apuros que está pasando Francia. En ese país hay al menos un 8 por ciento de población musulmana, que es la cifra aproximada que calcula el Centro de Investigaciones Pew para Gran Bretaña en 2030.[53] Las autoridades francesas calculan que tienen 11.400 islamistas radicales, muchos más de los que puede someter a vigilancia. Según Farhad Khosrokhavar, los musulmanes representan hasta un 70-80 por ciento de los reclusos en las cárceles situadas en las periferias urbanas del país, y un 40 por ciento del total de

reclusos franceses de entre dieciocho y veinticuatro años. [\[54\]](#) Según datos oficiales, en 2013 el 27 por ciento de la población reclusa francesa observó el Ramadán.[\[55\]](#) La migración creciente que llega a Europa desde África del Norte, Oriente Próximo y Asia del Sur —en particular, la llegada de más de un millón de solicitantes de asilo y emigrantes por razones económicas a Alemania en 2015— tampoco ayudará en el asunto. Una gran mayoría de la gente de esos países de origen está a favor de la sharia; por ejemplo, un 84 por ciento de los paquistaníes y un 91 por ciento de iraquíes. Y de entre los que apoyan la sharia, tres cuartas partes de paquistaníes y más de dos quintas partes de iraquíes están a favor de la pena de muerte por apostasía. [\[56\]](#) Si, como parece, el Estado Islámico cae derrotado en Irak y en Siria, su red en el ciberespacio y en Occidente perdurará, y será un caldo tóxico en el que pueden multiplicarse los memes de la dawa, convirtiendo a un perdedor tras otro para la causa del martirio sanguinario.

9 de noviembre de 2016

La mayoría de la gente no entra en internet para participar en protestas relámpago o ver decapitaciones. Chismorrear, hacen compras, comparten fotos y bromas y ven videoclips: de goles de fútbol, de gatitos, de sexo. Todos esos caminos neuronales producto de la evolución nos hacen enteramente vulnerables a la cascada de estímulos de los tuits y las interacciones de nuestro clúster electrónico de amigos. La red satisface nuestro solipsismo (*selfies*), nuestro breve lapso de atención (140 caracteres) y nuestro apetito, se diría que insaciable, de noticias sobre famosillos salidos de *reality shows*. Esto es lo que da a la democracia moderna su cualidad distintiva. ¿Qué puede lograr que centremos nuestra atención, aunque sea por un instante, en la aburrida pregunta de cómo queremos que nos gobiernen o, al menos, quién? Cuando hablamos de «populismo» hoy en día,^[1] a veces no nos referimos más que a una política que resulta audible e inteligible para el hombre de la calle; o siendo más precisos, para ese hombre y esa mujer repantingados en el sofá cuya atención vaga errática de la televisión de pantalla

plana al portátil, al *smartphone*, a la *tablet* y de vuelta a la televisión; o para ese hombre y esa mujer que están sentados delante del ordenador de sobremesa en el trabajo y se pasan casi todo el tiempo intercambiando sugerentes mensajes personales en su *smartphone*.

En los países desarrollados, mucha gente permanece conectada todas las horas de vigilia de sus vidas. Más de dos quintas partes de los estadounidenses afirman consultar sus cuentas de correo, mensajería y medios sociales sin parar.[\[2\]](#) En los cuatro años transcurridos desde mayo de 2012 hasta mayo de 2016, la penetración del *smartphone* en el Reino Unido pasó del 52 al 81 por ciento entre la población adulta. Nueve de cada diez británicos de entre dieciocho y cuarenta años poseen ahora un dispositivo y lo consultan de manera compulsiva, ya estén en casa, en el trabajo o de camino a uno u otro sitio. Más de dos terceras partes usan sus *smartphones* mientras cenan en familia. Solo al dormir dejan los aparatos a un lado, e incluso entonces es difícil separarse de ellos. Más de la mitad de los británicos propietarios de un *smartphone* lo consultan media hora antes de apagar la luz por la noche; una cuarta parte, cinco minutos antes, y uno de cada diez, inmediatamente antes. La misma proporción de gente echa mano del teléfono en cuanto despierta, mientras que un tercio lo hace en los cinco minutos siguientes, y la mitad, antes de un cuarto de hora.[\[3\]](#) Los estadounidenses no están menos enganchados. En 2009, el ciudadano medio tenía contacto vía móvil 195 días del año; vía mensaje de

texto, 125 días al año; vía correo electrónico, 72 días al año; vía mensajería instantánea, 55 días al año, y vía redes sociales, 39 días al año.[\[4\]](#) Llegados a 2012, los estadounidenses consultaban sus teléfonos móviles 150 veces al día, y en 2016 pasaban una media de cinco horas diarias con ellos. Ninguna teoría de la revuelta populista que azotó Europa y Estados Unidos en los años posteriores a 2008 es completa si no incorpora esta pasmosa transformación de la esfera pública, que sería legítimo describir como una invasión total de la esfera privada.

No hay duda de que el aumento significativo del apoyo a populistas tanto de la izquierda como de la derecha se debió en parte a la revolución causada por la mengua de expectativas económicas que hemos mencionado antes.[\[5\]](#) No hay duda de que la violenta reacción en contra del multiculturalismo venía a complementar la revuelta contra la economía globalizadora.[\[6\]](#) Sin embargo, como ha señalado Renee DiResta, la masa digital de la década de 2010 era en esencia distinta de la masa de los años treinta que tanto había fascinado y horrorizado a Elias Canetti:

1. La masa busca siempre crecer, y puede hacerlo en todo momento, libre de restricciones físicas.
2. En el seno de la masa hay igualdad, pero un grado más alto de engaño, recelo y manipulación.
3. La masa adora la densidad, las identidades digitales

pueden comprimirse más.

4. La masa necesita dirección, y el *clickbait* («cebo de clics») hace que esa dirección sea barata de fabricar.[\[7\]](#)

Aquellos que depositaron sus esperanzas en la «sabiduría» de las masas, imaginando una política benigna y «colaborativa», se llevaron una desagradable sorpresa. «Si se da influencia social —señalaban dos estudiosos de las redes—, las acciones de la gente se vuelven dependientes unas de otras, lo que socava la premisa fundamental de la sabiduría de las masas. Cuando la masa se guía por la interdependencia, es posible influir en ella para que propague cierta información masivamente, aun si no es correcta.»[\[8\]](#)

Desde la perspectiva de 2017, las elecciones presidenciales de 2008 parecen algo de un pasado remoto. John McCain, el candidato republicano derrotado, contaba tan solo con 4.492 seguidores en Twitter y 625.000 amigos en Facebook. Reconoció que no tenía cuenta de correo electrónico y que no usaba internet.[\[9\]](#) Se sintió abrumado no solo por la crisis financiera de la que se culparía a su partido, sino por la primera campaña posredes sociales. Barack Obama tenía cuatro veces más amigos en Facebook que McCain y veintiséis veces más seguidores en Twitter. Su página web (www.barackobama.com) era obra de Chris Hughes, cofundador de Facebook, y se reveló un motor crucial no

solo para lanzar su mensaje, sino para recaudar dinero. Las élites liberales de ambas costas se regodearon con la derrota de McCain: un veterano, de raza blanca, entrado en años, con larga experiencia en Washington, era tumbado por un «organizador comunitario» afroamericano joven y guay, que había cumplido un solo mandato como senador. Pocos repararon en los elementos inquietantes de la pugna. En primer lugar, la homofilia en las redes sociales parecía dar lugar a una polarización cuando la política se convertía en el tema de debate, y las opiniones individuales se hacían más extremas en la caja de resonancia del sesgo compartido.^[10] En segundo lugar —pese a que esto no quedó demostrado de manera formal hasta las elecciones de mitad de mandato de 2010 al Congreso—, Facebook era una herramienta eficacísima de movilización política, en particular cuando se usaba dirigida a redes locales no digitales.^[11]

Las implicaciones de esto no le pasaron por alto a Dominic Cummings, el artífice de la victoria del «Vote Leave» («Vota salir») en el referéndum de 2016 sobre la permanencia de Gran Bretaña en la Unión Europea. Un caso casi único en la clase política británica, Cummings llevaba mucho tiempo interesado, no solo en la historia, que había estudiado en Oxford, sino en la complejidad y las redes. Con un presupuesto limitado (diez millones de libras) y tiempo limitado (diez meses), tuvo que enfrentarse tanto con los «mandamases en la cúspide de las jerarquías centralizadas», casi todo ellos en contra del «Brexit», como con los políticos

díscolos de su propio bando. Todo apuntaba en contra del «No». Entre las claves de su ajustada victoria, afirmaba Cummings, estuvieron los «cerca de mil millones de anuncios digitales dirigidos», las encuestas experimentales, un equipo de ciencia de datos formado por «físicos sumamente inteligentes» y un «bate de béisbol con la inscripción “Turquía/NHS/350mill£”»: una alusión a los eslóganes, en gran medida engañosos, que como habían demostrado los «experimentos eran los más efectivos» para convencer a la gente de que votase por el «No». En opinión de Cummings, el Brexit no fue en absoluto una victoria de la derecha populista, pues su campaña había combinado de manera deliberada elementos de derechas y de izquierdas (como la amenaza de la llegada de más inmigrantes musulmanes si Turquía se unía a la UE o la promesa de que habría más dinero para el NHS, el Servicio Nacional de Salud, si Gran Bretaña salía). Según había señalado años antes David Goodhart, la oposición a la inmigración y el apoyo al Estado del bienestar eran, en efecto, posturas complementarias.[\[12\]](#) Así pues, sostenía Cummings, el Brexit era una victoria para el «sistema, saludable y eficaz» del «derecho anglosajón, que permite una rápida y constante corrección de errores» frente a «sistemas, dañinos e ineficaces, como la UE y los modernos departamentos de Whitehall [...], centralizados y jerárquicos en grado sumo» y, por tanto, incapaces de resolver de manera efectiva los problemas.[\[13\]](#) El Brexit, en resumen, fue una victoria de la

red —y de la ciencia de redes— sobre la jerarquía del *establishment* británico. Mientras que la campaña de David Cameron y George Osborne había sido convencional y habían concentrado todos sus cartuchos en los riesgos económicos de abandonar la UE, Cummings había recurrido a su Sistema de Recogida de Intención de Voto (VICS, por sus siglas en inglés) y a Facebook para difundir el mensaje viral de que merecía la pena pagar cierto precio económico a fin de «recuperar el control». Como recordaba, «publicamos muchas versiones distintas de los anuncios, las probamos, desechamos las menos efectivas y reforzamos las más efectivas en un constante proceso reiterativo».[14] Algunas voces han insinuado que estas técnicas le fueron facilitadas por la empresa de análisis de datos del gestor de fondos de cobertura estadounidense Robert Mercer, Cambridge Analytica.[15]

El Brexit fue un ensayo general para las elecciones a la presidencia de Estados Unidos de 2016. También allí, como en Gran Bretaña, el *establishment* político daba por sentado que bastaría con emplear los métodos de toda la vida, pero a pesar de los cientos de millones de dólares invertidos en publicidad convencional, las campañas de Jeb Bush y Hillary Clinton no lograban establecer conexión alguna con unos sectores muy amplios de simpatizantes de sus partidos. En los primeros meses de 2016, fueron un magnate inmobiliario neoyorquino de mala reputación y un socialista vermontés cascarrabias los que sí conectaron. Una vez más, unas redes

bastante carentes de estructura desafiaban a las anticuadas jerarquías: no solo a los partidos establecidos que según los científicos políticos «decidían» estas pugnas, sino también a dinastías —Bush y Clinton— que habían dominado en la política desde la década de 1980. Resulta significativo que tanto Donald Trump como Bernie Sanders se presentaran en campaña como forasteros del sistema, expresando su hostilidad a la jerarquía de Washington y articulando ideologías —el nativismo, el proteccionismo y el socialismo— que hacía mucho que no tenían cabida en la democracia estadounidense. Con Sanders en el arcén por un sistema de «superdelegados» pensado para maximizar el control de las élites sobre el Partido Demócrata, el escenario quedó listo para un enfrentamiento catártico entre Clinton —la personificación de la jerarquía política establecida— y Trump, al que el *establishment* «se tomó literalmente, pero no en serio», en las palabras inspiradas de Salena Zito.[\[16\]](#) El motivo por el que el número necesario de votantes sí se lo tomó en serio pero no literalmente fue que la red libre de escala de Trump, basada en una combinación de autoorganización y marketing viral, se impuso a la campaña de Clinton, organizada de modo jerárquico pero con un exceso de complejidad. No es que a Clinton le faltasen redes. De hecho, tenía casi demasiadas. Estaba la «red de donantes, amigos, aliados y asesores» —«una red monstruosa de recaudación de fondos»— que se remontaba a los tiempos de su marido. Estaba el comité «Ready for Hillary» que

«levantó el entusiasmo de las bases y le proporcionó a Clinton una red de estado a estado».[17] Y estaba también la «enorme red de asesores no remunerados y de escépticos profesionales», analistas políticos con títulos de la Escuela de Derecho de Yale, que no dejaban de sacarse de la manga, con todo afán, ristras de puntos de ínfimo valor electoral. [18] Sin embargo, el director de campaña de Clinton cerró el «Ready for Hillary» y se cargó a los directores estatales. Y aunque a los operadores políticos más veteranos que enviaban a llenar agujeros en los diferentes estados les pusieron el apodo de «ubers», esto exageraba la efectividad total de la campaña.[19] Perdido entre tanta complejidad se hallaba el simple hecho de que la candidata estaba conectando con sus votantes clave de un modo mucho menos efectivo que su peligrosísimo rival.

Que los medios sociales desempeñaron un papel crucial en las elecciones de 2016 parece evidente, aun cuando la televisión siguió siendo importante para el votante medio. [20] Alrededor de la mitad de los estadounidenses recurrieron a Facebook y demás medios sociales para informarse sobre el tema, y su uso fue sobre todo alto entre los votantes menores de cincuenta años.[21] Y en torno a un tercio de los usuarios de medios sociales comentaron, debatieron o «postearon» sobre política, pese a la impresión generalizada de que los debates en medios sociales eran menos civilizados que en otros espacios.[22] La clave, sin embargo, fue que en la fase final de las elecciones (tras las

convenciones de cada partido) un candidato tenía una presencia en los medios sociales muy superior a la del otro. Trump contaba con un 32 por ciento más de seguidores en Twitter que Clinton y con un 87 por ciento más en Facebook.[23] Pocos días antes de las elecciones, la página de Trump tenía 12 millones de likes en Facebook, cuatro más que Clinton,[24] y también superaba a esta por la medida de Facebook, más importante, del «interés», y lo hacía en todos y cada uno de los estados. (La gente de Mississippi estaba unas doce veces más interesada en Trump que en Clinton, pero hasta los habitantes de Nueva York lo consideraban tres veces más interesante que a ella.) Todos los cruciales estados bisagra del Medio Oeste anunciaron bien a las claras sus intenciones a través de Facebook, y los datos de Twitter venían a decir lo mismo. Entre el 11 y el 31 de mayo de 2016, los tuits de Trump se retuitearon una media de casi 6.000 veces, mientras que los de Clinton solo 1.500 veces.[25] La campaña de Trump también usó de manera muy efectiva YouTube; por ejemplo, en el anuncio para su ataque final de campaña contra la élite global: Clinton, Soros, Goldman Sachs.[26] Pero por encima de todo, la campaña de Trump, como la del «Vote Leave» británico, sacó el máximo partido de las posibilidades de examen publicitario de Facebook, probando decenas de miles de variantes para determinar qué funcionaba mejor en los votantes que constituían el objetivo.
[27]

Era una coyuntura de lo más irónica, ya que desde el

principio Silicon Valley se había alineado con Clinton. Los empleados de Google donaron 1,3 millones de dólares a su campaña, y solo 26.000 para la de Trump. Groundwork, la *start-up* de Eric Schmidt, proporcionó a Clinton soporte en análisis de datos.[28] Mark Zuckerberg tuvo que enfrentarse a una revuelta interna cuando Trump «posteó» en Facebook su llamada al «cese total y completo de la entrada de musulmanes a Estados Unidos», y el blog de tecnología Gizmodo alegó que la empresa estaba manipulando los *trending topics* para limitar la prominencia de Trump.[29] El propio Zuckerberg no ocultó el desprecio que sentía hacia las opiniones de este.[30] Sin embargo, las redes que tanto Schmidt como él habían ayudado a construir estaban usándose para promover ideas que no solo ellos dos sino también sus compañeros consideraban aborrecibles, así como para recaudar dinero para la campaña de Trump.[31] E incluso si Google y Facebook hubiesen logrado vetar a Trump de algún modo, solo habrían conseguido desviar el flujo hacia otras redes, como esos foros anónimos de 4Chan y 8Chan, cuna del movimiento «alt-right». Trolls de la alt-right como Matt Braynard, Charles Johnson o el redactor de Breitbart Milo Yiannopoulos, de origen británico, se jactaron más tarde de haber sido ellos, y su red, quienes habían encumbrado a Donald Trump a la presidencia «cacaposteando» memes como los de la rana Pepe o el insulto «cuck» (por *cuckold*, «cornudo»).[32] Sin duda, existió una coordinación muy estrecha entre la campaña de

Trump y la red alt-right: un equipo en la Torre Trump usó el *subreddit* «TheDonald» como conducto para unir 4Chan con la web mayoritaria. A través de estos canales difamaron a Clinton, «la candidata más corrupta de la historia», y acusaron a su director de campaña de estar involucrado en una red inexistente de pedofilia con sede en una pizzería de Washington.[33] Sigue habiendo un encendido debate acerca del papel que desempeñó Cambridge Analytica en la victoria de Trump.[34] Puede que el perfil «psicográfico» que hiciera de votantes individuales no ejerciese una influencia tan importante como Alexander Nix, su director ejecutivo, dio a entender.[35] Lo que resulta difícil negar es que la vinculación de la campaña de Trump con la alt-right reintrodujo el antisemitismo en la política estadounidense de una manera que no se veía desde la década de 1930.[36] Pero no fue eso, sin embargo, lo que hizo ganar a Trump.

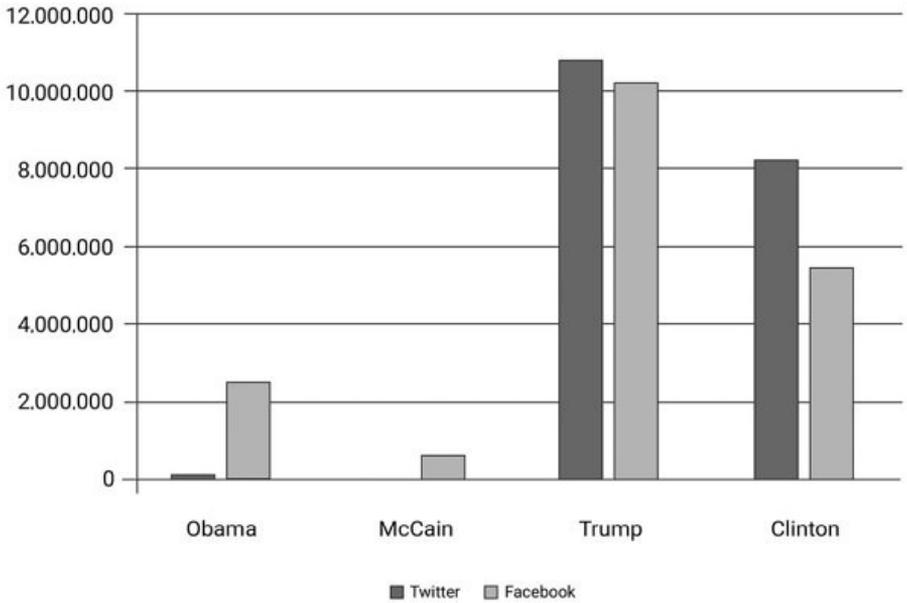


FIGURA 45. Seguidores en los medios sociales de los candidatos en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2008 y 2016.

Tal vez el aspecto más doloroso de las elecciones de 2016 para los dueños de Silicon Valley sea la forma en que se utilizaron sus redes a fin de diseminar noticias falsas: esas *fake news* de las que se quejaba sin cesar Trump, aun cuando él mismo se dedicaba a difundir un sinnúmero de mentiras. En septiembre, Facebook propagó la noticia fraudulenta de que Trump había recibido la aprobación del Papa,[\[37\]](#) y en noviembre, Google puso en cabecera sin advertirlo la afirmación falsa de que había ganado el voto popular.[\[38\]](#) Todo eso también ayudó a Trump. De las noticias falsas conocidas que aparecieron en los tres meses previos a las elecciones, las anti-Trump se compartieron en Facebook ocho millones de veces; las anti-Clinton, treinta.[\[39\]](#) Casi

una cuarta parte de los enlaces tuiteados por una muestra de 140.000 usuarios de Twitter afincados en Michigan durante los diez días previos al 11 de noviembre eran noticias falsas.

[\[40\]](#)

Las elecciones de 2016 fueron unas de las más igualadas de la historia estadounidense, más aún que el resultado del referéndum del Brexit. Si menos de 39.000 votantes de los tres estados bisagra (Michigan, Pensilvania y Wisconsin) hubiesen dado su voto a Clinton en lugar de a Trump, la primera habría obtenido mayoría en el Colegio Electoral, y no solo en el voto popular. Los historiadores se cansarán de debatir sobre cuál, de un sinfín de variables, fue la decisiva, como si el resto de las cuestiones acaso permanecieran inmutables ante el cambio de una sola variable. Sin embargo, hay indicios convincentes de que, de no haber utilizado las redes sociales por medio de plataformas online, quizá Donald Trump jamás hubiese llegado a ser presidente de Estados Unidos. En una campaña pre internet, desde luego, le habría costado estar a la altura de Clinton, ya que carecía de recursos económicos suficientes para sufragar una clásica guerra de desgaste a través de anuncios de televisión. Si afirmáramos que las redes sociales le permitieron hacer campaña de un modo más eficaz, por caótica que pareciera su organización, estaríamos pasando por alto el punto clave. Un mapa electoral de Estados Unidos muestra que Trump ganó en «Trumplandia» —los condados que lo votaron representan el 85 por ciento de la superficie estadounidense

—, mientras que Clinton ganó en lo que podría denominarse el «Archipiélago Clinton». Sus apoyos se concentraron en las áreas metropolitanas importantes de ambas costas; los de Trump se extendían por el interior de ciudades de provincias, pueblos y comunidades rurales. Esto apunta a una paradoja: Clinton debería haber partido con ventaja en unas elecciones interconectadas por cuanto sus partidarios formaban núcleos más densos y eran más jóvenes. Se produjo una paradoja similar en el caso del Brexit: fueron los votantes de mayor edad los que dieron la victoria a la campaña anti-UE, sobre todo los de los *shires* ingleses y galeses, y no en las grandes ciudades. Si las redes sociales eran la clave de la política populista, ¿por qué los grupos más difíciles de ver en Facebook —como el de la población rural de edad avanzada— eran los más propensos al voto populista?[\[41\]](#) Hay una explicación. No cabe duda de que Cummings y su homólogo en la campaña de Trump, Stephen K. Bannon, usaron de un modo más efectivo los medios sociales; pero las campañas populistas no habrían tenido éxito si los memes que diseminaron no se hubiesen propagado todavía más en los foros no electrónicos en que se reúne la gente corriente y donde las amistades (a diferencia de Facebook) son reales: los pubs y los bares. Y esto, a su vez, no habría sucedido si esos memes no hubiesen conectado con ellos.



Gráfico de PETER BELL.

FIGURA 46. La campaña de Clinton de 2016: una estructura jerárquica fallida.

En la Biblioteca de Babel que es internet, no podemos fiarnos de mucho de lo que leemos. Por eso las redes sociales más fuertes siguen siendo locales y sociables. Las batallas políticas de 2016 se decidieron, por tanto, no en la Biblioteca de Babel, sino en la Hostelería Anglohablante. Internet propuso y el salón-bar dispuso.

Pero ¿qué habían obrado?

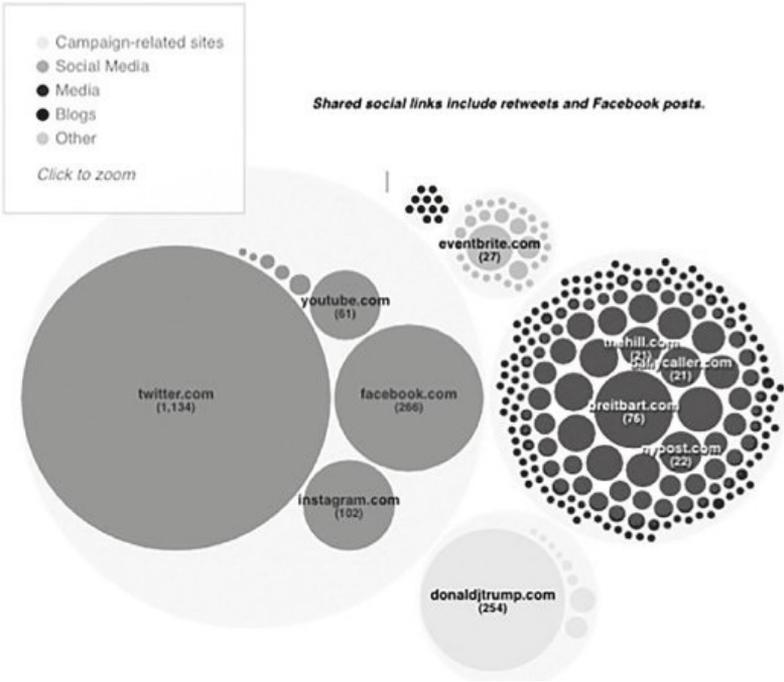


FIGURA 47. La red social online de Donald Trump en 2016.

NOVENA PARTE

Conclusión: el desafío de Siberia

Metrópolis

El clásico del cine mudo de Fritz Lang *Metrópolis* (1927) retrata la caída de un orden jerárquico a manos de una red insurgente. *Metrópolis* es una ciudad de rascacielos imponentes. En lo alto, en áticos palaciegos, vive una élite acaudalada encabezada por el autócrata Joh Fredersen. Abajo, en fábricas subterráneas, trabaja penosamente el proletariado. Tras presenciar un accidente industrial, el hijo playboy de Fredersen abre los ojos a la miseria y la peligrosidad de la vida de la clase obrera. El resultado es una revolución violenta y un desastre involuntario y autoinfligido: cuando los obreros destrozan los generadores de energía, sus propias viviendas se inundan por un fallo en la bomba de agua.

Quizá lo que más se recuerde de *Metrópolis* sea el icónico robot femenino que se convierte en el *doppelgänger* de la heroína, María. Lang dijo que la película se la había inspirado su primera visita a Nueva York. Los rascacielos de Manhattan le parecieron la expresión arquitectónica perfecta de una sociedad con una desigualdad crónica. Sus

contemporáneos, en particular el derechista Alfred Hugenberg, magnate de la comunicación, detectaron entre líneas un mensaje comunista (pese a que la esposa de Lang, coautora del guion, era una nacionalista alemana radical y se unió más tarde al Partido Nazi). Vista hoy, sin embargo, *Metrópolis* trasciende sin duda las ideologías políticas de mediados del siglo xx. Con sus numerosas alusiones religiosas, que culminan en un acto de redención, *Metrópolis* es una mitologización de la modernidad. La pregunta obvia que plantea es tan relevante ahora como lo fue entonces: ¿puede una sociedad urbana y tecnológicamente avanzada evitar el desastre cuando sus consecuencias sociales generan una honda desigualdad?

Pero hay una cuestión aún más profunda en el mensaje entre líneas de la película de Lang: ¿quién gana en último término, la jerarquía o la red? Pues la máxima amenaza al orden jerárquico social de *Metrópolis* no radica en esa inundación subterránea, sino en la conspiración clandestina entre los trabajadores. Nada enfurece más a Fredersen que descubrir que esta conspiración haya podido incubarse en las catacumbas del subsuelo de la ciudad sin que se haya enterado.

En términos actuales, la jerarquía no es una ciudad, sino el propio estado-nación: la superentidad política vertical que evolucionó a partir de las repúblicas y las monarquías de la Europa de la primera Edad Moderna. Si bien no es la nación más poblada del mundo, Estados Unidos sí es desde luego el

Estado más poderoso, al margen de los azares de su sistema político. Su rival más próximo, la República Popular de China, suele considerarse un tipo de Estado fundamentalmente distinto, porque mientras que en Estados Unidos hay dos partidos principales, en la República Popular hay uno, y solo uno. El Gobierno estadounidense se cimienta en la separación de poderes, en especial la independencia del poder judicial; la RPC subordina todas sus instituciones, incluidos los tribunales, a los dictados del Partido Comunista. Sin embargo, ambos estados son repúblicas, con unas estructuras administrativas verticales más o menos comparables y una concentración similar de poder en manos del gobierno central respecto a las autoridades estatales y locales. Desde el punto de vista económico, parece claro que ambos sistemas están convergiendo: China recurre más que nunca a mecanismos del mercado y el Gobierno federal estadounidense lleva años incrementando de manera sostenida el poder reglamentario y regulador de los organismos públicos frente a los productores y consumidores. Por otra parte, y en unos extremos que inquietan a liberales tanto de izquierdas como de derechas, el Gobierno de Estados Unidos ejerce un control y una vigilancia sobre sus ciudadanos de un modo que a efectos prácticos se asemeja más al de la China contemporánea que al de la América de los padres fundadores. En estos aspectos, «Chimérica» no es ninguna quimera. En su día, estas dos economías parecieron opuestas: una exportaba y la otra

importaba, una ahorra y la otra consume.^[1] Pero desde la crisis financiera, se ha dado cierta convergencia. Hoy en día, la burbuja inmobiliaria, el apalancamiento excesivo, la banca en la sombra —por no mencionar los «unicornios» tecnológicos— están tan presentes en China como en Estados Unidos. En Chimérica 1.0, los contrarios se atraían; en Chimérica 2.0, la extraña pareja ha terminado pareciéndose de un modo asombroso, como acostumbra a pasar en los matrimonios.

En la jerarquía de estados-nación, junto a Estados Unidos y la República Popular de China, se hallan la República Francesa, la Federación Rusa y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte. Estos son los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas, y ocupan, por tanto, un puesto superior al de los otros 188 miembros de la ONU: una institución en que todas las naciones son iguales, pero algunas son más iguales que otras. No obstante, está claro que esa descripción del orden mundial actual no es suficiente. En términos de poderío militar, existe otra élite, algo mayor, de potencias nucleares en que se incluyen también, además de las del P5, la India, Israel, Pakistán y Corea del Norte. Irán aspira a unirse. En términos de poderío económico, la jerarquía cambia de nuevo: el Grupo de los Siete (Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón y el Reino Unido) se consideraban en su día las economías dominantes del planeta, pero en la actualidad ese club es bastante menos

dominante debido al ascenso de los BRICS (Brasil, Rusia, la India, China y Sudáfrica), los más grandes de los denominados «mercados emergentes». El Grupo de los 20 se formó en 1999 para reunir a la mayoría de las grandes economías mundiales, si bien había una sobrerrepresentación europea (ya que la UE es un miembro de pleno derecho, junto con los cuatro estados miembros más importantes).

Pero analizar el mundo solo en esos términos supone ignorar la transformación profunda que ha experimentado a raíz de la proliferación de redes informales en los últimos cuarenta años. Imaginemos en su lugar un grafo de redes basado en la complejidad económica y en la interdependencia, que muestra la sofisticación de cada una de las economías mundiales en cuanto a desarrollo tecnológico, así como su conectividad por medio del comercio y las inversiones internacionales. Un grafo como ese tendría una estructura fuertemente jerárquica, a causa de la distribución de ley de potencia que hay entre recursos económicos y potencial, y de la significativa variación en apertura económica que existe entre países. Con todo y de manera inconfundible, sería una red, una red en que la mayoría de los nodos estarían conectados al resto del mundo por medio de una o más aristas.[\[2\]](#)

La clave ahora es hasta qué punto dicha red de complejidad económica supone una amenaza para el orden jerárquico mundial del estado-nación comparable a la

amenaza que las redes de complejidad política les han planteado en los últimos tiempos a las jerarquías políticas internas establecidas, sobre todo en Oriente Próximo en 2011, en Ucrania en 2014, en Brasil en 2015 y en 2016 en Gran Bretaña y Estados Unidos. O por simplificar: ¿puede haber orden en un mundo en red? Como hemos visto, algunos creen que sí.[\[3\]](#) A la luz de la experiencia histórica, yo lo dudo mucho.

Apagón en la red

Según una leyenda popular, un periodista le preguntó una vez a Mahatma Gandhi qué opinaba de la civilización occidental, a lo que este respondió que le parecía que sería buena idea. Lo mismo podría decirse del orden mundial. En el libro de título homónimo que dedicó al tema, Henry Kissinger sostenía que el mundo está en un punto crítico, rozando la anarquía internacional. Cuatro visiones rivales del orden mundial —la europea, la islámica, la china y la estadounidense— se hallan en diversos estadios de sus respectivas metamorfosis, si no decadencias. En consecuencia, ninguna de ellas posee legitimidad real. Las características emergentes de este nuevo desorden mundial son la formación de bloques regionales y el peligro de que la fricción entre ellos pueda desembocar en algún conflicto a gran escala, comparable en sus orígenes y potencial destructor a la Primera Guerra Mundial. «¿El mundo se está moviendo hacia bloques regionales que cumplen el papel de los estados en el sistema westfaliano?[\(76\)](#) —se pregunta Kissinger—. De ser así, ¿habrá un equilibrio, o esto reducirá

el número de actores principales a tan pocos que la rigidez será inevitable y los peligros del siglo xx retornarán cuando los bloques inflexiblemente contruidos intenten triunfar los unos sobre los otros?»^[1] Su respuesta a esta cuestión está llena de presentimientos:

[Lo que debemos temer no es] tanto una guerra mayor entre estados [...] como una evolución hacia esferas de influencia identificadas con estructuras internas y formas de gobierno particulares; por ejemplo, el modelo westfaliano contra la versión islamista radical. En sus márgenes, cada esfera sentiría la tentación de probar su fuerza contra otras entidades de órdenes considerados ilegítimos [...]. Con el tiempo las tensiones de este proceso degenerarían en maniobras por el estatus o la ventaja a escala continental o incluso mundial. Una lucha entre regiones podría ser incluso más extenuante de lo que ha sido la lucha entre naciones.^[2]

Esta teoría se asemeja a algunas que hemos visto ya sobre los orígenes de la guerra de 1914. Ha surgido una red inestable de poder con capacidad de entrar «en estado crítico» incluso en respuesta a una mínima perturbación.

A diferencia de los que afirman (basándose en una lectura incorrecta de las estadísticas de conflicto) que el mundo va volviéndose poco a poco en un lugar más pacífico y que «las guerras entre estados [...] están casi obsoletas»,^[3] Kissinger considera que la constelación global de fuerzas contemporánea es en realidad altamente inflamable. En primer lugar, porque mientras que «el sistema económico internacional se ha vuelto global [...], la estructura política

del mundo ha seguido basada en el estado-nación».(77) En segundo lugar, porque estamos consintiendo que proliferen las armas nucleares mucho más allá del «club» de la guerra fría y, por tanto, «multiplic[ando] las posibilidades de confrontación nuclear». Y por último, porque debemos contar con el nuevo reino del ciberespacio, que Kissinger compara con el «estado de naturaleza» de Hobbes, donde «la asimetría y una suerte de desorden mundial congénito se incorporan a las relaciones entre ciberpotencias».[4] Aquí y en entrevistas recientes, Kissinger ha esbozado cuatro escenarios que considera los catalizadores más probables de una conflagración a gran escala:

1. Un deterioro en las relaciones sinoestadounidenses, por el cual ambos países cayesen en la denominada «Trampa de Tucídides»(78) que parece tender la historia a toda potencia establecida y a la potencia emergente que la desafíe.[5]
2. Una ruptura de las relaciones entre Rusia y Occidente, basada en la incomprensión mutua y posibilitada por:
3. Un colapso del poder duro de Europa debido a la incapacidad de los dirigentes actuales europeos de aceptar que la diplomacia sin una amenaza creíble de fuerza es papel mojado, y/o:
4. Una intensificación del conflicto en Oriente Próximo por la disposición del Gobierno de Obama (a ojos de

los estados árabes y de Israel) de entregar la hegemonía en la región a un Irán todavía revolucionario.

Una de estas amenazas, o una combinación de ellas, en ausencia de una estrategia estadounidense coherente, amenaza con convertir el mero desorden en un conflicto a gran escala.[\[6\]](#)

No podemos tomarnos a la ligera la advertencia de Kissinger. A menudo el mundo de hoy recuerda a una red gigantesca al borde del apagón cataclísmico. Una semana cualquiera de principios de 2017, el presidente de Estados Unidos tuiteó que sus propias agencias de inteligencia estaban filtrando de manera ilegal información clasificada al *New York Times* acerca de sus contactos con el Gobierno ruso durante la campaña, pero insistía en que se trataba de «noticias falsas». Entretanto, el Kremlin —tras interferir en las elecciones presidenciales de Estados Unidos por medio de WikiLeaks y de un ejército online de trolls y bots (lo que podría llamarse el ejército LED)— desplegó un nuevo misil de crucero que quebrantaba el Tratado de Armas Nucleares de Corto y Medio Alcance, y mandó el buque espía *Viktor Leonov* a reconocer la base submarina estadounidense de New London, Connecticut. Al otro lado del Atlántico, políticos franceses y alemanes andaban inquietos por la intromisión de Rusia en sus elecciones inminentes. Sin

embargo, a pesar de esto, la gran noticia en Europa aquella semana fue la caída en desgracia de la estrella de YouTube Fleix «PewDiePie» Kjellberg, de veintisiete años, cuyos flirteos con el antisemitismo le habían valido la cancelación de los contratos que tenía firmados con Google y Disney.⁽⁷⁹⁾

Mientras, el sedicente Estado Islámico publicaba una guía de propaganda online en que explicaba a sus partidarios cómo usar el ansia de «clics» de la industria informativa para lanzar «proyectiles mediáticos» pro ISIS, y un informe sobre las escuelas gestionadas por ISIS en Irak y Siria revelaba que se pedía a los alumnos que calcularan el número de musulmanes chiíes o de «infieles» que podían asesinarsen en un atentado suicida. Como para ayudarles a dar con la solución, un terrorista de ISIS se hizo estallar dentro de un concurrido templo sufí en Sehwan, Pakistán, y mató al menos a 75 personas. La misma semana se publicó que el Gobierno chino estaba relajando su censura sobre los medios sociales, pero solo porque los posts sin filtrar facilitarían a las autoridades el control de la disidencia. En Seúl, arrestaron al heredero del imperio Samsung Electronics por sospechas de soborno, la última baja del escándalo de corrupción que hizo caer a la presidenta de Corea del Sur, Park Geun-hye, y a su misteriosa amiga Choi Soon-sil, hija del fundador de la Iglesia de la Vida Eterna. Por último, en el aeropuerto internacional de Kuala Lumpur, una asesina roció con el letal agente nervioso VX la cara de Kim Jong-nam, hermanastro del dictador coreano Kim Jong-

un. La mujer llevaba una camiseta con el conocido acrónimo de internet «LOL».[7]

LOL, o «Me parto de risa», no parece una reacción muy adecuada. La globalización se halla en crisis. El populismo avanza. Los estados autoritarios están en ascenso. Y entretanto la tecnología sigue adelante inexorable y amenaza con convertir a la mayor parte de los humanos en innecesarios o inmortales o ambas cosas. ¿Cómo damos sentido a todo esto? En busca de respuestas, muchos analistas recurren a burdas analogías históricas. Para algunos, Donald Trump es Hitler y está a punto de proclamar una dictadura estadounidense.[8] Para otros, Trump es Nixon, y está a punto conseguir que lo destituyan. [9] Pero ya no estamos ni en 1933 ni en 1973. Una tecnología que se centralizaba con facilidad hizo posible los gobiernos autoritarios en la década de 1930. Cuarenta años después, se había vuelto ya difícilísimo que un presidente elegido democráticamente vulnerase la ley con impunidad. Sin embargo, en los años setenta los medios de comunicación seguían siendo unas cuantas cadenas de televisión, periódicos y agencias de prensa. Y en más de la mitad del mundo, esos órganos se hallaban controlados de manera centralizada. Es imposible comprender el mundo actual sin entender cuánto ha cambiado por obra de la nueva tecnología de la información. Esto, de hecho, se ha convertido en una perogrullada. La pregunta clave ahora es ¿cómo ha cambiado? Y la respuesta es que la tecnología ha

dado a las redes un poder enorme frente a las estructuras jerárquicas de poder, pero que las consecuencias de ese cambio vendrán determinadas por las estructuras, las características emergentes y las interacciones de dichas redes.

Como hemos visto, el impacto global de internet tiene en el de la imprenta en la Europa del siglo xvi una de sus mejores analogías. El ordenador personal y el *smartphone* han otorgado tanto poder a las redes como les dieron el panfleto y el libro en tiempos de Lutero. De hecho, la trayectoria de la producción y el precio de los PC en Estados Unidos entre 1977 y 2004 guarda un parecido notable con la trayectoria de la producción y el precio de libros impresos en la Inglaterra de 1490 a 1630 (véase la figura 48).[\[10\]](#) En la era de la Reforma, y en adelante, la conectividad experimentó una mejora exponencial gracias a un alfabetismo creciente, de modo que una proporción cada vez mayor de la sociedad tuvo acceso a la literatura impresa de todo tipo, en lugar de depender de oradores y predicadores para la transmisión de ideas nuevas.

Entre nuestra era interconectada y la era que siguió al surgimiento de la imprenta en Europa hay tres diferencias básicas. En primer lugar, como es de todo punto evidente, nuestra revolución de las redes es mucho más rápida y se halla más extendida que la oleada de revoluciones que desencadenó la imprenta alemana. En un periodo mucho más corto del que llevó que un 84 por ciento de los adultos

del mundo aprendiesen a leer, una proporción enorme de la humanidad ha obtenido acceso a internet. En 1998 solo un 2 por ciento de la población mundial tenía conexión. En la actualidad, la proporción es dos de cada cinco personas. El ritmo de cambio es más o menos un orden de magnitud mayor que el de la época post-Gutenberg: lo que a partir de 1490 tardó siglos, en 1990 fue cosa de apenas décadas. Como hemos visto, Google empezó su andadura en un garaje de Menlo Park en 1998. Hoy tiene capacidad para procesar más de 4.200 millones de búsquedas al día. En 2005, YouTube era una *start-up* ubicada en un cuarto encima de una pizzería de San Mateo. Hoy permite que la gente vea 8,8 millones de vídeos al día. Facebook se imaginó en Harvard hace poco más de una década. Hoy cuenta con cerca de 2.000 millones de usuarios que se conectan al menos una vez al mes.[\[11\]](#) A diario se envían cien veces ese número de correos electrónicos. El mundo se halla, en efecto, más conectado que nunca. Quizá el ritmo de crecimiento de la red global esté frenándose por lo que respecta al número de nuevos usuarios de internet y de propietarios de *smartphones* que se añaden al año, pero no da signos de detenerse. En otros aspectos —por ejemplo, en la transición de texto a imagen y vídeo, y de teclado a interfaz de micro— hay una aceleración. El alfabetismo dejará por fin de ser una barrera a la conectividad.

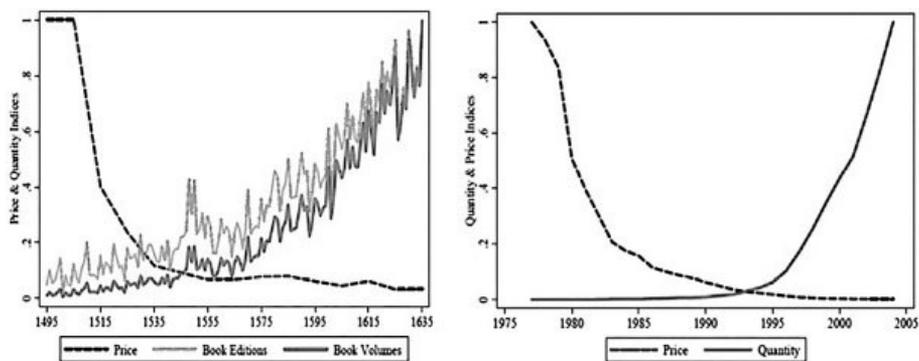


FIGURA 48. Precio y cantidades de libros y de ordenadores personales, entre las décadas de 1490-1630 y 1977-2004, respectivamente.

Y tampoco esta revolución tecnológica es exclusiva de los países desarrollados. En términos de conectividad, como mínimo, los pobres del mundo están poniéndose al día con suma rapidez. Entre el 20 por ciento de los hogares más pobres del mundo, en torno a siete de cada diez personas disponen de teléfono móvil. La compañía india de telecomunicaciones Bharti Airtel tiene una base de clientes tan extensa como toda la población estadounidense. De hecho, el número de usuarios de internet en la India supera ya hoy al de Estados Unidos. En solo ocho años, en todos los hogares kenianos había teléfono móvil. En apenas cuatro, el pionero sistema de pago M-Pesa, de Safaricom, ha llegado al 80 por ciento de los hogares.^[12] Hasta en la mísera y caótica Somalia, la penetración del teléfono móvil pasó del 5 al 50 por ciento^[13] en cinco años. Proporcionar telefonía móvil a los pobres del mundo está resultando más fácil que proporcionarles agua potable; quizá sea un argumento a

favor de dejar la provisión de agua potable en manos del sector privado en lugar de a gobiernos débiles y corruptos. [\[14\]](#)

En segundo lugar, las consecuencias distributivas de nuestra revolución son muy distintas de las de la revolución de principios de la Edad Moderna. La Europa del siglo xv no era el lugar ideal para hacer valer los derechos de propiedad intelectual, que en aquellos tiempos solo existían cuando un gremio tenía la posibilidad de monopolizar de manera furtiva cierta tecnología. La imprenta no creó millonarios: Gutenberg no era Gates (en 1456 estaba en bancarrota). Además, solo en un subconjunto de los medios que la imprenta posibilitó —el de los periódicos y las revistas— se trató de ganar dinero por medio de la publicidad, mientras que en el caso de internet fueron una mayoría. En todo caso, pocos anticiparon que las redes gigantescas que ha traído internet, pese a toda la propaganda hecha sobre la democratización del conocimiento, serían desiguales en un grado tan profundo. Una generación en su mayor parte apartada de conflictos —los *baby-boomers*— no ha aprendido la lección de que no son las redes sin regular las que reducen las desigualdades, sino las guerras, las revoluciones, las hiperinflaciones y demás formas de expropiación. [\[15\]](#)

Sin duda, la innovación ha reducido los costes de las TI. A nivel global, los precios de la informática y del almacenamiento digital han caído a una tasa anual del 33 y el 38 por ciento entre 1992 y 2012. [\[16\]](#) Sin embargo, en

contra de las esperanzas de aquellos que imaginaban un gran bazar de aplicaciones colaborativas, internet ha ido convirtiéndose en una vasta red libre de escala con supernúcleos hiperconectados incorporados.[\[17\]](#) Los oligopolios han pasado a ser los reinos tanto del hardware como del software, igual que de la provisión de servicios y de redes inalámbricas. El nexo entre la (por lo visto) indestructible AT&T y una Apple reinventada ilustra una antigua verdad: toda empresa buscará el monopolio, el duopolio o el oligopolio si es libre de hacerlo. Incluso las corporaciones comprometidas con una web de «arquitectura abierta» —como Amazon, Facebook y Google— persiguen el poder monopolístico en sus segmentos: el comercio online, las redes sociales y las búsquedas, respectivamente.[\[18\]](#) La escasa gobernabilidad y regulación explican los diferenciales enormes en servicios móviles y costes de internet entre países,[\[19\]](#) y también por qué un número reducido de países controlan la industria de las tecnologías de la información y la comunicación (aunque sorprende que Estados Unidos ocupe el séptimo puesto —a cierta distancia de Irlanda, Corea del Sur, Japón y el Reino Unido— en términos de la importancia relativa de las TIC en el conjunto de la economía).[\[20\]](#)

Esta dinámica explica por qué la propiedad de la red electrónica mundial está concentrada en tan pocas manos. En estos momentos, en otoño de 2017, Google (o más bien su empresa matriz, rebautizada como Alphabet Inc.) tiene una

capitalización de mercado de 665.000 millones de dólares. Más o menos el 11 por ciento de sus acciones, por un valor de unos 76.000 millones de dólares, pertenece a sus fundadores, Larry Page y Sergey Brin. La capitalización de mercado de Facebook se está acercando a los 500.000 millones de dólares; y el 14 por ciento de sus acciones, por valor de 71.000 millones de dólares, es propiedad de su fundador, Mark Zuckerberg. Pese a su apariencia de grandes niveladoras, las redes sociales son, por tanto, «injustas y elitistas de forma inherente». A causa de la conexión preferencial —el fenómeno por el cual los núcleos bien conectados tienden a estarlo cada vez más—, el tópico definitivo de las redes sociales está sacado, en efecto, del Evangelio de San Mateo (véase la Introducción).[\[21\]](#) Ahora, a diferencia de lo que ocurría en el pasado, hay dos tipos de personas en el mundo: los que poseen y dirigen las redes, y los que solo las usan. Quizá los dueños comerciales del ciberespacio sigan defendiendo de boquilla un mundo igualitario de *netizens*, pero, en la práctica, empresas como Google poseen una estructura jerárquica, aun cuando sus organigramas disten mucho de los de la General Motors en los tiempos de Alfred Sloan.

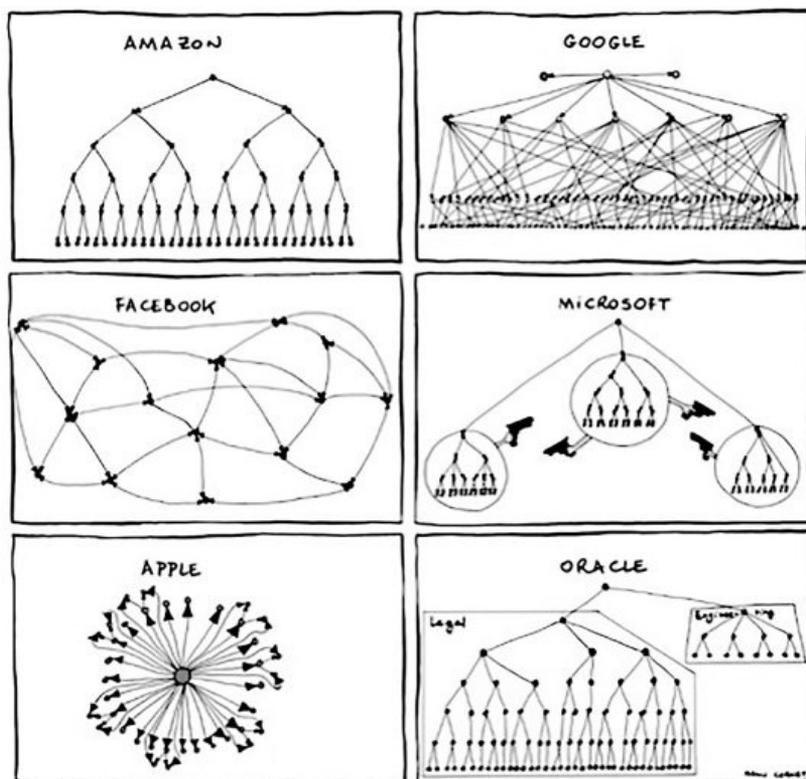


FIGURA 49. Diagramas de red satíricos de las principales empresas tecnológicas estadounidenses.

En las sociedades tradicionales, la aparición de las fuerzas del mercado trastoca unas redes a menudo hereditarias y, como resultado, promueve la movilidad social y reduce la desigualdad. Se impone la meritocracia. Pero cuando las redes y los mercados se alinean, como ocurre hoy en día, la desigualdad estalla al tiempo que los beneficios de la red fluyen de un modo apabullante a las manos de los integrantes que la poseen. Es cierto, la gente joven y riquísima poseedora de las redes modernas suele tener

opiniones políticas algo de izquierdas —Peter Thiel es una rara excepción: un libertario que en 2016 se sentó a la mesa con los populistas—, pero pocos aceptarían unos impuestos sobre la renta como los escandinavos, y mucho menos una revolución igualitaria. Se diría que los dueños de internet disfrutaban de ser ricos casi tanto como los lobos de Wall Street de antes de la crisis, diez años atrás, pero su nivel de consumo no es tan llamativo como lo son sus remordimientos de conciencia. Cuesta imaginar a un banquero de inversión siguiendo el ejemplo de Sam Altman, de Y Combinator, que se marchó de peregrinaje al corazón de Estados Unidos para hacer penitencia por los resultados electorales de 2016.[\[22\]](#) Sin embargo, el San Francisco al que regresa Altman sigue siendo una ciudad desigual como lo era Metrópolis, en particular debido a las distorsiones que provocan que una vivienda decente sea cara hasta lo absurdo. (La propiedad de bienes inmobiliarios va por detrás de la propiedad de bienes intelectuales como factor determinante de la desigualdad económica, pero las casas más caras, y no es casualidad, son las más próximas a los clústeres geográficos donde se genera la propiedad intelectual más valiosa.) Y lo único que esas grandes empresas tecnológicas parecen dispuestas a ofrecer a los millones de camioneros y taxistas a quienes pretenden reemplazar con vehículos sin conductor es algún tipo de salario mínimo. El único consuelo que nos queda es que los accionistas más importantes de las FANG son inversores

institucionales estadounidenses que, dado que gestionan los ahorros de la clase media del país, han proporcionado a esta una parte significativa de los beneficios de las TIC. Una puntualización importante, sin embargo, es que los inversores extranjeros poseen al menos un 14 por ciento de las acciones de las principales corporaciones estadounidenses, y en el caso de empresas con un gran volumen de ventas extranjeras (como Apple, que obtiene en torno a dos tercios de sus ingresos fuera), sin duda poseen muchas más.^[23] Ningún estudio riguroso de los mercados de capitales, sin embargo, atribuiría a esos inversores extranjeros la más mínima influencia en la gestión corporativa de estas compañías.

En tercer y último lugar, la imprenta alteró la vida religiosa en la cristiandad de Occidente antes que ninguna otra cosa. Por el contrario, internet comenzó alterando el comercio; solo en tiempos muy recientes ha empezado a alterar la política, y solo una religión, el islam, ha resultado alterada de verdad. Como hemos visto, las redes fueron clave en la política estadounidense en 2016. La campaña de Trump contó con el apoyo de una red de bases que creó —y que se creó a sí misma— en las plataformas de Facebook, Twitter y Breitbart. Eran los hombres y las mujeres «olvidados» que hicieron acto de aparición el 8 de noviembre para derrotar los «intereses particulares globales» y el «*establishment* político fallido y corrupto» que la contrincante de Trump en teoría encarnaba. Y también la

red yihadista ejerció su influencia, pues los atentados terroristas de filiales de ISIS durante el año de las elecciones dieron credibilidad a las promesas de Trump de «acabar con las redes de apoyo al islamismo radical que hay en este país» y prohibir la inmigración de musulmanes.

Como millonario capaz al mismo tiempo de interpretar con aplomo el papel de demagogo, el propio Trump personificaba una de las paradojas centrales de nuestra época. Era al mismo tiempo un oligarca de segunda fila y una marca de primera. «No ha habido ningún presidente americano —dicen algunos— que haya tenido una red tan gigantesca de negocios, inversiones y vínculos corporativos como los que ha amasado Donald J. Trump», que posee conexiones empresariales conocidas con 1.500 personas y organizaciones.[\[24\]](#) Asimismo, donde sus rivales habían fracasado, la campaña de Trump logró sacar provecho de las redes de Silicon Valley, para consternación de sus propietarios, que creían también controlarlas. La angustia de estos durante las semanas siguientes a la elección era palpable. Google trató en un primer momento de simpatizar con el nuevo gobierno, pero acabó denunciando las órdenes ejecutivas que limitaban los viajes y la inmigración a Estados Unidos desde ciertos países de mayoría musulmana. [\[25\]](#) Mark Zuckerberg se ausentó de una reunión con el nuevo presidente estadounidense a la que asistieron otros directores ejecutivos de empresas tecnológicas. Cabe suponer que le reportaría algún consuelo que la Marcha de

Mujeres contra Trump se organizara asimismo a través de Facebook.[\[26\]](#) Cuesta creer que no acabe habiendo un choque entre la administración Trump y las grandes compañías TIC, sobre todo teniendo en cuenta que ha revocado la decisión de su predecesor, que en 2015 decidió que la Comisión Federal de Comunicaciones regulara internet como un servicio público, igual que la red ferroviaria o la telefónica. Parece existir un conflicto de intereses obvio entre las empresas de telecomunicaciones y conexión por cable y el ansia de ancho de banda de las plataformas y proveedoras de contenido tipo Netflix a propósito de la «neutralidad de red» (el principio de que todos los bits de información deben recibir el mismo trato, al margen de su valor o contenido).[\[27\]](#) Empezar acciones antimonopolio contra las FANG podría ser el siguiente paso de Trump.

Así y todo, se da una clara similitud entre nuestra época y el periodo revolucionario que siguió al surgimiento de la imprenta. Como esta, la TI moderna está transformando no solo el mercado —en los últimos tiempos, facilitando que se compartan (por ejemplo, mediante alquileres de duración corta) coches y apartamentos—, sino también la esfera pública. Nunca antes ha habido tanta gente conectada a una red de respuesta inmediata por la que los memes[\(80\)](#) pueden propagarse todavía más rápido que los virus naturales.[\[28\]](#) Pero la idea de que conectar el mundo entero online daría lugar a una utopía de *netizens*, todos iguales en el

ciberespacio, fue siempre una fantasía, igual que ilusoria fue la visión de Lutero de un «sacerdocio de todos los creyentes». La realidad es que la red global se ha convertido en un mecanismo de transmisión de todo tipo de fiebres y pánicos colectivos, del mismo modo que la combinación de imprenta y alfabetismo incrementó por un tiempo la prevalencia de sectas milenaristas y cazas de brujas. Las crueldades de ISIS no resultan tan idiosincrásicas si las comparamos con las de algunos gobiernos y sectas de los siglos xvi y xvii.[\[29\]](#) También en Estados Unidos y tal vez en algunas regiones de Europa no es descabellado pensar que la violencia política irá en aumento.[\[30\]](#) En segundo lugar, igual que durante y después de la Reforma, en nuestra época estamos asistiendo a un desgaste de la soberanía territorial.[\[31\]](#) En los siglos xvi y xvii, Europa se hallaba sumida en una serie de guerras religiosas porque el principio formulado en la Paz de Augsburgo (1555) —*cuius regio, eius religio*— era la excepción que confirmaba la regla. En el siglo xxi, un fenómeno similar está siendo la injerencia creciente en los asuntos internos de estados soberanos.

A fin de cuentas, hubo una tercera red implicada en las elecciones estadounidenses de 2016, y fue la red de la inteligencia rusa. A estas alturas, es evidente que el Gobierno ruso puso todo de su parte para maximizar el daño a la reputación de Hillary Clinton motivado por su persona y por el penoso sistema de seguridad del correo electrónico

de su campaña, y que recurrió a WikiLeaks como conducto mediante el cual enviar a los medios estadounidenses los documentos robados.[\[32\]](#) Visitar la página web de WikiLeaks es como entrar en la sala de trofeos de la operación. Aquí tenemos el «Archivo de correos de Hillary Clinton», allí los «Correos de Podesta». No todos los documentos filtrados son estadounidenses, por supuesto, pero es inútil buscar filtraciones pensadas para dejar en evidencia al Gobierno ruso. Puede que Julian Assange siga escondido en la embajada ecuatoriana en Londres, pero lo cierto es que vive, como invitado de honor de Vladímir Putin, en las extrañas tierras de Siberia, esa dimensión desconocida habitada por operativos rusos online.

Los hackers y trolls rusos son una amenaza para la democracia estadounidense similar a la que representaban los sacerdotes jesuitas para la Reforma inglesa: una amenaza interior con apoyo exterior. «Estamos en un punto de inflexión», según el almirante Michael S. Rogers, director de la NSA y del Comando Cibernético de Estados Unidos.[\[33\]](#) Las ciberactividades se hallan ahora mismo en lo más alto de la lista de amenazas del director de la inteligencia nacional. Y WikiLeaks constituye solo una parte pequeña del desafío. Solamente el Pentágono sufre más de diez millones de intentos de intrusión diarios.[\[34\]](#) Por descontado, la mayoría de lo que los medios llaman «ciberataques» son simples tentativas de espionaje. Para comprender el potencial real de la ciberguerra, debemos imaginar un ataque capaz de apagar

una parte sustancial de la red eléctrica estadounidense. Tal posibilidad no es descabellada. Ya ocurrió algo similar en diciembre de 2015 en el sistema eléctrico ucraniano, que acabó infectado por una forma de malware, o software dañino, llamado BlackEnergy.

Los informáticos han entendido el potencial perjudicial de la ciberguerra desde los comienzos de internet. Al principio eran hackers adolescentes los que causaban estragos: *geeks* como Robert Tappan Morris, que estuvo a punto de cargarse la World Wide Web en noviembre de 1988 al liberar un software gusano altamente infeccioso,[\[35\]](#) o «Mafia Boy», un chico canadiense de quince años que hizo caer la página web de Yahoo en febrero de 2000. Blaster, Brain, Melissa, Iloveyou, Slammer, Sobig...: los nombres de los primeros virus revelaban la juventud de sus autores.[\[36\]](#) Gran parte de los ciberataques siguen siendo obra de actores no estatales: vándalos adolescentes, delincuentes, «hactivistas» u organizaciones terroristas. (El ataque lanzado el 21 de octubre de 2016 contra el proveedor de DNS Dynamic Network Services Inc., que empleó webcams de fabricación china como bots, fue casi con toda seguridad un acto de vandalismo.)[\[37\]](#) Sin embargo, el suceso más sorprendente de 2016 fue el ascenso de Ciberia.

Siendo como es el país que creó internet, Estados Unidos estaba destinado a liderar también la ciberguerra. Y comenzó a hacerlo ya en los años del Gobierno Reagan.[\[38\]](#) Durante la invasión de Irak de 2003, espías estadounidenses

penetraron en las redes iraquíes y mandaron mensajes en los que instaban a los generales a rendirse.[39] Siete años después fueron Estados Unidos e Israel los que lanzaron el virus Stuxnet contra las plantas de enriquecimiento de uranio de Irán.[40] Pero el problema no es solo que dos estén jugando a ese juego, sino que nadie sabe ni el número de jugadores ni el número de juegos que puede llegar a haber. En los últimos años, Estados Unidos ha sido objeto de ciberataques por parte de Irán, Corea del Norte y China. Sin embargo, dichos ataques iban dirigidos contra empresas (en particular, Sony Pictures), no contra el Gobierno de Estados Unidos, al cual fueron los rusos los primeros en hacerle la guerra, en un intento por compensar el relativo declive económico y militar ruso por medio de las «amplias posibilidades asimétricas» que da internet para «reducir el potencial de combate del enemigo».[41] Le cogieron el tranquillo en los ataques en Estonia, Georgia y Ucrania. En 2017, sin embargo, el Kremlin lanzó un asalto continuado contra el sistema político estadounidense utilizando como *proxies* no solo WikiLeaks, sino al bloguero rumano «Guccifer 2.0».[42]

Dejemos a un lado la cuestión de si la injerencia rusa —a diferencia de las noticias falsas que vimos en el capítulo anterior— decidió las elecciones a favor de Trump; baste decir que le sirvió de ayuda, pese a que las noticias acerca de Clinton, tanto falsas como reales, podrían haberse difundido sin la intervención de Rusia. Dejemos también de lado las

preguntas aún sin responder de cuántos miembros de la campaña de Trump fueron cómplices de la operación rusa y de cuánto sabían.[\[43\]](#) La clave aquí es que Moscú ni se inmutó. Para los especialistas en seguridad nacional, este es solo uno de los muchos rasgos desconcertantes de la ciberguerra. Acostumbrados a las teorías elegantes de la «destrucción mutua asegurada» propias de la guerra fría, los expertos se afanan ahora en elaborar una doctrina centrada en una forma de conflicto de todo punto distinta, con incontables atacantes potenciales, muchos de ellos difíciles de identificar, y múltiples grados de destrucción. Como señalaba en 2010 el secretario adjunto de Defensa, William Lynn, «mientras que un misil viene con la dirección del remitente, no acostumbra a ocurrir lo mismo con los virus informáticos». Para Joseph Nye, de la Kennedy School de Harvard, puede recuperarse el poder disuasorio, pero quizá solo si Estados Unidos está dispuesto a aplicar al agresor un castigo ejemplar. Las tres opciones que propone Nye son reforzar la ciberseguridad, tratar de «enmarañar» a los agresores potenciales en relaciones comerciales y de otro tipo (y aumentar así el coste para ellos) y establecer un tabú global en torno a los ciberataques, similar a los que han desalentado (en su mayor parte) el uso de armas químicas y biológicas.[\[44\]](#) Este análisis no resulta muy tranquilizador. Apenas teniendo en cuenta el número de ciberagresores que existen, la defensa parece condenada a ir siempre a la zaga de la ofensa, lo que supone una inversión de la lógica militar

convencional. Además, los rusos han demostrado que no les importan ni los compromisos ni los tabúes, aun cuando tal vez China se muestre más receptiva al enfoque de Nye. De hecho, da la impresión de que el Gobierno ruso se halle dispuesto a asociarse con criminales organizados en la búsqueda de sus objetivos.[45]

¿Cuánto debería asustarnos Siberia? Para Anne-Marie Slaughter, nuestro mundo hiperconectado es, en síntesis, un lugar benigno, y «Estados Unidos [...] irá encontrando de forma gradual el punto medio del poder de red».[46] Es cierto, hay toda clase de peligros en red («terrorismo [...], drogas, armas y tráfico de seres humanos [...], el cambio climático y el descenso de la biodiversidad [...], guerras por el agua e incertidumbre alimentaria [...], corrupción, blanqueo de dinero y evasión fiscal [...], enfermedades pandémicas»), pero solo con que los dirigentes estadounidenses piensen «en términos de traducir las alianzas del tablero de ajedrez a núcleos de conectividad y potencial», las cosas deberían ir bien. La clave, afirma, es convertir las jerarquías en redes, hacer de la OTAN «el núcleo de una red de alianzas de seguridad y un centro de negociaciones sobre asuntos de seguridad internacional», y reformar el Consejo de Seguridad de la ONU, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial para abrirlos a «nuevos actores».[47] Las instituciones del orden mundial instauradas tras la Segunda Guerra Mundial necesitan metamorfosearse en «núcleos de un sistema más igualado,

más rápido y más flexible; un sistema que opere tanto al nivel de los ciudadanos como al de los estados» y que incorpore «buenos actores web, empresariales, cívicos y públicos». Uno de los ejemplos que pone es el del Pacto Europeo de los Alcaldes para el Clima y la Energía, que conecta más de 7.100 ciudades de todo el mundo.[\[48\]](#) Otro es la Alianza para el Gobierno Abierto, lanzada por la administración Obama en 2011, que incluye a día de hoy setenta países comprometidos con la «transparencia, la participación cívica y la responsabilidad».[\[49\]](#) Ian Klaus, excolega de Slaughter en el Departamento de Estado, ve potencial en una red de ciudades globales.[\[50\]](#)

¿Pueden estos «buenos actores» unirse en una nueva clase de red geopolítica y aplicar su «redería» contra los malos actores? Joshua Cooper Ramo alberga sus dudas. Está de acuerdo con Slaughter en que «la amenaza fundamental para los intereses americanos no son ni China, ni Al Qaeda ni Irán. Es la evolución de la propia red». Sin embargo, no se muestra tan optimista como ella en cuanto a la facilidad con que pueda combatirse esa amenaza. La ciberdefensa va con diez años de retraso respecto al ciberataque, sobre todo a causa de una nueva versión de la imposible trinidad: «Los sistemas pueden ser rápidos, abiertos y seguros, pero solo dos de esas cosas al mismo tiempo».[\[51\]](#) La amenaza para el orden mundial podría resumirse como «redes muy rápidas x inteligencia artificial x cajanegrismo x Nueva Casta x compresión del tiempo x objetos cotidianos x armas».[\[52\]](#)

En *The Seventh Sense* [«El séptimo sentido»], Ramo defiende el levantamiento de «barreras» reales y virtuales para impedir la entrada de los rusos, los delincuentes online, la red de vándalos adolescentes y demás malhechores. No obstante, él mismo cita las tres reglas de la seguridad informática formuladas por el criptógrafo de la NSA Robert Morris Sr.: «PRIMERA REGLA: No tengas ordenador. SEGUNDA REGLA: No lo enciendas. TERCERA REGLA: No lo uses».[53] Si continuamos pasando por alto todos esos imperativos categóricos —y en especial, nuestros dirigentes, la mayoría de los cuales ni siquiera tienen activada la autenticación de doble factor en sus cuentas de correo electrónico—, ¿cómo va ninguna barrera a impedir el paso de gente como Assange o Guccifer?

Ahora mismo hay en marcha una carrera armamentística intelectual a fin de diseñar una doctrina viable de ciberseguridad. Y no parece probable que vayan a ganarla quienes están imbuidos de ideas tradicionales de seguridad nacional. Tal vez la meta más realista no sea impedir los ataques o tomar represalias contra ellos, sino regular las diversas redes de las que depende nuestra sociedad para hacerlas resilientes; o mejor aún, «antifrágiles», término acuñado por Nassim Taleb para describir un sistema que se vuelve más fuerte en caso de ataque.[54] Aquellos que, como Taleb, habitan el mundo de la gestión de riesgos financieros, en 2008 se dieron cuenta de cuán frágil era la red financiera internacional: la quiebra de un solo banco de inversiones

estuvo a punto de dar al traste con el sistema global de crédito al completo. Ahora los demás estamos en el mismo punto que banqueros y corredores: estamos todos tan interconectados como lo estaban ellos hace una década. Al igual que la red financiera, nuestras redes sociales, comerciales e infraestructurales se hallan sometidas a ataques constantes por parte de cretinos y granujas, y poco podemos hacer por disuadirlos. Lo que sí está en nuestras manos es proyectar y construir nuestras redes de manera que sean capaces de soportar los estragos de Ciberia. Eso implica resistirse a la tentación de crear complejidad, ya que —como en el caso de la regulación financiera— la sencillez es la mejor opción;[\[55\]](#) y, sobre todo, implica comprender las estructuras de las redes que creamos.

Cuando, en un grafo cualquiera del tamaño de la mayoría de las redes del mundo real, se eliminan la mitad de los nodos, la red se destruye. Pero si lo que tenemos es un modelo libre de escala de tamaño similar, «el gigantesco componente interconectado resiste hasta después de eliminar más del 80 por ciento de los nodos, y la distancia media [entre nodos] es casi la misma que al principio».[\[56\]](#) Esta es una idea de vital importancia para aquellos que se dedican a proyectar redes que puedan ser antifrágiles frente a un ataque deliberado y dirigido.

Las FANG, las BAT y la UE

En marzo de 2017, el Comité de Interior de la Cámara de los Comunes londinense encabezado por su presidenta, Yvette Cooper, arremetió contra Google, Facebook y Twitter por no esforzarse lo suficiente en censurar internet en su nombre. Cooper se quejaba de que Facebook no había eliminado una página titulada «Prohibir el islam». «Necesitamos que hagan más, y que asuman una responsabilidad mayor de proteger a la gente», dijo.[\[1\]](#) La misma semana, el ministro de Justicia alemán, Heiko Maas, hizo público un borrador de ley que impondría multas de hasta 50 millones de euros a las redes sociales que no retiraran «discursos de odio» o «noticias falsas». «Está eliminándose muy poco contenido ilegal, y no lo bastante rápido», declaró.[\[2\]](#)

Podemos estar a favor o en contra de la censura de contenidos que inciten al odio. Puede asombrarnos que las empresas y los organismos públicos se gasten dinero en publicidad online de forma tan indiscriminada que sus elaboradísimos eslóganes terminen en webs yihadistas. Pero sostener que son Google y Facebook los que deberían

encargarse de tal censura no es solo eludir responsabilidades, sino la prueba de una ingenuidad fuera de lo común. Como si esas dos empresas no fuesen ya lo bastante poderosas, ahora por lo visto los políticos europeos quieren darles el poder de limitar la libre expresión de sus ciudadanos.

Debemos comprender tres aspectos esenciales de la revolución de la tecnología de la información. El primero es que fue casi por completo un logro conseguido en Estados Unidos, si bien con la contribución de los informáticos que acudieron en tropel a Silicon Valley llegados de todo el mundo y de los fabricantes asiáticos, que redujeron los costes del hardware. El segundo es que las empresas tecnológicas estadounidenses más importantes poseen hoy en día una preponderancia extraordinaria. El tercero, como hemos visto, es que tal preponderancia se traduce en sumas enormes de dinero. Frente a esta revolución estadounidense de las redes, al resto del mundo le quedan dos opciones: capitular y regular, o excluir y competir. Los europeos escogieron la primera: es imposible encontrar un buscador europeo, un vendedor online europeo, una red social europea. La empresa de internet europea más importante es Spotify, la compañía de *streaming* de música y vídeos con sede en Estocolmo, que se fundó en 2006.[\[3\]](#) Las FANG han penetrado muy hondo en Europa, y lo único que puede hacer la Comisión Europea es hostigar a los gigantes estadounidenses con acusaciones por monopolio, facturas de

impuestos con efectos retroactivos y leyes más estrictas respecto a la privacidad y la protección de datos, por no mencionar los derechos laborales.[\[4\]](#) Sin duda, los europeos marcaron la pauta al establecer que las empresas estadounidenses no podían operar en su territorio al margen de las leyes nacionales o europeas. Fue un francés, Marc Knobel, quien consiguió que Yahoo no pudiese anunciar coleccionismo nazi en sus sitios de subastas, sobre todo porque el servidor por el que los usuarios franceses accedían a la página web se encontraba en Europa (en Estocolmo), pero también porque Yahoo no tenía modo de distinguir (según afirmaba) a los franceses del resto de los usuarios.[\[5\]](#) Varios países europeos —no solo Francia, sino además Gran Bretaña y Alemania— habían aprobado leyes que exigían a los proveedores de servicios de internet impedir que los contenidos prohibidos (pornografía infantil, por ejemplo) fuesen visibles para sus ciudadanos. Sin embargo, ahora las élites políticas europeas quieren confiar en empresas estadounidenses como Facebook para ejercer la censura en su nombre, por lo que parecen ajenas al peligro de que los «criterios comunitarios» de Facebook acaben por ser más estrictos que la ley europea.[\[6\]](#)

Los chinos, por el contrario, optaron por competir. No era la reacción que se esperaban los estadounidenses, que daban por hecho que Pekín se limitaría a tratar de «controlar internet», tarea que el presidente Bill Clinton comparó con gran tino con «intentar pegar gelatina a la pared».[\[7\]](#)

«Internet es una red porosa —escribía una académica estadounidense en 2003—, y si la gente en China [...] quiere información de sitios que están en Silicon Valley, hasta al gobierno más omnipotente le costará mucho impedirselo.»[\[8\]](#) Eso no era del todo cierto. Desde luego, hubo censura. Desde 2012, cuando Lu Wei accedió al mando de la Comisión Central de Asuntos del Ciberespacio, ha aumentado la eficiencia del Gran Cortafuegos chino, que bloquea el acceso a decenas de miles de páginas web occidentales, así como su Escudo Dorado, que lleva a cabo labores de vigilancia online, y su Gran Cañón, que puede emplearse para atacar sitios de internet hostiles. Los microblogs y las redes sociales como Sina Weibo se hallan sometidas a una estricta vigilancia, y hay penas de cárcel para aquellos que cuelguen información falsa o subversiva. En septiembre de 2016, por poner solo un ejemplo de cómo actúan las autoridades, el Gobierno chino obligó a Netease a cerrar todos sus foros online, salvo los dedicados a temas inmobiliarios y del hogar.[\[9\]](#) Si bien se tolera una buena dosis de crítica hacia el Gobierno, los censores se precipitan a eliminar cualquier llamada a la acción colectiva extraoficial.[\[10\]](#)

Sin embargo, la censura no es la clave de la respuesta china a la Era de la Red. La base de la estrategia ha sido, por medios legítimos e ilegítimos, limitar el acceso de las grandes empresas estadounidenses de la TI al mercado chino y alentar a los emprendedores locales a crear una alternativa

a las FANG. Mientras que Yahoo y Microsoft aceptaron la «autodisciplina» impuesta por China,[\[11\]](#) Google se retiró del país tras sus repetidas disputas con las autoridades del país a propósito de la censura y los ataques contra las cuentas de Gmail de activistas por los derechos humanos. Facebook, por su parte, lleva intentando asentarse allí desde que registró el dominio www.facebook.cn en 2005, pero fue bloqueada en 2009, cuando se acusó a los medios sociales occidentales de fomentar la agitación en Sinkiang, de mayoría musulmana.[\[12\]](#) En consecuencia, hoy en China internet está dominada por las BAT: Baidu (motor de búsqueda fundado por Robin Li en 2000), Alibaba (la réplica de Jack Ma a Amazon, fundado en 1999) y Tencent (creado el año antes por Ma Huateng, conocido sobre todo por su aplicación de mensajería, WeChat). Estos conglomerados son mucho más que simples clones de las empresas estadounidenses; cada uno de ellos ha demostrado su capacidad de innovar, y contando con un valor de mercado total de más de 473.000 millones de dólares y unos beneficios anuales de 20.000 millones, son casi tan grandes en escala como sus equivalentes occidentales. WeChat lo usan el 86 por ciento de los usuarios chinos de internet, y está sustituyendo muy rápido las tarjetas de visita asiáticas que en su día fueran obligatorias por los códigos QR, fáciles de escanear. En 2015, los ingresos de Alibaba en China superaron los de Amazon en Estados Unidos; su cuota de mercado chino (por encima del 6 por ciento de los ingresos)

es el doble que la de Amazon en Estados Unidos.[\[13\]](#)

Huelga decir que a Silicon Valley le rechinan los dientes a causa de esta exclusión del inmenso mercado chino. Zuckerberg no ha perdido todavía la esperanza; da entrevistas en fluido mandarín y hace footing por entre la niebla de contaminación de la plaza de Tiananmen, pero la experiencia reciente de Uber no resulta muy halagüeña. El año pasado, tras incurrir en pérdidas por más de 1.000 millones de dólares anuales, Uber sacó la bandera blanca y aceptó que no podía batir a la empresa autóctona de trayectos compartidos Didi Chuxing.[\[14\]](#) Este resultado se debió en parte a la gran agilidad de Didi y a su enorme capital, pero también a unos cambios en la regulación que parecían pensados para dejar a Uber en desventaja en el mercado chino.[\[15\]](#) Es comprensible la frustración de las empresas estadounidenses frente a este y otros reveses. Aun así, cuesta no quedarse impresionado por la forma en que China le plantó cara a Silicon Valley y ganó. No solo fue hábil en el aspecto económico, sino política y estratégicamente. En Pekín, el «Gran Hermano» dispone ahora de los macrodatos necesarios para marcar de cerca a los *netizens* chinos, mientras que si quiere obtener macrodatos del Reino Medio, la NSA debe cruzar el Gran Cortafuegos chino.

La perspectiva general en Occidente sigue siendo que la Era de la Red es tan hostil al poder del Partido Comunista chino como lo era a la Unión Soviética. Pero también hay

voces discrepantes.[\[16\]](#) Para empezar, el propio partido es una red sofisticada en que los nodos se hallan interconectados por aristas de patronazgo y de relaciones entre pares o colegas. Si nos atenemos a la centralidad de intermediación, por ejemplo, Xi Jinping es tan poderoso como cualquier otro líder desde Jiang Zemin, y mucho más de lo que lo fue Deng Xiaoping, con quien a veces lo comparan los analistas occidentales sin mucho acierto.[\[17\]](#) El análisis de redes está permitiendo a los estudiosos del Gobierno chino dejar atrás las teorías simplistas de las facciones y descubrir la sutileza del *guanxi* moderno. Cheng Li ha hecho hincapié en la importancia de los vínculos mentor-protegido en el ascenso al poder de Xi —las relaciones entre figuras veteranas del partido y sus manos derechas (*mishu*)—. Los que distinguen entre un «círculo Jiang-Xi» elitista y un «círculo Hu-Li» populista exageran la rigidez de las facciones. El propio Xi pasó de ser secretario del por entonces ministro de Defensa, Geng Biao, a ostentar cargos condales y provinciales en Hebei, Fujian, Zhejiang y Shangai, donde construyó su propia red de protegidos, con figuras tan distintas como el «tecnócrata económico» Liu He y el «halcón militar conservador» Liu Yuan.[\[18\]](#) Como sostiene Franziska Keller, China se comprende mejor a partir de esas redes de mentores y protegidos que a partir de facciones. Otras redes importantes son la formada por los miembros de los pequeños grupos dirigentes de Xi[\[19\]](#) y la que conecta bancos y corporaciones por medio del mercado

de bonos.[\[20\]](#)

Lejos de querer pegar gelatina a la pared, la estrategia china con los medios sociales es, cada vez más, sacar provecho de lo que revelan los microblogs acerca de las preocupaciones de los ciudadanos. Cuando investigadores de Hong Kong, Suecia y Estados Unidos rebuscaron en un conjunto de datos de más de 13.000 millones de posts de Sina Wiebo publicados entre 2009 y 2013, les sorprendió descubrir que 382.000 de ellos aludían a conflictos sociales y que hasta 2,5 millones mencionaban protestas masivas como, por ejemplo, huelgas. La hipótesis es que las autoridades están usando ahora los medios sociales para hacer un seguimiento de la disidencia y vigilar de cerca la corrupción. Resulta muy significativo que de los 680 funcionarios acusados de corrupción en Weibo, a los que acabaron condenados se les mencionaba casi diez veces más que a los que fueron absueltos.[\[21\]](#) Otro grupo de datos — este de 1.460 funcionarios investigados por corrupción entre 2010 y 2015— aporta una visión más profunda de las redes que dirigen China, en este caso la red de «tigres y moscas» (esto es, de grandes y pequeños delincuentes) cuya conducta dolosa se ha convertido en un objetivo clave del Gobierno de Xi Jinping.[\[22\]](#) Existe la posibilidad de que la tecnología de la información y la tecnología informática permitan a Pekín crear un sistema de «crédito social», análogo al crédito financiero de Occidente, que posibilitaría (en jerga oficial) que «los dignos de crédito pudieran pasearse por todas

partes, mientras que los que no lo fuesen encontrarían dificultades para dar un solo paso».[23] China ha implantado ya el sistema de *hukou* (registro de hogares) y *dang'an* (registros personales), así como planes para premiar a trabajadores y delegados del partido cuya labor resulte excepcional. Si estos datos se cruzaran con los que las autoridades pueden extraer fácilmente de las empresas BAT, estaríamos ante un sistema de control social que superaría todas las fantasías de los estados totalitarios de mediados del siglo xx.

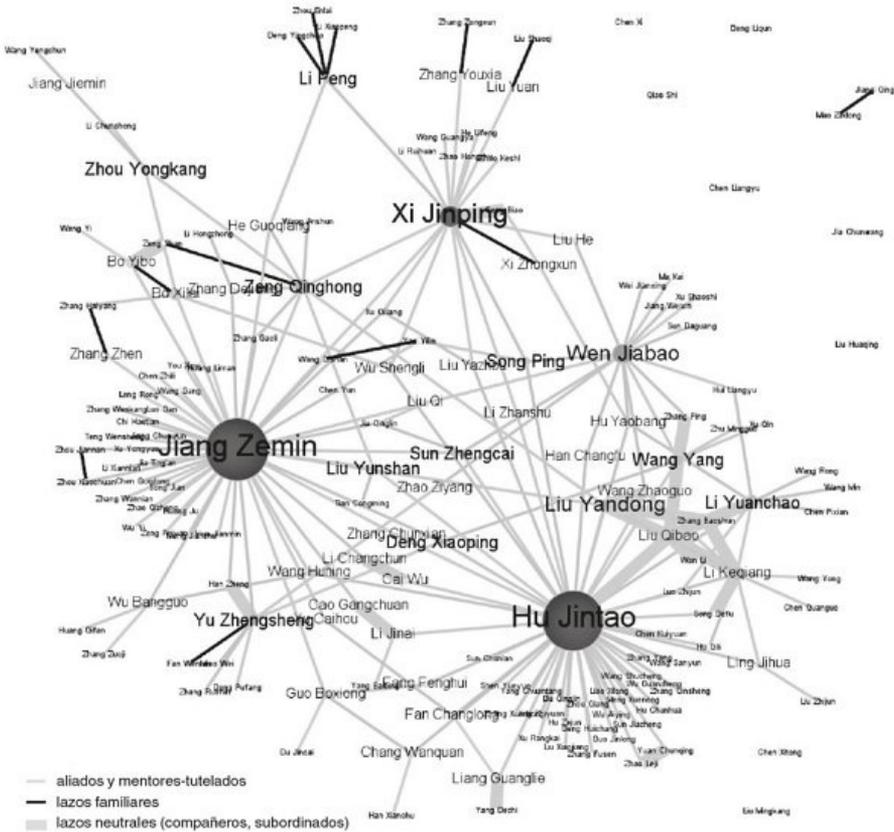


FIGURA 50. La red de los miembros del Comité Central del Partido Comunista chino. El tamaño de los nodos es proporcional al número de conexiones (el grado), y el tamaño de la fuente del nombre, proporcional a la centralidad de intermediación. Cabe destacar que los vínculos entre mentores y protegidos pesan mucho más que los vínculos familiares.

Al mismo tiempo, da la impresión de que los dirigentes chinos estén más duchos en «redería» que sus homólogos estadounidenses. Mientras que el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica parece destinado a expirar debido a la retirada del Gobierno Trump, otras iniciativas chinas como la del Cinturón y Ruta de la Seda o el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura no dejan de atraer a nuevos participantes. Un análisis fascinante al que deberá someterse la estrategia china es el de mostrar hasta qué punto los chinos son capaces de adelantar a Estados Unidos en el sector, en pleno desarrollo, de la tecnología financiera. Desde los tiempos antiguos, los estados han explotado sus posibilidades de monopolizar la emisión de moneda, ya fuesen las acuñadas con la efigie del rey, billetes con el retrato de expresidentes o entradas electrónicas en una pantalla. Sin embargo, las monedas digitales basadas en la tecnología de cadenas de bloques, o «contabilidad distribuida», como la Bitcoin o Ethereum, ofrecen mayores ventajas frente a la moneda fiduciaria, como el dólar estadounidense o el yuan chino. Como forma de pago —sobre todo en transacciones online—, el Bitcoin es más rápido y barato que una tarjeta de crédito o una

transferencia. Como reserva de valor, tiene muchos de los atributos clave del oro, en particular el de un suministro finito. Como unidad de cuenta, sin duda, no es ni mucho menos estable, pero eso es porque se ha convertido en un atractivo objeto de especulación: oro digital. Pero lo que es peor, el Bitcoin parece conllevar un derroche de recursos informáticos, dado que hay que «minarlo», o encontrar un «hash» válido, y autenticarlo.[24] Por otra parte, da la impresión de que la tecnología de contabilidad distribuida resuelve el problema de la autenticación y de la seguridad de un modo tan óptimo que el Bitcoin podría funcionar como una tecnología de mensajería a prueba de fraudes, mientras que Ethereum puede incluso automatizar la ejecución de contratos, sin necesidad de recurrir al costoso seguimiento burocrático, que es parte integral y gravosa del actual sistema de pagos nacionales e internacionales.[25] En resumen, «la confianza se distribuye, personaliza, socializa [...] sin necesidad de una institución central que la verifique».[26] Por descontado, las autoridades chinas están igual de dispuestas a entregar el control de su sistema de pagos al Bitcoin como el de su sistema de taxis a Uber. De hecho, les alarma que el 40 por ciento de la red Bitcoin global esté ya en manos de «mineros» chinos, y que cerca de tres cuartas partes de las operaciones con Bitcoin se realicen en el mercado BTCC (Bitcoin China). De hecho, los reguladores suspendieron a todos los efectos las operaciones nacionales en las casas de cambio de criptomonedas en

verano de 2017. Así y todo, es evidente que Pekín sabe apreciar el potencial de la tecnología *blockchain*. Por ello, el Banco Popular de China y varios gobiernos provinciales van a lanzar una «criptomoneda oficial» —el «Bityuan», tal vez — en una o dos provincias del país en un futuro próximo. [\[27\]](#) Es posible que Singapur le gane a Pekín la carrera por introducir la primera criptomoneda oficial, pero de lo que no cabe duda es de que Pekín se adelantará a Washington. [\[28\]](#) Si el experimento chino tiene éxito, podría suponer el comienzo de una época nueva en la historia monetaria, y un importante desafío al futuro del dólar en cuanto principal moneda internacional.

La plaza y la torre Redux

A veces parece que estemos condenados a tratar de entender nuestro tiempo con esquemas conceptuales de hace más de un siglo. Desde la crisis financiera, muchos economistas se han visto rebajados a reciclar las ideas de John Maynard Keynes, que murió en 1946. Ante el populismo, los escritores sobre política europea y estadounidense, lo confunden una y otra vez con fascismo, como si la era de las dos guerras mundiales fuese la única historia que han estudiado. Los analistas de las relaciones internacionales parece que no sepan distanciarse de una terminología que data más o menos del mismo periodo: realismo o idealismo, contención o apaciguamiento, disuasión o desarme. El «Telegrama largo» de George Kennan se remitió solo dos meses después de la muerte de Keynes; *Los últimos días de Hitler* de Hugh Trevor-Roper se publicó al año siguiente. Pero todo eso fue hace setenta años. Nuestra época es muy distinta de la de mediados del siglo xx. Los estados cuasiautárquicos y preponderantes que surgieron tras la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial y los comienzos de la guerra fría

son hoy, si es que existen, una pálida sombra de lo que fueron. Las burocracias y maquinarias de partido que los controlaban se han extinguido o se hallan en decadencia. El Estado administrativo es su última encarnación. Hoy en día, la combinación de innovación tecnológica e integración económica internacional ha dado lugar a formas de red de todo punto nuevas —desde los bajos fondos criminales hasta las enrarecidas alturas de Davos— que Keynes, Kennan o Trevor-Roper no habrían siquiera imaginado.

Winston Churchill señaló con acierto una vez: «Cuanto más tiempo mires atrás, más lejos te alcanzará la vista adelante». También nosotros debemos mirar atrás y formularnos la siguiente pregunta: ¿va a ser nuestra época una repetición del periodo posterior a 1500, cuando la revolución de la imprenta desató una oleada revolucionaria tras otra?^[1] ¿Nos liberarán las nuevas redes de los grilletes del Estado administrativo como liberaron las redes de los siglos XVI, XVII y XVIII a nuestros ancestros de los grilletes de la jerarquía espiritual y secular? ¿O tal vez las jerarquías establecidas de nuestro tiempo lograrán más rápido que sus predecesoras imperiales asimilar las redes y enrollarlas en su antiguo vicio de entablar guerras?

Una utopía libertaria de *netizens* libres e iguales —todos interconectados y compartiendo todos los datos disponibles con la máxima transparencia y los mínimos ajustes de seguridad— tiene cierto atractivo, sobre todo para los jóvenes. Resulta romántico imaginar a esos *netizens*, como

los obreros de la *Metrópolis* de Lang, alzándose de un modo espontáneo contra las élites corruptas del mundo y dando rienda suelta al poder de la inteligencia artificial para liberarse también de su arduo trabajo. Los que tratan de mirar adelante sin mirar antes atrás caen con facilidad en la trampa de ese tipo de pensamiento ilusorio. Desde mediados de la década de 1990, los informáticos, entre otros, han fantaseado con la posibilidad de un «cerebro global», un «superorganismo planetario» capaz de autoorganizarse.^[2] En 1997, Michael Dertouzos anhelaba una era de «paz asistida por ordenador».^[3] «Las nuevas tecnologías de la información abren inéditas perspectivas de suma no nula», escribía un entusiasta en 2000. Y los gobiernos que no respondieran con una rápida descentralización recibirían un «rápido [...] castigo».^[4] N. Katherine Hayles estaba casi eufórica: «Como habitantes de unas redes globales interconectadas —escribió en 2006—, avanzamos por una espiral dinámica coevolutiva de la mano de máquinas inteligentes así como de otras especies biológicas con las que compartimos el planeta». Esta espiral virtuosa daría origen en último término a una nueva «cognosfera».^[5] Tres años después, Ian Tomlin imaginaba «formas infinitas de federación entre los pueblos [...], que no den importancia alguna [...] a las diferencias religiosas y culturales, para generar así una compasión y una cooperación globales que son vitales para la supervivencia del planeta».^[6] «Puede que el instinto social de los humanos por encontrarse y

compartir ideas —declaraba— sea algún día lo único que salve a nuestra raza de su propia autodestrucción.»[7] «La informatización —escribía otro autor— será la tercera ola de globalización.»[8] «La Web 3.0 [engendrará] una versión contemporánea de la “explosión cámbrica” [y actuará como] la dirección asistida de nuestra inteligencia colectiva.»[9]

Los dueños de Silicon Valley tienen todo el interés del mundo en teñir de romanticismo el futuro. Balaji Srinivasan invoca visiones fascinantes en que la generación *millennial* colabora en «nubes» informáticas, sin ataduras geográficas, y pagándose unos a otros con vales digitales, liberados ya de los sistemas de pago estatales. En la ceremonia de graduación de Harvard de 2017, Mark Zuckerberg dio un discurso en que apelaba a los recién licenciados a que ayudasen a «crear un mundo donde cada persona sienta que tiene un propósito: asumiendo juntos proyectos valiosos, redefiniendo la igualdad para que cada cual sea libre de perseguir sus metas y construyendo una comunidad que dé la vuelta al mundo». Sin embargo, Zuckerberg encarna la desigualdad de la economía de las superestrellas. La mayoría de las soluciones que vislumbra para terminar con la desigualdad —«una renta básica universal, unas guarderías asequibles, una atención sanitaria que no esté vinculada a una sola empresa [...], educación continua»— no pueden lograrse a escala global, pues solo son viables en cuanto políticas nacionales del antiguo Estado del bienestar del siglo xx. Y cuando dice que «la batalla de nuestro tiempo» se

libra entre «las fuerzas de la libertad, la apertura y la comunidad global contras las fuerzas del autoritarismo, el aislacionismo y el nacionalismo» parece olvidar cuánto ha servido su empresa a este último.[\[10\]](#)

La historia de la futurología nos da pocas razones, si no ninguna, para esperar que esta visión utópica de Silicon Valley se haga realidad. Ciertamente, si la Ley de Moore sigue cumpliéndose, hacia 2030 los ordenadores lograrán simular el cerebro humano. Pero ¿por qué deberíamos esperar que esto se traduzca en esas utopías imaginadas en el párrafo anterior? La Ley de Moore ha estado vigente desde que se construyó (parcialmente) la «máquina analítica» de Charles Babbage, poco antes de su muerte, en 1871, y desde luego lo ha estado desde la Segunda Guerra Mundial. No puede decirse que haya habido una mejora exponencial equivalente en nuestra productividad y mucho menos en nuestra conducta moral como especie. Argumentos de peso señalan que las innovaciones de las revoluciones industriales anteriores beneficiaron más a la humanidad de lo que la ha beneficiado esta última.[\[11\]](#) Y si la consecuencia principal de la robótica avanzada y de la inteligencia artificial va a ser un desempleo a gran escala, [\[12\]](#) desde luego hay unas probabilidades bastante bajas de que la mayoría de la humanidad[\[13\]](#) acepte sin rechistar dedicarse a pasatiempos inofensivos a cambio de una renta básica modesta pero suficiente. Solo un totalitarismo que recurriese a los sedantes, como el que imaginó Aldous

Huxley, podría hacer viable semejante pacto social.[\[14\]](#) Más factible sería que se repitieran los violentos levantamientos que acabaron por hundir la última gran Era Interconectada en el caos que fue la Revolución francesa.[\[15\]](#)

Por otra parte, no es posible descartar la sospecha de que, pese a tanto fervor utópico, hay fuerzas menos benignas que han aprendido ya a usar y abusar de las «cognosfera» en su propio beneficio. En la práctica, internet depende para funcionar de cables submarinos, tendidos de fibra óptica, conexiones vía satélite y almacenes enormes repletos de servidores. No hay nada de utópico en la propiedad de esa infraestructura, y tampoco en los pactos oligopolísticos mediante los cuales la propiedad de grandes plataformas web da tantos beneficios. Han sido posibles redes nuevas y gigantescas, pero, como las redes del pasado, poseen una estructura jerárquica, con un número reducido de núcleos superconectados que se erigen sobre una masa de nodos con escasas conexiones. Y ha dejado de ser una mera posibilidad que dicha red pueda ser instrumentalizada por oligarcas corruptos o fanáticos religiosos para lanzar una guerra nueva e impredecible en el ciberespacio. Esa contienda ha comenzado. Los índices de riesgo geopolítico señalan que tal vez no estemos tan lejos de una guerra convencional e incluso nuclear.[\[16\]](#) Y tampoco podemos descartar que un «superorganismo planetario» creado por los doctores Strangelove de la inteligencia artificial se vuelva loco un día y decida —no iría desencaminado— que la raza humana es,

de lejos, la amenaza más importante para la supervivencia a largo plazo del planeta en sí y proceda a exterminarnos a muchos de nosotros.[17]

«Creía que en cuanto todos pudiesen hablar con libertad e intercambiar información e ideas el mundo se convertiría automáticamente en un lugar mejor —decía Evan Williams, uno de los cofundadores de Twitter en mayo de 2017—. Me equivocaba.»[18] La historia nos ha enseñado que confiar en las redes para dirigir el mundo es una forma segura de acabar en la anarquía: en el mejor de los casos, el poder termina en manos de los Illuminati, pero lo que suele ocurrir es que acabe en manos de los jacobinos. Hoy en día, hay gente con ganas de lanzar al menos «un par de hurras por el anarquismo».[19] Los que vivieron las guerras de las décadas de 1790 y 1800 aprendieron una lección importante que haríamos bien en reaprender: a menos que uno quiera cosechar una tempestad revolucionaria tras otra, es mejor implantar algún tipo de orden jerárquico en el mundo y darle un poco de legitimidad. En el Congreso de Viena, las cinco grandes potencias acordaron establecer un orden de tales características, y la pentarquía que formaron proporcionó una estabilidad notable durante buena parte del siglo siguiente. Ahora, cuando se cumplen poco más de doscientos años, nos enfrentamos a la misma elección que se afrontó entonces. Quienes están a favor de un mundo dirigido por redes no conseguirán esa utopía interconectada de sus sueños, sino un mundo dividido entre las FANG y las

BAT y propenso a todas las patologías que hemos comentado antes; un mundo donde subredes malignas se aprovecharán de las posibilidades de la World Wide Web para propagar como si fuesen virus memes y falsedades.

La alternativa es que una nueva pentarquía de grandes potencias asuma el interés común de resistir la difusión del yihadismo, la delincuencia y el cibervandalismo, por no mencionar el cambio climático. Tras el virus WannaCry en 2017, hasta el Gobierno ruso debe comprender que ningún Estado puede aspirar a gobernar Ciberia por mucho tiempo: ese malware fue desarrollado por la NSA como una ciberarma llamada EternalBlue, pero un grupo que se presentó como los Shadow Brokers lo robó y filtró. Un investigador británico encontró por fin el «botón de emergencia» con que desactivarlo, pero solo cuando había ya cientos de miles de ordenadores infectados, incluidos equipos estadounidenses, británicos, chinos, franceses y rusos. ¿Qué mejor ejemplo del interés común de las grandes potencias por combatir la anarquía en internet? Muy apropiadamente, los artífices del orden posterior a 1945 crearon la base institucional de la nueva pentarquía en la forma de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, institución que conserva el importantísimo marchamo de la legitimidad. La gran pregunta geopolítica de nuestro tiempo es si esas cinco potencias serán capaces de hacer causa común una vez más, tal como hicieron sus predecesoras en el siglo XIX. [\[20\]](#)

Hace seis siglos, en Siena, la Torre del Mangia del Palazzo Pubblico proyectaba su larga sombra sobre la piazza del Campo, ese espacio en forma de abanico que era, por turnos, un mercado, un punto de encuentro y, dos veces al año, una pista de carreras. La altura de la torre suponía una declaración de intenciones: tenía justo la misma altura que la catedral de la ciudad, que descansaba en la colina más alta de Siena, para simbolizar la paridad de la jerarquía espiritual y la secular.[21] Cien años atrás, en la *Metrópolis* de Lang, los rascacielos de Manhattan simbolizaban el poder jerárquico; unos rascacielos que continúan dando sombra al sur y al este de Central Park gran parte del día.[22] Cuando se construyeron las primeras grandes torres en Nueva York, se juzgó que eran un lugar lo bastante imponente para albergar las corporaciones jerárquicas que dominaban la economía estadounidense.

Por el contrario, las empresas tecnológicas dominantes en la actualidad evitan lo vertical. La sede central de Facebook en Menlo Park, diseñada por Frank Gehry, es un extenso recinto de oficinas diáfanas y espacios lúdicos con una «única sala donde caben miles de personas», en palabras de Mark Zuckerberg, o (puede que más bien) una inmensa guardería para *geeks*. El edificio principal del nuevo Apple Park en Copertino es una nave circular gigantesca de solo cuatro plantas: «un centro para la creatividad y la colaboración» diseñado por el difunto Steve Jobs, Norman Foster y Jonathan Ive para albergar una red en forma de

enrejado: cada nodo, un igual; con un número constante de aristas, pero solo un restaurante.[\[23\]](#) El nuevo cuartel general de Google en Mountain View, ubicado entre «árboles, vistas, cafeterías y carriles bici», estará hecho de «estructuras ligeras en forma de bloque que pueden cambiarse de sitio con facilidad», como si fuesen piezas de Lego colocadas en un espacio natural protegido: una oficina sin cimientos ni plano de planta, que emula así la red en constante evolución que hospeda.[\[24\]](#) Silicon Valley prefiere no levantar demasiado la cabeza, y no solo por miedo a los terremotos. Su arquitectura horizontal refleja el hecho de que se trata del núcleo más importante de la red global: la plaza mayor del mundo.

Al otro extremo de Estados Unidos, sin embargo —en la Quinta Avenida de Nueva York— se alza un edificio de 58 pisos que representa una tradición organizativa de todo punto distinta.[\(81\)](#) Y ninguna otra persona en el mundo es más decisiva en la elección entre anarquía en red y orden mundial que el propietario ausente de esa torre oscura.

EPÍLOGO

La plaza y la torre originales: redes y jerarquías en la Siena del *Trecento*

Para explicar por qué este libro se titula *La plaza y la torre*, el lector debe acompañarme a Siena. Cruzar la piazza del Campo, con su forma de concha, hasta el Palazzo Pubblico, y cruzar la sombra que proyecta el campanario, la majestuosa Torre del Mangia. En ningún otro lugar del mundo veremos yuxtapuestas con tanta elegancia las dos formas de organización humana descritas en este libro: a nuestro alrededor, un espacio público construido adrede para desarrollar en él toda clase de interacciones entre personas más o menos informales; sobre nuestras cabezas, una torre imponente que pretendía simbolizar y proyectar el poder secular. Uno de los temas centrales de este libro es que la tensión entre las redes distribuidas y los órdenes jerárquicos es tan antigua como la humanidad misma. Existe con independencia del estado de desarrollo de la tecnología, aunque esta puede dar ventaja a una u otra. Siena es un ejemplo de ello, pues la arquitectura de esta plaza y su torre preceden a la aparición de la imprenta en Europa. La Torre

del Mangia se erigió en el siglo ^{xiv} al mismo tiempo que el Palazzo Pubblico, que se terminó en 1312. La plaza, pavimentada de ladrillos, es también del *Trecento*.^[1]

Hoy en día, mucha gente comete el error de pensar que internet ha cambiado los fundamentos del mundo; sin embargo, como señalaba una resolución reciente del Tribunal Supremo de Estados Unidos aprobada por mayoría, internet no es más que la «moderna plaza pública», en palabras del juez Anthony Kennedy.^[2] Los problemas de 2017 no son ni mucho menos tan nuevos como nos gustaría creer. La predilección del presidente estadounidense por el autoritarismo, ¿es un presagio del fin de la república? ¿Podría la división política y social desembocar en un conflicto civil? ¿El desafío que le plantea una potencia emergente a una potencia dominante podría desembocar en una guerra? Preguntas como estas les habrían resultado familiares a los hombres que levantaron la Torre del Mangia. Si el lector no se lo cree, que entre en el Palazzo Pubblico y suba a la segunda planta. Allí, en las paredes de la Sala dei Nove («Sala de los Nueve») hallará pruebas asombrosas de que la dicotomía entre red y jerarquía viene de antiguo.

Los frescos que pintó Ambrogio Lorenzetti en la Sala dei Nove se cuentan entre las obras cumbre del arte italiano del siglo ^{xiv}. La primera vez que me topé con ellos era un universitario sin blanca a mediados de la década de 1980. Tan honda fue la impresión que me causaron esos frescos

que, a pesar de mis circunstancias apuradas, me hice con las reproducciones de un par de escenas de Lorenzetti. Creo que fueron los primeros cuadros que compré en mi vida, y he ido colgándolos fielmente en los diferentes despachos que he tenido —en Oxford, Harvard y Stanford—, pese a que son baratos y difíciles de entender. De manera imperceptible, casi por ósmosis, han influido en mi pensamiento. De hecho, es probable que sean el motivo por el que Siena me vino a la cabeza mientras intentaba dar con un título para este libro.

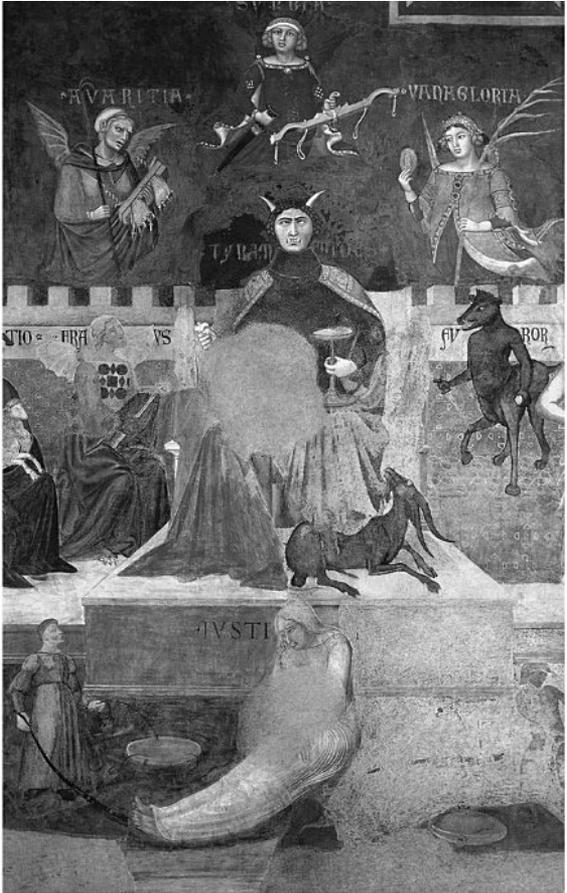


FIGURA 51. La visión de Lorenzetti de una jerarquía maligna, con el diabólico Tyrannidas sentado en el trono. Sobre la cabeza del tirano planean la Avaricia, la Soberbia y la Vanagloria. A sus pies yace la Justicia, atada e impotente.

La intención de los frescos era servir de inspiración a los nueve cargos electos que dirigían la República de Siena en aquella época. Cada uno ocupaba el puesto solo dos meses por vez, pero durante ese periodo los Nueve vivían en el Palazzo, separados de sus familias; en otras palabras, separados de las redes dinásticas que dominaban las ciudades-estado italianas en el Renacimiento. En una gran sala contigua, la Sala del Consiglio, se reunía el consejo general sienés (la asamblea legislativa, en la práctica). Sin embargo, de acuerdo con la Constitución escrita de la ciudad, los Nueve ejercían el poder ejecutivo y (en los casos seculares) el judicial. Pintados entre febrero de 1338 y mayo de 1339, los frescos estaban pensados para recordar a los Nueve cuánto estaba en juego mientras tomaban sus decisiones.

Los murales cubren tres de las cuatro paredes de la Sala dei Nove; solo la pared sur, en la que se encuentra la única ventana de la sala, está sin decorar.^[3] Si nos ponemos de espaldas a esta ventana, vemos en la pared izquierda (oeste) el fresco que los coetáneos del pintor conocían como *Guerra*. Enfrente, en la pared norte, está el fresco que los expertos denominan *Alegoría del Buen Gobierno*, a todas luces pensado para ser la obra central, pues es la mejor iluminada

de las tres.^[4] Y a la derecha, en la pared este, tenemos la *Paz*.

Los expertos llevan largo tiempo debatiendo sobre las fuentes de inspiración de Lorenzetti. Durante muchos años se pensó que con los frescos se quería ilustrar las ideas de justicia que aparecen en las obras de Aristóteles (la *Ética nicomáquea*) y santo Tomás de Aquino (la *Suma teológica*). Más evidente es la deuda que tienen con el escritor florentino del siglo XIII Brunetto Latini, autor de *Los libros del tesoro* (c. 1260-1265) y del abreviado *Tesoretto*. Otros estudios más recientes han identificado los orígenes astrológicos de gran parte de la imaginería, así como las alusiones veladas a episodios acaecidos en aquel momento en la historia toscana (en particular, la rivalidad entre Siena y Pisa).

Algunas de las primeras descripciones, como la de Lorenzo Ghiberti, de inicios del siglo XV, sugieren que la intención original no era más que mostrar el contraste entre «las extorsiones que se hacen en la guerra» con «aquello que es propio de la paz, [por ejemplo] cómo viajan las caravanas de mercaderes [...] con absoluta seguridad, cómo dejan sus mercancías en el bosque y regresan luego a por ellas». En un sermón que pronunció casi noventa años después de que los frescos estuvieran terminados, san Bernardino, franciscano, se refirió a ellos, sencillamente, como «la paze e la guerra»:

Cuando contemplo la paz, veo comercio, veo danzas, veo casas que se reparan, veo viñedos y campos cultivados y sembrados, veo gente que va a los baños, a caballo, veo muchachas que se casan, veo rebaños de ovejas... Y veo a un hombre al que van a ahorcar para mantener la santa justicia. Y es por ello por lo que todo el mundo vive en paz y concordia. En cambio, cuando me vuelvo a contemplar el otro [fresco], no veo comercio, no veo danzas, veo muertes, no veo casas reparadas, las veo en ruinas y en llamas, nadie cultiva los campos, los viñedos están cortados, no se siembran los campos, no se usan los baños ni [hay] otros placeres, nadie sale a la calle. ¡Ay, mujeres! ¡Ay, hombres! El hombre está muerto, la mujer, violada, el ganado se convierte en presa [de los depredadores]; los hombres se asesinan a traición unos a otros, la Justicia yace en el suelo, con la balanza rota, atada, las manos y piernas atadas. Y todo se hace con miedo. Pero el Apocalipsis, en el capítulo trece, presenta la guerra como una bestia que sale del mar con diez cuernos y siete cabezas, como un leopardo, y con pies de oso. ¿Qué significan esos cuernos, sino su oposición a los Diez Mandamientos? [La bestia] de siete cabezas, por los siete pecados capitales, tiene forma de leopardo, por traicionera, y los pies de un oso, que está lleno de venganza. Pero, si perdonamos, ponemos fin a la guerra y la hacemos desaparecer.[5]

No obstante, como sugiere este pasaje, debemos entender los términos «paz» y «guerra» en un sentido amplio; no a la manera de Tolstói, como relaciones entre estados, sino como el contraste, más antiguo, entre la armonía cívica y el conflicto que puede desencadenar un gobierno tiránico. La Alegoría del Buen Gobierno se ha definido con acierto como «una materialización pictórica del concepto de *civitas* en cuanto forma fundamental de asociación humana».[6] Las escenas de paz urbana y rural de la pared este quieren plasmar todas las ventajas de una ciudad-estado bien gobernada. La pared contraria es su antítesis, y en ella

vemos los costes del desgobierno.

Lorenzetti incluyó en el muro alegórico central una útil leyenda explicativa: «Esta sagrada virtud [Justicia], donde gobierna, induce a unirse a las almas [los ciudadanos], y ellas, así unidas a tal propósito, hacen del Bien Común [*ben comune*] su Señor; y este, para gobernar su estado, elige no apartar nunca sus ojos de los rostros resplandecientes de las Virtudes que se sientan a su lado. Así, con el triunfo, le ofrecen impuestos y tributos, y el señorío de los pueblos; así, sin guerra, todo resultado cívico se manifiesta: útil, necesario y agradable». En el lado izquierdo de la pared se sienta la Justicia, con la Sabiduría Celestial sobre ella, flanqueada por un ángel rojo y un ángel blanco que simbolizan las categorías aristotélicas de la justicia conmutativa y distributiva. Cerniéndose aún más alto en el lado derecho vemos a un patriarca barbudo que sin duda se pretende que sea la personificación del bien común (*ben comune*) de la propia Siena.^[7] Sentada a su derecha (a la izquierda del espectador) se halla la figura reclinada y casi erótica de la Paz, con una rama de olivo en la mano, y las figuras más severas de la Fortaleza y la Prudencia;^[8] y a su izquierda, vemos a la Magnanimidad, la Templanza y (otra) Justicia. Sobre sus cabezas flotan la Fe, la Caridad y la Esperanza.^[9]

De mayor interés para el ojo moderno, sin embargo, son las figuras mucho menos imponentes que hay bajo esta hilera de virtudes cívicas. Sentada a los pies de la

personificación más grande de la Justicia, a la izquierda, está la Concordia, y en fila junto a ella hay veinticuatro representantes del *popolo grasso*: los ciudadanos prósperos de entre los cuales se escogía a los Nueve. Llama la atención que sostienen sendas cuerdas hechas de dos hilos, cada uno proveniente de uno de los platos de la balanza de la Justicia, que la Concordia entreteje para formar uno solo. Esta cuerda pasa de mano en mano hasta llegar a la figura del *ben comune* y queda anudada en torno a su muñeca derecha.[\[10\]](#) Para Quentin Skinner, eso confirma que todo el fresco tiene el propósito de celebrar el autogobierno republicano, una descripción gráfica de la afirmación de Latini de que «el bien del pueblo» requería que los «*signorie* estuviesen sujetos por la propia comunidad»;[\[11\]](#) aunque también podría decirse que la imagen de Lorenzetti de una cuerda que enlaza a toda la élite urbana, y que la conecta con los principios de la justicia y el propio bien común, era una anticipación de la concepción moderna de la red social y, en efecto, política.[\[12\]](#)

Con este tipo de interpretaciones siempre se corre el riesgo de caer en el anacronismo. Lorenzetti deja muy claro que la fuerza militar efectiva es parte integral de un buen gobierno: los caballeros de armadura se ciernen, no solo sobre los burgueses prósperos, sino sobre sus prisioneros de guerra, atados con una cuerda muy distinta. Sin embargo, al observador moderno no puede sino chocarle la ausencia de soldados en las dos imágenes de la pared este, que muestran

la ciudad pacífica y su *contado* rural.

Algunos han mantenido con argumentos persuasivos que el paisaje urbano de la pared este es «literalmente una visión» de la figura alegórica de la Paz de la pared norte.^[13] Sin duda, la ciudad pretende ser Siena: vemos el *duomo* en la esquina superior izquierda, la Porta Romana en el centro y el puerto cercano de Talamone.^[14] Se trata, sin embargo, de una Siena idealizada que ejemplifica «la armonía cósmica de la vida comunitaria». De nuevo, el artista nos explica lo que se espera que veamos:

Vuelve tu mirada hacia ella, tú, que gobiernas, aquí está retratada [la Justicia], coronada por su excelencia, que siempre da a cada cual lo que merece. Mira cuántas bondades proceden de ella y cuán dulce y plácida es la vida de la ciudad en que se preserva esta virtud, que eclipsa a cualquier otra. Ella protege y defiende a aquellos que la honran, los nutre y alimenta [...] compensa a los que hacen el bien y da justo castigo a los malvados.

Un vistazo distraído podría llevarnos a la conclusión errónea de que la prosperidad económica es el único beneficio que reporta el justo gobierno. Sin embargo, como señaló san Bernardino, no todas las actividades de la ciudad son comerciales. También vemos a un profesor que está instruyendo a sus alumnos, por ejemplo, mientras que el grupo central del fondo está danzando: casi seguro se trata de hombres jóvenes (a pesar de la primera impresión) que participan en una danza pública —conocida como *tripudium*— para expresar su alegría por el estado de paz. De igual

modo, la escena de paz en el campo nos muestra, no solo el comercio y la agricultura, sino también una escena de caza. «Sin miedo —reza la inscripción arriba a la izquierda—, todos los hombres pueden viajar libremente, y cada cual puede labrar y sembrar, siempre y cuando esta comunidad mantenga a esta señora [la Justicia] soberana, pues ella ha despojado a los malvados de todo poder.»

Frente a esto, la ciudad arrasada por la guerra en la pared oeste marca un absoluto contraste. Igual que en la pared norte dominan las figuras alegóricas, también aquí tenemos a Tyrammidas, un monstruo diabólico y bizco, con cuernos y colmillos, una daga en la mano izquierda y los pies apoyados en una cabra. Sobre la cabeza del tirano planean la Avaricia, la Soberbia y la Vanagloria. A la izquierda, vemos a la Crueldad, la Traición y el Fraude; a la derecha, la Furia, la División —autoinmolándose con una sierra de carpintero— y la Guerra.^[15] A los pies del tirano yace la Justicia, atada e impotente. Pese a que gran parte de la franja baja de este fresco está dañada, es posible distinguir escenas de asesinatos, asaltos y destrucción de la propiedad. «Puesto que cada uno busca solo su propio bien —leemos—, en esta tierra la Justicia está sometida a la Tiranía; y así pues, por este camino nadie camina sin temer por su vida [...] ya que hay robos dentro y fuera de las puertas de la ciudad.»^[16] Algunos han insinuado que esta ciudad infeliz querría representar a la rival de Siena, Pisa;^[17] pero es más probable que se pretendiera que encarnase todo lo que Siena

no era: una ciudad sometida a un gobierno autocrático y, por tanto, sin paz ni prosperidad. En origen, había además retratos de emperadores tiránicos (Nerón, Caracalla, Geta, Antíoco) en la franja baja del fresco.[\[18\]](#)

La obra maestra de Lorenzetti era, para su época, sumamente favorable a la ciudad-estado autogobernada, y hostil tanto a la monarquía como al imperio. Considerar al artista como un profeta de la Era de la Red que nacería un siglo y medio más tarde sería ir demasiado lejos, pero sin duda se adelantó a su tiempo al vincular de un modo tan explícito un gobierno basado en el imperio de la ley con la prosperidad económica y la cohesión social. Hay que recordar que, en aquella época, no solo Europa sino la mayor parte de Eurasia estaban dominadas por algún tipo de gobierno despótico. La Edad Dorada de Siena, que duró de 1260 a 1348, coincidió con el auge y caída del Imperio mongol. Fue una época en que los mercaderes sieneses viajaban incluso hasta Tabriz para comprar sedas de Asia central, una época en que el Papa recibía emisarios del emperador de la dinastía Yuan Toghon Temür.[\[19\]](#) Pese a que se perdió hace mucho, otra contribución de Lorenzetti a la decoración del Palazzo Pubblico fue un *mappamondo* giratorio que medía casi cinco metros de diámetro y mostraba a Siena en el centro de una red comercial que se extendía por toda Eurasia.[\[20\]](#)

Lo trágico fue que justo esa red comercial proporcionara los vectores por los que se transmitiría la peste negra. La

peste bubónica asoló Siena en 1348, cuando no habían pasado ni diez años de que se hubiera acabado *Paz y Guerra*, y es probable que se llevara a Lorenzetti como una de sus víctimas.[\[21\]](#) Eso puso fin a los tiempos dorados de Siena. Sin embargo, los frescos de la Sala dei Nove han sobrevivido cerca de setecientos años para servirnos de memorable recordatorio de que los problemas de la guerra y la paz —y del buen y el mal gobierno— no son nada nuevo. Las tecnologías van y vienen, pero nuestro mundo sigue siendo un mundo de plazas y torres.

Los grafos de redes sociales en la era Nixon-Ford

En el capítulo 45, he recurrido al análisis de redes sociales (ARS) para analizar el papel desempeñado por Henry Kissinger en los gobiernos de Nixon y Ford y, en términos más generales, las relaciones entre ambos, para lo que he usado como base todas las memorias que han escrito y publicado los miembros de ambas administraciones. El lector interesado en el ARS querrá saber más acerca de las figuras 30 a 33, que forman parte de un proyecto de investigación sobre las redes sociales en colaboración con Manny Rincon-Cruz, en estos momentos en marcha, así como de mi estudio continuado en torno a la vida de Henry Kissinger.

La mayor parte de los proyectos de ARS cartografían las relaciones de un sencillo modo binario —según exista o no conexión entre dos actores—, plasmado a menudo en forma de matriz binaria. La mayoría de los métodos informáticos de ARS se basan solo en dichas matrices porque, durante largo tiempo, la mayor parte de los conjuntos de datos académicos (por ejemplo, los que recopilaban sociólogos y politólogos) eran de esa clase, y solo hace muy poco la

rápida expansión de las plataformas de medios sociales han empezado a aportar datos más matizados. Aun así, los conjuntos complejos de datos siguen simplificándose a fin de que los investigadores puedan continuar usando un enfoque binario. Para el historiador, esto supone un problema, pues nosotros estamos muy interesados en los diferentes tipos de relación que existen entre individuos. Además, en los grupos de tamaño medio, el enfoque binario tiende a revelar que más o menos todo el mundo está conectado con todo el mundo, lo cual es un hallazgo poco menos que inútil. El ARS no es capaz de distinguir con facilidad entre amor y odio, menos aún en el ámbito político, donde la amistad y la enemistad a veces resultan indistinguibles. Sin embargo, sí es posible identificar la importancia relativa de las relaciones.

Casi la mitad de los individuos que desempeñaron funciones importantes en las administraciones de Nixon y Ford escribieron memorias en que plasmaban su etapa en el Gobierno. Para identificar nuestras fuentes, primero elaboramos una lista de los miembros del gabinete de la Casa Blanca, y luego añadimos una serie de individuos de rango inferior, subsecretarios de departamentos clave, cualquiera con fuentes y escritos según los listados de la Nixon Memorial Library y cualquier miembro de ambos gobiernos que hubiese escrito un libro sobre la época de Nixon y Ford que apareciese en el fondo bibliotecario de Stanford, en Amazon o en WorldCat. Con esta lista maestra

en la mano, volvimos a recurrir a Stanford, Amazon y WorldCat para identificar todas las obras. Emprendimos entonces un proceso de descarte, y solo dejamos en la lista las memorias que cubrieran por entero el tiempo que el individuo en cuestión hubiese ocupado un cargo en la Casa Blanca. Así, por ejemplo, el libro de Kissinger sobre el fin de la guerra de Vietnam quedó excluido, igual que dejamos fuera otras obras que no fuesen memorias o recuerdos, y los libros que eran por completo o en parte una compilación de fuentes primarias.

Usamos estos textos para evaluar la medida en que los actores recordaban a otros individuos por cuanto habían influido en la política de su época y en su propia labor en el Gobierno. El fenómeno subyacente que queríamos reflejar en nuestro estudio era el número concreto de ocasiones en que un autor recordaba a otro actor histórico. Como indicador, nos basamos en la cuidadosa labor que habían llevado ya a cabo los autores, correctores y editores de esos libros al elaborar los índices de las memorias. Así pues, el componente básico de nuestro conjunto de datos fue el número de páginas en que se mencionaba en cada memoria a un actor determinado.

Como es evidente, en la extensión de las memorias, la cobertura y el número de palabras que los editores incluyeron de promedio en una página había variaciones significativas. Algunos de nuestros autores abordaban su vida entera; otros, solo su etapa gubernamental. Para

contemplar esa variación, evitamos utilizar medidas absolutas de la frecuencia con que un individuo aparecía en unas memorias, porque lo que nos interesaba saber era la importancia que tenía un determinado actor en unas determinadas memorias en relación con otros actores de los gobiernos de Nixon y Ford presentes en la red social. De modo que cogimos el número de páginas que mencionaban a ese actor y lo dividimos por el número total de veces en que aparecían mencionados todos los autores de memorias de los gobiernos de Nixon y Ford. Algunas de dichas memorias tenían más de un volumen, y algunos autores habían escrito más de una memoria. En ambos casos consideramos que formaban un solo texto, y nos limitamos a sumar el número de menciones a cada miembro del Gobierno a lo largo de todos los libros o volúmenes. Este procedimiento arrojaba un número dentro del rango (0,1) que a continuación usábamos para calcular la fuerza de la conexión entre el autor de las memorias y el individuo mencionado.

El área de los nodos en nuestros grafos es proporcional al número de menciones que se hacen a un individuo. Para nuestro grafo de la red social (véase la figura 33), la escala se corresponde con la centralidad de grado de entrada de ese individuo, que se calcula sumando los pesos de todas las conexiones de entrada de este. En esencia, esto representa el porcentaje normalizado a la frecuencia de todas las menciones hechas por todos los autores miembros de la Casa Blanca. La centralidad de intermediación se ha

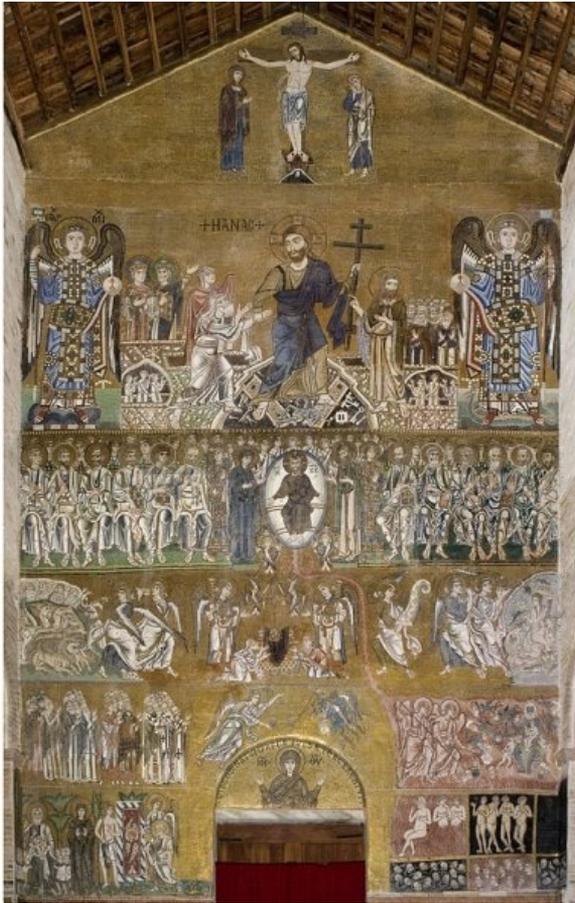
calculado teniendo en cuenta la dirección y el peso de la arista y no, como se hace en la mayoría de los estudios, usando simplemente la existencia o no existencia binaria de una conexión.

Para las visualizaciones hemos usado el paquete de software D3. La distancia en los tres grafos personales es proporcional al tamaño de los nodos. La distancia y la disposición de los nodos en el grafo social (véase la figura 33) no tiene ninguna intención intrínseca, y se basa en el modelo de trazado dirigido por fuerzas del D3. Las versiones que publicamos aquí son capturas de pantalla de las visualizaciones dinámicas de nuestro servidor web.

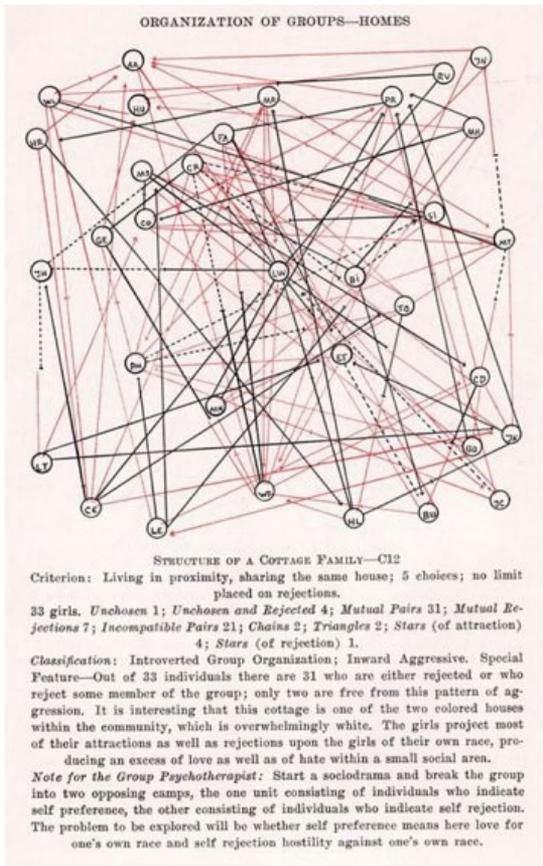
Nuestro planteamiento tiene un defecto obvio, y es que no todos los miembros de los gobiernos de Nixon y Ford escribieron memorias. Una ausencia notable —notable porque los demás lo mencionan con bastante frecuencia— es la de John N. Mitchell, el leal fiscal general de Nixon. Mitchell es el único fiscal general en la historia de Estados Unidos que ha estado en prisión, destino al que lo condenó su negativa a llegar a ningún acuerdo con los investigadores del escándalo del Watergate. Mitchell se negó también a escribir sus memorias llevado por ese mismo sentimiento de lealtad. Sin embargo, la llamativa falta de linealidad en la distribución de menciones lleva a pensar que ni siquiera la adición de un buen número de memorias «ausentes» cambiaría demasiado el nivel de influencia de un individuo en términos de centralidad de grado o de intermediación.

Como muchas otras redes sociales que hemos analizado en este libro, la red social Nixon-Ford parece gobernada, en líneas generales, por una ley de poder.

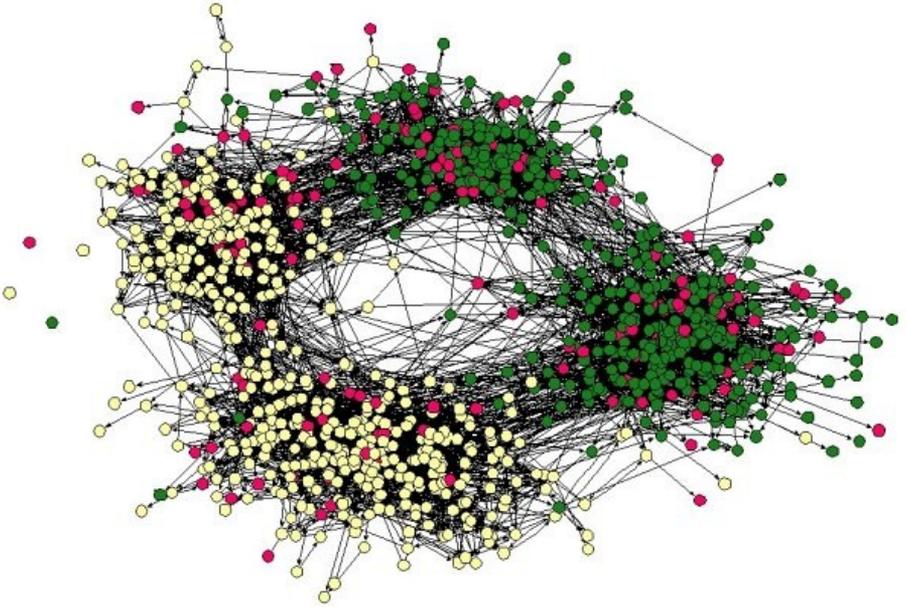
Por último, cabe insistir en que los grafos Nixon-Ford no son una representación de la frecuencia o la intensidad de la comunicación entre individuos, que son las medidas a que recurren los sociólogos y psicólogos para analizar los vínculos sociales. Lo que pretenden es reflejar la importancia de un individuo en los recuerdos de otro; o, al menos, la importancia que el autor de las memorias quiso darle de cara al lector. Es muy posible que la distribución de valores de frecuencia e intensidad, si alguien dispusiera de datos y fuentes detalladas y suficientes con que calcularlas, fuese distinta.



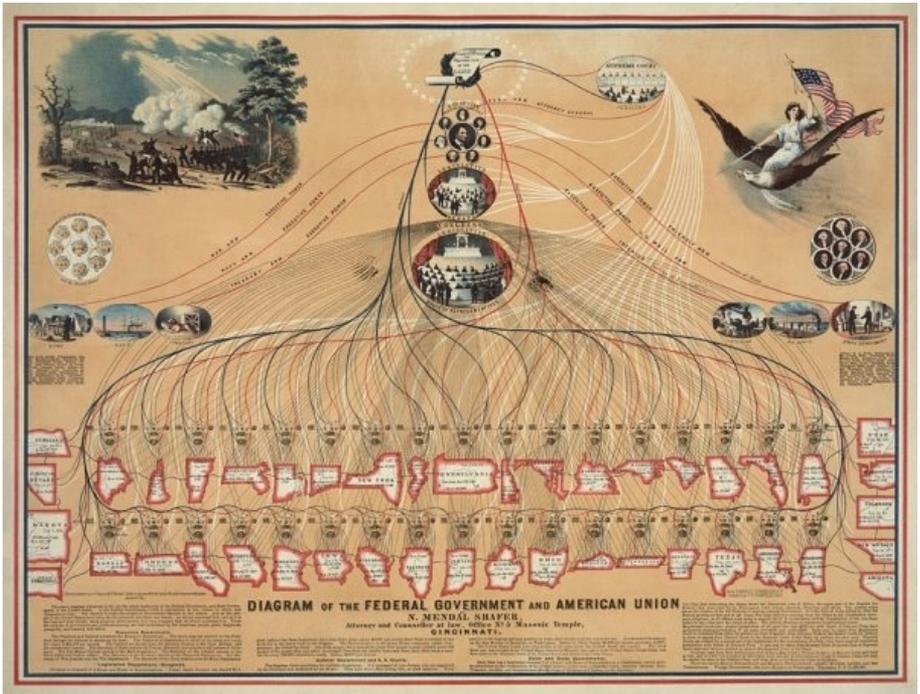
1. Mural de la catedral de Santa Maria Assunta, en la isla de Torcello, Venecia. *Jerarquía* proviene del griego *ἱεραρχία* (*hierarchía*), el «mando de un sumo sacerdote».



2. Uno de los «sociogramas» de Jacob Moreno, en concreto de una casa de campo residencial adscrita a la Escuela de Formación para Niñas del estado de Nueva York, situada en la ciudad de Hudson. En este caso, se trata de una de las dos casas «de color» de la institución.



3. La homofilia en acción: red de amistades de un instituto de secundaria de Estados Unidos, reproducida de la denominada Encuesta Longitudinal Nacional de Salud desde la Adolescencia hasta la Edad Adulta («Add Health»). Dos nodos se interconectan cuando un alumno señala a otro como su amigo. Obsérvese la aglomeración de dos grandes grupos (nodos verdes y amarillos) y, a la vez, la distribución más aleatoria del tercero (nodos rojos). Obsérvese también la presencia de «elementos aislados de la red»: nodos sin aristas, es decir, alumnos sin amigos.



4. El Gobierno federal estadounidense como jerarquía, 1862.



6. La plaza y la torre: la piazza del Campo, en Siena, bajo la sombra de la Torre del Mangia del Palazzo Pubblico.



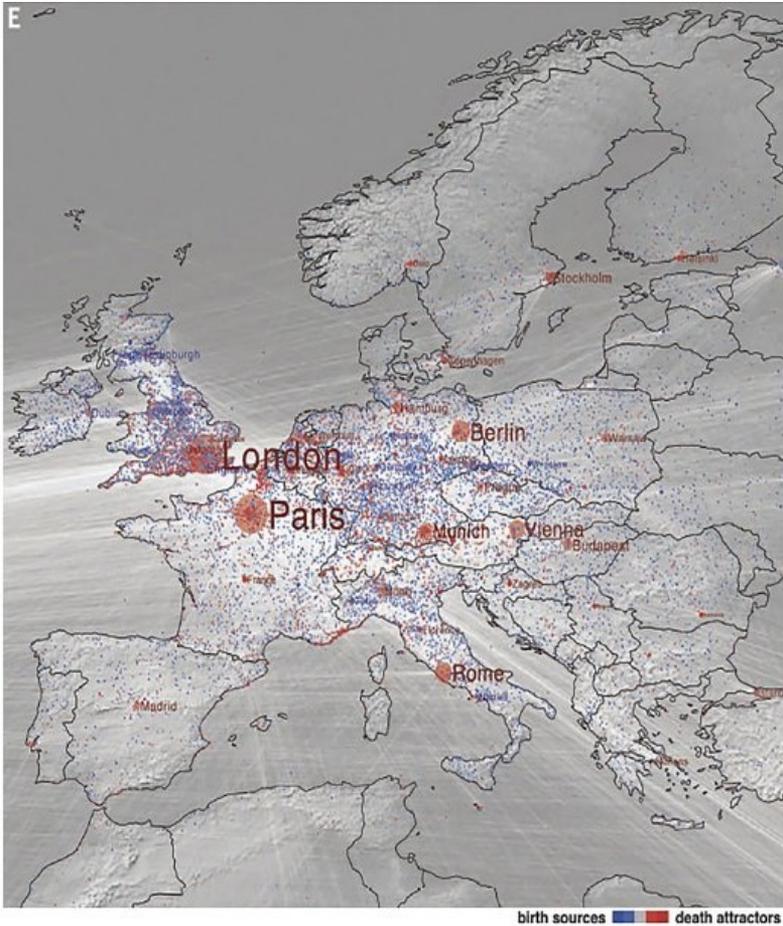
7. El planisferio de Cantino (1502). En 1515-1517, utilizando los mejores mapas y astrolabios del mundo, Fernão Peres de Andrade navegó 6.777 millas desde Lisboa hasta Cantón.



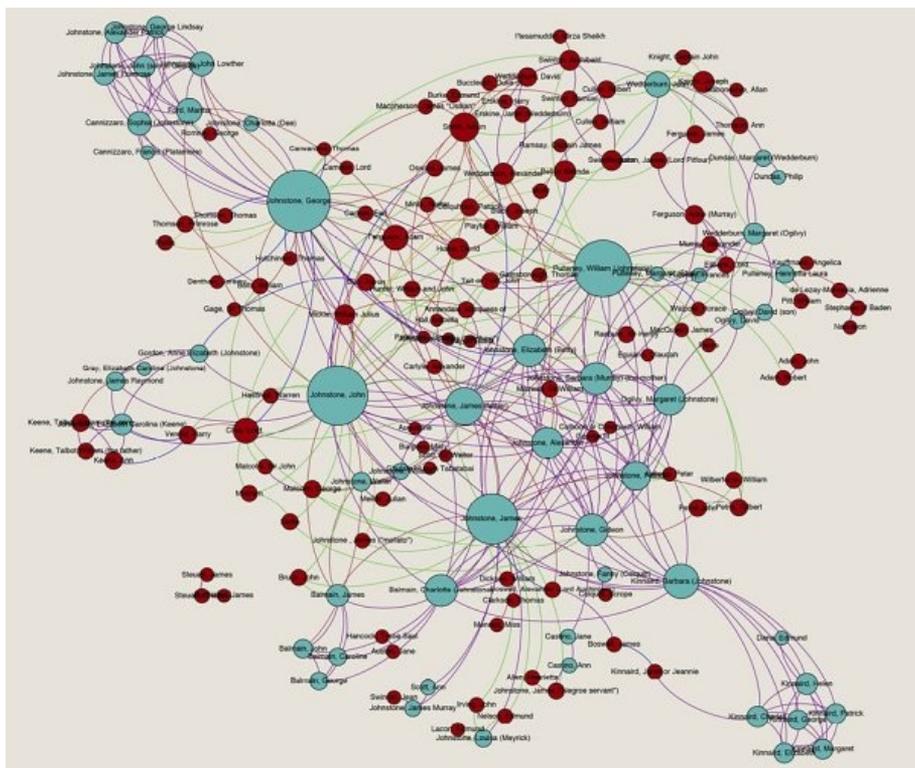
8. La Reforma como gran perturbación: la matanza de hugonotes (protestantes) del día de San Bartolomé, París, 1572.



9. ¿La restauración de la jerarquía? Gerard ter Borch, *Ratificación del Tratado de Münster, 15 de mayo de 1648.*



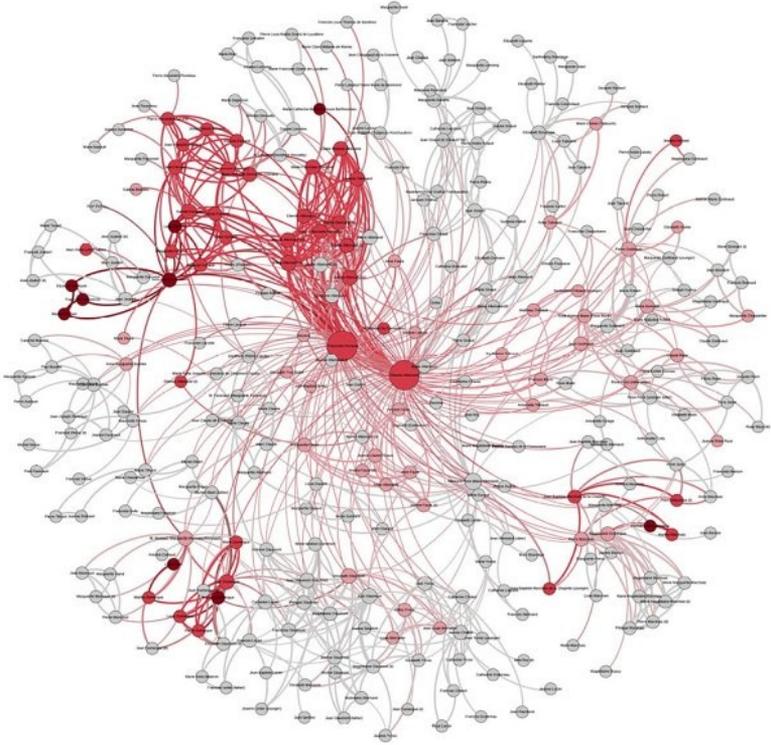
10. Conjunto de 37.062 localidades europeas, representadas en el mapa según los datos de nacimiento y defunción de 120.211 personalidades notables desde 1069 a.C. hasta 2012 d.C. El tamaño de los nodos es proporcional a su importancia.



11. Una red del siglo XVIII: los nodos azules representan a los Johnstone, mientras que los rojos representan a sus conocidos (ya fuesen amigos o rivales). Los lazos familiares se han trazado en violeta y los profesionales, en verde. Para las relaciones personales se ha usado el rojo; para los meros conocidos, el azul, y las relaciones entre esclavos y amos se han plasmado en amarillo. El tamaño del nodo de cada individuo es proporcional a su interconectividad.



13. El Congreso de Viena: pero el «pastel de reyes» solo podía cortarse con la ayuda de la red financiera de los Rothschild.

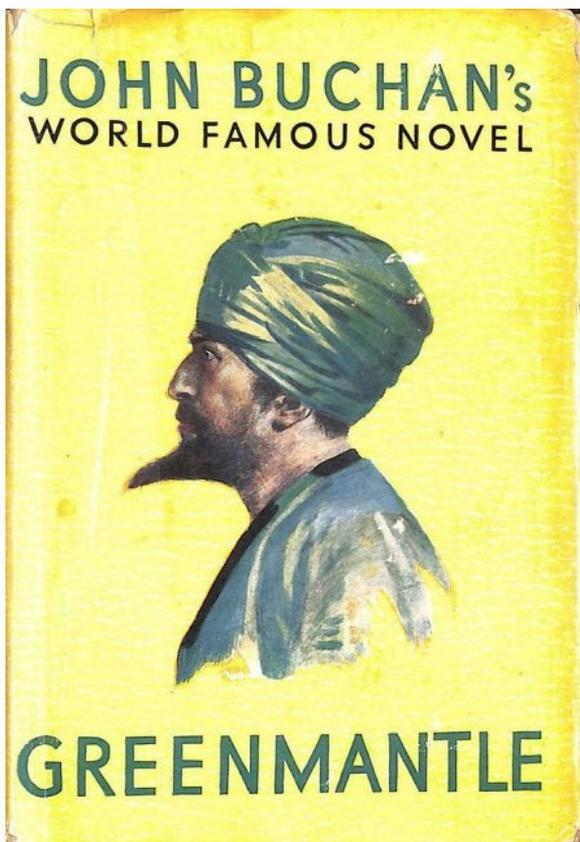


14. Angulema: una red provincial francesa del siglo xviii. Los individuos que habían viajado más allá de las fronteras de Francia aparecen coloreados de rojo oscuro.

16. «La Muralla Anti-China», de Friedrich Graetz, viñeta publicada en la revista *Puck* (1882). El Tío Sam utiliza el «mortero del Congreso» y los ladrillos transportados por trabajadores irlandeses, afroamericanos y otros para construir un muro contra los inmigrantes chinos. Los ladrillos llevan rótulos como «Prejuicio», «Ley contra la Raza», «Envidia», etcétera.



17. Europa in 1914: un mapa satírico alemán.



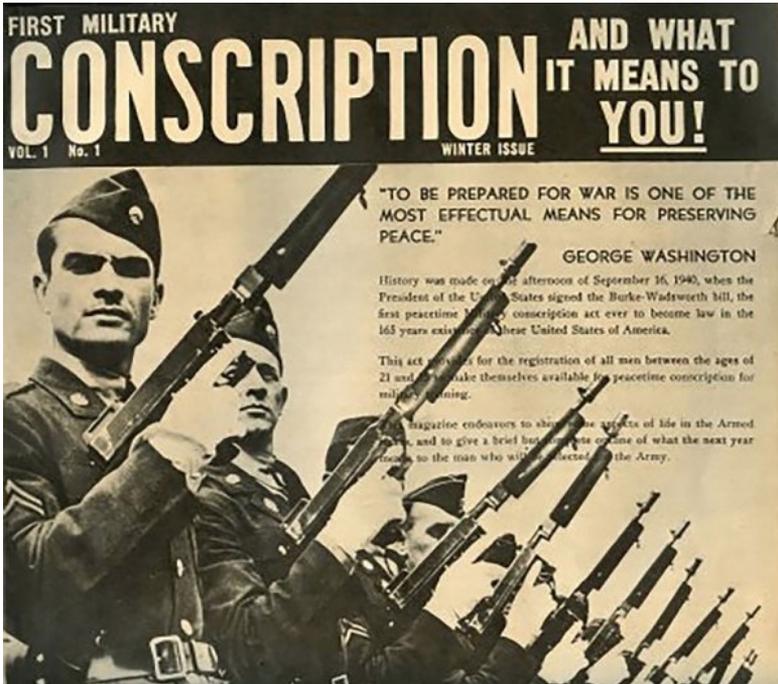
18. Primera edición de *Greenmantle*, de John Buchan.



19. Stalin como timonel: el jerarca supremo de la era totalitaria.



20. Isaiah Berlin y Anna Ajmátova, Leningrado, noviembre de 1945, pintura de Leopold Plotek.



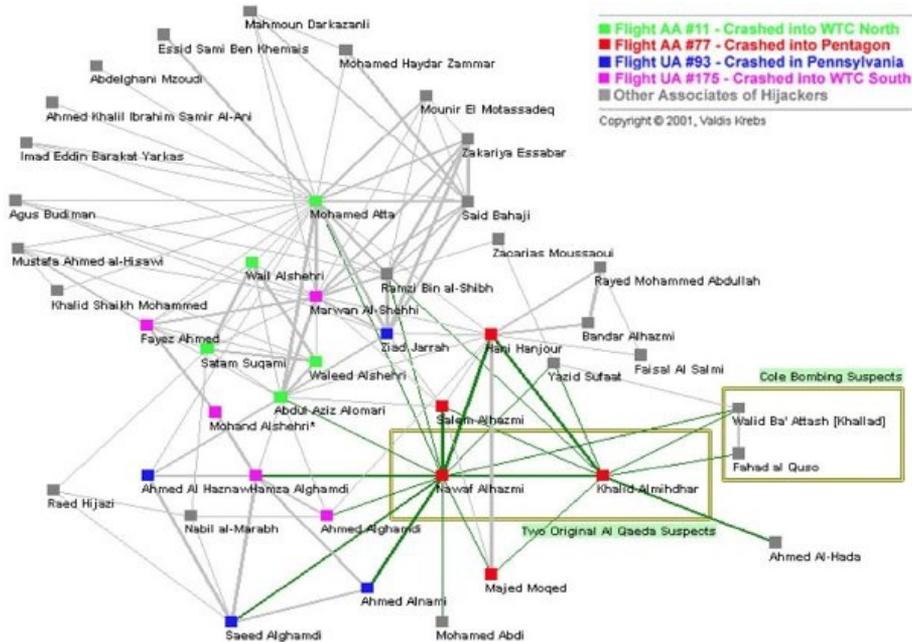
21. La Segunda Guerra Mundial, o cómo conseguir que los jóvenes hagan lo que les manden.



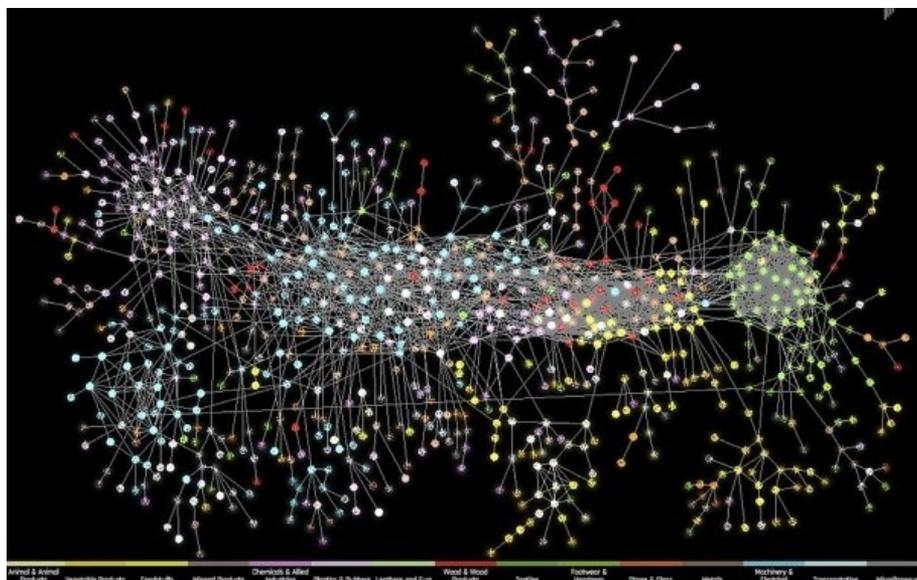
22. El guay y el sofo: Steve Jobs y Bill Gates en 1991.



23. Los líderes de la manada electrónica: Stan Druckenmiller y George Soros en 1992.

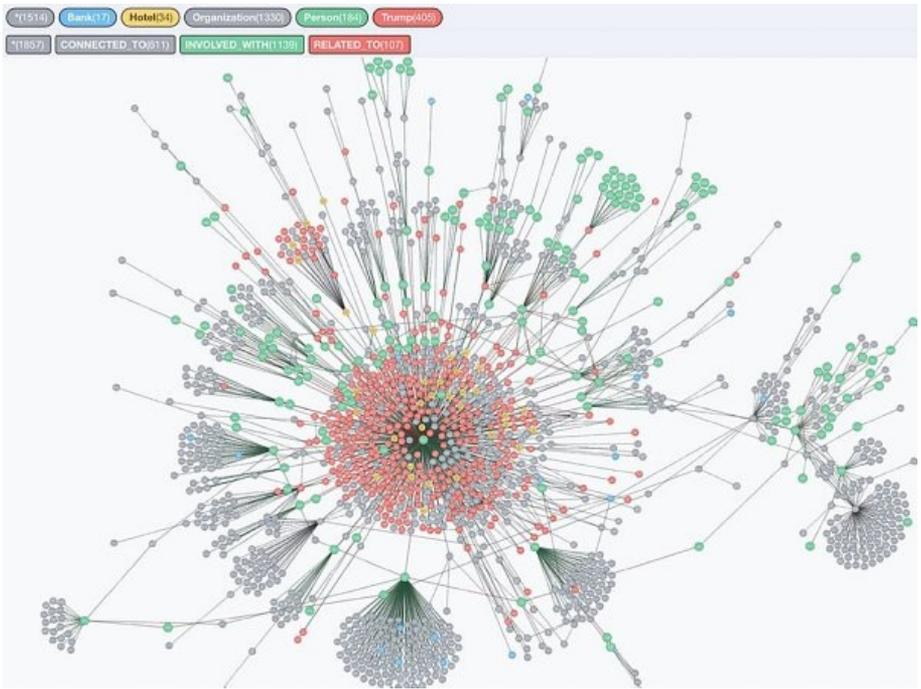


24. La red de los conspiradores del 11-S, cartografiada por Valdis Krebs en 2002.



25. Complejidad económica: grafo del «espacio de productos» de la exportación mundial, en que cada punto representa exportaciones por valor de cien millones de dólares. El color de los puntos depende del tipo de producto. El componente

central está dominado por la «maquinaria y aparatos eléctricos» y el «transporte» (incluidos los coches); el clúster de la derecha es el compuesto por el textil, el calzado y la sombrerería.



26. «Trumplandia»: la red del presidente Donald J. Trump, en la que se trazan todas las conexiones conocidas entre Trump y la Trump Organization y otros individuos y organizaciones.



27. La sede central de Facebook.



28. La Torre Trump.

Bibliografía

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN: REDES Y JERARQUÍAS

Acemoglu, Daron y James A. Robinson, *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity, and Poverty*, Nueva York y Londres, Crown/Profile, 2012. [Hay trad. cast.: *¿Por qué fracasan los países? Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, trad. Marta García Madera, Barcelona, Deusto, 2014.]

Agethen, Manfred, *Geheimbund und Utopie: Illuminaten, Freimaurer und deutsche Spätaufklärung*, Múnich, R. Oldenbourg, 1984.

Allison, Graham, «The Impact of Globalization on National and International Security», en Joseph S. Nye, Jr, y John D. Donahue, eds., *Governance in a Global World*, Washington D.C., Brookings Institution Press, 2000, pp. 72-85.

Banerjee, Abhijit, Arun G. Chandrasekhar, Esther Duflo y Matthew O. Jackson, «Gossip: Identifying Central Individuals in a Social Network», documento de

trabajo, 14 de febrero de 2016.

Barabási, Albert-László, *Linked: How Everything is Connected to Everything Else and What It Means for Business, Science, and Everyday Life*, Nueva York, Basic Books, 2014.

— y Réka Albert, «Emergence of Scaling in Random Networks», *Science*, vol. 286, n.º 5.439 (15 de octubre de 1999), pp. 509-512.

Bennett, Alan, *The History Boys*, Londres, Faber & Faber, 2004.

Berger, Jonah, *Contagious: Why Things Catch On*, Nueva York, Simon & Schuster, 2013. [Hay trad. cast.: *Contagioso. Cómo conseguir que tus productos e ideas tengan éxito*, trad. Jorge Paredes Soberón, Barcelona, Gestión 2000, 2014.]

Boeder, Pieter, «Habermas' Heritage: The Future of the Public Sphere in the Network Society», *First Monday*, septiembre de 2005.

Boisot, Max, *Information Space: A Framework for Learning in Organizations, Institutions and Culture*, Londres, Routledge, 1995.

—, *Knowledge Assets: Securing Competitive Advantage in the Information Economy*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

— y Xiaohui Lu, «Competing and Collaborating in Networks: Is Organizing Just a Game?», en Michael

Gibbert y Thomas Durand, eds., *Strategic Networks: Learning to Compete*, Malden, Mass., Wiley-Blackwell, 2006, pp. 151-169.

Bostrom, Nick, *Superintelligence: Paths, Dangers, Strategies*, Oxford, Oxford University Press, 2014. [Hay trad. cast.: *Superinteligencia: caminos, peligros, estrategias*, trad. Marcos Alonso, Zaragoza, Teell, 2018.]

Bramoullé, Yann, Sergio Currarini, Matthew O. Jackson, Paolo Pin y Brian W. Rogers, «Homophily and Long-Run Integration in Social Networks», *Journal of Economic Theory*, vol. 147, n.º 5 (2012), pp. 1.754-1.786.

Burt, Ronald S., *Brokerage and Closure: An Introduction to Social Capital* (Clarendon Lectures in Management Studies), Oxford, Oxford University Press, 2007.

—, *Neighbor Networks: Competitive Advantage Local and Personal*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

—, *Structural Holes: The Social Structure of Competition*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1992. [Hay trad. cast.: *Huecos estructurales: la estructura social de la competitividad*, trad. Verónica de Miguel, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2015.]

—, «Structural Holes and Good Ideas», *American Journal of Sociology*, vol. 110, n.º 2 (septiembre de 2004), pp. 349-399.

Calvó-Armengol, Antoni y Matthew O. Jackson, «The Effects of Social Networks on Employment and

- Inequality», *American Economic Review*, vol. 94, n.º 3 (2004), pp. 426-454.
- Carroll, Glenn R. y Albert C. Teo, «On the Social Networks of Managers», *Academy of Management Journal*, vol. 39, n.º 2 (1996), pp. 421-440.
- Cassill, Deby y Alison Watkins, «The Evolution of Cooperative Hierarchies through Natural Selection Processes», *Journal of Bioeconomics*, vol. 12, (2010), pp. 29-42.
- Castells, Manuel, «Information Technology, Globalization and Social Development», United Nations Research Institute for Social Development Discussion Paper, n.º 114 (septiembre de 1999), pp. 1-15.
- Centola, Damon y Michael Macy, «Complex contagions and the weakness of long ties», *American Journal of Sociology*, vol. 113, n.º 3 (2007), pp. 702-734.
- Christakis, Nicholas A. y James H. Fowler, *Connected: The Surprising Power of Our Social Networks and How They Shape Our Lives*, Nueva York, Little, Brown, 2009. [Hay trad. cast.: *Conectados*, trads. Eduardo Schmid y Laura Vidal Sanz, Barcelona, Taurus, 2009.]
- Cline, Diane H. y Eric H. Cline, «Text Messages, Tablets, and Social Networks: The “Small World” of the Amarna Letters», en Jana Mynárová, Pavel Onderka y Peter Pavuk, eds., *There and Back Again-The Crossroads II: Proceedings of an International Conference Held in*

Prague, September 15-18, 2014, Praga, Charles University, 2015, pp. 17-44.

Coleman, James S., «Social Capital in the Creation of Human Capital», *American Journal of Sociology*, vol. 94 (1988), pp. S95-S120.

Collar, Anna, *Religious Networks in the Roman Empire: The Spread of New Ideas*, Nueva York, Cambridge University Press, 2013.

Crane, Diana, «Social Structure in a Group of Scientists: A Test of the “Invisible College Hypothesis”», *American Sociological Review*, vol. 34, n.º 3 (junio de 1969), pp. 335-352.

Currarini, Sergio, Matthew O. Jackson y Paolo Pin, «Identifying the Roles of Race-Based Choice and Chance in High School Friendship Network Formation», *Proceedings of the National Academy of Sciences* (16 de marzo de 2010), pp. 4.857-4.861.

Dittrich, Luke, *Patient H.M.: A Story of Memory, Madness and Family Secrets*, Londres, Chatto & Windus, 2016.

Dolton, Peter, «Identifying Social Network Effects», *Economic Record*, vol. 93, suplemento S1 (2017).

Dubreuil, Benoît, *Human Evolution and the Origins of Hierarchies: The State of Nature*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

Dülmen, Richard van, *Der Geheimbund der Illuminaten: Darstellung, Analyse, Dokumentation*, Stuttgart,

- Frommann-Holzboog, 1975.
- Dunbar, R. I. M., «Coevolution of Neocortical Size, Group Size and Language in Humans», *Behavioral and Brain Sciences*, vol. 16, n.º 4 (1993), pp. 681-735.
- Enrich, David, *The Spider Network: The Wild Story of a Math Genius, a Gang of Backstabbing Bankers, and One of the Greatest Scams in Financial History*, Nueva York, HarperCollins, 2017.
- Ferguson, Niall, «Complexity and Collapse: Empires on the Edge of Chaos», *Foreign Affairs*, vol. 89, n.º 2 (marzo/abril de 2010), pp. 18-32.
- Forestier, René Le, *Les illuminés de Bavière et la franc-maçonnerie allemande*, París, Hachette, 1915.
- Friedland, Lewis A., «Electronic Democracy and the New Citizenship», *Media Culture & Society*, vol. 18 (1996), pp. 185-212.
- Fukuyama, Francis, *The Great Disruption: Human Nature and the Reconstitution of Social Order*, Nueva York, The Free Press, 1999. [Hay trad. cast.: *La gran ruptura*, Barcelona, Punto de Lectura, 2001.]
- , *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, Londres, Profile Books, 2011. [Hay trad. cast.: *Los orígenes del orden político: desde los primates hasta la Revolución francesa*, trad. Jorge Paredes, Barcelona, Deusto, 2016.]
- , *Political Order and Political Decay: From the Industrial*

Revolution to the Globalisation of Democracy, Londres, Profile Books, 2014. [Hay trad. cast.: *Orden y decadencia de la política: desde la revolución industrial a la globalización de la democracia*, trad. Jorge Paredes, Barcelona, Deusto, 2016.]

Goertzel, Ted, «Belief in Conspiracy Theories», *Political Psychology*, vol. 15, n.º 4 (diciembre de 1994), pp. 731-742.

Goldberg, Amir, Sameer B. Srivastava, V. Govind Manian, William Monroe y Christopher Potts, «Fitting In or Standing Out? The Tradeoffs of Structural and Cultural Embeddedness», *American Sociological Review*, vol. 81, n.º 6 (2016), pp. 1.190-1.222.

Gorky, Maxim, *My Universities*, trad. Ronald Wilks, Londres, Penguin Books, 1979 [1922]. [Hay trad. cast.: *Mis universidades*, trad. Enrique Moya Carrión, Madrid, Automática Editorial, 2012.]

Granovetter, Mark, «The Strength of Weak Ties», *American Journal of Sociology*, vol. 78, n.º 6 (mayo de 1973), pp. 1.360-1.380

—, «The Strength of Weak Ties: A Network Theory Revisited», *Sociological Theory*, vol. 1 (1983), pp. 201-233.

Greif, Avner, «Contract Enforceability and Economic Institutions in Early Trade: The Maghribi Traders' Coalition», *American Economic Review*, vol. 83, n.º 3

(junio de 1993), pp. 525-548.

—, «Reputation and Coalitions in Medieval Trade: Evidence on the Maghribi Traders», *Journal of Economic History*, vol. 49, n.º 4 (diciembre de 1989), pp. 857-882.

Grewal, David Singh, *Network Power: The Social Dynamics of Globalization*, New Haven, Yale University Press, 2008.

Harari, Yuval Noah, *Homo Deus: A Brief History of Tomorrow*, Nueva York, HarperCollins, 2017. [Hay trad. cast.: *Homo Deus*, trad. Joandomènec Ros, Barcelona, Debate, 2016.]

—, *Sapiens: A Brief History of Humankind*, Nueva York, HarperCollins, 2015. [Hay trad. cast.: *Sapiens: de animales a dioses*, trad. Joandomènec Ros, Barcelona, Debate, 2015.]

Harrison, Richard J. y Glenn R. Carroll, «The Dynamics of Cultural Influence Networks», *Computational & Mathematical Organization Theory*, vol. 8, n.º 1 (mayo de 2002), pp. 5-30.

Hataley, K. M., «In Search of the Illuminati: A Light Amidst Darkness», *Journal of the Western Mystery Tradition*, vol. 23, n.º 3 (2012).

Henrich, Joseph, *The Secret of Our Success: How Culture is Driving Human Evolution, Domesticating Our Species, and Making Us Smarter*, Princeton, Princeton University Press, 2016.

Heylighen, Francis, «From Human Computation to the

- Global Brain: The Self-Organization of Distributed Intelligence», en Pietro Michelucci, ed., *Handbook of Human Computation*, Nueva York, Springer, 2013, pp. 897-909.
- , «The Global Superorganism: An Evolutionary-Cybernetic Model of the Emerging Network Society», *Social Evolution and History*, vol. 1, n.º 6 (2007), pp. 57-117.
- Hofman, Amos, «Opinion, Illusion, and the Illusion of Opinion: Barruel's Theory of Conspiracy», *Eighteenth-Century Studies*, vol. 27, n.º 1 (otoño de 1993), pp. 27-60.
- Hofstadter, Richard, *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1965.
- Israel, Jonathan, *Democratic Enlightenment: Philosophy, Revolution, and Human Rights, 1750-1790*, Oxford, Oxford University Press, 2011.
- Ito, Joi y Jeff Howe, *Whiplash: How to Survive Our Faster Future*, Nueva York, Grand Central Publishing, 2016.
- Jackson, Matthew O., «Networks in the Understanding of Economic Behaviors», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 28, n.º 4 (2014), pp. 3-22.
- , *Social and Economic Networks*, Princeton, Princeton University Press, 2008.
- y Brian W. Rogers, «Meeting Strangers and Friends of Friends: How Random are Social Networks?», *American Economic Review*, vol. 97, n.º 3 (2007), pp. 890-915.

- , Tomas Rodriguez-Barraquer y Xu Tan, «Social Capital and Social Quilts: Network Patterns of Favor Exchange», *American Economic Review*, vol. 102, n.º 5 (2012), pp. 1.857-1.897.
- , Brian W. Rogers e Yves Zenou, «Connections in the Modern World: Network-Based Insights», 6 de marzo de 2015: <http://www.ne.su.se/polopoly_fs/1.225806.1424938681!
- y Brian W. Rogers, «Meeting Strangers and Friends of Friends: How Random are Social Networks?», *American Economic Review*, vol. 97, n.º 3 (2007), pp. 890-915.
- Kadushin, Charles, *Understanding Social Networks: Theories, Concepts, and Findings*, Nueva York, Oxford University Press, 2012. [Hay trad. cast.: *Comprender las redes sociales*, trad. Victoria Gordo del Rey, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2013.]
- Katz, Elihu y Paul Felix Lazarsfeld, *Personal Influence: The Part Played by People in the Flow of Mass Communications*, Nueva York, Free Press, 1955. [Hay trad. cast.: *La influencia personal: el individuo en el proceso de comunicación de masas*, trad. Alberto Pérez Álvarez, Castelldefels, Editorial Hispano Europea, 1979.]
- Khanna, Parag, *Connectography: Mapping the Global Network Revolution*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2016. [Hay

trad. cast.: *Conectografía: mapear el futuro de la civilización mundial*, trad. Pablo Hermida Lazcano, Barcelona, Paidós, 2017.]

Kleinbaum, Adam M., Toby E. Stuart y Michael L. Tushman, «Discretion Within Constraint: Homophily and Structure in a Formal Organization», *Organization Science*, vol. 24, n.º 5 (2013), pp. 1.316-1.336.

Knight, Peter, «Outrageous Conspiracy Theories: Popular and Official Responses to 9/11 in Germany and the United States», *New German Critique*, n.º 103: *Dark Powers: Conspiracies and Conspiracy Theory in History and Literature* (invierno de 2008), pp. 165-193.

Krueger, Rita, *Czech, German, and Noble: Status and National Identity in Habsburg Bohemia*, Oxford, Oxford University Press, 2009.

Landes, Richard, «The Jews as Contested Ground in Postmodern Conspiracy Theory», *Jewish Political Studies Review*, vol. 19, n.º 3-4 (otoño de 2007), pp. 9-34.

Leinesch, Michael, «The Illusion of the Illuminati: The Counterconspiratorial Origins of Post-Revolutionary Conservatism», en W. M. Verhoeven, ed., *Revolutionary Histories: Transatlantic Cultural Nationalism, 1775-1815*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2002, pp. 152-165.

Leskovec, Jure, Daniel Huttenlocher y Jon Kleinberg, «Signed Networks in Social Media», *CHI 2010*, 10-15 de abril de 2010.

- Liu, Ka-Yuet, Marissa King y Peter S. Bearman, «Social Influence and the Autism Epidemic», *American Journal of Sociology*, vol. 115, n.º 5 (2012), pp. 1.387-1.434.
- Livers, Keith, «The Tower or the Labyrinth: Conspiracy, Occult, and Empire-Nostalgia in the Work of Viktor Pelevin and Aleksandr Prokhanov», *Russian Review*, vol. 69, n.º 3 (julio de 2010), pp. 477-503.
- Loreto, Vittorio, Vito D. P. Servedio, Steven H. Strogatz y Francesca Tria, «Dynamics and Expanding Spaces: Modeling the Emergence of Novelties», en Mirko Degli Esposti, Eduardo G. Altmann y François Pachet, eds., *Creativity and Universality in Language*, Berlín, Springer International Publishing, 2016, pp. 59-83.
- McArthur, Benjamin, «“They’re Out to Get Us”: Another Look at Our Paranoid Tradition», *History Teacher*, vol. 29, n.º 1 (noviembre de 1995), pp. 37-50.
- McNeill, J. R. y William McNeill, *The Human Web: A Bird’s-Eye View of Human History*, Nueva York y Londres, W. W. Norton, 2003. [Hay trad. cast.: *Las redes humanas: una historia global del mundo*, trad. Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 2010.]
- McPherson, Miller, Lynn Smith-Lovin y James M. Cook, «Birds of a Feather: Homophily in Social Networks», *Annual Review of Sociology*, vol. 27 (2001), pp. 415-444.
- Markner, Reinhard, Monika Neugebauer-Wölk y Hermann Schüttler, eds., *Die Korrespondenz des Illuminatenordens*,

- vol. I: 1776-1781, Tubinga, Max Niemeyer Verlag, 2005.
- Massey, Douglas S., «A Brief History of Human Society: The Origin and Role of Emotion in Social Life», *American Sociological Review*, vol. 67 (febrero de 2002), pp. 1-29.
- Melanson, Terry, *Perfectibilists: The 18th Century Bavarian Order of the Illuminati*, Walterville, Oreg., Trine Day, 2011.
- Meumann, Markus y Olaf Simons, «Illuminati», en *Encyclopedia of the Bible and Its Reception*, vol. 12: *Ho Tsun Shen - Insult*, Berlín y Boston, Mass., De Gruyter, 2016, columnas 880-883.
- Milgram, Stanley, «Small-World Problem», *Psychology Today*, vol. 1, n.º 1 (mayo de 1967), pp. 61-67.
- Moody, James, «Race, School Integration, and Friendship Segregation in America», *American Journal of Sociology*, vol. 107, n.º 3 (noviembre de 2001), pp. 679-716.
- Moreno, J. L., *Who Shall Survive? Foundations of Sociometry, Group Psychotherapy and Sociodrama*, Beacon, N. Y., Beacon House Inc., 1953.
- Moretti, Franco, «Network Theory, Plot Analysis», *Literary Lab*, Pamphlet 2, 1 de mayo de 2011.
- Nahon, Karine y Jeff Hemsley, *Going Viral*, Cambridge, Polity, 2013.
- Oliver, Eric J. y Thomas J. Wood, «Conspiracy Theories and the Paranoid Style(s) of Mass Opinion», *American*

Journal of Political Science, vol. 58, n.º 4 (octubre de 2014), pp. 952-966.

Padgett, John F. y Paul D. McLean, «Organizational Invention and Elite Transformation: The Birth of Partnership Systems in Renaissance Florence», *American Journal of Sociology*, vol. 111, n.º 5 (marzo de 2006), pp. 1.463-1.568.

Padgett, John F. y Walter W. Powell, *The Emergence of Organizations and Markets*, Princeton, Princeton University Press, 2012.

Payson, Seth, *Proofs of the Real Existence, and Dangerous Tendency, of Illuminism: Containing an Abstract of the Most Interesting Parts of what Dr. Robison and the Abbe Barruel Have Published on this Subject, with Collateral Proofs and General Observations*, Charlestown, Samuel Etheridge, 1802.

Pinker, Susan, *The Village Effect: Why Face-to-Face Contact Matters*, Londres, Atlantic Books, 2015.

Ramo, Joshua Cooper, *The Seventh Sense: Power, Fortune, and Survival in the Age of Networks*, Nueva York, Little, Brown, 2016.

Roberts, J. M., *The Mythology of the Secret Societies*, Londres, Secker & Warburg, 1971.

Rogers, Everett M., *Diffusion of Innovations*, 5.ª ed., Nueva York y Londres, Free Press, 2003.

Rosen, Sherwin, «The Economics of Superstars», *American*

Economic Review, vol. 71, n.º 5 (diciembre de 1981), pp. 845-858.

Sampson, Tony D., *Virality: Contagion Theory in the Age of Networks*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press, 2012.

Schmidt, Eric y Jared Cohen, *The New Digital Age: Transforming Nations, Businesses, and Our Lives*, Nueva York, Knopf Doubleday, 2013. [Hay trad. cast.: *El futuro digital*, trad. José Félix Rábago, Madrid, Anaya Multimedia, 2014.]

Schüttler, Hermann, *Die Mitglieder des Illuminatenordens, 1776-1787/93*, Múnich, ars una, 1991.

—, «Zwei freimaurerische Geheimgesellschaften des 18. Jahrhunderts im Vergleich: Strikte Observanz und Illuminatenorden», en Erich Donnert, ed., *Europa in der Frühen Neuzeit: Festschrift für Günter Mühlpfordt*, vol. IV: *Deutsche Aufklärung*, Weimar, Colonia y Viena, Böhlau, 1997, pp. 521-544.

Simons, Olaf y Markus Meumann, «“Mein Amt ist geheime gewissens Correspondenz und unsere Brüder zu führen”. Bode als “Unbekannter Oberer” des Illuminatenordens», en Cord-Friedrich Berghahn, Gerd Biegel y Till Kinzel, eds., *Johann Joachim Christoph Bode - Studien zu Leben und Werk [Germanisch-Romanische Monatsschrift, Beihefte]*, Heidelberg, Winter, 2017.

- Slaughter, Anne-Marie, *The Chessboard and the Web: Strategies of Connection in a Networked World* (Henry L. Stimson Lectures), New Haven, Yale University Press, 2017.
- Smith-Doerr, Laurel y Walter W. Powell, «Networks and Economic Life», en Neil Smelser y Richard Swedberg, eds., *The Handbook of Economic Sociology*, Princeton, Princeton University Press, 2010, pp. 379-402.
- Solé, Ricard V. y Sergi Valverde, «Information Theory of Complex Networks: On Evolution and Architectural Constraints», *Lecture Notes in Physics*, vol. 650 (2004), pp. 189-207.
- Stauffer, Vernon L., *New England and the Bavarian Illuminati: Studies in History, Economics and Political Law*, vol. 82, n.º 1 (191), Nueva York, Columbia University Press, 1918.
- Strogatz, Steven H., «Exploring Complex Networks», *Nature*, vol. 410, n.º 8 (marzo de 2001), pp. 268-276.
- Swami, Viren, Rebecca Coles, Stefan Stieger, Jakob Pietschnig, Adrian Furnham, Sherry Rehim y Martin Voracek, «Conspiracist Ideation in Britain and Austria: Evidence of a Monological Belief System and Associations Between Individual Psychological Differences and Real-World and Fictitious Conspiracy Theories», *British Journal of Psychology*, vol. 102 (2011), pp. 443-463.

- Syme, Ronald, *The Roman Revolution*, Oxford, Oxford University Press, 1960 [1939]. [Hay trad. cast.: *La revolución romana*, trad. Antonio Blanco Freijeiro, Barcelona, Taurus, 1989.]
- Taleb, Nassim Nicholas, *Antifragile: Things That Gain from Disorder*, Nueva York, Random House, 2012. [Hay trad. cast.: *Antifrágil: las cosas que se benefician del desorden*, trads. Genis Sánchez Barberán y Albino Santos Mosquera, Barcelona, Paidós, 2013.]
- Turchin, Peter, Thomas E. Currie, Edward A. L. Turner y Sergey Gavrillets, «War, Space, and the Evolution of Old World Complex Societies», *Proceedings of the National Academy of Sciences* (23 de septiembre de 2013), pp. 1-6.
- Tutić, Andreas y Harald Wiese, «Reconstructing Granovetter's Network Theory», *Social Networks*, vol. 43 (2015), pp. 136-148.
- Van Dülmen, Richard, *The Society of the Enlightenment*, Cambridge, Polity Press, 1992.
- Vera, Eugenia Roldán y Thomas Schupp, «Network Analysis in Comparative Social Sciences», *Comparative Education*, vol. 42, n.º 3, número especial (32): *Comparative Methodologies in the Social Sciences: Cross-Disciplinary Inspirations* (agosto de 2006), pp. 405-429.
- Wäges, Josef y Reinhard Markner, eds., *The Secret School of Wisdom: The Authentic Rituals and Doctrines of the*

Illuminati, trad. Jeva Singh-Anand, Addlestone, Lewis Masonic, 2015.

Waterman, Bryan, «The Bavarian Illuminati, the Early American Novel, and Histories of the Public Sphere», *William and Mary Quarterly*, 3.^a serie, vol. 62, n.º 1 (enero de 2005), pp. 9-30.

Watts, Duncan J., «Networks, Dynamics, and the Small-World Phenomenon», *American Journal of Sociology*, vol. 105, n.º 2 (1999), pp. 493-527.

—, *Six Degrees: The Science of a Connected Age*, Londres, Vintage, 2004. [Hay trad. cast.: *Seis grados de separación: la ciencia de las redes en la era del acceso*, trad. Ferran Meler Ortí, Barcelona, Paidós, 2006.]

Watts, Duncan J. y Steven H. Strogatz, «Collective Dynamics of “Small World” Networks», *Nature*, vol. 393 (4 de junio de 1998), pp. 400-442.

West, Geoffrey, «Can There be a Quantitative Theory for the History of Life and Society?», *Clodynamics*, vol. 2, n.º 1 (2011), pp. 208-214.

—, *Scale: The Universal Laws of Growth, Innovation, Sustainability, and the Pace of Life in Organisms, Cities, Economies, and Companies*, Nueva York, Penguin Random House, 2017.

SEGUNDA PARTE

- Adamson, John, *The Noble Revolt: The Overthrow of Charles I*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2007.
- Ahnert, Ruth y Sebastian E. Ahnert, «Metadata, Surveillance, and the Tudor State», artículo inédito, 2017.
- , «Protestant Letter Networks in the Reign of Mary I: A Quantitative Approach», *ELH*, vol. 82, n.º 1 (primavera de 2015), pp. 1-33.
- Allen, Robert y Leander Heldring, «The Collapse of the World's Oldest Civilization: The Political Economy of Hydraulic States and the Financial Crisis of the Abbasid Caliphate», documento de trabajo, 2016.
- Barnett, George A., ed., *Encyclopedia of Social Networks*, 2 vols., Los Ángeles y Londres, SAGE Publications, Inc., 2011.
- Bryc, Katarzyna *et al.*, «Genome-Wide Patterns of Population Structure and Admixture among Hispanic/Latino Populations», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, vol. 107, supl. 2: *In the Light of Evolution, IV: The Human Condition* (11 de mayo de 2010), pp. 8.954-8.961.
- Burbank, Jane y Frederick Cooper, *Empires in World History: Power and the Politics of Difference*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2011. [Hay trad. cast.:

Imperios, una nueva visión de la historia universal, trads. Joan Rabasseda Gascón y Teófilo de Lozoya Elzurdía, Barcelona, Crítica, 2011.]

Chang, T'ien-Tse, *Sino-Portuguese Trade from 1514-1644: A Synthesis of Portuguese and Chinese Sources*, Nueva York, AMS Press, 1978.

Christian, David, «Silk Roads or Steppe Roads? The Silk Roads in World History», *Journal of World History*, vol. 11, n.º 1 (2000), pp. 1-26.

Cline, Diane Harris, «Six Degrees of Alexander: Social Network Analysis as a Tool for Ancient History», *Ancient History Bulletin*, vol. 26 (2012), pp. 59-69.

Coase, Ronald, «The Problem of Social Cost», *Journal of Law and Economics*, vol. 3 (octubre de 1960), pp. 1-44.

Cotrugli, Benedetto, *The Book of the Art of Trade*, trad. John Francis Phillimore, Londres, Palgrave Macmillan, 2016.

Dittmar, Jeremiah E., «Information Technology and Economic Change: The Impact of The Printing Press», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 126, n.º 3 (2011), pp. 1.133-1.172.

— y Skipper Seabold, «Media, Markets, and Radical Ideas: Evidence from the Protestant Reformation», documento de trabajo, 22 de febrero de 2016.

Ferguson, Niall, *Civilization: The West and the Rest*, Londres, Allen Lane, 2011. [Hay trad. cast.: *Civilización: Occidente y el resto*, trad. Francisco Ramos Mena,

Barcelona, Debate, 2012.]

Frankopan, Peter, *The Silk Roads: A New History of the World*, Nueva York, Knopf Doubleday, 2016.

Garcia-Zamor, Jean-Clause, «Administrative Practices of the Aztecs, Incas, and Mayas: Lessons for Modern Development Administration», *International Journal of Public Administration*, vol. 21, n.º 1 (1998), pp. 145-171.

Geiss, James, «The Chang-te Reign, 1506-1521», en D. C. Twitchett y F. W. Mote, eds., *The Cambridge History of China*, vol. VIII: *The Ming Dynasty, 1368-1644, Part 2*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 403-439.

Gellner, Ernest, *Nations and Nationalism*, Oxford, Blackwell, 1983. [Hay trad. cast.: *Naciones y nacionalismos*, trad. Javier Setó Melis, Madrid, Alianza Editorial, 2008.]

Gleick, James, *The Information: A History, a Theory, a Flood*, Nueva York, Pantheon, 2011. [Hay trad. cast.: *La información: historia y realidad*, trads. Joan Rabasseda Gascón y Teófilo de Lozoya Elzurdía, Barcelona, Crítica, 2012.]

Harland, Philip A., «Connections with Elites in the World of the Early Christians», en Anthony J. Blasi, Paul A. Turcotte y Jean Duhaime, eds., *Handbook of Early Christianity: Social Science Approaches*, Walnut Creek, California, Altamira Press, 2002, pp. 385-408.

Heady, Ferrel, *Public Administration: A Comparative*

- Perspective*, Nueva York, Marcel Dekker, Inc., 2001.
- Ishiguro, Kazuo, *The Buried Giant*, Nueva York, Knopf, 2015.
[Hay trad. cast.: *El gigante enterrado*, Barcelona, Anagrama, 2016.]
- McNeill, William H., «What If Pizarro Had Not Found Potatoes in Peru?», en Robert Cowley, ed., *What If? 2: Eminent Historians Imagine What Might Have Been*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 2001, pp. 413-429.
- Malkin, Irad, *A Small Greek World: Networks in the Ancient Mediterranean*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2011.
- Mann, Charles W., *1493: Uncovering the New World Columbus Created*, Nueva York, Vintage, 2011. [Hay trad. cast.: *1493, una nueva historia del mundo después de Colón*, trad. Stella Alba Mastrangelo Puech, Madrid, Katz Editores, 2013.]
- Morrissey, Robert Michael, «Archives of Connection: “Whole Network” Analysis and Social History», *Historical Methods: A Journal of Quantitative and Interdisciplinary History*, vol. 48, n.º 2 (2015), pp. 67-79.
- Namier, Lewis, *The Structure of Politics at the Accession of George III*, 2.^a ed., Londres, Macmillan, 1957 [1929].
- Naughton, John, *From Gutenberg to Zuckerberg: What You Really Need to Know about the Internet*, Londres, Quercus, 2012.
- Padgett, John F., «Marriage and Elite Structure in

- Renaissance Florence, 1282-1500», *Redes, Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, vol. 21, n.º 1 (2011), pp. 71-97.
- y Christopher K. Ansell, «Robust Action and the Rise of the Medici, 1400-1434», *American Journal of Sociology*, vol. 98, n.º 6 (mayo de 1993), pp. 1.259-1.319.
- Pettegree, Andrew, *Brand Luther: 1517, Printing, and the Making of the Reformation*, Nueva York, Penguin Books, 2015.
- Rodrigues, Jorge y Tessaleno Devezas, *Pioneers of Globalization: Why the Portuguese Surprised the World*, Lisboa, Centro Atlântico, 2007.
- Scheidel, Walter, «From the “Great Convergence” to the “First Great Divergence”: Roman and Qin-Han State Formation and Its Aftermath», *Princeton/Stanford Working Papers in Classics*, noviembre de 2007.
- Sen, Tansen, «The Formation of Chinese Maritime Networks to Southern Asia, 1200-1450», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, vol. 49, n.º 4 (2006), pp. 421-453.
- Smail, Daniel Lord, *On Deep History and the Brain*, Berkeley, University of California Press, 2008.
- Smith, Monica L., «Networks, Territories, and the Cartography of Ancient States», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 95, n.º 4 (2005), pp. 832-849.

- Stark, Rodney, «Epidemics, Networks, and the Rise of Christianity», *Semeia*, vol. 56 (1992), pp. 159-175.
- Tainter, Joseph A., «Problem Solving: Complexity, History, Sustainability», *Population and Environment*, vol. 22, n.º 1 (septiembre de 2000), pp. 3-40.
- Tocqueville, Alexis de, *Democracy in America*, trads. Harvey C. Mansfield y Delba Winthrop, Chicago, University of Chicago Press, 2000. [Hay trad. cast.: *La democracia en América*, trad. Dolores Sánchez de Aleu, México D. F., FCE, 1957 (2016).]
- Turchin, Peter, Thomas E. Currie, Edward A. L. Turner y Sergey Gavrillets, «War, Space, and the Evolution of Old World Complex Societies», *Proceedings of the National Academy of Sciences* (23 de septiembre de 2013), pp. 1-6.
- Wade, G., «Melaka in Ming Dynasty Texts», *Journal of the Malaysian Branch of the Royal Asiatic Society*, vol. 70, n.º 1 (272) (1997), pp. 31-69.
- Wills, John E., Jr., ed., *China and Maritime Europe, 1500-1800: Trade, Settlement, Diplomacy, and Missions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, pp. 24-51.
- Yupanqui, Titu Cusi, *An Inca Account of the Conquest of Peru*, trad. Ralph Bauer, Boulder, University Press of Colorado, 2005.
- Zuñiga, Jean-Paul, «Visible Signs of Belonging», en Pedro Cardim, Tamar Herzog, José Javier Ruiz Ibáñez y

Gaetano Sabatini, eds., *Polycentric Monarchies: How Did Early Modern Spain and Portugal Achieve and Maintain a Global Hegemony?*, Eastbourne, Sussex University Press, 2013, pp. 125-146.

TERCERA PARTE

CARTAS Y LOGIAS

Arcenas, Claire y Caroline Winterer, «The Correspondence Network of Benjamin Franklin: The Londres Decades, 1757-1775», artículo inédito.

Bailyn, Bernard, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, Harvard University Press, 1967. [Hay trad. cast.: *Los orígenes ideológicos de la Revolución Norteamericana*, trads. Alberto Vanasco y Antonio Lastra Meliá, Madrid, Tecnos, 2012.]

Borneman, Walter R., *American Spring: Lexington, Concord, and the Road to Revolution*, Nueva York, Little, Brown, 2014.

Bullock, Steven C., *Revolutionary Brotherhood: Freemasonry and the Transformation of the American Social Order, 1730-1840*, Chapel Hill, N. C., University of North Carolina Press, 2011.

Cantoni, Davide, Jeremiah Dittmar y Noam Yuchtman,

«Reformation and Reallocation: Religious and Secular Economic Activity in Early Modern Germany», documento de trabajo, noviembre de 2016.

Caracausi, Andrea y Christof Jeggle, eds., *Commercial Networks and European Cities, 1400-1800*, Londres y Nueva York, Routledge, 2015.

Carneiro, A. *et al.*, «Enlightenment Science in Portugal: The Estrangeirados and Their Communication Networks», *Social Studies of Science*, vol. 30, n.º 4 (2000), pp. 591-619.

Clark, J. C. D., *The Language of Liberty, 1660-1832: Political Discourse and Social Dynamics in the Anglo-American World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

Comsa, Maria Teodora, Melanie Conroy, Dan Edelstein, Chloe Summers Edmondson y Claude Willan, «The French Enlightenment Network», *Journal of Modern History*, vol. 88 (septiembre de 2016), pp. 495-534.

Danskin, Julie, «The “Hotbed of Genius”: Edinburgh’s Literati and the Community of the Scottish Enlightenment», *eSharp*, número especial 7: *Real and Imagined Communities* (2013), pp. 1-16.

Dittmar, Jeremiah E., «Ideas, Technology, and Economic Change: The Impact of the Printing Press», borrador, 13 de marzo de 2009.

—, «The Welfare Impact of a New Good: The Printed Book», documento de trabajo, 27 de febrero de 2012.

- Edelstein, Dan, Paula Findlen, Giovanna Ceserani, Caroline Winterer y Nicole Coleman, «Historical Research in a Digital Age: Reflections from the Mapping the Republic of Letters Project», *American Historical Review* (abril de 2017), pp. 400-424.
- Eire, Carlos M. N., *Reformations: The Early Modern World, 1450-1650*, New Haven, Conn., y Londres, Yale University Press, 2016.
- Erikson, Emily, *Between Monopoly and Free Trade: The English East India Company, 1600-1757*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2014.
- y Peter Shawn Bearman, «Malfeasance and the Foundations for Global Trade: The Structure of English Trade in the East Indies, 1601-1833», *American Journal of Sociology*, vol. 112 (2006), pp. 195-230.
- Fischer, David Hackett, *Paul Revere's Ride*, Oxford, Oxford University Press, 1995.
- Gestrich, Andreas y Margrit Schulte Beerbühl, *Cosmopolitan Networks in Commerce and Society, 1660-1914*, Londres, German Historical Institute, 2011.
- Gladwell, Malcolm, *The Tipping Point: How Little Things Can Make a Big Difference*, Nueva York, Hachette Book Group, 2006. [Hay trad. cast.: *El punto clave*, trad. Inés Belaustegui Trías, Barcelona, Taurus, 2017.]
- Goodman, Dena, «Enlightenment Salons: The Convergence of Female and Philosophic Ambitions», *Eighteenth-*

- Century Studies*, número especial: *The French Revolution in Culture*, vol. 22, n.º 3 (1989), pp. 329-350.
- , *The Republic of Letters*, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1996.
- Hackett, David G., *That Religion in Which All Men Agree: Freemasonry in American Culture*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2014.
- Hamilton, Alexander, *The Complete Works of Alexander Hamilton*, ed. Henry Cabot Lodge, Amazon Digital Services for Kindle, 2011.
- Han, Shin-Kap, «The Other Ride of Paul Revere: The Brokerage Role in the Making of the American Revolution», *Mobilization: An International Quarterly*, vol. 14, n.º 2 (2009), pp. 143-162.
- Hancock, David, «The Trouble with Networks: Managing the Scots' Early-Modern Madeira Trade», *Business History Review*, vol. 79, n.º 3 (2005), pp. 467-491.
- Hatch, Robert A., «Between Erudition and Science: The Archive and Correspondence Network of Ismaël Boulliau», en Michael Hunter, ed., *Archives of the Scientific Revolution: The Formation and Exchange of Ideas in Seventeenth-Century Europe*, Woodbridge, Boydell Press, 1998, pp. 49-71.
- Hodapp, Christopher, *Solomon's Builders: Freemasons, Founding Fathers and the Secrets of Washington D.C.*, Berkeley, Ulysses Press, 2009.

- Home, John, *Douglas: A Tragedy in Five Acts*, Nueva York y Londres, S. French & Son, 1870.
- Johnstone, Jeffrey M., «Sir William Johnstone Pulteney and the Scottish Origins of Western Nueva York», *Crooked Lake Review* (verano de 2004): <http://www.crookedlakereview.com/articles/101_135/1summer2004/132johnstone.html>.
- Lamikiz, Xabier, *Trade and Trust in the Eighteenth-Century Atlantic World: Spanish Merchants and Their Overseas Networks*, Londres y Woodbridge, The Royal Historical Society and Boydell Press, 2010.
- Lilti, Antoine, *The World of the Salons*, Oxford, Oxford University Press, 2015.
- Lux, David S. y Harold J. Cook, «Closed Circles or Open Networks? Communication at a Distance during the Scientific Revolution», *History of Science*, vol. 36 (1998), pp. 179-211.
- Middlekauff, Robert, *The Glorious Cause: The American Revolution, 1763-1789*, Oxford, Oxford University Press, 2007.
- Morse, Sidney, *Freemasonry in the American Revolution*, Washington D.C., Masonic Service Association, 1924.
- Owen, John M., IV, *The Clash of Ideas in World Politics: Transnational Networks, States, and Regime Change, 1510-2010*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2010.

- Patterson, Richard S. y Richardson Dougall, *The Eagle and the Shield*, Washington D.C., US Government Printing Office, 1976.
- Rothschild, Emma, *The Inner Life of Empires: An Eighteenth-Century History*, Princeton, Princeton University Press, 2011.
- Rusnock, Andrea, «Correspondence Networks and the Royal Society, 1700-1750», *British Journal for the History of Science*, vol. 32, n.º 2 (junio de 1999), pp. 155-169.
- Schich, Maximilian, Chaoming Song, Yong-Yeol Ahn, Alexander Mirsky, Mauro Martino, Albert-László Barabási y Dirk Helbing, «A Network Framework of Cultural History», *Science*, vol. 345, n.º 6.196 (2014), pp. 558-562.
- Starr, Paul, *The Creation of the Media: Political Origins of Modern Communications*, Nueva York, Basic Books, 2004.
- Taylor, P. J., M. Hoyler y D. M. Evans, «A Geohistorical Study of “the Rise of Modern Science”: Mapping Scientific Practice through Urban Networks, 1500-1900», *Minerva*, vol. 46, n.º 4 (2008), pp. 391-410.
- Winterer, Caroline, «Where is America in the Republic of Letters?», *Modern Intellectual History*, vol. 9, n.º 3 (2012), pp. 597-623.
- Wood, Gordon S., *The American Revolution: A History* (Modern Library Chronicles Series Book 9), Nueva

York, Random House, 2002. [Hay trad. cast.: *La revolución norteamericana: una historia*, trad. Isabel Merino Sánchez, Barcelona, Literatura Radom House, 2003.]

York, Neil L., «Freemasons and the American Revolution», *The Historian*, vol. 55, n.º 2 (invierno de 1993), pp. 315-330.

CUARTA PARTE

LA RESTAURACIÓN DE LA JERARQUÍA

Andress, David, ed., *The Oxford Handbook of the French Revolution*, Oxford, Oxford University Press, 2015.

Anónimo, *The Hebrew Talisman*, Londres, W. Whaley, 1840.

Anónimo, *The Annual Register, Or, A View of the History, Politics, and Literature for the Year 1828*, Londres, Baldwin & Cradock, 1829.

Aspinall, A., ed., *The Letters of King George IV, 1812-30*, 3 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 1938.

Balla, Ignác, *The Romance of the Rothschilds*, Londres, E. Nash, 1913.

Benson, Arthur Christopher y vizconde Esher, *The Letters of Queen Victoria: A Selection from Her Majesty's Correspondence between the Years 1837 and 1861*, vol. I:

- 1837-1843, Londres, John Murray, 1908.
- Bernstein, Herman, ed., *The Willy-Nicky Correspondence, Being the Secret and Intimate Telegrams Exchanged between the Kaiser and the Tsar*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1918.
- Bew, John, *Castlereagh: A Life*, Oxford, Oxford University Press, 2012.
- Buxton, Charles, ed., *Memoirs of Sir Thomas Fowell Buxton*, 5.^a ed., Londres, John Murray, 1866.
- Capefigue, Jean Baptiste Honoré Raymond, *Histoire des grandes opérations financières: banques, bourses, emprunts, compagnies industrielles etc.*, vol. III: *Emprunts, bourses, crédit public. Grands capitalistes de l'Europe, 1814-1852*, París, Librairie d'Amyot, 1858.
- Cathcart, Brian, *The News from Waterloo*, Londres, Faber & Faber, 2016.
- Chateaubriand, François René, vizconde de, *Correspondance générale de Chateaubriand*, vol. III, París, H. et E. Champion, 1913.
- Clark, Ian, *Hegemony in International Society*, Oxford, Oxford University Press, 2011.
- Clausewitz, Carl von, *On War*, Beatrice Hauser, ed., trads. Michael Howard y Peter Paret, Oxford, Oxford University Press, 2007. [Hay trad. cast.: *De la guerra*, trad. Carlos Fortea Gil, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.]

- Colley, Linda, *Britons: Forging the Nation*, New Haven, Conn., y Londres, Yale University Press, 1992.
- Corti, Egon Caesar Conte, *Alexander of Battenberg*, Londres, Cassell & Co., 1954.
- , *The Rise of the House of Rothschild*, Nueva York, Cosmopolitan Book Corporation, 1928.
- Cowles, Virginia, *The Rothschilds: A Family of Fortune*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1973.
- Dairnvaell, Georges (con el seudónimo de «Satan»), *Histoire édifiante et curieuse de Rothschild Ier, roi des Juifs*, París, s. e., 1846.
- Davis, David Brion, *Inhuman Bondage: The Rise and Fall of Slavery in the New World*, Nueva York, Oxford University Press, 2006.
- Davis, Richard W., *The English Rothschilds*, Londres, Collins, 1983.
- Dimock, Liz, «Queen Victoria, Africa and Slavery: Some Personal Associations», AFSAAP Conference, 2009.
- Drescher, Seymour, «Public Opinion and Parliament in the Abolition of the British Slave Trade», *Parliamentary History*, vol. 26, n.º 1 (2007), pp. 42-65.
- Dugdale, E. T. S. (ed.), *German Diplomatic Documents, 1871-1914*, 4 vols., Londres, Harper, 1928.
- Ferguson, Niall, *The World's Banker: The History of the House of Rothschild*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1998.

- Fournier-Verneuil, M., *Paris: Tableau moral et philosophique*, París, s. e., 1826.
- Gille, Bertrand, *Histoire de la maison Rothschild*, vol. I: *Des origines à 1848*, Ginebra, Librairie Droz, 1965.
- Glanz, Rudolf, «The Rothschild Legend in America», *Jewish Social Studies*, vol. 19 (1957), pp. 3-28.
- Gould, Roger V., «Patron-Client Ties, States Centralization, and the Whiskey Rebellion», *American Journal of Sociology*, vol. 102, n.º 2 (septiembre de 1996), pp. 400-429.
- Hinsley, F. H., *Power and the Pursuit of Peace: Theory and Practice in the History of the Relations between States*, Cambridge, Cambridge University Press, 1963.
- Holsti, Kalevi, «Governance Without Government: Polyarchy in Nineteenth-Century European International Politics», en Kalevi, *Kalevi Holsti: Major Texts on War, the State, Peace, and International Order*, Nueva York, Springer, 2016, pp. 149-171.
- Iliowzi, Henry, «*In the Pale*': *Stories and Legends of the Russian Jews*, Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1897.
- Kissinger, Henry, *Diplomacy*, Nueva York, Simon & Schuster, 2011. [Hay trad. cast.: *Diplomacia*, trad. Mónica Utrilla de Neira, Barcelona, Ediciones B, 2010.]
- , *World Order*, Londres y Nueva York, Penguin Press, 2014. [Hay trad. cast.: *Orden mundial*, trad. Teresa Beatriz

- Arijón, Barcelona, Debate, 2016.]
- , *A World Restored*, Nueva York y Londres, Houghton Mifflin/Weidenfeld and Nicolson, 1957. [Hay trad. cast.: *Un mundo restaurado: la política del conservadurismo en una época revolucionaria*, México, FCE, 1973.]
- Kynaston, David, *The City of London: A World of Its Own*, Londres, Chatto & Windus, 1994.
- Lamoreaux, Naomi R., Daniel M. G. Raff y Peter Temin, «Beyond Markets and Hierarchies: Toward a New Synthesis of American Business History», NBER, documento de trabajo, n.º 9.029 (julio de 2002), pp. 1-63.
- Lefebvre, Georges, *The Great Fear of 1789: Rural Panic in Revolutionary France*, Princeton, Princeton University Press, 2014. [Hay trad. cast.: *El gran pánico de 1789: la Revolución francesa y los campesinos*, trad. María Elena Vela, Barcelona, Paidós, 1986.]
- Levy, Jack S., *War in the Modern Great Power System*, Lexington, Ky., University Press of Kentucky, 1983.
- Liedtke, Rainer, *N. M. Rothschild & Sons: Kommunikationswege im europäischen Bankenwesen im 19. Jahrhundert*, Colonia, Weimar y Viena, Böhlau, 2006.
- Lipp, C. y L. Krempel, «Petitions and the Social Context of Political Mobilization in the Revolution of 1848/49: A Microhistorical Actor-Centred Network Analysis», *International Review of Social History*, vol. 46, supl. 9

- (diciembre de 2001), pp. 151-169.
- Loewe, Louis, ed., *Diaries of Sir Moses and Lady Montefiore*, 2 vols., Oxford, 1983.
- Maylunas, Andrei y Sergei Mironenko, *A Lifelong Passion: Nicholas and Alexandra, Their Own Story*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1996.
- Moon, Francis C., *Social Networks in the History of Innovation and Invention*, Dordrecht, Springer, 2014.
- Pearson, Robin y David Richardson, «Business Networking in the Industrial Revolution», *Economic History Review*, vol. 54, n.º 4 (noviembre de 2001), pp. 657-679.
- Prawer, S. S., *Heine's Jewish Comedy: A Study of His Portraits of Jews and Judaism*, Oxford, Clarendon Press, 1983.
- Pückler-Muskau, Hermann Fürst von, *Briefe eines Verstorbenen: Vollständige Ausgabe*, en Heinz Ohff, ed., Berlín, Kupfergraben Verlagsgesellschaft, 1986.
- Quennell, Peter, ed., *The Private Letters of Princess Lieven to Prince Metternich, 1820-1826*, Londres, John Murray, 1937.
- Ranke, Leopold von, «The Great Powers», en R. Wines, ed., *The Secret of World History: Selected Writings on the Art and Science of History*, Nueva York, Fordham University Press, 1981 (1833), pp. 122-155.
- Reeves, John, *The Rothschilds: The Financial Rulers of Nations*, Londres, Sampson Low, Marston, Searle and Rivington, 1887.

- Roberts, Andrew, *Napoleon: A Life*, Londres, Viking, 2014.
[Hay trad. cast.: *Napoleón, una vida*, trad. Diego Pereda Sancho, Madrid, Ediciones Palabra, 2016.]
- Rothschild, lord (Victor), *The Shadow of a Great Man*, Londres, publicación privada, 1982.
- Rubens, Alfred, *Anglo-Jewish Portraits*, Londres, Jewish Museum, 1935.
- Ryden, David Beck, «Does Decline Make Sense? The West Indian Economy and the Abolition of the British Slave Trade», *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 31, n.º 3 (2001), pp. 347-374.
- Schroeder, Paul, *The Transformation of European Politics, 1763-1848*, Oxford, Oxford University Press, 1994.
- Schwemer, Richard, *Geschichte der Freien Stadt Frankfurt a. M. (1814-1866)*, vol. II, Frankfurt, J. Baer & Co., 1912.
- Serre, conde Pierre François Hercule de, *Correspondance du comte de Serre 1796-1824, annotée et publiée par son fils*, vol. IV, París, Auguste Vatou, 1876.
- Shy, John, «Jomini», en Peter Paret, ed., *Makers of Modern Strategy*, Princeton, Princeton University Press, 1986, pp. 143-185. [Hay trad. cast.: *Creadores de la estrategia moderna, desde Maquiavelo a la era nuclear*, trad. Rebeca I. Pace, Madrid, Publicaciones del Ministerio de Defensa, 1992.]
- Slantchev, B., «Territory and Commitment: The Concert of Europe as Self-Enforcing Equilibrium», *Security Studies*,

vol. 14, n.º 4 (2005), pp. 565-606.

Stendhal, *The Red and the Black: A Chronicle of the Nineteenth Century*, trad. C. K. Scott Moncrieff, Nueva York, Modern Library, 1926 (1830). Hay trad. cast.: *Rojo y negro*, trad. María Teresa Gallego Urrutia, Barcelona, Alba Editorial, 2014.]

Tackett, Timothy, «La grande peur et le complot aristocratique sous la Révolution française», *Annales historiques de la Révolution française*, vol. 335 (enero-marzo de 2004), pp. 1-17.

Williams, Eric, *Capitalism and Slavery*, Chapel Hill, N. C., University of North Carolina Press, 1944. [Hay trad. cast.: *Capitalismo y esclavitud*, trad. Martin Gerber, Madrid, Traficantes de Sueños, 2011.]

QUINTA PARTE

LOS CABALLEROS DE LA MESA REDONDA

Allen, Peter, *The Cambridge Apostles: The Early Years*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1978.

Andrew, Christopher, *The Defence of the Realm: The Authorized History of MI5*, Londres, Allen Lane, 2009.

— y Oleg Gordievsky, *KGB: The Inside Story of Its Foreign*

Operations from Lenin to Gorbachev, Londres, Hodder & Stoughton, 1990.

- Ansell, Christopher K., «Symbolic Networks: The Realignment of the French Working Class, 1887-1894», *American Journal of Sociology*, vol. 103, n.º 2 (septiembre de 1997), pp. 359-390.
- Antal, Tibor, Paul Krapivsky y Sidney Redner, «Social Balance on Networks: The Dynamics of Friendship and Enmity», *Physica D*, vol. 224, n.º 130 (2006), pp. 130-136.
- Berlin, Isaiah, «Meetings with Russian Writers in 1945 and 1956», en Berlin, *Personal Impressions*, Nueva York, Random House, 2012. [Hay trad. cast.: *Impresiones personales*, Madrid, FCE, 1982.]
- Brudner, Lilyan A. y Douglas R. White, «Class, Property and Structural Endogamy: Visualizing Networked Histories», *Theory and Society*, vol. 26, n.º 26 (1997).
- Bryce, James, «Kearneyism in California», en *The American Commonwealth*, vol. II, 2.^a ed., Londres, Macmillan and Co., 1891.
- Campbell, Cameron, y James Lee, «Kin Networks, Marriage, and Social Mobility in Late Imperial China», *Social Science History*, vol. 32 (2008), pp. 174-214.
- Cannadine, David, *Ornamentalism: How the British Saw Their Empire*, Londres, Allen Lane, 2001.
- Carnegie, Andrew, «Wealth», *North American Review*, vol. 391, junio de 1889.

- Chi, Sang-Hyun, Colin Flint, Paul Diehl, John Vasquez, Jürgen Scheffran, Steven M. Radil y Toby J. Rider, «The Spatial Diffusion of War: The Case of World War I», *대한지리학회지*, vol. 49, n.º 1 (2014), pp. 57-76.
- Clark, Christopher, *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*, Nueva York, Harper, 2013.
- Collins, Damian, *Charmed Life: The Phenomenal World of Philip Sassoon*, Londres, William Collins, 2016.
- Congreso de Estados Unidos, *Report of the Joint Special Committee to Investigate Chinese Immigration*, Washington D.C., Government Printing Office, 1877.
- Cooke, George Wingrove, *China: Being «The Times' Special Correspondence from China in the Years 1857-58*, Londres, Routledge & Co., 1858.
- Darwin, John, *The Empire Project: The Rise and Fall of the British World System, 1830-1970*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009. [Hay trad. cast.: *El sueño del imperio, 1400-2000: auge y caída de las potencias globales*, trads. Antón Corriente Basús y Federico Corriente Basús, Barcelona, Taurus, 2012.]
- Deacon, Richard, *The Cambridge Apostles: A History of Cambridge University's Elite Intellectual Secret Society*, Londres, R. Royce, 1985.
- Dean, Warren, *Brazil and the Struggle for Rubber: A Study in Environmental History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

- Dolton, Peter, «Identifying Social Network Effects», *Economic Report*, vol. 93, supl. S1 (junio de 2017), pp. 1-15, Department of Economics, University of Sussex, 2017.
- Duara, Prasenjit, *Culture, Power and the State: Rural North China, 1900- 1942*, Stanford, Stanford University Press, 1998.
- Ferguson, Niall, *Empire: How Britain Made the Modern World*, Londres, Allen Lane, 2003. [Hay trad. cast.: *El Imperio británico. Cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial*, trad. Magdalena Chocano Mena, Barcelona, Debate, 2016.]
- Flandreau, Marc y Clemens Jobst, «The Ties That Divide: A Network Analysis of the International Monetary System, 1890-1910», *Journal of Economic History*, vol. 65, n.º 4 (diciembre de 2005), pp. 977-1.007.
- Fontane, Theodor, *Der Stechlin*, Stuttgart, Deutscher Bücherbund, 1978 (1899).
- Forster, E. M., *Howard's End*, Nueva York, A. A. Knopf, 1921. [Hay trad. cast.: *Regreso a Howards End*, trad. Eduardo Mendoza, Barcelona, RBA, 2004.]
- , *What I Believe*, Londres, Hogarth Press, 1939. [Hay trad. cast.: *En lo que creo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.]
- Garton Ash, Timothy, *Free Speech: Ten Principles for a Connected World*, New Haven, Conn., Yale University

Press, 2016. [Hay trad. cast.: *Libertad de palabra: diez principios para un mundo conectado*, Barcelona, Tusquets, 2017.]

Gartzke, Erik y Yonatan Lupu, «Trading on Preconceptions: Why World War I was Not a Failure of Economic Interdependence», *International Security*, vol. 36, n.º 4 (2012), pp. 115-150.

Gibson, Otis, *The Chinese in America*, Cincinnati, Hitchcock and Walden, 1877.

Gooch, lady Emily Burder, ed., *Diaries of Sir Daniel Gooch, Baronet*, Londres, K. Paul, Trench Trübner & Co., 1892.

Hale, Keith, ed., *Friends and Apostles: The Correspondence of Rupert Brooke and James Strachey, 1905-1914*, New Haven, Conn., y Londres, Yale University Press, 1998.

Harvey, William Hope, *Coin's Financial School*, Chicago, Coin Publishing Company, 1894.

Heidler, Richard, Markus Gamper, Andreas Herz y Florian Esser, «Relationship Patterns in the 19th century: The Friendship Network in a German Boys' School Class from 1880 to 1881 Revisited», *Social Networks*, vol. 37 (2014), pp. 1-13.

Ingram, Paul y Adam Lifschitz, «Kinship in the Shadow of the Corporation: The Interbuilder Network in Clyde River Shipbuilding, 1711-1990», *American Sociological Review*, vol. 71 (2003), pp. 334-352.

Jackson, Joe, *The Thief at the End of the World: Rubber,*

Power, and the Seeds of Empire, Nueva York y Londres, Viking/Duckworth Overlook, 2008.

Jones, Charles, «The Ottoman Front and British Propaganda: John Buchan's *Greenmantle*», en Maximilian Lakitsch, Susanne Reitmair y Katja Seidel, eds., *Bellicose Entanglements 1914: The Great War as Global War*, Zúrich, Lit-Verlag, 2015, pp. 157-174.

Keller, Franziska Barbara, «How to Spot a Successful Revolution in Advance: Results from Simulations on Protest Spread along Social Networks in Heterogeneous Societies», artículo inédito.

—, «“Yes, Emperor” - Controlling the Bureaucracy in an Authoritarian Regime: On the Appointment of Qing Dynasty Provincial Governors, 1644-1912», artículo inédito, marzo de 2013.

Kissinger, Henry, *World Order*, Londres y Nueva York, Viking, 2014. [Hay trad. cast.: *Orden mundial*, trad. Teresa Beatriz Arijón, Barcelona, Debate, 2011.]

Klaus, Ian, *Forging Capitalism: Rogues, Swindlers, Frauds, and the Rise of Modern Finance* (Yale Series in Economic and Financial History), New Haven, Yale University Press, 2014.

Kuhn, Philip A., *Soulstealers: The Chinese Sorcery Scare of 1758*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1995.

Lebow, Richard Ned, «Contingency, Catalysts and Non-Linear Change: The Origins of World War I», en Gary

- Goertz y Jack S. Levy, eds., *Explaining War and Peace: Case Studies and Necessary Condition Counterfactuals*, Abingdon, Routledge, 2007, pp. 85-112.
- Lee, Erika, *At America's Gates: Chinese Immigration during the Exclusion Era, 1882-1943*, Chapel Hill, N. C., University of North Carolina Press, 2003.
- Lester, Alan, «Imperial Circuits and Networks: Geographies of the British Empire», *History Compass*, vol. 4, n.º 1 (2006), pp. 124-141.
- Levy, Paul, *Moore: G. E. Moore and the Cambridge Apostles*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1979.
- Lipp, Carola, «Kinship Networks, Local Government, and Elections in a Town in Southwest Germany, 1800-1850», *Journal of Family History*, vol. 30, n.º 4 (octubre de 2005), pp. 347-365.
- Louw, P. Eric, *The Rise, Fall, and Legacy of Apartheid*, Westport, Conn., y Londres, Praeger, 2004.
- Lownie, Andrew, *Stalin's Englishman: The Lives of Guy Burgess*, Londres, Hodder & Stoughton, 2015.
- Lubenow, W. C., *The Cambridge Apostles, 1820-1914: Liberalism, Imagination, and Friendship in British Intellectual and Professional Life*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- McGuinness, Brian, *Wittgenstein: A Life*, vol. I: *Young Ludwig, 1889-1921*, Londres, Duckworth, 1988.
- McIntyre, Ben, *A Spy among Friends: Kim Philby's Great*

Betrayal, Nueva York, Crown, 2014.

McKeown, Adam, «Chinese Emigration in Global Context, 1850-1940», *Journal of Global History*, vol. 5, n.º 1 (marzo de 2010), pp. 95-124.

Magubane, Bernard M., *The Making of a Racist State: British Imperialism and the Union of South Africa, 1875-1910*, Trenton, NJ, y Asmara, Eritrea, Africa World Press, Inc., 1996.

Maoz, Zeev, *Networks of Nations: The Evolution, Structure, and Impact of International Networks, 1816-2001*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2011.

Marks, Shula y Stanley Trapido, «Lord Milner and the South African State», *History Workshop*, vol. 8 (otoño 1979), pp. 50-80.

May, Alex, «Milner's Kindergarten (act. 1902-1910)», *Oxford Dictionary of National Biography*, Oxford, Oxford University Press, 2005.

Moretti, Enrico, «Social Networks and Migrations: Italy 1876-1913», *International Migration Review*, vol. 33, n.º 3 (1999), pp. 640-658.

Nimocks, Walter, *Milner's Young Men: The «Kindergarten» in Edwardian Imperial Affairs*, Durham, N. C., Duke University Press, 1968.

Offer, Avner, *The First World War: An Agrarian Interpretation*, Oxford, Oxford University Press, 1990.

- Oxford y Asquith, conde, *Memories and Reflections, 1852-1927*, 2 vols., Londres y Boston, Mass., Cassell/Little, Brown, 1928.
- Plakans, Andrejs y Charles Wetherell, «The Kinship Domain in an East European Peasant Community: Pinkenhof, 1833-1850», *American Historical Review*, vol. 93, n.º 2 (abril de 1988), pp. 359-386.
- Platt, Stephen, *Autumn in the Heavenly Kingdom: China, the West, and the Epic Story of the Taiping Civil War*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2012.
- Potter, Simon J., «Webs, Networks, and Systems: Globalization and the Mass Media in the Nineteenth- and Twentieth-Century British Empire», *Journal of British Studies*, vol. 46, n.º 3 (julio de 2007), pp. 621-646.
- Quigley, Carroll, *The Anglo-American Establishment: From Rhodes to Cliveden*, Nueva York, Books in Focus, 1981.
- Roldan Vera, E. y T. Schupp, «Bridges over the Atlantic: A Network Analysis of the Introduction of the Monitorial System of Education in Early-Independent Spanish America», en J. Schriewer y M. Caruso, eds., *Nationalerziehung und Universalmethode – frühe Formen schulorganizatorischer Globalisierung*, Leipzig, Leipziger Universitätsverlag, 2005, pp. 58-93.
- Schroeder, Paul W., «Economic Integration and the European International System in the Era of World War I», *American Historical Review*, vol. 98, n.º 4

(octubre de 1993), pp. 1.130-1.137.

- , «Necessary Conditions and World War I as an Unavoidable War», en Gary Goertz y Jack S. Levy, eds., *Explaining War and Peace: Case Studies and Necessary Condition Counterfactuals*, Abingdon, Oxon, Routledge, 2007, pp. 147-193.
- , «Stealing Horses to Great Applause: Austria-Hungary's Decision in 1914 in Systemic Perspective», en Holger Afflerbach y David Stevenson, eds., *An Improbable War? The Outbreak of World War I and European Political Culture before 1914*, Nueva York, Berghahn Books, 2007.
- Shirky, Clay, *Here Comes Everybody: The Power of Organizing without Organizations*, Londres, Penguin Books, 2009.
- Skidelsky, Robert, *John Maynard Keynes*, vol. I: *Hopes Betrayed, 1883-1920*, Londres, Macmillan, 1983. [Hay trad. cast.: *John Maynard Keynes*, trad. Juan Carlos Zapatero, Barcelona, RBA, 2013.]
- Spar, Debora L., *Ruling the Waves: Cycles of Discovery, Chaos, and Wealth from the Compass to the Internet*, Orlando, Flo., Harcourt, 2003.
- Standage, Tom, *The Victorian Internet: The Remarkable Story of the Telegraph and the Nineteenth Century's Online Pioneers*, Londres, Phoenix, 1999.
- Taylor, Charles, *Five Years in China, with Some Account of*

- the Great Rebellion*, Nueva York, Derby & Jackson, 1860.
- Ter Haar, B. J., *The White Lotus Teachings in Chinese Religious History*, Leiden, E. J. Brill, 1992.
- Thompson, William R., «A Streetcar Named Sarajevo: Catalysts, Multiple Causation Chains, and Rivalry Structures», *International Studies Quarterly*, vol. 47, n.º 3 (septiembre de 2003), pp. 453-474.
- Trachtenberg, Marc, «New Light on 1914?», H-Diplo/ISSF Forum on 1914 (en prensa).
- Tufekci, Zeynep, *Twitter and Tear Gas: The Power and Fragility of Networked Protest*, New Haven, Conn., y Londres, Yale University Press, 2017.
- Tworek, Heidi Jacqueline Sybil, «Magic Connections: German News Agencies and Global News Networks, 1905-1945», tesis inédita, Harvard University, 2012.
- Vasquez, John A. y Ashlea Rundlett, «Alliances as a Necessary Condition of Multiparty Wars», *Journal of Conflict Resolution*, vol. 60, n.º 8 (2016), pp. 1.395-1.418.

SEXTA PARTE

PLAGAS Y FLAUTISTAS

- Ahmad, Ali, «The Great War and Afghanistan's Neutrality», en Maximilian Lakitsch, Susanne Reitmair y Katja

- Seidel, eds., *Bellicose Entanglements: The Great War as a Global War*, Zúrich, Lit Verlag, 2015, pp. 197-214.
- Akhmatova, Anna, *The Word That Causes Death's Defeat: Poems of Memory*, New Haven, Conn., y Londres, Yale University Press, 2004.
- Aksakal, Mustafa, «“Holy War Made in Germany?” Ottoman Origins of the 1914 Jihad», *War in History*, vol. 18, n.º 2 (2011), pp. 184-199.
- , «The Ottoman Proclamation of Jihad», en Erik-Jan Zürcher, ed., *Jihad and Islam in World War I: Studies on the Ottoman Jihad on the Centenary of Snouck Hurgronje's «Holy War Made in Germany»*, Leiden, Leiden University Press, 2016, pp. 53-69.
- Al-Rawi, Ahmad, «Buchan the Orientalist: *Greenmantle* and Western Views of the East», *Journal of Colonialism and Colonial History*, vol. 10, n.º 2 (otoño de 2009), Project MUSE, doi: 10.1353/cch.0.0068.
- , «John Buchan's British-Designed Jihad in *Greenmantle*», en Erik-Jan Zürcher, ed., *Jihad and Islam in World War I: Studies on the Ottoman Jihad on the Centenary of Snouck Hurgronje's «Holy War Made in Germany»*, Leiden, Leiden University Press, 2016, pp. 329-346.
- Applebaum, Anne, *Gulag: A History*, Nueva York, Doubleday, 2003. [Hay trad. cast.: *Gulag: Historia de los campos de concentración soviéticos*, trad. Magdalena Chocano Mena, Barcelona, Debate, 2004.]

- Barkai, Avraham, *From Boycott to Annihilation: The Economic Struggle of German Jews, 1933-1943*, trad. William Templer, Hanover, N. H., y Londres, University Press of New England, 1989.
- Baynes, N. H., ed., *The Speeches of Adolf Hitler*, vol. I, Londres, Oxford University Press, 1942.
- Berghahn, Volker R., *Germany and the Approach of War in 1914*, Londres, Palgrave Macmillan, 1973.
- Berlin, Isaiah, *Letters*, vol. I: 1928-1946, en Henry Hardy, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2004.
- , *Enlightening: Letters*, vol. II: 1946-1960, en Henry Hardy, ed., Nueva York, Random House, 2012.
- Bloch, Michael, *Ribbentrop*, Londres, Bantam, 1992.
- Buchan, John, *Greenmantle*, Londres, Hodder & Stoughton, 1916.
- Burgdörfer, Friedrich, «Die Juden in Deutschland und in der Welt: Ein statistischer Beitrag zur biologischen, beruflichen und sozialen Struktur des Judentums in Deutschland», *Forschungen zur Judenfrage*, vol. 3 (1938), pp. 152-198.
- Burleigh, Michael, *The Third Reich: A New History*, Londres, Pan Books, 2001. [Hay trad. cast.: *El Tercer Reich: una nueva historia*, trad. José Manuel Álvarez Flórez, Barcelona, Taurus, 2002.]
- y Wolfgang Wippermann, *The Racial State: Germany 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

- Cannadine, David, «John Buchan: A Life at the Margins», *The American Scholar*, vol. 67, n.º 3 (verano de 1998), pp. 85-93.
- Cleveland, William L. y Martin Bunton, *A History of the Modern Middle East*, Filadelfia, Westview Books, 2016.
- Cohn, Norman, *Warrant for Genocide: The Myth of the Jewish World Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion*, Nueva York, Harper and Row, 1965. [Hay trad. cast.: *El mito de la conspiración judía mundial: los protocolos de los Sabios de Sión*, trad. Fernando Santos Fontenla, Madrid, Alianza, 2009.]
- Cooper, Duff, *The Duff Cooper Diaries, 1915- 1951*, en John Julius Norwich, ed., Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2005.
- Dalos, György, *The Guest from the Future: Anna Akhmatova and Isaiah Berlin*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1999.
- Della Pergola, Sergio, *Jewish Mixed Marriages in Milan 1901-1968, with an Appendix: Frequency of Mixed Marriage among Diaspora Jews*, Jerusalén, Hebrew University, 1972.
- Duggan, Christopher, *Fascism and the Mafia*, New Haven, Conn., Yale University Press, 1989.
- Düring, Marten, «The Dynamics of Helping Behaviour for Jewish Fugitives during the Second World War: The Importance of Brokerage: The Segal Family's Case»,

Online Encyclopaedia of Mass Violence, 29 de marzo de 2016, <<http://www.sciencespo.fr/mass-violence-war-massacre-resistance/en/document/dynamics-helping-behaviour-jewish-fugitives-during-second-world-war-importance-brokerage-se>>.

Evangelista, Matthew, *Unarmed Forces: The Transnational Movement to End the Cold War*, Ithaca, N. Y., y Londres, Cornell University Press, 1999.

Fallada, Hans, *Alone in Berlin*, trad. Michael Hoffman, Londres, Penguin Books, 2010. [Hay trad. cast.: *Solo en Berlín*, trad. Rosa Pilar Blanco, Madrid, Maeva Ediciones, 2011.]

Falter, Jürgen W., *Hitlers Wähler*, Múnich, C. H. Beck, 1991.

Ferguson, Niall, *Kissinger*, vol. I: 1923-1968 - *The Idealist*, Londres y Nueva York, Allen Lane/Penguin Press, 2015.

—, *The War of the World: History's Age of Hatred*, Londres, Allen Lane, 2006. [Hay trad. cast.: *La guerra del mundo*, trad. Francisco Ramos Mena, Barcelona, Debate, 2016.]

Figes, Orlando, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1996. [Hay trad. cast.: *La Revolución rusa: la tragedia de un pueblo*, trad. César Vidal, Barcelona, Edhasa, 2011.]

Fogarty, Richard S., «Islam in the French Army during the Great War: Between Accommodation and Suspicion», en Eric Storm y Ali Al Tuma, eds., *Colonial Soldiers in Europe, 1914-1945: «Aliens in Uniform' in Wartime*

- Societies*, Nueva York, Routledge, 2016, pp. 23-40.
- Friedländer, Saul, *Nazi Germany and the Jews: The Years of Persecution, 1933-39*, Londres, Phoenix Giant, 1997. [Hay trad. cast.: *El Tercer Reich y los judíos (1933-1939): los años de la persecución*, trad. Ana Herrera Ferrer, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.]
- Gambetta, Diego, *The Sicilian Mafia: The Business of Protection*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1993. [Hay trad. cast.: *La mafia siciliana: el negocio de la protección privada*, Madrid, FCE, 2007.]
- Garfinkle, Adam, *Jewcentricity: Why the Jews are Praised, Blamed, and Used to Explain Just About Everything*, Hoboken, N. J., John Wiley & Sons, Inc., 2009.
- Geiss, Immanuel, *July 1914: The Outbreak of the First World War - Selected Documents*, Londres, Batsford, 1967.
- Gussone, Martin, «Die Moschee im Wünsdorfer “Halbmondlager” zwischen Gihad-Propaganda und Orientalismus», en Markus Ritter y Lorenz Korn, eds., *Beiträge zur Islamischen Kunst und Archäologie*, Wiesbaden, Reichert, 2010, pp. 204-232.
- Habermas, Rebekka, «Debates on Islam in Imperial Germany», en David Motadel, ed., *Islam and the European Empires*, Oxford, Oxford University Press, 2016, pp. 231-253.
- Hanauer, Walter, «Die jüdisch-christliche Mischehe», *Allgemeines Statistisches Archiv*, vol. 17 (1928), pp. 513-

Hausheer, Roger, «It Didn't Happen One Night in Leningrad», *Times Higher Education*, 26 de mayo de 2000:

<<https://www.timeshighereducation.com/books/it-didnt-happen-one-night-in-leningrad-in-1945/156215.article>>.

Heimann-Jelinek, Felicitas, «The “Aryanisation” of Rothschild Assets in Vienna and the Problem of Restitution», en Georg Heuberger, ed., *The Rothschilds: Essays on the History of a European Family*, Sigmaringen, D. S. Brewer, 1994, pp. 351-364.

Herf, Jeffrey, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during the Second World War and the Holocaust*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2006.

Hopkirk, Peter, *Like Hidden Fire: The Plot to Bring Down the British Empire*, Nueva York, Kodansha International, 1994.

Ignatieff, Michael, *Isaiah Berlin: A Life*, Londres, Vintage, 2000. [Hay trad. cast.: *Isaiah Berlin: su vida*, Barcelona, Taurus, 2018.]

Jackson, Maurice, Eleanora Petersen, James Bull, Sverre Monsen y Patricia Redmond, «The Failure of an Incipient Social Movement», *Pacific Sociological Review*, vol. 3, n.º 1 (1960), pp. 35-40.

Jones, Steve, *In the Blood: God, Genes and Destiny*, Londres,

HarperCollins, 1996. [Hay trad. cast.: *En la sangre: Dios, los genes y el destino*, trad. Irene Cifuentes de Castro, Madrid, Alianza Editorial, 1997.]

Kahler, Miles, «Collective Action and Clandestine Networks: The Case of Al Qaeda», en Miles Kahler, ed., *Networked Politics: Agency, Power, and Governance*, Ithaca, N. Y., y Londres, Cornell University Press, 2009), pp. 103-124.

—, «Networked Politics: Agency, Power, and Governance», en Miles Kahler, ed., *Networked Politics*, pp. 1-22

Keddie, Nikki R., «Pan-Islam as Proto-Nationalism», *Journal of Modern History*, vol. 41, n.º 1 (marzo de 1969), pp. 17-28.

Kelly, John y Julie Yeterian, «Mutual-Help Groups for Alcohol and Other Substance Use Disorders», en Barbara S. McCrady y Elizabeth E. Epstein, eds., *Addictions: A Comprehensive Guidebook*, Oxford, Oxford University Press, 2013, pp. 500-525.

Kenney, Michael, «Turning to the “Dark Side”: Coordination, Exchange and Learning in Criminal Networks», en Miles Kahler, ed., *Networked Politics*, pp. 79-102.

Kharas, Homi, «The Unprecedented Expansion of the Global Middle Class: An Update», *Brookings Working Papers in Global Economy and Development*, vol. 100, febrero de 2017.

Kopper, Christopher, «The Rothschild Family during the

- Third Reich», en Georg Heuberger, ed., *The Rothschilds: Essays on the History of a European Family*, Sigmaringen, D. S. Brewer, 1994, pp. 321-332.
- Kotkin, Stephen, *Stalin*, vol. I: *Paradoxes of Power, 1878-1928*, Londres y Nueva York, Allen Lane/Penguin Press, 2014.
- , *Stalin*, vol. II: *Waiting for Hitler*, Londres y Nueva York, Allen Lane/Penguin Press, 2017.
- Kurtz, Ernest, *Not-God: A History of Alcoholics Anonymous*, Center City, Minn., Hazelden, 1991.
- Landau, Jacob M., *Pan-Islam: History and Politics*, Abingdon, Routledge, 2016.
- Laqueur, Walter, ed., *Fascism: A Reader's Guide: Analyses, Interpretations, Bibliography*, Aldershot, Scolar Press, 1991.
- Larsen, Stein Ugelvik, Bernt Hagtvet y Jan Peter Myklebust, *Who were the Fascists? Social Roots of European Fascism*, Bergen, Universitetsforlaget, 1980.
- Leggett, George, *The Cheka: Lenin's Political Police*, Oxford, Oxford University Press, 1981.
- Lewis, Norman, *The Honoured Society: The Sicilian Mafia Observed*, Londres, Eland, 2003 (1973). [Hay trad. cast.: *La honorable sociedad: la mafia siciliana y sus orígenes*, trad. Arturo Peral Santamaría, Barcelona, Alba Editorial, 2009.]
- , *Naples '44: A World War II Diary of Occupied Italy*, Londres, William Collins, 1978. [Hay trad. cast.:

Nápoles, 1944, trad. Ángela Pérez, Barcelona, Ediciones Folio, 2004.]

Lownie, Andrew, *John Buchan: Presbyterian Cavalier*, Londres, Constable, 1995.

Lüdke, Tilman, «(Not) Using Political Islam: The German Empire and Its Failed Propaganda Campaign in the Near and Middle East, 1914-1918 and Beyond», en Erik-Jan Zürcher, ed., *Jihad and Islam in World War I: Studies on the Ottoman Jihad on the Centenary of Snouck Hurgronje's «Holy War Made in Germany»*, Leiden, Leiden University Press, 2016, pp. 71-94.

MacDougall, Robert, «Long Lines: AT&T's Long-Distance Network as an Organizational and Political Strategy», *Business History Review*, vol. 80 (2006), pp. 297-327.

Macintyre, Ben, *A Spy among Friends: Kim Philby and the Great Betrayal*, Londres, Bloomsbury, 2014. [Hay trad. cast.: *Un espía entre amigos: la gran traición de Kim Philby*, trad. David Paradela López, Barcelona, Crítica, 2017.]

McKale, Donald M., «British Anxiety about Jihad in the Middle East», *Orient XXI*, 24 de junio de 2016: <<http://orientxxi.info/l-orient-dans-la-guerre-1914-1918/british-anxiety-about-jihad-in-the-middle-east,0940>>.

—, «Germany and the Arab Question in the First World War», *Middle Eastern Studies*, vol. 29, n.º 2 (abril de

- 1993), pp. 236-253.
- , *War by Revolution: Germany and Great Britain in the Middle East in the Era of World War I*, Kent, OH, y Londres, Kent State University Press, 1998.
- McMeekin, Sean, *The Berlin-Baghdad Express: The Ottoman Empire and Germany's Bid for World Power 1898-1918*, Londres, Penguin Books, 2011.
- , *The Russian Revolution: A New History*, Nueva York, Basic Books, 2017. [Hay trad. cast.: *Nueva historia de la Revolución rusa*, trad. Sandra Chaparro Martínez, Barcelona, Taurus, 2017.]
- McMurray, Jonathan S., *Distant Ties: Germany, the Ottoman Empire, and the Construction of the Baghdad Railway*, Westport, Conn., y Londres, Praeger, 2001.
- McSmith, Andy, *Fear and the Muse Kept Watch: The Russian Masters - from Akhmatova and Pasternak to Shostakovich and Eisenstein - under Stalin*, Nueva York y Londres, New Press, 2015.
- Makela, Klaus *et al.*, eds., *Alcoholics Anonymous as a Mutual-Help Movement: A Study in Eight Societies*, Madison, Wis., University of Wisconsin Press, 1996.
- Meiring, Kerstin, *Die christlich-jüdische Mischehe in Deutschland 1840-1933*, Hamburgo, Dölling and Galitz, 1998.
- Miller Lane, Barbara y Leila J. Rupp, eds., *Nazi Ideology before 1933: A Documentation*, Austin, University of

- Texas Press, 1978.
- Morgenthau, Henry, *Secrets of the Bosphorus*, Londres, Hutchinson & Co, 1918.
- Mosse, Werner E., «Die Juden in Wirtschaft und Gesellschaft», en Mosse, ed., *Juden in Wilhelminischen Deutschland 1890-1914*, Tubinga, Mohr, 1976, pp. 57-113.
- , *Jews in the German Economy: The German-Jewish Economic Elite, 1820-1935*, Oxford, Oxford University Press, 1987.
- Motadel, David, *Islam and Nazi Germany's War*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2014.
- Nicholas, Lynn H., *The Rape of Europa: The Fate of Europe's Treasures in the Third Reich and the Second World War*, Londres, Macmillan, 1994. [Hay trad. cast.: *El saqueo de Europa: el destino de los tesoros artísticos europeos durante el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Ariel, 2007.]
- Ohler, Norman, *Blitzed: Drugs in Nazi Germany*, trad. Shaun Whiteside, Londres, Allen Lane, 2017. [Hay trad. cast.: *El gran delirio: Hitler, drogas y el III Reich*, trad. Héctor Piquer Minguijón, Barcelona, Crítica, 2016.]
- O'Loughlin, John, Colin Flint y Luc Anselin, «The Geography of the Nazi Vote: Context, Confession, and Class in the Reichstag Election of 1930», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 84 (1994), pp. 351-380.

- Raab, Jörg, «More Than Just a Metaphor: The Network Concept and Its Potential in Holocaust Research», en Gerald D. Feldman y Wolfgang Seibel, eds., *Networks of Nazi Persecution: Bureaucracy, Business and the Organization of the Holocaust*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2006, pp. 321-340.
- Rogan, Eugene, *The Arabs: A History*, Londres, Allen Lane, 2009. [Hay trad. cast.: *Los árabes*, trads. Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar Barrena, Barcelona, Crítica, 2010.]
- , *The Fall of the Ottomans: The Great War in the Middle East, 1914-1920*, Nueva York, Basic Books, 2015. [Hay trad. cast.: *La caída de los otomanos: la Gran Guerra en el Oriente Próximo*, trads. Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar Barrena, Barcelona, Crítica, 2016.]
- , «Rival Jihads: Islam and the Great War in the Middle East, 1914-1918», *Journal of the British Academy*, vol. 4 (2014), pp. 1-20.
- Rubinstein, W. D., *The Left, the Right, and the Jews*, Londres y Canberra, Croom Helm, 1982.
- Ruble, Blair A., *Leningrad: Shaping a Soviet City*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1990.
- Ruppin, Arthur, *Soziologie der Juden*, vol. I: *Die soziale Struktur der Juden*, Berlín, Jüdischer Verlag, 1930.
- Rutledge, Ian, *Enemy on the Euphrates: The Battle for Iraq, 1914-1921*, Londres, Saqi Books, 2015.

- Satyanath, Shanker, Nico Voigtländer y Hans-Joachim Voth, «Bowling For Fascism: Social Capital and the Rise of the Nazi Party», *Journal of Political Economy* (en prensa).
- Schwanitz, Wolfgang G., «The Bellicose Birth of Euro-Islam in Berlin», en Ala Al-Hamarneh y Jörn Thielmann, eds., *Islam and Muslims in Germany*, Leiden, Brill, 2008, pp. 183-212.
- Scotten, W. E., «The Problem of the Mafia in Sicily», en Università Di Catania Facoltà Di Scienze Politiche, *Annali 80 del Dipartimento di Scienze Storiche*, Catania, Galatea Editrice, 1981, pp. 622-629.
- Service, Robert, *A History of Twentieth-Century Russia*, Londres, Penguin Books, 1997. [Hay trad. cast.: *Historia de Rusia en el siglo xx*, trad. Carles Mercadal Vidal, Barcelona, Crítica, 2016.]
- Sperry, Earl E. y Willis M. West, *German Plots and Intrigues in the United States during the Period of Our Neutrality*, Washington D.C., Committee on Public Information, 1918.
- Staar, Richard Felix, *Foreign Policies of the Soviet Union*, Stanford, Hoover Institution Press, 1991.
- Starr, Paul, *The Creation of the Media: Political Origins of Modern Communications*, Nueva York, Basic Books, 2004.
- Tamberino, Frank, «A Criminal Renaissance: The Postwar

- Revival of the Sicilian Mafia, 1943-1945», tesina, Harvard University, 2017.
- Trumpener, Ulrich, *Germany and the Ottoman Empire, 1914-1918*, Princeton, Princeton University Press, 2015.
- Turchin, Peter, *Ages of Discord: A Structural-Demographic Analysis of American History*, Chaplin, Conn., Beresta Books, 2016.
- Valentin, Hugo, *Antisemitism Historically and Critically Examined*, Londres, Gollancz, 1936.
- Voigtländer, Nico y Hans-Joachim Voth, «Persecution Perpetuated: The Medieval Origins of Anti-Semitic Violence in Nazi Germany», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 127, n.º 3 (2012), pp. 1.339-1.392.
- Volkogonov, Dmitri, *Lenin: Life and Legacy*, Londres, HarperCollins, 1994.
- White, William L. y Ernest Kurtz, «Twelve Defining Moments in the History of Alcoholics Anonymous», en Marc Galanter y Lee Ann Kaskutas, eds., *Recent Developments in Alcoholism: Research on Alcoholics Anonymous and Spirituality in Addiction Recovery*, vol. XVIII, Nueva York, Springer, 2008, pp. 37-57.
- Windolf, Paul, «The German-Jewish Economic Elite, 1900-1930», *Journal of Business History*, vol. 56, n.º 2 (2011), pp. 135-162.
- Zürcher, Erik-Jan, «Introduction: The Ottoman Jihad, the German Jihad, and the Sacralization of War», en

Zürcher, ed., *Jihad and Islam in World War I: Studies on the Ottoman Jihad on the Centenary of Snouck Hurgronje's «Holy War Made in Germany»*, Leiden, Leiden University Press, 2016, pp. 13-29.

SÉPTIMA PARTE

LOS AMOS DE LA JUNGLA

Abdelal, Rawi, «The Politics of Monetary Leadership and Followership: Stability in the European Monetary System since the Currency Crisis of 1992», *Political Studies*, vol. 46, n.º 2 (junio de 1998), pp. 246-247.

Bar-Yam, Yaneer, «Complexity Rising: From Human Beings to Human Civilization - A Complexity Profile», en *Encyclopaedia of Life Support Systems*, Oxford, United Nations, 2002, pp. 1-33.

—, *Dynamics of Complex Systems*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1997.

Barnard, Rita y Monica Popescu, «Nelson Mandela», en Steven Casey y Jonathan Wright, eds., *Mental Maps in the Era of Détente and the End of the Cold War, 1968-91*, Basingstoke y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2015, pp. 236-249.

Bearman, Peter S. y Kevin D. Everett, «The Structure of

Social Protest, 1961-1983», *Social Networks*, vol. 15 (1993), pp. 171-200.

Beckett, Ian F. W. y John Pimlott, *Counter-Insurgency: Lessons from History*, Barnsley, Pen & Sword Military, 2011.

Bordo, Michael y Andrew Levin, «Central Bank Digital Currency and the Future of Monetary Policy», documento de trabajo, mayo de 2017.

Brinton, Christopher C. y Mung Chiang, *The Power of Networks: Six Principles That Connect Our Lives*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2017.

Brzezinski, Zbigniew, *Between Two Ages: America's Role in the Technetronic Era*, Nueva York, Penguin Books, 1970.

Caldaray, Dario y Matteo Iacoviello, «Measuring Geopolitical Risk», documento de trabajo, 7 de septiembre de 2016.

Caldarelli, Guido y Michele Catanzaro, *Networks: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2012. [Hay trad. cast.: *Redes: una breve introducción*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.]

Castells, Manuel, *The Rise of the Network Society: The Information Age: Economy, Society, and Culture*, vol. I, Oxford, Oxford University Press, 2000. [Hay trad. cast.: *La era de la información (vol. I): economía, sociedad y cultura. La sociedad red*, Madrid, Alianza Editorial, 2005.]

- Chanda, Nayan, *Bound Together: How Traders, Preachers, Adventurers, and Warriors Shaped Globalisation*, New Haven, Conn., y Londres, Yale University Press, 2007.
- Conway, Melvin, «How Do Committees Invent?», *Datamation* (abril de 1968): <<http://www.melconway.com/research/committees.htm>>
- Cooper, Richard, *The Economics of Interdependence: Economic Policy in the Atlantic Community*, Nueva York, Council on Foreign Relations, 1968.
- Cross, J. P., «A Face Like a Chicken's Backside»: *An Unconventional Soldier in South East Asia, 1948-1971*, Stroud, History Press, 2015.
- Dorussen, Han y Hugh Ward, «Trade Networks and the Kantian Peace», *Journal of Peace Research*, vol. 47, n.º 1 (2010), pp. 29-42.
- Drobny, Steven, *Inside the House of Money: Top Hedge Fund Traders on Profiting in the Global Markets*, Hoboken, N. J., John Wiley & Sons, Inc., 2006.
- Eichengreen, Barry y Charles Wyplosz, «The Unstable EMS», *Brookings Papers on Economic Activity*, vol. 24, n.º 1 (1993), pp. 51-144.
- Engdahl, William, «The Secret Financial Network Behind "Wizard" George Soros», *Executive Intelligence Review*, vol. 23, n.º 44 (1 de noviembre de 1996), pp. 54-60.
- Evangelista, Matthew, *Unarmed Forces: The Transnational Movement to End the Cold War*, Ithaca, N. Y., y Londres,

Cornell University Press, 1999.

Ferguson, Niall, *High Financier: The Lives and Time of Siegmund Warburg*, Londres, Penguin Allen Lane, 2010.

—, «Siegmund Warburg, the City of Londres and the Financial Roots of European Integration», *Business History*, vol. 51, n.º 3 (mayo de 2009), pp. 364-382.

— y Jonathan Schlefer, «Who Broke the Bank of England?», Harvard Business School Case N9-709-026, 8 de enero de 2009.

Forester, C. S., *The General*, Londres, Michael Joseph, 1936.

Goldsmith, Jack y Tim Wu, *Who Controls the Internet? Illusions of a Borderless World*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2008.

Granville, Brigitte, Jaume Martorell Cruz y Martha Prevezer, «Elites, Thickets and Institutions: French Resistance versus German Adaptation to Economic Change, 1945-2015», CGR Working Paper 63 (s. f.).

Grdesic, Marko, «Television and Protest in East Germany's Revolution, 1989-1990: A Mixed-Methods Analysis», *Communist and post-Communist Studies*, vol. 47 (2014), pp. 93-103.

Gudmundsson, Bruce I., *Stormtroop Tactics: Innovation in the German Army, 1914-18*, Westport, Conn., Praeger, 1995.

Gumede, William Mervin, *Thabo Mbeki and the Soul of the ANC*, Ciudad del Cabo, Zebra Press, 2007.

Hafner-Burton, Emilie M. y Alexander H. Montgomery,

«Globalization and the Social Power Politics of International Economic Networks», en Miles Kahler, ed., *Networked Politics: Agency, Power, and Governance*, Ithaca, N. Y., y Londres, Cornell University Press, 2009, pp. 23-42.

Haim, Dotan A., «Alliance Networks and Trade: The Effect of Indirect Political Alliances on Bilateral Trade Flows», documento de trabajo, University of California, San Diego, 2015.

Hall, Wendy, «The Ever Evolving Web: The Power of Networks», *International Journal of Communications*, vol. 5 (2011), pp. 651-664.

Hileman, Garrick y Michel Rauchs, «Global Cryptocurrency Benchmarking Study», Cambridge, Centre for Alternative Finance, 2017.

Jackson, Matthew O. y Stephen Nei, «Networks of Military Alliances, Wars, and International Trade», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, vol. 112, n.º 50 (15 de diciembre de 2015), pp. 15.277-15.284.

Johnson, Christopher, «The UK and the Exchange Rate Mechanism», en Christopher Johnson y Stefan Collignon, eds., *The Monetary Economics of Europe: Causes of the EMS Crisis*, Londres, Pinter, 1994, pp. 85-102.

Johnson, Dominic y Ferenc Jordan, «The Web of War: A Network Analysis of the Spread of Civil Wars in

Africa», *Annual Meeting of the Political Science Association*, vol. 28, n.º 02.09 (2007), pp. 1-19.

Jones, Matthew, *Conflict and Confrontation in South East Asia, 1961-65*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

Kaufman, Michael T., *Soros: The Life and Times of a Messianic Billionaire*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2002. [Hay trad. cast.: *George Soros: un multimillonario mesiánico*, Madrid, Ediciones Folio, 2005.]

Kay, John, *Other People's Money: Masters of the Universe or Servants of the People*, Londres, Profile Books, 2016.

Keller, Franziska, «(Why) Do Revolutions Spread?», artículo inédito, 2012.

Keohane, Robert y Joseph Nye, *Power and Interdependence: World Politics in Transition*, Boston, Mass., Little, Brown, 1977.

Kerr, Ian M., *A History of the Eurobond Market*, Londres, Prentice-Hall, 1984.

Kilcullen, David, *Counterinsurgency*, Londres, C. Hurst & Co., 2010.

King, Gary, Jennifer Pan y Margaret E. Roberts, «A Randomized Experimental Study of Censorship in China», documento de trabajo, 6 de octubre de 2013.

Klein, Naomi, *Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*, Londres, Penguin Books, 2014. [Hay trad. cast.: *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*,

- trad. Isabel Fuentes García, Barcelona, Paidós, 2014.]
- Lamont, Norman, *In Office*, Londres, Little, Brown, 1999.
- Lamoreaux, Naomi R., Daniel M. G. Raff y Peter Temin, «Beyond Markets and Hierarchies: Toward a New Synthesis of American Business History», Documento de NBER 9.029, julio de 2002, pp. 1-63.
- Landsberg, Christopher, *The Quiet Diplomacy of Liberation: International Politics and South Africa's Transition*, Johannesburgo, Jacana Media, 2004.
- Levina, Olga y Robert Hillmann, «Wars of the World: Evaluating the Global Conflict Structure during the Years 1816-2001 Using Social Network Analysis», *Social and Behavioral Sciences*, vol. 100 (2013), pp. 68-79.
- Lupu, Yonatan y Vincent A. Traag, «Trading Communities, the Networked Structure of International Relations, and the Kantian Peace», *Journal of Conflict Resolution*, vol. 57, n.º 6 (2013), pp. 1.011-1.042.
- Major, John, *The Autobiography*, Londres, HarperCollins, 1999.
- Mallaby, Sebastian, *More Money Than God: Hedge Funds and the Making of a New Elite*, Londres, Bloomsbury, 2010.
- Maoz, Zeev, «Network Polarization, Network Interdependence, and International Conflict, 1816-2002», *Journal of Peace Research*, vol. 43, n.º 4 (2006), pp. 391-411.
- Marston, Daniel, «Lost and Found in the Jungle: The Indian

and British Army Jungle Warfare Doctrines for Burma, 1943-1945, and the Malayan Emergency, 1948-1960», en Hew Strachan, ed., *Big Wars and Small Wars: The British Army and the Lessons of War in the 20th Century*, Abingdon y Nueva York, Taylor & Francis e-Library, 2006, pos. 2.045-2.786.

Milward, Alan S., *The European Rescue of the Nation-State*, 2.^a ed., Londres, Routledge, 2000.

Mumford, Andrew, *The Counter-Insurgency Myth: The British Experience of Irregular Warfare*, Londres y Nueva York, Routledge, 2012.

Naughton, John, *From Gutenberg to Zuckerberg: What You Really Need to Know about the Internet*, Londres, Quercus, 2012.

Navidi, Sandra, *Superhubs: How the Financial Elite and their Networks Rule Our World*, Boston, Mass., y Londres, Nicholas Brealey, 2016.

Newman, Mark, *Networks: An Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

O'Hara, Glen, *From Dreams to Disillusionment: Economic and Social Planning in 1960s Britain*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007.

Osa, Maryjane, *Solidarity and Contention: Networks of Polish Opposition*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press, 2003.

Pocock, Tom, *Fighting General: The Public and Private*

Campaigns of General Sir Walter Walker, Londres, Thistle Publishing, 2013.

Powell, Walter W., «Neither Market Nor Hierarchy: Network Forms of Organization», *Research in Organizational Behavior*, vol. 12 (1990), pp. 295-336.

Raymond, Eric S., *The Cathedral and the Bazaar: Musings on Linux and Open Source by an Accidental Revolutionary*, Sebastopol, Cal., O'Reilly Media, 2001.

Rhodes, R. A. W., «The New Governance: Governing without Government», *Political Studies*, vol. 44 (1996), pp. 652-667.

Rosentall, Paul, «“Confrontation”: Countering Indonesian Insurgency, 1963-66», en Gregory Fremont-Barnes, ed., *A History of Counterinsurgency*, vol. II: *From Cyprus to Afghanistan, 1955 to the 21st Century*, Santa Bárbara y Denver, Praeger, 2015, pp. 95-125.

Roxburgh, H. M. C., ed., *Strained to Breaking Point: A History of Britain's Relationship with Europe, 1945-2016*, Middlesex, CBY Publishing, 2016.

Sampson, Anthony, *Mandela: The Authorized Biography*, Nueva York, Vintage Books, 2000.

Samuels, M., *Command or Control? Command, Training and Tactics in the British and German Armies, 1888-1918*, Londres, Routledge, 1995.

Sargent, Daniel J., *A Superpower Transformed: The Remaking of American Foreign Relations in the 1970s*, Oxford,

- Oxford University Press, 2015.
- Schechter, Danny, *Madiba A to Z: The Many Faces of Nelson Mandela*, Nueva York, Seven Stories Press, 2013.
- Schenk, Catherine R., «Sterling, International Monetary Reform and Britain's Applications to Join the European Economic Community in the 1960s», *Contemporary European History*, vol. 11, n.º 3 (2002), pp. 345-369.
- Schroeder, Paul W., «Economic Integration and the European International System in the Era of World War I», *American Historical Review*, vol. 98, n.º 4 (octubre de 1993), pp. 1.130-1.137.
- Scott, James C., *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven, Conn., y Londres, Yale University Press, 1998.
- Simpson, Emile, *War from the Ground Up: Twenty-First-Century Combat as Politics*, Londres, Hurst, 2012.
- Slater, Robert, *Soros: The World's Most Influential Investor*, Nueva York, McGraw-Hill, 2009.
- Soros, George, «Fallibility, Reflexivity, and the Human Uncertainty Principle», *Journal of Economic Methodology*, vol. 20, n.º 4 (2013), pp. 309-329.
- , *George Soros on Globalization*, Nueva York, Public Affairs, 2002. [Hay trad. cast.: *Globalización*, trad. Rafael Eugen Santandreu Lorite, Barcelona, Planeta, 2002.]
- , «The Theory of Reflexivity», discurso en el MIT Departamento de Económicas, 26 de abril de 1994,

- Nueva York, Soros Fund Management, 1994.
- con Bryon Wien y Krisztina Koenon, *Soros on Soros: Staying Ahead of the Curve*, Nueva York, John Wiley & Sons, Inc., 1995.
 - y Gregor Peter Schmitz, *The Tragedy of the European Union: Disintegration or Revival?*, Nueva York, PublicAffairs, 2014.
- Staar, Richard Felix, *Foreign Policies of the Soviet Union*, Stanford, Hoover Institution Press, 1991.
- Stark, David y Balazs Vedres, «The Social Times of Network Spaces: Sequence Analysis of Network Formation and Foreign Investment in Hungary, 1987-2001», *American Journal of Sociology*, vol. 111, n.º 5 (2006), pp. 1.367-1.411.
- Stephens, Philip, *Politics and the Pound: The Conservatives' Struggle with Sterling*, Londres, Macmillan, 1996.
- Stevenson, David, «The First World War and European Integration», *International History Review*, vol. 34, n.º 4 (2012), pp. 841-863.
- Strachan, Hew, «British Counter-Insurgency from Malaya to Iraq», *Royal United Services Institute Journal*, vol. 152, n.º 6 (2007), pp. 8-11.
- Stubbs, Richard, «From Search and Destroy to Hearts and Minds: The Evolution of British Strategy in Malaya 1948-60», en Daniel Marston y Carter Malkasian, eds., *Counterinsurgency in Modern Warfare*, Oxford y Long

- Island City, N.Y., Osprey Publishing, 2008, pp. 101-119.
- Taylor, Ian, *Stuck in Middle GEAR: South Africa's post-Apartheid Foreign Relations*, Westport, Conn., y Londres, Praeger, 2001.
- Thompson, Grahame F., *Between Hierarchies and Markets: The Logic and Limits of Network Forms of Organization*, Oxford, Oxford University Press, 2003.
- , Jennifer Frances, Rosalind Levacic y Jeremy Mitchell, eds., *Markets, Hierarchies and Networks: The Coordination of Social Life*, Londres y Thousand Oaks, Cal., SAGE Publications/The Open University, 1991.
- Tuck, Christopher, «Borneo 1963-66: Counter-insurgency Operations and War Termination», *Small Wars and Insurgencies*, vol. 15, n.º 3 (2004), pp. 89-111.
- Walker, general sir Walter, «How Borneo was Won», *The Round Table*, vol. 59, n.º 233 (1969), pp. 9-20.

OCTAVA PARTE

LA BIBLIOTECA DE BABEL

Acemoglu, Daron, Simon Johnson, Amir Kermani, James Kwak y Todd Mitton, «The Value of Connections in Turbulent Times: Evidence from the United States», Documento de NBER n.º 19.701, diciembre de 2013.

- Allen, Jonathan y Amie Parnes, *Shattered: Inside Hillary Clinton's Doomed Campaign*, Nueva York, Crown/Archetype, 2017.
- Ali, Ayaan Hirsi, *The Challenge of Dawa: Political Islam as an Ideology and How to Counter It*, Stanford, Hoover Institution Press, 2017.
- Allcott, Hunt y Matthew Gentzkow, «Social Media and Fake News in the 2016 Election», Documento de NBER n.º 23.089, enero de 2017.
- Autor, David H., David Dorn y Gordon H. Hanson, «Untangling Trade and Technology: Evidence from Local Labour Markets», *Economic Journal*, vol. 125, n.º 584 (26 de mayo de 2015), pp. 621-646.
- Barbera, Salvador y Matthew O. Jackson, «A Model of Protests, Revolution, and Information», documento de trabajo, febrero de 2016.
- Bell, Daniel, *The China Model: Political Meritocracy and the Limits of Democracy*, Princeton, Princeton University Press, 2015.
- Berger, J. M. y Heather Perez, «The Islamic State's Diminishing Returns on Twitter: How Suspensions are Limiting the Social Networks of English-Speaking ISIS Supporters», Program on Extremism Occasional Paper, George Washington University, febrero de 2016.
- y Jonathon Morgan, «The ISIS Twitter Census: Defining and Describing the Population of ISIS Supporters on

- Twitter», The Brookings Project on U.S. Relations with the Islamic World Analysis Paper n.º 20, marzo de 2015.
- Berman, Eli, *Radical, Religious, and Violent: The New Economics of Terrorism*, Cambridge Mass., y Londres, MIT Press, 2009.
- Bodine-Baron, Elizabeth, Todd C. Helmus, Madeline Magnuson y Zev Winkelman, *Examining ISIS Support and Opposition Networks on Twitter*, Santa Mónica, Rand Corporation, 2016.
- Bond, Robert M., Christopher J. Fariss, Jason J. Jones, Adam D. I. Kramer, Cameron Marlow, Jaime E. Settle y James H. Fowler, «A 61-Million Person Experiment in Social Influence and Political Mobilization», *Nature*, vol. 489 (septiembre de 2012), pp. 295-298.
- Borges, Jorge Luis, «The Library of Babel», en *Collected Fictions*, trad. Andrew Hurley, Nueva York, Viking Penguin, 1998, pp. 112-118. [«La biblioteca de Babel», en *Ficciones, Obras completas, 1941-1960*, vol. II, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992.]
- Boxell, Levi, Matthew Gentzkow y Jesse M. Shapiro, «Is the Internet Causing Political Polarization? Evidence from Demographics», NBER Working Paper n.º 23.258, marzo de 2017.
- Bricker, Jesse, Alice Henriques, Jacob Krimmel y John Sabelhaus, «Measuring Income and Wealth at the Top Using Administrative and Survey Data», Brookings

Papers on Economic Activity, borrador de conferencia, 10-11 de marzo de 2016.

Brinton, Christopher C. y Mung Chiang, *The Power of Networks: Six Principles That Connect Our Lives*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2017.

Byrne, Liam, *Black Flag Down: Counter-Extremism, Defeating ISIS and Winning the Battle of Ideas*, Londres, Biteback Publishing, 2016.

Campante, Filipe y David Yanagizawa-Drott, «Long-Range Growth: Economic Development in the Global Network of Air Links», NBER Working Paper n.º 22.653, septiembre de 2016.

Case, Anne y Angus Deaton, «Mortality and Morbidity in the 21st Century», Brookings Papers on Economic Activity, borrador de conferencia, 23-24 de marzo de 2017.

—, «Rising Morbidity and Mortality in Midlife among White Non-Hispanic Americans in the 21st Century», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 17 de septiembre de 2015.

Chetty, Raj, Nathaniel Hendren, Patrick Kline, Emmanuel Saez y Nicholas Turner, «Is the United States Still a Land of Opportunity? Recent Trends in Intergenerational Mobility», NBER Working Paper n.º 19.844, enero de 2014.

Corlett, Adam, «Examining an Elephant: Globalisation and

the Lower Middle Class of the Rich World», Resolution Foundation Report, septiembre de 2016.

Crawford, Neta C., «U.S. Costs of Wars through 2014: \$4.4 Trillion and Counting. Summary of Costs for the U.S. Wars in Iraq, Afghanistan and Pakistan», documento de trabajo, 25 de junio de 2014.

Davis, Gerald F., Mina Yoo y Wayne E. Baker, «The Small World of the American Corporate Elite, 1982-2001», *Strategic Organization*, vol. 1, n.º 3 (2003), pp. 301-326.

Deloitte LLP, *There's No Place Like Phone: Consumer Usage Patterns in the Era of Peak Smartphone*, Global Mobile Consumer Survey 2016, UK Cut, Londres, Deloitte LLP, 2016.

DeMuth, Christopher, «Can the Administrative State be Tamed?», *Journal of Legal Analysis*, vol. 8, n.º 1 (primavera de 2016), pp. 121-190.

Departamento de Defensa, *Insurgencies and Countering Insurgencies*, FM 3-24/MCWP 3-33.5, 13 de mayo de 2014.

—, *The U.S. Army/Marine Corps Counterinsurgency Field Manual: U.S. Army Field Manual No. 3-24: Marine Corps Warfighting Publication No. 3-33.5*, Chicago, University of Chicago Press, 2007.

Dobbs, Richard, Anu Madgavkar, James Manyika, Jonathan Woetzel, Jacques Bughin, Eric Labaye, Liesbeth Huisman y Pranav Kashyap, *Poorer Than Their Parents?*

Flat or Falling Incomes in Advanced Economies, McKinsey Global Institute, julio de 2016.

Eilstrup-Sangiovanni, M. y Calvert Jones, «Assessing the Dangers of Illicit Networks: Why al-Qaida may be Less Threatening Than Many Think», *International Security*, vol. 33, n.º 2 (2008), pp. 7-44.

Elliott, Matthew, Benjamin Golub y Matthew O. Jackson, «Financial Networks and Contagion», *American Economic Review*, vol. 104, n.º 10 (2014), pp. 3.115-3.153.

Enders, Walter y Xuejuan Su, «Rational Terrorists and Optimal Network Structure», *Journal of Conflict Resolution*, vol. 51, n.º 1 (febrero de 2007), pp. 33-57.

Ferguson, Niall, *The Ascent of Money: A Financial History of the World*, Londres, Penguin Books, 2008. [Hay trad. cast.: *El triunfo del dinero. Cómo las finanzas mueven el mundo*, trad. Francisco Ramos Mena, Barcelona, Debate, 2009.]

—, *The Great Degeneration: How Institutions Decay and Economies Die*, Londres, Penguin Books, 2013. [Hay trad. cast.: *Cómo decaen las instituciones y mueren las economías*, trad. Francisco Ramos Mena, Barcelona, Debate, 2013.]

—, *Kissinger*, vol. I: 1923-1968 - *The Idealist*, Londres y Nueva York, Allen Lane/Penguin Press, 2015.

Financial Crisis Inquiry Commission, *The Financial Crisis Inquiry Report, Authorized Edition: Final Report of the*

National Commission on the Causes of the Financial and Economic Crisis in the United States, Nueva York, PublicAffairs, 2011.

Fisher, Ali, «Swarmcast: How Jihadist Networks Maintain a Persistent Online Presence», *Perspectives on Terrorism*, vol. 9, n.º 3 (junio de 2015), <<http://www.terrorismanalysts.com/pt/index.php/pot/article/view/117>>

Foro sobre Religión y Vida Pública del Centro de Investigación Pew, *The Future Global Muslim Population: Projections for 2010-2030*, Washington D. C., Centro de Investigación Pew, 2011.

—, *The World's Muslims: Religion, Politics and Society*, Washington D.C., Pew Research Center, 2013.

Frampton, Martyn, David Goodhart y Khalid Mahmood, *Unsettled Belonging: A Survey of Britain's Muslim Communities*, Londres, Policy Exchange, 2016.

Funke, Manuel, Moritz Schularick y Christoph Trebesch, «Going to Extremes: Politics after Financial Crises, 1870-2014», *European Economic Review*, vol. 88 (2016), pp. 227-260.

Gagnon, Julien y Sanjeev Goyal, «Networks, Markets, and Inequality», *American Economic Review*, vol. 107, n.º 1 (2017), pp. 1-30.

García Martínez, Antonio, *Chaos Monkeys: Inside the Silicon Valley Money Machine*, Londres, Ebury Press, 2016.

Glennon, Michael J., «National Security and Double

Government», *Harvard National Security Journal*, vol. 5, n.º 1 (2014), pp. 1-114.

Goodhart, David, *The Road to Somewhere: The Populist Revolt and the Future of Politics*, Oxford, Oxford University Press, 2017.

Habeck, Mary, James Jay Carafano, Thomas Donnelly, Bruce Hoffman, Seth Jones, Frederick W. Kagan, Kimberly Kagan, Thomas Mahnken y Katherine Zimmerman, *A Global Strategy for Combating Al-Qaeda and the Islamic State*, Washington D.C., American Enterprise Institute, 2015.

Haldane, Andrew G., «A Little More Conversation, a Little Less Action», Federal Reserve Bank of San Francisco Macroeconomics and Monetary Policy Conference, discurso, 31 de marzo de 2017.

Hellebrandt, Tomas y Paolo Mauro, «The Future of Worldwide Income Distribution», Peterson Institute for International Economics, documento de trabajo, 15-17 de abril de 2015.

Hill, Alison L. *et al.*, «Emotions as Infectious Diseases in a Large Social Network: the SISa Model», *Proceedings of the Royal Society B: Biological Sciences* (2010), pp. 1-9.

Howard, Philip K., *Life Without Lawyers: Liberating Americans from Too Much Law*, Nueva York, W. W. Norton, 2009.

—, *The Rule of Nobody: Saving America from Dead Laws and*

- Broken Government*, Nueva York, W. W. Norton, 2015.
- Inglehart, Ronald F. y Pippa Norris, «Trump, Brexit, and the Rise of Populism: Economic Have-Nots and Cultural Backlash», Harvard Kennedy School. Documento RWP16-026, agosto de 2016.
- Keller, Franziska Barbara, «Moving Beyond Factions: Using Social Network Analysis to Uncover Patronage Networks among Chinese Elites», documento de trabajo (s. f.).
- , «Networks of Power: Using Social Network Analysis to Understand Who Will Rule and Who is Really in Charge in the Chinese Communist Party», documento de trabajo, noviembre de 2015.
- Khosrokhavar, Farhad, *L'Islam dans les prisons*, París, Balland, 2004.
- Kirkpatrick, David, *The Facebook Effect: And How It is Changing Our Lives*, Londres, Virgin, 2010. [Hay trad. cast.: *El efecto Facebook: la verdadera historia de la empresa que está conectando el mundo*, trad. María del Mar Vidal Aparicio, Barcelona, Gestión 2000, 2011.]
- Krebs, Valdis, «Mapping Networks of Terrorist Cells», *Connections*, vol. 24, n.º 3 (2002), pp. 43-52.
- Laurence, Jonathan y Justin Vaisse, *Integrating Islam: Political and Religious Challenges in Contemporary France*, Washington D.C., Brookings Institution Press, 2006.

- McChrystal, Stanley, *My Share of the Task*, Nueva York, Penguin Books, 2013.
- MacGill, V., «Acephalous Groups and the Dynamics from a Complex Systems Perspective», *Proceedings of the 56th Annual Meeting of the ISSS - 2012*, San José, Cal., 2013, pp. 1-20.
- McLaughlin, Patrick A. y Robert Greene, «Dodd-Frank's Regulatory Surge: Quantifying Its Regulatory Restrictions and Improving Its Economic Analyses», *Mercatus on Policy*, febrero de 2014.
- McLaughlin, Patrick A. y Oliver Sherouse, *The Impact of Federal Regulation on the 50 States*, Arlington, Va., Mercatus Center, George Washington University, 2016.
- Marion, R. y M. Uhl-Bien, «Complexity Theory and Al-Qaeda: Examining Complex Leadership», *Emergence: A Journal of Complexity Issues in Organizations and Management*, vol. 5 (2003), pp. 56-78.
- Mayer, Christopher y Todd Sinai, «Network Effects, Congestion Externalities, and Air Traffic Delays: Or Why All Delays are Not Evil», Documento de NBER n.º 8.701, enero de 2002.
- Milanovic, Branko y Christoph Lakner, «Global Income Distribution: From the Fall of the Berlin Wall to the Great Recession», World Bank Policy Research Working Paper, diciembre de 2013.
- Minor, T., «Attacking the Nodes of Terrorist Networks»,

- Global Security Studies*, vol. 3, n.º 2 (2012), pp. 1-12.
- Morozov, Evgeny V., *The Net Delusion: How Not to Liberate the World*, Londres, Allen Lane, 2011.
- Morselli, Carlo, Cynthia Giguère y Katia Petit, «The Efficiency/Security Trade-Off in Criminal Networks», *Social Networks*, vol. 29, n.º 1 (enero de 2007), pp. 143-153.
- Murray, Charles, *Coming Apart: The State of White America, 1960-2010*, Nueva York, Crown Forum, 2012.
- Nagl, John A., *Learning to Eat Soup with a Knife: Counterinsurgency Lessons from Malaya and Vietnam*, Chicago, University of Chicago Press, 2002.
- Neely, Christopher J., «The Federal Reserve Responds to Crises: de septiembre de 11th was Not the First», *Federal Reserve Bank of St. Louis Review*, vol. 86, n.º 2 (marzo-abril de 2004), pp. 27-42.
- Oliver, Kathryn, «Covert Networks, Structures, Process, and Types», Mitchell Centre Working Paper, 25 de junio de 2014.
- Oxfam, «An Economy for the 1%: How Privilege and Power in the Economy Drive Extreme Inequality and How This Can be Stopped», Oxfam Briefing Paper n.º 210, 18 de enero de 2016.
- Paik, Anthony y Kenneth Sanchargin, «Social Isolation in America: An Artifact», *American Sociological Review*, vol. 78, n.º 3 (2013), pp. 339-360.

- Pentland, Alex, *Social Physics: How Good Ideas Spread - The Lessons from a New Science*, Melbourne y Londres, Scribe, 2014.
- Piketty, Thomas y Emmanuel Saez, «Income Inequality in the United States, 1913-1998», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 118, n.º 1 (febrero de 2003), pp. 1-39.
- Raymond, Eric S., *The Cathedral and the Bazaar: Musings on Linux and Open Source by an Accidental Revolutionary*, Pekín y Cambridge, O'Reilly Media, 1999.
- Sageman, Marc, *Understanding Terror Networks*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2004.
- Sala-i-Martin, Xavier y Maxim Pinkovskiy, «Parametric Estimations of the World Distribution of Income (1970-2006)», Documento de NBER n.º 15.433, 2010.
- Schmidt, Eric y Jared Cohen, «The Digital Disruption: Connectivity and the Diffusion of Power», *Foreign Affairs*, vol. 89, n.º 6 (1 de noviembre de 2010), pp. 75-85.
- Scott, Hal, *Connectedness and Contagion: Protecting the Financial System from Panics*, Cambridge, Mass., MIT Press, 2016.
- Shirky, Clay, «The Political Power of Social Media: Technology, the Public Sphere, and Political Change», *Foreign Affairs*, vol. 90, n.º 1, (2011), pp. 1-12.
- Simcox, Robin, *Al-Qaeda's Global Footprint: An Assessment of al-Qaeda's Strength Today*, Londres, Henry Jackson

- Society, 2013.
- Simpson, Emile, *War from the Ground Up: Twenty-First-Century Combat as Politics*, Oxford, Oxford University Press, 2012.
- Sookhdeo, Patrick, *Dawa: The Islamic Strategy for Reshaping the Modern World*, McLean, Va., Isaac Publishing, 2014.
- Spar, Debora L., *Ruling the Waves: Cycles of Discovery, Chaos, and Wealth from the Compass to the Internet*, Orlando, Flo., Harcourt, 2003.
- Staniland, Paul, *Networks of Rebellion: Explaining Insurgent Cohesion and Collapse*, Ithaca, N. Y., y Londres, Cornell University Press, 2014.
- Stuart, Hannah, *Islamist Terrorism: Analysis of Offences and Attacks in the UK (1998-2015)*, Londres, Henry Jackson Society, 2017.
- , *Islamist Terrorism: Key Findings and Analysis*, Londres, Henry Jackson Society, 2017.
- Sutton, Rupert, «Myths and Misunderstandings: Understanding Opposition to the Prevent Strategy», Henry Jackson Society Centre for the Response to Radicalisation and Terrorism, Policy Paper n.º 7, 2016.
- Tomlin, Ian, *Cloud Coffee House: The Birth of Cloud Social Networking and Death of the Old World Corporation*, Cirencester, Management Books, 2009.
- Ugander, Johan, Lars Backstrom, Cameron Marlow y Jon Kleinberg, «Structural Diversity in Social Contagion»,

Proceedings of the National Academy of Sciences, vol. 109, n.º 16 (17 de abril de 2012), pp. 5.962-5.966.

United States Government Accountability Office, «Financial Crisis Losses and Potential Impacts of the Dodd-Frank Act», GAO-13-180, enero de 2013.

Watts, Duncan, *Six Degrees: The Science of a Connected Age*, Londres, Vintage, 2004. [Hay trad. cast.: *Seis grados de separación: la ciencia de las redes en la era del acceso*, trad. Ferran Meler Ortí, Barcelona, Paidós, 2006.]

White, Adam J., Oren Cass y Kevin R. Kosar, eds., *Unleashing Opportunity*, vol. II: *Policy Reforms for an Accountable Administrative State*, Washington D.C., National Affairs, 2017.

Wood, Graeme, *The Way of the Strangers: Encounters with the Islamic State*, Londres, Allen Lane, 2017.

World Bank Group, *Digital Dividends*, Washington D.C., International Bank for Reconstruction and Development/World Bank, 2016.

Wu, Tim, *The Master Switch: The Rise and Fall of Information Empires*, Nueva York y Londres, Alfred A. Knopf/Atlantic, 2010. [Hay trad. cast.: *El interruptor principal: auge y caída de los imperios de la información*, México, FCE, 2017.]

Youyou, Wu, H. Andrew Schwartz, David Stillwell y Michal Kosinski, «Birds of a Feather Do Flock Together: Behavior-Based Personality-Assessment Method

Reveals Personality Similarity among Couples and Friends», *Psychological Science* (2017), pp. 1-9.

Zimmerman, Katherine, *The Al-Qaeda Network: A New Framework for Defining the Enemy*, Washington D.C., American Enterprise Institute, 2013.

NOVENA PARTE

CONCLUSIÓN: EL DESAFÍO DE CIBERIA

Acemoglu, Daron y Pascual Restrepo, «Robots and Jobs: Evidence from US Labor Markets», Documento de NBER n.º 23.285, marzo de 2017.

Allison, Graham, *Destined for War: America, China, and Thucydides's Trap*, Boston, Mass., y Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 2017.

Arbesman, Samuel, *Overcomplicated: Technology at the Limits of Comprehension*, Nueva York, Current, 2016.

Bostrom, Nicholas, *Superintelligence: Paths, Dangers, Strategies*, Oxford, Oxford University Press, 2014. [Hay trad. cast.: *Superinteligencia: caminos, peligros, estrategias*, trad. Marcos Alonso, Zaragoza, Teell, 2018.]

Brynjolfsson, Erik y Andrew McAfee, *The Second Machine Age: Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*, Nueva York, W. W. Norton, 2014.

- Caplan, B. (2006), «The Totalitarian Threat», en N. Bostrom y M. M. Cirkovic, eds., *Global Catastrophic Risks*, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 504-518.
- Cirillo, Pasquale y Nassim Nicholas Taleb, «On the Statistical Properties and Tail Risk of Violent Conflicts», Tail Risk Working Papers, 19 de octubre de 2015.
- Clarke, Richard A. y R. P. Eddy, *Warnings: Finding Cassandras to Stop Catastrophes*, Nueva York, HarperCollins, 2017.
- Dertouzos, Michael, *What Will Be: How the New World of Information Will Change Our Lives*, Nueva York, HarperEdge, 1997. [Hay trad. cast.: *Qué será. Cómo cambiará nuestras vidas el nuevo mundo de la informática*, Barcelona, Planeta, 1997.]
- Goldin, Ian y Chris Kutarna, *Age of Discovery: Navigating the Risks and Rewards of Our New Renaissance*, Nueva York, St. Martin's Press, 2016.
- Gordon, Robert J., *The Rise and Fall of American Growth: The U.S. Standard of Living since the Civil War*, Princeton, Princeton University Press, 2016.
- Hayles, N. Katherine, «Unfinished Work: From Cyborg to Cognisphere», *Theory Culture Society*, vol. 23, n.º 159 (2006), pp. 159-166.
- Heylighen, Francis y Johan Bollen, «The World-Wide Web as a Super-Brain: From Metaphor to Model», en R.

Trappl, ed., *Cybernetics and Systems '96*, Viena, Austrian Society for Cybernetics, 1996, pp. 917-922.

Keller, Franziska Barbara, «Moving Beyond Factions: Using Social Network Analysis to Uncover Patronage Networks among Chinese Elites», documento de trabajo (s. f.).

—, «Networks of Power: Using Social Network Analysis to Understand Who Will Rule and Who is Really in Charge in the Chinese Communist Party», documento de trabajo, noviembre de 2015.

Kirby, William C., Joycelyn W. Eby, Shuang L. Frost y Adam K. Frost, «Uber in China: Driving in the Grey Zone», *Harvard Business School*, Case 9-316-135, 2 de mayo de 2016.

Kissinger, Henry, *World Order*, Londres y Nueva York, Allen Lane/Penguin Press, 2014. [Hay trad. cast.: *Orden mundial*, trad. Teresa Beatriz Arijón, Barcelona, Debate, 2011.]

Li, Cheng, *Chinese Politics in the Xi Jinping Era: Reassessing Collective Leadership*, Washington D.C., Brookings Institution, 2016.

Lin, Li-Wen y Curtis J. Milhaupt, «Bonded to the State: A Network Perspective on China's Corporate Debt Market», documento de trabajo, 2016.

McKinsey Global Institute, *Playing to Win: The New Global Competition for Corporate Profits*, San Francisco,

- McKinsey & Co., 2015.
- Maier, Charles S., *Leviathan 2.0: Inventing Modern Statehood*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 2014.
- Nye, Joseph, «Deterrence and Dissuasion in Cyberspace», *International Security*, vol. 41, n.º 3 (invierno 2016/2017), pp. 44-71.
- Pinker, Steven, *The Better Angels of Our Nature: Why Violence Has Declined*, Nueva York, Viking, 2011. [Hay trad. cast.: *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*, trad. Juan Soler Chic, Barcelona, Paidós, 2018.]
- Schiedel, Walter, *The Great Leveler: Violence and the History of Inequality from the Stone Age to the Twenty-First Century*, Princeton, Princeton University Press, 2017.
- Schwab, Klaus, *The Fourth Industrial Revolution*, Colonia y Ginebra, World Economic Forum, 2016. [Hay trad. cast.: *La cuarta revolución industrial*, trad. Portafolio, Barcelona, Debate, 2016.]
- Scott, James C., *Two Cheers for Anarchism: Six Easy Pieces on Autonomy, Dignity, and Meaningful Work and Play*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2012. [Hay trad. cast.: *Elogio del anarquismo*, trad. Rosa María Salleras Puig, Barcelona, Crítica, 2013.]
- Slaughter, Anne-Marie, *The Chessboard and the Web: Strategies of Connection in a Networked World: The 2016 Henry L. Stimson Lectures*, New Haven, Conn., Yale

University Press, 2017.

Snyder, Timothy, *On Tyranny: Twenty Lessons from the Twentieth Century*, Nueva York, Tim Duggan Books, 2017. [Hay trad. cast.: *Sobre la tiranía: veinte lecciones que aprender del siglo xx*, trad. Alejandro Pradera Sánchez, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017.]

Spier, F., *Big History and the Future of Humanity*, Malden, Mass., y Oxford, Wiley-Blackwell, 2011.

Steinhoff, Judith B., «Urban Images and Civic Identity in Medieval Sienese Painting», en Timothy B. Smith y Judith B. Steinhoff, eds., *Art as Politics in Late Medieval and Renaissance Siena*, Farnham, Surrey, y Burlington, Vt., Ashgate, 2012, pp. 15-38.

Thiel, Peter con Blake Masters, *Zero to One: Notes on Startups, or How to Build the Future*, Nueva York, Crown Business, 2014. [Hay trad. cast.: *De cero a uno: cómo inventar el futuro*, trad. María Maestro Cuadrado, Barcelona, Gestión 2000, 2015.]

Turchin, Peter, *Ages of Discord: A Structural-Demographic Analysis of American History*, Chaplin, Conn., Beresta Books, 2016.

Wright, Robert, *Nonzero: The Logic of Human Destiny*, Nueva York, Vintage, 2001. [Hay trad. cast.: *Nadie pierde: la teoría de juegos y la lógica del destino humano*, trad. María Luz García de la Hoz, Barcelona, Tusquets, 2005.]

APÉNDICE

LOS GRAFOS DE REDES SOCIALES EN LA ERA NIXON-FORD

- Agnew, Spiro T., *Go Quietly... Or Else*, Nueva York, Morrow, 1980.
- Bush, George H. W., *Looking Forward: An Autobiography*, Garden City, N. Y., Doubleday, 1987.
- y Brent Scowcroft, *A World Transformed*, Garden City, N. Y., Alfred A. Knopf, 1998.
- Cheney, Dick, *In My Time: A Personal and Political Memoir*, Nueva York, Simon & Schuster, 2011.
- Colby, William E., *Honorable Men: My Life in the CIA*, Nueva York, Simon & Schuster, 1978.
- Coleman, William T. con Donald T. Bliss, *Counsel for the Situation: Shaping the Law to Realize America's Promise*, Washington D.C., Brookings Institution, 2010.
- Colson, Charles W., *Born Again*, Old Tappan, N. J., Chosen Books, 1976.
- Connally, John B., *In History's Shadow: An American Odyssey*, Nueva York, Hyperion, 1993.
- Dean, John W., III, *Blind Ambition: The White House Years*, Nueva York, Simon & Schuster, 1976.
- Dent, Harry S., *The Prodigal South Returns to Power*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1978.

- Ehrlichman, John D., *Witness to Power: The Nixon Years*, Nueva York, Simon & Schuster, 1982.
- Ford, Gerald R., *A Time to Heal: The Autobiography of Gerald R. Ford*, Londres, W. H. Allen, 1979.
- Garment, Leonard, *Crazy Rhythm: My Journey from Brooklyn, Jazz, and Wall Street to Nixon, Watergate, and Beyond*, Nueva York, Times Books, 1997.
- Gergen, David R., *Eyewitness to Power: The Essence of Leadership, Nixon to Clinton*, Nueva York, Touchstone, 2000.
- Gulley, Bill y Mary Ellen Reese, *Breaking Cover*, Nueva York, Simon & Schuster, 1980.
- Haig, Alexander M., Jr., *Inner Circles: How America Changed the World: A Memoir*, Nueva York, Warner Books, 1992.
- Haldeman, H. R., *The Haldeman Diaries: Inside the Nixon White House*, Nueva York, G. P. Putnam's, 1994.
- Hartmann, Robert T., *Palace Politics: An Inside Account of the Ford Years*, Londres, McGraw Hill, 1980.
- Helms, Richard M., *A Look Over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Nueva York, Presidio Press, 2004.
- Hill, Clint y Lisa McCubbin, *Five Presidents: My Extraordinary Journey with Eisenhower, Kennedy, Johnson, Nixon, and Ford*, Nueva York, Gallery Books, 2017.
- Kissinger, Henry A., *White House Years*, Boston, Little,

- Brown, 1979.
- , *Years of Renewal*, Nueva York, Simon & Schuster, 1999.
- , *Years of Upheaval*, Boston, Little, Brown, 1982.
- Klein, Herbert G., *Making It Perfectly Clear*, Garden City, N. Y., Doubleday, 1980.
- Kleindienst, Richard G., *Justice: The Memoirs of Attorney General Richard G. Kleindienst*, Ottawa, Ill., Jameson Books, 1985.
- Larzelere, Alex, *Witness to History: White House Diary of a Military Aide to President Richard Nixon*, Bloomington, Ind., Author House, 2009.
- Liddy, G. Gordon, *Will: The Autobiography of G. Gordon Liddy*, Nueva York, St. Martin's Press, 1995.
- Lungren, John C., *Healing Richard Nixon: A Doctor's Memoirs*, Lexington, Ky., University Press of Kentucky, 2003.
- Magruder, Jeb Stuart, *An American Life: One Man's Road to Watergate*, Nueva York, Atheneum, 1974.
- Mollenhoff, Clark, *Game Plan for Disaster: An Ombudsman's Report on the Nixon Years*, Nueva York, Norton, 1976.
- Moynihan, Daniel P., *A Dangerous Place*, Nueva York, Little Brown & Company, 1978.
- , *A Portrait in Letters of an American Visionary*, Nueva York, Public Affairs, 2010.
- Nessen, Ron H., *It Sure Looks Different from the Inside*, Nueva

- York, Playboy Paperbacks, 1979.
- Nixon, Richard M., *RN: The Memoirs of Richard Nixon*, Nueva York, Simon & Schuster, 1990.
- Peterson, Peter G., *The Education of an American Dreamer: How a Son of Greek Immigrants Learned His Way from a Nebraska Diner to Washington, Wall Street, and Beyond*, Nueva York, Grand Central Publishing, 2009.
- Price, Raymond Kissam, *With Nixon*, Nueva York, Viking, 1977.
- Richardson, Elliot L., *The Creative Balance: Government, Politics, and the Individual in America's Third Century*, Nueva York, Holt, Rinehart, 1976.
- , *Reflections of a Radical Moderate*, Boulder, Colo., Westview Press, 2000.
- Rumsfeld, Donald H., *Known and Unknown: A Memoir*, Londres, Penguin Books, 2011.
- Safire, William, *Before the Fall: An Inside View of the pre-Watergate White House*, New Brunswick, N. J., y Londres, Transaction Publishers, 2005.
- Saxbe, William B., *I've Seen the Elephant: An Autobiography*, Kent, O., Kent State University Press, 2000.
- Seaborg, Glenn T. con Benjamin S. Loeb, *The Atomic Energy Commission under Nixon: Adjusting to Troubled Times*, Londres, Palgrave Macmillan, 1993.
- Schlesinger, James R., *America at Century's End*, Nueva York, Columbia University Press, 1989.

- Shultz, George P., *Economic Policy beyond the Headlines*, Stanford, Cal., Stanford Alumni Association, 1977.
- , *Learning from Experience*, Stanford, Cal., Hoover Institution Press, 2016.
- Simon, William E., *A Time for Action*, Nueva York, Berkley Publishing Group, 1980.
- , *A Time for Truth*, Nueva York, Reader's Digest Press, 1978.
- Stans, Maurice H., *One of the Presidents' Men: Twenty Years with Eisenhower and Nixon*, Washington D. C., Brassey's Inc, 1995.
- Ulasewicz, Tony, *The President's Private Eye: The Journey of Detective Tony U. from NYPD to the Nixon White House*, Westport, Conn., MACSAM Publishing, 1990.
- Usery, William J., Jr., *Laboring for America: Memoirs of Bill Usery*, Macon, Ga., Stroud & Hall Publishers, 2015.
- Walters, Vernon A., *Silent Missions*, Garden City, N. Y., Doubleday, 1978. [Hay trad. cast.: *Misiones secretas*, Barcelona, Planeta, 1981.]
- Weinberger, Caspar W., *In the Arena: A Memoir of the Twentieth Century*, Washington D.C., Regnery Publishers, 2001.
- Yost, Charles W., *History and Memory: A Statesman's Perceptions of the Twentieth Century*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1980.
- Zumwalt, Elmo R., Jr., *On Watch: A Memoir*, Nueva York,

Quadrangle, 1976.

Procedencia de las ilustraciones

1. «La conspiración para dominar el mundo.» (Fuente: <<https://illuminutti.com/2013/09/27/finally-mapped-conspiracy-to-rule-the-world-2/>>.)
2. Una red trófica parcial de la «Plataforma de Nueva Escocia», en el noroeste del Atlántico. (Fuente: D. M. Lavigne, «Ecological Interactions between Marine Mammals, Commercial Fisheries, and Their Prey: Unravelling the Tangled Web», en W. A. Montevecchi, ed., *Studies of High-Latitude Seabirds, 4: Trophic Relationships and Energetics of Endotherms in Cold Ocean Systems*, Occasional Papers, n.º 91, pp. 59-71, Canadian Wildlife Service, Ottawa, Canadá, 1996. Reproducido con permiso del Dr. David M. Lavigne.)
3. N-grama de Google de la frecuencia de aparición de las palabras *network* («red») y *hierarchy* («jerarquía») en publicaciones en lengua inglesa entre 1800 y 2000. (Reproducido con permiso de The Google Ngram Viewer Team, parte de Google Research, <<http://books.google.com/ngrams>>.)
4. Figura 1 de la obra de Euler *Solutio problematis ad geometriam situs pertinentis* (1741).

5. Gráfico simplificado del problema del puente de Königsberg planteado por Euler.
6. Los conceptos fundamentales de la teoría de redes.
7. Una red simple (pero trágica): el *Hamlet* de Shakespeare. (Fuente: Franco Moretti, «Network Theory, Plot Analysis», *Literary Lab*, folleto n.º 2, 1 de mayo de 2011.)
8. Variedades de redes. (Fuente: Ricard V. Solé y Sergi Valverde, «Information Theory of Complex Networks: On Evolution and Architectural Constraints», *Lecture Notes in Physics*, n.º 650 [2004], p. 192. Reproducido con permiso de Springer.)
9. La jerarquía: un tipo especial de red.
10. La red de los Médici. (Fuente: John F. Padgett y C. K. Ansell, «Robust Action and the Rise of the Medici 1400-1434», *American Journal of Sociology*, vol. 98, n.º 6 [1993], Figura 2a. Reproducido con permiso de The University of Chicago Press.)
11. Una red de «conquista»: los matrimonios mixtos entre las familias de los conquistadores y las élites azteca e inca. (Autor: Alvy Ray Smith. Fuente: Charles C. Mann, *1493: Uncovering the New World Columbus Created*, Knopf, 2011. Reproducido con permiso.)
12. La red del protestantismo anglicano inmediatamente antes y después de la ejecución de John Bradford. (Fuente: Ruth Ahnert y Sebastian E. Ahnert, «Protestant Letter Networks in the Reign of Mary I: A Quantitative

Approach», *ELH*, vol. 82, n.º 1 [primavera de 2015], p. 27, figuras 7 y 8. Copyright © 2015 The Johns Hopkins University Press. Reproducido con permiso The Johns Hopkins University Press.)

13. La red comercial de la Compañía Británica de las Indias Orientales, 1620-1824. (Fuente: Emily Erikson, *Between Monopoly and Free Trade: The English East India Company, 1600-1757*, Princeton University Press, 2014, p. 114. Reproducido con permiso de Princeton University Press.)
14. Red de corresponsales de Voltaire. (Fuente: <http://republicofletters.stanford.edu/casestudies/voltaire>. Reproducido con permiso de Republic of Letters.)
15. Parodia de la *Escuela de Atenas* de Rafael, grabado de James Scott basado en el óleo de sir Joshua Reynolds (1751).
16. La red revolucionaria de Boston, c. 1775. (Fuente: Shin-Kap Han, «The Other Ride of Paul Revere», *Mobilization*, vol. 14, n.º 2 [2009].)
17. La casa de Sajonia-Coburgo-Gotha.
18. La «red del vapor»: James Watt, Matthew Boulton y la red social de la tecnología de la máquina de vapor, c. 1700-1800. (Fuente: Francis C. Moon, *Social Networks in the History of Innovation and Invention*, Springer, 2014, posición en el lector Kindle [en adelante pos.] 492-494. Reproducido con permiso de Springer.)

19. Las redes de la práctica científica en el siglo XIX. (Fuente: P. J. Taylor, M. Hoyler y D. M. Evans, «A Geohistorical Study of “the Rise of Modern Science”: Mapping Scientific Practice through Urban Networks, 1500-1900», *Minerva*, vol. 46, n.º 4 [2008], pp. 391-410. Reproducido con permiso de Springer.)
20. «El pulpo inglés: ¡se alimenta exclusivamente de oro!»; viñeta anti-Rothschild, 1894. (Fuente: W. H. Harvey, *Coin's Financial School*, 1894.)
21. El mito de la red de lord Milner.
22. El Grupo de Bloomsbury, c. 1925. (Fuente: Peter Dolton, «Identifying Social Network Effects», *Economic Record*, vol. 93, Suplemento S1 [junio de 2017], figura 2. Reproducido con permiso de Economic Society of Australia.)
23. Evolución de los principales cambios de relación entre los que luego serían los contendientes en la Primera Guerra Mundial, 1872-1907. (Fuente: Tibor Antal, Paul Krapivsky y Sidney Redner, «Social Balance on Networks: The Dynamics of Friendship and Enmity», *Physica D*, vol. 224, n.º 130 [2006], figura 10. Reproducido con permiso de Elsevier Science Limited.)
24. *Die Ausgesaugten* («Los exprimidos»).
25. Solos en Berlín: Otto Hampel y su esposa, Elise.
26. La organización soviética de la ciencia bajo el régimen de Stalin. (Fuente: Blair A. Ruble, *Leningrad: Shaping a*

- Soviet City*, University of California Press, 1990, p. 130. Reproducido con permiso.)
27. «Estudio de organización» de Alfred Sloan para General Motors (1921).
 28. El general sir Walter Walker. (Copyright © National Portrait Gallery, Londres.)
 29. William Phillips. (Por cortesía de LSE Library.)
 30. Red personal de Richard Nixon.
 31. Red personal de Henry Kissinger.
 32. Red personal de los gobiernos de Nixon y Ford.
 33. Red dirigida de los gobiernos de Nixon y Ford.
 34. Diseño de red para Arpanet, 1969.
 35. Las redes de la oposición polaca, 1980-1981. (Fuente: Maryjane Osa, *Solidarity and Contention: Networks of Polish Opposition*, University of Minnesota Press, 2003, copyright © 2003 Regents of the University of Minnesota. Reproducido con permiso de University of Minnesota Press.)
 36. Nelson Mandela con Klaus Schwab en Davos en enero de 1992. (Copyright © World Economic Forum.)
 37. La red salafista global, c. 2004. (Fuente: Marc Sageman, *Understanding Terror Networks*, University of Pennsylvania Press, 2004, copyright © University of Pennsylvania Press. Reproducido con permiso de University of Pennsylvania Press.)

38. Insurgencias en red: diagrama tomado del «Manual de contrainsurgencia del ejército estadounidense» (edición de 2014). (Fuente: US Army, *Insurgencies and Countering Insurgencies*, figura 4-3.)
39. Globos de la conectividad de red del sistema financiero internacional. (Fuente: presentación realizada en 2011 por Andrew Haldane. Reproducido con permiso de Andrew Haldane y el Banco de Inglaterra.)
40. Uso de teléfonos móviles y redes sociales en China, Estados Unidos y Egipto, 2010. (Fuente: Pew Research Center.)
41. La red de Al Qaeda según el diagrama estadounidense, c. 2012. (Fuente: Mary Habeck *et al.*, *A Global Strategy for Combating Al-Qaeda and the Islamic State*, American Enterprise Institute, 2015. Reproducido con permiso de American Enterprise Institute.)
42. Diapositiva clasificada publicada por WikiLeaks donde se describe el programa de vigilancia PRISM de la Agencia de Seguridad Nacional.
43. La caída de HealthCare.gov en 2013.
44. Los 66 «sitios yihadistas y de apoyo a la yihad y a los muyahidines más importantes de Twitter», según recomendaba el bloguero yihadista Ahmad ‘Abdallah en febrero de 2013. (Fuente: <<http://wandrenpd.com/Graphs/66jihadi/Graph.html>>.)
45. Seguidores en los medios sociales de los candidatos en las

- elecciones presidenciales estadounidenses de 2008 y 2016.
46. La campaña de Clinton de 2016: una estructura jerárquica fallida. Gráfico de Peter Bell. (Reproducido con permiso de *National Journal*.)
47. La red social online de Donald Trump en 2016. (Fuente: <www.buzzfeed.com/charliewarzel/trumps-information-universe>. Reproducido con permiso.)
48. Precios y cantidades de libros (décadas de 1490 a 1630) y de ordenadores personales (de 1977 a 2004). (Fuente: Jeremiah E. Dittmar, «Information Technology and Economic Change: The Impact of the Printing Press», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 126, n.º 3 [2011], pp. 1.133-1.172. Reproducido con permiso de Oxford University Press Ltd.)
49. Diagramas de red satíricos de las principales empresas tecnológicas estadounidenses. (Fuente: Manu Cornet, <www.bonkersworld.net>. Reproducido con permiso.)
50. La red de los miembros del Comité Central del Partido Comunista chino. (Fuente: Franziska Barbara Keller, «Moving Beyond Factions: Using Social Network Analysis to Uncover Patronage Networks Among Chinese Elites» [documento de trabajo, s.f.], figura 6. Reproducido con permiso.)
51. *Alegoría del buen y el mal gobierno*, 1338-1339, de Ambrogio Lorenzetti. (Palazzo Pubblico, Siena / De Agostini Pictures Library / G. Dagli Orti / Bridgeman

Images.)

Procedencia de las ilustraciones del cuadernillo de imágenes

1. *El juicio final* (mosaico), escuela italiana, siglo XI, Santa Maria Assunta, Torcello, Venecia. (Mondadori Portfolio / Archivio Magliani / Mauro Magliani & Barbara Piovan / Bridgeman imágenes.)
2. Un «sociograma» de Jacob Moreno.
3. La red de amistades de un instituto de secundaria. (Fuente: National Longitudinal Survey of Adolescent to Adult Health, Estados Unidos.)
4. El Gobierno federal estadounidense como jerarquía, 1862.
5. El Gobierno federal estadounidense como jerarquía, c. 2010. (Reproducido con el permiso de NetAge, Inc.)
6. La piazza del Campo, Siena. (Martin Thomas Photography / Alamy Stock Photo.)
7. El planisferio de Cantino (1502).
8. La matanza de hugonotes (protestantes) del día de San Bartolomé, París, 1572.
9. Gerard ter Borch, *Ratificación del Tratado de Münster, 15 de mayo de 1648*.

10. Conjunto de 37.062 localidades europeas, representadas en el mapa según los datos de nacimiento y defunción de 120.211 personalidades notables desde 1069 a.C. hasta 2012 d.C. (Fuente: Maximilian Schich *et al.*, «A Network Framework of Cultural History», *Science*, vol. 345, n.º 6.196 (2014), pp. 558-562, copyright © 2014 American Association for the Advancement of Science, reproducido con el permiso de la American Association for the Advancement of Science.)
11. Una red del siglo XVIII. (Fuente: Emma Rothschild, *The Inner Life of Empires*, Princeton University Press, 2011, copyright © 2011 Princeton University Press. Reproducido con el permiso de Princeton University Press.)
12. George Washington vestido de francmasón (litografía), escuela americana, siglo XIX. (Colección privada / Bridgeman Images.)
13. *Le Gateau des Rois* (grabado coloreado a mano), escuela francesa, siglo XIX. (Colección privada / The Stapleton Collection / Bridgeman Images.)
14. Angulema. (Por cortesía de Emma Rothschild.)
15. Red de la Eastern Telegraph Co., 1894. (Copyright © The Porthcurno Collections Trust. Reproducido con el permiso del Telegraph Museum, Porthcurno.)
16. «La Muralla Anti-China», de Friedrich Graetz, viñeta

- publicada en la revista *Puck* (1882).
17. Europa en 1914: un mapa satírico alemán. (bpk-Bildagentur / Art Resource, NY.)
 18. Primera edición de *Greenmantle*, de John Buchan.
 19. Stalin como timonel. (Universal History Archive / UIG / Bridgeman Images.)
 20. Isaiah Berlin y Anna Ajmátova, Leningrado, noviembre de 1945, pintura de Leopold Plotek. (*Berlin y Ajmátova, Leningrado 45* [2005], óleo sobre lienzo, 77 × 65 cm, copyright © Leopold Plotek.)
 21. Página de *First Military Conscription and What it Means to You!*
 22. Steve Jobs y Bill Gates, 1991. (George Lange / Contour by Getty Images.)
 23. Stan Druckenmiller y George Soros, 1992. (Peter Morgan / Reuters.)
 24. La red de los conspiradores del 11-S. (Fuente: Valdis E. Krebs, «Mapping Networks of Terrorist Cells», *Connections*, vol. 24, n.º 3 (2002), pp. 43-52. Copyright © 2002 INSNA. Reproducido con permiso.)
 25. Grafo del «espacio de productos» de la exportación mundial. (Fuente: Centro para el Desarrollo Internacional de la Universidad de Harvard. Reproducido con permiso.)
 26. «Trumplandia». (Fuente: Michael Hunger, «Analyzing the BuzzFeed TrumpWorld Dataset with Neo4j» [19 de

enero de 2017].)

27. La sede central de Facebook y la Torre Trump. (Jeff Hall Photography [arriba] y ErikN / 123RF, LLC [abajo].)

Índice alfabético

Abdallah, Ahmad
Aberdeen, lord
Able Danger, proyecto
absolutismo y autocracia:
 como fuente de cohesión social
 dictadores modernos
 en el periodo premoderno
 en la historia antigua
 ilustrado
 jerarquías del siglo XVI
 la Rusia de Putin
 temor a un golpe de Estado palaciego
 y los dioses
 y mercados
Académie Française
Académie Royale des Sciences
Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica
Adámovich, Gueorgui
Adel, sultanato islámico de
Advanced Research Projects Agency Network (ARPANET)
aeronáutica
Aeschbach, Annemarie
Afganistán
agá jan
Agencia de Seguridad Nacional (Estados Unidos)

Agencia de Sistemas de Información de la Defensa (DISA)

Ajmátova, Anna

Al Jazeera (canal de televisión)

Al Muhajiroun (Los Emigrantes)

Al Qaeda

al-Adnani, jeque Abu Mohamed

al-Baghdadi, Abu Bakr

Albert, Réka

Alberto, príncipe consorte

alcohol y drogas, abuso de

Alcohólicos Anónimos

Aleandría, biblioteca de

Alejandro de Battenberg

Alejandro I, zar

Alejandro II, zar

Alejandro III, zar

Alejandro Magno

Aleksándrov, Gueorgui

Alemania:

Confederación Germánica

contrabando de armas en Irlanda (Primera Guerra Mundial)

dinastías empresariales judías

fundación del Reich (1871)

industrialización en

judíos y economía (décadas de 1830 a 1930)

lengua alemana

masonería en

reunificación

tribus germánicas en la época romana

universidades,

y la Primera Guerra Mundial

y la Rusia de Putin

y la unión monetaria europea
y las teorías de la conspiración sobre los atentados del 11-S
y retorno de Lenin a Rusia (1917)
véase también Alemania nazi

Alemania nazi:

- apoyo de la aristocracia británica
- erradicación de redes
- éxito electoral del Partido Nazi
- jerarquías
- Schutzstaffel* (SS)
- virialidad del nazismo (1930-1933)
- véase también* Hitler, Adolf

Alhazmi, Nawaf

Alianza para el Gobierno Abierto

Alibaba (tienda online china)

Allison, Graham

Almagro, Diego de

Alón, Yigal

«alt-right» (derecha alternativa), movimiento

Alsop, Stewart y Joseph

Altman, Sam

al-Tunisi, Salih al-Sharif

Alumbrados (movimiento español del siglo XVI)

Álvares Cabral, Pedro

Álvares, Jorge

Amazon

anabaptistas

anarquismo

Anderson, James, *Constituciones de los Francmasones* (1723)

Andrade, Fernão Peres de

Andrade, Simão de

Andronikova, Salomea

Angell, Norman
Angleton, James
Anglo-American Telegraph Company Ltd.
Anglo-Persian Oil Company
Angulema (Francia)
Annan, Noel
Anrep, Borís
Antal, Tibor
AOL
Apple
Aquino, Tomás de
Archer, Jane
Archivos del Estado de Hamburgo
archivos
«archivos del Pentágono»
Aristóteles
Aritmetica di Treviso (1478)
armas nucleares
Arquilla, John
Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color
Asquith, Herbert
Assange, Julian
AT&T
Atahualpa (soberano inca)
Athlone, conde de
Atta, Mohamed
Augsburgo, Paz de (1555)
Augusta de Sajonia-Coburgo
Augusto, emperador romano
Australian
Austria
y pentarquía del siglo XIX

Austria-Hungría
azúcar, comercio del

Babbage, Charles

Bacon, Kevin

Bahrdt, Karl Friedrich

Baidu (motor de búsqueda chino)

Baker, Herbert

Balladur, Édouard

Ballin, Albert

Balsbaugh, Duncan

Banco Mundial

Bannon, Stephen K.

Barabási, Albert-László

Baran, Paul

Barlow, John Perry

Barruel, Augustin de

Bar-Yam, Yaneer

Basilio III, gran príncipe de Moscú

Batticaloa (Sri Lanka)

Baviera

Becker, Carl Heinrich

Begg, Sir Varyl

Beguín, Menájem

Bélgica

Bell, Andrew

Bell, Clive

Bell, Gertrude

Bell, Vanessa (de soltera Stephen)

Belmont, August

Bennett, Alan

Bentham, Jeremy

Bentine, Michael
Bentley, reverendo William
Beria, Lavrenti
Berlin, Isaiah
Berliner Handels-Gesellschaft (banco)
Bernanke, Ben
Bernardino de Siena, santo
Berner, Augustine
Berners-Lee, Tim
Bernoulli, Johann
Berry, duque de
Bey, Urgüplü Hayri
Bezos, Jeff
Bharti Airtel
Bhowmik, Dilip
Bilderberg, Grupo
Birmania
Bitcoin
Bizancio
Black, Joseph
Blair, Tony
Blake, George
Bloomberg, Michael
Bloomsbury, Grupo de
Blunt, Anthony
Bockelson, Jan (Juan de Leiden)
Bode, Johann Joachim Christoph
Boisot, Max
Boko Haram
bolcheviques
véase también Unión Soviética
Borges, Jorge Luis

Bormann, Martin
Borne, Ludwig
Borneo, *Konfrontasi* en
Bosnia-Herzegovina
Boston (Massachusetts)
Botel, Heinrich
Botha, Louis
Boulliau, Ismael
Bowra, Maurice
BP Horizon, vertido de petróleo
Braden, Tom
Bradford, John
Brasil
Braynard, Matt
Breitbart News
Brett, Reginald
Brézhnev, Leonid
«BRICS»
Bright, Charles
Brin, Serguéi
Brooke, Rupert
Brooks, John W.
Brougham, Henry
Brown, Dan, *Ángeles y demonios* (2000)
Browning, Oscar
Brusca, Giovanni
Bryan, William Jennings
Brzezinski, Zbigniew
Buchan, John
Buderus, Carl
Bulgaria
buques de vapor

Burgess, Guy
Burke, Edmund
Burns, Robert, «Naebody» (canción)
Burr, Aaron
Burt, Ronald
Burton, Richard
Buscetta, Tommaso
Bush, George H.W.
Bush, George W.
Bush, Jeb
Buxton, Thomas Fowell
Byron, Lord, *Don Juan*

caballeros templarios

CAGE

Caillaux, Joseph

Cairncross, John

Cajamarca, batalla de (1532)

califato abasí

calvinismo

Calvino, Juan

Calvo, Diogo

Cambridge Analytica

Cameron, Sir Donald

Campbell-Bannerman, Henry

Canadá

Canetti, Elias

Canning, George

Cantino, planisferio de (1502)

Cantón (Guangzhou)

Careless, John

Caribe,

Carlos I, rey de Inglaterra
Carlos II, rey de Inglaterra
Carlos Teodoro, príncipe elector palatino
Carlos V, emperador del Sacro Imperio
Carlota, princesa
Carnegie, Andrew
Carrington, Dora
Carter, Jimmy
cartista, movimiento
cartografía
Casablanca, conferencia de (enero de 1943)
Castells, Manuel
Castlereagh, Lord
Castro, Fidel
catolicismo
 contrarreforma
 Edicto de Worms (1521)
 Gran Cisma (1054)
 jesuitas
 periodo de los papas rivales (1378-1417)
cerebro humano
Cerf, Vint
Chanute, Octave
Charleston, casa de campo en Sussex
Chateaubriand, vizconde de
Checa (policía política bolchevique; después NKVD y KGB)
Checoslovaquia
Cheney, Dick
Cheng Li
China:
 Banco Asiático de Inversión en Infraestructura
 comercio en Cantón

confucianismo
conocimiento médico en el siglo XVI
contactos con los portugueses (1517-1523)
control de la disensión en los medios sociales
convergencia con Estados Unidos
crecimiento de la clase media
estructura política actual
exportación británica de opio y armas
gobierno Ming
Gran Cortafuegos
Imperio Qing
Imperio Qin-Han
imprensa
Iniciativa del Cinturón y Ruta de la Seda
minoría étnica zhuang
misioneros protestantes
pánico al «robo de almas»
Rebelión Taiping (1851-1865)
redes de familias, clanes o tribus
respuesta a la revolución digital
ruptura sino-soviética
sector tecnológico financiero
segunda guerra del opio (1856-1860)
sistema de exámenes para la administración pública
sistema imperial
supervivencia del comunismo
visita de Nixon (1972)
y el Consejo de Seguridad de la ONU
y globalización
Choi Soon-sil
Christakis, Nicholas
ciberguerra:

ataques de actores no estatales
EternalBlue
necesidad de una nueva pentarquía
opciones de disuasión/defensa
pleno potencial
ransomware WannaCry (mayo de 2017)
Rusia contra Estados Unidos
simplicidad de las redes como mejor defensa
virus Stuxnet
y Estados Unidos

comunismo:

bolcheviques
desplome en el bloque oriental
en Cambridge en la década de 1930
reformas de mercado en la década de 1990
Segunda Internacional
véase también China; Unión Soviética

cristianismo:

amenaza al Imperio romano
e Iluminismo
«estado» anabaptista en Munster
«Gran Despertar» en Nueva Inglaterra
Iglesia de Escocia
iglesias negras del sur de Estados Unidos
jerarquía en la iconografía
jerarquías eclesiásticas
misioneros protestantes en China
Paz de Augsburgo (1555)
querrela de las investiduras
Reforma
y era de la exploración ibérica
véase también catolicismo; protestantismo; Reforma

Chrysler
Churchill, Randolph
Churchill, Winston
cine, género *western*
Cixi, emperatriz viuda china
Clark, David D.
Clark, Howard L.
ciencia
 biología evolucionista
 conferencia de Pugwash
 organización de la ciencia bajo el estalinismo
 redes del siglo XIX
Clausewitz, Carl von
Clayton, Gilbert
Clemente XIV, papa
Clinton, Bill
Clinton, Hillary
Clive, Robert
Coase, Ronald
Coburgo, ducado de
Cohen, Jared
Coleridge, Samuel Taylor
comercio:
 comercio del azúcar
 comercio intraasiático en el siglo XVI
 crecimiento y reducción de conflictos
 economía atlántica del siglo XVIII
 era de la exploración ibérica
 «flota del tesoro» del almirante Zheng
 las ciudades portuarias como núcleos comerciales
 nuevas rutas comerciales oceánicas
 prohibición Ming del comercio de ultramar

red de la Compañía Británica de las Indias Orientales
red mercantil global
red portuguesa
reducción de los costes de transporte en el siglo XIX
Renacimiento
rutas comerciales eurasiáticas en la era premoderna
véase también globalización

Comisión Trilateral
Comité Nacional Demócrata (CND)
Compañía Británica de las Indias Orientales
Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales
competencia,
Comte, Auguste
comunidades rurales
Confederación de la Industria británica (CBI)
Connally, John
Consejo Musulmán Británico
Conway, Melvin
conspiración, teorías de la
asesinato de Kennedy
creencia popular en
los *Illuminati* como protoconspiradores
masonería y Revolución estadounidense
Mesa Redonda («Kindergarten» de Milner)
relación con George Soros
y atentados del 11-S

Cook, Tim
Cooper, Duff
Cooper, Milton William
Cooper, Richard
Cooper, Yvette
Copenhague

Corea del Norte
Corea del Sur
Corea, guerra de
Cornford, John
Corporación RAND
Costanzo, marqués Costanzo di
Costello, Frank
Cotrugli, Benedetto, *Libro del arte del comercio*
Coutinho, Martim
Crafts, Thomas
Cranach, Lucas
Cready, Sir Herbert
Crédit Suisse
Crimea, guerra de (1853-1856)
crisis financiera global (2008):
 causas
 rescates bancarios
 y Mervyn King
 y redes complejas
 y teorías de la conspiración
Cromwell, Oliver
Cromwell, Thomas
Cross, J. P.
Crowley, Aleister
cuáqueros
Cuba
Cummings, Dominic
Cunard, Nancy
Curtis, Lionel
Curzon, Lord
Cuzco (ciudad inca)

da Gama, Vasco
Dalberg, Karl Theodor von
d'Alembert, Jean-Baptiste le Rond
d'Almeida, Simão
Danat-Bank
David II, emperador de Etiopía
Davos (Suiza)
Dawes, William
de Gaulle, Charles
Dean, John
Dafoe, Daniel
Delitsch, Johannes
democracia
 ateniense
 «democracia digital»
 en los inicios de Estados Unidos
 en Sudáfrica
 estado «gestor» o «administrativo»
 Solidaridad en Polonia
 tiranía de la mayoría
 y el Reich alemán
democracia ateniense
Deng Xiaoping
Departamento de Seguridad Nacional (Estados Unidos)
Dertouzos, Michael
«deseo mimético»
desigualdad:
 coeficiente de Gini
 complementos y sustitutos
 dentro de los países
 global
 «gráfica del elefante»

y empresas de TIC en Estados Unidos
y mengua de expectativas en el mundo desarrollado
y redes

Deutsch, Arnold

Deutsche Bank

Dewey, Thomas E.

Dias, Bartolomeu

Dias, João

Dickens, Charles,

Didi Chuxing

Dinamarca

diplomacia europea en el siglo XIX:

Congreso de Viena (1814-1815)

Cuádruple Alianza (noviembre de 1815)

«Cuestión Oriental»,

e institución de la monarquía

equilibrio de poder

fracaso

pentarquía de cinco grandes potencias

«Santa Alianza»

Tratado de Reaseguro

Dirección de Operaciones Especiales (Reino Unido)

DiResta, Renee

Disturbios de Gordon (1780)

Dittmar, Jeremiah E.

Dobb, Maurice

Dobrynin, Anatoli

Dolton, Peter

Donne, John, *Devociones*

Döring, Christian

Douglas Aircraft Company

Dove, John
Dresdner Bank
Druckenmiller, Stan
Dubreuil, Benoit
Dunbar, Robin
Duncombe, Thomas
Dwight, Timothy
Dyson, Kenneth
Dzerzhinski, Félix

Eanes, Gil
Eastern Telegraph Company
Eastwood, Clint
eBay
Eckartshausen, Franz Carl von
Eco, Umberto, *El péndulo de Foucault*

economía:

Acta Única Europea (1986)
atlántica del siglo XVIII
auge de los «BRICS»
autocracia y mercado
costes de transacción
crecimiento de la clase media global
dicotomía Estado-mercado de Hayek
dinamismo post-Reforma en Occidente
duopolio del telégrafo
Foro Económico Mundial (Davos)
«gran divergencia» entre Oriente y Occidente
Grupo de los 20 (G)
Grupo de los Siete (G-7)
grupos de *keiretsu* japoneses
hiperinflación de la década de 1920

idea de la unidad paneuropea
impacto de la peste negra
impuestos en la Inglaterra de 1815
jerarquías de mediados del siglo XX
Mandela abandona la nacionalización
mercados emergentes
planificación centralizada en la posguerra
plantaciones de caucho de Malaya
privatización
proliferación de redes informales
«segunda revolución mercantil» (década de 1970)
sociedades por acciones
ventaja comparativa
y estructuras de red
véase también sistema financiero; desigualdad; comercio

Edimburgo,
Edison, Thomas
Eduardo VIII, rey de Inglaterra
Egipto
Eisenhower, Dwight D.
Eisenstein, Serguéi
El bueno, el feo y el malo (filme de Sergio Leone)
Eleusis, misterios de
Elgin, Lord
élites:
adaptación británica en la era industrial
aristocracia hereditaria británica
bancarias y empresariales
clase de los *Junkers* prusianos
corporaciones industriales
de Vilfredo Pareto
élite de las potencias nucleares

en el Reino Unido (*establishment*)
en Estados Unidos
en Francia
en la historia antigua
futuro en la Era de la Red
reales y plutocráticas después de Napoleón
y avance de la izquierda política

Ellinghaus, William M.

Elliott, Nicholas

Ellison, Larry

Ellsberg, Daniel

el-Sadat, Anwar

Emelyanov, Stanislav

enfermedad

 falta de resistencia de los amerindios

Engel, Leopold

Enrique el Navegante

Enrique VIII, rey de Inglaterra

enseñanza superior, *véase* vida académica; Universidad de Cambridge; Universidad de Oxford

entidades corporativas:

 búsqueda del monopolio

 estructura corporativa multidivisional

 formación empresarial

 futuro en la Era de la Red

 gobernanza corporativa

 influencia judía en Alemania (décadas de 1830 a 1930)

 redes internas

véase también redes empresariales

Enver, Ismail

Era de la Red, *véase también* «era interconectada», segunda (desde la década de 1970 hasta la actualidad)

«era interconectada», primera (de finales del siglo XV a finales del XVIII)

ausencia de imperios monolíticos

comparaciones entre Oriente y Occidente a partir de 1500

diferencias con la segunda «era interconectada»

doble reto a las jerarquías (desde comienzos del siglo XVI)

dominio europeo del mundo

era de la exploración ibérica

red europea *versus* jerarquía no europea

revolucionarios de finales del siglo XVIII

similitudes con la segunda «era interconectada»

y revolución de la imprenta

véase también Ilustración; Reforma

«era interconectada», segunda (desde la década de 1970 hasta la actualidad)

auge del mercado de «eurobonos»

desplome del comunismo en el Bloque del Este

diferencias con la primera «era interconectada»

Foro Económico Mundial

historia intelectual europea (siglos XVII-XVIII)

predicción del futuro

similitudes con la primera «era interconectada»

transición en la década de 1970

y crisis del MEC

y liberalización del mercado de capitales (década de 1980)

véase también Era de la Red; tecnología digital; Internet; telefonía móvil; redes de medios sociales

Erasmus

Erdős, Pauln

Ehrlichman, John

Ernesto II, duque de Sajonia-Gotha-Altenburgo

escitas

esclavitud y tráfico de esclavos

en el Sur de Estados Unidos

movimiento abolicionista
revuelta de los esclavos en Saint-Domingue (Haití)

Escocia
escoceses en el comercio del vino de Madeira

Esmalcalda, Liga de

España:
conquistadores
expulsión de moros y judíos
imperialismo en América
espíritu emprendedor
estado
burocracias
dicotomía Estado-mercado de Hayek
en el periodo premoderno
en la cristiandad occidental
«estado cristiano»
jerarquías del siglo XVI
nuevos estados en la Europa del siglo XIX
redes de familias, clanes o tribus
sistema de Westfalia
Weishaupt y la formación de los estados
véase también estados-nación actuales

Estado «gestor» o «administrativo»
Estado Islámico (red terrorista islamista)
estados-nación actuales
«estado de seguridad nacional»
estado «gestor» o «administrativos»
perspectivas futuras

Estados Unidos de América:
acuerdo con China (1972)
antisemitismo
cibervulnerabilidades

como estado más poderoso del mundo
constitución
convergencia con China
creencia pública en teorías de la conspiración
desigualdad creciente
edad de oro
elecciones presidenciales (2008)
elecciones presidenciales (2016)
estado «gestor» o «administrativo»
Gran Sello
guerra de Secesión (1861-1865)
inicios de la democracia
reacción violenta contra la inmigración china
red de tráfico aéreo
red eléctrica en la década de 1990
red nacional de carreteras
redes durante la Revolución industrial
respuestas a los atentados del 11-S
supervisión gubernamental de las comunicaciones
tiempo destinado a conectarse online
vida asociativa en los primeros años
y crisis económica de 1992
y el Consejo de Seguridad de la ONU
y Tocqueville
Esterházy, príncipe de
Estonia
estudiantes radicales (finales de la década de 1960 y década de 1970)
exploración marítima:
en la península Ibérica
imperialismo español
innovaciones portuguesas
instrumentos náuticos

propagación de enfermedades eurasiáticas
«Estrategia Anaconda» (Petraeus)
estructuras de poder jerárquicas
apogeo a mediados del siglo XX
críticas al estado jerárquico
dominio durante la mayor parte de la historia escrita
el Brexit como derrota
el Imperio romano como auténtica jerarquía
en el periodo premoderno
en la historia antigua
en la Inglaterra Tudor
en las sociedades rurales medievales
futuro en la Era de la Red
historia
la jerarquía como un tipo especial de red
necesidad actual de legitimidad
planificación centralizada en la posguerra
rápida desintegración
reafirmación en el siglo XIX
similitudes en el siglo XVI
títulos y precedencia en el Imperio británico
Ethereum (moneda digital)
Eudokal (derivado de la morfina)
Euler, Leonhard
euro (moneda única europea)
Evans, Oliver
Exner, Judith Campbell

Facebook
bloqueo en China
estructura desigualitaria
Marcha de las Mujeres contra Trump

peticiones de censura de contenido odioso
sede central en Menlo Park
uso por parte de ISIS
y las elecciones presidenciales estadounidenses de 2008
y las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016
y victoria de Vote Leave en el referéndum de 2016

Fairlie, Henry

Falcone, Giovanni

Fallada, Hans

Fawkener, Sir Everard

Fay, Bernard

FBI

Feder, Johann Georg Heinrich

Federico el Grande

Federico Guillermo de Prusia

feminismo

Ferguson, Adam

Ferrocarril de Berlín a Bagdad

ferrocarriles

feudalismo

Finlandia

Fitzgerald, Ella

flexibilización cuantitativa

Francia:

- agricultores y comerciantes de pieles en Illinois
- estructura cohesionada de la élite gobernante
- Matanza de San Bartolomé (1572)
- población musulmana
- red de Voltaire
- referéndum de Maastricht (1992)
- Restauración borbónica
- Revolución francesa (1789)

revolucionarios del siglo XIX
y Consejo de Seguridad de la ONU
y la Rusia de Putin
y pentarquía del siglo XIX
y Primera Guerra Mundial
Florida
Fondo Monetario Internacional (FMI)
fondos de cobertura
Fontane, Theodor, *Der Stechlin* (1899)
Ford Motor Company
Ford, Gerald
Forester, C. S., *The General*
Foro Económico Mundial (Davos)
Forster, E. M., *Regreso a Howards End*
Foster, Norman
Four Seasons (restaurante de Nueva York)
Fournier-Verneuil, Vincent
Fowler, James
Fox News
Foxe, John, *Acts and Monuments*
Francisco I, rey de Francia
francmasonería, véase masonería
Franklin, Benjamin
Frankopan, Peter
Freeman, Edward Augustus
Freeman, Linton
Freisler, Roland
Friedman, Tom
Frobenius, Leo
Fry, Roger
Fukuyama, Francis
Fuld, Dick

Fundación Frontera Electrónica

Fürstenberg, Carl

Gambetta, Diego

Gambino, Carlo

Gandhi, Mahatma

Garbuzov, Vasili

García Martínez, Antonio

Garfield, Eugene

Garnett, David

Gates, Bill

Gehry, Frank

Geithner, Timothy

Gellner, Ernest

General Motors

Genesee Tract (Nueva York)

Geng Biao

Gentz, Friedrich

Georges-Picot, François

Gertler, Mark

Ghiberti, Lorenzo

Giancana, Sam

Girard, René

Girs, Nikolái

Gladwell, Malcolm

globalización

auge del mercado de «eurobonos»

e imperialismo occidental

en crisis

«gráfica del elefante»

visión del futuro de Silicon Valley

y desigualdad

y tecnología digital

Glushkov, Víktor

Goebbels, Joseph

Goes Raposo, Agostinho de

Goethe, Johann Wolfgang

Góis, Francisco

Go-Kashiwabara, emperador de Japón

Goldman Sachs

Goldschmidt, Jakob

Golitsin, Anatoli

Gooch, Daniel

Goodhart, David

Google

- fundación en un garaje de Menlo Park (1998)
- ingresos por publicidad
- oferta pública de venta (2004)
- se retira de China (2010)
- sede central en Mountain View
- y campaña electoral de Clinton (2016)
- y censura de contenido odioso
- y el programa PRISM de la NSA
- y Trump

Gordon, Charles «Chino»

Göring, Hermann

Gorki, Maksim

Goschen, George

Gouzenko, Ígor

Graham, Don

Gran Bretaña:

- como sociedad desigual en el periodo de 1815
- creencia pública en teorías de la conspiración
- élite gobernante (*establishment*)

estrategia antiterrorista
exportación de opio y armas a China
falta de revolución política en la era de la industrialización
fracaso del estado centralizado en la década de 1970
industria textil
Revolución gloriosa (1688-1689)
servicios de inteligencia en la Segunda Guerra Mundial
tiempo destinado a conectarse online
y Consejo de Seguridad de la ONU
y dinastía Sajonia-Coburgo
y la Ilustración
y pentarquía del siglo XIX
y Primera Guerra Mundial
véase también Imperio británico; Inglaterra; Escocia
Granovetter, Mark
Grant, Duncan
Great Eastern (buque de vapor)
Grecia
 antigua
Gregorio VII, papa
Greif, Avner
gremios
Grey, Sir Edward
Grimm, Jacob y Wilhelm
Gromyko, Andréi
«Grupo de los Seis»
Guardian (periódico)
Guare, John, *Seis grados de separación* (obra teatral, 1990)
Guamán Poma de Ayala, Felipe
«Guccifer 2.0»
Guélfand, Aleksandr (*Parvus*)
guerra:

ausencia de tendencia a la pacificación
«contrainsurgencia»
en el siglo XVIII
en las sociedades medievales
FM 3-24 (manual del ejército estadounidense)
guerra de la jungla de los británicos en Malasia/Borneo
homínidos prehistóricos
industrialización
insurgencia en red
riesgos geopolíticos actuales
y Napoleón
guerra civil española
guerra de los Siete Años
guerra de los Treinta Años
guerra fría
conflicto del Tercer Mundo
control de flujos de información
détente
«efecto dominó»
teorías de la «destrucción mutua asegurada»
Guevara, Ernesto *Che*
Guillermo II, káiser alemán
Gulag
Gumiliov, Lev
Gumiliov, Nikolái
Gurjas
Gutenberg, Johannes
Gutman, Herbert
Guzana o Gozan (antigua ciudad-estado aramea)

Habibullah, emir, rey afgano
Habsburgo, dinastía

hachemíes
Hackett, David
Hahn, Ulrich
Haig, Alexander
Haldane, Andrew
Haldeman, H. R.
Halley, Edmond
Hallowell, Benjamin y Robert
Hamberg, Theodore
Hamburg-Amerika (compañía naviera)
Hamilton, Alexander
Hampel, Otto y Elise
Harari, Yuval, *Homo Deus*
Hardin, Garrett
Harvard Business Review
Harvey, William H.
Hayek, Friedrich
Hayles, N. Katherine
He Ao
Heaton, Ronald E.
Heiden, Konrad
Heine, Heinrich
Helsinki, Acta Final de
Helvétius, Claude-Adrien
Henninger, Ernst Christoph
Henri, Ernst
Henrich, Joseph
Hentig, Werner Otto von
Herder, Johann Gottfried
Herries, John Charles
Himmler, Heinrich
Hiram Abif

historia antigua
Hitler, Adolf
 antisemitismo
 «caos policrático»
 Führerprinzip
Hizb ut-Tahrir
Hobbes, Thomas
Hobhouse, Arthur
Hoffman, Reid
Hofstadter, Richard
Holbach, Paul-Henri Thiry, barón de
Holderness, T. W.
Holland, John
Hollis, Roger
Holz, Georg von
Home, John
homosexualidad
Honecker, Erich
Hong Rengan
Hong Xiuquan
Hooker, Joseph
Hoover, Herbert
Hoover, J. Edgar
Howe, Geoffrey
Huayna Cápac (soberano inca)
Hugenberg, Alfred
Hughes, Chris
Huiyuan (monje budista)
Hume, David
Hungria
hunos (xiongnu)
Hus, Jan

Husáin ibn Alí, jerife de La Meca

Hutchins, Edwin

Huxley, Aldous, *Un mundo feliz*

Ibn Saúd, rey de Arabia Saudí

Ickstatt, barón Johann Adam

Iglesia anglicana

Iglesia de Escocia

Illuminatenorden (Orden de los *Illuminati*)

infiltración en las logias masónicas alemanas
y teorías de la conspiración

Illuminatus, trilogía (Shea y Wilson, década de 1970)

Ilustración

en Escocia

filósofos

redes sociales

y Benjamin Franklin

y cartas privadas

imperialismo occidental:

cinco grandes imperios a comienzos del siglo XX

colonos franceses en Illinois

Hispanoamérica

imperialismo «liberal» o «social»

Imperio alemán

imperios en el periodo de 1900

oposición populista

tecnologías de comunicación

y globalización

véase también Imperio británico

Imperio británico:

administración colonial africana

colonias norteamericanas

gobernanza suave y guarniciones reducidas
jerarquía de tipos raciales de Buchan
llamamiento alemán a la yihad (Primera Guerra Mundial)
meta-jerarquía imperial
plantaciones de caucho de Malaya
redes de ferrocarriles
régimen de Milner en Sudáfrica
revolución estadounidense
teoría del gobierno indirecto de Lugard
títulos y precedencia
y Cecil Rhodes
y estructuras de poder local
y globalización
y red cablegráfica global

Imperio inca

Imperio otomano
genocidio armenio
Jóvenes Turcos
y nacionalismo árabe
y Primera Guerra Mundial

Imperio Qing

Imperio Qin-Han

Imperio safávida

imprensa

incas (Perú)

India:
como potencia nuclear
Compañía Británica de las Indias Orientales
conectividad digital en
Servicio Civil Indio (ICS)
jerarquías en el siglo XVI
liberalización económica

metajerarquía imperial en
rebelión (1857)
redes de ferrocarriles en
vida rural en
y Primera Guerra Mundial
Indias Occidentales, propietarios de plantaciones
individualismo
Indonesia, *Konfrontasi* en Borneo
industria siderúrgica
industria textil en el Reino Unido
Inglaterra:
derecho anglosajón
escasez de mano de obra tras la peste negra
guerra (década de 1640)
imprensa
Mancomunidad (mediados del siglo XVII)
persecución de los protestantes por parte de María I
Reforma inglesa
y masonería
y Revolución científica
Iniciativa Global Clinton
innovación
redes durante la Revolución industrial
Revolución científica
y costes de la tecnología de la información
véase también tecnologías de la comunicación; tecnología digital; Ilustración;
Revolución industrial
Instituto de Estudios Estratégicos
Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT)
Internet:
apagones de red
Autoridad de Asignación de Números de Internet (IANA)

«BAT» en China
comercialización sin regulación
Comisión Federal de Comunicaciones (Estados Unidos)
Corporación de Internet para la Asignación de Nombres y Números (ICANN)
correo electrónico de Barlow (1996)
cuestión de la «neutralidad de red»
importancia excesiva
intento de asimilación por parte del estado jerárquico
la imprenta como analogía histórica
lado oscuro de
Ley de Decencia en las Comunicaciones (Estados Unidos, 1996)
origen y desarrollo de
peticiones de censura de contenido odioso
programa de vigilancia MUSCULAR
programa de vigilancia PRISM
propiedad de la infraestructura
y «Obamacare»
y seguridad nacional,
y Unión Soviética
«Web 2.0»
«World Wide Web»

Ipi, Faquir de

Irak:

contrainsurgencia en red
escuelas regentadas por ISIS
«Estrategia Anaconda» (Petraeus)
fin de la presencia militar estadounidense
insurgencia de Al Qaeda
invasión liderada por Estados Unidos (2003)
y Primera Guerra Mundial

Irán

«revolución verde» (2009)

y Primera Guerra Mundial
Irlanda del Norte
Irlanda
Ironside, Edmund
Ishiguro, Kazuo, *El gigante enterrado*
islam:
 actitudes de los musulmanes británicos
 «conspiracionismo» a raíz de los atentados del 11-S
 partidarios de la *sharía* en Europa
 población reclusa en Europa
 surgimiento en el siglo VII
 tribus chiitas del medio Éufrates
 visión del orden mundial
 y Primera Guerra Mundial
Comisión Islámica de Derechos Humanos
Ismail, shah safávida
Israel
Italia
Ive, Jonathan

Jacobi, Friedrich Heinrich
Jacobo II, rey de Inglaterra
Jacobo V, rey de Escocia
Japón
Jaruzelski, Wojciech
Jazal, jeque
Jemaah Islamiya
Jena
jerarquía (palabra)
jerarquías militares
 élites guerreras hereditarias
 segunda guerra mundial

jesuitas
Jiang Zemin
Jobs, Steve
John Birch, Sociedad
Johnson, Charles
Johnson, Lyndon
Johnson, Robert
Johnstone de Westerhall, Dumfriesshire
Jomini, Antoine-Henri de
Jones, Alex
Jones, Paul Tudor
Jordan Jr., Vernon
Jorge IV, rey de Inglaterra
Jowett, Benjamin
Juan Pablo II, papa
Juana, reina de Castilla
judíos:
 antisemitismo de la era populista
 antisemitismo en el sistema financiero
 antisemitismo en Estados Unidos
 campaña de emancipación en Gran Bretaña
 dinastías empresariales judeoalemanas
 expulsión de España (1492)
 gánsteres en Estados Unidos
 migración de la Alemania nazi a Estados Unidos
 migración de Rusia a Estados Unidos
 persecución nazi
 tasa de matrimonios mixtos
 y economía alemana (décadas de 1830 a 1930)
 y masonería
Jungjong de Joseon (Corea), rey
Júpiter Doliqueno

Jurin, James

Kahn, Hermann

Kahn, Robert

Kaletsky, Anatole

Kant, Immanuel

Kaplan, Fanny

Karinthy, Frigyes, «Láncszemek» (1929)

Kaskaskia (Illinois)

Kasrils, Ronnie

Katz, Elihu

Kaufman, Micki

Kearney, Denis

Keate, George

Kell, Sir Vernon

Keller, Franziska

Kenia

Kennan, George

Kennedy, Anthony

Kennedy, John F.

Kennedy, Robert F.

Kérenski, Aleksandr

Kesküla, Aleksandr

Kew, Reales Jardines Botánicos

Keynes, John Maynard

Khanna, Parag

Khosrokhavar, Farhad

Khvostov, Vladímir

Kilcullen, David

Kim Jong-nam

Kimberley, Lord

King, Martin Luther

King, Mervyn
Kipling, Rudyard
Kírov, Serguéi
Kissinger, Henry
 como asesor de seguridad nacional de Nixon
 conferencia de Pugwash
 cuatro escenarios más probables de una conflagración
 encuentros con Šnejdárek
 Orden mundial
 orígenes
 red personal de
 sobre el ciberespacio
 sobre la burocracia
 sobre la Europa del siglo XIX
 sobre la omnipresencia de las redes
 sobre los estudiantes radicales
 Un mundo restaurado
 y red personal de Nixon
Kitchener, Lord
Klauda, Berna
Klaus, Ian
Klein, Friedrich
Klein, Naomi
Klugmann, James
Knigge, Adolph Franz Friedrich Ludwig, barón von
Knobel, Marc
Kochen, Manfred
Kohl, Helmut
Königsberg
Kornílov, general Lavr
Kovner, Bruce
Krapivsky, Paul

Kraus, Karl
Krebs, Valdis
Krishna Deva Raya, emperador vijayanagara

La Meca
Lafrance, Adrienne
Lakner, Christoph
Lamont, Norman
Lancaster, Joseph
Lansky, Meyer
Lara Croft: Tomb Raider (filme, 2001)
Lassalle, Ferdinand
Latini, Brunetto
Laurier, Wilfrid
Lawrence, T. E.
Lawson, Nigel
Lazarsfeld, Paul
Le Siècle (club elitista francés)
Leeuwenhoek, Antonie van
Lehman Brothers, quiebra de
Leiden
Leiden, Juan de
Leipzig, batalla de (1813)
lenguaje
 alfabetización en la historia antigua
 escrito
Lenin, Vladimir Ilichn
León X, papa
Leopoldo de Sajonia-Coburgo
Levitt, Theodore
Lewis, Norman
Ley de Seguridad y Contraterrorismo (Reino Unido, 2015)

Ley de Exclusión China (Estados Unidos, 1882)
Ley Dodd-Frank
Ley RICO (Estados Unidos, 1970)
Li Fuzhong
Libia
Liddell, Guy
Linux
literatura *samizdat*
Liu He
Liu Yuan
Livingston, Robert
Livonia (provincia báltica rusa)
Lloyd George, David
Lloyd, William Forster
Londonderry, Charles William Stewart, tercer marqués de
Londres
Long, Leo
Longfellow, Henry Wadsworth
Lopokova, Lidia
Lorenzetti, Ambrogio
Lothian, marqués de
Loyola, Ignacio de
Lu Wei
Luce, R. Duncan
Luciano, Salvatore *Lucky*
Lugard, Frederick
Luis Felipe, rey de Francia
Lurié, Artur
Lutero, Martín
Lynn, William

Maas, Heiko

Maastricht, tratado de (1992)
Macao
MacCarthy, Desmond
Machu Picchu
Maclean, Donald
Macnamara, John *Jack*
Madeira
Madrás
Maes, Ivon
Mafia
Magón, José Joaquín
Mahmud Shah, sultán de Malaca
Maidán, Ucrania (2014)
Major, John
Makayev, Valeri
Malaca
Malasia, véase Malaya
Malaya (Malasia)
Manchester
Mandela, Nelson
Mandelshtam, Osip
Mann, Thomas
Manning, Bradley (Chelsea)
Mao Zedong
máquina de vapor
María, reina de Inglaterra
Markham, Sir Clements
Marx, Karl,
masonería
Massachusetts colonial
Matthys, Jan
Mattis, James

Maurice, Frederick Denison
Mauvillon, Jacob
Maximiliano José, príncipe elector palatino
May, Alan Nunn
May, Theresa
Mayakovski, Vladímir
mazdeísmo
Mbeki, Thabo
Mboweni, Tito
McCain, John
McCardell, Archie R.
McChrystal, Stanley
McMahon, Sir Henry
McNeil, Hector
McNeill, J. R.
McNeill, William H.
McTaggart, J. Ellis
Mecanismo Europeo de Cambio (MEC)
Médici, familia florentina
Medina
Mehmed Reşad V, sultán
Meiners, Christoph
Mercer, Robert
Merton, Robert K.
Mesa Redonda («Kindergarten» de Milner)
Mesopotamia
Metcalf, Robert
Metrópolis (filme de Fritz Lang, 1927)
Metternich, príncipe de
Metzger, Hermann Joseph
México
Michelet, Jules

Microsoft

migración:

de Europa a Norteamérica

en la época romana

legislación estadounidense sobre la inmigración china (1875-1924)

musulmana a Europa

pautas de

populista y respuestas autóctonas

redes de inmigrantes en las ciudades del mundo

tras la Rebelión Taiping

trasatlántica

tres éxodos masivos (1840-1940)

y descenso de los costes de transporte

y desigualdad

y uso de Facebook

Milanović, Branko

Milgram, Stanley

Mill, John Stuart

Milne, William

Milner, Alfred

Mirabeau, Honoré Gabriel Riqueti, conde de

Mitford, Diana

Mitford, Unity

Mitterrand, François

Modin, Yuri

Moltke, Helmuth von

monarquía:

dinastía de Sajonia-Coburgo

en el periodo premoderno

en la época medieval y comienzos de la era moderna

en la Inglaterra del siglo XVII

nueva legitimación a partir de Napoleón

restauración borbónica en Francia
temor a un golpe de palacio
y Reforma
mongolas, invasiones
MONIAC (Computadora Analógica de Ingresos Nacionales Monetarios)
Monteiro, Anthony
Moore, Deborah
Moore, Gordon E.
Moreno, Jacob
Mori, Cesare
Morning Post
Morrell, Ottoline
Morris Sr., Robert
Morris, Robert Tappan
Morrison, Robert
Morse, Sydney, *Freemasonry in the American Revolution* (1924)
Morton, Perez
Moskovitz, Dustin
Mosley, Oswald
movimientos fascistas europeos
 véase también Hitler, Adolf; Alemania nazi
movimientos populistas:
 actuales
 de finales del siglo XIX
movimiento pro derechos civiles (Estados Unidos)
movimiento sindical
movimiento sionista
Mozart, Wolfgang Amadeus, *La flauta mágica* (1791)
Mubarak, Hosni
muggletonianos
Muhammad XII (Boabdil), monarca nazari
multiculturalismo

mundo en desarrollo

Münster (Westfalia)

Münzenberg, Willi

Murray, Charles

Musil, Alois

Mussolini, Benito

nabab bahadur de Dacca

nacionalismo,

árabe

decimonónico radical

en la Polonia comunista

fin de siècle

fraternidades estudiantiles alemanas

movimientos fascistas

resurgimiento actual

romántico

y Metternich

y Napoleón

nacionalismo árabe

Naciones Unidas

Nagl, John

Namier, Lewis

Nankín (Nanjing)

Napoleón Bonaparte

National Review

Navidi, Sandra, *Superhubs*

Nesselrode, condesa de

NetEase

New York Times

Nguyên Van Thieu

Nicolás II, zar

Nicolson, Harold

Niedermayer, Oskar Ritter von

Nixon, Richard

conversaciones con manifestantes estudiantiles (mayo de 1970)

«red dirigida» de la administración

red personal de

Nueva York

Nueva Zelanda

nuevas tecnologías:

industria textil a comienzos del siglo XIX

marítimas portuguesas

militares

papel en las eras de redes dinámicas

redes durante la Revolución industrial

véase también tecnologías de comunicación; tecnología digital; Internet; redes de medios sociales

Nye, Joseph

Obama, Barack

elecciones presidenciales de 2008

fin de la presencia militar en Irak

«Obamacare»

política sobre Oriente Próximo

respuesta a ISIS

y «estado de seguridad nacional»

y estado administrativo

Oldenburg, Henry

Olmstead, Roy

Omidyar, Pierre

11 de septiembre, atentados terroristas

Oppenheim, Max von

Oppenheimer, Harry

Orbay, Kâzim

orden mundial:

cuatro escenarios de conflagración

cuatro visiones rivales

«lucha entre regiones» de Kissinger

necesidad de una nueva pentarquía

política de interdependencia de Kissinger

redes y estabilidad global

sistema de Westfalia

véase también guerra fría; diplomacia europea del siglo XIX; imperialismo occidental

O'Reilly, Tim

Orlando, matanza de (2015)

Orléans, familia

Oriente Próximo

bases de la región en la Primera Guerra Mundial

política de Obama

Orwell, George, 1984

OTAN

Oxfam

Pachacámac (ciudad inca)

Pacioli, Luca

Pacto Europeo de los Alcaldes para el Clima y la Energía

Padgett, John

Padua (Italia)

Page, Larry

Países Bajos

Pakistán

Palfrey, William

Palmerston, Lord

pandemia de gripe (1918)

panópticos
París,
París, matanzas de (2015)
Park Geun-hye
Parker, Sean
Partido Conservador:
 e integración comercial europea
 thatcherismo
 y MEC9
Partido de los Trabajadores de California
Partido Laborista
Pasternak, Borís
patrón oro
Paulson, Henry
pautas de asentamiento
Pegnitzer, Hans
Pender, John
Pennsylvania Gazette
Perestrello, Rafael
periódicos
periodo premoderno
periodo revolucionario de 1848
Perry, Albert
Pervitin (metanfetamina)
Pestalozzi, Johann Heinrich
peste negra
Petraeus, David
PewDiePie
Philby, Kim
Phillips, Bill
Philpot, John
Piátnitski, Ósip

Piketty, Thomas
Pincus, Mark
Pinkus, Felix Lazerus
Pinochet, Augusto
Pires, Tomé
Pizarro, Francisco
Pizarro, Hernando
«Plataforma de Nueva Escocia», Atlántico noroeste
Plenderleith, Ian
política
 breve lapso de atención
 campana presidencial estadounidense (2008)
 campana presidencial estadounidense (2016)
 creciente polarización
 legitimidad
 masa digital de la década de 2010
 medios sociales durante la crisis
 presiones de los grupos de intereses
 referéndum sobre la Unión Europea en el Reino Unido (2016)
 teoría política clásica
 terreno intermedio de las redes
 véase también élites; estados-nación actuales; estados; orden mundial
Política Agrícola Común (Unión Europea)
Polonia
Pool, Ithiel de Sola
Pope, Alexander
Portugal
Postel, Jon
Powell, Enoch
Powell, Walter
prehistoria
presbiterianismo

Prescott, Dr. Samuel

«Primavera árabe»

Primavera de Praga

Primera Guerra Mundial

 campaña de Galípoli (1915)

 como triunfo de la jerarquía sobre las redes

 difusión del bolchevismo hacia al oeste (1918)

 Kut al-Amara

 llamamiento alemán a los musulmanes del Imperio británico

 orígenes

 subterfugios alemanes

 y nacionalismo árabe

 y sistemas de comunicaciones globales

Pröbster, Edgar

 prosopografía (biografía colectiva)

 protestantismo

 «despertares» y «renacimientos»

 variantes tras la Reforma

 y red de la cultura europea

Prüfer, Carl

 Prusia

 Pückler-Muskau, príncipe de

 Punin, Nikolaái

 Punt, William

 Putin, Vladímir

 Puzo, Mario, *El padrino*

 Qiu Dao-long

 Quesnay, François

 Quigley, Carroll

 quintomonarquistas

radio

Raikes, Thomas

Rajlin, Gennady

Ramo, Joshua

Ramsay, Andrew Michael

Ranke, Leopold von

ranters

Rathenau, Emil

Rauch, James E.

Raymond, Eric

raza y etnicidad:

- antisemitismo
- autosegregación en las escuelas estadounidenses
- clasificación hispana de castas
- régimen de Milner en Sudáfrica
- teorías raciales sobre los judíoesteóricos raciales victorianos
- y uso de Facebook

Real Sociedad Geográfica de Londres

red (palabra)

red Caviar, Montreal

redes

- ataques mutuos
- como tema que atrae a «chiflados»
- como un fenómeno que no es nuevo
- crecimiento en el Bloque del Este en las décadas de 1970 y 1980
- descuido por parte de los historiadores
- «efecto Mateo»
- enorme potenciación en la era digital
- escala reducida durante la mayor parte de la historia escrita
- estudio de Delitsch
- excesiva representación de las redes fallidas en la historia
- idoneidad del cerebro humano

la jerarquía como un tipo especial de red
modelo «los más aptos se hacen ricos»
«propiedades emergentes»
redes personales de las administraciones Nixon/Ford
«sabiduría» de las masas
transmisión de estados emocionales
y redundancia/extinción humana

redes de medios sociales:

carácter desigualitario
durante las crisis políticas
«noticias falsas»
paradoja de las victorias del Brexit y Trump
supervisión en China
surgimiento y expansión
uso por parte de ISIS
y elecciones presidenciales estadounidenses de 2008
y elecciones presidenciales estadounidenses de 2016
véase también Facebook; Twitter

redes del mundo natural

redes empresariales:

«comportamiento organizacional»
Compañía Británica de las Indias Orientales
Cotrugli, *Libro del arte del comercio*
crecimiento a partir de la década de 1970
dinastías empresariales judeoalemanas,
élites
generación de capital social
grupos de *keiretsu* japoneses
red de exalumnos
teorías de la conspiración

redes energéticas y eléctricas

redes familiares

Redner, Sidney

Rees, Goronwy

Reforma

consecuencias económicas

divisiones como rasgo definitorio

guerras religiosas

y red de la cultura europea

regímenes totalitarios

véase también Alemania nazi; Unión Soviética

regulación:

de Internet

de las ondas

del mercado laboral

desregulación de las finanzas (décadas de 1980 y 1990)

estado «gestor» o «administrativo»

redes del mundo natural

y crisis financiera (2008)

y Napoleón

Reino Unido, *véase* Gran Bretaña

Reitz, Deneys

relaciones internacionales, *véase* orden mundial

religión:

e Imperio romano

élites sacerdotales en la historia antigua

y homofilia

y monarcas absolutos

y usura

véase también catolicismo; cristianismo; islam; protestantismo

Renacimiento

Renwick, Robin

Renyi, Alfred

Reuss, Theodor

Revere, Paul,
Revolución científica
Revolución estadounidense
Revolución industrial:
 como un producto de redes
 en Alemania
 industria textil en el siglo XIX
 nueva élite social y política
 nuevas tecnologías de comunicación
 redes de capitales
 y urbanización
Revolución rusa (1917)
Rhodes, Cecil
Ribbentrop-Mólotov, Pacto (23 de agosto de 1939)
Ridley, Nicholas
Roberts, Issachar Jacox
Robertson, Pat, *El nuevo orden mundial* (1991)
Robison, John
Rockdale County (Georgia)
Rockefeller, Nelson
Rodesia
Rogers, Everett
Rogers, Michael S.
Rogers, William
Roma antigua
Roma, Tratado de (1957)
Roosevelt, Franklin D.
rosacruces
Rosenberg, Alfred
Rosengren, Eric S.
Rothschild, familiar
 agentes a sueldo

como familia políticamente flexible
persecución nazi
poder e influencia
servicio postal y de mensajería
y antisemitismo
y thatcherismo
Rothschild, Nathan
Rothschild, Nathaniel, primer barón Rothschild
Rothschild, Victor
Rousseau, Jean-Jacques
Royal Society
RT (canal de televisión ruso)
Rumania
Rumsfeld, Donald
Ruppin, Arthur
Rusia:
absolutismo en el siglo XIX
Academia Imperial de Ciencias de Rusia
gobierno provisional (1917)
vida rural en el siglo XIX
y pentarquía del siglo XIX
y Primera Guerra Mundial
Rusia postsoviética:
ciberguerra contra Estados Unidos
«ransomware» WannaCry (mayo de 2017)
red de inteligencia
y «conspiración liderada por Estados Unidos»
y Consejo General de la ONU
y elecciones presidenciales estadounidenses (2016)
Russell, Bertrand
Russell, Lord John
Rutas de la Seda

Ryūkyū, reino de

Sackville-West, Vita

Sacro Imperio Romano

Sáez, Emmanuel

Safaricom

Sajonia-Coburgo, dinastía

Sampson, Anthony

Samsung Electronics

Samuelson, Paul

San Bernardino, atentado terrorista

San Francisco:

 bahía de

 emigración china a

Sandberg, Sheryl

Sanders, Bernie

Sanders, general Liman von

Sangre fácil (filme de los hermanos Coen)

Saverin, Eduardo

Schaw, William

Schiller, Friedrich

Schlesinger, Helmut

Schmidt, Eric

Schwab, Klaus

Scotten, W. E.

Sebelius, Kathleen

sectas utópicas en el *fin de siècle*

sector industrial:

 Alemania Oriental

 centralización a finales del siglo XIX

 industria textil en el Reino Unido

 planificación centralizada en la posguerra

sociedades por acciones
sector tecnológico financiero
Segel, Erna
Segunda Guerra Mundial
Selborne, Lord
Selim I, sultán otomano
Serbia
Servicio de Inteligencia Secreto (SIS, MI6)
servicios postales
Shadow Brokers
Shakespeare, William,
Shawish, Abd al-Aziz
Shchepkin, Nikolái
Shove, Gerald
Shukman, Harry
Sicilia
Sidgwick, Henry
Siegel, Benjamin *Bugsy*
Siena
Silicon Valley
alineado con Hillary Clinton
arquitectura horizontal de
bloqueo del mercado chino
carácter no meritocrático de
idealización del futuro
véase también tecnología digital; redes de medios sociales
Simpson, Emile
Sina Weibo
Sinatra, Frank
Sindicato Nacional de Maestros (Reino Unido)
Singapur
Siria

crisis
sistema educativo Lancaster
sistema financiero
auge del mercado de «eurobonos»
Banco Central Europeo
complejidad creciente
concentración a finales del siglo XIX
crédito y deuda
criptomoneda china
dominio de los Médici en Florencia
élites bancarias y empresariales
flexibilidad en la Inglaterra del siglo XIX
globos de conectividad de red
impacto de los atentados del 11-S
liberalización del mercado de capitales (década de 1980)
Londres como núcleo indiscutible
red de exalumnos
sistema adaptativo complejo
teoría de la «reflexividad» de Soros
uso de información privilegiada y manipulación de los tipos de interés
venta en corto de monedas
y antisemitismo
y Cotrugli
y crisis del MEC
y desplome del comunismo en el Bloque del Este
y Estado administrativo
y teorías de la conspiración
véase también Rothschild, familia
Skinner, Quentin
Skype
Slaughter, Anne-Marie
Slessor, Sir John

Slim, Carlos
Sloan, Alfred
Smith, Adam
Smith, Ian, líder rodesiano
Smith, Robert (*Dr. Bob*)
Smuts, Jan
Smyth, George W.
Šnejdársek, Antonín
Snowden, Edward
socialdemócratas
Socialismo Cristiano
socialismo
social-revolucionarios (partido ruso)n
«Sociedad del Loto Blanco» en China
Sociedad Filosófica Americana
Sociedad Filosófica
Sociedad Lunar de Birmingham
Sociedad Misionera de Londres
Sociedad para la Divulgación del Conocimiento Útil
Sociedad Selecta, club de Edimburgo
sociedades tradicionales
Solidaridad (sindicato polaco)
Solomon, Flora
Solzhenitsyn, Aleksandr, *Archipiélago Gulag*
Somalia
Sony Pictures
Soros, George
Sousa, Leonel de
Spotify
Srinivasan, Balaji
Stalin, Iósif
Stead, William T.

Stendhal, *Rojo y negro* (1830)
Stephani, Joachim
Stephen, Adrian
Stewart, Jon
Stimson, Henry L.
Stockton, David J.
Stolberg-Rossla, Johann Martin, conde de
Storrs, Ronald
Strachey, James
Strachey, Lytton
Straight, Michael
Strogatz, Steven
Sudáfrica:
 apartheid
 constitución (1910)
 descubrimientos de oro en
 «esclavitud china» en
 guerra de los Bóeres (1899-1902)
 «Incurción de Jameson» (1897)
 Mandela abandona la nacionalización
 situación política a comienzos de la década de 1990
 y Cecil Rhodes
 y Milner
 y Primera Guerra Mundial
Sudamérica:
 guerra de la Triple Alianza (1864-1870)
 imperialismo hispano
 llegada de los portugueses a Brasil
 sistema educativo Lancaster
Suecia
Sukarno, presidente of Indonesia
sultanato mameluco

Sumenson, Yevguéniya

Suzman, Helen

Swift, Jonathan

Sykes, Sir Markn

Syme, Ronald

tabaco

Talat, Mehmet

Taleb, Nassim

talibanes

tecnologías de comunicación:

cables submarinos

redes imperialistas

reducción de los costes de transporte en el siglo XIX

Revolución industrial

supervisión gubernamental

y control centralizado

véase también tecnología digital; Internet; redes de medios sociales

teoría de redes:

centralidad de cercanía

centralidad de grado

centralidad de intermediación

centralidad

clústeres

coeficientes de agrupamiento

«comportamiento organizacional»

concepto de «mundo pequeño»

concepto de «seis grados de separación»

conceptos fundamentales

«conexión preferencial»

«densidad» de la red

difusión de ideas («memes»)

distribuciones «libres de escala»
distribuciones tipo Pareto
el Brexit como reivindicación
el cliché de «hacerse viral»
estudio de redes aleatorias
«heterofilia óptima»
«homofilia» (asortatividad)
«huecos estructurales»
ignorada por los historiadores
interacción de redes distintas
inventada por Euler (1735)
«la fuerza de los vínculos débiles»
labor integradora de los intermediarios
ley de Metcalfe
«modelo de flujo de comunicación en dos pasos»
nodos «porteros»
núcleos
problema de los puentes de Königsberg
puentes de red
redes modulares
siete ideas para los historiadores
sociogramas
tríada imposible
tríadas equilibradas
«tríadas prohibidas»
variantes de la estructura de red
Tamm, Ígor
Tanganica
Taylor, A.J.P.
Taylor, Charles
tecnología digital:
como un logro surgido en Estados Unidos

conectividad en el mundo en desarrollo
descenso del precio
desigualitaria
discrepancia entre el ideal y la realidad
génesis en la década de 1970
Kissinger y el ciberespacio
ley de Moore
masa digital
monopolios y duopolios
movimiento del software de código abierto
pinchazo de la burbuja puntocom (1999)
predominio estadounidense
redes de enorme potencial
respuestas de China
segunda fase de la revolución de las TIC
tecnología *blockchain*
tercera oleada de innovación (mediados de la década de 2000)
tiempo destinado a conectarse online
utopía de los *netizens*
virus informáticos
y elecciones presidenciales estadounidenses de 2008
y globalización
y liberalización del mercado de capitales (década de 1980)
y victoria de «Vote Leave» en el referéndum de 2016
véase también ciberguerra; Internet

teléfono
telefonía móvil
crecimiento exponencial
implantación del *smartphone*
telégrafo
televisión
y «Primavera árabe»

y desplome del comunismo en el Bloque del Este
Tencent (respuesta china a Facebook)
Tennyson, Alfred
Tepper, Jonathan
Tercer Mundo
terrorismo islamista
 adaptación para pasar de una red cerrada a un «enjambre»
 Al Qaeda
 atentado de Orlando
 atentado de San Bernardino
 atentados del 11-S
 diferencias entre Al Qaeda e ISIS
 epidemia actual de atentados
 Estado Islámico de Irak y al-Sham (ISIS)
 insurgencia en red
 proceso de *dawa* (radicalización)
 red salafista global
 y «guerra contra el terrorismo» occidental
 y comunidades árabes
 y elecciones presidenciales estadounidenses de 2016
 yihad global
Thacher, Ebby
Thatcher, Margaret
The Fall and Rise of Reginald Perrin (serie de televisión)
Thiel, Peter
Thomas, Isaiah
Thomson, James
Tietz, grandes almacenes
Tocqueville, Alexis de
Tolstói, León, *Guerra y paz*
Tomlin, Ian
Torcello, isla de

Tordesillas, tratado de (1494)

Torvalds, Linus

Toynbee, Arnold

Toynbee, Philip

Toyota

Trench, Richard Chevenix

Trevor-Roper, Hugh, *Los últimos días de Hitler*

Trichet, Jean-Claude

Tripp, Brenda

Trollope, Anthony

Troppau, Congreso de (1820)

Trotsky, León,

«Trampa de Tucídides»

Truman, Harry S.

Trump, Donald:

 analogías con Hitler y Nixon

 campaña electoral presidencial (2016)

 como paradoja central de la época

The Art of the Deal

Torre Trump

y grandes empresas de TIC

y red de la «alt-right» (derecha alternativa)

Túnez

Turchin, Peter

Twittern

 fundación (marzo de 2006)

 y campaña de Trump

 y terrorismo islámico

Uber

Ucrania

Ungat, Meinard

Unión Europea (UE; antes CEE)
referéndum de 2016 en el Reino Unido
unión monetaria europea

Unión Soviética:
desintegración
destrucción de redes privadas
economía en la década de 1970
escisión sino-soviética
espías de Cambridge
redes de oposición en los países del Bloque del Este
tiranía estalinista
y Consejo de Seguridad de la ONU

Universidad de Cambridge
«Conversazione Society» («Apóstoles»)
espías de Cambridge

Universidad de Harvard
y Kissinger
y Zuckerberg

Universidad de Ingolstadt

Universidad de Oxford
becas Rhodes
simpatizantes nazis

Ur, tercera dinastía de

Vail, Theodore

Valachi, Joseph

Valentin, Hugo

Valmy, batalla de (1792)

Vega, Garcilaso de la

Venona, programa (inteligencia estadounidense)

Verizon

Verona, Congreso de (1822)

Victoria, reina de Inglaterra
vida académica
 estructuras de poder jerárquicas
 judíos en Alemania
 redes de exalumnos universitarios
 y Kissinger
 véase también Universidad de Cambridge; Universidad de Harvard; Universidad
 de Oxford

Viena, Congreso de (1814-1815)

Vietnam, guerra de

Vieyra, Christovão

Víktor Leónov (barco espía ruso)

Villari, Pasquale

Voegelin, Eric

Vólkov, Konstantín

Voltaire

Waigel, Theo

Walker, Walter Colyear

Wallach, Eli

Wang Hong (almirante Ming)

Wangenheim, Hans Freiherr von

Warburg, Max

Warburg, Siegmund

Ward, Frederick Townsend

Warren, Dr. Joseph, III

Washington, George

Wassermann, Oskar

Wassmuss, Wilhelm

Watergate, escándalo

Waterloo, batalla de (1815)

Watson, Alister

Watt, James
Watts, Duncan
Waziristán
Weber, Max
Weill, Alexandre
Weishaupt, Adam
Weisskopf, Victor
Weisweiler, Daniel
Wertheim, grandes almacenes
West, Geoffrey
Western Union
Westfalia, Paz de (1648)
Westminster, duque de
Whitehead, A.N.
Wickham, Henry
WikiLeaks
Wikipedia
Wilberforce, William
Williams, Evan
Williams, Joseph
Wilson, Harold
Wilson, William (*Bill W.*)
Windolf, Paul
Witkowitz, fundición
Wittenberg
Wittgenstein, Ludwig
Wolsey, cardenal Thomas
Wood, Graeme
Woolf, Leonard
Woolf, Virginia (de soltera Stephen)
Wurster, Hans
Wylie, Tom

Xi Jinping
XianFeng, emperador Qing
xiongnu (hunos)

Yagoda, Guénrij
Yahoo
Yang Xiuqing
Yanukóvich, Viktor
Yazdi, gran mujtahid Muhammad Kadhin
Yemen
Yezhov, Nikolái
Yiannopoulos, Milo
Yongle, emperado
Yoshitane, Ashikag
YouTube
Yueh-kang, China

Zachary, Wayne
Zacuto, Abraão
Zegart, Amy
Zhdánov, Andréi
Zheng, almirante
Zhengde, emperador
Zhou Enlai
Zito, Salena
Zóshchenko, Mijaíl
Zuckerberg, Mark
 idealización del futuro
 y el mercado chino
zuínglianos
Zwack, Franz Xaver von

Notas

PRIMERA PARTE. INTRODUCCIÓN: REDES Y JERARQUÍAS

CAPÍTULO 1. EL MISTERIO DE LOS ILLUMINATI

[1] Agethen, *Geheimbund und Utopie*, p. 72.

[2] Markner, Neugebauer-Wolk y Schuttler, eds., *Korrespondenz des Illuminatenordens*, p. XXI.

[3] Van Dülmen, *Society of the Enlightenment*, pp. 110 y ss. Krueger, *Czech, German and Noble*, p. 65.

[4] Markner, Neugebauer-Wolk y Schuttler, eds., *op. cit.*, p. XIV.

[5] Más de dos mil según algunas fuentes, como, por ejemplo, Krueger, *Czech, German and Noble*, p. 65. En realidad, solo se conocen con certeza 1.343 nombres de Illuminati: véase la lista en <https://projekte.uni-erfurt.de/illuminaten/Mitglieder_des_Illuminatenordens, y Schüttler, *Mitglieder des Illuminatenordens*>.

[6] Van Dülmen, *Society of the Enlightenment*, pp. 105-106.

[7] Para mayores detalles sobre los miembros de la

aristocracia, véase Melanson, *Perfectibilists*.

[8] Agethen, *op. cit.*, p. 76.

[9] *Ibid.*, pp. 234-235.

[10] Israel, *Democratic Enlightenment*, pp. 748 y ss. Acerca de la importante contribución de Bode, sobre todo como archivero, véase Simons y Meumann, «“Mein Amt ist geheime gewissens Correspondenz und unsere Brüder zu führen”».

[11] Israel, *op. cit.*, p. 751.

[12] *Ibid.*, pp. 300-301.

[13] *Ibid.*, p. 842; Krueger, *op. cit.*, p. 66.

[14] Véase Hofman, «Opinion, Illusion and the Illusion of Opinion».

[15] Véase, por ejemplo, Payson, *Proofs of the Real Existence*.

[16] Hofstadter, *Paranoid Style*.

[17] McArthur, «“They’re Out to Get Us”», p. 39.

[18] Massimo Introvigne, «Angels & Demons from the Book to the Movie FAQ - Do the Illuminati Really Exist?», <http://www.cesnur.org/2005/mi_illuminati_en.htm>.

[19] <<http://illuminati-order.com/>; <http://illuminati-order.org/newworldorder/>>.

[20] Robert Howard, «United States Presidents and The Illuminati/Masonic Power Structure», 28 de septiembre de 2001: <<http://www.webcitation.org/5w4mwTZLG>>.

[21] Véase, por ejemplo, <<http://theantichristidentity.com/barack-obama-illuminati.htm>>.

[22] Wes Penre, «The Secret Order of the Illuminati (A Brief History of the Shadow Government)», 12 de noviembre de 1998 (actualizado el 26 de septiembre de 2009).

[23] Véase, por ejemplo, Oliver y Wood, «Conspiracy Theories».

[24] *Ibid.*, p. 959.

[25] *Ibid.*, p. 956.

[26] *Ibid.*

[27] Véase, por ejemplo, <<https://www.infowars.com/george-sorosilluminati-behind-blm/>>.

[28] Oliver y Wood, *op. cit.*, p. 964.

[29] Knight, «Outrageous Conspiracy Theories», p. 166.

[30] Swami *et al.*, «Conspiracist Ideation in Britain and Austria».

[31] Livers, «The Tower or the Labyrinth».

[32] Landes, «The Jews as Contested Ground».

[33] Massimo Introvigne, *op. cit.*

[34] Markner, Neugebauer-Wolk y Schuttler, eds., *op. cit.*; Wäges y Markner, eds., *Secret School of Wisdom*.

[35] Roberts, *Mythology of the Secret Societies*, p. vii.

[1] Margit Feher, «Probe into Deaths of Migrants in Hungary Uncovers “Vast Network”», *The Wall Street Journal*, 12 de octubre de 2016.

[2] Herminia Ibarra y Mark Lee Hunter, «How Leaders Create and Use Networks», *Harvard Business Review*, enero de 2007.

[3] Athena Vongalis-Macrow, «Assess the Value of Your Networks», *Harvard Business Review*, 29 de junio de 2012.

[4] Lauren H. Cohen y Christopher J. Malloy, «The Power of Alumni Networks», *Harvard Business Review*, octubre de 2010.

[5] Andrew Ross Sorkin, «Knowledge is Money, But the Peril is Obvious», *The New York Times*, 26 de noviembre de 2012. Véase Enrich, *Spider Network*.

[6] Véase Andrew Haldane, «On Tackling the Credit Cycle and Too Big to Fail», enero de 2011: <http://www.iiea.com/event/download_powerpoint?urlKey=andrew-haldane-on-fixingfinance>.

[7] Navidi, *Superhubs*, en especial pp. xxiv, 83-85, 95, 124-125.

[8] <<https://www.youtube.com/watch?v=vST6iW4bGm8>>.

[9] «Assessing Russian Activities and Intentions in Recent US Elections», 6 de enero de 2016: <<http://apps.washingtonpost.com/g/page/politics/the-intelligence-community-report-on-russian-activities-in-the-2016-election/2153/>>.

[10] Donald J. Trump, discurso pronunciado el 15 de agosto de 2016: <https://assets.donald-trump.com/Radical_Islam_Speech.pdf>; discurso pronunciado en el Comité de Asuntos Públicos Americano-Israelí (AIPAC), 21 de marzo de 2016: <<http://time.com/4267058/donald-trump-aipac-speech-transcript/>>.

[11] Ito y Howe, *Whiplash*.

[12] Ramo, *Seventh Sense*, p. 92.

[13] Adrienne Lafrance, «The Age of Entanglement», *The Atlantic*, 8 de agosto de 2016.

[14] Khanna, *Connectography*.

[15] Castells, *Rise of the Network Society*, p. 508.

[16] Friedland, «Electronic Democracy». Véase también Boeder, «Habermas's Heritage».

[17] Schmidt y Cohen, *New Digital Age*, p. 7.

[18] Grewal, *Network Power*, p. 294.

[19] Anne-Marie Slaughter, «How to Succeed in the Networked World», *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 2016, p. 76.

[20] Slaughter, *Chessboard and the Web*, posición en el lector Kindle [en adelante pos.] 2.893-2.894.

[21] Khanna, *op. cit.*, p. 139.

[22] Véase Kissinger, *World Order*, p. 347.

[23] Martin Belam, «We're Living Through the First World Cyberwar - But Just Haven't Called It That», *Guardian*, 30 de diciembre de 2016.

[24] Harari, *Homo Deus*, pp. 344, 395.

[25] Harari, *Sapiens*, pos. 6.475.

[26] Véase, por ejemplo, Vinod Khosla, «Is Majoring in Liberal Arts a Mistake for Students?», *Medium*, 10 de febrero de 2016: <<https://medium.com/@vkhosla/is-majoring-in-liberal-arts-a-mistake-for-students-fd9d20c8532e>>.

CAPÍTULO 3. REDES, REDES POR TODAS PARTES

[1] West, *Scale*. Véase también Strogatz, «Exploring Complex Networks».

[2] Watts, «Networks, Dynamics, and the Small-World Phenomenon», p. 515.

[3] West, «Can There be a Quantitative Theory», pp. 211-212.

[4] Caldarelli y Catanzaro, *Networks*, pp. 23-24.

[5] Dittrich, *Patient H.M.*

- [6] Christakis y Fowler, *Connected*, p. 97.
- [7] Vera y Schupp, «Network Analysis», pp. 418-419.
- [8] Jackson, «Networks in the Understanding of Economic Behaviors», p. 8.
- [9] Liu, King y Bearman, «Social Influence».
- [10] Henrich, *Secret of Our Success*, p. 5.
- [11] Dunbar, «Coevolution of Neocortical Size».
- [12] Christakis y Fowler, *op. cit.*, p. 239.
- [13] Tomasello, «Two Key Steps».
- [14] Massey, «Brief History», pp. 3-6.
- [15] McNeill y McNeill, *Human Web*, pp. 319-321.
- [16] Jackson, Rodriguez-Barraquer y Tan, «Social Capital and Social Quilts».
- [17] Banerjee *et al.*, «Gossip».
- [18] <<https://www.youtube.com/watch?v=nLykrziXGyg>>.
- [19] Véase, por ejemplo, *Otelo*, acto II, escena 3, y acto III, escena 4; *Bien está lo que bien acaba*, acto IV, escena 3.
- [20] *Oxford English Dictionary*.
- [21] Véase <<http://www.nggprojectucd.ie/phineas-finn/>>.

CAPÍTULO 4. ¿POR QUÉ LAS JERARQUÍAS?

- [1] Massey, «Brief History», p. 14.

[2] Laura Spinney, «Lethal Weapons and the Evolution of Civilisation», *New Scientist*, n.º 2.886 (2012), pp. 46-49.

[3] Dubreuil, *Human Evolution*, pp. 178, 186, 202.

[4] Turchin *et al.*, «War, Space, and the Evolution of old World Complex Societies».

[5] Gorki, *My Universities*, p. 69.

[6] Véase la obra más reciente de Acemoglu y Robinson *Why Nations Fail*.

[7] Boisot, *Information Space*, y *Knowledge Assets*.

[8] Powell, «Neither Market nor Hierarchy», pp. 271-272.

[9] Rhodes, «New Governance».

[10] Thompson, *Between Hierarchies and Markets*.

[11] Boisot y Lu, «Competing and Collaborating in Networks».

CAPÍTULO 5. DE LOS SIETE PUENTES A LOS SEIS GRADOS

[1] Caldarelli y Catanzaro, *Networks*, p. 9.

[2] Véase Heidler *et al.*, «Relationship Patterns».

[3] Moreno, *Who Shall Survive?*, pp. XIII, LXVI.

[4] Crane, «Social Structure in a Group of Scientists».

[5] James E. Rauch, reseña de Jackson, *Social and Economic Networks*, en *Journal of Economic Literature*, vol.

48, n.º 4 (diciembre de 2010), p. 981.

[6] Leskovec, Huttenlocher y Kleinberg, «Signed Networks in Social Media».

[7] McPherson *et al.*, «Birds of a Feather», p. 419.

[8] Currarini *et al.*, «Identifying the Roles of Race-Based Choice and Chance». Véase también Moody, «Race, School Integration, and Friendship Segregation».

[9] Vera y Schupp, «Network Analysis», p. 409.

[10] Milgram, «Small-World Problem».

[11] Watts, *Six Degrees*, p. 134. Véase también Schnettler, «Structured Overview».

[12] Barabási, *Linked*, p. 29.

[13] Jennifer Schuessler, «How Six Degrees Became a Forever Meme», *The New York Times*, 19 de abril de 2017.

[14] Jackson, Rogers y Zenou, «Connections in the Modern World».

[15] Davis, Yoo y Baker, «The Small World of the American Corporate Elite».

[16] Lars Backstrom, Paolo Boldi, Marco Rosa, Johan Ugander y Sebastiano Vigna, «Four Degrees of Separation», 22 de junio de 2012: <<https://research.fb.com/publications/four-degrees-of-separation/>>.

[17] Smriti Bhagat, Moira Burke, Carlos Diuk, Ismail Onur Filiz y Sergey Edunov, «Three and a Half Degrees of

Separation», 4 de febrero de 2016: <<https://research.fb.com/three-and-a-half-degrees-of-separation/>>.

CAPÍTULO 6. VÍNCULOS DÉBILES E IDEAS VIRALES

[1] Granovetter, «Strength of Weak Ties».

[2] Granovetter, «Strength of Weak Ties Revisited», p. 202.

[3] Véase también Tutic y Wiese, «Reconstructing Granovetter’s Network Theory». Una reciente investigación con datos de Facebook confirma en gran medida la tesis de Granovetter: Laura K. Gee, Jason Jones y Moira Burke, «Social Networks and Labor Markets: How Strong Ties Relate to Job Finding on Facebook’s Social Network», 13 de enero de 2016: <<https://research.fb.com/publications/social-networks-and-labor-markets-how-strong-ties-relate-to-job-transmission-on-facebooks-social-network/>>.

[4] Liu, King y Bearman, «Social Influence».

[5] Watts y Strogatz, «Collective Dynamics of “Small-World” Networks».

[6] Watts, «Networks, Dynamics, and the Small-World Phenomenon», p. 522.

[7] Powell, «Neither Market nor Hierarchy», pp. 301, 304.

[8] Calvó-Armengol y Jackson, «The Effects of Social Networks on Employment and Inequality».

[9] Smith-Doerr y Powell, «Networks and Economic Life».

[10] Bramoullé *et al.*, «Homophily and Long-Run Integration»; Jackson y Rogers, «Meeting Strangers and Friends of Friends».

[11] Greif, «Reputation and Coalitions in Medieval Trade» y «Contract Enforceability and Economic Institutions».

[12] Coleman, «Social Capital».

[13] Burt, *Structural Holes*, pos. 46-49.

[14] Burt, *Brokerage and Closure*, p. 7. Véase también Burt, *Neighbor Networks*.

[15] Burt, «Structural Holes and Good Ideas», pp. 349-350.

[16] Carroll y Teo, «On the Social Networks of Managers», p. 433.

[17] Harrison y Carroll, «Dynamics of Cultural Influence Networks», p. 18.

[18] Goldberg *et al.*, «Fitting In or Standing Out?», pp. 2-3.

[19] Berger, *Contagious*. Véase también Sampson, *Virality*.

[20] Puede verse un buen análisis en Collar, *Religious Networks*, pp. 13-14.

[21] Katz y Lazarsfeld, *Personal Influence*.

[22] Hill, «Emotions as Infectious Diseases».

[23] Dolton, «Identifying Social Network Effects».

[24] Christakis y Fowler, *Connected*, p. 22.

[25] Kadushin, *Understanding Social Networks*, pp. 209-210.

[26] Nahon y Hemsley, *Going Viral*.

[27] Centola y Macy, «Complex Contagions».

[28] Watts, *Six Degrees*, p. 249.

CAPÍTULO 7. VARIETADES DE REDES

[1] Rosen, «The Economics of Superstars».

[2] Barabási y Albert, «Emergence of Scaling in Random Networks».

[3] Barabási, *Linked*, pp. 33-34, 66, 68-69, 204.

[4] *Ibid.*, p. 221.

[5] *Ibid.*, pp. 103, 221.

[6] Dolton, «Identifying Social Network Effects».

[7] Strogatz, «Exploring Complex Networks».

[8] Cassill y Watkins, «Evolution of Cooperative Hierarchies», p. 41.

[9] Ferguson, «Complexity and Collapse».

[1] Padgett y McLean, «Organizational Invention and Elite Transformation».

[2] Padgett y Powell, *Emergence of Organizations and Markets*, pos. 517-518.

[3] Loreto *et al.*, «Dynamics and Expanding Spaces».

[4] Barabási, *Linked*, pp. 113-118.

[5] *Ibid.*, p. 135.

[6] Castells, «Information Technology, Globalization and Social Development», p. 6.

[7] Mayer y Sinai, «Network Effects, Congestion Externalities».

[8] Amy Zegart, «Cyberwar», TEDxStanford: <<https://www.youtube.com/watch?v=JSWPoeBLFyQ>>.

[9] Michael McFaul y Amy Zegart, «America Needs to Play Both the Short and Long Game in Cybersecurity», *The Washington Post*, 19 de diciembre de 2016.

[10] Véase, por ejemplo, Heylighen, «From Human Computation to the Global Brain» y «Global Superorganism».

[11] Véase, por ejemplo, Bostrom, *Superintelligence*.

[12] Slaughter, «How to Succeed in the Networked World», pp. 84-85; Slaughter, *The Chessboard and the Web*,

pos. 2.642-2.643, 2.738.

[13] Allison, «Impact of Globalization».

[14] Ramo, *Seventh Sense*, pp. 82, 118, 122.

[15] Véase, por ejemplo, Tomlin, *Cloud Coffee House*.

[16] Fukuyama, *Great Disruption*, p. 224. Véase también Fukuyama, *Origins of Political Order*, pp. 13-14, y *Political Order and Political Decay*, pp. 35-36.

[17] Dominic Cummings, «Complexity, “Fog and Moonlight”, Prediction, and Politics II: Controlled Skids and Immune Systems», entrada de blog, 10 de septiembre de 2014:

<<https://dominiccummings.wordpress.com/2014/09/10/comp-fog-and-moonlight-prediction-and-politics-ii-controlled-skids-and-immune-systems/>>.

CAPÍTULO 9. SIETE IDEAS

[1] Sobre la centralidad de vector propio, véase Cline y Cline, «Text Messages, Tablets, and Social Networks», pp. 30-35.

[2] Bennett, *History Boys*.

CAPÍTULO 10. LOS ILLUMINATI ILUMINADOS

[1] Agethen, *Geheimbund und Utopie*, pp. 70-71; Israel, *Democratic Enlightenment*, pp. 828-829. Cfr. Stauffer, *New England and the Bavarian Illuminati*, pp. 142-228.

[2] Wäges y Markner, eds., *Secret School of Wisdom*, p. 14.

[3] *Ibid.*, p. 15.

[4] Van Dülmen, *Society of the Enlightenment*, pp. 55-56.

[5] Véase Schüttler, «Zwei freimaurerische Geheimgesellschaften». Este fermento culminó en 1782 en el *Konvent* de logias alemanas celebrado en Wilhelmsbad.

[6] Hataley, «In Search of the Illuminati».

[7] Israel, *op. cit.*, p. 836.

[8] Van Dülmen, *op. cit.*, pp. 106 y ss.

[9] Markner, Neugebauer-Wolk y Schüttler, eds., *Korrespondenz des Illuminatenordens*, p. xxiii.

[10] Hataley, *op. cit.* Véase también Markner, Neugebauer-Wolk y Schüttler, eds., *op. cit.*, p. xix.

[11] Pueden verse los detalles del «Nuevo Plan para el Orden» de diciembre de 1782 en Agethen, *op. cit.*, pp. 75-76. Cfr. Wäges y Markner, eds., *op. cit.*, *passim*, y <https://projekte.uni-erfurt.de/illuminaten/Grade_und_Instruktionen_des_Illuminatenordens>

[12] Wäges y Markner, eds., *op. cit.*, p. 13.

[13] Agethen, *op. cit.*, pp. 112-113.

[14] Simons y Meumann, «“Mein Amt ist geheime

gewissens Correspondenz und unsere Brüder zu führen”».

[15] Wäges y Markner, eds., *op. cit.*, pp. 31-32.

[16] Israel, *op. cit.*, pp. 831-832.

[17] *Ibid.*, p. 841.

[18] Agethen, *op. cit.*, p. 82.

[19] Meumann and Simons, «Illuminati», col. 881.

[20] Melanson, *Perfectibilists*, pos. 913.

[21] Simons y Meumann, *op. cit.*

SEGUNDA PARTE. Emperadores y exploradores

CAPÍTULO 11. BREVE HISTORIA DE LA JERARQUÍA

[1] Cassill y Watkins, «Evolution of Cooperative Hierarchies».

[2] Tomasello, «Two Key Steps».

[3] Smail, *Deep History*.

[4] McNeill y McNeill, *Human Web*.

[5] Dubreuil, *Human Evolution*, p. 191.

[6] Turchin *et al.*, «War, Space, and the Evolution of old World Complex Societies».

[7] Spinney, «Lethal Weapons and the Evolution of Civilisation».

[8] Gellner, *Nations and Nationalism*, p. 10. Véase Ishiguro, *Buried Giant*.

[9] Cline y Cline, «Text Messages, Tablets, and Social Networks», p. 29.

[10] Cline, «Six Degrees of Alexander», pp. 68-69.

[11] Tainter, «Problem Solving», p. 12.

[12] Allen y Helling, «Collapse of the World's Oldest Civilization».

[13] Malkin, *Small Greek World*.

[14] Syme, *Roman Revolution*, pp. 4, 7-8.

[15] Frankopan, *Silk Roads*, pos. 118.

[16] Christian, «Silk Roads or Steppe Roads?».

[17] Scheidel, «From the “Great Convergence” to the “First Great Divergence”».

[18] Stark, «Epidemics, Networks, and the Rise of Christianity».

[19] Harland, «Connections with Elites in the World of the Early Christians», p. 391.

[20] Collar, *Religious Networks*.

[21] Fukuyama, *Origins of Political Order*, p. 273.

[22] *Ibid.*

[23] *Ibid.*, pp. 141-145.

CAPÍTULO 12. LA PRIMERA ERA INTERCONECTADA

[1] Jackson, Rogers y Zenou, «Connections in the Modern World».

[2] Barnett, ed., *Encyclopedia of Social Networks*, vol. I, p. 124.

[3] Para profundizar más en el tema, véase Ferguson, *Civilization*.

[4] Padgett y Ansell, «Robust Action and the Rise of the Medici».

[5] Padgett, «Marriage and Elite Structure in Renaissance Florence», pp. 92-93.

[6] Padgett y McLean, «Organizational Invention and Elite Transformation», pp. 1.463, 1.467 y 1.545.

[7] *Ibid.*, p. 1.545. Véase también Padgett y Powell, *Emergence of Organizations and Markets*, pp. 810-814, 855-860 y 861-867.

CAPÍTULO 13. EL ARTE DE LA NEGOCIACIÓN RENACENTISTA

[1] Cotrugli, *Book of the Art of Trade*, pp. 3-4.

[2] *Ibid.*, p. 24.

[3] *Ibid.*

[4] *Ibid.*, p. 5.

[5] *Ibid.*, p. 6.

[6] *Ibid.*, p. 57.

[7] *Ibid.*, p. 7.

[8] *Ibid.*

CAPÍTULO 14. DESCUBRIDORES

[1] Rodrigues y Devezas, *Pioneers of Globalization*.

[2] Chang, *Sino-Portuguese Trade*, p. 62.

[3] Wills, ed., *China and Maritime Europe*, p. 336.

[4] Wade, «Melaka in Ming Dynasty Texts», p. 34.

[5] Sen, «Formation of Chinese Maritime Networks».

[6] Wade, *op. cit.*, p. 51.

[7] Wills, ed., *op. cit.*, p. 39.

CAPÍTULO 15. PIZARRO Y LOS INCAS

[1] Smith, «Networks, Territories, and the Cartography of Ancient States», pp. 839-840 y 845.

[2] Garcia-Zamor, «Administrative Practices», pp. 152-164. Véase también Heady, *Public Administration*, pp. 163-164.

[3] Fukuyama, *Political Order and Political Decay*, pp. 249-251.

[4] Burbank y Cooper, *Empires in World History*, pp. 163-166.

[5] Morrissey, «Archives of Connection».

[6] Barnett, ed., *Encyclopedia of Social Networks*, vol. II, pp. 703-704.

[7] Katarzyna *et al.*, «Genome-Wide Patterns of Population Structure».

[8] Zuñiga, «Visible Signs of Belonging».

CAPÍTULO 16. CUANDO GUTENBERG ENCONTRÓ A LUTERO

[1] Dittmar, «Information Technology and Economic Change».

[2] Naughton, *From Gutenberg to Zuckerberg*, pp. 15-21.

[3] Pettegree, *Brand Luther*, p. 334.

[4] Dittmar y Seabold, «Media, Markets, and Radical Ideas».

[5] Elizabeth Eisenstein, cit. en Gleick, *The Information*, p. 399.

[6] Ahnert y Ahnert, «Protestant Letter Networks in the Reign of Mary I», p. 6.

[7] *Ibid.*, pp. 27-28.

[8] Ahnert y Ahnert, «Metadata, Surveillance, and the Tudor State».

[9] Puede verse un análisis tan novedoso como exhaustivo en Eire, *Reformations*.

[10] Adamson, *Noble Revolt*.

[11] Namier, *Structure of Politics*.

TERCERA PARTE. CARTAS Y LOGIAS

CAPÍTULO 17. LAS CONSECUENCIAS ECONÓMICAS DE LA REFORMA

[1] Owen, *Clash of Ideas in World Politics*, pp. 34-35.

[2] Cantoni, Dittmar y Yuchtman, «Reformation and Reallocation».

[3] Dittmar, «Welfare Impact of a New Good».

[4] Dittmar, «Ideas, Technology and Economic Change».

[5] Dittmar, «Welfare Impact of a New Good».

[6] Schich *et al.*, «Network Framework of Cultural History».

CAPÍTULO 18. EL INTERCAMBIO DE IDEAS

[1] Taylor *et al.*, «Geohistorical Study of “the Rise of Modern Science”».

[2] Hatch, «Between Erudition and Science», pp. 51 y 55.

[3] *Ibid.*, p. 55.

[4] Edelstein *et al.*, «Historical Research in a Digital Age», pp. 411-413.

[5] Lux y Cook, «Closed Circles or Open Networks?».

[6] De la Carta Real de 1661: <http://royalsociety.org/uploadedFiles/Royal_Society_Content/history/Charter1_English.pdf>.

[7] Rusnock, «Correspondence Networks», p. 164.

[8] Lux y Cook, *op. cit.*, pp. 196-197.

[9] Carneiro *et al.*, «Enlightenment Science in Portugal».

[10] Lamikiz, *Trade and Trust*, p. 152.

[11] Véase Gestrich y Beerbühl, eds., *Cosmopolitan Networks*, y también Caracausi y Jeggle, eds., *Commercial Networks*.

[12] Hancock, «Trouble with Networks», pp. 486-488.

[13] *Ibid.*, p. 489.

[14] Erikson y Bearman, «Malfeasance and the Foundations for Global Trade».

[15] Erikson, *Between Monopoly and Free Trade*, fig. 5.

[16] Erikson y Bearman, *op. cit.*, p. 219.

[17] Erikson, *op. cit.*, p. 19.

[18] *Ibid.*, p. 26.

[19] Erikson y Bearman, *op. cit.*, pp. 226 y ss.

[20] Rothschild, *Inner Life of Empires*.

[21] *Ibid.* Véase también
<<http://www.fas.harvard.edu/~histecon/innerlife/index.html>>

[22]
<<http://www.fas.harvard.edu/~histecon/innerlife/geography.1>>

CAPÍTULO 19. LAS REDES DE LA ILUSTRACIÓN

[1] Edelstein *et al.*, «Historical Research in a Digital Age», p. 405.

[2] Comsa *et al.*, «French Enlightenment Network», p. 498.

[3] *Ibid.*, p. 502.

[4] *Ibid.*, p. 507.

[5] *Ibid.*, p. 511.

[6] *Ibid.*, p. 513.

[7] Goodman, «Enlightenment Salons». Véase también Goodman, *Republic of Letters* y (para una visión algo distinta) Lilti, *World of the Salons*.

[8] Comsa *et al.*, *op. cit.*, p. 530.

[9] Danskin, «“Hotbed of Genius”», p. 11.

[10] Arcenas y Winterer, «Correspondence Network of

Benjamin Franklin».

[11] Winterer, «Where is America in the Republic of Letters?».

CAPÍTULO 20. LAS REDES DE LA REVOLUCIÓN

[1] Starr, *Creation of the Media*.

[2] Fischer, *Paul Revere's Ride*, pos. 102-104. [La versión en castellano procede de una traducción popular anónima. (N. de los T.)]

[3] *Ibid.*, pos. 128-133.

[4] Gladwell, *Tipping Point*, pp. 32 y 35. [Para este y los siguientes fragmentos del libro, utilizamos la traducción de Inés Belaustegui, extraída de Malcolm Gladwell, *El punto clave*, Barcelona, Taurus, 2017. (N. de los T.)]

[5] *Ibid.*, pp. 56-57.

[6] *Ibid.*, pp. 59-60.

[7] Wood, *American Revolution*, pos. 568-569.

[8] Middlekauff, *Glorious Cause*, pos. 4.437-4.445. Véase también Borneman, *American Spring*, pos. 439-451.

[9] Borneman, *op. cit.*, pos. 81-96.

[10] *Ibid.*, pos. 1.707-1.714.

[11] *Ibid.*, pos. 1.930-1.939.

[12] Middlekauff, *op. cit.*, pos. 4.800-4.824.

[13] *Ibid.*, pos. 4.825-4.831.

[14] Borneman, *op. cit.*, pos. 2.096-2.138.

[15] *Ibid.*, pos. 2.175-2.181.

[16] Han, «Other Ride of Paul Revere».

[17] York, «Freemasons», p. 315.

[18] Morse, *Freemasonry and the American Revolution*, pp. 23, 37, 41, 46, 50, 52, 62, 64 y 65.

[19] Bailyn, *Ideological Origins*.

[20] York, *op. cit.*, p. 318.

[21] *Ibid.*, p. 325.

[22] Clark, *Language of Liberty*.

[23] York, *op. cit.*, p. 320.

[24] *Ibid.*, p. 320.

[25] *Ibid.*, p. 328.

[26] Hackett, *That Religion*, pp. 198-199.

[27] York, *op. cit.*, p. 323.

[28] Hodapp, *Solomon's Builders*, pp. 66-67.

[29] Agradezco a Joe Wäges que me proporcionara las páginas relevantes del libro de actas de los días 30 de noviembre y 16 de diciembre de 1773. La primera reunión se pospuso «por causa de los pocos Hermanos presentes (N. B.: Los Consignatarios del Té ocupan el tiempo de los Hermanos)». Un dibujo de la época que muestra la taberna Green Dragon lleva la inscripción: «Donde nos reunimos a

planear la Devolución de unos cuantos Cargamentos de Té. 16 de diciembre de 1773». Lo firma «John Johnson, 4, Water Street, Boston».

[30] York, *op. cit.*, p. 326.

[31] Hackett, *op. cit.*, pp. 198-199.

[32] Bullock, *Revolutionary Brotherhood*, pp. 106-107.

[33] *Ibid.*, pp. 112-113.

[34] *Ibid.*, pp. 152-153.

[35] *Ibid.*, p. 156.

[36] *Ibid.*, p. 301.

[37] Alexander Immekus, «Freemasonry», <<http://www.mountvernon.org/digital-encyclopedia/article/freemasonry/>>.

[38] Patterson and Dougall, *Eagle and Shield*.

[39] Hamilton, *Complete Works*, pos. 84.174-84.178.

[40] *Ibid.*, pos. 35.483-35.487.

[41] Tocqueville, *Democracy in America*, Libro I, cap. 2, parte I. [Traducción al castellano de Luis R. Cuéllar, extraída de Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1957 (2016). (*N. de los T.*)]

[42] *Ibid.*, Libro I, cap. 12.

[43] *Ibid.*, Libro II, cap. 5.

CUARTA PARTE. La restauración de la jerarquía

CAPÍTULO 21. ROJO Y NEGRO

[1] Stendhal, *The Red and the Black*, pos. 4.034, 7.742-7.743, 8.343-8.345. [Traducción al castellano de María Teresa Gallego Urrutia, extraída de Stendhal, *Rojo y negro*, Barcelona, Alba Editorial, 2014. (*N. de los T.*)]

CAPÍTULO 22. DE LA MULTITUD A LA TIRANÍA

[1] Tackett, «La grande peur».

[2] Lefebvre, *Great Fear*, pp. 207 y ss.

[3] Véase en general Andress, ed., *Oxford Handbook of the French Revolution*.

[4] Roberts, *Napoleon*, pos. 1.586-1.591, 2.060-2.065.

[5] *Ibid.*, pos. 9.658-9.684.

[6] *Ibid.*, pos. 9.645-9.648.

[7] *Ibid.*, pos. 9.651-9.657.

[8] *Ibid.*, pos. 9.505-9.510.

[9] *Ibid.*, pos. 10.215-10.219.

[10] *Ibid.*, pos. 9.658-9.684.

[11] *Ibid.*, pos. 6.981-6.987, 7.015-7.021, 9.239-9.248.

[12] Shy, «Jomini».

[13] Clausewitz, *On War*, Libro 8, cap. 6B.

CAPÍTULO 23. EL ORDEN RESTAURADO

[1] Ranke, «Great Powers».

[2] Kissinger, *World Restored*, pos. 102-119.

[3] *Ibid.*, pos. 702-708. Para un análisis detallado del suicidio de Castlereagh, véase Bew, *Castlereagh*, cap. 21.

[4] Kissinger, *op. cit.*, pos. 1.606-1.608.

[5] *Ibid.*, pos. 5.377-5.378, 5.389.

[6] *Ibid.*, pos. 5.396-5.399.

[7] *Ibid.*, pos. 6.398-6.400.

[8] *Ibid.*, p. 179.

[9] *Ibid.*, pp. 80 y 82.

[10] Schroeder, *Transformation*, p. vii.

[11] Slantchev, «Territory and Commitment».

[12] Clark, *Hegemony in International Society*.

[13] Holsti, «Governance Without Government», p. 156.

[14] Clark, *op. cit.*, pp. 94-96.

[15] Holsti, *op. cit.*, pp. 152 y ss.

[16] *Ibid.*, pp. 155-156.

[17] *Ibid.*, p. 157.

[18] *Ibid.*, p. 164. Véase también Levy, *War in the Modern Great Power System*, tabla 4.1.

[19] Hinsley, *Power and the Pursuit of Peace*, p. 214n.

CAPÍTULO 24. LA CASA DE SAJONIA-COBURGO-GOTHA

[1] Leopoldo a Victoria, 15 de diciembre de 1843, en Benson y Esher, eds., *Letters of Queen Victoria*, vol. I, p. 511.

[2] *The Times*, 16 de marzo de 1863.

[3] Nicholas, diario, 18 de junio de 1893, en Maylunas y Mironenko, *Lifelong Passion*.

[4] Véase Corti, *Alexander of Battenberg*.

[5] Herbert von Bismarck, memorándum, 25 de julio de 1888, en Dugdale, ed., *German Diplomatic Documents*, vol. I, p. 365.

[6] Nicholas, diario, 12 de abril de 1894, en Maylunas y Mironenko, *op. cit.*

[7] Véase Bernstein, ed., *Willy-Nicky Correspondence*.

[8] Royal Archives, Windsor, George V., AA. 11, 2, Victoria a Jorge [futuro Jorge V], 26 de junio de 1894.

CAPÍTULO 25. LA CASA DE ROTHSCHILD

- [1] Dairnvaell, *Histoire édifiante et curieuse*, p. 8.
- [2] Para mayores detalles, véase Ferguson, *World's Banker*, pp. 166-167, 207, 294, 404, 409, 411 y 530.
- [3] Anónimo, *Hebrew Talisman*, pp. 28 y ss.
- [4] Iliowzi, «*In the Pale*».
- [5] Praver, *Heine's Jewish Comedy*, pp. 331-335.
- [6] Rothschild Archive London (en adelante RAL), T20/34, XI/109/48/2/42, Nathan, París, a sus hermanos, 4 de septiembre de —probablemente—, 1844.
- [7] RAL, XI/109/2/2/149, Salomon, París, a Nathan, Londres, 21 de octubre de 1815.
- [8] RAL, XI/109/2/2/153, Salomon y James, París, a Nathan, Londres, 25 de octubre de 1815.
- [9] RAL, T63 138/2, Salomon y James, París, a Nathan, Londres, 22 de octubre de 1817.
- [10] RAL, T29/181; XI/109/0/7/21, Carl, Frankfurt, a Salomon, 23 de agosto de 1814; RAL, T63/28/1, XI/109/8, Carl, Berlín, a sus hermanos, 4 de noviembre de 1817.
- [11] RAL, T5/29, Braun, París, a James, Londres, 13 de septiembre de 1813.
- [12] Rothschild, *Shadow of a Great Man*, pp. 135-137.
- [13] Cathcart, *News from Waterloo*.
- [14] Gille, *Maison Rothschild*, vol. I, pp. 187-188.
- [15] Chateaubriand, *Correspondance générale*, vol. III, pp.

663-664.

[16] Quennell, ed., *Private Letters of Princess Lieven*, p. 237.

[17] Davis, *English Rothschilds*, pp. 132-133.

[18] RAL, T27/280, XI/109/7, James, París, a Salomon y Nathan, 18 de junio de 1817.

[19] Kynaston, *City*, vol. I, pp. 54-55.

[20] Corti, *Rise*, p. 242.

[21] Serre, *Correspondance du comte de Serre*, vol. IV, p. 249.

[22] Aspinall, ed., *Letters of King George IV*, vol. III, p. 175.

[23] Corti, *op. cit.*, pp. 424-425, 427-428.

[24] Liedtke, *N. M. Rothschild & Sons*.

[25] Fournier-Verneuil, *Paris: Tableau moral et philosophique*, pp. 51-52, 64-65.

[26] Anónimo, *Annual Register, 1818*, p. 52.

[27] Citado en Glanz, «Rothschild Legend in America», p. 20.

[28] Kynaston, *op. cit.*, vol. I, pp. 90-91.

[29] Cowles, *The Rothschilds*, p. 71.

[30] Capefigue, *Grandes opérations*, vol. III, p. 103.

[31] Pückler-Muskau, *Briefe*, p. 441.

[32] Rubens, *Anglo-Jewish Portraits*, p. 299.

[33] *The Times*, 15 de enero de 1821.

[34] Schwemer, *Geschichte*, vol. II, pp. 149 y ss.

[35] Balla, *Romance*, pp. 191 y ss.

[36] Schwemer, *op. cit.*, vol. II, pp. 149 y ss.

[37] RAL, XI/82/9/1/100, Amschel, Frankfurt, a James, París, 30 de abril de 1817.

[38] Byron, *Don Juan*, Canto XII, versos 4-10. [Traducción al castellano de Pedro Ugalde, extraída de Lord Byron, *Don Juan*, Madrid, Cátedra, 2009. (*N. de los T.*)]

[39] Reeves, *Rothschilds*, p. 101.

[40] Gille, *op. cit.*, vol. I, p. 487.

CAPÍTULO 26. LAS REDES INDUSTRIALES

[1] Buxton, ed., *Memoirs*, p. 354.

[2] RAL, I/218/I, Nathan a J. A. Matti, Frankfurt, 29 de diciembre de 1802.

[3] RAL, I/218/36, Nathan a Sichel & Hildesheimer, Frankfurt, 17 de octubre de 1802.

[4] Moon, *Social Networks in the History of Innovation and Invention*, pos. 492-494.

[5] Pearson y Richardson, «Business Networking in the Industrial Revolution», pp. 659-660.

[6] Lamoreaux *et al.*, «Beyond Markets and Hierarchies», p. 16.

[7] Moon, *op. cit.*, pos. 498-504.

[8] La comparación se debe al historiador económico Anton Howes: <<http://antonhowes.tumblr.com/post/143173119024/how-innovation-accelerated-in-britain-1651-1851>>.

[9] Moon, *op. cit.*, pos. 2.128-2.137.

[10] Para un estudio de las redes del año 1848 centrado en los firmantes de peticiones en la ciudad de Esslingen, en Württemberg, véase Lipp y Krempel, «Petitions and the Social Context of Political Mobilization», p. 169.

[11] Colley, *Britons*.

[12] Davis, *Inhuman Bondage*, p. 235.

[13] Drescher, «Public Opinion and Parliament», p. 64.

[14] Davis, *op. cit.*, p. 245.

[15] Véase la obra seminal de Williams, *Capitalism and Slavery*, que ha quedado ya obsoleta. Para un relato más actual y convincente, véase Ryden, «Does Decline Make Sense?».

[16] Williams, *op. cit.*, p. 150.

[17] Loewe, ed., *Montefiore Diaries*, vol. I, pp. 97 y ss.

[18] Buxton, ed., *op. cit.*, pp. 353 y ss.

[19] Dimock, «Queen Victoria, Africa and Slavery».

[1] Estos once imperios eran: el Imperio austro-húngaro, Bélgica, Francia, Alemania, Italia, Países Bajos, Portugal, España, Rusia, Reino Unido y Estados Unidos. Cálculos del autor basados en el *Statesman's Yearbook*.

[2] Véase en general Ferguson, *Empire*.

QUINTA PARTE. Los caballeros de la mesa redonda

CAPÍTULO 28. UNA VIDA IMPERIAL

[1] Véase en general Lownie, *John Buchan*.

[2] Cannadine, «John Buchan».

[3] Quigley, *Anglo-American Establishment*, p. 3.

[4] *Ibid.*, p. 49.

[5] *Ibid.*, pp. 4-5.

CAPÍTULO 29. IMPERIO

[1] Cannadine, *Ornamentalism*, p. 124.

[2] Ferguson, *Empire*, p. 230.

[3] Ansell, «Symbolic Networks».

[4] Standage, *Victorian Internet*, p. 97.

- [5] Gooch, ed., *Diaries*, 26 de julio de 1866, pp. 143-144.
- [6] *Ibid.*, p. 147.
- [7] Spar, *Ruling the Waves*.
- [8] Jackson, *Thief at the End of the World*, p. 170. Véase también Dean, *Brazil and the Struggle for Rubber*.
- [9] Klaus, *Forging Capitalism*.
- [10] Lester, «Imperial Circuits and Networks».
- [11] Vera y Schupp, «Bridges over the Atlantic».
- [12] Ingram y Lifschitz, «Kinship in the Shadow of the Corporation».
- [13] Carnegie, «Wealth».
- [14] Véase Flandreau y Jobst, «Ties That Divide».
- [15] Tworek, «Magic Connections».
- [16] Taylor, Hoyler y Evans, «Geohistorical Study».
- [17] Heidler *et al.*, «Relationship Patterns».
- [18] Brudner y White, «Class, Property and Structural Endogmany».
- [19] Plakans y Wetherell, «Kinship Domain in an East European Peasant Community», p. 371.
- [20] Fontane, *Stechlin*, p. 77.
- [21] Véase Lipp, «Kinship Networks».

[1] Campbell y Lee, «Kin Networks».

[2] Keller, «“Yes, Emperor”».

[3] Kuhn, *Soulstealers*, p. 220.

[4] Ter Haar, *White Lotus Teachings*, en especial pp. 239-240.

[5] Kuhn, *op. cit.*, pp. 228-229.

[6] Duara, *Culture, Power and the State*.

[7] Platt, *Autumn in the Heavenly Kingdom*, p. 43.

[8] Taylor, *Five Years in China*. Véase también Cooke, *China*, pp. 106-108.

CAPÍTULO 31. «LOS CHINOS TIENEN QUE IRSE»

[1] McKeown, «Chinese Emigration», tabla 1, p. 156.

[2] United States Congress, *Report of the Joint Special Committee*, pp. IV-VIII.

[3] Gibson, *Chinese in America*, pp. 281-373.

[4] Bryce, «Kearneyism», vol. II, pp. 385-406.

[5] Véase Lee, *At America's Gates*, cap. 1.

[6] Moretti, «Social Networks and Migrations».

[7] Lee, *op. cit.*, p. 25.

[1] Oxford y Asquith, *Memories and Reflections*, pp. 213-214.

[2] Quigley, *Anglo-American Establishment*, p. 3.

[3] Ferguson, *World's Banker*, cap. 27.

[4] Quigley, *op. cit.*, cap. 4.

[5] May, «Milner's Kindergarten».

[6] *Ibid.*

[7] Nimocks, *Milner's Young Men*, p. 44.

[8] *Ibid.*, p. 18.

[9] *Ibid.*, p. 19.

[10] *Ibid.*, p. 20.

[11] Magubane, *Making of a Racist State*, pp. 300-301.

[12] Louw, *Rise, Fall, and Legacy of Apartheid*, p. 15.

[13] Quigley, *op. cit.*, cap. 4.

[14] Louw, *op. cit.*, p. 10.

[15] Darwin, *Empire Project*, pp. 217-254.

[16] Marks y Trapido, «Lord Milner and the South African State», p. 73.

[17] *Ibid.*, pp. 69-71.

[18] Louw, *op. cit.*, p. 12.

[19] Nimocks, *op. cit.*, pp. VIII-IX.

CAPÍTULO 33. APÓSTOLES

[1] Levy, *Moore*, pp. 65-122.

[2] Allen, *Cambridge Apostles*, p. 86.

[3] Levy, *op. cit.*, pp. 22-25.

[4] Skidelsky, *Keynes*, vol. I, p. 118.

[5] *Ibid.*, p. 240.

[6] Lubenow, *Cambridge Apostles*, p. 69; Allen, *op. cit.*, p. 21.

[7] Allen, *op. cit.*, p. 1.

[8] Lubenow, *op. cit.*, p. 148. Véase la tabla 3.1.

[9] *Ibid.*, p. 176.

[10] *Ibid.*, pp. 190-191.

[11] Allen, *op. cit.*, p. 20.

[12] Levy, *op. cit.* p. 7.

[13] *Ibid.*, p. 296.

[14] Skidelsky, *op. cit.*, vol. I, p. 115.

[15] *Ibid.*, pp. 127-128 y 235.

[16] Hale, ed., *Friends and Apostles*.

[17] Skidelsky, *op. cit.*, vol. I, p. 116.

[18] *Ibid.*, pp. 134-135.

[19] *Ibid.*, vol. I, p. 181.

[20] *Ibid.*, pp. 142-143.

[21] Forster, *What I Believe*.

[22] Skidelsky, *op. cit.*, vol. I, pp. 239-240.

[23] McGuinness, *Wittgenstein*, pp. 95-96, 118 y 146-150.

[24] Hale, ed., *op. cit.*, p. 284.

[25] Skidelsky, *op. cit.*, vol. I, p. 319.

[26] Lubenow, *op. cit.*, p. 194.

[27] Skidelsky, *op. cit.*, vol. I, p. 324.

[28] *Ibid.*, pp. 243-244 y 247.

[29] Dolton, «Identifying Social Network Effects».

[30] *Ibid.*

[31] Forster, *Howard's End*, p. 214.

CAPÍTULO 34. APOCALIPSIS

[1] Para mayor detalle, véase Offer, *First World War*.

[2] Puede leerse un reciente y convincente análisis en Clark, *Sleepwalkers*.

[3] Schroeder, «Economic Integration and the European International System».

[4] Kissinger, *World Order*, p. 78.

[5] *Ibid.*, p. 233.

[6] *Ibid.*, pp. 80 y 82.

[7] Thompson, «Streetcar Named Sarajevo», p. 470.

[8] Antal, Krapivsky y Redner, «Social Balance on Networks», p. 135.

[9] Gartzke y Lupu, «Trading on Preconceptions».

[10] Vasquez y Rundlett, «Alliances as a Necessary Condition of Multiparty Wars», p. 15.

[11] Maoz, *Networks of Nations*, pp. 38-39.

[12] Lebow, «Contingency, Catalysts and Non-Linear Change», pp. 106-107.

[13] Trachtenberg, «New Light on 1914?».

[14] Schroeder, «Necessary Conditions», pp. 183 y 191-192.

[15] Lichnowsky al Foreign Office, 29 de julio de 1914, citado en Trachtenberg, *op. cit.*

[16] Grey a Goschen, 31 de julio de 1914, citado en Trachtenberg, *op. cit.*

[17] Karl Kraus, *Die Fackel*, vol. 22 (1920), p. 23.

[18] Buchan, *Greenmantle*, pos. 118-137.

SEXTA PARTE. Plagas y flautistas

CAPÍTULO 35. «GREENMANTLE»

[1] Chi *et al.*, «Spatial Diffusion of War», pp. 64-65.

[2] Véase en general Hopkirk, *Like Hidden Fire*.

[3] Al-Rawi, «Buchan the Orientalist».

[4] Keller, «How to Spot a Successful Revolution in Advance».

[5] McMeekin, *Berlin-Baghdad Express*, pp. 15-17.

[6] Habermas, «Debates in Islam», pp. 234-235.

[7] Berghahn, *Germany and the Approach of War*, pp. 138 y ss.

[8] McMurray, *op. cit.*, pos. 1.808-1.821.

[9] Landau, *Pan-Islam*, pp. 94-98.

[10] Geiss, *July 1914*, doc. 135.

[11] Motadel, *Islam and Nazi Germany's War*, pp. 19-20.

[12] McMurray, *op. cit.*, pos. 1.826-1.838.

[13] *Ibid.*, pos. 1.850-1.856.

[14] Rogan, *Fall of the Ottomans*, pp. 40-41.

[15] Rogan, «Rival Jihads», pp. 3-4.

[16] McMeekin, *op. cit.*, p. 87.

[17] *Ibid.*, p. 376, n. 8.

[18] *Ibid.*, p. 124.

[19] «The Ottoman Sultan's Fetva: Declaration of Holy War», 15 de noviembre de 1914, en Charles F. Horne, ed., *Source Records of the Great War*, vol. III, Nueva York, National Alumni, 1923:

<http://www.firstworldwar.com/source/ottoman_fetva.htm>

[20] Motadel, *op. cit.*, p. 19.

[21] McMeekin, *op. cit.*, p. 125.

[22] Schwanitz, «Bellicose Birth», pp. 186-187.

[23] Motadel, *op. cit.*, pp. 21-25.

[24] McMeekin, *op. cit.*, p. 135. Véase también Morgenthau, *Secrets of the Bosphorus*, p. 110.

[25] Landau, *op. cit.*, p. 98; Zürcher, *Jihad and Islam in World War I*, p. 83.

[26] McKale, «British Anxiety».

[27] Al-Rawi, «John Buchan's British-Designed Jihad».

[28] McKale, *op. cit.*

[29] Motadel, *op. cit.*, pp. 21-25.

[30] Gussone, «Die Moschee im Wünsdorfer "Halbmondlager"».

[31] Fogarty, «Islam in the French Army», pp. 25-26.

[32] Trumpener, *Germany and the Ottoman Empire*, pp. 117-118.

[33] McMeekin, *op. cit.*, p. 283.

[34] Zürcher, «Introduction», p. 24. Véase también Aksakal, «"Holy War Made in Germany?"» y «Ottoman Proclamation of Jihad».

[35] Rutledge, *Enemy on the Euphrates*, pp. 33-37.

[36] McKale, «Germany and the Arab Question», pp. 249-250, n. 13.

- [37] *Ibid.*, pp. 238-239.
- [38] Al-Rawi, «John Buchan's British-Designed Jihad».
- [39] Schwanitz, *op. cit.*, pp. 195-196.
- [40] Fogarty, *op. cit.*, pp. 31-33.
- [41] Ahmad, «Great War and Afghanistan's Neutrality», pp. 203-212.
- [42] Rogan, «Rival Jihads», pp. 6-7.
- [43] Darwin, *Empire Project*, pp. 295-297.
- [44] McKale, *War by Revolution*, p. 171.
- [45] McKale, «British Anxiety».
- [46] Rutledge, *op. cit.*, pp. 33-37.
- [47] Cleveland y Bunton, *History of the Modern Middle East*, pp. 132-133.
- [48] Rogan, *Fall of the Ottomans*, pp. 280-281.
- [49] McKale, «British Anxiety».
- [50] McKale, «Germany and the Arab Question», p. 246; Rogan, «Rival Jihads», pp. 14-16.
- [51] Rogan, *The Arabs*, pp. 150-151.
- [52] *Ibid.*, pp. 151-152.
- [53] McKale, «British Anxiety».
- [54] McKale, «Germany and the Arab Question», p. 244.

- [1] McMeekin, *Russian Revolution*, pp. 127-136.
- [2] *Ibid.*, pp. 206-207.
- [3] *Ibid.*, pp. 155-156.
- [4] *Ibid.*, p. 163.
- [5] *Ibid.*, p. 174.
- [6] *Ibid.*, pp. 195-196.
- [7] Figes, *People's Tragedy*, p. 703.
- [8] McMeekin, *op. cit.*, pp. 260 y ss.
- [9] Figes, *op. cit.*, p. 630.
- [10] Volkogonov, *Lenin*, pp. 69-70.
- [11] Figes, *op. cit.*, p. 631.
- [12] Leggett, *Cheka*, p. 108.
- [13] Ferguson, *War of the World*, p. 206.
- [14] Service, *Twentieth-Century Russia*, p. 108.
- [15] Kotkin, *Stalin*, vol. I, p. 433.
- [16] Ferguson, *op. cit.*, p. 152.
- [17] Applebaum, *Gulag*.
- [18] Service, *op. cit.*, pp. 117-118.
- [19] Ferguson, *op. cit.*, p. 210.
- [20] *Ibid.*, pp. 211-214.
- [21] Kotkin, *op. cit.*, vol. II.

[1] Cálculos realizados a partir de los datos de Laqueur, *Fascism*, tabla 15, y Larsen *et al.*, *Who Were the Fascists?*, tabla 1.

[2] Herf, *Jewish Enemy*, pos. 463-469.

[3] La obra definitiva es *Hitlers Wähler*, de Falter.

[4] O'Loughlin, Flint y Anselin, «Geography of the Nazi Vote».

[5] Ferguson, *War of the World*, p. 239.

[6] Burleigh, *Third Reich*, p. 116.

[7] *Ibid.*, p. 194.

[8] *Ibid.*, p. 259.

[9] *Ibid.*, p. 5.

[10] Satyanath, Voigtlander y Voth, «Bowling for Fascism».

[11] Herf, *op. cit.*, pos. 347-365.

[1] Voigtländer y Voth, «Persecution Perpetuated».

[2] Miller Lane y Rupp, eds., *Nazi Ideology before 1933*, pos. 168-177.

[3] *Ibid.*, pos. 165-216.

[4] Herf, *The Jewish Enemy*, pos. 81-89. Véase también Cohn, *Warrant for Genocide*.

[5] Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, pp. 77-78.

[6] Véase en general Mosse, «Die Juden in Wirtschaft und Gesellschaft», y *Jews in the German Economy*.

[7] Windolf, «German-Jewish Economic Elite», pp. 137 y 157.

[8] Valentin, *Antisemitism*, pp. 198-199.

[9] Windolf, *op. cit.*, pp. 158-159. Véanse también pp. 152 y 155.

[10] Meiring, *Christlich-jüdische Mischehe*, tabla 1.

[11] Jones, *In the Blood*, pp. 158 y ss.

[12] Ruppin, *Soziologie der Juden*, vol. I, pp. 211-212; Hanauer, «Jüdische-christliche Mischehe», tabla 2; Della Pergola, *Jewish and Mixed Marriages*, pp. 122-127.

[13] Ruppin, *op. cit.*, vol. I, pp. 211-212.

[14] Burleigh y Wippermann, *Racial State*, p. 110.

[15] Burgdörfer, «Juden in Deutschland», p. 177.

[16] Raab, «More than just a Metaphor».

[17] Friedländer, *op. cit.*, p. 19.

[18] *Ibid.*, p. 24.

[19] *Ibid.*, p. 234.

[20] *Ibid.*, pp. 25-26.

[21] *Ibid.*, pp. 259-260; Barkai, *From Boycott to Annihilation*, p. 75.

[22] Barkai, *op. cit.*, pp. 152-153.

[23] *Ibid.*, p. 153.

[24] Baynes, ed., *Speeches of Adolf Hitler*, vol. I, pp. 737-741.

[25] Kopper, «Rothschild family», pp. 321 y ss.

[26] Nicholas, *Rape*, p. 39.

[27] Heimann-Jelinek, «“Aryanisation” of Rothschild Assets».

[28] Pueden verse más detalles en Nicholas, *op. cit.*

[29] Ferguson, *Kissinger*, vol. I, pp. 72 y 80.

[30] Düring, «Dynamics of Helping Behaviour».

[31] Fallada, *Alone in Berlin*. [Traducción al castellano de Rosa Pilar Blanco, Hans Fallada, *Solo en Berlín*, Madrid, Maeva Ediciones, 2011 (*N. de los T.*)].

CAPÍTULO 39. EL CÍRCULO DE LOS CINCO

[1] Cooper, *Diaries*, p. 274.

[2] Véase en general Bloch, *Ribbentrop*.

[3] Lord Lothian, «Germany and France: The British Task, II: Basis of Ten Years' Peace», *The Times*, 1 de febrero de

1935.

- [4] Lownie, *Burgess*, p. 29.
- [5] Deacon, *Cambridge Apostles*, p. 103.
- [6] Lownie, *op. cit.*, pp. 34-35.
- [7] Andrew y Gordievsky, *KGB*, pp. 206 y 209.
- [8] *Ibid.*, pp. 193 y ss.
- [9] Andrew, *Defence of the Realm*, pp. 169 y ss.
- [10] Lownie, *op. cit.*, p. 54.
- [11] Deacon, *op. cit.*, pp. 107-108.
- [12] *Ibid.*, pp. 115 y 134.
- [13] Andrew y Gordievsky, *op. cit.*, p. 216.
- [14] *Ibid.*, p. 221.
- [15] Macintyre, *Spy Among Friends*, pp. 44 y ss.
- [16] Andrew y Gordievsky, *op. cit.*, p. 213.
- [17] *Ibid.*, p. 184.
- [18] *Ibid.*, p. 213.
- [19] Lownie, *op. cit.*, p. 55.
- [20] *Ibid.*, p. 136.
- [21] *Ibid.*, p. 96.
- [22] Andrew, *op. cit.*, p. 270; Andrew y Gordievsky, *op. cit.*, p. 300.
- [23] Andrew, *op. cit.*, p. 270.
- [24] Lownie, *op. cit.*, p. 130; Andrew, *op. cit.*, p. 272.
- [25] Andrew, *op. cit.*, pp. 280 y 289.

[26] Andrew y Gordievsky, *op. cit.*, pp. 296-297.

[27] Lownie, *op. cit.*, pp. 131 y 147.

[28] *Ibid.*, pp. 132 y 160; Andrew, *op. cit.*, pp. 272 y 280.

[29] Andrew, *op. cit.*, pp. 219 y 261.

[30] *Ibid.*, p. 268.

[31] *Ibid.*, p. 341; Andrew y Gordievsky, *op. cit.*, p. 297.

[32] Andrew, *op. cit.*, pp. 281 y 333.

[33] Macintyre, *op. cit.*, p. 144.

[34] Andrew, *op. cit.*, pp. 339 y ss.

[35] *Ibid.*, p. 343.

[36] *Ibid.*, p. 422.

[37] Andrew y Gordievsky, *op. cit.*, pp. 399-400.

[38] Andrew, *op. cit.*, pp. 422-423.

[39] *Ibid.*, pp. 420-424.

[40] *Ibid.*, p. 424.

[41] *Ibid.*, p. 431.

[42] *Ibid.*, pp. 432-435, rebate la afirmación de Peter Wright de que hubo un encubrimiento solo explicable por una infiltración al más alto nivel en la inteligencia británica.

[43] *Ibid.*, p. 436.

[44] Macintyre, *op. cit.*, p. 291.

[45] Andrew y Gordievsky, *op. cit.*, p. 6.

[46] Andrew, *op. cit.*, p. 429.

[47] Andrew y Gordievsky, *op. cit.*, pp. 429, 436, 439 y ss.,

y 707.

CAPÍTULO 40. BREVE ENCUENTRO

[1] McSmith, *Fear and the Muse Kept Watch*, pos. 5.069-5.070.

[2] *Ibid.*, pos. 5.109-5.119.

[3] *Ibid.*, pos. 5.138.

[4] *Ibid.*, pos. 5.139-5.155.

[5] *Ibid.*, pos. 5.158-5.160.

[6] *Ibid.*, pos. 5.185-5.197.

[7] Berlin, *Enlightening*, pos. 2.139-2.142.

[8] Berlin, *Letters*, pp. 599-600.

[9] El relato detallado del encuentro que escribió Berlin veinticinco años después de que tuviera lugar puede verse en Berlin, *Personal Impressions*, pos. 4.628-4.998.

[10] Hausheer, «It Didn't Happen».

[11] Ignatieff, *Berlin*, pos. 3.252-3.279.

[12] Puede oírse a la propia Ajmátova leyendo «Cinque» en esta grabación de su visita a Oxford en junio de 1965, un año antes de su muerte: <<https://podcasts.ox.ac.uk/anna-akhmatova-reading-her-poems-about-isaiah-berlin-oxford-1965>>.

[13] Dalos, *Guest from the Future*, pp. 7 y 86.

[14] Ajmátova, *Word that Causes Death's Defeat*, p.152.

[15] McSmith, *op. cit.*, pos. 5.271. De manera harto ridícula, Churchill requirió los servicios de Berlin como traductor a fin de que lo ayudara a conseguir hielo para añadir a cierta cantidad de caviar que había comprado.

[16] Dalos, *op. cit.*, p. 67.

[17] Ignatieff, *op. cit.*, pos. 3.252-3.279.

[18] Dalos, *op. cit.*, pp. 67-68.

[19] McSmith, *op. cit.*, pos. 5.354-5.368.

[20] *Ibid.*, pos. 5.352.

[21] Berlin, *Enlightening*, pos. 2.056-2.074. Véase también Dalos, *op. cit.*, pp. 59-61.

[22] Berlin, *Enlightening*, pos. 1.047-1.056, 1.059-1.069.

[23] Ignatieff, *op. cit.*, pos. 3.284-3.350; McSmith, *op. cit.*, pos. 5.399-5.414.

[24] Berlin, *Enlightening*, pos. 10.773-10.774, 10.783-10.806, 10.818-10.864 y 10.865-10.871.

[25] *Ibid.*, pos. 16.680-16.682; Dalos, *op. cit.*, pp. 124-127 y 133.

[26] Dalos, *op. cit.*, pp. 64-65.

[1] MacDougall, «Long Lines».

[2] Véase en general Wu, *Master Switch*.

[3] MacDougall, *op. cit.*, pp. 299, 308-309 y 318.

[4] Wu, *op. cit.*, p. 8.

[5] *Ibid.*, p. 9.

[6] *Ibid.*, p. 113.

[7] Christopher Wolf, «The History of Electronic Surveillance, from Abraham Lincoln's Wiretaps to Operation Shamrock», Public Radio International, 7 de noviembre de 2013.

[8] Starr, *Creation of the Media*, p. 348.

[9] *Ibid.*, pp. 363-364.

[10] Gambetta, *Sicilian Mafia*.

[11] Jonathan Steinberg, «Capos and Cardinals», *London Review of Books*, 17 de agosto de 1989.

[12] Duggan, *Fascism and the Mafia*.

[13] Scotten, «Problem of the Mafia». Estoy en deuda con mi alumno Frank Tamberino por esta referencia; véase Tamberino, «Criminal Renaissance».

[14] Lewis, «The Honored Society», *New Yorker*, 8 de febrero de 1964, pp. 42-105, así como su obra —más larga— *Honoured Society*. También resulta ilustrativa, del mismo autor, *Naples'44*.

[15] McAdam, *Political Process and the Development of*

Black Insurgency, p. 90.

[16] *Ibid.*, p. 129.

[17] Jackson *et al.*, «Failure of an Incipient Social Movement», p. 36.

[18] Véase Kurtz, *Not-God*; White y Kurtz, «Twelve Defining Moments»; Makela *et al.*, eds., *Alcoholics Anonymous*; Kelly y Yeterian, «Mutual-Help Groups».

[19] Kurtz, *op.cit.*, p. 64.

[20] White y Kurtz, *op. cit.*, pp. 44-45.

[21] Ohler, *Blitzed*.

SÉPTIMA PARTE. Los amos de la jungla

CAPÍTULO 42. LA LARGA PAZ

[1] Jackson y Nei, «Networks of Military Alliances», p. 15.279. Véase también Levina y Hillmann, «Wars of the World»; Lupu y Traag, «Trading Communities», y Maoz, «Network Polarization».

[2] Dorussen y Ward, «Trade Networks».

[3] Haim, «Alliance Networks and Trade», p. 28.

[4] Johnson y Jordan, «Web of War».

[5] Keller, «(Why) Do Revolutions Spread?».

CAPÍTULO 43. EL GENERAL

- [1] Forester, *The General*, p. 222.
- [2] Samuels, *Command or Control*; Gudmundsson, *Stormtroop Tactics*.
- [3] Marston, «Lost and Found in the Jungle», pos. 2.065.
- [4] Pocock, *Fighting General*, pos. 1.537-1.577.
- [5] Mumford, *Counter-Insurgency Myth*, pp. 37-38.
- [6] Beckett y Pimlott, *Counter-Insurgency*, p. 20.
- [7] Strachan, «British Counter-Insurgency from Malaya to Iraq», p. 10.
- [8] Pocock, *op. cit.*, pos. 2.113-2.133.
- [9] *Ibid.*, pos. 2.204-2.209.
- [10] Walker, «How Borneo was Won», p. 11.
- [11] *Ibid.*
- [12] Tuck, «Borneo 1963-66», pp. 98-99.
- [13] Walker, *op. cit.*, p. 19.
- [14] *Ibid.*, pp. 9-10.
- [15] *Ibid.*, p. 10.
- [16] *Ibid.*, p. 14.
- [17] Cross, «Face Like a Chicken's Backside», pp. 142-143.
- [18] *Ibid.*, p. 157.

[19] Rosentall, «“Confrontation”: Countering Indonesian Insurgency», p. 102.

[20] Beckett y Pimlott, *op. cit.*, p. 110.

[21] Walker, *op. cit.*, p. 12.

[22] *Ibid.*, p. 9.

[23] *Ibid.*, p. 17.

CAPÍTULO 44. LA CRISIS DE LA COMPLEJIDAD

[1] «General Sir Walter Walker», *Daily Telegraph*, 13 de agosto de 2001.

[2] O'Hara, *From Dreams to Disillusionment*.

[3] Scott, *Seeing Like a State*, p. 348.

[4] Bar-Yam, «Complexity Rising», p. 26.

[5] Véase Bar-Yam, *Dynamics of Complex Systems*, pp. 804-809.

[6] Citado en Thompson *et al.*, eds., *Markets, Hierarchies and Networks*, p. 297.

[7] Barabási, *Linked*, p. 201.

[8] Lamoreaux *et al.*, «Beyond Markets and Hierarchies», pp. 43-44.

[9] *Ibid.*, p. 48-49.

[10] Chanda, *Bound Together*, p. 248.

[11] Theodore Levitt, «The Globalization of Markets», *Harvard Business Review*, mayo de 1983.

[12] Powell, «Neither Market nor Hierarchy», citado en Thompson *et al.*, eds., *op. cit.*, p. 270.

[13] *Ibid.*, pp. 271-272.

[14] *Ibid.*, pp. 273-274.

[15] Rhodes, «New Governance», p. 665.

[16] Thompson, *Between Hierarchies and Markets*, p. 133.

CAPÍTULO 45. LA RED DE PODER DE HENRY KISSINGER

[1] Ferguson, *Kissinger*, p. xiv.

[2] *Ibid.*, p. 310.

[3] *Ibid.*, p. 502.

[4] *Ibid.*, p. 728.

[5] *Ibid.*, p. 806.

[6] *Ibid.*, p. 807.

[7] *Ibid.*, p. 841.

[8] *Ibid.*, p. 849.

[9] «Principles, Structure and Activities of Pugwash for the Eleventh Quinquennium, 2007-2012»: <https://en.wikipedia.org/wiki/Pugwash_Conferences_on_Sc

[10] Evangelista, *Unarmed Forces*, pp. 32-33.

[11] *Ibid.*, p. 33.

[12] Staar, *Foreign Policies*, p. 86.

[13] Ferguson, *op. cit.*, p. 505.

[14] *Ibid.*, p. 736.

[15] *Ibid.*, p. 740.

[16] *Ibid.*, pp. 746-747.

[17] Véase el Apéndice.

[18] «Superstar Statecraft: How Henry Does It», *Time*, 1 de abril de 1974.

[19] *Ibid.*

[20] *Ibid.*

[21] Sargent, *Superpower Transformed*, p. 158.

[22] *Ibid.*, p. 159.

[23] *Ibid.*, p. 176.

[24] Notably Cooper, *Economics of Interdependence*, y Keohane y Nye, *Power and Interdependence*.

[25] «Interdependence Day», *The New York Times*, 4 de julio de 1976.

[26] Brzezinski, *Between Two Ages*.

[27] Bearman y Everett, «Structure of Social Protest», pp. 190-191.

[28] Henry A. Kissinger, «The Need to Belong», *The New York Times*, 17 de marzo de 1968.

[29] <http://www.pbs.org/newshour/bb/white_house-

CAPÍTULO 46. NOS ADENTRAMOS EN EL VALLE

[1] Barabási, *Linked*, p. 147.

[2] Conway, «How Do Committees Invent?».

[3] *Ibid.*

[4] Caldarelli y Catanzaro, *Networks*, p. 37.

[5] Naughton, *From Gutenberg to Zuckerberg*, pp. 45-46.

[6] Caldarelli y Catanzaro, *op. cit.*, p. 38.

[7] Newman, *Networks*, pp. 19-20.

[8] Brinton and Chiang, *Power of Networks*, p. 245.

[9] *Ibid.*, p. 297.

[10] Sobre los precursores de la World Wide Web, véase Hall, «Ever Evolving Web».

[11] Castells, *Rise of the Network Society*, pp. 63-64. Véase también Newman, *op. cit.*, p. 5.

[12] Caldarelli y Catanzaro, *op. cit.*, pp. 39-40, 43-44.

[13] Garton Ash, *Free Speech*, pos. 494-496.

[14]

<https://w2.eff.org/Censorship/Internet_censorship_bills/bar

[Traducción extraída de

<<http://www.queremossoftwarelibre.org/wp->

content/uploads/2016/01/Declaracion_del_Ciberespacio.pdf>.

[15] Goldsmith y Wu, *Who Controls the Internet?*, p. 21.

[16] *Ibid.*, p. 24.

[17] *Ibid.*, p. 15.

[18] *Ibid.*, cap. 3.

CAPÍTULO 47. LA CAÍDA DEL IMPERIO SOVIÉTICO

[1] Benjamin Peters, «The Soviet InterNyet», *Aeon*, 17 de octubre de 2016.

[2] National Security Agency, «Dealing with the Future: The Limits of Forecasting», p. 100: <http://www.nsa.gov/public_info/files/cryptologic_quarterl

[3] Osa, *Solidarity and Contention*, pp. 117-118.

[4] *Ibid.*, p. 165.

[5] Malcolm Gladwell, «Small Change: Why the Revolution Will Not Be Tweeted», *New Yorker*, 4 de octubre de 2010.

[6] Grdesic, «Television and Protest in East Germany's Revolution», p. 94.

CAPÍTULO 48. EL TRIUNFO DEL HOMBRE DE DAVOS

[1] Navidi, *Superhubs*, p. 95.

[2] Nick Paumgarten, «Magic Mountain: What Happens at Davos?», *New Yorker*, 5 de marzo de 2012.

[3] <<https://www.weforum.org/agenda/2013/12/nelson-mandelas-address-to-davos-1992/>>.

[4] Paul Nursey-Bray, «The Solid Mandela», *Australian Left Review*, junio de 1992, pp. 12-16.

[5] Barnard y Popescu, «Nelson Mandela», pp. 241-242.

[6] Sampson, *Mandela*, p. 427.

[7] *Ibid.*, p. 429.

[8] Jake Bright, «Why the Left-Leaning Nelson Mandela was such a Champion of Free Markets», 6 de diciembre de 2013: <<http://qz.com/155310/nelson-mandela-was-also-a-huge-champion-of-free-markets/>>.

[9] Ronnie Kasrils, «How the ANC's Faustian Pact Sold Out South Africa's Poorest», *Guardian*, 24 de junio de 2013: <<https://www.theguardian.com/commentisfree/2013/jun/24/εfaustian-pact-mandela-fatal-error>>.

[10] Anthony Monteiro, «Mandela and the Origins of the Current South African Crisis», 24 de febrero de 2015: <<https://africanamericanfutures.com/2015/02/24/mandela-and-the-origins-of-the-current-south-african-crisis/>>. Véase también Monteiro, «Nelson Mandela: The Contradictions of His Life and Legacies», *Black Agenda Report*, 12 de noviembre de 2013:

<<http://www.blackagendareport.com/content/nelson-mandela-contradictions-his-life-and-legacies>>.

[11] Sampson, *op. cit.*, p. 428. Véase también Gumede, *Thabo Mbeki*, pp. 81-84.

[12] Ken Hanly, «Mandela and Neo-Liberalism in South Africa», 18 de diciembre de 2013:

<[http://www.digitaljournal.com/news/politics/oped-mandela-and-neo-liberalism-in-south-](http://www.digitaljournal.com/news/politics/oped-mandela-and-neo-liberalism-in-south-african/article/364193)

[african/article/364193](http://www.digitaljournal.com/news/politics/oped-mandela-and-neo-liberalism-in-south-african/article/364193)>. Véase también Danny Schechter, «Blurring Mandela and Neo-Liberalism», 14 de diciembre de 2013:

<http://www.truthdig.com/report/print/blurring_mandela_ar

Cf. Schechter, *Madiba A to Z*, pos. 1.619-1.661.

[13] Klein, *Shock Doctrine*, pp. 216-217.

[14] Landsberg, *Quiet Diplomacy of Liberation*, pp. 107-110.

[15] Andrew Ross Sorkin, «How Mandela Shifted Views on Freedom of Markets», *The New York Times*, 9 de diciembre de 2013. Véase también Barnard y Popescu, *op. cit.*, p. 247.

[16] Sampson, *op. cit.*, pp. 428-429.

[1] Este capítulo se basa en Ferguson y Schlefer, «Who Broke the Bank of England?».

[2] Stevenson, «First World War and European Integration».

[3] Para más detalles, véase Ferguson, «Siegfried Warburg, the City of London and the Financial Roots of European Integration».

[4] Para una introducción, véase Kerr, *History of the Eurobond Market*.

[5] Milward, *European Rescue of the Nation-State*.

[6] Schenk, «Sterling, International Monetary Reform and Britain's Applications».

[7] Ferguson, *High Financier*, p. 229.

[8] Granville, Cruz y Prevezer, «Elites, Thickets and Institutions».

[9] Ferguson, *High Financier*, p. 230.

[10] Lamont, *In Office*, p. 124.

[11] Major, *Autobiography*, pp. 271-272.

[12] *Ibid.*, pp. 275-276.

[13] *Ibid.*, p. 284.

[14] *Ibid.*, p. 288.

[15] Soros, *George Soros on Globalization*, p. 131.

[16] Eichengreen y Wyplosz, «Unstable EMS», p. 85.

[17] Lamont, *op. cit.*, p. 201.

[18] Major, *op. cit.*, p. 313. Véase también «Nearer to No»,

Economist, 29 de agosto de 1992.

[19] Major, *op. cit.*, pp. 313-315, 325.

[20] Lamont, *op. cit.*, pp. 212-213, 227.

[21] Ivan Fallon, «John Major's Days of Pain: The Sterling Fiasco», *Sunday Times*, 20 de septiembre de 1992.

[22] «Sterling Knocked by EMU Worries», *The Times*, 10 de junio de 1992.

[23] Major, *op. cit.*, pp. 316 y 325.

[24] Stephens, *Politics and the Pound*, p. 219.

[25] Lamont, *op. cit.*, p. 216.

[26] *Ibid.*, pp. 227-228.

[27] Peter Kellner, David Smith y John Cassidy, «The Day the Pound Died», *Sunday Times*, 6 de diciembre de 1992.

[28] Lamont, *op. cit.*, p. 228.

[29] Matthew Lynn y David Smith, «Round One to Lamont – Norman Lamont», *Sunday Times*, 30 de agosto de 1992.

[30] Lamont, *op. cit.*, p. 229.

[31] «Schlesinger's Schadenfreude – Diary», *The Times*, 18 de septiembre de 1992.

[32] Peter Kellner, David Smith y John Cassidy, *op. cit.*

[33] Lamont, *op. cit.*, p. 236.

[34] *Ibid.*, p. 238.

[35] Colin Narbrough y Wolfgang Munchau, «Another Innocent Gaffe from the Bundesbank», *The Times*, 10 de

septiembre de 1992; David Smith, «Lamont's Troubles in Triplicate», *Sunday Times*, 13 de septiembre de 1992.

[36] Philip Webster, «Bundesbank Chief Raises Spectre of Devaluation», *The Times*, 16 de septiembre de 1992; Christopher Huhne, «Inside Story: The Breaking of the Pound», *Independent on Sunday*, 20 de septiembre de 1992. Cf. Major, *op. cit.*, p. 329.

[37] Lamont, *op. cit.*, pp. 244-245.

[38] Peter Kellner, David Smith y John Cassidy, *op. cit.*; Robert Chote y Nicholas Timmins, «Pound Faces Toughest Test after EC Bows to Markets: German Interest Rate to Fall as Lira is Devalued in ERM Rescue», *Independent*, 13 de septiembre de 1992.

[39] Eichengreen y Wyplosz, *op. cit.*, p. 107.

[40] «Forever Falling?», *Economist*, 29 de agosto de 1992.

[41] Christopher Huhne, «Schlesinger: A Banker's Guilt», *Independent*, 1 de octubre de 1992.

[42] Soros, «Theory of Reflexivity», p. 7.

[43] Soros, *Soros on Soros*, p. 12

[44] Mallaby, *More Money Than God*, p. 435.

[45] «A Ghastly Game of Dominoes», *Economist*, 19 de septiembre de 1992.

[46] Mallaby, *op. cit.*, pp. 156-157.

[47] Abdelal, «Politics of Monetary Leadership», p. 250.

[48] Duncan Balsbaugh, «The Pound, My Part in Its

Downfall and Is It Time to Fight the Central Banks Again?», *IFR Review of the Year 2015*: <http://www.ifre.com/the-pound-my-part-in-its-downfall-and-is-it-time-to-fight-the-central-banks-again/21223291.fullarticle>. Para otros relatos, con cifras algo distintas, véase Kaufman, *Soros*, p. 239; Mallaby, *op. cit.*, p. 435. Véase también Drobny, *Inside the House of Money*, pp. 274-275.

[49] Soros, *Soros on Soros*, p. 22. Véase también Soros y Schmitz, *Tragedy of the European Union*, pp. 59-60.

[50] Kaufman, *op. cit.*, p. 239. La cursiva es mía.

[51] Lamont, *op. cit.*, p. 249.

[52] Anatole Kaletsky, «How Mr Soros Made a Billion by Betting against the Pound», *The Times*, 26 de octubre de 1992.

[53] *Ibid.*

[54] Mallaby, *op. cit.*, pp. 160-166.

[55] Eichengreen y Wyplosz, *op. cit.*, p. 60.

[56] Engdahl, «Secret Financial Network».

[57] Flavia Cymbalista con Desmond MacRae, «George Soros: How He Knows What He Knows, Part 2: Combining Theory and Instinct», *Stocks, Futures and Options*, 9 de marzo de 2004.

[58] James Blitz, «How Central Banks Ran into the Hedge», *Financial Times*, 30 de septiembre de 1992.

[59] Balsbaugh, *op. cit.*

[60] Thomas Jaffe y Dyan Machan, «How the Market Overwhelmed the Central Banks», *Forbes*, 9 de noviembre de 1992. Véase también Mallaby, *op. cit.*, p. 435.

[61] Kaletsky, *op. cit.*

[62] Soros, *Soros on Soros*, p. 82.

[63] Lamont, *op. cit.*, p. 259.

[64] Slater, *Soros*, p. 180.

[65] *Ibid.*, p. 181.

[66] Roxburgh, *Strained to Breaking Point*, p. 163; Matthew Tempest, «Treasury Papers Reveal Cost of Black Wednesday», *The Guardian*, 9 de febrero de 2005.

[67] Johnson, «UK and the Exchange Rate Mechanism», pp. 97-98.

[68] Major, *op. cit.*, p. 312; Lamont, *op. cit.*, p. 285.

[69] Kaletsky, *op. cit.*

[70] «Half-Maastricht», *Economist*, 26 de septiembre de 1992.

OCTAVA PARTE. La biblioteca de Babel

CAPÍTULO 50. 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001

[1] Borges, «La biblioteca de Babel». [Citas extraídas de

las *Obras completas*, vol. II, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992, pp. 55-61. (*N. de los T.*)]

[2] A propósito de los efectos en el desarrollo de la red de transporte aéreo internacional, véase Campante y Yanagizawa-Drott, «Long-Range Growth». Sobre la tendencia del sistema estadounidense a producir retrasos incluso en condiciones normales, véase Mayer y Sinai, «Network Effects».

[3] Calderelli y Catanzaro, *Networks*, pp. 40-41.

[4] Thomas A. Stewart, «Six Degrees of Mohamed Atta», *Business 2.0*, diciembre de 2001.

[5] Krebs, «Mapping Networks of Terrorist Cells», pp. 46-50.

[6] *Ibid.*, p. 51.

[7] Jeff Jonas y Jim Harper, «Effective Counterterrorism and the Limited Role of Predictive Data Mining», *Policy Analysis*, 11 de diciembre de 2006.

[8] Patrick Radden Keefe, «Can Network Theory Thwart Terrorists?», *The New York Times*, 12 de marzo de 2006.

[9] Valdis Krebs, «Connecting the Dots: Tracking Two Identified Terrorists», Orgnet, 2002-2008: <<http://www.orgnet.com/prevent.html>>.

[10] Oliver, «Covert Networks».

[11] Marion y Uhl-Bien, «Complexity Theory and Al-Qaeda».

[12] Eilstrup-Sangiovanni y Jones, «Assessing the Dangers of Illicit Networks», p. 34.

[13] Minor, «Attacking the Nodes», p. 6.

[14] Morselli, Giguère y Petit, «The Efficiency/Security Trade-off». Véase también Kahler y Miles, «Networked Politics». Y, asimismo, Kenney, «Turning to the “Dark Side”», y Kahler, «Collective Action and Clandestine Networks».

[15] Sageman, *Understanding Terror Networks*, pp. 96-97. Véanse también pp. 135-171.

[16] Berman, *Radical, Religious, and Violent*, p. 18.

[17] *Ibid.*, p. 17.

[18] John Arquilla, «It Takes a Network», *Los Angeles Times*, 25 de agosto de 2002.

[19] National Consortium for the Study of Terrorism and Responses to Terrorism (START), «Jihadist Plots in the United States, Jan. 1993-Feb. 2016: Interim Findings», enero de 2017.

[20] Nagl, *Learning to Eat Soup with a Knife*.

[21] Ejército, *U.S. Army/Marine Corps Counterinsurgency Field Manual*.

[22] Ejército, *Insurgencies and Countering Insurgencies*, sección 4, párrafos 6 y 7.

[23] *Ibid.*, sección 4, párrafos 20 y 21.

[24] Ejército, *U.S. Army/Marine Corps Counterinsurgency*

Field Manual, apéndice B.

[25] Kilcullen, *Counterinsurgency*, p. 37.

[26] *Ibid.*, p. 183.

[27] *Ibid.*, p. 200.

[28] *Ibid.*, pp. 4-5, 10, 40, 197.

[29] David Petraeus, «The Big Ideas Emerging in the Wake of the Arab Spring», Belfer Center, Harvard Kennedy School of Government (2017).

[30] McChrystal, *My Share of the Task*, p. 148. Para los detalles de cómo McChrystal y su equipo atraparon y liquidaron a Zarqawi, al tiempo que destruían su red, véanse los capítulos 11-15.

[31] Simpson, *War from the Ground Up*, p. 106.

CAPÍTULO 51. 15 DE SEPTIEMBRE DE 2008

[1] Neely, «The Federal Reserve Responds».

[2] *Ibid.*, p. 40.

[3] Crawford, «U.S. Costs of Wars».

[4] Watts, *Six Degrees*, p. 23.

[5] Caldarelli y Catanzaro, *Networks*, pp. 36-37, 42, 95.

[6] United States Government Accountability Office, «Financial Crisis Losses».

[7] Véase Ferguson, *Ascent of Money*.

[8] Financial Crisis Inquiry Commission, *Financial Crisis Inquiry Report*, pos. 8.518-8.521.

[9]

<<http://www.federalreserve.gov/monetarypolicy/fomchistori>
transcripción del comité, FOMC, 16 de septiembre de 2015,
p. 20.

[10] *Ibid.*, p. 51.

[11] *Ibid.*, 28-29 de octubre de 2008, p. 118.

[12] *Ibid.*, 15-16 de diciembre de 2008, p. 12.

[13] Andrew Haldane, «On Tackling the Credit Cycle and Too Big to Fail», presentación del Banco de Inglaterra, enero de 2011, diapositiva 13.

[14] Ramo, *Seventh Sense*, pp. 136-137. Véanse también pp. 42-44.

[15] Jackson, Rogers y Zenou, «Economic Consequences of Network Structure». Véase también Elliott, Golub y Jackson, «Financial Networks and Contagion».

[16] Louise Story y Eric Dash, «Bankers Reaped Lavish Bonuses During Bailouts», *The New York Times*, 30 de julio de 2009.

[17] Davis *et al.*, «Small World», p. 303.

[18] *Ibid.*, p. 320.

[19] Michelle Leder, «Vernon Jordan Gets a Big Payday from Lazard», *The New York Times*, 15 de marzo de 2010.

[20] Acemoglu *et al.*, «Value of Connections in Turbulent Times». De acuerdo con los cálculos del autor, «durante los diez días hábiles siguientes, las entidades financieras que tenían vínculos con Geithner experimentaron una rentabilidad acumulada anormal de en torno al 12 por ciento (en relación con otras entidades del sector)».

CAPÍTULO 52. EL ESTADO ADMINISTRATIVO

[1] DeMuth, «Can the Administrative State Be Tamed?», p. 125.

[2] Patrick McLaughlin y Oliver Sherouse, «The Accumulation of Regulatory Restrictions Across Presidential Administrations», Mercatus Center, 3 de agosto de 2015.

[3] McLaughlin y Sherouse, «The Dodd-Frank Wall Street Reform and Consumer Protection Act May be the Biggest Law Ever», Mercatus Center, 20 de julio de 2015.

[4] McLaughlin y Greene, «Dodd-Frank's Regulatory Surge».

[5] Howard, *Life Without Lawyers*.

[6] Scott, *Connectedness and Contagion*.

[7] Fukuyama, *Political Order and Political Decay*, p. 208.

[8] *Ibid.*, pp. 35-36. Véase, sin embargo, Howard, *Rule of Nobody*, y White, Cass y Kosar, *Unleashing Opportunity*.

[9] DeMuth, *op. cit.*, p. 151.

[10] Véase, por ejemplo, McLaughlin y Sherouse, *Impact of Federal Regulation*; Patrick A. McLaughlin, «Regulations Contribute to Poverty», Testimony to the House Committee on the Judiciary, Subcommittee on Regulatory Reform, Commercial and Antitrust Law, 24 de febrero de 2016.

[11] Ferguson, *Great Degeneration*.

CAPÍTULO 53. LA WEB 2.0

[1] Naughton, *From Gutenberg to Zuckerberg*, p. 224.

[2] *Ibid.*, p. 227.

[3] Raymond, *The Cathedral and the Bazaar*, p. 21.

[4] *Ibid.*, pp. 57-58.

[5] *Ibid.*, p. 30.

[6] *Ibid.*, p. 125.

[7] *Ibid.*, p. 194.

[8] Spar, *Ruling the Waves*, pp. 369-370.

[9] Kirkpatrick, *Facebook Effect*, p. 74.

[10] <<http://benbarry.com/project/facebooks-little-red-book>>. Sobre el autor de «El pequeño libro rojo», véase <<http://www.typeroom.eu/article/ben-barry-used-be-called-facebook-s-minister-propaganda>>.

- [11] Kirkpatrick, *op. cit.*, p. 247.
- [12] *Ibid.*, p. 109.
- [13] *Ibid.*, pp. 185, 274-277.
- [14] *Ibid.*, pp. 154-157, 180 y ss., 188.
- [15] Naughton, *op. cit.*, p. 106.
- [16] Kirkpatrick, *op. cit.*, pp. 222-226.
- [17] *Ibid.*, p. 251.
- [18] *Ibid.*, p. 259.
- [19] García Martínez, *Chaos Monkeys*, pp. 275-280, 298-299.
- [20] *Ibid.*, pp. 482-486.
- [21] Alex Eule, «Facebook Now Has 1.2 Billion Daily Users. Really», *Barron's*, 2 de noviembre de 2016.
- [22] Smriti Bhagat, Moira Burke, Carlos Diuk, Ismail Onur Filiz y Sergey Edunov, «Three and a Half Degrees of Separation», 4 de febrero de 2016: <<https://research.fb.com/three-and-a-half-degrees-of-separation/>>.
- [23] Lars Backstrom, Paolo Boldi, Marco Rosa, Johan Ugander y Sebastiano Vigna, «Four Degrees of Separation», 22 de junio de 2012: <<https://research.fb.com/publications/four-degrees-of-separation/>>.
- [24] Ugander *et al.*, «Structural Diversity in Social Contagion».

[25] Lillian Weng y Thomas Lenton, «Topic-Based Clusters in Egocentric Networks on Facebook», 2 de junio de 2014: <<https://research.fb.com/publications/topic-based-clusters-in-egocentric-networks-on-facebook/>>. Véase también Youyou *et al.*, «Birds of a Feather».

[26] Amaç Herdağdelen, Bogdan State, Lada Adamic y Winter Mason, «The Social Ties of Immigrant Communities in the United States», 22 de mayo de 2016: <<https://research.fb.com/publications/the-social-ties-of-immigrant-communities-in-the-united-states/>>.

[27] Jonathan Chang, Itamar Rosenn, Lars Backstrom y Cameron Marlow, «Ethnicity on Social Networks», *Association for the Advancement of Artificial Intelligence* (2010).

[28] Ismail Onur Filiz y Lada Adamic, «Facebook Friendships in Europe», 8 de noviembre de 2016: <<https://research.fb.com/facebook-friendships-in-europe/>>.

[29] Eytan Bakshy, Itamar Rosenn, Cameron Marlow y Lada Adamic, «The Role of Social Networks in Information Diffusion», 16 de abril de 2012: <<https://research.fb.com/publications/the-role-of-social-networks-in-information-diffusion/>>; Lada A. Adamic, Thomas M. Lenton, Eytan Adar y Pauline C. Ng, «Information Evolution in Social Networks», 22 de mayo de 2016: <<https://research.fb.com/wp-content/uploads/2016/11/information-evolution-in-social-networks/>>.

Adam D. I. Kramer, «The Spread of Emotion via Facebook», 16 de mayo de 2012: <<https://research.fb.com/publications/the-spread-of-emotion-via-facebook/>>.

[30] Jonathan Tepper, «Friendships in the Age of Social Media», 14 de enero de 2017. Publicado originalmente en <<http://jonathan-tepper.com/blog/>>.

[31] Naughton, *op. cit.*, pp. 194-195.

[32] Datos extraídos de <<http://whoownsfacebook.com/>>.

[33] García Martínez, *op. cit.*, p. 229.

[34] «Who Are the 8 Richest People? All Men, Mostly Americans», *NBC News*, 16 de enero de 2017.

[35] Wu, *Master Switch*, p. 318.

[36] Shannon Bond, «Google and Facebook Build Digital Ad Duopoly», *Financial Times*, 15 de marzo de 2017.

[37] Farhad Manjoo, «Why Facebook Keeps Beating Every Rival: It's the Network, of Course», *The New York Times*, 19 de abril de 2017.

[38] Robert Thomson, «Digital Giants are Trampling on Truth», *The Times*, 10 de abril de 2017.

[39] Ramo, *Seventh Sense*, pp. 240 y ss.

[40] Kirkpatrick, *op. cit.*, p. 254.

[41] <<http://benbarry.com/project/facebooks-little-red-book>>.

[42] García Martínez, *op. cit.*, p. 355.

[43] Kirkpatrick, *op. cit.*, p. 319.

[44] Nick Bilton, «Will Mark Zuckerberg be Our Next President?», *Vanity Fair*, 13 de enero de 2017.

[45] García Martínez, *op. cit.*, pp. 263-264.

[46] Mark Zuckerberg, «Building Global Community», 16 de febrero de 2017: <<https://www.facebook.com/notes/mark-zuckerberg/building-global-community/10154544292806634>>.

[47] Para una postura escéptica, véase Morozov, *Net Delusion*.

CAPÍTULO 54. UNA SOCIEDAD DESMEMBRADA

[1] Oxfam, «An Economy for the 1%».

[2] Crédit Suisse Research Institute, *Global Wealth Databook 2015*, octubre de 2015.

[3] Piketty y Saez, «Income Inequality», con cifras actualizadas de 2015.

[4] U. S. Census Bureau, Current Population Survey, Annual Social and Economic Supplements: <<https://www.census.gov/data/tables/time-series/demo/income-poverty/historical-income-households.html>>.

[5] Bricker *et al.*, «Measuring Income and Wealth».

[6] Agustino Fontevicchia, «There Are More Self-Made Billionaires in the Forbes 400 Than Ever Before», *Forbes*, 3 de octubre de 2014.

[7] Credit Suisse Research Institute, *op. cit.* «Clase media» se considera aquí poseer una riqueza de entre 50.000 y 500.000 dólares. Para una categorización distinta, basada en los ingresos, y que engloba a una clase media bastante más numerosa, de 3.200 millones de personas, véase Kharas, «Unprecedented Expansion».

[8] Hellebrandt y Mauro, «Future of Worldwide Income Distribution».

[9] Sala-i-Martin y Pinkovskiy, «Parametric Estimations».

[10] Milanovic y Lakner, «Global Income Distribution».

[11] Corlett, «Examining an Elephant».

[12] Rakesh Kochhar, «Middle Class Fortunes in Western Europe», Pew Research Center, 24 de abril de 2017.

[13] Autor *et al.*, «Untangling Trade and Technology».

[14] Dobbs *et al.*, *Poorer Than Their Parents*.

[15] Chetty *et al.*, «Is the United States Still a Land of Opportunity?».

[16] Case y Deaton, «Rising Morbidity».

[17] Case y Deaton, «Mortality and Morbidity».

[18] Nicholas Eberstadt, «Our Miserable 21st Century», *Commentary*, 28 de febrero de 2017.

[19] Gagnon and Goyal, «Networks, Markets, and

Inequality», p. 23.

[20] *Ibid.*, p. 3.

[21] World Bank Group, *Digital Dividends*, p. 3.

[22] Paik y Sanchargin, «Social Isolation».

[23] Keith Hampton, Lauren Sessions, Eun Ja Her y Lee Rainie, «Social Isolation and New Technology», *Pew Internet & American Life Project*, noviembre de 2009, pp. 1-89: <<http://www.pewinternet.org/2009/11/04/social-isolation-and-new-technology/>>.

[24] *Ibid.*, p. 70.

[25] Véase en general Murray, *Coming Apart*.

CAPÍTULO 55. LA REVOLUCIÓN EN TUIITS

[1] Wu, *Master Switch*, p. 250.

[2] Pew Research Center, «Global Publics Embrace Social Networking», 15 de diciembre de 2010.

[3] Malcolm Gladwell, «Small Change: Why the Revolution Will Not Be Tweeted», *New Yorker*, 4 de octubre de 2010.

[4] Schmidt y Cohen, «Digital Disruption».

[5] *Ibid.*

[6] *Ibid.* Véase también Shirky, «Political Power of Social Media», p. 1. Sobre los límites de las redes sociales digitales

como agentes del cambio político, véase Shirky, *Here Comes Everybody*, y Tufekci, *Twitter and Tear Gas*.

[7] Hill, «Emotions as Infectious Diseases».

[8] Hal Hodson, «I Predict a Riot», *New Scientist*, n.º 2.931, 21 de agosto de 2013, p. 22.

[9] Debora MacKenzie, «Brazil Uprising Points to Rise of Leaderless Networks», *New Scientist*, n.º 2.923, 26 de junio de 2013. Véase en general Barbera y Jackson, «Model of Protests».

[10] Ramo, *Seventh Sense*, p. 105.

[11] Sten Tamkivi, «Lessons from the World's Most Tech-Savvy Government», *The Atlantic*, 24 de enero de 2014.

[12] Para la relevancia de esta idea en otros conflictos, véase Staniland, *Networks of Rebellion*.

[13] Simcox, *Al-Qaeda's Global Footprint*.

[14] Zimmerman, *Al-Qaeda Network*.

[15] Wu, *op. cit.*, p. 250.

[16] Glennon, «National Security», p. 12.

[17] Barton Gellman, «NSA Broke Privacy Rules Thousands of Times per Year, Audit Finds», *The Washington Post*, 15 de agosto de 2013.

[18]

<<https://www.facebook.com/zuck/posts/10101301165605491>>

[19] Lloyd Grove, «Kathleen Sebelius's Daily Show Disaster: Jon Stewart Slams Obamacare Rules», *The Daily*

Beast, 8 de octubre de 2013.

[20] Schmidt and Cohen, *op. cit.*

[21] Cecilia Kang, «Google, in Post-Obama Era, Aggressively Woos Republicans», *The New York Times*, 27 de enero de 2017.

[22] Gautham Nagesh, «ICANN 101: Who Will Oversee the Internet?», *The Wall Street Journal*, 17 de marzo de 2014.

[23] Enders y Su, «Rational Terrorists».

[24] Scott Atran y Nafees Hamid, «Paris: The War ISIS Wants», *The New York Review of Books*, 16 de noviembre de 2015.

[25] David Ignatius, «How ISIS Spread in the Middle East: And How to Stop It», *The Atlantic*, 29 de octubre de 2015.

[26] Karl Vick, «ISIS Militants Declare Islamist “Caliphate”», *The Time*, 29 de junio de 2014.

[27] Graeme Wood, «What ISIS Really Wants», *The Atlantic*, marzo de 2015.

[28] Berger y Morgan, «ISIS Twitter Census». Véase también Joseph Rago, «How Algorithms Can Help Beat Islamic State», *The Wall Street Journal*, 11 de marzo de 2017.

[29] Craig Whiteside, «Lighting the Path: The Story of the Islamic State’s Media Enterprise», *War on the Rocks*, 12 de diciembre de 2016.

[30] Wood, *op. cit.*

[31] UN Security Council, «In Presidential Statement,

Security Council Calls for Redoubling Efforts to Target Root Causes of Terrorism as Threat Expands, Intensifies», 19 de noviembre de 2014: <www.un.org/press/en/2014/sc11656.doc.htm>. Véase también Spencer Ackerman, «Foreign Jihadists Flocking to Syria on “Unprecedented Scale” – UN», *The Guardian*, 30 de octubre de 2014.

[32] Wood, *op. cit.*

[33] Bodine-Baron *et al.*, *Examining ISIS Support*.

[34] Fisher, «Swarmcast». Véase también Ali Fisher, «ISIS Strategy and the Twitter Jihadiscape», CPD Blog, 24 de abril de 2017: <<http://uscpublicdiplomacy.org/blog/isis-strategy-and-twitter-jihadiscape>>.

[35] John Bohannon, «Women Critical for Online Terrorist Networks», *Science*, 10 de junio de 2016.

[36] MacGill, «Acephalous Groups».

[37] Hasta los detractores de Obama se esforzaron por ofrecer una respuesta coherente a ISIS. Para más detalles sobre una estrategia contraterrorista militar y política convencional, sin menciones al ciberespacio, véase Habeck *et al.*, *Global Strategy for Combating Al-Qaeda*.

[38] Institute for Economics and Peace, *Global Terrorism Index 2016: Measuring and Understanding the Impact of Terrorism*, p. 4.

[39] START, *Patterns of Islamic State-Related Terrorism, 2002-2015*, agosto de 2016.

[40] Institute for Economics and Peace, *op. cit.*, p. 43.

[41] Byrne, *Black Flag Down*, p. 18-20.

[42] Stuart, *Islamist Terrorism*.

[43] Rukmini Callimachi, Alissa J. Rubin y Laure Fourquet, «A View of ISIS's Evolution in New Details of Paris Attacks», *The New York Times*, 19 de marzo de 2016.

[44] Ali, *Challenge of Dawa*. Véase también Sookhdeo, *Dawa*.

[45] Stuart, *Islamist Terrorism: Key Findings*, pp. 2, 9, 11, 18.

[46] Frampton *et al.*, *Unsettled Belonging*.

[47] Scott Atran y Nafees Hamid, «Paris: The War ISIS Wants», *The New York Review of Books*, 16 de noviembre de 2015.

[48] Berger y Morgan, *op. cit.*

[49] John Bohannon, «How to Attack the Islamic State Online», *Science*, 17 de junio de 2016. Véase también Berger y Perez, «The Islamic State's Diminishing Returns on Twitter», y Wood, *The Way of the Strangers*, p. 287.

[50] <<http://www.bbc.com/news/uk-34568574>>.

[51] Sutton, «Myths and Misunderstandings».

[52]

<<http://www.telegraph.co.uk/news/uknews/terrorism-in-the-uk/11546683/Islamist-extremists-in-prison-revolving-door-as-numbers-soar.html>>.

[53] Centro de Investigaciones Pew, *Future Global Muslim Population*.

[54] Laurence y Vaisse, *Integrating Islam*, pp. 40-41. Véase también Khosrokhavar, *L'Islam dans les prisons*. Véase asimismo Scott Atran y Nafees Hamid, «Paris: The War ISIS Wants», *The New York Review of Books*, 16 de noviembre de 2015.

[55] Antoine Krempf, «60% des détenus français sont musulmans?», Replay Radio, 26 de enero de 2015.

[56] Centro de Investigaciones Pew, *World's Muslims*.

CAPÍTULO 56. 9 DE NOVIEMBRE DE 2016

[1] Para una defensa del populismo, véase Roger Kimball, «Populism, X: The Imperative of Freedom», *The New Criterion*, junio de 2017.

[2] Deena Shanker, «Social Media are Driving Americans Insane», *Bloomberg*, 23 de febrero de 2017.

[3] Deloitte, *No Place Like Phone*.

[4] Hampton *et al.*, «Social Isolation and New Technology».

[5] Funke *et al.*, «Going to Extremes».

[6] Inglehart y Norris, «Trump, Brexit, and the Rise of Populism». Véase también Daniel Drezner, «I Attended

Three Conferences on Populism in Ten Days», *The Washington Post*, 19 de junio de 2017.

[7] Renee DiResta, «Crowds and Technology», RibbonFarm, 15 de septiembre de 2016: <<http://www.ribbonfarm.com/2016/09/15/crowds-and-technology/>>.

[8] Brinton y Chiang, *Power of Networks*, p. 207.

[9] «Mobilising Voters through Social Media in the U.S., Taiwan and Hong Kong», Bauhinia, 15 de agosto de 2016.

[10] Pentland, *Social Physics*, pp. 50-51.

[11] Bond *et al.*, « 61-Million-Person Experiment».

[12] Goodhart, *Road to Somewhere*.

[13] Dominic Cummings, «How the Brexit Referendum Was Won», *The Spectator*, 9 de enero de 2017.

[14] Dominic Cummings, «On the Referendum #20: The Campaign, Physics and Data Science», 29 de octubre de 2016:

<<https://dominiccummings.wordpress.com/2016/10/29/on-the-referendum-20-the-campaign-physics-and-data-science-vote-leaves-voter-intention-collection-system-vics-now-available-for-all/>>.

[15] Carole Cadwalladr, «Revealed: How U.S. Billionaire Helped to Back Brexit», *The Guardian*, 25 de febrero de 2017. Simon Kuper, «Targeting Specific Voters is More Effective and Cheaper than Speaking to the Public on TV», *Financial Times*, 14 de junio de 2017.

[16] Salena Zito, «Taking Trump Seriously, Not Literally», *The Atlantic*, 23 de septiembre de 2016.

[17] Allen y Parnes, *Shattered*, pos. 256-257, 566-569, 599-601, 804-806.

[18] *Ibid.*, pos. 2.902-2.904.

[19] *Ibid.*, pos. 3.261-3.273, 3.281-3.285, 3.291-3.301.

[20] Allcott y Gentzkow, «Social Media and Fake News».

[21] Shannon Greenwood, Andrew Perrin y Maeve Duggan, «Social Media Update 2016», Centro de Investigación Pew, 11 de noviembre de 2016. Véase Mostafa M. El-Bermawy, «Your Filter Bubble is Destroying Democracy», *Wired*, 18 de noviembre de 2016.

[22] Maeve Duggan y Aaron Smith, «The Political Environment on Social Media», Centro de Investigación Pew, 25 de octubre de 2016.

[23] «Mobilising Voters through Social Media in the U.S., Taiwan and Hong Kong», *op. cit.*

[24] Erin Pettigrew, «How Facebook Saw Trump Coming When No One Else Did», *Medium*, 9 de noviembre de 2016.

[25] Centro de Investigación Pew, «Election Campaign 2016: Campaigns as a Direct Source of News», 18 de julio de 2016, p. 15.

[26] <<https://www.youtube.com/watch?v=vST61W4bGm8>>.

[27] <<https://www.wired.com/2016/11/facebook-won->

[trump-election-not-just-fake-news/](#)>.

[28] Cecilia Kang, «Google, in post-Obama Era, Aggressively Woos Republicans», *The New York Times*, 27 de enero de 2017.

[29] «Facebook Employees Pushed to Remove Trump's Posts as Hate Speech», *The Wall Street Journal*, 21 de octubre de 2016.

[30] Farhad Manjoo, «Algorithms with Agendas and the Sway of Facebook», *The New York Times*, 11 de mayo de 2016.

[31] Issie Lapowsky, «Here's How Facebook Actually Won Trump the Presidency», *Wired*, 15 de noviembre de 2016.

[32] Elizabeth Chan, «Donald Trump, Pepe the Frog, and White Supremacists: An Explainer», *Hillary for America*, 12 de septiembre de 2016.

[33] Ben Schreckinger, «World War Meme», *Politico*, marzo/abril de 2017.

[34] Hannes Grassegger y Mikael Krogerus, «The Data That Turned the World Upside Down», *Motherboard*, 28 de enero de 2017.

[35] Nicholas Confessore y Danny Hakim, «Bold Promises Fade to Doubts for a Trump-Linked Data Firm», *The New York Times*, 6 de marzo de 2017.

[36] Issie Lapowsky, «The 2016 Election Exposes the Very, Very Dark Side of Tech», *Wired*, 7 de noviembre de

2016.

[37] Zeynep Tufekci, «Mark Zuckerberg is in Denial», *The New York Times*, 15 de noviembre de 2016.

[38] Richard Waters, «Google Admits Giving Top Spot to Inaccurate Claim on Trump Votes», *Financial Times*, 15 de noviembre de 2016.

[39] Allcott y Gentzkow, *op. cit.*

[40] David Blood, «Fake News is Shared as Widely as the Real Thing», *Financial Times*, 27 de marzo de 2017.

[41] Boxell *et al.*, «Is the Internet Causing Political Polarization?».

NOVENA PARTE. Conclusión: El desafío de Ciberia

CAPÍTULO 57. METRÓPOLIS

[1] Para un ensayo original sobre el tema, véase Niall Ferguson y Moritz Schularick, «Chimerical? Think Again», *The Wall Street Journal*, 5 de febrero de 2007. Lo revisitamos en «“Chimerica” and the Rule of Central Bankers», *ibid.*, 27 de agosto de 2015. La idea inspiró la obra homónima de Lucy Kirkwood en 2013.

[2] Hasta donde tengo constancia, esto jamás ha ocurrido. Pueden encontrarse datos relevantes en

<<http://globe.cid.harvard.edu/>>.

[3] Véase, por ejemplo, Barnett, ed., *Encyclopedia of Social Networks*, vol. I, p. 297. La postura optimista la defiende Slaughter, *The Chessboard and the Web*.

CAPÍTULO 58. APAGÓN EN LA RED

[1] Kissinger, *World Order*, pp. 93-94.

[2] *Ibid.*, p. 371.

[3] Steven Pinker y Andrew Mack, «The World is Not Falling Apart», *Slate*, 22 de diciembre de 2014. Para una crítica del libro de Pinker, *Better Angels*, véase Cirillo y Taleb, «Statistical Properties». Y para la réplica, véase Steven Pinker, «Fooled by Belligerence: Comments on Nassim Taleb’s “The Long Peace is a Statistical Illusion”»: <http://stevenpinker.com/files/comments_on_taleb_by_s_pir

[4] Kissinger, *op. cit.*, pp. 340, 347, 368.

[5] Véase Allison, *Destined for War*.

[6] Jeffrey Goldberg, «World Chaos and World Order: Conversations with Henry Kissinger», *The Atlantic*, 10 de noviembre de 2016.

[7] Niall Ferguson, «The Lying, Hating Hi-Tech Webs of Zuck and Trump are the New Superpowers», *The Sunday Times*, 19 de febrero de 2017.

[8] Véase, por ejemplo, Snyder, *On Tyranny*.

[9] Véase, por ejemplo (publicado el mismo día), Jennifer Senior, «“Richard Nixon”, Portrait of a Thin-Skinned, Media-Hating President», *The New York Times*, 29 de marzo de 2017; Jennifer Rubin, «End the Nunes Charade, and Follow the Russian Money», *The Washington Post*, 29 de marzo de 2017.

[10] Dittmar, «Information Technology and Economic Change».

[11] McKinsey Global Institute, *Playing to Win*, p. 11.

[12] World Bank, *Digital Dividends*, p. 95.

[13] *Ibid.*, p. 207.

[14] *Ibid.*, pp. XIII y 6.

[15] Schiedel, *Great Leveler*.

[16] World Bank, *op. cit.*, p. 217.

[17] Alexis C. Madrigal, «The Weird Thing About Today’s Internet», *The Atlantic*, 17 de mayo de 2017.

[18] Thiel, *Zero to One*.

[19] En el mundo desarrollado, el precio de los servicios móviles oscila entre los cerca de 50 dólares de Brasil y las cifras de un solo dígito de Sri Lanka. El precio de internet (un megabit por segundo) es unas trescientas veces superior en el Chad, sin acceso al mar, que en Kenia: World Bank, *op. cit.*, pp. 8, 71, 218.

[20] *Ibid.*, p. 13.

[21] Charles Kadushin, «Social Networks and Inequality: How Facebook Contributes to Economic (and Other) Inequality», *Psychology Today*, 7 de marzo de 2012: <<https://www.psychologytoday.com/blog/understanding-social-networks/201203/social-networks-and-inequality>>.

[22] Sam Altman, «I'm a Silicon Valley Liberal, and I Traveled across the Country to Interview 100 Trump Supporters – Here's What I Learned», *Business Insider*, 23 de febrero de 2017: <<http://www.businessinsider.com/sam-altman-interview-trump-supporters-2017-2>>.

[23] «As American as Apple Inc.: Corporate Ownership and the Fight for Tax Reform», Penn Wharton Public Policy Initiative, Issue Brief 4, 1: <<https://publicpolicy.wharton.upenn.edu/issue-brief/v4n1.php>>.

[24] Sandra Navidi, «How Trumpocracy Corrupts Democracy», Project Syndicate, 21 de febrero de 2017.

[25] Cecilia Kang, «Google, in post-Obama Era, Aggressively Woos Republicans», *The New York Times*, 27 de enero de 2017; Jack Nicas y Tim Higgins, «Silicon Valley Faces Balancing Act between White House Criticism and Engagement», *The Wall Street Journal*, 31 de enero de 2017.

[26] Issie Lapowsky, «The Women's March Defines Protest in the Facebook Age», *Wired*, 21 de enero de 2017; Nick Bilton, «Will Mark Zuckerberg be Our Next President?», *Vanity Fair*, 13 de enero de 2017.

[27] World Bank, *op. cit.*, pp. 221-227.

[28] Lada A. Adamic, Thomas M. Lenton, Eytan Adar y Pauline C. Ng, «Information Evolution in Social Networks», 22-25 de febrero de 2016: <https://research.fb.com/wp-content/uploads/2016/11/information_evolution_in_social_n

[29] James Stavridis, «The Ghosts of Religious Wars Past are Rattling in Iraq», *Foreign Policy*, 17 de junio de 2014.

[30] Turchin, *Ages of Discord*.

[31] Maier, *Leviathan 2.0*.

[32] Mark Galeotti, «The “Trump Dossier,” or How Russia Helped America Break Itself», *Tablet*, 13 de junio de 2017.

[33] Fareed Zakaria, «America Must Defend Itself against the Real National Security Menace», *The Washington Post*, 9 de marzo de 2017.

[34] Nye, «Deterrence and Dissuasion», p. 47.

[35] Ramo, *Seventh Sense*, pp. 217-218.

[36] Caldarelli and Catanzaro, *Networks*, pp. 95-98, 104-105.

[37] Drew Fitzgerald y Robert McMillan, «Cyberattack Knocks Out Access to Websites», *The Wall Street Journal*, 21 de octubre de 2016; William Turton, «Everything We Know about the Cyberattack That Crippled America’s Internet», *Gizmodo*, 24 de octubre de 2016.

[38] Fred Kaplan, «“WarGames” and Cybersecurity’s Debt to a Hollywood Hack», *The New York Times*, 19 de febrero

de 2016.

[39] Nye, *op. cit.*

[40] Ken Dilanian, William M. Arkin y Cynthia Mcfadden, «U.S. Govt. Hackers Ready to Hit Back If Russia Tries to Disrupt Election», NBC, 4 de noviembre de 2016.

[41] Nathan Hodge, James Marson y Paul Sonne, «Behind Russia's Cyber Strategy», *The Wall Street Journal*, 16 de diciembre de 2017.

[42] A propósito de la última filtración de documentos de WikiLeaks, véase Zeynep Tufekci, «The Truth about the WikiLeaks C.I.A. Cache», *The New York Times*, 9 de marzo de 2017.

[43] Bonnie Berkowitz, Denise Lu y Julie Vitkovskaya, «Here's What We Know So Far about Team Trump's Ties to Russian Interests», *The Washington Post*, 31 de marzo de 2017.

[44] Nye, *op. cit.*, pp. 44-52, 63-67.

[45] Mark Galeotti, «Crimintern: How the Kremlin Uses Russia's Criminal Networks in Europe», European Council on Foreign Relations Policy Brief, abril de 2017.

[46] Anne-Marie Slaughter, «How to Succeed in the Networked World», *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre de 2016, p. 80.

[47] Slaughter, *op. cit.*, pp. 84-85; Slaughter, *The Chessboard and the Web*, pos. 2.738.

[48] Slaughter, «How to Succeed», p. 86.

[49] Slaughter, *The Chessboard and the Web*, pos. 2.680-2.684.

[50] Ian Klaus, «For Cities of the Future, Three Paths to Power», *The Atlantic*, 19 de marzo de 2017.

[51] Ramo, *op. cit.*, p. 182.

[52] *Ibid.*, p. 233.

[53] *Ibid.*, p. 153. Véase también Clarke y Eddy, *Warnings*, pp. 283-301.

[54] Taleb, *Antifragile*.

[55] Arbesman, *Overcomplicated*.

[56] Caldarelli y Catanzaro, *op. cit.*, p. 97.

CAPÍTULO 59. LAS FANG, LAS BAT Y LA UE

[1] Daniel Martin, «Shaming of Web Giants», *Daily Mail*, 15 de marzo de 2017.

[2] Guy Chazan, «Germany Cracks Down on Social Media over Fake News», *Financial Times*, 14 de marzo de 2017.

[3] GP Bullhound, *European Unicorns: Survival of the Fittest* (2016).

[4] Adam Satariano y Aoife White, «Silicon Valley's Miserable Euro Trip is Just Getting Started», *Bloomberg Business Week*, 20 de octubre de 2016; Mark Scott, «The Stakes are Rising in Google's Antitrust Fight with Europe»,

The New York Times, 30 de octubre de 2016; Philip Stephens, «Europe Rewrites the Rules for Silicon Valley», *Financial Times*, 3 de noviembre de 2016.

[5] Goldsmith y Wu, *Who Controls the Internet?*, pp. 5 y ss.

[6] Para un punto de vista distinto, véase Hafner-Burton y Montgomery, «Globalization and the Social Power Politics».

[7] Bethany Allen-Ebrahimian, «The Man Who Nailed Jello to the Wall», *Foreign Policy*, 29 de junio de 2016.

[8] Spar, *Ruling the Waves*, p. 381.

[9] Guobin Yang, «China's Divided Netizens», Berggruen Insights, n.º 6, 21 de octubre de 2017.

[10] King *et al.*, «Randomized Experiment».

[11] Goldsmith y Wu, *op. cit.*, p. 96.

[12] Emily Parker, «Mark Zuckerberg's Long March into China», *Bloomberg*, 18 de octubre de 2016; Alyssa Abkowitz, Deepa Seetharaman y Eva Dou, «Facebook Is Trying Everything to Re-Enter China—and It's Not Working», *The Wall Street Journal*, 30 de enero de 2017.

[13] Mary Meeker, «Internet Trends 2016—Code Conference», Kleiner Perkins Caufield Byers, 1 de junio de 2016, pp. 170-171.

[14] Kirby *et al.*, «Uber in China», p. 12.

[15] William Kirby, «The Real Reason Uber is Giving Up in China», *Harvard Business Review*, 2 de agosto de 2016.

[16] Véase Eric X. Li, «Party of the Century: How China

is Reorganizing for the Future», *Foreign Affairs*, 10 de enero de 2017, y Bell, *China Model*.

[17] Keller, «Networks of Power», p. 32; Keller, «Moving Beyond Factions», p. 22.

[18] Li, *Chinese Politics*, pp. 332, 347-348.

[19] Jessica Batke y Matthias Stepan, «Party, State and Individual Leaders: The Who's Who of China's Leading Small Groups», Mercator Institute for China Studies, 2017.

[20] Lin y Milhaupt, «Bonded to the State».

[21] «Chinese Censors' Looser Social Media Grip "May Help Flag Threats"», *South China Morning Post*, 13 de febrero de 2017.

[22] «Visualizing China's Anti-Corruption Campaign», ChinaFile, 21 de enero de 2016.

[23] «Big Data, Meet Big Brother: China Invents the Digital Totalitarian State», *The Economist*, 17 de diciembre de 2016.

[24] Nick Szabo, «Money, Blockchains and Social Scalability», Unenumerated, 9 de febrero de 2017.

[25] *Ibid.*

[26] Haldane, «A Little More Conversation». Véase también Bettina Warburg, «How the Blockchain will Radically Transform the Economy», TED talk, noviembre de 2016.

[27] David McGlaflin, «How China's Plan to Launch Its

Own Currency Might Affect Bitcoin», Cryptocoins News, 25 de enero de 2016; «China is Developing Its Own Digital Currency», Bloomberg News, 23 de febrero de 2017. Para más detalles sobre el plan del Banco Popular de China, véase <<http://www.cnfinance.cn/magzi/2016-09/01-24313.html>> y <<http://www.cnfinance.cn/magzi/2016-09/01-24314.html>>.

[28] Deloitte y Monetary Authority of Singapore, «The Future is Here: Project Ubin: SGD on Distributed Ledger», 2017. Véase en general Bordo y Levin, «Central Bank Digital Currency».

CAPÍTULO 60. LA PLAZA Y LA TORRE REDUX

[1] Para una sugerente comparación con el Renacimiento, véase Goldin and Kutarna, *Age of Discovery*.

[2] Heylighen y Bollen, «World-Wide Web as a Super-Brain». Véase también Heylighen, «Global Superorganism».

[3] Dertouzos, *What Will Be*.

[4] Wright, *Nonzero*, p. 198.

[5] Hayles, «Unfinished Work», p. 164.

[6] Tomlin, *Cloud Coffee House*, p. 55.

[7] *Ibid.*, p. 223.

[8] Spier, *Big History and the Future of Humanity*, pp. 138-183.

[9] Naughton, *From Gutenberg to Zuckerberg*, pp. 207 y 236.

[10] Mark Zuckerberg, «Commencement Address at Harvard», *Harvard Gazette*, 25 de mayo de 2017.

[11] Gordon, *Rise and Fall of American Growth*. Para una perspectiva optimista, véase Schwab, *Fourth Industrial Revolution*.

[12] Acemoglu y Restrepo, «Robots and Jobs».

[13] World Bank, *Digital Dividends*, pp. 23 y 131.

[14] Caplan, «Totalitarian Threat».

[15] Sobre la predicción, basada en datos históricos, de un posible recrudecimiento de la violencia en Estados Unidos, véase Turchin, *Ages of Discord*.

[16] Caldara y Iacoviello, «Measuring Geopolitical Risk».

[17] Bostrom, *Superintelligence*. Véase también Clarke y Eddy, *Warnings*, en especial pp. 199-216.

[18] David Streitfeld, «“The Internet Is Broken”: @ev Is Trying to Salvage It», *The New York Times*, 20 de mayo de 2017.

[19] Scott, *Two Cheers*.

[20] Niall Ferguson, «Donald Trump’s New World Order», *The American Interest*, marzo/abril de 2017, pp. 37-47.

[21] Steinhof, «Urban Images», p. 20.

[22]

<<https://www.nytimes.com/interactive/2016/12/21/upshot/M-the-Shadows-of-New-York-City.html? r=1>>.

[23] Steven Levy, «Inside Apple's Insanely Great (Or Just Insane) New Mothership», *Wired*, 16 de mayo de 2017.

[24] Facebook:
<<http://mashable.com/2015/03/31/facebook-new-headquarters-photos/#0dtkL9aMgqH>>; Apple:
<<http://www.fosterandpartners.com/news/archive/2017/02/a-park-opens-to-employees-in-april/>>; Google:
<<https://googleblog.blogspot.com/2015/02/rethinking-office-space.html>>.

EPÍLOGO. LA PLAZA Y LA TORRE ORIGINALES: REDES Y JERARQUÍAS EN LA SIENA DEL
«TRECENTO»

[1] Joseph Polzer, «Ambrogio Lorenzetti's "War and Peace" Murals Revisited: Contributions to the Meaning of the "Good Government Allegory"», *Artibus et Historiae*, vol. 23, n.º 45 (2002), p. 64. En cuanto al trasfondo, véase Timothy Hyman, *Sienese Painting: The Art of a City-Republic (1278-1477)*, Nueva York, Thames & Hudson, 2003.

[2] Charles Duan, «"Internet" or "internet"? The Supreme Court Weighs In», *Motherboard*, 22 de junio de 2017.

[3] Polzer, *op. cit.*, p. 69.

[4] *Ibid.*, p. 70.

[5] Nirit Ben-Aryeh Debby, «War and Peace: The Description of Ambrogio Lorenzetti's Frescoes in Saint Bernardino's 1425 Siena Sermons», *Renaissance Studies*, vol. 15, n.º 3 (septiembre de 2001), pp. 272–286.

[6] Jack M. Greenstein, «The Vision of Peace: Meaning and Representation in Ambrogio Lorenzetti's *Salla della Pace* Cityscapes», *Art History*, vol. 11, n.º 4 (diciembre de 1988), p. 504.

[7] Los colores blanco y negro de su túnica son los de la Balzana, el escudo de Siena; a sus pies, la loba y los gemelos que maman de sus ubres son una alusión al supuesto origen romano de la ciudad; la inscripción del escudo está tomada del sello oficial de Siena: Polzer, *op. cit.*, p. 71.

[8] *Ibid.*, p. 86.

[9] Quentin Skinner, «Ambrogio Lorenzetti's Buon Governo Frescoes: Two Old Questions, Two New Answers», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, vol. 62 (1999), pp. 1-28.

[10] Polzer, *op. cit.*, p. 71. Véase también C. Jean Campbell, «The City's New Clothes: Ambrogio Lorenzetti and the Poetics of Peace», *Art Bulletin*, vol. 83, n.º 2 (junio de 2001), pp. 240–258.

[11] Skinner, *op. cit.*, p. 14.

[12] Polzer, *op. cit.*, p. 82.

[13] Greenstein, *op. cit.*, p. 498.

[14] *Ibid.*, p. 494; Polzer, *op. cit.*, p. 70.

[15] Skinner, *op. cit.*

[16] Diana Norman, «Pisa, Siena, and the Maremma: A Neglected Aspect of Ambrogio Lorenzetti's Paintings in the Sala dei Nove», *Renaissance Studies*, vol. 11, n.º 4 (diciembre de 1997), p. 314.

[17] *Ibid.*, p. 320.

[18] Greenstein, *op. cit.*, pp. 503-504.

[19] Roxann Prazniak, «Siena on the Silk Roads: Ambrogio Lorenzetti and the Mongol Global Century, 1250–1350», *Journal of World History*, vol. 21, n.º 2 (junio de 2010), pp. 177–217.

[20] *Ibid.*, pp. 180, 185, 188-189.

[21] Debby, *op. cit.*, p. 283.

Notas explicativas

(1) Alusión a Minerva, el nombre romano de la diosa griega de la sabiduría, Palas Atenea. La insignia de los Illuminati representaba a un búho, animal asociado a la diosa, posado en las páginas de un libro abierto.

(2) Con respecto a la bibliografía citada por el autor en el presente volumen, seguimos el siguiente criterio: en el cuerpo del texto damos directamente el título de la traducción española de las obras citadas cuando la hay; en cambio, en la bibliografía que se incluye al final del libro añadimos la traducción española entre corchetes inmediatamente después de la versión mencionada por el autor. (*N. de los T.*)

(3) «Red social» debe entenderse aquí en sentido amplio, en referencia a una estructura que opera en el seno de una sociedad, y no en la acepción restringida actualmente predominante para referirse a servicios como Facebook, Twitter, etcétera. (*N. de los T.*)

(4) El rendimiento era del 21 por ciento cuando el gestor de la cartera y el director ejecutivo de la empresa habían ido a la misma universidad y sus carreras habían coincidido aunque fuera parcialmente en el tiempo, mientras que, si no existía dicha conexión, el rendimiento descendía al 13 por ciento.

(5) En el momento de redactar este libro, Donald J. Trump cuenta con 33,8 millones de seguidores en Twitter. En cambio, él solo sigue a 45 personas o instituciones.

(6) En inglés *High Plains Drifter* (literalmente, «el vagabundo de las llanuras altas»), un western dirigido por Clint Eastwood que en España se estrenó con el título de *Infierno de cobardes*. (*N. de los T.*)

(7) El término *networking* se ha incorporado a la cultura hispana (véase, por ejemplo, <es.wikipedia.org/wiki/networking>), aunque aquí hemos optado por traducirlo, de forma algo simplificada, como «interrelación profesional». (*N. de los T.*)

(8) *La riqueza de las naciones*, libro I, cap. 10. Traducido literalmente, *keiretsu*

significa «alianza acéfala». El término se aplica a una estructura corporativa en que se unen varias organizaciones, por lo general mediante la adquisición de pequeñas participaciones unas de otras. A menudo las empresas interesadas se asocian, por ejemplo, en una cadena de suministro.

(9) Por desgracia, el paseo diario de Kant —tan puntual que se decía que la gente ponía sus relojes en hora al verlo— no incluía los siete puentes. Según el poeta Heinrich Heine, prefería caminar ocho veces arriba y abajo por una calle flanqueada de árboles, que más tarde pasaría a conocerse como «Camino del Filósofo».

(10) En la teoría de redes, el término *hub* (que en lo sucesivo traduciremos como «núcleo») define a un nodo con un número de conexiones que excede ampliamente a la media. (*N. de los T.*)

(11) En inglés *weak ties*, a veces traducido también como «nexos débiles». (*N. de los T.*)

(12) Coase sostenía en «The Problem of Social Cost» (1960, p. 15) que «para realizar una transacción de mercado es necesario descubrir con quién se desea tratar, informar a las personas de lo que se desea tratar y en qué términos, realizar negociaciones que conduzcan a un acuerdo, redactar el contrato, realizar la revisión necesaria para asegurarse de que se cumplen los términos de dicho contrato, etcétera». Las organizaciones como las empresas y, de hecho, los estados existen para reducir o eliminar esos costes de transacción mediante, por ejemplo, los contratos laborales estandarizados a largo plazo. Las unidades de mayor tamaño pueden hacerlo de manera más eficiente; de ahí las «economías de escala».

(13) Las redes aleatorias fueron estudiadas inicialmente por el prolífico y extensamente citado matemático Paul Erdős, junto con Alfréd Rényi, uno de sus numerosos coautores. Un grafo aleatorio se construye colocando n nodos en un plano y luego uniéndolos de dos en dos al azar hasta utilizar m aristas. Los nodos pueden elegirse más de una vez, o ninguna.

(14) Mateo 25, 29.

(15) Se dice que las distribuciones que siguen una ley potencial tienen una «cola gruesa», en cuanto que las probabilidades relativas de tener un grado muy elevado y un grado muy bajo son mayores que si las conexiones se hubieran establecido de manera aleatoria. Técnicamente, el término «libre de escala» alude al hecho de que «la frecuencia relativa de los nodos de grado d , comparada con la de los nodos

de grado d' , es igual a la frecuencia relativa de los nodos de grado kd en comparación con los nodos de grado kd' cuando se reescala con un factor arbitrario $k > 0$ ». En una red libre de escala no hay ningún nodo típico y, sin embargo, la «escala» de diferencia entre nodos parece ser la misma en todas partes. Dicho de otro modo, el mundo libre de escala se caracteriza por una geometría fractal: el pueblo es una gran familia; la ciudad, un gran pueblo, y el reino, una gran ciudad.

(16) En el capítulo 20 puede verse un análisis más detallado de la masonería.

(17) Leopold Engel reactivó a los Illuminati en marzo de 1901 junto con Theodor Reuss, más tarde colaborador del famoso maestro británico del ocultismo Aleister Crowley. Durante y después de la Segunda Guerra Mundial, un economista llamado Felix Lazerus Pinkus y un panadero, Hermann Joseph Metzger, ambos suizos, fueron quienes resucitaron el nombre. Hasta la muerte de Annemarie Aeschbach, el pueblo suizo de Stein, en el cantón de Appenzell Rodas Exteriores, afirmaba ser la sede moderna de los Illuminati.

(18) Reproducido literalmente de la versión doblada al español. (*N. de los T.*)

(19) Los primeros comerciantes que llegaron a China en este periodo fueron el portugués Jorge Álvares, en 1514, y un italiano, Rafael Perestrello, en 1515-1516.

(20) El término es francés y deriva del portugués *canga*, «yugo». (*N. de los T.*)

(21) Probablemente la traducción más acertada sea «a cada gobernante, la religión que elija». El tratado permitía a los diversos príncipes del Sacro Imperio Romano escoger entre el luteranismo o el catolicismo dentro de los territorios en que gobernaban. El principal punto débil del acuerdo era que excluía de manera explícita de sus disposiciones otras variantes del protestantismo como, por ejemplo, el calvinismo.

(22) Recuérdese que este es un indicador de la medida en que un nodo sirve para conectar diferentes secciones de una red, es decir, del grado en que actúa como un «núcleo».

(23) La Paz de Westfalia se cita con frecuencia como un momento en que en Europa volvieron a imponerse las estructuras jerárquicas tras la conmoción de la guerra de los Treinta Años. Se hallaba integrada por tres tratados distintos, uno entre España y las Provincias Unidas, otro entre el Sacro Imperio Romano y Francia y sus aliados, y un tercero entre el Imperio y Suecia y sus aliados. Aunque más de cien delegaciones participaron en las negociaciones, celebradas en las ciudades vecinas de Münster —católica— y Osnabrück —parcialmente luterana—,

suele decirse que la Paz de Westfalia estableció un marco basado en estados soberanos coexistentes pero rivales que acordaron no intervenir en los asuntos internos (es decir, religiosos) de los demás. Ese mismo principio se había instaurado ya en la Paz de Augsburgo casi un siglo antes, pero en Westfalia volvió a reafirmarse.

(24) A los élders de la Kirk les resultaron ofensivas estas líneas poco calvinistas: «Duro es su sino, pues suya no era la culpa. Hay un destino en este mundo extraño, que a menudo decreta una condena inmerecida: que los escolásticos nos digan por qué».

(25) Los demás eran Hugh Blair, Gilbert Elliot (lord Minto), Adam Ferguson, Henry Home (lord Kames), John Home, Allan Ramsay, Thomas Reid y William Robertson.

(26) *Maven* es un término de origen yidis que podría traducirse como «experto» y que se aplica a aquel que no solo posee grandes conocimientos sino también, en calidad de figura de referencia, la capacidad para transmitirlos con suma eficacia. (*N. de los T.*)

(27) Eran: Benjamin Franklin, de la Logia Tun Tavern, de Filadelfia; John Hancock, de la Logia de San Andrés, de Boston; Joseph Hewes, que aparece registrado como visitante masónico de la Logia Unanimity n.º 7, de Edenton, Carolina del Norte, en diciembre de 1776; William Hooper, de la Logia Hanover, Masonborough, Carolina del Norte; Robert Treat Payne, presente en la Gran Logia de Roxbury, Massachusetts, en junio de 1759; Richard Stockton, maestro que recogió el acta constitutiva de la Logia de San Juan, Princeton, Massachusetts, en 1765; George Walton, de la Logia de Salomón n.º 1, Savannah, Georgia, y William Whipple, de la Logia de San Juan, Portsmouth, New Hampshire.

(28) A este relato le salieron competidores. Por ejemplo, Andrew Michael Ramsay, también escocés, situó los orígenes de la francmasonería en Palestina en tiempos de las Cruzadas.

(29) Cuando Carl von Clausewitz presenció por primera vez un combate como alférez en la batalla de Valmy, en 1792, lucharon 64.000 hombres en un bando contra 30.000 hombres en el otro, y la contienda duró un día. En 1813, cuando Clausewitz participó como mayor general en la batalla de Leipzig, 365.000 hombres se enfrentaron a 195.000 en una contienda que duró tres días.

(30) Leopoldo I se casó con una de las hijas de Luis Felipe; Leopoldo II lo hizo con María Enriqueta, archiduquesa de Austria, y su hermana, Carlota, se casó con

el nada afortunado archiduque Maximiliano, por poco tiempo emperador de México.

(31) Élite formada en exclusiva por funcionarios británicos de raza blanca que firmaban un *covenant*, o compromiso, al aceptar el cargo (a diferencia del sector *uncovenanted*, formado por anglo-indios y parsis). (*N. de los T.*)

(32) Edmund Ironside, el soldado en quien, según se decía, se inspiró el autor para crear al personaje de Richard Hannay, «profesaba una especial aversión a los irlandeses, los judíos, los latinos y las «razas inferiores», es decir, la mayoría de la humanidad».

(33) El curso de Quigley sobre la evolución de las civilizaciones era muy popular en la Escuela del Servicio Exterior de Georgetown, donde ejerció la docencia desde 1941 hasta 1972 (uno de sus alumnos fue el joven Bill Clinton). No está muy claro por qué Quigley llegó a obsesionarse tanto con la red de Milner; pero no cabe duda de que su origen bostoniano-irlandés infundió en él una aversión visceral por el imperialismo británico.

(34) Los británicos traducían jocosamente estas siglas así: CMG = *Call Me God* («Llámeme Dios»), KCMG = *Kindly Call Me God* («Haga el favor de llamarme Dios») y GCMG = *God Calls Me God* («Dios me llama Dios»). (*N. de los T.*)

(35) La recopilación de relatos tradicionales alemanes para niños publicada en 1812 por Jacob y Wilhelm Grimm con el título de *Kinder- und Hausmärchen* (*Cuentos de la infancia y del hogar*) fue una de las obras de mayor éxito del siglo XIX. Ambos hermanos eran serios expertos del folclore y habían estudiado en Marburgo con el eminente jurista Karl von Savigny. Su combinación de romanticismo, liberalismo y nacionalismo representaba un ejemplo típico de su generación. De hecho, en la época de las revoluciones de 1848, Jacob fue elegido miembro de la Asamblea Nacional.

(36) Rhodes indicaba a Rothschild que sus propiedades debían emplearse para fundar una sociedad elitista dedicada a promover los intereses del Imperio británico. «En relación con la cuestión sugerida, adopte Constitución Jesuita si es obtenible —escribía Rhodes telegráficamente en una carta que acompañaba al testamento— e inserte Imperio inglés para Religión Católica Romana.» El resultado último serían las célebres Becas Rhodes de la Universidad de Oxford.

(37) Los empresarios que controlaban las minas de oro y diamantes. (*N. de los T.*)

(38) No era una demanda más irrazonable o injustificada que la planteada por

Estados Unidos al régimen afgano tras los atentados del 11-S.

(39) Resulta insólito que, en concreto, esta cepa de gripe fuera particularmente letal para las personas de entre los veinte y los cuarenta años más o menos. Se calcula que durante la pandemia murieron de gripe unos 675.000 estadounidenses, diez veces más de los que perdieron la vida en la contienda mundial. Del total de soldados estadounidenses que fallecieron en Europa, la mitad cayeron víctimas de la gripe. Sin duda la movilización masiva de jóvenes que siguió a la entrada de Estados Unidos en la contienda contribuyó a la rápida propagación de la enfermedad, que atacaba los pulmones y básicamente provocaba que las víctimas se ahogaran en su propia sangre. Los primeros casos de estadounidenses afectados por ella se dieron en un campamento militar de Kansas a comienzos de 1918. En junio de ese año había llegado a la India, Australia y Nueva Zelanda. Dos meses después estalló un segundo brote casi a la vez en Boston (Massachusetts), en la ciudad francesa de Brest y en Freetown, la capital de Sierra Leona.

(40) *Hayy* es el tratamiento honorífico que recibe quien ha realizado el *hach* o *hayy*, es decir, la peregrinación a La Meca. (*N. de los T.*)

(41) Los diplomáticos europeos contemporáneos solían referirse al Gobierno otomano como la «Sublime Porte», traducción francesa del turco *Bâbîâli* («Puerta Elevada» o «Puerta de lo Eminente»), el nombre de la puerta que en Estambul daba acceso a los edificios que albergaban los principales departamentos gubernamentales, incluido el Ministerio de Exteriores.

(42) Fue Oppenheim quien descubrió y excavó el yacimiento inmensamente rico de Tell Halaf, en el nordeste de Siria, donde se hallaba la antigua ciudad-estado aramea de Guzana o Gozan.

(43) McMahon aceptó las fronteras propuestas por Husáin con las siguientes exclusiones: descartó Cilicia (hoy en el sudeste de Turquía) y las «partes de Siria situadas al oeste de los distritos de Damasco, Homs, Hama y Alepo» en que Francia había mostrado su interés, y respaldó las reivindicaciones británicas sobre las provincias de Bagdad y Basora, en Mesopotamia. Los planes anglo-franceses sobre Siria y Mesopotamia se incorporaron al célebre acuerdo de mayo de 1916 entre sir Mark Sykes y François Georges-Picot, que preveía la partición total del Imperio otomano después de la guerra.

(44) Se ha calculado que se hicieron llegar a Lenin y a sus colaboradores cincuenta millones de marcos de oro (unos doce millones de dólares), gran parte blanqueados a través de una empresa de importación rusa dirigida por una mujer

llamada Yevguenia Sumenson. Ajustada según la inflación de los salarios no cualificados, dicha cantidad equivaldría a unos ochocientos millones de dólares actuales.

(45) De hecho, en Moscú la lucha fue mucho más encarnizada, con un feroz combate cuerpo a cuerpo en el interior del Kremlin.

(46) En las elecciones a la Asamblea Constituyente del 12 de noviembre de 1917, los social-revolucionarios (SR) obtuvieron el 40 por ciento de los 41 millones de votos depositados, frente al 24 por ciento de los bolcheviques. Los campesinos consideraban a los SR su partido.

(47) *Naródný Komissariat Vnútrennij Del*: Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos. En 1922 se había rebautizado a la Checa como GPU y más tarde (en 1923) como OGPU. En 1934 se convirtió en el NKVD.

(48) El NKVD fue rebautizado como NKGB en febrero de 1941, para volver a recuperar su antiguo nombre en julio de 1941 y luego pasar a llamarse de nuevo NKGB en 1943. Después de la guerra, la agencia recibiría sucesivamente los nombres de MGB (1946), MVD (1953) y, por último, KGB (1954). Para evitar confusiones, en este capítulo nos referiremos siempre a la organización como el KGB.

(49) Deutsch, un judío checo de brillante carrera académica, logró establecerse en Londres sin levantar sospechas, ya que era primo del fundador de la cadena de cines Odeon.

(50) Se decía que la «D» significaba *destruction*, «destrucción», o, más exactamente, *dirty tricks*, «juego sucio».

(51) Versión de Ester Rabasco Macías en «Traducción y descodificación de “Réquiem” y “Poema sin héroe” de Anna Ajmátova», tesis doctoral, Universidad de Lleida, 2014. (*N. de los T.*)

(52) El tío de Berlin, Leo, que era ciudadano soviético, también fue detenido en 1952, encarcelado y acusado de pertenecer a una red de espionaje británica. Bajo tortura, confesó que, en efecto, era un espía británico. Después de pasar un año en la cárcel, tras la muerte de Stalin quedó en libertad, pero sufrió un ataque cardíaco poco después al cruzarse con uno de sus torturadores en la calle.

(53) Diseñado por el teórico utilitarista inglés Jeremy Bentham a finales del siglo XVIII, el panóptico era una cárcel o manicomio donde un solo vigilante podía observar a todos los reclusos o pacientes sin que ellos supieran si se les observaba o no.

(54) Después de haber visto la primera película, Sammy el Toro Gravano declaró: «La película me dejó atónito [...]. Me refiero a que salí del cine como si flotara. Puede que fuera ficción, pero para mí, entonces, esa era nuestra vida. Era increíble. Recuerdo que hablé con un montón de tíos, hombres de honor, que sintieron justo lo mismo».

(55) En la actualidad hay casi 115.000 grupos de AA registrados, con más de dos millones de miembros en más de ciento cincuenta países.

(56) El faquir de Ipi, conocido entre sus seguidores como Haji Sahib («venerable peregrino»), había declarado la yihad a los británicos después de que un juez colonial hubiese dictado sentencia que anulaba el matrimonio de una chica menor de edad cuya familia afirmaba que la habían secuestrado y convertido por la fuerza al islam. El faquir logró unir a las tribus musulmanas de Waziristán en una violenta campaña continuada contra el dominio británico.

(57) Por ejemplo, en «Quantifying Kissinger», una tesis en proceso de elaboración en la City University de Nueva York, Micki Kaufman pretende llevar a cabo un análisis de redes de la correspondencia de Kissinger en el Archivo de Seguridad Nacional, un conjunto de más de dieciocho mil documentos. Kaufman muestra, entre otras cosas, cómo se amplió la red de Kissinger después de que lo nombraran secretario de Estado, pero también que sus redes personales —al margen de los canales burocráticos establecidos— le facilitaron la gestión de acontecimientos geopolíticos clave de la época, como la guerra árabe-israelí de 1973, la guerra de Vietnam, la apertura a China, la acción militar en Camboya y los esfuerzos diplomáticos para atajar la guerra civil de Rodesia.

(58) De acuerdo con el plan original para la Comisión Trilateral, el comité ejecutivo se compondría de 34 delegados: 14 de la CEE, 9 de Japón, 9 de Estados Unidos y 2 de Canadá. Esto suponía un gesto de humildad por parte de los estadounidenses, pues la economía de su país seguía siendo mucho más importante que la de la CEE en aquel momento.

(59) Fundada por el comandante de las Fuerzas Aéreas del Ejército de Estados Unidos en octubre de 1945 para investigar sobre las armas del futuro, la Corporación RAND (por las siglas en inglés de *research and development* [«investigación y desarrollo»]), se desvinculó tres años más tarde de la Douglas Aircraft Company como entidad sin ánimo de lucro financiada por el Gobierno y por el sector privado. Fue en calidad de estratega jefe de la RAND como Hermann Kahn escribió en 1960 el ya clásico *On Thermonuclear War* [«Sobre la guerra

termonuclear»].

(60) Fue Gordon E. Moore, uno de los cofundadores de Intel, quien observó en 1965 que el número de transistores por seis centímetros cuadrados en un chip de circuitos integrados había ido doblándose año a año. Predijo que este ritmo se mantendría, si bien en 1975 modificó la predicción y señaló que a partir de 1980 pasaría a doblarse cada dos años. No disponemos de espacio aquí para una explicación más detallada de los adelantos en la potencia del procesamiento que acompañaron al crecimiento de internet; baste decir que, por lo general, la Ley de Moore ha venido cumpliéndose desde entonces.

(61) Las «mazmorras multiusuario», o MUD, eran mundos virtuales en que los jugadores interactuaban —por lo general, mediante mensajes de texto— a la manera de un juego de rol. (*N. de los T.*)

(62) Expresión de origen militar acuñada por Lenin para referirse a los sectores no solo importantes sino estratégicos de la economía como, en su día, las fábricas, las fundiciones de acero, los bancos, los ferrocarriles, etcétera. (*N. de los T.*)

(63) Una serie de visualizaciones gráficas de «la red de los padres fundadores» se publicarán en un próximo libro titulado *The Founding Fathers of the Euro: Individuals and Ideas in the History of European Monetary Union*, editado por Kenneth Dyson e Ivo Maes.

(64) *Old estonians*: juego de palabras a partir de los *old etonians*, los exalumnos del colegio Eton, cuna de buena parte de la clase dirigente británica. (*N. de los T.*)

(65) «La primacía de la política sobre la economía.»

(66) En un discurso sobre «Los principios del thatcherismo» que dio en Seúl el 3 de septiembre de 1992, Thatcher expresó sucintamente su postura: «Si tratas de controlar de manera artificial los tipos de cambio entre países para ponerle trabas al mercado, pronto el mercado te pondrá trabas a ti, y con contundencia».

(67) Major se lamentaba amargamente de que, tiempo después, el Banco Federal Alemán había plantado cara a los que especulaban contra el franco «de un modo que no había hecho en el caso de la libra esterlina». No solo llevó a cabo una enorme intervención monetaria, sino que emitió «una declaración conjunta franco-alemana afirmando que los cambios en los tipos de cambios no estaban justificados», algo que el Reino Unido había rogado en su momento y nunca recibió. Como señalaba con acierto el *Economist*, sin embargo, el franco no era —según ningún indicador financiero relevante— tan vulnerable a una devaluación como lo era la libra. De hecho, estaba devaluado todavía más de lo que estaba

sobrevalorada la libra.

(68) Para vender en corto una divisa, tomamos en préstamo dicha divisa a través de un corredor, la vendemos al precio que tenga en ese momento e ingresamos el dinero de la venta. Si a continuación el tipo de cambio cae, compramos la misma cantidad de divisa a su nuevo precio, más bajo, y se la devolvemos al corredor. El margen entre el precio, más alto, al que hicimos la venta de divisa y el precio, más bajo, que pagamos en la compra es nuestro beneficio. Sin embargo, si la moneda sube, tendremos que comprar la cantidad que debemos a ese precio más elevado para devolvérsela al corredor y perderemos dinero.

(69) La apuesta de Soros no llegó a conocimiento del público hasta el 24 de octubre, cuando el *Daily Mail* publicó un artículo titulado: «Gané mil millones mientras la libra se desplomaba». Ilustraba el artículo una fotografía de un Soros sonriente y con una copa en la mano. El alboroto que se formó a las puertas de su residencia de Londres lo persuadió de contarle su versión de los acontecimientos a Anatole Kaletsky.

(70) El mismo día de los atentados, Rumsfeld afirmó que «la respuesta de Estados Unidos habría de considerar un amplio abanico de opciones y posibilidades. El secretario dijo que su intuición lo llevaba a atacar a Sadam Husein al mismo tiempo, y no solo a Bin Ladin [sic]».

(71) Hace un siglo, según Andrew Haldane, el Banco de Inglaterra publicaba un discurso al año. Solo en 2016, publicó 80 discursos, 62 documentos de trabajo, unos 200 documentos de consulta, cerca de 100 blogs y más de 100 informes estadísticos; en total, más de 600 publicaciones y unas 9.000 páginas.

(72) «Hacker» se usa en este contexto, no en relación con actividades de piratería informática, sino para referirse a todos aquellos que con sus *hacks*, «mejoras», contribuyen —«con entusiasmo (casi obsesivamente)», como recoge su propia definición— al desarrollo colaborativo de un software de código abierto. (*N. de los T.*)

(73) Alusión a «The Tragedy of the Commons» (1968), ensayo del ecologista Garrett Hardin que defendía el control de la población mundial poniendo el ejemplo de una aldea de campesinos, los cuales, al disfrutar sin restricciones del acceso a las tierras comunes, pronto la dejaban infértil por permitir que el ganado pastase demasiado. La idea, de hecho, era del economista victoriano William Forster Lloyd.

(74) El 3 de abril de 2000, el juez Thomas Penfield Jackson sentenció que

Microsoft había incurrido en los delitos de monopolización, intento de monopolización y prácticas de «cebo y anzuelo», lo que constituía una violación de la Ley Sherman de Antimonopolio. El 7 de junio de 2000, el tribunal ordenó que Microsoft se dividiera en dos empresas. Sin embargo, el Tribunal de Apelaciones del Distrito de Columbia revocó las decisiones del juez Jackson y la empresa llegó a un acuerdo con el Departamento de Justicia por el cual quedó intacta.

(75) La gráfica relacionaba el aumento medio per cápita de los ingresos de los hogares con el percentil de la distribución de ingresos global, y pretendía demostrar que a los grupos entre el percentil 10 y el 70, junto con los del último percentil, les había ido mucho mejor entre 1998 y 2008 que a los que se encontraban entre el percentil 70 y el 100. Se suponía que la curva resultante asemejaba un elefante, con el lomo arqueado, el cuello bajado y la trompa levantada.

(76) Véase nota al pie en la página 121. [Citas tomadas de <http://ccuc.cbuc.cat/record=b6657903~S23*cat> (N. de los T.)]

(77) Esta tensión se hizo evidente en la crisis financiera de 2008, cuando (como señaló con ingenio el gobernador del Banco de Inglaterra, Mervyn King) los bancos internacionales eran «globales en la vida, pero nacionales en la muerte».

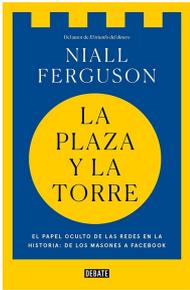
(78) La alusión hace referencia al argumento de *La historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides, que presenta la contienda entre el Imperio ateniense y Esparta en el siglo V a.C. como inevitable, en cierto modo, a causa «del poder creciente de Atenas, y de la alarma que este inspiraba en Lacedemón (Esparta)».

(79) Poco después de esta crisis, el canal de YouTube de PewDiePie contaba con más de cincuenta millones de suscriptores. Pese a que nació en Suecia, PewDiePie vive en Brighton con su novia italiana y se refiere a sus seguidores como «bros», término tomado de la música rap afroamericana. No hay que confundirlo con Milo Yiannopoulos, pese a que ambos hombres llevan el pelo teñido de rubio.

(80) Por ejemplo, en septiembre de 2009, cientos de miles de usuarios de Facebook copiaron el siguiente meme pro Obamacare, y en algunos casos (1 de cada 10, más o menos) introdujeron ligeros cambios en la redacción: «Nadie debería morir por no poder pagar su asistencia sanitaria, y nadie debería acabar arruinado por ponerse enfermo. Si estás de acuerdo, copia esto en tu muro».

(81) En el piso superior aparece indicado el «68» porque el hombre que da nombre al edificio sostiene, algo muy propio de él, que es un edificio de 68 plantas. Sin embargo, las plantas 6-13 de la Torre Trump sencillamente no existen.

Una historia de las redes organizacionales que han cambiado el mundo y una invitación a la reflexión escéptica sobre el papel que tienen en nuestra sociedad.



La mayor parte de la historia es jerárquica: tiene que ver con papas, presidentes o primeros ministros. Pero, ¿y si fuera así por el simple hecho de que han sido ellos los que han creado los archivos históricos? ¿Y si estuviéramos omitiendo y relegando la influencia de poderosas pero menos visibles redes de organización?

El siglo XXI ha sido proclamado como la Era de la Red, pero en este libro Niall Ferguson nos recuerda que las redes sociales no tienen nada de novedoso. Desde el tiempo de las imprentas y los predicadores que llevaron a cabo la Reforma hasta los masones que lideraron la Revolución estadounidense, fueron las redes organizacionales quienes interrumpieron el orden establecido. Así pues, lejos de ser una novedad, nuestra era es más bien la Segunda Era de la Red, con el ordenador ocupando el papel central que en su

momento ocupó el papel impreso. Quienes esperan una utopía de «internautas» interconectados pueden, por lo tanto, sentirse decepcionados. Las redes son propensas a la agrupación, los contagios, pero ante todo a las interrupciones y los conflictos del pasado encuentran paralelismos desconcertantes hoy, en el tiempo de Facebook, el Estado Islámico y el mundo trumpiano.

Este maravilloso libro revela la historia oculta de las redes organizacionales que han cambiado el rumbo de la historia y se presenta a la vez como un antídoto hacia las teorías de la conspiración y un desafío a la historiografía tradicional que nunca han prestado demasiada atención a las redes informales de influencia.

Reseñas:

«Cautivante y convincente.»

The New York Times

«Niall Ferguson ha escrito nuevamente un brillante libro... En 400 páginas habrás reabastecido tu mente. Hazlo.»

The Wall Street Journal

«Ferguson nos recuerda que la red social no surgió completa de la mente de Mark Zuckerberg; más bien, es una fuerza

persistente en los asuntos humanos que ofrece una lente
novedosa sobre el pasado y el desconcertante presente.»

San Francisco Chronicle

Sobre el autor

Niall Ferguson es investigador principal de la Institución Hoover de la Universidad de Stanford y del Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard. Asimismo, es profesor visitante en la Universidad Tsinghua de Pekín y catedrático distinguido de la Diller-von Furstenberg Family Foundation en la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados Paul H. Nitze en Washington D.C. Considerado el historiador británico más brillante de la actualidad, ha escrito catorce libros, entre los que destacan *Coloso* (Debate, 2005), *El Imperio británico* (Debate, 2005), *La guerra del mundo* (Debate, 2007), *El triunfo del dinero* (Debate, 2010) y *Civilización* (Debate, 2012). *La plaza y la torre* (Debate, 2018) es su libro más reciente.

Título original: *The Square and the Tower*

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2017, Niall Ferguson

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Inga Pellisa Díaz y Francisco J. Ramos Mena, por la traducción

Diseño de la cubierta: Marc Cubillas

ISBN: 978-84-9992-880-7

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Índice

La plaza y la torre

Prefacio. El historiador interconectado

Primera parte. Introducción: redes y jerarquías

1. El misterio de los Illuminati
2. Nuestra era interconectada
3. Redes, redes por todas partes
4. ¿Por qué las jerarquías?
5. De los siete puentes a los seis grados
6. Vínculos débiles e ideas virales
7. Variedades de redes
8. Cuando las redes se encuentran
9. Siete ideas
10. Los Illuminati iluminados

Segunda parte. Emperadores y exploradores

11. Breve historia de la jerarquía
12. La primera era interconectada
13. El arte de la negociación renacentista
14. Descubridores
15. Pizarro y los incas
16. Cuando Gutenberg encontró a Lutero

Tercera parte. Cartas y Logias

17. Las consecuencias económicas de la Reforma
18. El intercambio de ideas
19. Las redes de la Ilustración
20. Las redes de la Revolución

Cuarta parte. La restauración de la jerarquía

- [21. Rojo y negro](#)
- [22. De la multitud a la tiranía](#)
- [23. El orden restaurado](#)
- [24. La casa de Sajonia-Coburgo-Gotha](#)
- [25. La casa de Rothschild](#)
- [26. Las redes industriales](#)
- [27. De la pentarquía a la hegemonía](#)

[Quinta parte. Los caballeros de la mesa redonda](#)

- [28. Una vida imperial](#)
- [29. Imperio](#)
- [30. Taiping](#)
- [31. «Los chinos tienen que irse»](#)
- [32. La Unión Sudafricana](#)
- [33. Apóstoles](#)
- [34. Apocalipsis](#)

[Sexta parte. Plagas y flautistas](#)

- [35. *Greenmantle*](#)
- [36. La peste](#)
- [37. El principio del líder](#)
- [38. La caída de la «Internacional del Oro»](#)
- [39. El Círculo de los Cinco](#)
- [40. Breve encuentro](#)
- [41. Ella en el reformatorio](#)

[Séptima parte. Los amos de la jungla](#)

- [42. La larga paz](#)
- [43. El General](#)
- [44. La crisis de la complejidad](#)
- [45. La red de poder de Henry Kissinger](#)
- [46. Nos adentramos en el Valle](#)
- [47. La caída del Imperio soviético](#)
- [48. El triunfo del hombre de Davos](#)
- [49. Cómo llevar a la quiebra al Banco de Inglaterra](#)

[Octava parte. La biblioteca de Babel](#)

[50. 11 de septiembre de 2001](#)

[51. 15 de septiembre de 2008](#)

[52. El Estado administrativo](#)

[53. La Web 2.0](#)

[54. Una sociedad desmembrada](#)

[55. La revolución en tuits](#)

[56. 9 de noviembre de 2016](#)

[Novena parte. Conclusión: el desafío de Ciberia](#)

[57. Metrópolis](#)

[58. Apagón en la red](#)

[59. Las FANG, las BAT y la UE](#)

[60. La plaza y la torre Redux](#)

[Epílogo. La plaza y la torre originales: redes y jerarquías en la Siena del *Trecento*](#)

[Apéndice. Los grafos de redes sociales en la era Nixon-Ford](#)

[Cuadernillo de imágenes](#)

[Bibliografía](#)

[Procedencia de las ilustraciones](#)

[Procedencia de las ilustraciones del cuadernillo de imágenes](#)

[Índice alfabético](#)

[Notas](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

Índice

La plaza y la torre	3
Prefacio. El historiador interconectado	6
Primera parte. Introducción: redes y jerarquías	23
1. El misterio de los Illuminati	24
2. Nuestra era interconectada	36
3. Redes, redes por todas partes	45
4. ¿Por qué las jerarquías?	56
5. De los siete puentes a los seis grados	62
6. Vínculos débiles e ideas virales	72
7. Variedades de redes	81
8. Cuando las redes se encuentran	89
9. Siete ideas	96
10. Los Illuminati iluminados	101
Segunda parte. Emperadores y exploradores	114
11. Breve historia de la jerarquía	115
12. La primera era interconectada	126
13. El arte de la negociación renacentista	130
14. Descubridores	135
15. Pizarro y los incas	145
16. Cuando Gutenberg encontró a Lutero	153
Tercera parte. Cartas y Logias	167
17. Las consecuencias económicas de la Reforma	168
18. El intercambio de ideas	172
19. Las redes de la Ilustración	183

20. Las redes de la Revolución	191
Cuarta parte. La restauración de la jerarquía	211
21. Rojo y negro	212
22. De la multitud a la tiranía	217
23. El orden restaurado	225
24. La casa de Sajonia-Coburgo-Gotha	233
25. La casa de Rothschild	239
26. Las redes industriales	251
27. De la pentarquía a la hegemonía	262
Quinta parte. Los caballeros de la mesa redonda	265
28. Una vida imperial	266
29. Imperio	271
30. Taiping	288
31. «Los chinos tienen que irse»	296
32. La Unión Sudafricana	305
33. Apóstoles	317
34. Apocalipsis	329
Sexta parte. Plagas y flautistas	339
35. 'Greenmantle'	340
36. La peste	359
37. El principio del líder	374
38. La caída de la «Internacional del Oro»	380
39. El Círculo de los Cinco	395
40. Breve encuentro	414
41. Ella en el reformatorio	426
Séptima parte. Los amos de la jungla	445
42. La larga paz	446

43. El General	450
44. La crisis de la complejidad	461
45. La red de poder de Henry Kissinger	472
46. Nos adentramos en el Valle	496
47. La caída del Imperio soviético	507
48. El triunfo del hombre de Davos	515
49. Cómo llevar a la quiebra al Banco de Inglaterra	523
Octava parte. La biblioteca de Babel	549
50. 11 de septiembre de 2001	550
51. 15 de septiembre de 2008	563
52. El Estado administrativo	573
53. La Web 2.0	579
54. Una sociedad desmembrada	594
55. La revolución en tuits	603
56. 9 de noviembre de 2016	626
Novena parte. Conclusión: el desafío de Ciberia	643
57. Metrópolis	644
58. Apagón en la red	650
59. Las FANG, las BAT y la UE	676
60. La plaza y la torre Redux	688
Epílogo. La plaza y la torre originales: redes y jerarquías en la Siena del ‘Trecento’	698
Apéndice. Los grafos de redes sociales en la era Nixon-Ford	710
Cuadernillo de imágenes	716
Bibliografía	740
Procedencia de las ilustraciones	838

Procedencia de las ilustraciones del cuadernillo de imágenes	846
Índice alfabético	850
Notas	920
Sobre este libro	1031
Sobre el autor	1034
Créditos	1035